

La aventura

Joseph Conrad



FUNDACIÓN
Carlos Slim

La aventura

Conrad, Joseph

Novela

Se reconocen los derechos morales de Conrad, Joseph.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

PRIMERA PARTE

LA CANTERA Y LA PLAYA



CAPÍTULO I

Hasta ayer, incluso hasta hoy mismo, me despedía con mi cortés «vaya usted con Dios». ¿Qué eran esos días para mí? Pero aquel lejano día de mi aventura, cuando en la oscura trastienda de don Ramón, en Kingston, entre las balas azules y blancas, al abrirse la puerta vi la figura de un anciano de cara larga, pálida y cansada, ese día es poco probable que lo olvide. Recuerdo el olor fresco del típico almacén de las Indias Occidentales, el indescriptible olor en la penumbra húmeda, de astrágalo, de pimienta, de aceite de oliva, de azúcar y ron recién hechos; el doble reflejo vidrioso de las grandes lentes de Ramón, sus ojos penetrantes en aquel rostro de caoba, mientras tras la puerta interior proseguía el tac, tac, tac de un bastón en las baldosas; el clic del picaporte; el chorro de luz. La puerta, empujada hacia adentro con ímpetu, golpeó contra algunos toneles. Recuerdo el chirrido de los cerrojos de esa puerta y la alta figura que apareció allí, con una caja de rapé en la mano. En aquel país de atuendos blancos, aquel castellano de la vieja época, meticulosamente vestido de negro, era difícil de olvidar. El bastón negro que producía aquel tac, tac, tac le colgaba de la mano mediante un cordón de seda; su delicada muñeca, surcada de venas azuladas, se perdía entre volantes de batista. La otra mano se demoraba en el acto de llevarse una pizca de rapé a los orificios de la nariz ganchuda, cuya piel por encima del caballete tenía el lustre del viejo marfil; con el codo apretaba a un lado un tricornio negro; tenía una pierna doblada, la otra un poco inclinada hacia atrás. Tal era la postura del padre de Serafina.

Tras empujar imperiosamente la puerta recién abierta de la habitación interior, permaneció inmóvil, sin intención de entrar y con voz áspera, gastada, llamó: «¡Señor Ramón! ¡Señor Ramón!, —y volviendo la cabeza repitió por dos veces—: ¡Serafina! ¡Serafina!».

Entonces vi por vez primera a Serafina, que miraba por encima de la espalda de su padre. Todavía recuerdo su rostro aquel día; sus ojos eran grises, un gris más cerca del negro que del azul. Por un momento me miraron a la cara, pensativamente despreocupados, y luego se desplazaron a las lentes del viejo Ramón.

Habría bastado esa mirada —recuerden que yo entonces era joven— para que me preguntase qué pensaban de mí, qué habían visto en mí.

—Aquí está... vuestro señor Ramón —dijo ella a su padre, como si le reprochase su mal genio al llamarle—. Vuestra vista no es muy buena, mi pobrecito padre... Aquí está vuestro Ramón.

El tibio reflejo de la luz a sus espaldas doraba la curva de su rostro, desde la oreja al mentón, fundiéndose con las sombras de encaje negro procedentes de su oscura cabellera, que no era completamente negra. Hablaba como si las palabras se aferrasen

a sus labios; como si las echase fuera con delicadeza por miedo a estropearlas dada su fragilidad. Alzó su larga mano hacia una flor blanca que llevaba en la oreja, como un escribano lleva la pluma, y desapareció. Con una expresión de inmenso respeto, Ramón se fue corriendo en dirección al anciano Grande de España. La puerta se cerró.

Me quedé solo. Las balas azules y blancas, las grandes tinajas rojas de aceite se perfilaban en el vago resplandor que dejaba filtrarse, a través de las celosías, el cegador sol de Jamaica. Un momento después, la puerta volvió a abrirse y vino hacia mí un hombre joven, alto, delgado, con grandes ojos negros, muy brillantes, en medio de la palidez absoluta de su rostro. Era Carlos Riego.

Bien, ese es el ayer de mi aventura: cuántas cosas han pasado desde aquellos tiempos hasta ahora, oscurecidas o desaparecidas de mi memoria. Y mi anteayer fue el día en que me miré en el gran espejo (tenía yo veintidós años), el día en que abandoné mi casa en Kent y me hice a la mar, según el destino lo quiso, en compañía de Carlos Riego.

Aquel día mi primo Rooksby se había prometido a mi hermana Verónica y yo experimenté un doloroso arrebató de celos. Me encontraba en los huesos, tenía el pelo rubio, la piel sana, curtida por la intemperie, buenos dientes y ojos marrones. No había llevado una vida muy feliz; había vivido encerrado en mí mismo, pensando en el vasto mundo fuera de mi alcance, que parecía ofrecer infinitas posibilidades de romance, de aventura, tal vez de amor y de inagotables reservas de oro. En mi familia sólo contaba mi madre; mi padre, para nada. Era ella hija de un conde escocés que se había arruinado una y otra vez: había sido inventor y promotor. Mi madre, una belleza sin fortuna, se había criado en la granja donde todavía vivimos, el último pedazo de tierra que le había quedado a su padre. Se había casado con un buen hombre, en su estilo, bastante buen partido, moderadamente acomodado, muy afable, fácilmente influenciable: en fin, un diletante y un poco soñador también. Él la había arrastrado al vértigo de la Regencia y su bolsa no había resistido. Así que mi madre, imponiendo su voluntad, se había empeñado en regresar a la granja que había recibido en dote. No tuvieron más alternativa que una vida miserable e ignominiosa en Calais, a la sombra de Brummel y similares.

Mi padre solía pasar el día entero junto al fuego, anotando «ideas» en una libreta de vez en cuando. Creo que estaba escribiendo un poema épico y supongo que, pese a su incompetencia, era feliz a su manera. Tenía el pelo rojo, ralo y desgredado, a falta de un ayuda de cámara, una nariz brillante, delicada y ganchuda, ojos azules con escasos párpados, y un rostro con la textura y el color de una cereza garrafal. Solía pasar los días en un sillón con capota. Mi madre lo dirigía todo; vivía al aire libre, lo cual daba a su rostro el color de una manzana reineta. Tenía el rostro de una matrona romana: los labios apretados, los ojos marrones e implacables. Se puede comprender

el tipo de mujer que era por la clase de peones que empleaba en su granja: contrabandistas y malhechores nocturnos... eso le gustaba. El tipo de campesino decente, corto de entendederas, algo tortuoso, no podía vivir a expensas de ella. Sus vecinos declaraban que la granja de lady Mary Kemp era un semillero de disturbios. Yo también lo creo; tres de nuestros hombres fueron ahorcados en Canterbury, el mismo día, por robar caballos y provocar incendios... De cualquier manera, así era mi madre. En cuanto a mí, me encontraba a sus órdenes y, dado que tenía mis propias aspiraciones, pasé una infancia más bien amarga. Y había otros con los que podía compararme. En primer lugar estaba Rooksby: un joven terrateniente vecino nuestro, simpático, afable y bienhablado; el joven sir Ralph, como era llamado, gozaba de la popularidad general y estaba enamorado de mi hermana Verónica desde la infancia. Verónica era muy guapa, muy amable y muy bondadosa; alta, delgada, con los hombros caídos, largos brazos, cabellos de color ámbar y ojos azules siempre asustados... hacía buena pareja con Rooksby. Rooksby tenía también parientes extranjeros. El tío del que había heredado el priorato se había casado con una Riego, que era castellana, durante la guerra de independencia española. En aquella época fue hecho prisionero y había muerto en España, creo. Con ocasión de su viaje a ese país, Ralph había conocido a sus parientes españoles, los Riego; solía hablar de ellos a menudo y Verónica solía repetir lo que él decía, hasta que llegaron a representar para mí la Aventura, la aventura de ultramar. Un día, un poco antes de que Ralph y Verónica se comprometieran, estos españoles cayeron del cielo. De repente la Aventura surgía ante mis ojos. ¡La Aventura! No se imaginan lo que significaba para mí hablar con Carlos Riego.

Rooksby fue bastante amable. Me invitó al priorato, donde conocí a las dos jóvenes solteras, primas segundas suyas, que le llevaban la casa. Sí, Ralph era amable; pero yo más bien le odiaba por eso y me alegré un poco cuando él también tuvo que padecer algunos de los tormentos de los celos... celos de Carlos Riego.

Carlos era moreno y con una distinción que hacía sombra a Ralph, como el mismo Ralph me la hacía a mí; además, Carlos había visto más mundo que Ralph. Su sentido del humor típicamente extranjero le predisponía a sacrificar su dignidad personal: hacía sonreír a Verónica e incluso, a su pesar, le sacaba más de una sonrisa a su madre; sin embargo, a Ralph le hizo pasar malos ratos. Es un misterio cómo vino a estos parajes. Cuando Ralph se enfadaba con este pariente español, solía jurar que Carlos le había cortado el cuello o le había robado la bolsa a alguien. En otros tiempos solía decir que se trataba de una cuestión política. En resumidas cuentas, Carlos contaba con la hospitalidad del priorato y con el título de conde, cuando decidiese hacer uso de él. Se llevó con él a un acompañante, a la vez amigo y sirviente: un hombre bajo, barrigudo y con barba, que decía haber servido en las tropas españolas de Napoleón y que solía golpearse el pecho de una forma peculiar con su mano de madera (su brazo

se vio afectado por una carga de la caballería) exclamando: «Yo, ¡Tomás Castro!...». Era andaluz.

En cuanto a mí, una vez recuperado de la primera sorpresa de su novedad, adoraba a Carlos. A Verónica le encantaba y se reía con él, hasta el día en que se despidió de nosotros y se fue a caballo en dirección a Londres, seguido por su fiel Tomás Castro. Sentí un enorme deseo de irme con él hacia ese vasto mundo que bullía en torno a nuestras colinas.

Tienen que recordar que yo no sabía nada en absoluto de aquel vasto mundo. Fuera de nuestra granja, yo nunca había ido más allá de la escuela de Canterbury, del mercado de Hythe y del de Romney. Nuestra granja estaba enclavada al pie de las empinadas lomas pardas, justo al lado de la calzada romana que conduce a Canterbury, la Ruta de Piedra, la Ruta, como la llamábamos. Las tierras de Ralph estaban justo al otro lado de la Ruta, y los pastores de las lomas solían ver por la noche a un Rooksby bien muerto y enterrado, un tal sir Peter, que la recorría a caballo, pasada la cantera, llevando su cabeza bajo el brazo. Supongo que yo no daba crédito a eso, pero sí creía firmemente en los contrabandistas que compartían la carretera con aquel horrible fantasma. Hoy en día es imposible imaginar el efecto que podían producir los contrabandistas sobre las vidas de aquella gente. Constituían el poder ante el cual se inclinaba todo el mundo. Solían invadir el país en grandes bandas y no soportaban que nadie se entrometiese en sus asuntos. Poco tiempo antes, habían desafiado a las tropas regulares en una batalla campal en los pantanos y, el mismo día en que me fui, recuerdo que no pudimos hacer el traslado porque los contrabandistas nos habían avisado que necesitarían nuestros caballos por la tarde. Eran toda una potencia en aquellas tierras, donde ¡bien sabe Dios que ya había suficiente violencia sin ellos! Dada nuestra situación en aquella Ruta, nos encontrábamos en medio de todo aquello. Al anochecer cerrábamos nuestras puertas, bajábamos las persianas, nos sentábamos en torno al fuego, sabiendo muy bien lo que pasaba fuera. Se escuchaban silbidos en la oscuridad y, si encontrábamos gente al acecho en nuestros graneros, fingíamos no verla... era más seguro. Los contrabandistas —librecambistas se llamaban a sí mismos— estaban organizados de tal manera que lo mismo ayudaban a los malhechores a abandonar el país que introducían mercancías en él. De modo que solíamos encontrar monederos falsos y falsificadores, asesinos y espías franceses, toda clase de malhechores, escondidos en nuestro pajar todo el día, esperando el toque de silbato en la Ruta al caer la noche. Nacido con el siglo, yo estaba familiarizado con estas cosas; pero mi madre me prohibió que me entrometiese. Supongo que estaba bien enterada de todo, al igual que la totalidad de la gente del país. Pero Ralph, aunque hasta cierto punto era de la nueva escuela y solía jactarse de que, llegado el caso, podría conseguir una orden de registro contra cualquier librecambista, en realidad nunca lo hizo, o al menos durante bastantes años.

Entonces Carlos, el pariente español de Rooksby, había venido y se había ido, y yo envidiaba su marcha, envuelta en esa especie de misterio, en busca de remotas y anárquicas aventuras, tal vez allí en España, donde había guerra y rebelión. Poco después, Rooksby pidió la mano de Verónica y fue aceptado por mi madre. Verónica se esforzó por aparentar que era feliz. Eso me disgustó también. Parecía injusto que ella se fuese al vasto mundo —en Bath, en Brighton, vería al Príncipe Regente y los grandes combates de boxeo de Hounslow Heath— mientras que yo seguiría siendo para siempre el hijo de un granjero. Aquella tarde estaba yo en el piso superior, contemplando mi reflejo en el gran espejo y preguntándome con abatimiento por qué tenía semejante aspecto de zoquete.

La voz de Rooksby me llamó de pronto desde abajo.

—¡Eh, John!... John Kemp; baja, ¡vamos!

Me alejé del espejo como si me hubiesen sorprendido cometiendo una locura. Frente al portal, al pie de una angosta escalinata, Rooksby se daba golpecitos en la pierna con su vara.

Quería hablar conmigo, me dijo, y le seguí, atravesando el patio en dirección a la senda arenosa que sube a la colina hacia poniente. La tarde caía lenta y tristemente; ya había oscurecido en los rediles de las sombrías lomas.

Pasamos por una esquina del huerto.

—Ya sé lo que quieres decirme —empecé yo—. Te vas a casar con Verónica. Bueno, no necesitas mi bendición. Hay gente con mucha suerte. Aquí estoy yo... ¡mírame!

Ralph caminaba con la cabeza baja.

—¡Maldita sea! —dije yo—. ¡Te aseguro que voy a embarcarme! ¡Aquí me estoy enmoheciendo! Ralph, te repito que me des la dirección de Carlos —le agarré del brazo—... Le seguiré. Me enseñará un poco la vida. Me dijo que lo haría.

Ralph estaba absorto en una especie de abstracción taciturna, mientras yo seguía incordiándole para que me diese la dirección de Carlos.

—Carlos es el único ser que conozco a más de ocho kilómetros de aquí. Además, tiene amigos en las Indias. Allí es donde quiero ir; él podría echarme una mano. ¿Recuerdas lo que decía Tomás Castro?

Rooksby se interrumpió bruscamente y empezó a golpearse furiosamente las perneras de canutillo.

—Al diablo Carlos y también su Castro. Entre los dos acabarán por llevarme a la cárcel. Ambos están en mi granero rojo, si es que quieres su dirección...

Inmediatamente se apresuró a subir a la colina, mientras yo le contemplaba desde abajo. Cuando le alcancé, estaba en medio de la carretera, blasfemando —como solía hacerse entonces— y golpeando el suelo con el pie.

—¡Te digo —añadió con violencia— que es un maldito asunto! Ese tal Castro, con sus historias de Cuba, no es más que un condenado bucanero... Y Carlos no es mejor. Van a Liverpool, para luego embarcarse para Jamaica. ¡Veamos lo que sale de esto!

Parece ser que en los muelles de Liverpool, al crepúsculo, se encontraron con un viejo avaro recién llegado de las Indias Occidentales, el cual les preguntó la hora en la puerta de un consignatario de buques. Carlos saca un reloj y el viejo se abalanza sobre él, jurando que es suyo, que se lo habían robado unos corsarios años antes durante su viaje a aquellas tierras. Otro compinche suyo sale del consignatario y jura que Castro formaba parte de la mismísima tripulación. Incluso pretendía ser el capitán de dicho barco. Después, en el solitario crepúsculo, entre maromas y balas, hubo desde luego algún tipo de pelea a navaja, que acabó con la huida a Londres de Carlos y Castro, y desde allí al granero rojo de Rooksby, seguidos de cerca por los batidores.

—Piensa en ello —dijo Rooksby— y en mí, un juez... oh, ¡este juego del escondite me está volviendo loco! Y he aquí que hay un asqueroso embrollo con los librecambistas... un toque de silbato en la cantera después del anochecer. Precisamente esta noche, entre todas las noches, y que me ocurra a mí, un juez... ¡y casi un hombre casado!

Le miré con asombro en medio de la oscuridad; el cuello de su capote casi ocultaba su rostro y llevaba el sombrero calado hasta los ojos. La cosa me parecía imposible. Era una aventura y me horrorizaba ver a Rooksby en un estado tan lastimoso por su causa.

—Escucha Ralph —dije—, yo ayudaría a Carlos.

—¿Tú? —dijo él irritado—. ¿Pretendes ponerte una soga al cuello? Eso es lo que ocurrirá. ¡Vaya! Pueden obligarme a abandonar el país. Hay casacas rojas metiendo sus narices en todas las casas de campo a lo largo del camino a Ashford.

De nuevo siguió andando a zancadas. Un reguero de niebla descendía sigilosamente de la colina.

—No puedo abandonar a mi primo. Podrían llevárselo clandestinamente. Y entonces tendría yo también que cruzar el agua salada durante un año por lo menos. Vaya...

Parecía dispuesto a tirarse de los pelos. Fue entonces cuando yo intervine. Sin embargo, pese a Verónica, él necesitaba un poco de persuasión.

Dentro de media hora tendría que entrevistarme con Carlos Riego y Castro en un pequeño bosque de abetos que había más arriba de la cantera. Como contraseña no tenía más que silbar tres compases de Lillibullero. Habíamos acordado encontrarnos con los librecambistas en el camino, junto a la cantera; ellos debían bajar esta noche, como bien sabíamos tanto Ralph como yo. Debían llegar a la fuerza de Canterbury, camino de los pantanos. Le había costado a Ralph su buen penique; pero, una vez en manos de los contrabandistas, su primo y Castro estarían a salvo de los batidores; para

capturarlos sería preciso un escuadrón de caballería. La dificultad era que en los últimos tiempos los contrabandistas estaban desmoralizados. Corrían inquietantes rumores al respecto; y existía el peligro de que, si no tenían cuidado, Castro y Carlos podían acabar sus días en alguna zanja. Era deseable que alguien bien conocido de todos los acompañase hasta la orilla del mar. Allí, una barca debía llevarlos a la bahía, donde los recogería un barco con destino a las Indias Occidentales. A no ser por miedo a perder el cuello, cuyo valor se había incrementado a partir de su devoción por Verónica, Ralph habría acompañado a su primo. De hecho, le daba vueltas a la idea de dejarme ocupar su lugar. Finalmente lo decidió así; y yo me embarqué en una larga aventura.

CAPÍTULO II

Entre la salida de la luna y la puesta del sol, atravesé a trompicones los helechos del bosquecillo, que parecían un mechón de pelo en la frente de la gran cantera blanca. Había una oscuridad completa entre los árboles. Rodeé el bosquecillo, silbando en voz baja los tres compases de Lillibullero. Luego me metí en su interior. Bajo mis pies los helechos crujieron una y otra vez. Me detuve. Frente a mí se extendía, sobre el horizonte, una pequeña franja de luz casi descolorida, que atravesaba una y otra vez los troncos de los pequeños abetos, apenas más gruesos que unas estacas. Una paloma torcaz se elevó de pronto, produciendo un gran estrépito al golpear sus alas contra las ramas. Mi pulso latía deliciosamente; mi corazón también. Era una especie de juego del escondite, y sin embargo al fin y al cabo me iba en ello la vida. De nuevo quedó todo en silencio y empecé a pensar que había perdido el tiempo. Allá abajo en el llano, muy lejos, un perro ladraba sin cesar. Avancé unos cuantos pasos y me puse a silbar. El brillo de la aventura empezaba a desvanecerse. No quedaba más que una pizca de luz rezagada sobre los troncos de los árboles.

Me puse de nuevo en marcha, regresando a la carretera. Bajo la tenue luz mortecina creí vislumbrar los contornos de un sombrero de hombre allá abajo, entre los ondulantes helechos.

—¡Carlos! ¡Carlos! —murmuré en voz alta.

Por un momento se oyeron unos roncitos susurros; un brusco ruido repentino. Un rayo de resplandeciente luz amarilla procedente del suelo deslumbró mis ojos; un hombre se abalanzó sobre mí y me clavó algo frío y nudoso en el pañuelo que llevaba al cuello. La luz seguía deslumbrándome; luego se elevó iluminando un chaleco rojo con botones dorados. Me iban a detener.

—... En nombre del Rey...

Era una catástrofe de lo más imprevista. Una mano me agarró por la garganta.

—No se queje tanto, mister Castro —me susurró una voz al oído.

La luz del farol se apagó de pronto y escuché unos susurros.

—Llévadlo hacia la carretera... Yo agarraré al otro... Llévad las esposas... Cuidado con su cuchillo.

Había caído en sus manos como un maldito conejo. Uno de ellos me apretó el cuello con la mano y me sacó a trompicones de la carretera. Caímos rodando por el terraplén, pero él quedó encima de mí. Me pareció un episodio abominable, una mala pasada por parte del destino. Debería haberme ahorrado estas sórdidas casualidades, pero la curtida mano del hombre me quemaba la garganta, era como un anticipo de otro collar. Y estaba terriblemente asustado por el misterioso poder de las leyes que estos hombres representaban, no podía pensar en hacer nada.

Nos encontrábamos en una pequeña cañada sombreada. La luz desvaída que precede a la salida de la luna caía desde la cima de la colina iluminando la pendiente opuesta. Guardamos un silencio absoluto.

—Si mueves un pelo —dijo fríamente mi captor—, te exprimiré la sangre del pescuezo, como si fuese una naranja podrida.

Tenía la tranquilidad del que está acostumbrado a este tipo de incidentes; no obstante el incidente era —o debería haber sido— para ponerse a temblar. Permanecemos a la espera en silencio por toda una eternidad, como se espera que una liebre salga a descubierto delante de los bateadores. Desde la base de la colina subía un leve ruido de cascos de caballos... un ruido intermitente, parecido al latido del corazón... un ruido sordo en la hierba; y un ligero tintineo metálico. Parecieron desvanecerse, sin que los oyera el batidor que estaba a mi lado. Luego se oyó el chasquido de las ramas de los pinos y un crujido. Una voz ronca dijo por encima de nosotros:

—El otro se ha largado, Thoms. ¿Tienes bien sujeto al tuyo?

—Tranquilo.

El hombre de arriba, embozado y desgarrado, se dejó caer hasta la carretera. Volvió su farol hacia mí, envolviéndome con su desagradable resplandor amarillo.

—¡Vaya! Es el joven en cuestión —gruñó al cabo de un rato—. Léele la orden de detención, Thoms.

Mi captor empezó a hurgar en su bolsillo, sacó un papel y se inclinó hacia la luz. De pronto se detuvo y me miró.

—No es el que buscamos, míster Lillywhite, no creo siquiera que sea un marinero español.

Una ráfaga de viento trajo de nuevo un tintineo de bocados y estribos metálicos.

—Menuda situación, Thoms —dijo bruscamente el hombre del farol—. Si este no es Riego... ni el otro... yo...

Empecé a recuperarme de mi estupor.

—Me llamo John Kemp —dije.

El otro gruñó.

—Date prisa, Thoms.

—Pero míster Lillywhite —rezonó Thoms—, no habla como un dago. ¡Que me aspen si lo hace! Y no estamos en un país amigo, ya lo sabe usted. ¡No podemos irritar a la gente!

Me armé de valor.

—Lograréis que os corten la cabeza —dije— si esperáis mucho más. ¡Escuchad!

Los caballos que se acercaban salieron del césped y entraron en la carretera; las pisadas, primero de uno y luego del otro, resonaron en la silenciosa colina. Reconocí a los librecambistas por eso: excepto para cruzarlas, no se apartaban del borde de las

carreteras, como si fuese un artículo de fe. El ruido de cascos aumentó, se diría que era todo un ejército.

Los batidores empezaron a deliberar. El fantasma que respondía al nombre de Thoms era partidario de irse atravesando el país; pero Lillywhite no estaba hecho para correr. Además, ignoraba el estado de las cosas y creía que los librecambistas no eran más que simples espectros.

—No hay peligro de que nos toquen —refunfuñó Lillywhite—. Llevamos una orden de detención... en nombre del Rey.

Y dirigió su farol al azar hacia lo alto de la colina.

—Además —prosiguió— tenemos este carne de horca. Aunque no sea español, lo sabe todo sobre ellos. Le he escuchado. Puede que sea ese tal Kemp, pero allá arriba habló español... y al menos tenemos a alguien después de tantas molestias. Será colgado, te apuesto un...

Nos llegó un grito desde lo alto, luego un ruido confuso de voces. La luna comenzó a ascender en el cielo; por encima de la cañada las nubes presentaban inesperadas franjas plateadas. Un jinete, embozado hasta las orejas, trotaba cautelosamente hacia nosotros.

—¿Qué ocurre? —clamó desde una distancia de unos nueve metros—. ¿Por qué esa luz? ¿Algo va mal ahí abajo?

Los batidores guardaron silencio. Oímos el chasquido del cerrojo de una pistola.

—En nombre del Rey —gritó Lillywhite—, bájese del rocín y échenos una mano. Tenemos un prisionero.

El jinete silbó de incredulidad y después empezó a gritar, su voz resonó lúgubrementemente colina arriba.

—¡Oiga! ¡Oiga...aa!

Y el eco devolvió sigilosamente:

—¡Oiga! ¡Oiga...aa!

Y así varias veces. El caballo se paró e inclinó la cabeza, mientras el hombre se volvía en su silla.

—Los batidores. Los batidores de Bow Street ¡Vamos, muchachos, adelante! Les tomaremos un poco el pelo. ¡Batidores! ¡Batidores!

El pesado traqueteo de los caballos al trote llegó hasta nuestros oídos.

—Se va a armar la gorda —gruñó Lillywhite—; maldito sea este condado de Kent.

Thoms seguía sin soltar mi cuello. Recortados contra el lívido cielo, hombres y caballos surgieron en la pendiente de la colina, originando un confuso y ominoso bullicio.

—Aparta de mí ese farol —dijo el jinete—. ¿No ves que espantas a mi caballo? Y ahora muchachos, rodeadlos...

Los enormes caballos formaron un medio círculo irregular alrededor de nosotros; los hombres descendieron torpemente como sacos de maíz. Alguien cogió el farol y lo dirigió hacia nosotros; hubo un confuso vocerío. Oí pronunciar mi propio nombre.

—Sí, soy Kemp... John Kemp —exclamé—. Soy un leal conservador.

—Al diablo con los conservadores —respondió una voz—. ¿Qué hace usted con los batidores?

El tumulto prosiguió... unas cuarenta o cincuenta voces. Los batidores fueron atrapados; varias manos se abatieron sobre mí. No podía hacerme entender: un puño me golpeó en la mejilla.

—Colgarlos de un árbol —chilló alguien—; ¡ellos ahorcaron a mi sobrino! Colgarlos a los tres. La madre del joven Kemp es un mal bicho. Y él es un delator. Arriba con ellos.

Me hicieron ponerme de rodillas, luego me empujaron hacia adelante, y después me dejaron solo mientras se abalanzaban sobre Lillywhite. Tropecé con un caballo de granja, grande y apacible.

Siguió una pelea interminable.

—¡Cerrad el pico, idiotas! ¡Cerrad el pico! —gritó una voz imperiosa.

—Oigamos a Jack Rangsley —clamó otra voz—. ¡Oigámosle!

Hubo un silencio. Vi que una mano encendía el farol. Ante mí apareció una multitud de rostros, un revoltijo de miembros, las cabezas de los caballos y más arriba los silenciosos árboles.

—No deje que me ahorquen, Jack Rangsley —dije entre sollozos—. Usted sabe que no soy un espía. No deje que me ahorquen, Jack.

Dirigió su caballo hacia mí y me cogió por el cuello.

—Muérdete la lengua —dijo bruscamente. Y comenzó un discurso que llevaba preparado, anatematizando a los batidores. Propuso que nos ataran los pies y nos colgaran de los extremos de los dedos en el borde de la cantera.

Un clamor discordante se elevó a su favor y en su contra; luego la opinión se hizo unánime.

Rangsley se bajó del caballo.

—Vendadles los ojos, muchachos —gritó y bruscamente me dio la vuelta—. No te resistas —me murmuró al oído. Noté en mis párpados el frescor de su pañuelo de seda y sentí sus manos detrás de mi cabeza, haciendo torpemente un nudo.

—Está bien —volvió a decir. El barullo de voces cesó repentinamente—. Ahora, muchachos, traedlos.

Una voz que me era conocida gritó la contraseña:

—Resopla y basta.

Y luego dijo:

—¿Qué pasa?

Otro respondió:

—Es Rooksby, es sir Ralph.

La voz interrumpió bruscamente:

—Nada de nombres, ahora. No quiero ahorcar a nadie.

La mano soltó mi brazo; la comitiva se detuvo. Capté un cuchicheo momentáneo.

Luego otra voz gritó:

—Desnudad a los batidores. Dejadlos sólo con la camisa. Eso es todo.

Oí algunos gemidos y un grito.

—¿No pensarán matarnos?

—Por su...pues...to que sí —contestó una voz nasal y cansina.

—Traedlos aquí —gritó otro, creo que Rangsley.

Tras un breve momento de confusión, me pareció que nos separaban del grupo y que descendíamos por un sendero pedregoso.

—Ahora, el resto que se vaya; somos demasiados.

Oí de nuevo los cascos de los pesados caballos. Luego hicimos un alto y de repente Rangsley gritó cerca de mí:

—Y ahora, batidores... y usted John Kemp... os encontraréis al borde de la eternidad, encima de la vieja cantera. A vuestros pies tenéis un precipicio de unos treinta metros cortado a pico. Os ataremos las piernas y os colgaremos de la punta de los dedos. Si os sostenéis un rato tendréis tiempo de rezar vuestras oraciones. ¡Moveos, muchachos!

Uno de los batidores comenzó a gritar:

—¿Nos vais a colgar por esto?

En cuanto a mí, me parecía estar soñando.

—Jack —dije—, no irá a...

—Oh, déjelo —me susurró la voz—. Ahora cállese. No habrá problemas.

La voz se alejó un poco de mi oreja y gritó:

—¿Estáis listos? Cuando diga tres...

Escuché gemidos y maldiciones y me puse a gritar pidiendo ayuda. El eco devolvió mi voz desesperadamente. De pronto me arrastraron hacia atrás y cayó la venda que me cubría los ojos.

—¡Venga! —dijo Rangsley, conduciéndome suavemente hacia la carretera que estaba a unos cinco pasos más detrás—. Todo es una broma —gruñó—. Nada mal para estos esbirros. Escucha cómo gimen. No hay ni sesenta centímetros de altura.

Dimos unos cuantos pasos siguiendo la carretera hacia abajo; las lastimosas voces de los batidores pidiendo socorro llegaron con claridad a mis oídos.

—¿No los piensa matar? —pregunté.

—No, no —respondió él—. No es posible. Ojalá pudiésemos; nos meteríamos en un buen lío.

Comenzamos a descender la colina. Una voz gritó desde la cantera:

—Socorro... socorro... por el amor de Dios... no puedo...

Se oyó un gruñido y el ruido de alguien cayendo; luego se repitió una secuencia similar de ruidos de caídas.

—Eso les servirá de lección —dijo Rangsley violentamente—. Venid... no han hecho más que bajar la pendiente. Ya no están encima de la cantera. Todo va bien, os lo juro.

Ése era en realidad el tremendo sentido del humor de los contrabandistas: armaban un gran revuelo con que iban a colgar en el acto a cualquier indeseable, como estos batidores, y luego se contentaban con llevarlo a una pequeña loma, jurándole que estaba al borde del acantilado de Shakespeare o cualquier otro precipicio de más de treinta metros de altura. Antes de dejarlos en libertad, las desgraciadas criaturas sufrían todos los tormentos que preceden a la muerte y, por regla general, jamás regresaban a nuestros parajes.

CAPÍTULO III

El espíritu de la época ha cambiado; todo ha cambiado tanto que difícilmente puede creerse en su propia existencia en el pasado. Sin embargo, todavía puedo recordar que en aquella época tuve conocimiento de mi corazón... esa cosa que botaba y saltaba dentro de mi pecho, algo repugnantemente. Los demás detalles los olvidé.

Jack Rangsley era un hombre alto, huesudo y delgado. Había algo siniestro en los pliegues de su capote de caballista y una cierta temeridad en la manera en que posaba en el suelo sus talones con espuelas. Era hijo de un viejo terrateniente de Marsh. El viejo Rangsley había sido el último cabeza de familia de los Oowler, la aristocracia de los contrabandistas de la exportación, y Jack había venido a menos al convertirse en jefe de los Old Bourne Tap, que eran importadores. Pero era lo bastante duro y déspota y tenía valor suficiente para mantener vivo el libre cambio en nuestro país, mucho después de que se hubiese convertido en un anacronismo. Terminó sus días en el patíbulo, desde luego, pero eso fue mucho después.

—Daría un dólar por saber qué está pasando por la cabeza de esos batidores —dijo Rangsley, señalando hacia atrás con su fusta. Se rió alegremente.

La gran superficie blanca de la cantera se alzaba majestuosa a la luz de la luna; en su base brillaban los fuegos de color rojo oscuro de los hornos de cal, de los que se elevaban cenizas de color rojo sangre y un humo plomizo.

—Juraría que se imaginan haber caído directamente al infierno —dijo, y añadió súbitamente—: Tendrás que ausentarte del país, John, se guardarán bien de olvidar tu nombre. Hice todo lo que pude por ti.

Me habían atado así en presencia de los batidores para alejar de mí sus sospechas. Con la misma idea él había simulado que me mataba. Pero yo no creía que se lo hubieran tragado.

—Si no están demasiado impresionados, antes de mañana por la mañana tendrán las órdenes de detención. Pero ¿qué hacías tú en este asunto? Los dos españoles estaban tumbados en los helechos al acecho cuando metiste la nariz torpemente. De no haber sido por Rooksby, habrías podido... ¡Eh! ¡Allí! —interrumpió.

La respuesta salió de la sombra negra de un grupo de olmos al borde de la carretera. Vislumbré las siluetas de tres o cuatro caballos parados, con las cabezas juntas.

—Venga —dijo Rangsley—. Levántate. Hablaremos mientras andamos.

Alguien me ayudó a montar; mis piernas temblaban en los estribos como si hubiese cabalgado seiscientos kilómetros sin parar. Supongo que debí caer en una especie de estupor, pues sólo me acuerdo vagamente de alguien disculpándose ante mí. En realidad, Ralph, después de haberme incitado a que le reemplazase, con la intención

de quedarse en casa, había sentido escrúpulos de conciencia y había venido a la cantera. Fue él quien había gritado la contraseña «Resopla y basta», y quien me había hablado a media voz. Carlos y Castro habían esperado en su escondite, asistiendo a la llegada de los batidores y a mi captura. Lo deduje mucho después. En aquellos momentos sólo era consciente del movimiento del caballo debajo de mí, del profundo fastidio que sentía, y de la voz de Ralph, que se lamentaba de su propia cobardía.

—¡Si hubiese sucedido en cualquier otro momento! —no cesaba de repetir—. Pero ahora que hay que pensar en Verónica... Me comprendes, ¿verdad Johnny?

Mis compañeros cabalgaban en silencio. Después que hubimos dejado atrás las casas de un pueblecito, cayó sobre nosotros una espesa niebla, blanca, húmeda y pegajosa. Ralph detuvo su caballo junto al mío.

—Lo siento —empezó de nuevo—. Siento terriblemente haberte metido en este lío. Te juro que habría dado de buena gana, no mil, sino diez mil libras o más... porque esto no hubiese sucedido.

—No importa —dije alegremente.

—Es que —dijo Rooksby— tendrás que abandonar el país durante algún tiempo. Hasta que pueda arreglarlo todo. Lo haré, puedes confiar en mí.

—Oh, sí, tendrá que abandonar el país con toda seguridad —dijo Rangsley jovialmente—, si quiere que todo se olvide. Hay cuarenta y cinco órdenes de detención contra mí... pero no se atreverán a utilizarlas. Aunque él no es como yo.

—Es un asunto desagradable —dijo Ralph.

Parecía presa del más profundo desaliento. Bajo aquella luz brumosa tenía todo el aspecto de un jinete mortalmente herido regresando del campo de batalla.

—Dejad que venga con nosotros —la voz musical de Carlos nos llegó a través de la niebla—. Así verá un poco de mundo.

—¡Por el amor de Dios, muérdete la lengua! —le respondió Ralph—. Bastante engorro ha habido. Irá a Francia.

—Oh, dejad, señor, que este galancete recorra el mundo durante uno o dos años —dijo Rangsley detrás de nosotros.

Finalmente, Ralph me dejó ir con Carlos... se trataba nada menos que de cruzar el océano hasta llegar a las Indias Occidentales. Le rogué y le supliqué; me pareció que ahora tenía la posibilidad de encontrar mi mundo de aventuras. Pero Ralph, que si bien era uno de los hombres más respetuosos con la ley, de momento no era de los más valerosos, deseaba a toda costa desentenderse de todo este asunto. Hizo por mí todo lo que pudo: pidió prestadas una considerable cantidad de guineas a Rangsley, que viajaba con una bolsa llena en el arzón para pagar a sus hombres, a razón de siete chelines por cabeza en cada batida.

Ralph recordó también —o yo me acordé por él— que tenía propiedades en Jamaica, y un agente. Así que entró en la gran posada que había en el cruce de

carreteras a Londres para escribir una carta a su agente ordenándole que me alojase y me emplease como aprendiz. Por miedo a comprometerle, esperamos a la sombra de unos árboles, a un metro y medio o tres de distancia de la carretera. Llegó al trote, me dio la carta, y luego, llamándome aparte, empezó a reprocharse a sí mismo. Los demás cabalgaban por delante.

—Oh, está bien —dije—. Es estupendo... estupendo. Esta mañana habría pagado cincuenta guineas por tener semejante suerte. Oye, Ralph, puedes decirle a Verónica por qué me voy, pero ni una sola palabra a mi madre. Deja que se crea que he huido...; ¿eh? No desperdicies tu suerte.

Estaba tan agitado y tan arrepentido que no me dejó despedirme decorosamente. Hacía ya tiempo que el ruido de los otros caballos se había desvanecido colina abajo cuando se puso a contarme lo que él debería haber hecho.

—Lo supe nada más dejarte ir. No debería haberte metido en esto. Has estado a punto de morir asesinado. Y cuando pienso en eso... tú, su hermano...

—Oh, no importa —dije yo alegremente—, no importa. Tú tienes que quedarte con Verónica. Yo no dejo a nadie detrás de mí. Buenas noches. Adiós.

Sofrené a mi caballo y bajé la colina al galope. El grueso del grupo se había detenido antes de llegar a los guijarros de la orilla. Rangsley nos esperaba para conducirnos a la ciudad, donde debíamos encontrarnos con un hombre, que nos llevaría a los tres fugitivos a bordo del barco en cuestión. Cabalgamos con gran estrépito a través de la calle principal, silenciosa, larga y estrecha. De cuando en cuando, Carlos Riego tosía lastimeramente; Tomás Castro, por su parte, cabalgaba melancólicamente en silencio. De vez en cuando brillaba una luz en una ventana, pero fuera no se movía ni un alma. En la persiana de una posada, la sombra de un hombre barbudo se llevó a los labios la sombra de un vaso.

—Debe de ser mi tío —dijo Rangsley—. Él será el hombre que os haga el recado.

Llamó a uno de los hombres de detrás.

—Eh, Joe Pilcher, vete al Ciervo Blanco y saca a mi tío Tom. Tráemelo aquí... al Nido.

Tres puertas más allá nos detuvimos y bajamos de nuestros caballos.

Rangsley llamó a un postigo: dos golpes secos con la fusta y tres con el puño. Se oyó el chasquido de un cerrojo, el estruendo de unas pesadas barras y el ruido metálico de una cadena. Rangsley me hizo entrar en un portal. Se abrió una puerta lateral y divisé una habitación iluminada donde flotaban volutas de humo. Un hombre panzudo con peluca rizada y abrigo azul con botones Windsor vino hacia nosotros, llevando en la mano derecha una pipa larga y en la izquierda un cuartillo de peltre.

—Hola, capitán —dijo—, llega muy tarde con las luces, ¿no cree?

Tenía un aire reprobatorio.

—Su reloj adelanta, señor alcalde —contestó Rangley en tono malhumorado—. La marea no estará a punto hasta dentro de media hora...

—Chiss, chiss —resolló el otro—. No se enfade. Le respetamos. Sin embargo, cuando uno tiene intereses en juego, prefiere saberlo.

—Lo único que para mí cuenta son mis intereses en juego —dijo Rangley impacientemente—, y mi cuello. ¿Cuáles son los suyos? ¿Es cosa de cincuenta libras y diez chelines?... ¿Por qué no les dice que traigan los faroles?

Le pasaron a Rangley un par de linternas sordas. Descubrió a medias una de ellas y nos alumbró el camino mientras subíamos una empinada escalera de madera. Trepamos a un minúsculo desván, con una cristalera en la pared que daba al mar.

—Ahora, sentaos aquí, en el suelo —ordenó Rangley—. No podemos dejaros abajo; los batidores vendrán a ver al alcalde mañana para conseguir nuevas órdenes de registro y a él no le gustaría haber pasado la noche en vuestra compañía.

Abrió una ventana. Las nubes nos ocultaban la luna, pero muy lejos, por encima del mar distante, se veía una irregular mancha de luz plateada, en la que se perfilaban las siluetas de las chimeneas de las casas de enfrente. Detrás de nosotros, el reloj de la iglesia empezó a dar sigilosamente los cuartos; luego, sonó la hora... diez campanadas.

Rangley puso una de las linternas sobre el alféizar de la ventana y dirigió hacia el mar sus rayos de luz amarillenta. Sus manos temblaron; empezó a mascullar algo para sí mismo, presa de una excitación incontenible. Arriesgaba mucho: todo dependía del parpadeo de aquellas linternas que acechaban los hombres de los lugres, ocultos en la negra extensión del mar. Esperó un poco y luego pude verlo a trasluz, enjugándose la frente con la manga de su abrigo. Mi corazón se puso a latir débil e insistentemente... sin compasión.

De pronto, de la sombra profunda de una nube que cubría el mar surgió un mudo resplandor amarillento... muy débil, muy lejano, muy efímero. Rangley exhaló un profundo suspiro y me dio una fuerte palmada en la espalda.

—Tranquilo, buen mozo —dijo—; ahora me ocupo de vosotros. Dispongo todavía de media hora. ¿De qué barco se trata?

Yo estaba desorientado, pero de la oscuridad salió la voz de Carlos diciendo:

—El barco es el Thames. Mi amigo el señor Ortiz, que vive en Minories, me dijo que usted ya lo sabía.

—Oh, sí, lo sé, lo sé —dijo Rangley suavemente.

Realmente sabía todas las combinaciones posibles para sacar de contrabando a la gente que ya no podía vivir en los condados del sur. Este comercio subsistía desde los tiempos de las conspiraciones jacobitas.

—Y también que es un trabajo pendiente, ¿no es cierto? Pero no es asunto mío.

Se interrumpió y reflexionó un instante.

Mirando afuera a través de la espesa oscuridad, advertí que Castro no nos quitaba los ojos de encima. Un leve susurro vino del rincón donde Castro se ocultaba.

—Entonces, el barco pasa esta noche por el canal [de la Mancha], ¿no? —dijo Rangsley—. Con este viento es preciso que estéis mar adentro en la bahía a las once y cuarto.

Al pie de la escala oímos un barullo anormal de voces, mezcladas con joviales reproches. Alguien gritó a través de la escotilla:

—Aquí está su tío, señor Jack.

Y un ronco murmullo lo corroboró.

—¿Otra vez estás borracho, tunante? —preguntó Rangsley—. Escúchame... A las once y cuarto hay que subir a estos tres hombres a bordo del Thames.

La respuesta fue un gruñido.

—Hay que subir a estos tres hombres a bordo del Thames a las once y cuarto —repitió Rangsley lentamente.

Un nuevo gruñido le respondió.

—Hay que subir a estos tres hombres a bordo del Thames a las once y cuarto... —dijo Rangsley una vez más.

—Hay que subir... aguarda... tres hombres a bordo del Thames a las once y cuarto —dijo entre hipos una voz detrás de nosotros.

—Muy bien, procura hacerlo —dijo Rangsley—. Está tan borracho como una cuba —nos comentó—. Pero si le repites tres veces, las cosas, no las olvida... escúchale.

Abajo, la voz del borracho no cesaba de farfullar:

—Tres hombres a bordo del Thames... embarcar a tres hombres...

—No abandonará esta cantinela hasta haberos puesto a salvo a bordo del barco —dijo Rangsley.

Carlos y Castro descendieron por la escala, alumbrados por la tenue luz que sostenía Rangsley. Debajo de mí divisé la cabeza plateada y las enrojecidas orejas del tío borracho de Rangsley. Había sido uno de los hombres más temibles de su familia: de una fortaleza y una astucia inmensas; pero su empedernido hábito de beber una pinta y media de ginebra todas las noches le había apartado de las más arduas tareas del gremio. Su trabajo se limitaba a ayudar al transporte subterráneo del contrabando operación para cuyo éxito eran indispensables tanto su olfato de zorro como su conocimiento profundo del tráfico marítimo. Cuando me preparaba para descender por la escala detrás de los otros, Rangsley me tocó en el brazo.

—No me gustan tus acompañantes —me dijo al oído—. Sé quiénes son. Los persiguen desde esta mañana. Los habría denunciado y me hubiese llevado la recompensa, si no fuera por ti y el señor Rooksby. Me imagino además que son muy diestros con las navajas. Hazme caso: ten cuidado con ellos. Hay algo antinatural en ellos.

Sus palabras me causaron una cierta impresión, y quizá más todavía la forma en que las dijo. Yo procuraba evitar cualquier cosa que le pareciese «antinatural» a Jack Rangsley, el hombre tenebroso, que siempre parecía vivir a la sombra del patíbulo. Por el impresionante misterio que le rodeaba era para mí una figura casi tan romántica como el mismo Carlos, además de poseer un inmenso poder. El silencioso revoloteo de luces que yo acababa de ver, las señales que devolvían los lugres a lo lejos en el mar, el inevitable sueño de las ciudades y el campo mientras él elaboraba sus planes nocturnos, me habían impresionado hasta atemorizarme. Y sus palabras se grabaron en mi alma, haciéndome sentir miedo por mi futuro.

Seguimos a los demás hasta una habitación de la planta baja, que estaba equipada como una barbería. Una vela de junco ardía sobre una mesa. Rangsley apoyó la mano sobre un saliente del revestimiento de madera, tiró hacia él y, al momento, una vitrina acristalada llena de navajas de afeitar y brochas giró silenciosamente sobre sí misma como por arte de magia, descubriendo una pequeña abertura, lo suficientemente grande para dejar pasar el cuerpo de un hombre. Pasamos por ella y llegamos a una especie de túnel, a cuyo extremo había una puerta de cuarterones que conducía a una cuadra con su pesebre para caballos. Estábamos de nuevo en el establo de la posada.

—Nosotros no solemos utilizar este pasadizo —dijo Rangsley—. Lo reservamos para la gente importante: jueces y similares. Pero es mejor para nosotros que no nos vean en compañía de un carne de horca como tú y tus compinches. Ahora seguid a mi tío. Buenas noches.

Entramos en el patio, pasamos bajo los pilares del ayuntamiento, cruzamos una silenciosa calle y a través de un estrecho pasadizo descendimos hasta el mar. El viejo Rangsley se tambaleó delante de nosotros, acelerando el paso mientras murmuraba:

—Tres ¡hombres a bordo del Thames... a la once y cuarto. Tres hombres a bordo del Thames...!

Y a los pocos minutos estábamos en la playa de guijarros junto al mar inmóvil, que estaba casi hasta los topes.

CAPÍTULO IV

Era eso, supongo, lo que yo reclamaba al Destino: que el soplo del viento me arrastrase poco a poco hasta la posición de un héroe de romance, con las brutales manos de lo desconocido prendidas a mi garganta. Es lo que todos le pedimos, creo; y a veces lo conseguimos en tan sólo diez minutos. Yo no sabía a dónde iba. Me bastaba con navegar entre esos islotes de sombras que la luna, suspendida por encima de nuestras cabezas, arrojaba sobre el mar.

Embarcamos y, según nos alejábamos, la tierra se convirtió en una sombra, salpicada aquí y allá de lucecitas. Detrás de nosotros cantó un gallo. Por momentos, los pasos de un numeroso grupo de personas retumbaron en los guijarros de la playa. Me acordé de los contrabandistas; pero fue como si no los recordase más que para olvidarlos definitivamente. El viejo Rangsley, que gobernaba con la mano en la escota, proseguía con su incomprensible balbuceo. Carlos y Castro hablaban entre dientes. A lo largo de la regala había un constante chapoteo y borboteo. De pronto, el viejo Rangsley se puso a cantar con voz ronca y ebria.

Cuando Harold a la guerra partió,
Derrotado, su corona perdió,
Y el normando Guillermo nos invadió.

El agua murmuraba sin descanso, como si tuviese un millón de pequeñas historias que comunicar en muy poco tiempo. Entonces, el viejo Rangsley se puso al paio, esperando al barco, y se sentó medio adormilado, dando bandazos sobre la caña del timón. Era un bribón muy poco recomendable. La barca hacía agua como un colador. El viento refrescó y los tres empezamos a preguntarnos cómo acabaría todo aquello. No se veía ninguna luz en el mar.

Por fin, muy lejos, vislumbramos un destello azulado. Pero para entonces el viejo Rangsley ya no podía sernos de ayuda y me tocó a mí gobernar la barca. Carlos, que era un inútil y lo sabía, sin decir palabra se ocupó de achicar el agua. Pero Castro, que, según descubrí con sorpresa, conocía lo que era una barca mejor que yo, se mostró útil, pese a ser un lisiado.

—Me parece que vamos a ahogarnos —dijo Carlos en cierto momento, con gran calma—. Lo siento por ti, Juan.

—Y también por ti mismo —respondí yo con obstinada adustez, sintiéndome muy desesperado.

—Precisamente ahora, mi joven primo, tengo la impresión de que no me importaría morir bajo el agua —dijo suspirando, pero sin dejar de achicar un solo instante.

—Ah, es que estás triste por tener que abandonar tu hogar y tus amigos, y España y sus estupendas aventuras —contesté yo.

El fulgor azulado parecía un poco más próximo. No había otra cosa que hacer más que hablar y esperar.

—Y también Inglaterra —respondió él, en un tono muy significativo—; tus bienes en Inglaterra... la gente de allí. Por lo menos una persona.

Me pareció que su sonrisa y sus palabras daban a entender una amarga ironía; pero las dijo sinceramente.

Castro había arrastrado el cuerpo inerte del viejo Rangsley. Le sorprendí refunfuñando acerbamente:

—¡Soy capaz de matar a este viejo!

No quería ahogarse; ni yo tampoco, ciertamente. Pero no fue tanto el miedo como un sentimiento de lasitud y decepción lo que me había invadido, el repentino sentimiento de que no iba al encuentro de aventuras, sino de la muerte; que no había en perspectiva ningún romance, sino un final... una desencantada sorpresa de que muy pronto aquello se acabaría.

Guardamos un tétrico silencio. Más adelante, en plena bahía, nos cogió una fuerte borrasca. Sentado junto a la caña del timón, la evité lo mejor que pude. Al menos iríamos lo más lejos posible antes de que terminase nuestro trayecto. Carlos no cesaba de achicar, sin proferir ni una queja, ciñéndose a la tarea que él mismo se había asignado, como si de verdad no le preocupase nada perder la vida. Tuve la impresión de que en eso residía, en efecto, lo sublime y lo romántico. Tal vez estuviese cansado de vivir; tal vez lamentase realmente lo que había dejado tras él en Inglaterra, o en cualquier otra parte... alguna amistad, alguna mujer. Pero si sucumbíamos juntos, él al menos lo haría con gallardía y sin quejarse, después de haber llevado una existencia movida y agitada. Sin embargo, yo abandonaré la vida sin pena ni gloria, en el mismo umbral.

Castro se puso de pie a duras penas y gruñó:

—¡Todavía podemos lograrlo! ¡Vea, señor!

El destello azulado había aumentado de tamaño... y ascendía, humeante, derecho hacia el cielo. Divisé en lo alto, por encima de nosotros, unos fantasmales paralelogramos: las velas de un barco. Y al menos una multitud de rostros vueltos hacia nosotros, tratando en vano de vernos por encima de la batayola. Gritamos todos a la vez.

Puedo decir que, gracias a mí, llegamos hasta el barco. Nuestro bote se fue a pique con nosotros dentro, mientras yo ataba a Carlos pasándole una cuerda bajo los brazos. Puesto en pie, todavía sostenía el achicador en una mano. A bordo del barco las mujeres gritaban y, mientras yo me agarraba con desesperación al cabo que me habían lanzado, caí en la cuenta de que nunca hasta entonces había oído tantas voces

femeninas al mismo tiempo. Más tarde, cuando ya me encontraba en cubierta, empezaron a reírse del pobre Rangley, que se puso a vociferar con voz estruendosa, interrumpida por hipos:

—Me embarcaron... a bor... do... de un lugre y me hundo en la fría... mar.

Me mortificaba en exceso que me atasen a su faldón y me exhibiesen delante de tanta gente y súbitamente tuve la convicción de mi escasa importancia. Había esperado algo completamente diferente: un público interesado compasivamente en mi deseo de obtener un pasaje para las Indias Occidentales. En lugar de eso, la gente se reía mientras yo hablaba jadeante y mi ropa chorreaba agua. Después de que hubiese explicado con claridad que quería irme con Carlos y que podía pagarme el pasaje, me bajaron al entrepuente, donde una vela de sebo ardía en una espesa atmósfera azulada. Me desvistieron, me hicieron beber un líquido abrasador y me quedé dormido. El viejo Rangley fue enviado a tierra con el piloto.

De pronto se abrió ante mí una nueva y extraña vida. El Thames era uno de los barcos que hacían habitualmente la ruta de las Indias Occidentales; pero para mí, incluso los mismos cabos y vergas, el mar y la bóveda intacta del cielo, constituían una gran novedad. El tiempo transcurría lentamente. Aunque traté más a fondo a mis compañeros, tenía la impresión de que no los conocía mejor. Yo vivía en el mismo camarote que Carlos... y Castro en cubierta; pero los tres estábamos casi constantemente juntos y, como ellos eran los únicos españoles a bordo, vivíamos bastante aislados de los demás pasajeros.

A veces, mirando a mis compañeros, sentía vagos presentimientos. Era como si la fascinación que sentía por aquellos dos hombres me llevase a arrostrar algún peligro desconocido. A veces Castro levantaba los ojos y lanzaba vagas exclamaciones. Carlos se echaba hacia atrás el sombrero y suspiraba. Tenían preocupaciones, inquietudes, intereses, que no me dejaban compartir.

Me parecía que Castro era un completo rufián. Llevaba anudado a la cabeza un pañuelo rojo con lunares blancos; su barba entrecana estaba enmarañada; llevaba un mohoso y andrajoso capote negro y casi siempre iba descalzo; normalmente, su mano derecha de madera descansaba a un lado. Había reemplazado su antebrazo perdido por una larga y estrecha cuchilla de acero, que siempre estaba afilada.

Carlos conversaba conmigo, contándome su vida anterior y sus aventuras. Su frialdad desconcertaba a los demás pasajeros, por lo que me daba vergüenza hablar con ellos. Tal era el respeto que yo sentía por él; tan maravilloso me parecía entonces. A Castro lo detestaba; pero aceptaba relacionarme con él sin comprender en lo más mínimo cómo Carlos, dada su buena disposición y su elevado espíritu (reconocía su elevado espíritu) podía soportar la sórdida ferocidad que yo le atribuía a aquél, y que parecía flotar en el ambiente dado el grotesco aspecto harapiento del taciturno hombre moreno.

La situación en España era demasiado inaguantable para Carlos como para poder mantenerse en medio de aquellas tortuosas intrigas del Ejército de la Fe, las tropas borbónicas y las legiones italianas. Hasta donde yo podía entender, él debía haber jugado sus bazas de manera insolente. Y había lastimado a una mujer. La cosa tenía su aspecto alegre y caballeresco. El había conocido la esencia misma de la aventura y ahora se había embarcado valerosamente para tomar posesión de la herencia de un tío suyo, que era gentilhombre y poseía la mayor parte de las intendencias de Cuba.

—Tengo entendido que es un hombre muy mayor —dijo Carlos—. Está ya un poco chocho y me necesita.

Había en la historia de Carlos todos los elementos del romance... salvo las incomodidades reales del barco en que navegábamos. Carlos nunca había estado en Cuba, ni había visto a su tío; pero, como ya he indicado, de una forma u otra se había arruinado en España y había recibido como un don del cielo a este Tomás Castro que su tío le enviaba para llevarle a Cuba, a la ciudad de Río Medio.

—La ciudad entera pertenece a mi tío. Es muy rico; un Grande de España... lo es todo. Pero ahora está muy viejo y se ha ido de La Habana para morir en su palacio, en su propia ciudad. Sólo tiene una hija, doña Serafina. Supongo que, si me gano su favor, me casaré con ella y heredaré las inmensas riquezas de mi tío; soy el único que queda en la familia para heredarle —agitó la mano, sonriendo un poco—. Vaya, bienvenida sea un poco de esta gran fortuna. Si yo hubiese contado allí con unos cuantos peniques más, no habría tenido ningún problema y ahora no estaría a bordo de este sucio barco con estos harapos.

Y jovialmente recorrió su vestimenta con la mirada.

—Pero —dije yo—, ¿cómo te has metido en este lío?

Se rió con un poco de altanería.

—¿En un lío? —dijo—. Yo no estoy metido en ningún lío. El que está metido es Tomás Castro —se rió afectuosamente—. Es tan fiel como feo —dijo—. Pero me temo que también ha sido un bribón... ¿Qué sé yo? Allí, en la ciudad de mi tío, hay algunos bribones... ya sabes a qué me refiero: no se puede hablar muy alto en este barco. Hay un hombre llamado O'Brien que administra mal los negocios de mi tío. ¿Qué sé yo? El bueno de Tomás ha cometido alguna infamia, pero no es asunto mío. Es un buen amigo y un fiel servidor de mi familia. Seguro que él tiene el reloj de ese hombre... el hombre que tuvimos la mala suerte de conocer en Liverpool, ese hombre que regresó de Jamaica. No sé si lo compró... ¿tal vez a un fullero? Era a Castro a quien quería capturar vuestra policía. Pero bon Dieu, ¿crees que yo me dedicaría a coger relojes?

Yo no creía, desde luego, que él hubiese robado el reloj, pero no renuncié a la idea de que había sido un atractivo y romántico pirata. Desde luego, Rooksby lo había dado a entender con creces en medio de su irritación.

Para mí no había perdido nada de su encanto romántico. El hecho de que navegase en circunstancias incómodas no deslucía apenas su prestigio; ni tampoco su vestimenta, que en el peor de los casos era mejor que cualquiera que yo hubiese tenido hasta entonces. Y la llevaba con airosa elegancia. Probablemente había estado en peores situaciones en sus campañas en España con el Ejército de la Fe. Y desde luego estaba el tío, con su título romántico y su inmensa fortuna, y la prima... la señorita Serafina, con la que probablemente se casaría. Me lo imaginaba como un granuja, un corsario (estábamos todavía en la época byroniana), haciéndose a la mar para casarse con una especie de princesa resplandeciente, de cabellos rubios como los de Verónica y un rostro como el de la hija de cierto tendero. Sin embargo, Carlos lo ignoraba todo acerca de su prima y no le importaba saber más, que yo sepa.

—¿Qué quieres que ella sea para mí después de haber visto a tu...? —me dijo en cierta ocasión, y luego se detuvo y me miró con cariñosa ironía.

Insistía, sin embargo, en que su anciano tío le necesitaba. En cuanto a Castro, escapados él y sus harapos de una vida de sobresaltos y discordias, yo esperaba que posiblemente muriese a traición. Sin duda el tío le había enviado a través de los mares a buscar a Carlos y traérselo de Europa; había cierto romanticismo en aquella misión. Ahora era un servidor de la familia Riego, pero en el pasado de este hombrecillo rechoncho se abrían insondables abismos. Que había estado en Rusia, con la retaguardia de la Grande Armée, era algo de lo que no podía dudarse. Lo más probable es que hubiese formado parte del gran ejército de cantineros y vivanderos. Podía hablar convincentemente del frío, de la nieve y de su fuga. Y de sus alusiones podía vislumbrarse lo que él había sido antes y después de esa época... aparentemente lo más controvertible de aquella Europa secularmente perturbada: una especie de bandido, sin duda; un incierto guerrillero; y más tarde estuvo en la frontera francesa con el Ejército de la Fe. Durante los primeros años del siglo, en aquellas aguas turbias esa especie de pez de agua dulce tenía sitio de sobra. Pero las aguas se aclararon y ahora el bueno de Castro había esquivado el patíbulo en las Antillas y en México. En sus momentos de heroísmo juraba que le habían cortado el brazo en Somosierra; lo aseguraba con gran convicción, haciéndonos ver la carga de los lanceros polacos contra la artillería, pronto reducida, y la repentina pérdida de su propio brazo derecho.

No obstante, Carlos solía declarar con cariñoso cinismo que el brazo se lo había partido un campesino polaco con su garrote mientras Castro trataba de robar un cerdo en un establo...

—Sin embargo, yo le corté el cuello —gruñó siniestramente Castro—, así; pero eso poco importa... incluso es preferible. Mirad cómo atravieso a esta mosca... pues así hice con él y no veáis lo asombrado que estaba. No se lo esperaba.

En realidad había empalado a una cucaracha que reptaba. Se pasaba el día cocinando platos extraordinarios, agachado horas enteras delante de un pequeño brasero de carbón que encendía subrepticamente detrás de su litera, haciendo continuos sucedáneos del gazpacho.

Todas estas cosas, aunque intensificaban el romanticismo de la trayectoria de Carlos, acrecentaban también el misterio. Un día le pregunté:

—Pero ¿por qué vas a Jamaica si tu destino es Cuba?

Me miró, sonriendo con algo de tristeza.

—Ay, Juan mío —dijo—. España no es como tu Inglaterra, un país estable y sin cambios. El partido que gobierna hoy en día no me agrada y es dueño tanto de Cuba como de España. Pero en su provincia mi tío gobierna solo. Allí estaré a salvo.

Había condescendido a liarle unos cigarrillos a Tomás, cuya mano de madera se lo impedía, y lanzó al viento una pizca de tabaco, riéndose.

—En Jamaica hay un comerciante, un tal señor Ramón; tengo cartas para él; me procurará el transporte hasta Río Medio, la ciudad de mi tío. Es un afiliado.

Volvió a reírse.

—No es fácil entrar en esa plaza, Juanito.

Sin duda había cierto misterio alrededor de esta ciudad de su tío. Una noche le oí por casualidad decirle a Castro:

—Dime, Tomás, ¿no será peligroso llevar a este caballero, primo mío, a Río Medio?

Castro hizo una pausa y luego murmuró bruscamente:

—Señor, a menos que consultemos antes a ese irlandés, o que el lord inglés prometa ocuparse de los piratas, seguro que será peligroso.

Carlos dejó escapar una leve exclamación de asombro.

—Pero ¿tan peligrosa es la ciudad de mi tío?

Tomás masculló algo que yo no capté y luego añadió:

—Si el caballero inglés comete indiscreciones, o discrepa (toda esa gente está siempre discrepando, sólo Dios sabe por qué), ese demonio irlandés podría colgar a muchas personas, incluso a mí mismo, o vengarse de su Señoría.

Carlos se calló, como si estuviese absorto. Al fin dijo:

—Pero si las cosas son como dices, sería mejor tener más gente a nuestro lado. Mi primo, el caballero, es muy fuerte y tiene mucho valor.

Castro gruñó:

—Ah, sí, ¡valor! Pero como dice el proverbio: «Si metes a un inglés en un nido de avispas, éstas no se quedarán dentro por mucho tiempo».

Desde entonces evité cualquier alusión a Cuba, porque, pensándolo bien, la cosa no estaba clara. Era evidente que algo raro iba a pasar allá, pues si no ¿cómo era posible que ese demonio irlandés, quienquiera que fuese, tuviera poder para colgar a Tomás y para vengarse de Carlos? Aquello no afectó al cariño que yo sentía por

Carlos, aunque, con la impaciencia por ese misterio, la travesía se me hizo un poco larga. Y era bastante obvio que Carlos no quería o no podía decir nada acerca de lo que le preocupaba.

Yo había notado la intimidad que había nacido entre el segundo oficial del barco y Tomás. Al parecer sostenían largos conciliábulos en el camarote del oficial, tanto para conversar como por cualquier otra razón. Le pregunté a Carlos si había notado la familiaridad de su subordinado. Era evidente que Castro se mantenía apartado de cualquier otro ser viviente a bordo. Carlos me contestó con una de sus sonrisas nerviosas y enfurecidas.

—Ay, Juan mío, ¡no me hagas tantas preguntas! Desearía que me pudieses seguir hasta el final, pero no puedo contarte todo lo que sé. Ni siquiera yo mismo lo sé todo. Al parecer el hombre debe abandonar el barco en Jamaica y tiene cartas para ese tal señor Ramón, el comerciante, lo mismo que yo. Vaya, no puedo decirte más.

Eso despertó mi curiosidad y, a partir de entonces, un poco de todo aquel misterio pareció embargar al segundo oficial, que con anterioridad no había sido para mí más que un nativo de Nueva Escocia, alto y cetrino, de acento desagradable y modales más bien insolentes. Empecé a observarle intermitentemente y me alarmé bastante al sospechar, con bastante fundamento, que él también me observaba a mí. En una ocasión en particular creí advertirlo. El segundo oficial recorría maquinalmente la cubierta con las manos en los bolsillos. En el momento en que detuvo su marcha para escupir al mar, muy cerca de mí, Carlos dijo:

—Oye tú, Juan, ¿qué vas a hacer en Jamaica?

La sensación de que nos aproximábamos a tierra se extendía ya por todo el barco. El segundo oficial me miró de soslayo con aire enigmático y se alejó lentamente. Le dije que iba a la hacienda Horton, de Rooksby, para convertirme en plantador con míster Macdonald, el agente de aquél. Carlos se encogió de hombros. Supongo que le había hablado con cierta vivacidad.

—Ah —dijo, aparentando gran sensatez y experiencia, así como desilusión—, poco más o menos lo mismo que hacías en tu casa... pasados los primeros días. Trabajo duro y una gran monotonía.

Se puso a toser violentamente.

—Sí —le respondí con bastante amargura—. Para mí siempre será todo igual. Jamás veré mundo. Tú has visto todo lo que hay que ver, así que supongo que no te importará establecerte en un palacio con tu viejo tío.

Me respondió bruscamente en un tono algo sombrío:

—Será lo que Dios quiera. Vete a saber. Tal vez la vida no sea tan segura en el palacio de mi tío.

El segundo oficial se dirigía hacia nosotros de nuevo.

—Bueno —dije yo jocosamente—, cuando me harte de la vida en Horton Pen, iré a visitarte a la ciudad de tu tío.

Carlos tuvo un nuevo ataque de tos.

—Después de todo, somos parientes —proseguí—. Posiblemente me concederás una cama.

El segundo oficial estaba ahora muy cerca de nosotros.

Carlos me miró con una expresión tan afectuosa que me avergoncé un poco de mi ligereza.

—Para mí eres mucho más que un pariente, Juan —me dijo—. Ojalá pudieras venir conmigo. Intentaré arreglarlo. Más tarde puede que esté muerto. Estoy muy enfermo.

Indudablemente estaba muy enfermo. Sus campañas en España, su vida en Inglaterra expuesto a las inclemencias del tiempo, y luego el chapuzón cuando subimos a bordo, no le sentaron demasiado bien. Contemplaba el mar melancólicamente.

—Ojalá pudieras venir. Lo intentaré...

El segundo oficial había hecho una pausa y prestaba atención, imperturbable, a espaldas de Carlos.

Un instante después, Carlos se dio media vuelta y le miró con arrogancia.

Se alejó silbando.

Carlos murmuró algo que no entendí acerca de «los espías de ese latoso irlandés». Luego dijo:

—No quiero meterte egoístamente en nuevos peligros. Pero la vida en una plantación de caña de azúcar no es apropiada para ti.

Me sentía feliz y halagado de que un personaje tan romántico me considerase un compañero digno de él. Se fue hacia la proa como si tuviese algún propósito.

Algunos días después el segundo oficial me hizo conducir a su camarote. Le habían incluido en la lista de enfermos y estaba tumbado en su litera, desnudo hasta la cintura, con un brazo y una pierna descansando en el suelo. Cuando yo entré, se levantó lentamente y escupió. Tenía en grado sumo las peculiaridades y el acento típico de la gente de Nueva Escocia y cuando iba afeitado su rostro brillaba como el cuero pulido.

—Hola —dijo—. Veamos, joven Kemp, ¿le pica el cuello de haberlo estirado un poco?

Le miré con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

El escupió de nuevo y agitó su garra en dirección al mamparo delantero.

—Ellos lo harán por usted —dijo—. Es usted tan pipiolo que me da un poco de pena. No ha calculado los riesgos; realmente no lo ha hecho. Es un tipo de estima que usted no había calculado hacer, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté, desconcertado.

El me miró durante un buen rato, sonriéndome abiertamente, medio desnudo, con una especie de desprecio distraído. Finalmente se ofreció sardónicamente a abrirme los ojos.

Yo no dije nada.

—¿Sabe usted lo que le ocurrirá —me preguntó— si no manda a paseo a ese Carlos que le acompaña?

Mi sorpresa fue tal que le dije entre dientes que no lo sabía.

—Pues voy a decírselo —continuó—. Le colgarán.

Para entonces estaba demasiado asombrado como para enfadarme. Sospechaba sencillamente que aquel «nariz amoratada» debía de estar borracho. Pero por la forma en que me fulminó con la mirada parecía tan sobrio que enseguida me asusté.

—Le colgarán por el cuello —repitió—. Lárguese, jovencito —añadió luego—. Siga el consejo de un tonto, lárguese. Ese Castro es un canalla y un tonto, de todos modos. Se necesitan hombres para esa tarea. Hombres, se lo digo yo.

Se golpeó el huesudo pecho.

Nunca me habría imaginado que pudiera ponerse tan furioso. Sus ojos me fascinaban y abría la boca como si se tratase de una caverna que fuese a tragarme. Las mandíbulas de aquel rostro chupado se cerraron sin hacer ruido. Pareció haber cambiado de idea.

—Eso es todo —dijo, con una especie de restricción siniestra. Se puso de pie y, dándome la espalda, comenzó a afeitarse, mirándose de reojo en un espejo roto.

Yo no tenía la menor idea de lo que él había querido decirme.

Sólo sabía una cosa: que salir de su camarote era como escapar de la sombría guarida de una bestia e ir a parar a un mundo soleado. No se podía negar que sus palabras, y sobre todo la forma en que las dijo, habían despertado en mí una sensación de inseguridad, sin objetivo preciso, pues era manifiestamente absurdo e imposible el sospechar de mi amigo Carlos. Por otra parte, la horca era una amenaza tan lejana y una eventualidad tan extravagante, que todo el asunto parecía ridículo. Y sin embargo recuerdo lo desdichado que me sentí, inexplicablemente desdichado. El motivo quedó claro bien pronto: sentía nostalgia. No pensé más en el segundo oficial. Contemplé el puerto en donde estábamos entrando y recordé el hogar que con tanta ansiedad había abandonado. Después de todo, yo no era más que un muchacho, e incluso más joven de espíritu que de cuerpo.

Extrañas barcas se deslizaban entre ambas orillas como minúsculos escarabajos acuáticos. Una de ellas vino a nuestro encuentro; después, otra. Yo no quería que nos alcanzasen. Era como si no deseara que alterasen mi soledad, y no me agradase la idea de bajar a tierra. Un barco grande y negro, con dos anchas bandas amarillas en su doble hilera de cañones, se destacó lentamente de la flotilla de embarcaciones de la bahía. Pasó sin saludar, con todas las velas desplegadas y una bandera en la proa. Sus

vergas más altas sobresalían bastante por encima de nuestros palos y pude comprobar que los hombres, apoyados en las jarcias, miraban hacia abajo nuestra cubierta. Los únicos sonidos que de él nos llegaban eran los pitidos de los contramaestres y los ruidos de pasos de los marineros. Imaginando que regresaba a casa, sentí un gran deseo de estar a bordo. Mucho después, cuando salí de aquí, regresé a casa en ese mismo barco, pero era ya demasiado tarde. Entonces me había convertido en un hombre distinto, cargado de experiencia y con otros deseos. Mientras lo contemplaba, lleno de nostalgia, oí la voz de Carlos detrás de mí, preguntando a uno de nuestros marineros qué barco era aquél.

—¿No puede usted reconocer un barco al ver el pabellón que ostenta? —gruñó una voz desabrida—. Es el Admiral Rowley —prosiguió la voz. Y después añadió algunos comentarios sobre «piratas, chusma, y la costa de Cuba».

Carlos vino a mi lado y miró al buque de guerra que se perdía en la distancia.

—Tú podrías ayudarnos —le oí murmurar.

CAPÍTULO V

Había a bordo un chico llamado Barnes, que tenía más o menos la misma edad que yo y era pasajero de entrepuente. Nacido en Northumberland, era un patán, pelirrojo y bastante bruto, que se había alistado como recluta en uno de los regimientos de las Indias Occidentales. Era un joven serio y enérgico con el que yo había hablado un poco en algunas ocasiones. Cuando me tuve que separar de Carlos definitivamente me quedé muy solo y fui a despedirme de él.

Yo venía de nuestro camarote. El bullicio del desembarco y la despedida se había extendido por todo el barco. Carlos y Castro habían entrado con un español alto, impasible, de gafas doradas y todo vestido de blanco, que parecía hasta cierto punto atento y observador. Al entrar en el camarote para hablar en serio con Tomás Castro, se inclinó un poco. Carlos les había precedido con cierta indiferencia y el español (era el señor Ramón, el comerciante del que yo ya había oído hablar) le observó con una mezcla de interés y curiosidad. Parecía estar ya familiarizado con Tomás. Permanecía en la puerta, de espaldas a la fuerte luz, un poco inclinado hacia delante.

Con una cierta cortesía, no exenta de indiferencia, Carlos me lo presentó. Ramón se volvió y me lanzó una mirada penetrante y discretamente analítica.

—¿Va a irse también el caballero? —preguntó.

—No —dijo Carlos—. Creo que no, de momento.

Y en el mismo instante el segundo oficial, abriéndose paso a codazos entre una muchedumbre de gente de la costa vestida de blanco, irrumpió detrás del señor Ramón. Sostenía en la mano una carta.

—Me voy —dijo con cierta ferocidad, con esa voz suya aguda y nasal.

Ramón miró en torno suyo con recelo.

—Mi primo, el señor, busca a un tal míster Macdonald. ¿Le conoce usted, señor?

Ramón indicó con un simple gesto que le conocía perfectamente.

—Creo que acabo de verlo —dijo—. Voy a informarme.

Los otros tres le siguieron y se perdieron entre la multitud. Fue entonces cuando, ignorando si volvería a ver de nuevo a Carlos, y sintiendo toda la desesperación y la desdicha de mi soledad, busqué a Barnes en la inmensa oscuridad del entrepuente.

En el rectángulo de luz tenue que salía de la escotilla estaba atando su petate de cuero, impasiblemente y con bastante prosaísmo. Con voz rutinaria se puso a hablar de sus proyectos. Iba a encontrarse con un tío suyo, que le albergaría uno o dos días antes de irse al cuartel.

—Puede que nos volvamos a ver —dijo—. Creo que me quedaré aquí muchos años.

Cargó con su petate y trepó por la escala bastante prosaicamente. Luego dijo que buscaría a Macdonald por mí.

Era absurdo suponer que los extravagantes desvaríos del segundo oficial («¡Le colgarán! ¡Piratas!») hubiesen producido algún efecto en mí. ¿Era Carlos un pirata realmente, o Castro, su humilde amigo? Sospechar de Carlos me parecía una vileza. Dos hombres que se habían encontrado en la escotilla empezaron a hablar en voz alta. Cada una de sus palabras llegó claramente a mis oídos en medio de la quietud en la que me debatía en aquel vasto entrepuente desierto. Uno de ellos, recién llegado del país, hacía preguntas y el otro contestaba.

—Perdí media bala en el último viaje... ¡siempre la misma historia! —dijo el primero.

—¿Todavía no han puesto en fuga a esos canallas? —preguntó el otro.

El primero de los dos hombres bajó la voz. Sólo entendí el final de lo que dijo.

—... el almirante era un viejo idiota... no valía para este oficio.

Descubrió el nombre del lugar de procedencia de los piratas... Río Medio. Pero no podía atacar ese lugar únicamente con sus barcos de tres cubiertas. ¿Viste su buque insignia?

Río Medio era el nombre de la ciudad a la que se dirigía Carlos... la ciudad que pertenecía a su tío. Los dos hombres se alejaron.

¿Qué debía suponer yo? ¿Qué significaba todo aquello? Entonces llegó hasta mis oídos como un toque de trompeta procedente del segundo oficial: «Lárguese, jovencito».

De pronto empecé a sentir una enorme impaciencia por encontrar a Macdonald... por el hecho de que no vería más a Carlos.

Arriba sonó una voz ronca en español.

—Señor, eso sería una locura.

Tomás Castro descendía cautelosamente por la escala. Venía a buscar su fardo.

Entré de prisa hasta el fondo de la vasta y sombría caverna que servía de alojamiento en el entrepuente.

—Lo necesito mucho —dijo Carlos—. Me gusta. Nos sería útil.

—Como su Señoría desee —dijo Castro bruscamente. Estaban ambos al final de la escala—. Pero un inglés allá abajo puede ser perjudicial. Y este joven...

—Me lo llevaré, Tomás —dijo Carlos, poniéndole una mano en el brazo.

—Los demás pensarán que es un espía. Los conozco —susurró Castro—. Le ahorcarán o le harán cualquier diablura. Usted no conoce a ese juez irlandés... el canaille, el amigo de los curas.

—Es muy valiente. No tendrá miedo —dijo Carlos.

De pronto me adelanté.

—No iré con vosotros —dije, antes incluso de alcanzarlos.

Castro retrocedió como si le hubiesen pinchado y cogió la mano de madera que servía de funda a su cuchilla de acero.

—Ah, es usted, señor —dijo, con una especie de alivio y aversión.

Con delicadeza y muy cariñosamente, Carlos empezó por invitarme a ir a la ciudad de su tío. Estaba seguro de que su tío me acogería muy bien. Jamaica y la vida de plantador no me convenían.

Yo no había hablado muy alto todavía, ni había explicado mis intenciones con claridad. Sentía un gran deseo de encontrar a Macdonald y llevar una vida sencilla que pudiese comprender.

—No me voy con vosotros —dije, esta vez muy alto.

Inmediatamente se paró. A través de la escotilla de la media cubierta oímos un barullo de voces, de gente intercambiando saludos, llamándose alegremente por sus nombres de pila. Por encima de nuestras cabezas no dejaba de oírse el tumulto de unos pies arrastrándose. El barco estaba repleto de gente de la costa. Tal vez Macdonald estuviese entre ellos, incluso es posible que buscándome.

—Ay, amigo mío, ahora es necesario —dijo Carlos amablemente—. Debes hacerlo. Es una buena vida —susurró seductivamente, fijando en mi rostro la penetrante mirada de sus grandes y románticos ojos—. Me gustas, John Kemp. Eres joven... incluso muy joven. Pero te estimo mucho, por ti mismo y por amor a alguien a quien ya nunca más veré.

Me fascinaba. En medio de aquella penumbra era todo ojos: permanecía de pie en una postura lánguida, evitando los rayos de luz que salían de la escotilla formando una mancha cuadrada.

Yo también bajé la voz.

—¿A qué vida te refieres? —pregunté.

—A la vida en el palacio de mi tío —dijo, en un tono tan dulce y persuasivo que sus insinuaciones me hicieron estremecer.

Su tío podía proponerme para ostentar puestos de honor dignos de un caballero.

Me pareció despertar del sueño.

—¡Tu tío el pirata! —grité y mis propias palabras me asombraron.

Tomás Castro se levantó de un salto y me puso en los labios su áspera y caliente mano.

—Estése quieto, John Kemp, no sea estúpido —me siseó con súbita energía.

Se había acicalado, pero me pareció ver que todavía le colgaban harapos. Aunque se había arreglado la barba, no podía olvidarme de los nudos que solían enmarañarla.

—Ya le dije a su Señoría lo estúpidos y testarudos que son los ingleses —le dijo sardónicamente a Carlos—. Si el señor vuelve a hablar en voz alta, lo mato —dijo a continuación, dirigiéndose a mí.

Evidentemente algo le asustaba mucho.

Silencioso como una aparición al pie de la escala, Carlos se llevó un dedo a los labios y echó una mirada hacia arriba.

Castro hizo una contorsión de todo el cuerpo y yo di un paso atrás.

—Ya sé lo que es Río Medio —le dije, no muy alto—. Un nido de piratas.

Castro se acercó a mí sigilosamente, de puntillas.

—Señor don Juan Kemp, discípulo del diablo —dijo entre dientes (parecía muy asustado)—, ¡va usted a morir!

Le sonreí. Temblaba de pies a cabeza. Podía oír las palabras y risas que venían de abajo por una abertura de la toldilla. Dos mujeres se estaban besando cerca de la escotilla y soltaban pequeños gritos. Las podía oír claramente.

Tomás Castro dejó caer su andrajoso capote con gesto teatral.

—¡Por mi mano! —añadió con dificultad.

Realmente estaba muy alarmado. Carlos no perdía de vista la escotilla. Estuve a punto de reírme ante la idea de morir a manos de Tomás Castro, mientras que, a menos de metro y medio de mí, la gente se reía y se besaba. Me habría reído si no hubiese sentido de pronto su mano en mi garganta. Le di una fuerte patada en las espinillas y cayó de espaldas encima de un cofre. Retrocedió uno o dos pasos, agitó el brazo, se golpeó el pecho y se volvió hacia Carlos con furia.

—Hará que nos maten —dijo—. ¿Está usted seguro de que aquí estamos a salvo? Si toda esa gente que está arriba oyese este tumulto no esperarían a preguntarle quién es su señoría. Nos harían pedazos al momento. Se lo digo yo... moi, Tomás Castro... este estúpido blanco será nuestra perdición.

Carlos comenzó a toser, quedándose sin habla como un demonio invisible. Los ojos de Castro lo recorrieron furtivamente, luego me miraron a mí. Hizo un movimiento extraordinariamente rápido con la mano derecha y pude ver que me hacía frente luciendo una larga cuchilla de acero. Carlos seguía tosiendo. La situación parecía rara, incluso risible. Castro se puso a gesticular a mi alrededor: diríase un gallo ejecutando su ritual de saltos antes de atacar. Había la misma tirantez en sus músculos. Avanzó de puntillas con sumo cuidado y vino a detenerse a unos cuatro pasos de mí. Empecé a preguntarme lo que habría pensado Rooksby de todo esto, por qué el mismo Castro juzgaba necesario seguir agachado tanto tiempo. El rumor de toda aquella gente de arriba, que no dejaba de reír y de hablar, se desvaneció gradualmente en mi mente. Entonces comprendí con horror la posibilidad de una muerte a tan sólo unos cuantos pasos de ellos. Los ojos de Castro eran de un amarillo oscuro, sus pupilas estaban muy hinchadas, los pliegues de su boca se contraían con una dureza extrema. Parecía sorprendente que pudiese poner tanto ardor en una muerte tan fácil. Tenía la espalda apoyada en el mamparo; sentía su dureza en mis omoplatos. No tenía miedo, sólo una especie de encogimiento en el lugar donde se producía el contacto, como uno se encoge cuando le hacen cosquillas. Abrí la boca. Cuando finalmente iba a gritar,

llamando desesperadamente a la gente que reía arriba a plena luz, Carlos se puso en movimiento, todavía agitado y con su mano blanca apretada muy fuerte sobre el pecho, y adelantándose, aferró la cuchilla de acero de Castro. Luego comenzó a cuchichear al oído velludo del español.

—Eres un idiota —le entendí—. No nos va a crear ninguna molestia, es pariente mío.

Castro hizo un gesto a regañadientes señalando el cofre de Barnes que nos separaba.

—Podríamos meterlo aquí dentro —dijo.

—Oh, bruto sanguinario —contestó Carlos, recobrando el aliento—; ¿es preciso siempre que te laves las manos en sangre? ¿Acaso no estamos ya bastante en peligro? Vamos... arriba. Vete a ver si el bote está allí todavía. Tenemos que irnos rápidamente; vamos... date prisa.

Agitaba la mano en dirección a la escotilla.

—Sin embargo... —dijo Castro.

Estaba encajando a regañadientes la cuchilla de acero en su mano de madera. Me lanzó una siniestra mirada y se inclinó para recoger su harapiento capote.

—Arriba... ¡sube! —ordenó Carlos.

—Vamos —murmuró Castro.

Y se puso a trepar torpemente por la escala, como un fardo de harapos que izaran desde arriba. Carlos puso un pie en los peldaños, dispuesto a seguirle. Volvió la cabeza hacia mí y extendió la mano, con una sonrisa en los labios.

—Juan —dijo—, no nos peleemos. Tú eres muy joven; no puedes comprender estas cosas; no puedes sopesarlas; se te ha metido en la cabeza una idea ridícula. Quiero que vengas conmigo porque te aprecio, Juan; ¿crees tú que te deseo algún mal? Eres leal y valiente; además, nuestras familias están unidas.

De pronto suspiró.

—¡Yo no quiero pelearme contigo! —dije yo—. Nada de eso.

Yo no quería pelearme, más bien quería gritar. Me encontraba muy solo y él se marchaba. La aventura desaparecía de mi vida.

—No comprendes siquiera —añadió él armoniosamente— que siempre hay alguien que me habla por ti... siempre hay alguien. Pero algún día lo comprenderás. Algún día... regresaré por ti.

Me miró y sonrió, provocándome una emoción de una profundidad desconocida para mí. Si me lo hubiese pedido, me habría ido con él.

—Algún día —repitió, con un tono de voz de una extraordinaria cadencia.

Su mano estrechó la mía y yo me estremecí como si se tratase de la mano de una mujer. Siguió estrechándomela suavemente.

—Algún día —dijo— te devolveré lo que te debo. Hubiese querido que me acompañases porque voy a meterme en algún peligro. Te necesito. Adiós. Hasta más ver.

Se inclinó sobre mí y me besó ligeramente en la mejilla, luego se marchó, trepando por la escala. Tuve la impresión de que el fulgor de la aventura desaparecía de mi vida. Cuando alcanzó la parte superior de la escala, alguien empezó a gritar con aspereza, sorprendentemente. Escuché mi propio nombre y las palabras «el hombre que estabas buscando».

La luz se ocultó y la voz se puso a clamar con insistencia.

—John Kemp, Johnnie Kemp, vamos. Aquí está el hombre que estabas buscando. Aquí está Macdonald.

Era la voz de Barnes y asimismo la voz de todos los días. Descubrí que había sufrido un trastorno tremendo. Las sienes me latían violentamente y hubiese querido cerrar los ojos... ¡para dormir! Estaba cansado; la aventura me había abandonado. Barnes y ese Macdonald que acababa de encontrar representaban a mis ojos a todos los insectos laboriosos de este mundo; a todas las hormigas que están siempre acarreado cargas enormemente pesadas e insignificantes hasta lo alto de fatigosos montículos, o hasta el fondo de escarpadas pendientes, sin conseguir llegar a ninguna parte ni hacer nada.

No obstante me apresuré y, al llegar a la escotilla, tropecé con un hombre que estaba mirando hacia abajo. No me dijo nada. La luz me estaba deslumbrando.

—Este es el Macdonald que buscabas —observó Barnes precipitadamente.

Y dándome la espalda, se olvidó de mi existencia. Me sentía más solo que nunca. El hombre que estaba frente a mí mantenía la cabeza baja como si pensara abalanzarse contra mí.

Empecé a decirle entrecortadamente que tenía una carta de «mi... mi... cuñado... Rooksby... Ralph Rooksby». Jadeaba como si hubiese corrido un largo trecho. Él no me dijo nada. Busqué a tientas la carta en un bolsillo interior de mi chaleco. Me sentía muy asustado. Macdonald guardaba un silencio ominoso; su enorme cuerpo estaba envuelto más que vestido con una gran cantidad de inadecuada tela blanca; sostenía en la mano una gran sombrilla ribeteada de un verde intenso. Su rostro estaba muy pálido y tenía la plomiza transparencia de una alcachofa hervida, con una franja de barba roja, veteada de gris, como la espuma que bordea la marea ascendente. Finalmente advertí que su manera de presentarme la frente se debía a un increíble estrabismo... una forma de bizquear que daba la impresión de estar realizando con los músculos del cuello alguna retorcida y provocativa proeza.

Conservaba una expresión de sospechosa inescrutabilidad. La mano que cogió mi carta era muy grande, muy blanca, y debía ser, al parecer, terriblemente flácida al tacto. Con la otra se puso sobre el puente de la nariz un par de gafas enormes con montura de madreperla (exactamente como las de una cobra) y empezó a leer, sin

decir absolutamente nada. Para él, y todo lo que representaba, eso significaba que yo había dejado plantado a Carlos y todo lo que él representaba. Me parecía que yo merecía ser recibido con aclamaciones. No ocurrió así. Leyó la carta lentamente, contoneándose, con la sombrilla y todo lo demás, como si fuese un elefante soñoliento. Una vez me guiñó un ojo, con aire meditabundo, por encima de la montura de madreperla. Lo hizo de una manera tan lenta, tan deliberada, que yo mismo empecé a preguntarme si Carlos y Castro estarían todavía a bordo. Me pareció que pasó al menos media hora antes de que Macdonald se aclarase la voz, con un ruido que semejaba el gorgoteo de una bomba defectuosa; entonces preguntó con un mero hilo de voz:

—¿Qué pruebas tiene de su identidad?

No tenía ninguna y empecé a toquetear mis ojales, tan avergonzado como un pobre ante un tribunal de justicia. De pronto tuve la certeza de que Carlos, aunque consintiese en jurar por mí, más bien me perjudicaría.

No pude evitar el pensar que estaba a punto de ser arrojado a la deriva a las calles de Kingston. A mis aseveraciones, Macdonald no respondía más que con una serie de nimios «¡bah!». No sé qué fue lo que venció sus escrúpulos; no había dado señales de que fuese a rendirse, pero de pronto, dándose media vuelta, hizo un gesto con una de sus flácidas manos blancas. Comprendí que quería decirme que le siguiera hasta la popa.

Un tumulto de voces de negros de brazos musculosos y fuertes espaldas invadía las cubiertas. Sus relucientes rostros negros parecían estar momentáneamente cortados para exhibir su doble fila de dientes blancos, y salpicados de globos oculares incrustados. Los ruidos que llegaban de semejante tropel de gente formaban un alboroto enloquecedor. Acarreaban el equipaje sin ton ni son. Un gran fardo blando de ropa de cama casi me hizo caer. No había sitio para la emoción. Macdonald la emprendió a golpes con el mango de su sombrilla, abriéndose paso desde la cubierta; pero el pasillo que se abría a su paso, se cerraba tras él.

Entre prisas y empujones, de pronto descubrí un pequeño rincón libre junto a una pila de cajas y reconocí, inclinada sobre ellas, la figura angulosa de Nichols, el segundo oficial. Me miró, clavando en mí sus ojos.

—¿Va a desembarcar —preguntó— con ese arrogante Billy?

—A usted qué le importa —mascullé yo malhumorado.

Una súbita e intensa amenaza apareció en sus ojos amarillos.

—No vaya usted nunca donde ya sabe —dijo—. No quiero que nadie espíe lo que yo hago. Allí hay un hombre que, si le coge, le partirá el espinazo. No vaya ahora. Ni nunca.

SEGUNDA PARTE

LA CHICA DE LA LAGARTIJA

CAPÍTULO I

—¿Río medio? —me dijo el señor Ramón casi dos años después—. Al caballero le place atribuirme unos vastos conocimientos. ¿Qué puedo yo saber de esa ciudad? Hay en ella, sin duda, hombres buenos y otros muy malvados, como en las demás ciudades. Vaya usted a saber. Su Señoría debía preguntar a las tripulaciones de los barcos que el almirante ha mandado para incendiar la ciudad. Muy pronto estarán de vuelta.

Su mirada inescrutable y atenta me observaba detrás de sus gafas de oro.

Eso ocurría en los soportales, frente a su tienda en Spanish Town. Los largos toldos restallaban ligeramente. Delante de la puerta de al lado un gran letrero proclamaba: «Oficina del Buckatoro Journal». Habían pasado, como ya he dicho, dos años... tiempo en el que, como Carlos me había predicho, tuve que trabajar duramente, y que resultó ser de una extraordinaria monotonía. Había bajado de Horton Pen a Spanish Town, esperando una carta de Verónica y, como la diligencia no había llegado todavía, me había puesto a charlar con Ramón acerca de un envío de artículos de mercería yanquis que se disponía a vender a precios exorbitantemente baratos. Fue en la época en que acababa de saberse que el almirante Rowley pensaba dar un enérgico golpe de mano contra los piratas que infestaban el golfo de México, arruinando casi por completo el comercio de Jamaica. Por supuesto, habíamos hablado de la misteriosa ciudad en la que se suponía que los piratas tenían su cuartel general.

—No sé, señor, más que los demás —dijo Ramón—, salvo que perdí bastante más que ellos, porque mis transacciones eran mayores. Pero ni siquiera sé si fueron los piratas los que se llevaron mis mercancías, como dicen los ingleses, o fueron los corsarios mexicanos, como dicen las autoridades de La Habana. Me trae completamente sin cuidado. ¡Basta! Lo único que sé es que todas las semanas algún barco con patente de corso me roba un cargamento y ya he perdido centenares de dólares.

Ramón era, en efecto, uno de los comerciantes más surtidos de toda Jamaica: tenía tiendas tanto en Kingston como en Spanish Town y sus cargueros recorrían todos los mares. Todos los plantadores y funcionarios de la isla tenían tratos con él.

—Era lógico que su respetado primo, el hidalgo, me consultase cada vez que deseaba ir a una ciudad de Cuba. ¿A quién si no podría haberse dirigido? Usted mismo, señor, o su excelencia míster Topnambo, si quisieran saber qué barcos es probable que zarpen, de aquí a un mes, con dirección a La Habana, Nueva Orleans o cualquier otro puerto del golfo, también me lo preguntarían. Nada más lógico. Mi negocio, mi comercio, consiste en saber esas cosas. Así me gano el pan. Pero en cuanto a Río Medio, no conozco ese lugar —había una pizca de ironía en su voz

tranquila—. Sin embargo, es muy cierto —prosiguió— que si su gobierno no hubiese reconocido el derecho a hacer la guerra a la colonia rebelde de México, no habría patentes de corso, ni malditos corsarios mexicanos, y ni yo, ni nadie más en la isla, estaríamos ahora perdiendo miles de dólares todos los años.

Esa era la eterna queja de todos los españoles de la isla... y de no pocos plantadores ingleses y escoceses. España estaba ya a punto de perder las colonias mexicanas cuando Gran Bretaña había reconocido la existencia de un estado de guerra y un gobierno mexicano. Las patentes de corso mexicanas habían invadido el golfo inmediatamente. Ningún tipo de barco estaba a salvo de ellos y España francamente no podía impedir que pululasen por la costa de Cuba... la Isla-Siempre-Fiel.

—¿Qué puede hacer España —dijo Ramón con amargura— cuando vuestro almirante Rowley, con sus grandes buques, es incapaz de lograr que los mares se libren de ellos? —bajó la voz—. Sepa usted, joven señor, que Inglaterra perderá la isla de Jamaica por este asunto. Usted mismo es un separatista, ¿o no lo es?... ¿No? Sin embargo, vive con los separatistas. ¿Qué puedo yo decirle? Mucha gente afirma que es usted uno de ellos.

Sus palabras me causaron una sensación francamente desagradable. No tenía ni idea de que fuese un separatista; me consideraba bastante leal. Pero de pronto comprendí, y por vez primera, hasta qué punto podía yo parecer que era uno de ellos.

—En cuanto a mí —continuó Ramón, impasible—, yo no soy nadie. Estoy contento de que la isla siga siendo inglesa. Nunca más será española, ni yo deseo que eso ocurra. Pero en cuanto a nuestro irascible amigo —levantó una mano delgada y morena en dirección al letrero del Buckatoro Journal—, su periódico está haciendo mucho daño. Creo que el almirante o el gobernador lo meterá en la cárcel. Piensa huir, llevándose su periódico a Kingston; acabo de comprarle los muebles de su oficina.

Le miraba y me preguntaba qué sabría, pese a su impasibilidad; qué ocultarían aquellos ojos oscuros en las profundidades de su inescrutable mente española.

Se inclinó hacia mí ligeramente.

—Las cosas van a empezar a ponerse feas —dijo.

En Jamaica se debatía en aquellos días (y seguiría estándolo durante muchos años después) un grave problema. El problema era, naturalmente, la abolición de la esclavitud. Los plantadores, por regla general, eran inmensamente ricos y autoritarios. Decían: «Si el gobierno local trata de abolir nuestro sistema de esclavitud, nosotros aboliremos el gobierno local y pediremos protección a Estados Unidos». Eso era, por supuesto, una traición; pero también lo era que el gobernador, el duque de Manchester, hubiese hecho oídos sordos, fingiendo no haberse enterado. Los plantadores tenían otra queja: los piratas del golfo de México. Había uno en particular, un tal El Demonio o Diablito, que prácticamente cerraba el paso a la Florida. Era muy difícil garantizar un cargamento y los plantadores lo sentían con frecuencia en su

propio bolsillo. Lo cierto es que, durante los dos últimos años, El Demonio había saqueado al menos un barco cada semana, como si quisiera hacerle el juego a los periódicos separatistas de Kingston. Los plantadores decían: «Si el gobierno local quiere inmiscuirse en nuestros asuntos internos, nuestros esclavos, que empiece por limpiar nuestros mares... Que ahorque a El Demonio...».

El gobierno había enviado a uno de los antiguos capitanes de Nelson, el almirante Rowley, un buen combatiente; pero cuando se procedió a limpiar el golfo de México, aquél se mostró tan ineficaz como un boxeador profesional que tratase de limpiar un establo de ratas. No creo que El Demonio cometiese en realidad ni la décima parte de los delitos que se le atribuían, pero en tan peculiares circunstancias se vio elevado al rango de factor esencial de la política colonial. Los periódicos gubernamentales solían darlo por muerto una vez al mes; los separatistas le hacían capturar, cinco veces al año, alguna de las corbetas del viejo Rowley. Por supuesto, unos y otros mentían. Pero obviamente Rowley y sus fragatas no eran muy útiles contra un pirata al que no podían atrapar en alta mar y que vivía en lo más profundo de una cala cuya única entrada estaba protegida por rocas dentadas. Tal era, según se decía, ese lugar llamado Río Medio...

A mí me traían completamente sin cuidado ambos grupos (sólo buscaba aventuras), pero me incliné por los separatistas, porque Macdonald, con quien viví durante dos años en Horton Pen, era uno de ellos, con la típica impasibilidad de los escoceses. Procedía del condado de Argyll y había llegado a la isla en 1796 siendo un chaval, abriéndose camino hasta convertirse en agente de las propiedades de Rooksby en Horton Pen. El también tenía una pequeña propiedad en la boca del río Minho, donde cultivaba arroz con gran provecho. Había sido el primero que lo plantó en la isla.

Horton Pen estaba situado al pie del escarpado farallón blanco en que termina el valle de St. Thomas, que recuerda un poco a los acantilados de Dover, suspendido sobre un océano verde de campos de caña de azúcar, alternándose con arbustos de pimienta de Jamaica. La esposa de Macdonald, de enorme corpulencia, pelo negro como el azabache, ojos endrinos y muy parlanchína, era la mujer más maternal que he conocido... seguramente porque no tenía hijos.

La aparente anomalía de mi situación pasó a mejor vida con la llegada del siguiente correo del exterior. Verónica me escribió a mí, y Ralph a su apoderado y a los Macdonald. Pero para entonces la señora Macdonald había zurcido mis calcetines más de diez veces.

La gente de los alrededores, propietarios que vivían en sus tierras desde hacía tiempo, de los pocos que quedaban todavía en el valle, al principio se mostraron bien dispuestos en mi favor. La señora Topnambo, persona altanera y ajada, que lucía adornos de color rosa, marcaba el ton de aquella sociedad rural, en la medida en que pueda marcarse el ton a una sociedad que gustaba de la hospitalidad, especialmente

los jolgorios y los festines. Ella intentó por todos los medios sacarme del ambiente de los Macdonald, procurando que marcase las diferencias entre esa gente y yo, ya que era nieto de un conde. Los Topnambo eran los mayores partidarios de la legalidad en aquel lugar, mientras que los Macdonald eran los principales separatistas. Pero yo me sentía vinculado a los Macdonald. Buscaba aventuras, ya me entienden, y no podía encontrar ninguna con esa señora Topnambo, con su reseca piel gris y sus remiendos rosas en el cuello, siempre acostada en habitaciones sombrías y oscuras, hablando quejumbrosamente de «su tío, el conde», a quien yo no había visto jamás. Tampoco me llevaba mucho mejor con los hombres. Eran también muy altaneros y quejosos, cuando no borrachos y pendencieros, de una forma incomprensible. Sus veladas no parecían ser más que una constante sucesión de carcajadas, entre los indecorosos tambaleos de pantalones blancos en las noches claras... a la vuelta de la esquina de cobertizos desfondados. Nunca comprendí los orígenes misteriosos de su humor y no tenía dinero suficiente para incorporarme a sus prodigalidades. Además, era demasiado orgulloso para endeudarme con ellos. Al final, ni siquiera me reconocían cuando nos cruzábamos en los caminos; me consideraban un cachorro de noble, pusilánime y degenerado, un traidor separatista... y me dejaban ganar dinero vigilando a los negros. La señora Macdonald, aunque era una buena separatista, como convenía a la esposa de su marido, siempre tenía en los labios la palabra «hogar». Una vez había visitado a los Rooksby en Horton. Había atesorado un montón de menudencias, vestigios de mi olvidada infancia, y estuvo hablando tanto y tan bien de ellas, que el pasado parecía una época completamente deseable y el presente bien sombrío.

Viajar en busca de aventuras (después de todo, ¿qué otra cosa podemos hacer en este mundo?) es un poco como intentar atrapar el horizonte. La aventura está allí, a poca distancia delante de nosotros, o detrás... más o menos hasta donde puede alcanzar el ojo. Y uno descubre un día que ha pasado por ella lo mismo que ha traspasado lo que hoy es nuestro horizonte. Uno mira hacia atrás y dice: «¡Caramba!, ahí está». Y si uno mira hacia adelante, dice lo mismo. La aventura está tanto en los viejos días pasados como en los nuevos que vendrán. Recuerdo aquellos días que fueron los míos y lo poco que queda de ellos vuelve a mí, asume una atmósfera, cobra un significado, procede a la elaboración de un temps jadis. Probablemente, cuando recuerde la monótona y árida pérdida de tiempo de hoy, será bastante parecido.

Casi desearía volver a repetir una de esas largas y monótonas cabalgadas nocturnas desde el valle a Spanish Town, o escuchar una vez más alguna de las interminables arengas del viejo Macdonald acerca del desatino de la política de míster Canning, o sobre las virtudes del ahorro en Escocia.

—Jack, muchacho —solía bramar él, con su habitual y curiosa voz estridente—, puede que seas un caballero de pura sangre escocesa. Pero no por eso dejas de ser un pobre bribón.

Se le había metido en la cabeza que yo debía ganar dinero y sacar honestamente unos peniques. Creo que realmente me apreciaba.

Fue esa idea la que le llevó a presentarme a Ramón, «un estimado comerciante español de Kingston y Spanish Town». Ramón me había parecido bastante misterioso cuando lo había visto en compañía de Carlos y Castro; pero, una vez devuelto al ambiente familiar de los Macdonald, se había convertido sencillamente en un español de gran estatura y complexión morena, con gafas doradas, taciturno, y un excelente compañero. Casi todo mi español lo aprendí de él. El único misterio en su vida era el precio excesivamente barato al que vendía sus mercancías bajo el mástil que había frente a la casa del almirante Rowley, King's House como la llamaban. Se decía que incluso el almirante tenía frecuentes tratos con Ramón; al menos tenía la reputación de querer ganar dinero honradamente, como yo. De cualquier modo, a todos, desde los plantadores más orgullosos hasta el director del Buckatoro Journal, vecino suyo, les gustaba charlar con Ramón, quien, por su inmensa variedad de conocimientos, era tan profundo como un pozo de ciencia... y tan apacible.

A través de él yo solía comprar los productos de la isla, que embarcaba con destino a Nueva Orleans; y una vez vendidos, reimportaba partidas de artículos de mercería, obteniendo doble beneficio. Siempre estaba dispuesto a ayudarme, y también a hablar conmigo, asegurándome que profesaba un inmenso respeto por mis parientes, los Riego.

Así fue cómo, al final de mi segundo año en la isla, llegué a hablar con él. La diligencia debía de haber traído una carta de Verónica, la cual estaba a punto de dar un heredero a Rooksby; pero la carta se retrasó inexplicablemente. Yo había estado dos veces en la oficina de la diligencia y regresé maquinalmente al almacén de Ramón. Estaba hablando con su vecino, el director del Buckatoro Journal, y otro individuo que, mientras yo paseaba por la resplandeciente plazoleta, había llegado a caballo, apresuradamente, hasta los escalones de los soportales. El jinete estaba hablando con los dos hombres y gesticulaba exageradamente con las manos. Luego se había ido, espoleando su caballo, y el director del periódico, un jorobado de corta estatura y ojos brillantes, se había quedado a pleno sol, hablando con Ramón con mucho entusiasmo.

Yo conocía bien a ese divertido, curioso, retorcido y satánico hombre de mundo que era una especie de sobrino de los Macdonald, y uña y carne de todos los separatistas escoceses de la isla. Había fundado un sorprendente y escandaloso periódico que, para evitar el secuestro, cambiaba de nombre y de oficina casi a cada número, y del que los legitimistas, como los Topnambo, decían que ejercía una influencia funesta.

El tipo subsistía en buena medida gracias a la caridad de gente como los Macdonald, y a veces solía verlo yo al atardecer escuchando a la señora Macdonald, sentado en la veranda junto a la hamaca de ella, con la cabeza bastante inclinada hacia un lado sobre el pecho, y la gran joroba rebasando su pequeño y pálido rostro, mientras revolvía con las manos sus desgreñados cabellos negros. La señora Macdonald le chismorreaba todos los escándalos del valle y el Buckatoro Journal sacaba provecho de ello, adornándolos.

Desde hacía un mes, poco más o menos, el Journal se había mostrado más activo que de costumbre y eso se debía únicamente a que Rowley se disponía a confundir a sus calumniadores con el ataque naval a Río Medio, pues no había llegado ninguna orden de detención contra David Macdonald. Cuando le vi hablando con Ramón, imaginé que el jinete debía de haber traído noticias de la orden de detención, y que David se disponía a huir. Bajando ágilmente a saltitos los escalones del almacén de Ramón, desapareció en la oscuridad de su propia puerta. Ramón volvió sus gafas hacia mí lentamente.

—Ahí lo tiene —dijo—. Es un disparate; un enorme disparate. Es inconcebible enviar únicamente barcos pequeños para atacar a semejante nido de canallas.

El caballista había traído noticias de que los barcos de la escuadra de Rowley habían sido rechazados con grandes pérdidas en su ataque a Río Medio.

Ramón siguió hablando con un aire de enorme superioridad.

—Y mientras tanto, nosotros los comerciantes estamos perdiendo millares.

Sus ojos negros buscaron mi rostro y se me pasó por la cabeza la desagradable sospecha de que estaba desempeñando cierto papel, que sus palabras eran un engaño, que su cólera era fingida, que tal vez sospechase todavía que yo era un separatista. Siguió hablando del fracaso del ataque naval. Toda Jamaica había estado hablando de ello, especulando y felicitándose por adelantado de su éxito. Iba a entrar en juego el valor británico: cuatro tripulaciones servirían para el caso. Y ahora los barcos habían sido rechazados, las tripulaciones capturadas, y ¡la mitad de los hombres habían perecido! El pánico reinaba ya en toda la isla. Pude ver que la gente llegaba en pequeños grupos, discutiendo acaloradamente. No me agradó oír a Ramón, un español, hablando en ese tono de la derrota de mis compatriotas por los suyos. Crucé King's Square y, como la diligencia llegaba en ese preciso instante, fui a la oficina a recoger mi correspondencia.

La carta de Verónica llegaba como un débil eco, como el ruido muy lejano de unas rompientes escuchado en plena noche; parecía imposible que nadie pudiese estar tan interesado como ella en lo que allí estaba pasando. Había tenido un hijo y una de las tías de Ralph fue su madrina. Ella y Ralph habían estado en Bath la primavera pasada; el campo padecía una grave sequía. Ralph había utilizado toda su influencia, había explicado las cosas a un personaje muy importante, y se había gastado una pequeña

suma de dinero indemnizando a los batidores heridos en el empeño. Mientras tanto, yo casi me había olvidado de todo el asunto; parecía sorprendente que ellos todavía pudiesen estar interesados en él.

Tenía que regresar; tan pronto como pasase el peligro, yo tenía que regresar: ése era el contenido principal de la carta.

La leí en una pequeña taberna, en una sala enjalbegada que contenía como único ornamento un cartón representando un gato con este rótulo: «El Mejor». Cuatro individuos morenos, patriotas mexicanos, hablaban ruidosamente de su guerra de independencia y de las hazañas de un tal general Trapelascis, que había vencido allí a las tropas españolas. Era casi imposible relacionar a estos mexicanos con un mundo que incluía la delicada escritura a mano de Verónica sobre un papel rayado a lápiz para no torcerse y luego borradas sus líneas. Ellos parecían infinitamente más reales. Incluso el interés de Verónica por mí me parecía un poco extraño; su deseo de que regresara me irritaba. Era como si me hubiese pedido volver a la esclavitud después de haberme encontrado a mí mismo. Al pensar en ello me di cuenta de pronto de que me había convertido en un hombre, con metas de hombre y una desilusionada concepción de la vida. De pronto me parecía maravilloso poder estar allí sentado, contemplando tranquilamente a aquellos cuatro tipos siniestros armados de puñales, como si no existiesen. Cuando regresase a casa, el asunto me causaría tanta emoción como podría hacérmela la vista de un elefante en una exhibición ambulante. En cuanto a volver a mi antigua vida, eso no me parecía posible.

CAPÍTULO II

Una noche cabalgaba solo en dirección a Horton Pen. Una gran luna pendía por encima de mi cabeza como un enorme plato blanco. Finalmente surgió recortado sobre el disco el techo inclinado de la Posada del Transbordador, sobre el que se inclinaba una desmelenada palmera. Las luces de las ventanas se reflejaban en el río como temblorosas antorchas. Formas confusas, entre las que destacaban esferas blancas, aparentemente inmóviles, surgían amenazadoras de la gran sombra de la posada. Pronto se convirtieron en un birlocho, tirado por cuatro veloces caballos y rodeado por una multitud de negras con sombrereras en la cabeza. En la carretera había una gran dama; con voz quejumbrosa llamaba a alguien que debía estar en la posada: desde la puerta abierta, una débil luz amarilla bajaba por la empinada escalera. Un objeto indescriptible, al parecer con dos cuernos y una rueda, permanecía inerte al pie del poste indicador; junto a él, dos negros se enjugaban la frente. Enseguida se convirtió en un hombre dormitando en una carretilla, con su blanco rostro vuelto hacia la luna. Un murmullo de voces llegó desde arriba; luego se perfiló a contraluz en el portal la silueta de un hombre vestido a la europea. Sostenía con mucho cuidado un vaso lleno y se disponía a descender las escaleras. De pronto se detuvo emocionado. Después, se dio media vuelta y volvió a llamar:

—¡Sir Charles! ¡Sir Charles! ¡Aquí está el hombre! ¡Os aseguro que aquí está el hombre!

Del interior salió un rugido interrogante. Era como estar ante una jaula de leones.

Apareció gente, y desapareció, por delante de la puerta iluminada; en toda la fachada de la posada permanecían abiertas las ventanas, asomando por ellas infinidad de cabezas. Me apresuraba a montar mi caballo cuando el almirante salió a la escalinata. Alguien encendió una antorcha y el almirante se convirtió en una sólida y oscura figura, en cuyo capote brillaban los galones de oro. Estaba de pie muy estirado; tenía unas cortas patillas blancas y una gran nariz, cuya sombra alargaba notoriamente sobre su frente la luz ascendente; llevaba el cuello abierto y bajo el mentón aparecía una mata de pelo blanco; iba descubierto. Una tercera figura masculina, de rostro muy pálido, subía y bajaba la cabeza junto a su reluciente hombro izquierdo. No dejaba de decir:

—¿Qué? ¿Cómo?... ¿Ese hombre?

Parecía debatirse entre la más suprema satisfacción y el más violento enojo. Al final pudo expresarse.

—¡Tirarlo al agua!... eh... ¡Tirarlo al agua!

Hablaba con una especie de risita benévola; luego, elevando la voz, llamó:

—¡Tinsley! ¡Tinsley! ¿Dónde demonios está Tinsley?

Un agudo sonido nasal llegó desde la ventanilla del carruaje.

—¡Sir Charles! ¡Sir Charles! Que esta escena no tenga lugar en mi presencia, se lo ruego.

De pronto vi, a mitad de la escalera, subiendo con dificultad los escalones, una figura negra imposible de distinguir a primera vista a causa de su deformidad. Era David Macdonald. Después de sus últimos artículos comentando con terrible severidad el fracaso del ataque naval, se había escondido en alguna parte. De repente se me ocurrió que cambiaba constantemente de escondite. Al escapar de Spanish Town, bien sea en dirección a Kingston o hacia el valle, se había encontrado con el almirante y su grupo que regresaban del baile de los Topnambo. Es poco probable que fuese una coincidencia: todos se encontraron en la Posada del Transbordador. Pero no por eso resultó el asunto más agradable.

Sir Charles continuaba llamando a voces a Tinsley, su ayudante de campo, que en realidad era el hombre borracho de la carretilla. Cuando este detalle se supo, gracias a los gritos de los negros, él gruñó un «¡hummm!», se volvió al hombre que estaba a su lado y dijo:

—Oye, Oldham; échame una mano para tirar al agua a ese asqueroso.

El clima caluroso de Jamaica hacía que fuese frecuente este tipo de cosas. Oldham dejó caer su vaso y protestó. Macdonald siguió subiendo los escalones silenciosa y enigmáticamente; ahora que iba a participar, mostró bastante coraje. Sin duda reconocía que, aunque el almirante hiciese el ridículo, no se atrevería a hacerlo detener en ayunas. No podía quedarse a ver cómo intimidaban a la desgraciada criatura. Al mismo tiempo, yo había decidido tajantemente identificarme con él.

—Sir Charles —grité impulsivamente—, supongo que no empleará usted la violencia con un tullido.

Entonces, repentinamente se pusieron todos en movimiento, mientras David Macdonald llegaba a lo alto de las escaleras. Se oyeron unos gritos, procedentes del interior del carruaje y del grupo de sirvientes negros. Vi cómo tres hombres se lanzaban sobre una cosa que parecía un gato escaldado. No podía permitir eso, pasara lo que pasase.

Subí apresuradamente los escalones, esperando poder hacerles recobrar el juicio. Lo que me impulsaba era un arrebató emotivo puramente convencional, yo no tenía nada que ver en aquello; no quería entrometerme, me sentía como un hombre que se dispusiese a separar a media docena de perros peleándose, demasiado grandes como para que la intervención resultase agradable.

Cuando llegué a la cima, hubo una especie de riña poco decorosa y al final me encontré frente a un caballero mortalmente pálido que, desde su postura sedente, dijo entrecortadamente:

—¡Lo encerraré!... ¡Le juro que lo encerraré!...

Le ayudé a ponerse en pie, disculpándome, mientras que, detrás de mí, el almirante preguntaba insistentemente quién demonios era yo. El hombre a quien yo había ayudado a levantarse retrocedió un poco y luego se volvió para mirarme. La luz iluminaba mi rostro cuando él se puso a gritar.

—Le conozco. Le conozco perfectamente. Usted es John Kemp. Lo detendré inmediatamente. Los papeles están en el birlocho.

Después de eso, se le metió en la cabeza, al parecer, que yo iba a atacarle de nuevo. Salió disparado y yo me quedé cara a cara con el almirante. Me miró a los ojos con desprecio. Con la cara bañada por el sudor, le reproché que hubiese atacado a un tullido.

—¡Ah! —dijo el almirante—. ¿Es eso lo que usted piensa? Enseguida arreglaremos las cuentas. Esto es una sedición flagrante.

Miré a Oldham, que era el secretario del almirante. Iba extremadamente desaliñado en torno al cuello, como si un mono le hubiese arañado; la mitad del cuello vuelto flotaba sobre su pecho palpitante; la pechera negra le colgaba por atrás como una cola. Le había visto arrodillado en el suelo con la cabeza inmovilizada por la joroba.

—¿Por qué le han lanzado contra ese pobre diablo? —dije yo con altanería—. Eran tres contra uno. ¿Qué esperaban?

El almirante lanzó un juramento. Oldham empezó a enjugarse con un pañuelo de encaje el labio superior dañado, del que caía un reguero negro; incluso pareció llorar un poco. Finalmente, desapareció detrás de la puerta, bastante encorvado. El intrépido David salió tras él tranquilamente.

—Conozco la gente de su especie —dijo el almirante—. Es usted un perro traidor, señor. Esto es sedición. Servirá usted de ejemplo.

No obstante debía estar avergonzado de sí mismo, pues al poco rato él y los otros dos hombres bajaron los escalones sin ni siquiera mirarme y su carruaje se alejó.

Dentro de la posada encontré a una pareja de capitanes de la marina mercante; uno, dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa y pequeños aros brillantes en sus grandes orejas rojas; el otro, bastante impecable... de esos que entonces llamaban «de la nueva escuela». Se apellidaba Williams... el capitán Williams del Lion, barco del que era propietario a medias. Era una persona que había alcanzado cierta notoriedad por las cenas que daba a bordo; en su rostro redondo y sonrosado centelleaban unos ojos azules también muy redondos. Se aferró a mi brazo efusivamente.

—¡Bien hecho! —farfulló—. Les dio su merecido; creo que lo logró. Me sentó bien ver y oír eso. No iba a meter las narices, ¡yo no! Pero le admiro, muchacho.

Era un hombre bastante franco que sentía una profunda aversión por las meteduras de pata del almirante (aversión que compartía toda la gente de mar) y por los individuos de la misma índole que Topnambo, que fingían estar por encima de sus

cenar. Me aseguró que yo había caído sobre toda aquella gente rugiendo... «como el toro de Basán; deberían haberlo visto». Y se bebió un vaso de ponche a mi salud.

David Macdonald se reunió con nosotros, surgiendo entre espirales de humo de tabaco. Siempre era muy minucioso en el vestir y sus recientes abluciones le habían dado una frescura envidiable.

—Ahora ya no me tocarán —dijo—. Deseaba ese ataque con agresión —de pronto volvió hacia mí sus vivos y sarcásticos ojos negros—... Pero usted, mi querido Kemp —dijo—. ¡Usted se ha metido en un lío espantoso! Obtendrán una orden de detención contra usted fundándose en el Acta de los Negros. Conozco a la gente.

—Oh, no le importará —interrumpió Williams—. Le conozco; es una buena persona. Nada le asusta.

David Macdonald hizo un movimiento con la cabeza como dando a entender un ominoso presagio.

—Es un lío espantoso —dijo—. Pero ya me ocuparé yo de ellos. ¿Por qué le pegó a Topnambo? Es la bestia más rencorosa de la isla. Ellos lo considerarán un delito de alta traición. Son capaces de enviarle de vuelta a su país bajo esa acusación.

—Oh, no hay que darse por vencido —dijo Williams, volviéndose hacia mí—. Venga a comer conmigo a bordo, en Kingston, mañana por la noche. Si hay jaleo, veré lo que puedo hacer. O si no, puede usted venirse conmigo a La Habana hasta que esto se calme. Mi esposa está a bordo —puso cara larga—. Pero llegará a entenderse con ella. Le ayudaré a salir del apuro.

Bebieron un poco de sangría y se volvieron más bulliciosos. Yo no estaba muy tranquilo: había mucha verdad en lo que Macdonald me había dicho. Topnambo haría por supuesto todo lo posible por enviarme a la cárcel... para darme un castigo ejemplar por ser separatista y complacer así al almirante y al duque de Manchester. Presa del encanto embriagador de su bebida, Williams se volvió cada vez más apremiante con sus ofertas de ayuda.

—Es una desgracia que mi parienta esté a bordo justo en este viaje. Pero ¡por Dios!, venga a cenar conmigo. Recibiré a algunos hombres de Kingston... verdaderos tipos extraordinarios que darán la cara por usted. Lo harán, en cuanto conozcan la historia.

Lo que decía tenía cierto sentido. Si lanzaban contra mí un mandamiento de prisión, él o alguno de los comerciantes de Kingston conocidos suyos, que tenían razones para no querer al almirante, podrían ayudarme bastante.

Por consiguiente, bajé hasta Kingston. Dio la casualidad que fue ese día cuando ahorcaron a los siete piratas en Port Royal Point. Yo nunca había visto un ahorcamiento, y un hombre así era raro en aquellos días. Quise evitar verlo, pero fue imposible encontrar un barquero que me llevase a remo hasta el Lion. Todos se morían

por ver el espectáculo y, en parte por curiosidad, en parte de mala gana, me dejé llevar por la muchedumbre.

La horca estaba lo suficientemente elevada para poder verla: una larga y sólida viga, sostenida en cada extremo por unos postes. El sol caía de plano y la multitud empujaba, gritaba y estiraba la cabeza cada vez que se oía el grito de «Ahí llegan». Aquello duró una hora poco más o menos. Había un cielo muy límpido, un mar muy límpido, unos cuantos barcos deslizándose de un lado a otro, y a lo lejos las silenciosas colinas. Entre la masa había una mayoría de españoles. Me metí en medio de uno de esos grupos y me apreté contra las ruedas de uno de los carruajes, permaneciendo de pie, de puntillas, con las manos colgando, mirando fijamente al enorme patíbulo. Hubo numerosas falsas alarmas y repentinas protestas, que volvieron a acallarse más bien lentamente. Mientras tanto, pude oír a alguien detrás de mí hablando en español a los ocupantes del carruaje. Creí reconocer la voz de Ramón, pero no podía volverme; me pareció que la gente del carruaje respondía en francés. Un hombre gritó «Bebidas frescas» al otro lado de ellos.

Finalmente hubo un estruendo, un vaivén irresistible, un ruido metálico de baquetas de mosquete, un rítmico marcar de pasos y el chirriar de pesadas ruedas zunchadas. Por encima de las cabezas aparecieron siete hombres, aferrados los unos a los otros para no caerse. El grupo avanzaba lentamente, las borlas de estambre de los chacos de la infantería se bamboleaban en torno a sus pies. Aquellos piratas formaban un grupo triste de ver: con los ojos extraviados, andrajosos, manchados de polvo, curtidos, tiznados hasta tomar el color de la caoba sin pulir. Apoyándose unos en otros, permanecían de pie bajo las cuerdas que pendían de la larga viga, con todo el aspecto de un grupo escultural que representase la miseria y la desesperación. Festones de cadenas completaban la «composición».

Entre ellos había un hombre muy viejo con el pelo largo de un blanco amarillento y un negro cuya piel apenas brillaba. Los demás tenían la piel oscura, barbas puntiagudas y largos cabellos que les caían alrededor del cuello. Un soldado subió a la carreta con un martillo y un pequeño yunque y se inclinó, desapareciendo de nuestra vista. Se oyó un martilleo de hierro sobre hierro y el hombre más próximo al viejo levantó los brazos y empezó a hablar muy despacio, con una voz muy clara, muy lúgubre. Sus palabras eran muy fáciles de comprender: se declaraba completamente inocente. Nadie le escuchaba; se llamaba Pedro Nones. Cuando dejó de hablar, un hombre a caballo, el alto comisario, creo, galopó con impaciencia por delante de la carreta y gritó algunas palabras. Dos hombres entraron en la carreta, uno tiró de la cuerda y el otro cogió al pirata por los codos. Este empezó a dar tirones tratando de soltarse y se puso a gritar; parecía asombrado.

—¿Adonde está el padre? —gritó—... ¿Adonde está el padre?

Nadie respondió; no había sacerdote de ninguna confesión; ignoro si la omisión era intencionada. El rostro del pirata se fue descomponiendo de angustia; mientras forcejeaba con los dos hombres, sus globos oculares se desorbitaron, hasta quedar completamente en blanco. Comenzó a maldecirnos epilépticamente por tramar su condenación. La multitud que me rodeaba inició inmediatamente una sarta de imprecaciones en español. El hombre cuya voz se parecía a la de Ramón gimió de forma lastimera; otro dijo: «¡Qué infamia!... ¡Qué infamia!».

Una voz de viejo dijo en el carruaje, temblando:

—Dará lugar a protestas oficiales.

Otra dijo:

—¡Ay, estos ingleses heréticos!

La muchedumbre se abalanzó contra mí arrastrándome con ella. Alguien se puso a gritar órdenes delante de mí y la multitud retrocedió de nuevo. Los mosquetes de la infantería rechinaron. La conmoción duró algún tiempo. Cuando cesó, vi que el hombre que iba a morir acababa de besar al hombre muy viejo; las lágrimas caían a raudales por sus grises mejillas apergaminadas. Pedro Nones tenía ya la cuerda alrededor del cuello; caía de la viga formando una curva floja, que se tensaba cuando la carreta se alejaba bruscamente.

—Adiós, viejo, para siempre adi... —gritó Nones.

Todo mi cuerpo pareció entumecerse. Dio la casualidad que miré hacia abajo: mis manos estaban extraordinariamente pálidas y las venas sobresalían. Las sentía como si estuviesen empapadas de agua y pasó bastante rato hasta que recuperaron su color natural. Los demás piratas fueron ahorcados a continuación; la carreta avanzaba y retrocedía alternativamente y cada vez que regresaba había menos concurrencia. A un hombre de gran estatura y corpulencia tuvieron que ahorcarlo un par de veces porque la cuerda se rompió. Originó bastante alboroto. La cabeza me dolía y, tras hacer un esfuerzo involuntario para no perderme ningún detalle, me sentí mareado y aturdido. La gente hablaba mucho mientras retrocedía para dispersarse por el tramo más ancho de la playa, lleno de guijarros; parecía como si quisieran recordar todos los detalles de la ejecución. Tuve la impresión de que uno o dos de ellos, con esa pura grandeza de ánimo que suele embargarle a uno en las grandes ocasiones de emoción popular, me preguntaba con voz exultante si había visto cómo sacaba la lengua el negro.

Otros pensaron que no había tantos motivos para estar exultantes. En realidad no habíamos capturado a los piratas; las autoridades de La Habana los habían entregado al almirante... supongo que por una especie de cortesía internacional, o porque eran piratas de poca importancia y escasos de fondos, o porque el almirante había armado un escándalo delante del Morro. La facción en contra del almirante sostenía incluso que ninguno de los siete era pirata, sino simplemente mauvais sujets cubanos, vendedores ambulantes de coplas despectivas y conocidos librepensadores.

En cualquier caso, la gente, en su excitación, aclamó al Alto Comisario y a la infantería que regresaba, ya que siempre era agradable ahorcar a un español, del tipo que fuese. Casi fui atropellado por los timbaleros, que atravesaron la dispersa masa con un rítmico paso ligero. Mientras evitaba los tambores, una mano me cogió del brazo y oí que alguien me hablaba. Era el viejo Ramón, contándome que tenía en su almacén unas mercancías de Manchester de una clase muy especial. Me explicó que habían llegado recientemente y que él había venido de Spanish Town únicamente por su causa. Con ellas se podía ganar, por metro, un octavo de penique más que con las restantes de cualquier otro género. Si me dignaba aceptar que él me hiciese una demostración, tenía su pequeño coche de dos caballos justo al lado de la carretera. Todo el rato me estuvo empujando en esa dirección y yo, a decir verdad, no hice el menor amago de resistirme. Me dijo que había estado detrás de la multitud, junto al carruaje del comisario y el juez del Tribunal de la Marina enviados por las autoridades de La Habana para entregar a los piratas.

Después de eso fue cuando vi por primera vez a Serafina y a su padre, en el oscuro almacén de Ramón, y a continuación ocurrió mi encuentro con Carlos. Apenas podía dar crédito a mis ojos cuando le vi aparecer tendiéndome la mano. Fue una sensación extraordinaria hablar de nuevo con Carlos. Parecía haber envejecido bastante. Su rostro había perdido su frescor y lozanía, su apenas perceptible rubor subcutáneo: estaba pálido, muy pálido. Sus ojeras azul oscuro no restaban mérito a la negrura y viveza de sus ojos. Y tosía sin parar.

Me pasó el brazo cariñosamente alrededor de los hombros y dijo:

—Qué estupendo volver a verte, mi Juan.

En sus ojos había cariño, de eso no cabía la menor duda, pero yo sentía un vago recelo con respecto a él. Recordaba cómo nos habíamos despedido a bordo del Thames.

—Aquí podemos hablar —añadió él—, es un sitio muy agradable. Verás a mi tío, ese gran hombre, la estrella del derecho cubano, y a mi prima Serafina, su parienta. Ellos te quieren; les he hablado muy bien de ti.

Sonrió alegremente y prosiguió:

—Este lugar no es digno de su grandeza, ni de la de mi prima, ni, por supuesto, de la mía —sonrió de nuevo—. Pero yo me moriré muy pronto y esas cosas no tienen demasiada importancia para mí.

Frunció el ceño y luego se echó a reír.

—Pero deberías haber visto los rostros de sus oficiales cuando mi tío se negó a ir al palacio del gobernador; iba a haber una fiesta, una «recepción»; ¿no es ésa la palabra? Eso causará un gran escándalo.

Su sonrisa estaba repleta de malicia y parecía como si esperase verme contento. Le dije que no comprendía del todo qué era lo que había molestado a su tío.

—Oh, fue porque no había ningún sacerdote —contestó Carlos— cuando fueron ahorcados aquellos pobres diablos. Eran canaille, sin duda; pero son precisamente ésos los que más los necesitan.

Y mi tío estaba allí a título oficial, en calidad de plenipotenciario. Estaba verdaderamente muy afligido: lo estábamos todos. Te habrán contado sin duda que fue mi tío en persona el que les había aconsejado que se rindiesen a los ingleses. Y cuando vio que no había ningún sacerdote, se arrepintió muy amargamente. Vaya, después de todo, fue una infamia.

Se detuvo de nuevo, apoyándose en el mostrador. Cuando bajó los ojos al suelo, sin que su rostro se animase al hablar, su palidez se acentuó lamentablemente, así como las profundas sombras que cercaban sus ojos y la infinita tristeza de sus lánguidas facciones, como si estuviese preocupado por una pesadumbre sin esperanza que lo impregnara todo. Sin embargo, cuando me miró, sonrió de nuevo.

—En fin, en el peor de los casos ya ha pasado todo y ahora mi tío está aquí en este sucio lugar en vez de en vuestro palacio. Nos embarcamos de nuevo para Cuba esta misma tarde.

En aquella pálida luz, miró en torno suyo a los estampados y los toneles de melaza de Ramón, como si le costase creer que pudieran estar realmente en semejante lugar, y el tono de su voz indicaba que a su entender el palacio de nuestro gobernador no debía ser menos bárbaro.

—Pero lo siento —dijo de repente—, porque quería que tú... tú y todos tus compatriotas... le causarais una buena impresión. Ahora te toca a ti solo causarle esa impresión. Y lo harás. Tú no eres como los demás. Eres pariente nuestro y yo te he alabado mucho. Me salvaste la vida.

Empecé diciéndole que yo no había hecho nada en absoluto, pero él agitó la mano y sonrió ligeramente.

—Eres muy valiente —me dijo, como para hacerme callar—. Eso no lo olvido.

Me pidió de nuevo que le diese noticias de la patria... de mi patria. Le conté que Verónica tenía un bebé, y suspiró.

—¿Se casó con el excelente Rooksby? —me preguntó—. Ah, qué desperdicio —se encerró en un nuevo silencio—. No había ninguna otra mujer como ella en vuestro país. Ella habría podido... Es una tragedia que se haya casado con ese... ese excelente personaje, mi buen primo.

—Era un excelente partido —contesté yo.

Volvió a suspirar.

—Ahora, mi tío está dormido allí —dijo, después de una pausa, señalando a la puerta interior—. No debemos despertarle; es muy viejo. ¿No te importa hablar conmigo? ¿Esperabas poder verlos? Doña Serafina está también aquí.

—¿No te has casado con tu prima? —pregunté yo.

Yo quería ver a toda costa a la joven cuyos ojos se habían posado en mí momentáneamente, y me habría disgustado desde luego que Carlos me hubiese dicho que ella se había casado.

—¿Qué quieres? —contestó él, encogiéndose suavemente de hombros. Una sonrisa afloró en su rostro—. Ella es muy obstinada. Yo no le gustaba, no sé por qué. Puede que haya visto demasiados hombres como yo.

Luego me contó que, a su llegada a Cuba, después de separarse de mí a bordo del *Tbames*, su tío, «a pesar de ciertas influencias», le había aceptado con absoluta naturalidad como heredero y futuro cabeza de familia. Pero Serafina, con la que debía haberse casado según las normas que rigen la conveniencia, le había rechazado tranquilamente.

—No le causé buena impresión; es tan romántica. Deseaba un hombre intrépido, un Cid, algo que no es fácil de encontrar.

Se detuvo de nuevo y me miró con una especie de desafío en los ojos.

—No podía haber encontrado a nadie mejor que tú —le dije.

Él hizo un ligero movimiento con la mano.

—Oh, en cuanto a eso —dijo con desprecio—... Además, me estoy muriendo. No me encuentro bien desde mi baño forzado en tu mar helada, después que dejamos a tu hermana. Acuérdate de cómo tosía a bordo de aquel miserable barco.

Lo recordaba muy bien.

Fue hasta la puerta interior, miró al interior y luego regresó a mi lado.

—Serafina necesita un guía... alguien que la controle... alguien que sea muy fuerte y bondadoso, amable y valeroso. Mi tío no le pedirá nunca que se case en contra de su voluntad; es demasiado viejo y demasiado débil de carácter. Y cualquier hombre que se case con ella... excepto uno... correrá grandes peligros... por ella y por él. Sería preciso un hombre frío y valeroso, y también bueno, capaz de arriesgar, puede que incluso su vida, por el amor de ella. Algún día ella será muy rica. Poseerá todas nuestras tierras, todas nuestras ciudades, todo nuestro oro —en su voz etérea había toda una evocación de riquezas fabulosas—. Nunca me pertenecerán a mí —añadió—. Vaya.

Me miró con sus ojos penetrantes, adoptando una expresión que bien podía ser de amable burla. De todas formas, había en sus ojos la intensidad de una mirada que escruta, y tal vez una ligera súplica. Suspiré a mi vez.

—Hay un hombre allí llamado O'Brien —dijo— que nos hace el honor de pretender la mano de mi prima.

Sentí una singular irritación.

—Pero no es español —dije yo.

—Oh, español no es —respondió Carlos en tono de burla—. Desciende de los reyes de Irlanda.

—Es un aventurero —dije yo—. Debes ponerte en guardia contra él. No conoces a esos trotapantanos, cazadores de dotes. Son la risa de toda Europa, incluyendo a los reyes.

Carlos volvió a sonreír.

—En todo caso es un hombre muy peligroso —dijo—. Yo no le aconsejaría a nadie que viniese a Río Medio, la ciudad de mi tío, sin hacerse amigo del señor O'Brien.

Una vez más se dirigió a la puerta interior y, después de cuchichear algunos instantes con alguien que estaba dentro, regresó a mi lado.

—Mi tío duerme todavía —dijo—. Debo retenerte un poco más. Ah, sí, el señor O'Brien. Se casará con mi prima, creo, cuando yo muera.

—Tú no conoces a esos tipos —dije yo.

—Oh, sí, los conozco muy bien —Carlos sonrió—. Hay muchos así en La Habana. Fueron allí después de lo que ellos llaman la crisis del 98, cuando hubo una gran rebelión en Irlanda y muchos buenos católicos encontraron la muerte o la ruina.

—Entonces es un rebelde y debe ser ahorcado —dije yo.

Carlos se rió como antaño.

—Puede ser, mi buen Juan, pero nosotros los cristianos no lo vemos con los mismos ojos que tú. Este hombre se rebeló contra vuestro gobierno, pero también padeció por la verdadera fe. Es un buen católico; ha sufrido por ello; y en la Isla-Siempre-Fiel eso es siempre un pasaporte. Ha ascendido muy alto: es juez del Tribunal de la Marina en La Habana. Por eso está hoy aquí acompañando a mi tío en este asunto de la entrega de los piratas. Mi tío le aprecia mucho. O'Brien fue al principio su escribano y mi tío lo hizo juez. También es intendente de sus propiedades y ejerce una gran influencia en Río Medio, la ciudad de mi tío. Te aseguro que si vienes a visitarnos, más vale que estés en buenos términos con el señor juez O'Brien. Mi tío es ya muy mayor y, si yo muero antes que él, supongo que este O'Brien acabará por casarse con mi prima, pues mi pobre tío está completamente en sus manos. Hay otros pretendientes, pero tienen pocas posibilidades, ya que es muy peligroso ir a Río Medio, la ciudad de mi tío, a causa de las intrigas de este hombre y de su ascendiente sobre el populacho.

Miré con atención a Carlos. El nombre de la ciudad me parecía familiar. De repente recordé que fue allí donde Nikola el Demonio, el pirata cuya fama casi lo convirtió en mito, había vencido a la flota del almirante Rowley.

—Venga, más vale que veas a este hidalgo irlandés que quiere hacernos tan gran honor —me lanzó una mirada inescrutable—. Pero no hables en voz alta hasta que mi tío se despierte.

Abrió la puerta de par en par. Yo le seguí al interior del aposento, donde la visión del viejo Don y la encantadora aparición de la joven se habían desvanecido sólo unos minutos antes.

CAPÍTULO III

El aposento tenía los techos altos y estaba sumido en una deprimente oscuridad: había gruesos barrotes delante de las mugrientas ventanas. Estaba bastante vacío: únicamente contenía una larga mesa negra, algunas cajas de embalaje y media docena de mecedoras. Cinco eran nuevas y la otra muy vieja, maciza y negra, con el asiento de cuero verde y un escudo de armas labrado en el respaldo. Por todas partes había pequeños montones de serrín de caoba sobre el suelo embaldosado, y una pila de sacos en un rincón. Bajo una ventana, el batiente de una trampilla abierta medio ocultaba una gran mancha verdosa de humedad; un profundo nicho, en el que había dos o tres cubos en su rincón derecho, se abría en el muro a modo de cueva. Un hombre con el pelo rubio, ligeramente calvo, como si le hubiesen tonsurado, se mecía suavemente en una de las mecedoras nuevas.

Frente a él, con su rostro envejecido vuelto hacia nosotros, el anciano Don estaba adormecido en el sillón. Sus delicadas y blancas manos reposaban sobre los brazos, sujetando una de ellas un frasco de sales dorado, y entre sus piernas, enfundadas en unas medias de seda, estaba su bastón negro con el puño plateado. Los diamantes de las hebillas de sus zapatos despedían intensos rayos incluso en aquel tenebroso lugar. La joven estaba sentada con las manos en las sienes y los codos apoyados en la larga mesa, observando minuciosamente una pequeña lagartija inmóvil, minúscula criatura de ojos dorados que el miedo parecía haber convertido en piedra.

Entramos sin hacer ruido y al cabo de unos instantes la joven levantó los ojos y me miró cándidamente; luego se llevó los dedos a los labios, señalando a su padre con la cabeza. Puso su mano sobre la mía y murmuró muy claramente:

—Bienvenido seas, primo mío de Inglaterra.

Y a continuación bajó de nuevo los ojos para seguir contemplando a la lagartija.

Ella sabía todo sobre mí por Carlos. El hombre del cual yo no había visto más que la parte superior de la cabeza viró su silla bruscamente, mientras se encendían sus pequeños ojos azules. Era más bien bajo y rechoncho, con la carne muy firme y las blancas manos muy regordetas. Iba vestido con el típico traje negro de los jueces españoles. En su cara redonda había siempre una sonrisa, como la que suele rondar en la quijada de un lucio... sólo que más graciosa. Se inclinó para saludarme un poco exageradamente y me dijo:

—Ah, usted es ese famoso míster Kemp.

Yo le respondí que suponía que él sería el todavía más célebre señor juez O'Brien.

—De nada sirve que diga usted que no es famoso —dijo él.

Su voz tenía el ligero gangueo infinitamente melodioso de ciertos dialectos irlandeses, algo tan delicado e intangible como el perfume de las flores del tilo.

—Nuestro noble amigo —prosiguió, señalando a Carlos con un leve movimiento de su mano blanca— me ha dicho lo valeroso y temerario que es usted. Que haya partido el cráneo a la mitad de los batidores de Bow Street es algo que ciertamente le honra; yo hice otro tanto —añadió— en los viejos tiempos.

Y suspiró.

—¿Se refiere usted al 98? —dije yo, con algo de insolencia.

Los ojos de O'Brien centellearon. En efecto, casi había perdido la cabeza durante el fiasco irlandés, bien sea en Clonmel o en Sligo, huyendo desesperadamente de los dragones ingleses a través de la niebla hasta ganar la bahía, donde aguardaban las lanchas de un buque de guerra francés. Aunque ahora fuese juez en Cuba, para él aquello no fue más que un episodio de heroísmo, de juventud... de aventura, en realidad. Así que, probablemente, no se tomó a mal que yo lo mencionase. En cuanto a mí, como es natural, no podía evitar sentirme ofendido por el tono algo depreciativo de su voz y su comportamiento condescendiente.

El viejo Don dormía plácidamente, el rostro vuelto hacia el lejano techo tiznado.

—Ahora le haré una razonable proposición —dijo de pronto O'Brien, después de haber observado con suma atención la mirada insolente que yo le dirigía.

Me disgustaba porque no tenía ni idea del tipo de hombre que era. En realidad, lo encontraba más extraño que Carlos. Y me daba la impresión de que, aunque tal vez no fuese el mejor de los hombres ni mucho menos, todavía podía burlarse de mí, o al menos hacer que yo pareciera un idiota.

—Me han dicho que es usted separatista —me dijo—. Bueno, lo mismo que yo. Soy irlandés; hubo un tiempo en que, en otra isla, le pusieron precio a mi cabeza. Y han emitido varios mandamientos de prisión contra usted por el ataque al almirante. Podemos ponernos de acuerdo; no hay nada indigno en lo que tengo en mente para usted.

Le había oído decir con frecuencia a Carlos que yo era un joven capaz de cualquier cosa, un aristócrata anárquico, que había vivido en una región enteramente abandonada en manos de contrabandistas, desesperados y asesinos. Pero era la primera vez que oía hablar claramente de que hubiese en Jamaica mandamientos de prisión contra mí. Eso, sin duda, se lo habría oído decir a Ramón, que lo sabía todo. De todo lo que me dijo este pequeño y sardónico irlandés, fue eso lo único que pareció merecer mi atención. Y persistió en mi mente mientras que, en tono persuasivo y con una airosa soltura, me habló de los beneficios que podíamos obtener, hoy en día, armando corsarios bajo pabellón mexicano. Me dijo que no debía sorprenderme de que fuesen equipados en una colonia española.

—Hay otros muchos aspectos que pueden parecer tan desleales como éste —añadió en un tono desapasionado que contrastaba con el rápido guiño de ojos con que acompañó esas palabras.

España se tomaba a mal que hubiésemos reconocido a sus colonias rebeldes. Y con el mismo tono persuasivo y frío, mitigado en base a sonrisas irónicas, me explicó que los españoles leales de la Isla-Siempre-Fiel no veían ningún mal en perjudicar a los ingleses, aunque estuviesen bajo pabellón mexicano, cuya existencia legal ellos no reconocían.

—La verdad es que es una maniobra organizada, y algo puedo decir de ella. Lo que perjudica al gobierno de míster Canning es la maldición que Cromwell lanzó sobre él y sobre los demás. Renunciarán inmediatamente a algunas de sus propias colonias. Y como usted es separatista, no lo censuraré. En cuanto a mí, yo soy irlandés, y nosotros no lo lamentaremos con lloros. Venga, míster Kemp, todo sea por el bien de la causa... Y no hay nada indigno en ello, se lo prometo. Usted es un caballero y yo no podría proponerle nada que lo fuese. La mejor gente de La Habana está interesada en el asunto. Nuestras goletas están ancladas en Río Medio, pero yo no puedo estar allí todo el tiempo.

La sorpresa me privó del habla. Miré a Carlos. Nos estaba observando inescrutablemente. La joven tocó suavemente a la lagartija, pero ésta estaba demasiado asustada para moverse. O'Brien se mecía mientras nos miraba con perspicacia. Me preguntó qué era lo que yo quería. ¿Ver mundo? Él me proponía un mundo adecuado al admirable joven que yo era. Además, yo era medio escocés. ¿Me había olvidado de las injusticias de mi propio país? ¿Me había olvidado del 45?

—Habrá oído usted hablar de un escocés que era magistrado jefe y cuyo hijo se gastó en Ámsterdam el dinero que su padre ganó en su sede de Edimburgo... dinero gastado en ron y sedas de contrabando.

Desde luego había oído hablar de ello; como todo el mundo. Pero de eso hacía algunos años.

—Aquí estamos muy atrasados —se burló O'Brien—. Pero allí le guiñamos los ojos al juez y nos reímos de él, y lo mismo nos hacen a nosotros en La Habana.

De pronto, se oyó la voz de la joven detrás de nosotros.

—¿De qué estás discutiendo, primo mío de Inglaterra?

O'Brien se interpuso, respetuoso.

—Señorita, le estoy pidiendo que venga a Río —dijo.

Ella volvió hacia mí sus grandes ojos negros, escudriñándome a fondo; luego los bajó de nuevo. Estaba poniendo unas pepitas de melón en un círculo cuyos radios convergían en la lagartija, que la miró completamente inmóvil.

—No hablen tan alto, o despertarán a mi padre —nos advirtió.

El rostro del viejo Don todavía estaba vuelto hacia el techo. Carlos, de pie detrás de su sillón, entreabrió los labios en una media sonrisa. Para entonces yo estaba realmente enfadado con O'Brien, por su aire de omnisciencia, de superioridad, de

suficiencia, como si estuviese hablando con un niño o alguien muy crédulo y mentecato.

—¿Con qué derecho habla usted por mí, señor juez? —dije en español, lo mejor que pude.

La joven me miró una vez más y luego volvió a bajar la mirada.

—Oh, puedo hablar por usted —me contestó O'Brien en inglés— porque conozco cuál es su posición.

Se sentó en su mecedora, cruzó las piernas y me miró como si esperara que yo me mostrase asombrado de lo mucho que él sabía.

—Está usted en un aprieto. Tiene que abandonar esta isla de Jamaica... sin duda tan nefasta como mi propio país... y no puede regresar a su casa porque los batidores le perseguirían. Aquí le «buscan» lo mismo que allí: no tiene usted dónde ir.

Le miré completamente asustado por su manera de enfocar mi caso. Me tendió su mano regordeta y bajó todavía más la voz.

—Ahora le ofrezco un buen puesto, un cómodo puesto. Este es un bonito sitio —hablaba lenta y cansinamente y su voz tenía una especie de languidez melosa—. En casa de... la señorita —adoptó el aire de franqueza de un hombre de negocios—. Usted puede ayudarnos, y nosotros a usted; nosotros podemos arreglárnoslas sin usted mejor que usted sin nosotros. Nuestra empresa (aquí también podemos emplear grandes nombres, como en el libre mercado que usted conoce tan bien, no diga usted que no) tiene su centro en La Habana. Lo que necesitamos es un hombre en quien podamos confiar. Teníamos uno... Nichols. ¿Se acuerda del piloto del barco en el que usted llegó? Era Nikola el Demonio; ya no podemos contar con él... no puedo decirle por qué, es una larga historia.

Guardaba un recuerdo muy vivo de aquel cadavérico nativo de Nueva Escocia, piloto del Thames, que me había advertido con truculentas amenazas que no apareciese por Río Medio. Recordaba sus mejillas cetrinas, brillantes, y los exagerados gestos que hacía con las manos, parecidas a garras.

O'Brien sonrió.

—Nichols está todavía vivo, pero más le valiera estar muerto. Ésa es la verdad. Pretende haber perdido los nervios; durante un tiempo fue un demonio entre los marinos, pero ahora le da por llorar. Su ardor se enfrió cuando los barcos de nuestro torpe y viejo almirante fueron rechazados. Está persuadido de que el gobierno británico aumentará sus fuerzas.

Había en su voz cierto desprecio y amargura, aunque pronto recobró su tranquilidad de hombre de negocios.

—Nada de eso ocurrirá. Les he entregado esos siete pobres diablos que iban a morir hoy sin recibir la absolución. Así que Nichols se ha acabado por lo que a nosotros nos concierne. Lo he mandado lejos para evitar que chismorree. Usted puede

ocupar su plaza... y mejor que su plaza. Él no era más que un marino, cosa que usted no es. No obstante, usted conoce lo suficiente de barcos, y lo que nosotros queremos es un hombre de valor, desde luego, pero también un hombre en quien podamos confiar. Cualquiera de nuestros criollos regresaría a la selva en cuanto tuviese cinco dólares en la mano. Le pagaremos bien; una buena parte de todo lo que consiga.

Me reí abiertamente.

—Se ha equivocado usted completamente de hombre —le dije—. Y lo sabe.

Sacudió suavemente la cabeza e hizo como si se cepillara una mota de su rodilla negra y regordeta.

—Debe usted ir a alguna parte —me dijo—. ¿Por qué no se viene con nosotros?

Le miré, desconcertado por su tenacidad y su seguridad en sí mismo.

—Ramón nos ha dicho aquí mismo que usted vapuleó al almirante la noche pasada; y hay ya un mandamiento de prisión contra usted por tentativa de asesinato. Ya sé que usted es uña y carne de los más destacados separatistas de esta isla, pero ellos no le librarán de ir a la cárcel... por rebelión, posiblemente. Usted lo sabe tan bien como yo. Ha venido usted hoy aquí para embarcarse, ¿no es cierto?

Recordé que los legalistas de la isla decían que los piratas y los separatistas actuaban de común acuerdo para fastidiar al almirante y provocar el descontento. Habiendo vivido con los Macdonald en medio de los separatistas descontentos, yo sabía que eso no era cierto. Pero ninguna crítica era demasiado severa tratándose de los plantadores que reclamaban la unión de la isla con Estados Unidos.

O'Brien se inclinó hacia delante. Su voz, que hasta entonces tenía un cierto tono de desdén, de pronto pareció sumirse en el más intenso ardor. Me tendió la mano; frunció el entrecejo. Parecía un conspirador... y lo era.

—Le aseguro que hago esto por amor a Irlanda —dijo apasionadamente—. Cada barco que capturamos; cada clamor de descontento que aquí surge, es un golpe, es una ignominia para los que han sembrado la muerte y la ruina en mi propio y querido país.

Torció convulsivamente el rostro; me encontraba en presencia de una de las pasiones primigenias. Pero inmediatamente después se calmó.

—Usted quiere la separación por motivos personales. No le pregunto cuáles son. Sin duda usted y su amigote Macdonald, y todos los demás, harán su agosto... no se lo pregunto. Pero ayúdeme a ser una espina clavada un poco... sólo un poco más. ¿Qué puedo aportarle yo? Justo lo que usted quiere: que Jamaica se una a Estados Unidos. Usted podrá regresar con los bolsillos repletos y yo estaré contento... por el bien de mi propio país.

Súbita y temerariamente (pues si yo tenía que enfrentarme a una pasión racial, él tenía que hacerlo con otra; siempre estábamos como el perro y el gato... celta contra sajón, como era al principio) le dije:

—Yo no soy traidor a mi país.

Entonces me di cuenta con súbita preocupación que había debido despertar al viejo Don, quien se removió inquieto en su sillón y levantó una mano.

—En cuanto salga de aquí le denunciaré —le dije muy bajo—. Se lo juro que lo haré. Usted está aquí y no puede escaparse; le colgarán.

O'Brien se sobresaltó. Sus ojos echaron chispas. Frunció el entrecejo.

—He sido engañado —murmuró, mirando sombríamente a Carlos—. ¿Lo dice en serio? —me preguntó, recobrando su serenidad y jocosidad—. ¿No se trata de grandilocuencia británica?

El viejo Don volvió a removerse en el sillón y suspiró.

La joven se deslizó velozmente a su lado.

—Señor O'Brien —le dijo ella—, ha irritado usted tanto a mi primo inglés que ha despertado a mi padre.

O'Brien sonrió amablemente.

—Siempre ocurre lo mismo —dijo él sardónicamente—. Los estúpidos ingleses cometen la maldad y el estúpido irlandés recibe el palo —se puso de pie, completamente sosegado, como un impecable hombrecillo—. Sin duda he hablado demasiado. ¡Bueno, bueno! Usted va a denunciar al juez superior del Tribunal de la Marina en La Habana como pirata. ¡Me pregunto quién le creará!

Se puso detrás del sillón del viejo Don desplazándose sigilosamente como un abogado español y descendió por la trampilla abierta que había cerca de la ventana.

Fue la desaparición de una sombra. A través de la trampilla me llegaron algunos refunfuños guturales, un susurro, después el silencio. Si yo le había asustado, lo llevaba muy bien. Me disculpé ante la joven por haber despertado a su padre. Vivos colores animaron su rostro y sus ojos centellearon. Si ella no hubiese sido tan bella, me habría ido inmediatamente.

—El señor juez me es odioso —dijo ella con enojo—. Mi padre ha soportado su insolencia durante demasiado tiempo —aunque era muy bajita, se hacía respetar por su extraordinaria autoridad—. He podido comprobar, señor, que le estaba molestando. ¿Por qué va a prestar usted atención a semejante criatura? —bajó la cabeza—. Pero mi padre es muy mayor.

Me volví hacia Carlos que estaba de pie, todo de negro, a la luz de la ventana.

—¿Por qué hiciste que me encontrase con él? Puede que sea juez de tu Tribunal de la Marina, pero no es más que un canallesco trotapantanos.

—No debes denunciarle —dijo Carlos un poco arrogantemente—. Si temiese que intentas traer el deshonor a esta cabeza que ya peina canas, y comprometer a esta joven en un escándalo público, no te dejaría que abandonases este lugar —sus modales se ablandaron—. Por el honor de la Casa no dirás nada. Y vendrás con nosotros. Te necesito.

Mi recelo iba en aumento. Si él apoyaba esa empresa ilegal, cuyo cuartel general estaba en Río Medio, no podía ser mi hombre. Aunque era lo suficientemente valiosa para que los periódicos del país le prestaran importancia política, después de todo no era ni más ni menos que un acto de piratería. La idea de convertirme en una especie de traidor irlandés era tan excesivamente ultrajante que ahora podía reírme de la imbecilidad de ese tal O'Brien. En cuanto a convertirme, por lucro, en un pirata... sólo de pensarlo me hervía la sangre.

No. Allí había algo más. Algo poco claro, peligroso; alguna intriga de la que no podía concebir ni siquiera su intención más primaria. Pero lo que estaba claro era el vehemente deseo que Carlos experimentaba de servirse de mí con algún propósito. Me desconcerté hasta el punto de olvidar lo mucho que estaba yo comprometido, incluso en Jamaica. Sin embargo valía la pena recordar, porque en aquellos días una acusación de rebelión (según el Acta de los Negros) no era cosa de risa. Podía ser enviado de vuelta a casa bajo arresto; y entonces todavía estaba pendiente mi asunto con los batidores.

—Se trata simplemente, mi buen Juan, de hacer una visita —decía persuasivamente— mientras se olvida tu asunto aquí, y... y... aliviar mis últimas horas, quizá.

Le miré: no era más que una sombra... una sombra de ojos tristes y melancólicos.

—No te comprendo —balbuceé yo.

El viejo se revolvió, abrió los párpados y se llevó a la nariz el frasco dorado de las sales.

—Desde luego, no denunciaré a O'Brien —dije—. Yo también respeto el honor de tu familia.

—Eres todavía mejor de lo que yo pensaba. Y si te imploro, Juan, por el amor de tu madre... ¿de tu hermana?, no es por mí, es...

La joven estaba vertiendo unas gotas de un frasco verde en una copa plateada; pasó cerca de nosotros y se la dio a su padre, que se había inclinado ligeramente hacia delante en su sillón. Cada gesto que ella hacía me producía una íntima alegría; era como si yo hubiese esperado durante años y años esa postura de su cuello, esa mirada altanera en sus ojos, esa caída de pestañas sobre sus mejillas.

—No, me morderé la lengua y eso bastará —dije yo.

En aquel momento el viejo Don se incorporó y se aclaró la garganta. Carlos se levantó de un salto y fue hacia él con la gracia infinita propia de la más tierna obsequiosidad. Mencionó mi nombre y el parentesco, luego enumeró los innumerables títulos de su tío, terminando así: «Y benefactor del obispado de Pinar del Río».

Permanecí de pie, rígido, frente al viejo. De vez en cuando él bajaba la cabeza, sosteniendo cuidadosamente la copa plateada mientras se mecía un poco. Cuando la

melodiosa voz de Carlos hubo terminado de enumerar los sonoros títulos, mascullé algo entre dientes acerca del «honor trascendente».

Me interrumpió con un ligero gesto de la mano, deferentemente perentorio, y empezó a hablar, sonriéndome con una contracción de los labios y un ligero temblor de la cabeza. Su voz era muy baja y temblaba un poco, pero en la forma en que pronunciaba cada sílaba había la misma pureza que en sus rasgos, sus manos, sus gestos anticuados.

—El honor es para mí —dijo—, y el placer. Me alegra tener delante a un pariente que con gran heroísmo, según me han contado, salvó a mi queridísimo sobrino de grandes peligros; es un honor para mí poder darle las gracias. Mi querida y llorada hermana contrajo matrimonio con un hidalgo inglés, a través de cuya casa su muy respetable familia se relacionó con la mía; es un placer para mí encontrarme después de tantos años con alguien que ha conocido los lugares donde ella pasó los últimos días de su vida.

Se detuvo y respiró con cierta dificultad, como si la conversación le hubiese extenuado. Después empezó a hacerme preguntas acerca de la tía de Rooksby... la llorada hermana de su discurso. La había querido mucho, me dijo. Yo no sabía casi nada de ella, y la agradable sonrisa y los modales corteses y respetuosos del viejo me pusieron muy nervioso. Tenía la impresión de haber sido llevado a rendir visita ceremonial a un supremo pontífice completamente chocho. Durante algún tiempo habló con cierta animación del priorato de Horton, después titubeó y acabó por olvidarse de lo que estaba hablando.

—Pero ¿dónde está O'Brien? —dijo de pronto—. ¿Le ha escrito al gobernador de aquí? Me gustaría que conociese al señor O'Brien. Es un hombre piadoso.

Me abstuve de decirle que ya había visto a O'Brien y el anciano se sumió en un completo silencio. Estaba empezando a anochecer y un ruido de voces contenidas subía de la trampilla abierta. Nadie dijo nada.

Sentí un vago malestar; no podía comprender de ningún modo la relación entre el viejo Don y lo que había pasado antes de que despertase; y por otra parte no sabía, en un sentido puramente convencional, hasta cuándo debía quedarme. A través de los barrotes de las ventanas, el cielo parecía más pálido.

De pronto dijo el viejo Don:

—Debe usted visitar mi pobre ciudad de Río Medio.

Pero no me invitó explícitamente, ni añadió nada más.

Después preguntó con voz quejumbrosa:

—Pero ¿dónde está O'Brien? Tiene que escribirme unas cartas.

—Nos ha precedido en el barco —dijo la joven, volviendo a su asiento—. Las escribirá allí.

Don Baltasar se encogió de hombros y retiró las manos de encima de las rodillas.

—Sin duda, él lo sabe mejor que nadie —dijo—, pero debería consultarme.

Cada vez estaba más oscuro; el viejo Don parecía haberse quedado dormido otra vez. Pronto, el viejo desapareció en las tinieblas de la cámara y no quedó de él más que el destello de la hebilla de plata de su sombrero. Me acordé de mi cita para cenar con Williams a bordo del Liori y me levanté. No parecía haber ninguna probabilidad de que yo pudiese hablarle a la joven. Una vez más ella se había inclinado con indolencia sobre la lagartija y sus cabellos le caían a lo largo del rostro como racimos de uvas. En una esquina de su frente blanca persistía un vago destello y las sombras se iban intensificando alrededor de ella. Carlos vino hacia mí, preocupado, mientras yo miraba en dirección a la puerta.

—No debes irte todavía —dijo con suavidad—. Tengo que contarte muchas cosas. Dime...

Sus modales acrecentaron mi malestar hasta hacerme sentir miedo. Sus ojos mudaron de expresión y miraron algo fijamente por encima de mi espalda, mientras en sus labios temblaban, apenas audibles, estas palabras: «Debes venir, debes venir». Sólo pude sacudir la cabeza. Inmediatamente él retrocedió como si se resignara. Me abandonaba... y se me ocurrió que si el peligro de su seducción había pasado, todavía quedaba el peligro de ser arrestado nada más atravesar la puerta.

Alguien detrás de mí dijo perentoriamente: «Ya es hora», y hubo un parpadeo y disminución de la luz. Tuve una visión instantánea y confusa del viejo Don medio dormido, con la cabeza para atrás... de la ventana cortada en pedazos cuadrados por los barrotes negros. Algo áspero y peludo me bajó corriendo por el rostro; me quedé como ciego; mi boca, mis ojos, mis fosas nasales se llenaron de polvo; mi respiración se convirtió en un flujo de aire cálido. No tenía tiempo para resistirme. Me puse a dar patadas convulsivamente; apreté los codos contra los costados. Alguien gruñó bajo mi peso; después, fui bajado, arrastrado, subido y vuelto a bajar; mis pies golpearon contra una pared y la parte superior de mi cabeza rozaba de vez en cuando contra lo que debía ser el techo bajo de un corredor de piedra que salía bajo el cuarto trasero del almacén de Ramón. Finalmente caí sobre algo que me pareció un montón de virutas. Mi sorpresa, mi rabia y mi horror habían sido tan grandes que, después de mi primer grito ahogado, no hice ya ningún otro ruido, mientras oía los pasos de varios hombres que se marchaban.

CAPÍTULO IV

Permanecí allí tendido, atado de pies y manos, durante algún tiempo; lo bastante para permitirme recobrar el juicio y apercibirme de lo estúpido que había sido al amenazar a O'Brien. Me había indignado bastante, eso sí. Para fastidio mío, me habían cubierto la cabeza con un saco y me habían llevado a un sitio seguro, en alguna parte. Parecía ser un sótano.

Yo iba buscando aventuras y allí estaban todos los elementos necesarios: españoles, un conspirador y un secuestro; pero no me podía sentir estúpido y romántico al mismo tiempo. La verdadera aventura, supongo, requiere una serie de emociones para extinguir todos los sentidos excepto el de la vista, que se nubla. Salvo la vista, de la que estaba completamente privado, podía utilizar todos los demás sentidos, los cuales no me aportaban más que sensaciones desagradables.

La cabeza me dolía y me daba punzadas dentro del saco, y tenía la boca llena de harina enmohecida cuyo olor irritaba mis fosas nasales; sentía toda la ignominia de mi situación y estaba sumamente enojado; podía darme cuenta de que el viejo Don estaba chocho... y sin embargo alimentaba sentimientos amargos contra Carlos.

Realmente no estaba asustado; no podía creer que los Riego permitiesen que me asesinaran o me maltrataran gravemente. Pero estaba indignado contra el Destino o el Azar, sea cual fuese el nombre que se le quiera dar... a causa de los ignominiosos detalles de mi aventura: el basto saco, la harina enmohecida, las piedras del túnel que me habían despellejado las espinillas, las cuerdas apretadas que trababan mis tobillos y parecían cortarme las muñecas a mis espaldas.

Cuanto más esperaba, mi furor iba en aumento en medio de aquel silencio sepulcral. ¿Cómo acabaría todo aquello? ¿Con qué atropello? Mostraría mi desdén y protegería mi dignidad rindiéndome sin oponer resistencia... despreciaba esa odiosa conspiración. Por fin oí voces y pasos; me resultaba difícil llevar a cabo mi propósito, contenerme de gritar y de dar patadas. Unos hombres, que a veces gruñían al apresurarse, me levantaron y me llevaron, como un cadáver, dando tumbos. De cuando en cuando alguien murmuraba: «Tened cuidado». Luego me depositaron en un bote. El mundo parecía tambalearse, chapotear, sacudirse... y me pareció obvio que me llevaban a bordo de algún barco. El barco español, sin duda. De pronto me invadió un sudor frío al pensar que, después de todo, su intención podía ser arrojarme sencillamente por la borda.

—¡Carlos! —grité.

Sentía en mi pecho la punta de un cuchillo.

—¡Silencio, señor! —dijo una voz ronca.

Mi miedo se desvaneció cuando abordamos un barco que evidentemente estaba ya navegando; pero me izaron tan brutal y desmañadamente que cuando subí a bordo estaba completamente exhausto y sin aliento. A mi alrededor todo estaba en calma y silencio; me dejaron solo sobre un sofá en el camarote principal, me figuro. Durante mucho tiempo permanecí inmóvil; luego se abrió una puerta y se cerró. Se oyó el murmullo de una conversación a dos voces. Después los susurros se animaron durante algún tiempo. Finalmente, me pareció que alguien trataba, inútilmente, de quitarme el saco. Por último, me restregaron la cabeza y mediante algo suave y sedoso empezaron a secarme los ojos con un cuidado sorprendente e incluso con ternura.

—Ha sido una estupidez hacer eso —comentó alguien con desconsuelo—; así no se trata a un caballero.

—¿De qué otra manera hay que proceder con esta clase de caballero? —fue la concisa réplica.

Para entonces, a fuerza de pestañear, logré mantener mis ojos abiertos durante algunos instantes. Dos hombres estaban inclinados sobre mí: Carlos y O'Brien en persona. Este último dijo:

—Créame, su equivocación nos ha obligado a hacer esto. Este joven gentilhomme estaba a punto de resultar singularmente molesto y no se le ha hecho ningún daño.

Hablaba con voz aterciopelada y poco a poco se internó en la oscuridad. Carlos le siguió, balanceando el farol en el aire a cierta distancia; aunque parezca extraño, ni siquiera me había mirado. Suponía que estaba avergonzado, pero yo era demasiado orgulloso para hablarle, estando atado firmemente de pies y manos. La puerta se cerró y yo permanecí sentado en medio de la oscuridad. Largos ventanucos, cuyo trazado curvo hacía pensar en un profundo nicho, dejaban entrar la luz al otro extremo del aposento. La figura de una mujer coronada que iba y venía muy tiesa proyectaba su silueta por encima de mi cuerpo. Los crujidos de la madera y el casi imperceptible susurro del agua no cesaban de hacerse oír.

Un chasquido me hizo volver la cabeza y, a través de una puerta abierta, vi dentro del cuarto la pequeña llama azulada de una vela. Entonces se cerró la puerta con el típico ruido de las puertas que cierran para dentro. La llama brilló intensamente a través de los dedos que la protegían, iluminando de abajo arriba un rostro pequeño. Dejó de brillar momentáneamente y después vi salir de entre las sombras la silueta de una chica, inclinada sobre una mesa, mirando hacia arriba. Se oyó un chasquido de vidrio y a continuación una nueva llamarada dejó ver un montón de cosas brillantes: esculturas doradas, divanes de terciopelo rojo, una mesa y un techo bajo, pintado de blanco, sobre cabrios tallados. Un gran farol de plata que la joven había encendido empezó a balancearse siguiendo el lento movimiento del barco.

La chica estaba ahora frente a mí. Era la joven que había visto a través de la puerta, la joven que había visto jugar con unas pepitas de melón. Respiraba profundamente — me inquietaba estar solo con ella— y tenía en la mano una pequeña daga brillante.

Cortó las cuerdas que ataban mis tobillos y me indicó imperiosamente con la mano que me diese la vuelta.

—Deme las manos... ¡sus manos!

Me volví de espaldas a ella con dificultad y noté que unos dedos pequeños, firmes y fríos me agarraban las muñecas. Mis brazos cayeron, uno a cada lado, entumecidos y completamente inútiles; apenas reparaba en el dolor que me causaban, pues pasaba inadvertido entre tantas otras emociones. No sentía las yemas de los dedos por la agitación, la confusión y el suplicio de Tántalo que la vista de la joven me causaba.

Fui consciente todo el tiempo de... digamos la anomalía de mi situación, pero sentí muy poco miedo. Allí estaban ellos: el viejo Don, ese inofensivo gentilhomme de cabellos plateados, que obviamente no era más que un pirata; el pulcro O'Brien; Carlos, que parecía toser al borde de una tumba... y esa chica joven. Bajo ningún aspecto me era posible concebir un futuro, y el pasado parecía separado de mí por un túnel angosto y muy oscuro a través del cual no podía ver absolutamente nada.

La joven era por el momento lo que, en general, contaba más para mí, el único objeto sobre el que podía posar mis ojos. Ella me conmovía a la manera de una aparición conocida, aunque su encanto fuese enteramente nuevo. Había visto sus ojos grises; había visto sus labios rojos, su pelo negro, sus ágiles gestos, el porte de su cabeza, su garganta, sus manos. La conocía: me parecía conocerla desde hacía muchos años. Una súbita acometida de dulces y extraños sentimientos me dejó sin habla.

La joven me estaba mirando, los labios rígidos, los ojos muy abiertos e inmóviles, y de pronto me dijo:

—Nada de preguntas. La tierra no está lejos todavía. Puede usted escapar. Carlos pensaba que... ¡Pero no! Sólo conseguiría usted perecer inútilmente. Vaya con Dios.

Señaló imperiosamente hacia el cuadrado que proyectaban las portillas de popa del camarote.

Siguiendo la dirección de su mano, mis ojos fueron a dar con la imagen de una madona, más bien grande... tal vez como una tercera parte de su tamaño natural, con una corona dorada; su rostro serio y sonrosado se doblaba un poco hacia delante sobre un sonrosado niño desnudo encaramado en su brazo izquierdo, con una mano en alto. Estaba colocada sobre una repisa apoyada en el refuerzo del timón, con cabezas de gruesos querubines esculpidas en los soportes. La joven se santiguó con un rápido movimiento de la mano. Los pequeños paneles vidriados de las portillas de popa eran negros y relucían en su armazón blanca.

—Váyase... váyase... vaya con Dios —susurró la chica con urgencia—. Hay un bote...

Hice un movimiento para levantarme: quería irme. La idea de obtener la libertad, de encontrar una nueva ocasión de recobrarla, parecía disminuir la importancia que yo le había concedido a la joven en un principio; otras cosas empezaban a contar para mí. Pero, aunque en mis piernas y manos entumecidas la sangre volvía a recuperar su tibieza y su hormigueo, no podía permanecer de pie. La joven me miró con cara de pocos amigos, frunciendo un poco el ceño; tamborileó el suelo apresuradamente con uno de sus pies y, asustada, echó una ojeada a las puertas que conducían a cubierta. Luego se dirigió al otro lado de la mesa y se sentó, mirándome a la luz del farol.

—Su vida pende de un hilo —murmuró ella.

—Usted me la ha dado —contesté yo—. ¿Podré pagárselo algún día?

Yo era plenamente consciente de la imperfección de mi lenguaje.

Ella me miró con severidad; después bajó los párpados. Más tarde los volvió a alzar.

—Piense en usted mismo. Cada instante es importante.

—Me daré toda la prisa que pueda —dije yo.

Me froté los tobillos, sin dejar de mirarla a los ojos. Deseaba con todas mis fuerzas darle las gracias por el interés que se había tomado por mí, sólo que me resultaba muy difícil hablar con ella. De repente se levantó de un salto.

—Ese hombre se imagina que puede destruirle. Le odio... ¡le detesto! Ya ha visto cómo trata a mi padre.

Me parecía sencillamente que ella se estaba vengando de la insolencia de O'Brien para con su padre. Yo había sido secuestrado en contra de la voluntad de don Baltasar Riego. Eso me daba una idea bastante aproximada de la impotencia del anciano respecto a su intendente... el cual obviamente estaba convencido de poder apaciguar su rencor.

Afortunadamente yo no le había agradecido a ella su interés por mí: me felicitaba por ello. Pero me angustiaba también porque una vez más había perdido por los pelos la posibilidad de correr una aventura.

Alguien dio una patada a la puerta cerrada con llave. Una voz gritó —no puedo evitar pensarlo— a modo de advertencia: «Serafina, Serafina, —y otra voz dijo con un exceso de suavidad—: ¡Señorita! Voyons!, quelle folie».

La joven se abalanzó sobre mí. Su mano lastimó mi muñeca, como si me arrastrase a la popa. Trepé torpemente al hueco de la portilla y saqué la cabeza. El aire de la noche era muy fresco y salado; un pequeño bote remolcado por una larga amarra daba bandazos siguiendo la estela fosforescente del barco. A la luz de la luna el mar estaba tan pálido que apenas podía verlo. Detrás de nosotros, una cuarta a babor, un barco con todo el velamen desplegado que parecía no moverse, surgió amenazadoramente como un inmenso fantasma blanco. Podía estar dándonos alcance, a no ser que acabásemos de dejarlo atrás... no sabría decirlo. No tenía tiempo de

averiguarlo y no me importaba. La cosa era agarrarse a la amarra. Los cuchicheos de la chica me animaban, pero la cosa no era fácil; la cuerda, atada bien alto, se me escapaba de la mano. Por fin, aguardando el momento en que se aflojase y sacando medio cuerpo fuera por la portilla de popa, logré engancharla con las puntas de los dedos. Un instante después una sacudida estuvo a punto de hacérmela soltar, pero en aquel preciso momento el barco tomó carrerilla y yo conseguí aferrarme a ella. El ruido de otra patada en la puerta me hizo volverme, primero la cabeza, sin pensármelo dos veces. Me calé hasta la cintura antes de que hubiese alcanzado la proa del bote. Haciendo un esfuerzo desesperado me subí a él y me tendí en el fondo. Cuando logré ponerme de pie había cesado el brusco bamboleo, el bote seguía flotando y la luz de las portillas de popa del barco se estaban ya alejando. La joven se las había arreglado para cortar la amarra.

El otro barco se dirigía en línea recta hacia mí, con la proa elevada, ancho de baos, rechoncho, abriéndose paso discretamente, como una sombra. La tierra debía de estar a unas cuatro o cinco millas... no disponía de medios para saberlo con exactitud. Parecía una alta nube negra: aquí y allá, vapores de un gris púrpura pendían de las cumbres a la manera de echarpes. Pasé un remo por encima de la borda para remar, pero no podía hacer muchos esfuerzos. Miré fijamente al barco que acababa de abandonar. Las portillas de popa brillaban tenuemente, con un ligero balanceo vertical; al resplandor de la luna, las velas parecían enredarse en un caos negro; gritos casi imperceptibles me llegaban del barco y por su cambio de forma comprendí que se estaba deteniendo, con miras a arriar un bote. Debía de estar como a una media milla de distancia cuando los destellos de las portillas de popa giraron lentamente y desaparecieron. Como no tenía intención de dejarme capturar de nuevo, empecé a remar frenéticamente hacia el otro barco. Para entonces estaba bastante cerca... lo suficiente para oír el perezoso ruido del agua en la proa y el ocasional aleteo de una vela. La brisa procedente de tierra estaba amainando y en la estela dejada por la luna divisé el bote de mis perseguidores, cuyas siluetas negras se distinguían claramente. Pero el otro barco casi me había alcanzado. Me desvié a estribor y grité: «¡Ah del barco! ¡Ah del barco!».

A bordo había tanto ruido que nadie pareció oír mis gritos. Varias voces dijeron a gritos: «Ese maldito barco español se está poniendo al paio transversalmente a nuestro escobén». La tripulación y los oficiales parecían estar todos en la proa expresando insultos a voz en grito contra el «torpe dago», dándome la impresión de que estaba abandonado a mi suerte. El barco avanzaba rápidamente gracias al ligero viento; al no lograr agarrarme a las cadenas de proa, mi bote se deslizó hacia atrás, golpeando contra el costado. Perdí también la cadena principal y todo el tiempo no dejé de gritar desesperadamente: «¡Por el amor de Dios! ¡Ah del barco! ¡Por el amor de Dios, que alguien me arroje un cabo antes de que sea demasiado tarde!».

Ya había abandonado toda esperanza cuando cayó sobre mi cabeza un pesado rollo de cuerda —una braza, supongo—, faltando poco para que me derribara. Medio aturcido como estaba, la desesperación me prestó fuerzas para trepar a mano por un costado, mientras el bote se alejaba flotando bajo mis pies. Cuando logré llegar arriba me dirigí a la toldilla de popa. Un grito vino de proa: «Todo a babor». Luego la misma voz se puso a injuriar al barco español, que ahora estaba muy cerca de nosotros.

—¿Qué pretende usted viniendo a toparse así con mi proa? —gritó hecho una furia.

Yo permanecía en silencio a la sombra de la toldilla. Estábamos dejando atrás, muy despacio, la popa del barco español cuando la voz de O'Brien contestó en inglés:

—Estamos buscando un bote nuestro que va a la deriva con un hombre dentro. ¿Ha visto usted alguno?

—No... maldito sea usted y su bote.

Desde luego, los que estaban en la proa no sabían nada de mi presencia a bordo. El hombre que me había arrojado la cuerda —un pasajero, un tal comandante Cowper, que regresaba a su país con su esposa e hijos— se había marchado con aire altanero, sin dignarse siquiera volver a mirarme, como si el ver a un hombre trepar a bordo de un barco a diez millas de la costa fuese la cosa más normal del mundo. Era un personaje absurdo y presumido, luego lo descubrí, más tieso que un palo de escoba, y tan convencido de su propia importancia que casi creía haberse rebajado al condescender a arrojarme la cuerda en respuesta a mis gritos de desesperación. Por otra parte, el timonel, que era la única persona que se encontraba a popa además de él, estaba tan asombrado que se había quedado sin habla. Pude ver, a la luz que la bitácora arrojaba sobre su rostro, sus ojos atónitos y su boca abierta.

Para entonces la voz de proa se había callado y, mientras la popa del barco español pasaba junto a la toldilla, me aparté de las sombras de las velas y, acercándome a la batayola, dije en voz no muy alta —no había necesidad de gritar— pero muy clara:

—Después de todo, míster O'Brien, aún no estoy en sus garras. Le prometo que todavía oirá hablar de mí.

Mientras tanto otro hombre había venido desde la proa a la popa, gruñendo como un oso: era el capitán del barco, un hombre bajo y corpulento. El buque español se alejaba en silencio, con sus velas negras ocultando la luna, que estaba muy baja. De repente salió del barco un grito apresurado.

—¿Qué barco es éste?

—¿Y a usted qué le importa?, tápese los ojos. Es el Breeze, si quiere usted saberlo. ¿Qué va a hacer usted con la información? —gritó con furia el pequeño patrón.

Con aquel viento ligero los dos barcos se iban separando lentamente.

—¿Adonde se dirige usted? —clamó de nuevo la voz de O'Brien.

El pequeño patrón se rió con exasperación.

—Abandone esa insolencia absurda. Voy a La Habana, maldita sea. ¿Desea saber algo más? Me llamo Lumsden; tengo sesenta años y, si le tuviese aquí, le daría un mamporro, especie de...

Hizo una pausa al quedarse sin aliento. Luego se dirigió a su pasajero:

—Es el barco fletado por España que trajo a esos sanguinarios piratas que fueron ahorcados esta mañana, comandante. Trae de regreso al comisionado español. Supongo que en Cuba no tenían a mano ningún otro buque de guerra. ¿Alguna vez...?

Me había divisado por vez primera y se levantó de un salto asombrado.

—¿Quién demonios es ése?

Su asombro era comprensible. El comandante se marchó con orgullo, sin dignarse aclarárselo. Era una persona demasiado digna para dar explicaciones.

Lo dejó en mis manos. Al haber frecuentado, como lo había hecho, el almacén de Ramón, que era el gran centro de cotilleo del ambiente marítimo en Kingston, yo conocía de vista y por su nombre a la mayor parte de los capitanes mercantes que solían reunirse allí para beber e intercambiar historias. Por tanto no era del todo desconocido para el pequeño Lumsden. Le conté mi historia, y en todo ese tiempo él no dejó de rascarse la cabeza, presa de una perplejidad incrédula. ¡El viejo señor Ramón! ¡Un hombre tan respetable! ¡Que le han secuestrado... en su almacén!

—Si no le viera aquí en mi camarote con mis propios ojos, no creería ni una sola palabra de lo que me ha dicho —declaró ridículamente.

Pero estaba bastante dispuesto a llevarme a La Habana. No obstante, insistió en llamar a su segundo, un tipo bermejo, también de escasa estatura aunque arrugado, y tan estúpido como él.

—He aquí al Kemp en cuestión. Ya sabe, el tipo que Macdonald, de Horton Pen, encontró hace dos años en alguna parte. Los españoles de ese barco lo secuestraron... eso es lo que él dice. También dice que eran piratas. Pero es un barco fletado por el gobierno y los únicos piratas que han estado a bordo de él fueron ahorcados esta mañana en Kingston. De todas formas, aquí está él. Y dice que en su país estranguló a un batidor de Bow Street antes de marcharse con los contrabandistas. ¿Ha oído usted alguna vez algo parecido, Mercer? Supongo que no estará contándonos una sarta de mentiras, ¿eh, Mercer?

Y los dos grotescos tipejos me saludaron con la cabeza sagazmente.

—Entonces es un individuo desesperado —dijo al fin Mercer, con cautela—. Esta mañana la última noticia de él que oí en tierra, cuando fui a buscar carne de vaca fresca, fue que había atacado a un juez de paz en el camino real y había intentado derribar al almirante que había llegado a la ciudad en un tílburí con místico Topnambo. Hay una orden de detención contra él, bajo la autoridad del Acta de los Negros, señor.

Entonces se animó considerablemente.

—Así que, después de todo, señor, debe haber sido secuestrado o algo por el estilo, si no ahora estaría en prisión.

Era cierto, después de todo. La aventura me reservaba otro destino, otra especie de cautiverio, más de una especie. Mi imaginación era ya cautiva, era ya esclava de la imagen de aquella chica joven que me había llamado su primo inglés, la chica de la lagartija, ¡la chica de la daga! Y en cada una de las palabras lo que expresaba era la aventura misma, ojalá lo hubiese sabido, el romance de los amantes perseguidos me hablaba a través de sus labios.

Aquella noche el barco español nos sacó ventaja gracias al viento que había refrescado y adelantó al Breeze. Antes de que amaneciera nos sobrepasó y antes de que terminase el día siguiente había desaparecido de nuestra vista, al parecer siguiendo el mismo rumbo que nosotros.

Su superioridad en el arte de la navegación tuvo una enorme influencia en mi destino; ahora iba yo más a la deriva que nunca y, en cuanto al destino que me aguardaba, estaba más a oscuras que cuando me llevaron a cuestras al barco con la cabeza metida en un saco. No pensé más en eso. Me había invadido una especie de entumecimiento. Era capaz de pensar en la joven que me había puesto en libertad y, pese a todo mi resentimiento por la indignidad con que me trataron, apenas reservé un pensamiento al hombre que me había atado. Me alegraba recordar que ella le odiaba; ella misma me lo había dicho. En cuanto al resto, vagamente tuve la idea de ir en busca del cónsul inglés en La Habana. Después de todo, yo no era un completo don nadie. Era John Kemp, un caballero bien relacionado; podía probarlo. El batidor de Bow Street no había muerto, como yo pensaba. Verónica me informó en su última carta que el hombre había renunciado a su oficio de perseguir ladrones y ahora regentaba una pequeña posada en los alrededores. Mi cuñado Ralph le había ayudado, sin duda. Ahora podía volver a mi país sin ningún peligro.

Fue entonces cuando descubrí que ya no estaba ansioso por regresar a casa.

CAPÍTULO V

Cuando desperté a la luz del sol, no encontré nada misterioso referente al barco. Era antiguo y lento, y más bien pequeño. Llevaba a bordo a Lumsden (patrón), a Mercer (segundo), a una tripulación que no parecía mejor ni peor que cualquier otra, y al viejo caballero que me había arrojado el cabo la noche anterior y que parecía creer que, al hacerlo, había atentado contra su dignidad. Era un tal comandante Cowper, que se había retirado de un regimiento de las Indias Occidentales, llevando consigo a su esposa y a una antipática chiquilla con una trenza amarilla, pecho plano y brazos huesudos.

En general no eran la clase de gente que uno elegiría por compañeros en un viaje de placer. La esposa del comandante Cowper, echada todo el día en una tumbona, se ocupaba alternativamente de atraerse y rechazar a la quejumbrosa chica. El comandante me hablaba de los escándalos de los que estaba lleno el mundo, sin dejar de mirar con recelo a su esposa. Empleaba toda la mañana en afeitarse las partes del rostro que no cubrían las canosas patillas y toda la tarde enumerándome los temas sobre los que se proponía escribir a la Guardia Montada. Se había vuelto totalmente amable, tal vez en virtud de que su esposa ignoraba mi existencia.

Entretanto dejé pasar los días ociosamente, preguntándome únicamente cómo podría arreglármelas para quedarme en La Habana y respirar el mismo aire que la chica que me había liberado. Puede que algún día nos encontremos... ¿quién sabe? No me asustaba ese irlandés.

Nunca se me ocurrió preocuparme por el rumbo que seguíamos, hasta que un día avistamos las costas de Cuba y oí a Lumsden y a Mercer pronunciar el nombre de Río Medio. Los dos ridículos tipejos hablaban de corsarios mexicanos, que al parecer se reunían en aquel lugar. Me señalaron un promontorio cerca de la bahía. Hasta donde alcanzaba la vista no había ni rastro de corsarios o piratas. Durante la maniobra para alcanzar una posición de barlovento nos ceñimos a la costa, luego amainó el viento.

Permanecí inmóvil casi toda la noche, apoyado en la batayola contemplando la tierra. No se veía ni una sola luz. Una melancólica y soñadora nostalgia, una serena nostalgia, se apoderó de mí como si estuviese drogado. Soñé, como sueñan los jóvenes, con el rostro de una chica. Aparecía dormida en medio de aquella lejana visión de la tierra. Tal vez se encontraba tan cerca que yo estaba a punto de aproximarme a ella. Sentí una pena en la que no había demasiado sufrimiento. Un gran silencio reinaba alrededor del barco, sobre toda la tierra. Finalmente me fui abajo y me quedé dormido.

Me despertó la impresión de haber oído un extraordinario estrépito... de gritos y pataleos. Pero había un silencio sepulcral, en medio del cual yo escuchaba con mucha

atención. De pronto se oyó una detonación, como si alguien hubiese escupido fuego; luego, una sucesión de gritos y después otro ruido seco, seguido de más gritos y pataleos por encima de mi cabeza. Una mujer empezó a gritar al otro lado del mamparo, después otra mujer hizo lo mismo en alguna otra parte, luego la chica. Subí a cubierta a toda prisa, pero pasaron algunos minutos hasta que pude darme cuenta de lo que pasaba. Vi al comandante Cowper en la toldilla: blandía una pistola pequeña y apostrofaba a Lumsden, que agitaba los brazos hacia el cielo inútilmente; por delante y por encima de nuestras cabezas se oían muchos gritos. Cowper se abalanzó sobre mí y me explicó que había un escándalo abominable y que había mujeres a bordo. Agitó su pistola en dirección a la borda y me di cuenta de que su culata estaba incrustada de nácar. Lumsden se abalanzó sobre él y se agarró a su ropa, implorándole que no cometiese ninguna imprudencia.

Estábamos tan cerca de la costa que podíamos ver el brillo de la burbujeante resaca a lo largo de la orilla.

Alguien gritó desde lo alto de la arboladura: «¡Cuidado! Están disparando de nuevo».

Entonces únicamente yo reparé, a eso de un cuarto de milla por popa, entre la tierra y nuestro barco, en una pequeña goleta con su línea de flotación muy alta, que hacía una reverencia bajo una nube de velas blancas... algo maravilloso de ver. Era como si nunca hubiese visto nada tan lleno de vida y de alegría de vivir. A cada zambullida, un reguero de nieve salpicaba la proa. Venía hacia nosotros a gran velocidad y se distinguía claramente por encima de la borda una hilera de rostros, vueltos hacia nosotros, como formando una serie de cuentas. Al dar un ligero viraje, de uno de sus costados surgió una especie de hongo de humo, que escondía en su interior el fulgor de un fuego latente. Siguió una nueva detonación y algo saltó junto a nosotros, encrespando las olas y levantando pequeñas columnas de espuma arrastradas por el viento. La goleta cambió de rumbo, enfilando de nuevo hacia nosotros; una salva de aplausos procedente de su borda ascendió hasta nosotros. Lumsden se tapó el rostro con las manos.

Podía oír al pequeño Mercer ordenando a gritos seguir adelante.

Estábamos rizando velas. La goleta orzó un poco poniéndose a nuestro lado. Se oyó una especie de bramido metálico.

—¡Si no dan la vuelta les hundimos! ¡Voto a Dios que les hundimos!

El comandante Cowper blasfemaba abominaciones a mi lado. De pronto se puso a llamar a alguien:

—Baja... te digo que bajas.

El rostro de una mujer desapareció por la escotilla como la cola de un conejo metiéndose en su madriguera. Al largar las velas se oyó una serie de chasquidos y el barco avanzó. Al mismo tiempo la goleta, que ahora la teníamos a babor con sus velas

más ligeras de sobrejuanete desaparejadas, viró por avante y mantuvo el rumbo, con su escota del trinquete a barlovento.

El comandante Cowper dijo que era un escándalo. El país iba a la ruina porque la ley no obligaba a los buques mercantes a llevar cañones. Me balbuceó al oído que ni siquiera había a bordo un mortero de señales de dos peniques, ni apenas la suficiente pólvora para cargar una de sus pistolas de duelo. Iba a escribir a la Guardia Montada.

Una enseña azul y blanca, la bandera mexicana, ondeaba en lo más alto de la botavara de la goleta; dejaron caer al agua un bote. Todo sucedió muy rápido... no me dio tiempo a pensar. Vi correr al viejo Cowper hacia un costado del barco y apuntar su pistola por la borda; se oyó un inútil chasquido; el comandante hizo un gesto de disgusto y arrojó su arma a cubierta, inclinando la cabeza sobre el pecho con abatimiento.

—Gracias a Dios —dijo Lumsden—. Gracias a Dios.

El viejo se volvió hacia él gruñendo como un perro.

—Endemoniado cobarde —dijo—. ¿Es que no tiene ni un ápice de valor?

Unos instantes después unos hombres curtidos y harapientos invadieron nuestra cubierta, saltando uno tras otro por encima de la borda.

Habían salido al despuntar el día (nos debieron observar la mañana anterior) en una gran goleta, llena de los bribones más siniestros y harapientos que la imaginación más viva pueda concebir. Por supuesto, no hubo resistencia por nuestra parte. Se nos habían adelantado y al primer grito feroz nuestros hombres habían soltado las drizas. Toda la tripulación echó a correr hacia la arboladura, y unos cuantos bandidos bronceados se apostaron en cada uno de los mástiles, amenazándoles con sus trabucos acampanados apuntados hacia arriba. Lumsden y Mercer fueron atados a un palo de repuesto. El aspecto que ofrecían era demasiado ridículo para despertar la compasión. Al comandante Cowper le hicieron sentarse encima de un gallinero y un pirata barbudo, con un pañuelo rojo atado alrededor de la cabeza y un machete en la mano, montaba guardia a su lado. El comandante parecía enfadado y cabizbajo. El resto de aquella infame tripulación, sin perder un momento, se precipitó a los camarotes para saquear los aparejos, las joyas y el dinero. Se pelearon entre ellos, amontonando sobre cubierta su botín.

La goleta con la bandera mexicana ondeando al viento permanecía fondeada de través. Pero en el hombre que mandaba la cuadrilla de abordaje reconocí a Tomás Castro.

Así que era en efecto un pirata. Mis suposiciones eran correctas. Encajaba muy bien en el papel, con su sombrero empenachado, cubierto hasta el cuello en su capote, y su aire de melancólica dignidad que le mantenía apartado de los demás.

—¿Piensa hacernos asesinar a todos, Castro? —pregunté yo, con indignación.

Para mi sorpresa no pareció reconocermme; realmente, fingió no haberme visto. Yo parecía no existir para él ya que no daba ninguna muestra de que notara mi presencia. Sin embargo, volviéndose de espaldas a mí, se dirigió a Lumsden, ignominiosamente apresado, y le dijo que era él, Castro, el que mandaba en aquella goleta mexicana, amenazándole con espantosas represalias por la resistencia —así la llamó— que habíamos ofrecido a un corsario de la República. Me imagino que estaba encantado de utilizar el apelativo de resistencia armada para calificar la lamentable detonación de la pistola de bolsillo del comandante Cowper. Para castigar esa audacia, anunció que no respetaría ninguna propiedad privada.

—Tendrán que entregarnos todo el dinero que hay a bordo —gritó al desgraciado que yacía en el suelo como un cordero listo para el matadero. En cuanto al otro, sólo pudo abrir la boca y parpadear. Era tan extraordinaria la ferocidad de Castro que por un momento tuve la impresión de que estaba haciendo una representación. No había ningún motivo para esa ferocidad. Guardábamos un silencio de lo más sumiso; sólo el pobre comandante Cowper murmuraba.

—Mi esposa y mi hija...

Los hombres curtidos y harapientos se desparramaron por la cubierta de abajo, con los brazos llenos de fardos. Una media docena de ellos se pusieron a arrancar la lona alquitranada de la escotilla mayor. Desde arriba la tripulación miraba con ojos asustados. Indignado, empecé a decirle con excitación, casi en su misma oreja:

—Le conozco, Tomás Castro... Le conozco... Tomás Castro.

Incluso entonces pareció no oírme; aunque finalmente me miró siniestramente a los ojos, como si quisiese transmitirme la peste.

—Muérdase la lengua —dijo muy rápidamente en español—. Eso es un disparate. Su nariz aguileña casi le tapaba el bigote.

—Yo no le conozco a usted —declaró con contundencia, agitando un brazo—. Soy Nikola el Demonio, el mexicano.

El pobre Cowper gimió. Si los rumores eran ciertos, había algo horrible en la reputación de Nikola el Demonio para asustar a un hombre que tenía bajo su protección a varias mujeres.

Cinco o seis bandidos esperaban de pie junto a Lumsden, el comandante y yo mismo, con un dedo en el cerrojo de sus armas. Librándose de su vigilante, el pobre Cowper iba y venía por la toldilla; aunque el pirata le mantenía cruelmente a distancia de la chupeta de la escala. El comandante quería bajar; la chica estaba gritando en el camarote de proa: podíamos oírla muy claramente. La escena era más bien horrorosa. Castro se había unido al grupo de canallas cerca de la escotilla. Fue entonces cuando me di cuenta de que el comandante Cowper deliraba a causa de su recelo y furor; me pareció recordar al fin que durante un buen rato le había oído gemir en alguna parte no muy lejos de mí. No dejaba de decir:

—Oh, por el amor de Dios... por el amor de Dios... mi pobre esposa.

Comprendí que debía estar pidiéndome que hiciese algo.

La idea me sobresaltó. Presentía vagamente el objeto de sus temores. Hasta entonces no había imaginado que nadie pudiera interesarse en la señora Cowper.

Me agarró del brazo, como si necesitase apoyo, y farfulló:

—¿No podría usted... no podría hablarle a...? —señalaba con la cabeza en dirección a Tomás Castro, que se inclinaba sobre la escotilla para dar instrucciones—. Pruebe a —dijo con voz entrecortada—... ¿No ha oído gritar a la niña?

Su rostro estaba pálido y arrugado, como un trozo de papel estrujado; tenía la boca desencajada y los labios le temblaban.

Me acerqué a Castro y le cogí del brazo. El se dio la vuelta y me sonrió discretamente.

—Vamos a emplear directamente la fuerza con usted. Por favor, resista, señor, pero no demasiado. ¿Qué? ¿Su esposa? Dígale a ese estúpido inglés con patillas que ella está a salvo —susurró, mostrando en su semblante una total comprensión—. Estaremos listos en cuanto esos puercos hayan terminado con su rapiña. Yo no puedo detenerlos —añadió.

No tuve tiempo de pararme a pensar en lo que quiso decir. Mientras los gritos de la niña resonaban cada vez más altos, me apresuré a bajar. Había una pareja de hombres en el camarote con las mujeres. La señora Cowper estaba recostada en un sofá, el rostro demacrado y muy pálido, los ojos abiertos de par en par. Con sus manos inútiles daba tirones a su vestido; aparte de eso, permanecía completamente inmóvil. La nodriza negra jadeaba convulsivamente en un rincón... un bulto palpitante vestido de blanco, naranja y púrpura. La niña daba vueltas, corriendo y gritando. Los dos hombres no hacían absolutamente nada. Uno de ellos no dejaba de decir en español:

—Únicamente queremos sus anillos. Sólo queremos eso.

El otro hacía débiles esfuerzos para atrapar a la niña cuando pasaba corriendo a su lado. Quería sus pendientes... supongo que, para ellos, era contrabando de guerra.

La señora Cowper estaba petrificada de terror. Explicar los deseos de aquellos dos hombres era como gritarle cosas al oído a una mujer completamente sorda.

—¿Se irán entonces? —repetía ella, mientras se quitaba los anillos de sus dedos delgados y me los entregaba a mí—. ¿Se irán entonces?

Yo se los di a los rufianes, cuya presencia parecía aterrorizarla hasta hacerle perder el juicio. No tuve más remedio. No podía hacer otra cosa. Entonces le pregunté si quería que me quedase con ella y la niña. Ella me dijo:

—Sí. No. Márchese. Sí. No... déjeme pensar.

Finalmente se me pasó por la cabeza que en el camarote del capitán ella podría hablar con su marido a través del ventilador de cubierta y, al cabo de un rato, la idea acabó por penetrar en su cerebro. La mujer apenas podía andar. La niña y la nodriza

corrían delante de nosotros y prácticamente la tuve que llevar en mis brazos. Una vez en el camarote, trató de soltarse de mis brazos y, echándome a empujones, cerró la puerta de golpe en mis narices. Parecía odiarme.

CAPÍTULO VI

Subí de nuevo a cubierta. En la popa, una veintena de hombres habían rodeado al comandante Cowper; por encima de sus espaldas dobladas se les veía sacudir hacia delante y hacia atrás la cabeza blanca de aquél; le habían quitado su viejo uniforme y se disputaban los botones. Sólo me dio tiempo a gritarle: «Su esposa está allí abajo, ¡se encuentra perfectamente bien!», cuando de pronto caí en la cuenta de que Tomás Castro echaba pestes de esos ladrones. Los echó a todos y quedamos completamente solos en la toldilla, sosteniendo yo en un brazo el capote del comandante. Cowper se agachó para llamar por la claraboya. Pude oír las débiles respuestas que le llegaban de abajo.

Entretanto, algunos de los bribones que se quedaron a bordo de la goleta se habían aprovechado de una ligera brisa para, contorneando nuestra popa, poner su barco al lado del nuestro. Echaron cuerdas a bordo y, cuando ambos barcos estaban muy juntos, la goleta con sus sucias cubiertas me pareció verdaderamente siniestra y sórdida.

Entonces recordé las extraordinarias palabras de Castro: me evocaron la inminencia de toda clase de calamidades, sin que pudiera decir exactamente cuáles. La explicación parecía esforzarse por salir a la luz, como un nombre que uno tiene en la punta de la lengua durante horas sin poder expresarlo. El comandante Cowper se levantó muy tieso y vino a mi lado cojeando. Me miró con desconfianza, luego desvió los ojos. Después cogió su capote de mi brazo. Traté de ayudarle, pero él rechazó mi ayuda y tiró de aquél con fuerza. Le estaba demasiado estrecho. De pronto me dijo:

—Usted parece intimar terriblemente con ese hombre... terriblemente.

Su tono me inquietó más de lo que habría creído posible. Se dio una vuelta por la desierta cubierta, fue hasta la claraboya y gritó «¿Sigue todo bien?», esperando la respuesta con la cabeza pegada al cristal. Luego volvió junto a mí.

—Viene usted a este barco —dijo— ni que caído del cielo. Caído del cielo, digo. Nos ha contado usted una patraña. Todo esto me parece terriblemente sospechoso — se dio otra vuelta y regresó—. Mi esposa dice que usted le ha quitado sus anillos y... y... que se los ha dado a...

Parecía avergonzado. Comprendí entonces que aquella odiosa mujer, en lugar de rezar sus oraciones, le había incitado a decir eso a través de la claraboya.

—¡Su esposa! —dije yo—. Caramba, podían haberla asesinado... si yo no la hubiese convencido para que se los diese. Estoy persuadido de que salvé a su esposa.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Cowper de pronto, encogiéndose de hombros.

Durante unos instantes mantuvo la cabeza baja y luego añadió:

—Cuidado, yo no digo... yo no digo que no sea posible lo que dice. Es usted un joven muy simpático y gentil... Pero lo que yo digo —en mi calidad de hombre público— es que debería usted explicarse.

Estaba empezando a recobrar su porte militar.

—¡Oh!, no sea ridículo —le dije yo.

Uno de los españoles subió donde yo estaba y me dijo al oído:

—Ahora véngase conmigo. Vamos a soltar amarras.

Al mismo tiempo Tomás Castro merodeaba por el otro costado del barco, a menos de cinco metros de nosotros.

—¡Tomás Castro! ¡Tomás Castro! —grité—. No me iré con usted.

El hombre que tenía a mi lado me dijo:

—Venga, señor. ¡Vamos!

De pronto, extendiendo un brazo hacia mí, Castro gritó:

—Vamos, hombres. Este es el caballero; prendedle.

Y dirigiéndose a mí, gritó en su inglés chapurreado:

—Puede resistirse, si quiere.

Eso era lo que yo tenía la intención de hacer, y con todas mis fuerzas. La pandilla de harapientos me rodeó, hablando por los codos. Uno de ellos me irritó más allá de lo imaginable. Parecía un posadero en calzón corto y, además de la nariz rota apuntando a la izquierda, tenía papada. A cada instante acudían más piratas. Me abalancé a ciegas contra el tipo de la nariz rota: mi codo le alcanzó en sus partes blandas y saltó hacia atrás; los demás se esparcieron en todas direcciones y se mantuvieron a distancia, parloteando y agitando las manos. Detrás de ellos pude ver al viejo Cowper haciendo gestos de aprobación. El hombre de la papada se sacó de la manga un cuchillo, se agachó inmediatamente y se abalanzó sobre mí. Yo no me había peleado con nadie desde la época escolar: mostrar los puños era como probar un experimento dudoso durante una emergencia. Le di un golpe bastante fuerte en su nariz rota; al mismo tiempo que su contacto en mi mano derecha, sentí un ligero dolor en mi mano izquierda. Elevó los brazos al cielo y también el rostro. Pero yo me había lanzado hacia delante para enfrentarme con él y media docena de brazos me rodearon por detrás.

Me pareció que mi vista había adquirido una agudeza exagerada: vi cómo los piratas alargaban cada una de sus sucias y bronceadas manazas para agarrarme por cualquier parte. Ya no estaba enfadado; de nada me hubiese valido enfadarme, pero estaba decidido a pelearme. Había docenas de piratas: me agarraron por las muñecas y los codos, y por los hombros. Un par de brazos me rodeó el cuello, otros dos la cintura, y trataron a toda costa de atrapar mis piernas con cuerdas. Al parecer rodamos de un extremo al otro de la cubierta; supongo que se estorbaban unos a otros; mejor les habría ido si no hubiesen sido tan numerosos. Entonces debí recibir un golpe en la

cabeza, pues lo veía todo negro; mientras peléabamos, la noche pareció caer sobre nosotros.

A continuación me encontré a mí mismo en cubierta, tumbado de espaldas y jadeando: cuatro o cinco hombres me sujetaban. Castro se guardó una pistola en el cinturón. Golpeó el suelo con el pie violentamente y luego se fue, gritando en español:

—Todo el mundo a bordo. Ya habéis causado bastante daño, lugareños idiotas. Ahora nos vamos.

Como en un tenso y violento sueño, vi a algunos hombres preparándose para largar amarras y luego, haciendo un supremo esfuerzo, un juvenil esfuerzo de robustez y fuerza, que todavía hoy recuerdo, los dispersé como si se trataran de briznas de paja y quedé libre.

Durante una fracción de segundo estuve a punto de caerme mientras contemplaba a los hombres postrados. Fue una visión instantánea y después me lancé hacia la batayola. Trepé a ella frenéticamente: divisé la cubierta de la vieja bricbarca, pero la visión sólo duró un abrir y cerrar de ojos, pues enseguida el comandante Cowper se alzó frente a mí y me arrojó de nuevo a bordo de la goleta, cayendo él mismo tras de mí.

Veinte hombres se precipitaron sobre mi cuerpo. Me quedé quieto. El final había llegado. No tenía fuerzas ni para espantar a una mosca, mi corazón latía tan fuerte que mis costillas parecían a punto de estallar. Tumbado de espaldas me las arreglé para decir:

—Déjenme respirar un poco.

Creí que me moría.

Cubierto por su capote, Castro estaba pendiente de mí, pero el comandante Cowper cayó de rodillas cerca de mi cabeza, casi sollozando.

—¡Mis papeles! ¡Mis papeles! Le aseguro que sin ellos me moriré de hambre. Haga que me devuelvan mis papeles. A ellos no les sirven de nada... mi pensión... mis hipotecas... no le valen a usted ni un penique.

Se agachó junto a mi rostro y los españoles me rodearon asombrados. Me suplicó que intercediera por él, que le guardase aquellos papeles tan importantes para él.

Castro siguió adoptando una postura de conspirador. Conmovido por la angustia del comandante, al final condescendí a hablarle a Castro en su nombre, aun a costa de un gran esfuerzo, pues estaba enfadado, indignado y humillado.

—¿Quéee?... ¿Qué sé yo de sus papeles? Que se los entreguen.

Y agitó una mano con altanería.

La cubierta estaba llena de montones de vestidos, lencería, barriles de ron, sombreros viejos y lonas alquitranadas. En medio del saqueo, Cowper corría de un lado a otro, como un perro de muestra en un campo de nabos. Gemía.

Junto a una de las bombas había una pequeña pila de estuches brillantes, instrumentos de navegación, un cronómetro en su estuche, un botiquín.

Cowper tropezó con un cofre portadocumentos negro.

—¡Allí, allí! —dijo—. Le aseguro que me moriré de hambre si no los consigo. Pregúntele... pregúntele.

Y se aferró a mí como un hombre que se ahoga.

Castro levantó una vez más el brazo hacia el cielo, dejando caer al suelo su capote negro, formando pliegues como los de una sombrilla. Cowper dedujo que podía llevarse su cofre portadocumentos lacado; cogió las asas de latón y se fue corriendo hacia un costado del barco, pero en el último momento le entraron ganas de regresar junto a mí y me tendió la mano, balbuceando distraídamente;

—¡Dios le bendiga!, ¡Dios le bendiga!

Al poco rato se acordó de que yo había salvado a su esposa e hija y pidió a Dios que me bendijese por eso.

—Palabra de honor que, si es preciso —dijo—, si usted se escapa, recorreré miles de kilómetros para declarar en su favor. He dado mi palabra de honor... recuérdelo.

Luego me dijo que iba a vivir en Clapham. Eso es todo lo que recuerdo. Me mantuvieron inmovilizado en cubierta y él desapareció de mi vista. Antes de que los barcos se separasen me bajaron a un camarote de la goleta.

Allí me dejaron solo y permanecí sentado un buen rato, con la cabeza apoyada en las manos. No pensé absolutamente en nada; con tantos esfuerzos estaba completamente agotado y no tenía nada en que pensar. Había llegado a aceptar la mezquindad de las cosas como si hubiese envejecido mucho. Había visto a unos hombres arañándose la cara por unos botones, unos viejos zapatos... o los pantalones de Mercer. En el punto en que me encontraba, ni mi propio futuro me interesaba. Me incorporé y miré en torno.

Me encontraba en un pequeño camarote vacío, con un tosco revestimiento de madera, extremadamente sucio. A lo largo de un mamparo, encima de un banco de madera, había señales de grasa en los lugares en donde se apoyaban las cabezas; la tosca mesa sobre la que descansaban mis brazos estaba cubierta con capas de manchas de sebo. Por la portilla entraba una luz brillante. Dos o tres mosquetes mal avenidos estaban posados al sesgo alrededor de la base del mástil... una pieza de artillería grande y vieja, de la época de Pizarro, forrada de terciopelo rojo y plata cincelada, sobre una plataforma giratoria, tres escopetas inglesas de caza y un trabuco de cochero. Un hombre se estaba levantando de un colchón extendido en el suelo; luego puso sobre la grasienta mesa una mandolina decorada con favores rojos. Era sumamente delgado y tan alto que su cabeza casi rozaba la señal dejada en el techo por el hollín de la vela.

—Ah —dijo—. Estaba esperando que el caballero se despertara.

Con paso majestuoso contorneó el extremo de la mesa, se deslizó entre ella y el mamparo y me agarró el brazo con una fogosidad envolvente, poniéndose poco a poco a mi lado. Largos bucles de color castaño le caían por la espalda y llevaba una camisa roja, que con el uso se había vuelto negra, cuyos botones dorados pero sin brillo, marcados «G. R.», los habría robado, supongo, en algún barco inglés.

—Le ruego, señor caballero, que escuche lo que voy a declarar —dijo, muy seriamente—. Ya no puedo soportar esto por más tiempo... no, no puedo soportar por más tiempo estos sufrimientos.

Su rostro era grande, del tipo clásico: de rasgos afilados, más bien alargado, con una nariz inmensa que, de frente, parecía la sección de una campana, cejas en forma de herradura de caballo y ojos de pupilas muy abiertas con el mismo brillo marrón-violáceo que los ojos de los caballos. Su aspecto era extremadamente lúgubre. Empezó a hablar con voz resonante como si su pecho fuese una tabla de armonía. Utilizó frases enormemente largas, de las que no entendí más que la mitad.

—¿Cuál es la diferencia, entonces, entre este Tomás Castro y yo, Manuel-del-Popolo Isturiz? El señor caballero puede decirlo inmediatamente. Míreme. Yo soy más guapo. Debería preguntárselo a las mujeres de Río Medio y dejar que ellas pronunciasen el veredicto. Este tal Castro es un andaluz... un extranjero. Y nosotros, los valientes de Río Medio, no toleraremos que un extranjero haga progresos con nuestras mujeres. Sin embargo, es preferible este andaluz porque es un humilde amigo del gran Don y porque le han dado el mando por unos cuantos días. Yo le pregunto, señor, ¿cuál es la diferencia radical entre él, nombrado capitán por unos días, y yo, capitán de este barco? ¿Acaso no se trata de que yo soy, por así decirlo, el cerebro de todo, y él únicamente el bisturí? Se lo pregunto al señor caballero.

No sabía en absoluto lo que contestarle. Sus grandes y melancólicos ojos exploraron mi rostro. Supongo que debía parecer desconcertado.

—Pongo mi estuche a sus pies —prosiguió—. Usted va a ser nuestro jefe y, en razón de su ilustre cuna y renombrada inteligencia, ocupará una posición preponderante en el consejo de los notables. ¿No es así? ¿No es eso lo que ha ordenado el señor juez O'Brien? ¿Me prestará oídos? ¿Aliviará mis indignos sufrimientos?

Sus ojos me imploraron durante un buen rato.

Manuel-del-Popolo, como se hacía llamar, se echó hacia atrás el pelo que le caía en la frente. Yo me había dado cuenta de que los rizos de su cabellera los tenía recogidos en trenzas con galones negros y que llevaba una gran gorguera de seda sucia.

—El caballero —prosiguió, recalcando las palabras con pequeños golpes sobre la mesa de su dedo blanco— me representará ante los notables. Mi posición en este momento, como ya he tenido el honor de hacerle notar, es insoportable. Considere, además, el trabajo que su Señoría y yo podríamos hacer juntos. Qué alivio para usted y

para mí. Comprobaré que ese tal Castro es insoportablemente grosero. Pero... le aseguro que soy un hombre de gusto, un improvisador, un artista. Mis canciones son celebradas. Y sin embargo...

De nuevo se cruzó de brazos y esperó; luego dijo, empleando un tono de voz de lo más conmovedor:

—Tengo influencia sobre la gente de Río. Podría provocar un motín. Nosotros los cubanos somos gente celosa; no nos gusta que los extranjeros vengan a quitarnos lo mejor que tenemos. No nos gusta eso; no lo toleraremos. Que ese tal Castro no lo olvide y se vaya en paz, abandonándonos a nosotros y a nuestras mujeres. Como dice el proverbio, «Siempre es bueno construir un puente para que el enemigo se marche».

Empezó a mirarme con más atención todavía: sus ojos estaban más luminosos que nunca. Pese a su carácter grotesco, este hombre era completamente sincero, de eso no había la menor duda.

—Soy una persona de buen carácter —empezó otra vez—, de muy buen carácter. Soy obediente a las legítimas autoridades. Haré todo lo que el señor juez O'Brien me pida que haga. Le hundiré un cuchillo en el vientre a cualquiera que incomode al señor juez O'Brien, que es un buen católico; todos nosotros lo haríamos, pues es justo y oportuno. Pero ese tal Castro... ¡ese andaluz es casi tan perverso como un hereje! Cuando me llegue la hora, le desollaré la piel de los brazos y de las plantas de los pies: las frotaré con pimienta roja; y todos los hombres de Río, a quienes les disgustan los extranjeros, aplaudirán. Y le clavaré pequeñas espinas bajo la lengua y, tras amputarle los párpados con unas tijeritas, lo expondré cara al sol. Caballero, usted me quería; tengo un buen carácter. Soy un compañero agradable.

Se levantó y se escurrió rodeando la mesa.

—Escuche —sus ojos se iluminaron de arrobamiento—. Oirá hablar de mí. Esto es divino... ah, es muy agradable, ya lo verá usted.

Cogió su mandolina, se la colgó al cuello y se apoyó en el mamparo. La brillante luz que entraba por la portilla doraba la silueta de su cuerpo, mientras se balanceaba y sus largos dedos recorrían las cuerdas produciendo un tintineo metálico. Cantó con voz nasal:

—¡Escuchad! —dicen las jóvenes asomando a los barrotes de la ventana.

—¡Escuchad! Seguro que es la guitarra de Ma... nu... el... del-Popolo.

Que se desliza a lo largo del muro en el crepúsculo.

Era una canción muy larga. Mientras rasgaba las cuerdas, cosa que parecía ser cuestión de suerte, gesticulaba profusamente con la mano. Sus ojos miraban fijamente de lejos la pared por encima de mi cabeza. La escena me impresionó y me dejó perplejo; me preguntaba si era por eso por lo que me habían llevado. Era para

volverse loco. Terminó con unas notas en decrescendo y sus rasgos altivos incurrieron en su habitual expresión melancólica.

En aquel preciso momento Castro metió la cabeza por la abertura de la puerta y después entró del todo en el camarote. Suspiró de manera satisfactoria: tenía todo el aspecto de haber terminado alguna tarea laboriosa.

—Hemos puesto orden allí arriba —le dijo a Manuel-del-Popolo—. Puede ir usted a ver la maniobra... dese prisa; se hace tarde.

Manuel estaba que echaba chispas. Salió en silencio del camarote, como si le rondase la cabeza una nube cargada de electricidad. Tomás Castro se volvió hacia él.

—¿Está usted mejor? —preguntó benevolentemente—. Se esfuerza usted demasiado... Pero en fin, si eso le agrada...

Luego cogió la mandolina y empezó a rasgar las cuerdas negligentemente. Noté un cambio en él: su cuerpo se había ablandado con el paso de los años y tenía algunas hebras grises en los rizos enredados de su barba. En conjunto parecía haber llevado una buena vida. Inclino su cabeza sobre las cuerdas, pulsó una de ellas, apretó una clavija, volvió a pulsar la cuerda, puso luego el instrumento encima de la mesa y se dejó caer en el colchón.

—¿Quiere un poco de ron? —me dijo—. Se ha puesto usted gordo y fuerte como un toro. Ha hecho usted huir a esos hombres, sacré nom d'une pipe... Se diría que habla usted en serio... ¡Qué bien!

Se extendió en el colchón a todo lo largo y cerró los ojos.

Le miré, buscando en su rostro rastros de ironía. No había ninguno. Hablaba con calma; incluso me reprochó por haber llevado el simulacro de resistencia más allá de los límites de la chanza.

—Usted se ha peleado demasiado; ha golpeado a muchos hombres... y con dureza. Se habrá creado enemigos. Los picaros de esta sucia ciudad son presumidos como cerdos. Deberá tener cuidado o le clavarán un cuchillo en la espalda.

Yacía con las manos cruzadas sobre el vientre, que era redondo como un pudín. Al cabo de un rato abrió los ojos y miró el reflejo blanco del agua en el techo mugriento.

—Y pensar que vuelvo a verle, después de todos estos años —dijo—. No daba crédito a mis oídos cuando don Carlos me pidió que le buscara. ¿Quién lo hubiera creído? Pero, como suele decirse —añadió filosóficamente—. «El agua fluye hacia el mar y cada guijarro encuentra su agujero».

Hizo una pausa para escuchar los ruidos que venían de arriba.

—Ese Manuel es un idiota —dijo sin rencor—; está loco de celos porque hoy tengo yo el mando aquí. Sin embargo, esos esclavos del señor O'Brien son unos cerdos peligrosos. Ojalá se librara de ellos la ciudad. Un día habrá un motín... una función... con sus locuras y sus celos.

Permanecí sentado sin decir nada, dejando que los hechos encajaran unos con otros, pequeñas parcelas de información que se agrupaban aquí y allá como piezas de un rompecabezas. O'Brien se había ido a La Habana en el barco del que yo había escapado, para dar cuenta de la ejecución de los piratas en Kingston; en cuanto a los Riego, habían sido desembarcados en Río Medio, por supuesto.

—¡Ese pobre don Carlos! —gimió Castro en tono lastimero—. Cometieron la barbaridad de llevárselo en plena noche, con aquella niebla fría y húmeda. No dejaba de toser; oírle me ponía malo. Ni siquiera podía hablar conmigo... con su Tomás; daba lástima. Tampoco pudo hablar cuando llegamos a la Casa.

En verdad, yo no podía entender por qué me habían secuestrado por segunda vez. Castro me dijo que O'Brien estaba dispuesto a permitir que yo llegase a La Habana. Fue Carlos el que había ordenado a Tomás que me sacase del Breeze. Él había bajado en la fría y húmeda mañana, antes de que la goleta se hiciera a la mar detrás del promontorio, para inculcar a Tomás Castro instrucciones muy precisas; de hecho fue precisamente mientras hablaba con Tomás cuando le estalló un vaso sanguíneo.

—Él me dijo: «Ahora ten cuidado. Escucha. Ese señor Juan es amigo mío. Le quiero como si fuese mi único hermano. Ten mucho cuidado, Tomás Castro. Haz que parezca que viene con nosotros en contra de su voluntad. Que fue llevado a bordo por muchos hombres. Tienes que entender, Tomás, que él es un joven de familia noble y que debes tener el mismo cuidado de no comprometerle que si se tratase del honor de Nuestra Señora».

Tomás Castro me miró oblicuamente.

—Usted podrá informarle de mí adecuadamente —dijo—. Yo hice lo que pude. Si se ha comprometido, fue usted el causante al hablarme como si me conociera.

Entonces me acordé de que, efectivamente, Tomás había tomado a mal que yo fingiera reconocerle ante Cowper y Lumsden. De nuevo cerró los ojos. Al cabo de un rato añadió:

—¡Vaya! Después de todo, tener miedo de comprometerse es una insensatez. Viéndole con su cabellera plateada, nunca creería usted que su Excelencia don Baltasar hubiese llevado una vida desenfrenada. Se decía que una vez mató a tres frailes en Sevilla, hace mucho, muchísimo tiempo. En aquellos días era peligroso ir en contra de nuestra Madre, la Iglesia.

Hizo una pausa y, desabrochándose la camisa, puso al descubierto su pecho increíblemente peludo; luego se quitó los zapatos.

—Aquí se ahoga uno —dijo—. ¡Ah!, en los viejos tiempos...

De pronto se volvió hacia mí y dijo, aparentando un interés indescriptible, como si se regodeara con una idea obscena...

—¿De modo que habrían ahorcado a un caballero como usted, si le hubiesen atrapado? ¡Qué salvajes son ustedes los ingleses!... ¡Qué salvajes! ¡Como los

caníbales! Hizo usted bien fingiendo resistirse. Quel pays!... ¡Qué gente!... Todavía sueño con ellos... con sus ojos, ¡sus dientes! Ah, sí, dentro de una hora estaremos en Río. Tengo que dormir...

CAPÍTULO VII

A las dos de la tarde enfilábamos la ensenada de Río Medio. Yo había subido a cubierta cuando Tomás Castro dejó de dormitar. Quería verlo. El barco dio un brusco viraje en el momento en que yo aparecí y, agarrado a la borda, vi unas colinas altas, marrones, reseca, que caían a pico sobre una franja de tierra llana y un cinturón de matorrales de color verde oscuro, al borde del agua; pequeños cubos de murallas rosas, esparcidas aquí y allá, que ascendían por la ladera entre palmeras, como hombres puestos de pie en la hierba alta, y retrocedían, ocultándose en el declive del valle; cabañas gris plateado con deteriorados techos de cañas de color pardo, cual greñas despeinadas; la gran fachada rosa de una iglesia, muy alta y estrecha, rematada en forma de pirámide y con huecos para siete campanas, aunque no tenía más que tres. Se diría que había estado oculta durante siglos en los pliegues de una tierra antigua, que yacía dormida bajo un sol cegador.

Cuando fondeamos, Tomás, que guardaba un lúgubre silencio, a mi lado, gruñó y escupió al agua.

—Mire allí —dije—. ¿Qué significa todo aquello? ¿De qué se trata? ¿Qué hay en el fondo?

Tomás se encogió de hombros con melancolía.

—Si su Señoría no lo sabe, ¿quién puede saberlo? —dijo—. No soy yo el que debe decir por qué motivo desea la gente venir aquí.

—Entonces, lléveme con Carlos —dije yo—. Tengo que resolver esto.

Castro me miró con desconfianza.

—¿Seguro que no le pondrá nervioso? —dijo—. He visto morir súbitamente a gente en su mismo estado.

—Oh, no le pondré nervioso —dije.

Mientras remábamos hacia la orilla, empezó a señalarme las casas de los notables. Río Medio había sido uno de los puertos más importantes de las Antillas en el siglo XVII, pero la rivalidad de La Habana había arruinado su prosperidad, porque en su abra no tenían cabida los grandes navíos modernos. Ahora no tenía comerci ni vida, y no había nada salvo un obispo, un gran monasterio y unos cuantos oficiales retirados de La Habana. Al oeste de la catedral se extendía una numerosa colonia de deterioradas cabañas de paja y cobertizos de barro. Casa Riego era un palacio enorme, frente al mar, cuyas ventanas parecían troneras. Don Baltasar poseía prácticamente toda la ciudad y toda la campiña circundante y, salvo por su edad y debilidad, podría considerársele un monarca absoluto.

Había vivido en La Habana con gran magnificencia, pero ahora, en el ocaso de su vida, se había retirado a su palacio, del que, a partir de entonces, sólo había salido en

dos ocasiones. Y eso solamente cuando ceremonias oficiales de excepcional importancia, como la ejecución pública de los piratas que yo había presenciado, requirieron la presencia de alguien de su eminencia y lustre. Por lo demás, había vivido encerrado en su palacio. No había en Río Medio ningún otro lugar digno de él.

Se decía que estimaba a su intendente O'Brien como a la niña de sus ojos y que había utilizado toda su influencia para que lo nombraran juez del Tribunal de la Marina. El viejo Don probablemente no sabía nada acerca de los piratas. La ensenada había sido utilizada por los bucaneros desde los tiempos de Colón; pero él no se dignaba prestarles atención, ni aunque los hubiese visto, de lo cual dudaba Tomás Castro.

No había dudas en cuanto a su sinceridad.

—¡Oh, usted pensaba que yo era un pirata! —dijo entre dientes—. Lo fui por un día... sí... para obligar a mi amigo Riego... ¡sí! Además, aborrezco a ese familiar de los curas, ese juez zalamero... ese intendente, ese intrigante... ese tal O'Brien. ¡Víctima de la fe! ¡Quépicardía! ¿Acaso no he sido yo también víctima de la fe? Yo, el humilde amigo de confianza de los Riego. Pero tal vez usted piense que don Baltasar ¡es también un pirata! ¡Él!, que lleva en sus venas la sangre del Cid Campeador; cuyos antepasados han poseído la mitad de esta isla desde los tiempos de Cristóbal Colón...

—¿De verdad no tiene él nada en absoluto que ver con eso? —pregunté—. Después de todo, todo eso ha pasado en su propia ciudad.

—Oh, ustedes los ingleses —refunfuñó—... ¡están todos locos! ¿Podría ser pirata uno de sus grandes nobles? Puede que sí... Bien lo sabe Dios. ¡Ay de mí! —se detuvo bruscamente—, cuando pienso que mi Carlos dejará sus huesos en este lugar impío...

Renuncié a interrogar a Tomás Castro; era demasiado para mí.

Entramos en el siniestro palacio, situado junto a la playa, a través de una impresionante arcada, y subimos por una amplia escalinata. En una sala de techo alto, que daba a la galería superior que rodeaba el patio central de Casa Riego, Carlos yacía en una cama grande. Después de apartar a Tomás Castro, que había estado arañando cautelosamente los grandes paneles de caoba brillante con una uña sucia, me presenté ante él.

—¡Maldición, Carlos! —dije—. Esta es tu tercera traición. ¿Qué quieres de mí?

Cualquiera hubiera podido imaginar que era un descendiente del Cid Campeador sólo con verle allí acostado, sin que le temblase ni un solo rasgo de su rostro, de una palidez inmaculada y ligeramente azulado por su extrema carencia de sangre, con toda la nobleza de la muerte sobre él, como la efigie en alabastro de un caballero de los de antaño en una catedral. Sobre las cortinas de terciopelo rojo de la cama había un inmenso escudo de armas, bordado en seda, rodeado por un collar con un vellocino de oro colgando del anillo. El escudo estaba dividido en un número incalculable de cuarteles: leones rampantes, leopardos courant, flores de lis, castillos, águilas, manos y

armas. Sus ojos se abrieron poco a poco y su rostro adoptó una fácil y lánguida sonrisa de inmenso placer.

—Ah, Juan —dijo—, sé bienvenido, sé bienvenido.

Castro me cogió brutalmente por un hombro y me miró fijamente con sus ardientes ojos amarillos.

—No debe hablarle con tanta dureza —dijo—. ¡Bestia de inglés! Se está muriendo.

—No, no le hablaré con dureza —contesté yo—. Ya comprendo.

Lo comprendía. Lo había sospechado desde el principio; aquello podía haberse simulado para aplacarme. Pero lo que no podía simularse era ese tinte azulado, ese toque adicional —casi definitivo— de cincel en los contornos de la nariz, ese aspecto relajado que nada ni nadie podría alterar. No había dudas: Carlos se estaba muriendo.

—Traiciones... no —dijo de pronto—. Tienes que venir. Te necesito. Me alegra verte, mi querido Juan —extendió su larga mano delgada hacia la mía—. El enfado no te durará mucho. Esto tenía que ocurrir... debes perdonar los medios.

Parecía tan alegre, tan resignado, que era difícil creer que esto viniese de él.

—Tú no habrías actuado peor, Carlos, si me hubieses tenido rencor —dije—. Quiero una explicación. Pero no deseo tu muerte...

—Oh, no, nada de eso —dijo él—; dentro de un momento te lo contaré.

Dejó caer una bola dorada en un cuenco de plata que había junto a la cabecera de la cama y sonó como una campana grande. Una monja con una especie de cofia en forma de cuernos de búfalo se deslizó hasta él con una copa dorada, de la que él bebió incorporándose un poco. Luego la religiosa salió con Tomás Castro, cuyos ojos amarillos me lanzaron una última mirada furiosa. Carlos sonrió.

—Tratan de facilitar mi marcha —dijo él—. ¡Vamos! La almohada es suave para aquel a quien se quiere bien —cerró los ojos y dijo de repente—. ¿Por qué sólo tú me odias, John Kemp? ¿Qué te he hecho yo?

—Bien sabe Dios que yo no te odio, Carlos —respondí yo.

—Siempre desconfiaste de mí —dijo él—. Y sin embargo, yo estoy posiblemente más cerca de ti que muchos de tus compatriotas y siempre he deseado tu bien, aunque me odiases y desconfiases de mí. Desde el primer momento desconfiaste de mí. ¿Por qué?

Era inútil negarlo; él tenía la extraordinaria incredulidad de todos los de su especie. Recordé cómo le idolatraba de niño en casa.

—Tu cuñado, mi primo Rooksby, fue el primero en creer que yo era un pirata. ¡Yo, un vulgar pirata! ¡Yo, Carlos Riego! El no tenía que haberlo creído... ¿y tú?

Me lanzó una mirada ligeramente irónica y levantó su delgado dedo blanco señalando al gran escudo de armas.

—Esa cosa —dijo—, amigo mío, no le permite a uno robar carteras.

De pronto se volvió un poco de lado y me clavó sus ojos claros.

—Amigo mío —dijo—, si yo te contase que Rooksby y sus grandes condes de Kent fueron contrabandistas, tú me dirías que no soy más que un tonto ignorante. Sin embargo, también fueron magistrados. La única vez que me he aprovechado de esos rufianes ha sido hoy, para traerte aquí. Era una necesidad. Ese tal O'Brien habría continuado en su barco para cogerte cuando llegases. No habrías salido nunca con vida de La Habana. Te he salvado la vida. Una vez allí, nunca hubieses podido escapar de ese hombre.

De pronto comprendí que todo eso podía ser cierto. Había algo amistoso en el deseo de Tomás Castro de no comprometerme delante de la gente del barco. Obviamente había estado representando su papel con un desprecio evidente por los hurtos que no pudo evitar. Le habían enviado solamente para llevarme a Río Medio.

—Nunca me disgustaste —protesté yo—. No comprendo lo que quieres decirme. Lo único que sé es que me has tratado mal... ultrajantemente mal. Ahora dices que me has salvado la vida. Puede ser; pero ¿por qué has hecho que me encontrase con ese individuo, ese tal O'Brien?

—Precisamente por eso, no deberías odiarme —dijo él, meneando la cabeza, que descansaba en las almohadas de seda—. Nunca he deseado más que tu propio bien, Juan, porque eres joven y honrado, de sangre noble, y bondadoso; me hiciste un buen servicio a mí y a mi amigo, arriesgando tu propia vida, cuando mi sobrino me había abandonado. Y te tengo cariño por amor a una otra. Amé a tu hermana. Nosotros tenemos un proverbio que dice: «Un hombre siempre es bueno a los ojos de quien obtuvo el favor de su hermana».

Le miré asombrado.

—¡Tú amabas a Verónica! —dije—. Pero ella no cuenta. Estaba la Señorita.

Me sonrió cansinamente.

—¡Ah!, la Señorita; ella está muy bien; también se merece el amor de un hombre. Pero nosotros, amigo mío, no nos lo merecemos.

Le interrumpí.

—Me gustaría saber por qué me trajiste aquí. ¿Por qué me pediste que viniese aquí cuando estábamos a bordo del Thames?

Me respondió tristemente.

—¡Ah, entonces! Porque amaba a tu hermana y tú me la recordabas. Pero todo eso se ha acabado ahora, se ha terminado para siempre... Tengo que afrontar la muerte como conviene a uno de mi raza —me sonrió—. Un buen cristiano debe morir en paz. La vida me ha tratado vilmente, pero un caballero no debe quejarse como un pobre hombre de humilde cuna. Me gustaría hacerle un favor al amigo que es hermano de su hermana, a la prima a la que no amo, pero comprendo con cariño... a la gran herencia que no va a ir a parar a mis manos cansadas.

Miré afuera a través de la puerta entreabierta. Allí estaba, en completo silencio, el patio interior del palacio, con su columnata de grandes pilares cuadrados y en el centro el surtidor de agua de una fuente. Alrededor de la fuente, una maraña de arbustos con flores: enormes geranios y malvarrosas, y una exuberancia de caléndulas color naranja.

—¡Se parecen a las flores que tenemos en casa! —dije yo maquinalmente.

—Me traje de allí las semillas... del jardín de tu hermana —respondió él.

Me sentí terriblemente triste.

—Pero ninguna de esas cosas me dice nada —dije yo, tratando de mostrarme animado.

—Tengo que dosificar mi voz.

Cerró los ojos.

No puede decirse que no le creyera; me creía cada una de sus palabras. Sencillamente estaba influido por las sospechas de Rooksby. Me había puesto en ridículo con aquel asunto a bordo del Thames. El paso de Carlos y de su fiel Tomás había sido planeado por algún agente londinense de O'Brien, que estaba en comunicación con Ramón en Río Medio. El mismo personaje había contratado a Nichols, el segundo, natural de Nueva Escocia, un marino sin escrúpulos, al servicio de O'Brien. Este Nichols debía abandonar el barco en Kingston y ponerse a disposición de Ramón, quien le proporcionaría los medios para ir a Cuba. Al ver que yo tenía relaciones íntimas con dos personas que iban a Río Medio, se le metió en la cabeza a este hombre que yo también me dirigía allí. Y por supuesto, no quería tener por testigo de sus actos a un inglés.

Sin embargo, la conducta de Rooksby, sus veladas acusaciones, sus insinuaciones contra Carlos, me habían influido más que ninguna otra cosa. Ahora que sabía que Carlos amaba a Verónica, me acordé de un montón de detalles. Comprendía la impaciencia celosa de Rooksby, las miradas amistosas de Verónica a Carlos, el hecho de que Rooksby hubiese pedido la mano de Verónica el mismo día en que Carlos había regresado a casa, perseguido por los batidores. Veía muy claro que no había más relación entre Casa Riego y los bribones de Río Medio que la que hubo en la playa de Hythe entre el propio Ralph y el viejo borrachín de Rangsley. Puede que menos todavía.

—Has llevado una vida muy triste, mi pobre Carlos —dije yo, al cabo de un rato.

El abrió los ojos y me sonrió desafiante.

—Ah, en cuanto a eso —dijo—, sigo igual. Sin embargo, uno debe dosificar sus palabras y no desperdiciarlas en lamentaciones. Tengo que contarte... ah, sí...

Hizo una pausa y me miró fijamente.

—Imagínate que lo único que dejaré detrás de mí será esta casa, esta ciudad, una inmensa parte de esta isla, y mucho más todavía en Castilla, cantidades de oro, de

esclavos, un apellido importante... un apellido muy importante... Ahora piensa que existe un anciano muy noble, un hombre que ha sido importante en este mundo, que morirá muy pronto; que todas esas cosas irán a parar a la chica joven. El anciano está ya muy viejo, ha perdido facultades con la edad; la chica joven conoce el mundo muy poco y es muy apasionada y orgullosa, está muy desvalida.

»Ahora añade a eso una gran amenaza... un personaje muy peligroso, astuto, sutil, que goza de la confianza de ese anciano, que pretende convertirse en el dueño de esa chica joven y de esas inmensas riquezas. El anciano está completamente en sus manos. Los viejos son así, sobre todo los muy importantes. Tienen muchas cosas en que pensar; es preciso que dependan de alguien. Te estoy hablando, en realidad, de mi tío y del hombre apellidado O'Brien. Tú lo has visto.

La voz de Carlos no era más que un susurro, pero él perseveró en su tarea con indomable valor.

—Si yo muero dejándote aquí, mi tío será cosa tuya. Es un hombre terrible. ¿Adonde irá a parar toda esta gran fortuna? ¿A restablecer la verdadera fe en Irlanda? ¿Quién sabe? A las manos de O'Brien, en cualquier caso. Y la hija —una chica joven— caería en manos de O'Brien también. Si pudiese contar con vivir un poco más todavía, todo podría ser diferente. Esa es la mayor de mis angustias.

Tragó saliva y apoyó su frágil mano en la gorguera blanca que llevaba al cuello.

—Me preocupaba mucho el encontrar la forma de desbaratar los planes de este O'Brien. Mi tío fue a Kingston porque estaba convencido de que era deber suyo el comprobar que la ejecución de esos desgraciados se llevaba a cabo con la debida humanidad. O'Brien vino con nosotros en calidad de secretario suyo. Pasé por las más horribles angustias. Rogué al cielo que me guiase. Entonces mis ojos dieron contigo, que te aferrabas a las ruedas de nuestro propio carruaje. Fue como una respuesta a mis oraciones.

De pronto Carlos me cogió una mano. Pensé que desvariaba y lo sentí enormemente por él. Me miró ansiosamente con sus ojos inmensos y siguió apretándome la mano.

—Pero cuando te vi —prosiguió él al cabo de un rato—, se me pasó por la cabeza que ese hombre había sido enviado en respuesta a mis oraciones. Lo supe, te lo aseguro. Si tú podías ocuparte de mi primo y de mis tierras, pensé, para mí sería como si hubiese tenido a tu hermana... no del todo, pero lo suficiente para un hombre que va a morir dentro de muy poco, no dejando más huellas que una tumba de mármol. Ah, uno desea tanto dejar su marca bajo el bendito sol de Dios, y poder conocer un poco cómo irán las cosas después de muerto... Rápidamente puse en orden mis pensamientos. Había una dificultad: O'Brien. Si yo le hubiese dicho: «He aquí al hombre que va a casarse con mi prima», él te habría asesinado o me habría asesinado a mí; nada le habría detenido. De modo que le dije muy tranquilamente: «Oiga, señor

secretario, he aquí al hombre que usted necesita para reemplazar a Nichols... se bate como un diablo; pero no creo que él consienta sin un poco de persuasión. Atráigalo, pues, con señuelo, a casa de Ramón y convénzalo». O'Brien se puso muy contento, porque pensó que al fin llegaba yo a interesarme en sus proyectos, y eso suponía humillar a un inglés.

Y Serafina estaba contenta, porque frecuentemente yo le había hablado con entusiasmo de ti, de tu intrepidez y tu honradez. Entonces hice que Ramón te atrajese con señuelo, pensando que el asunto pasaría a mis manos.

Eso fue lo que había esperado Carlos. Pero, al hablar con O'Brien, Ramón me había descrito tan categóricamente como un extremado separatista que aquel había juzgado prudente abrirse completamente a mí. Sin duda había contado también con mi juventud, mi estupidez, o mi carencia de principios. Descubierta su error, se decidió muy pronto a actuar; y Carlos le había dejado hacer, temiendo que pudiera sucederme algo peor.

Pero cuando la chica joven me hubo ayudado a escapar, Carlos, que comprendía perfectamente los grandes riesgos que yo corría yendo a La Habana en el barco que me había recogido, se valió de los propios piratas de O'Brien para librarme de él. Esa era toda la historia.

Al final, su respiración se hizo más rápida y escasa, su rostro sufrió un sofoco y sus ojos me dirigieron una mirada suplicante.

—Ahora te quedarás aquí hasta que yo muera, y luego... quiero que protejas a...

Y cayó de espaldas sobre las almohadas.

TERCERA PARTE

CASA RIEGO

CAPÍTULO I

Todo esto me parece ahora, atenuado por la distancia, por la dulzura de los recuerdos... el alba espléndida de una nueva vida, con todo el misterio y las promesas de un nuevo día que disperse las nubes cargadas de tormenta. Por entonces estaba completamente abrumado... no puedo expresarlo de otra forma. Me sentía como si me hubiesen arrojado por la borda, sin otra alternativa que nadar o hundirme, tratando siempre de mantener mi cabeza por encima del agua. Desde luego, ahora ya no sospechaba de Carlos; estaba avergonzado de haberlo hecho. Hacía tiempo que le había perdonado su proceder. «En los grandes apuros —me había dicho, mirándome con inquietud— se debe recurrir a los remedios desesperados». Y ahora él iba a morir. Yo no le había contestado, únicamente bajé la cabeza... no por resentimiento, sino dudando de mis fuerzas para soportar la carga que el hombre que tanto me gustaba por su alegría, su temeridad y su fantasía, iba a confiar a mis manos inexpertas.

Él había seguido hablando hasta que, finalmente agotado, se dejó caer suavemente sobre las almohadas de la enorme cama blasonada como un monumento. Yo me alejé, siguiendo a un negro de pelo canoso, y la monja se deslizó en el interior de la habitación, permaneciendo erguida al pie de la cama con sus manos blancas pacientemente cruzadas.

—Señor —la oí murmurar al enfermo en un tono de reproche.

—No riña a un pobre pecador, doña María —le respondió él débilmente, con valerosa jocosidad—. Ahora no me quedan ya tantos días.

La rareza y la enormidad de lo que había pasado se me impuso con fuerza mientras, en una vasta cámara con troneras enrejadas, me quitaba de encima los harapos con los que había entrado en aquella casa. Había caído ya la noche, y me estaba poniendo un traje de Carlos, junto a las numerosas velas que ardían en un gran candelabro de bronce, cuyas tres patas representaban las garras de un león. Y desde el día en que me había puesto en camino para esperar a los contrabandistas y fui detenido por los batidores de Bow Street, nunca me había acordado tan bien de la casa en donde había nacido. Fue como si hasta entonces no hubiese sentido nunca la necesidad de mirar hacia atrás. Pero ahora venían hacia mí, cual romántica y encantadora aparición, el dulce y sombrío rostro de Verónica, el severo y resuelto semblante de mi madre. Ahora necesitaba yo toda su determinación. Y recordé la figura de mi padre sentado en el gran sillón junto a la chimenea, impotente y ensimismado en busca de rimas. El podía haber «comprendido lo romántico de mi situación».

Mientras pensaba en ello, creció en mí esa impresión. Comprendía que don Baltasar estaba informado de mi llegada. Como en un sueño, seguí al viejo negro, que había regresado a la puerta de mi habitación. La impresión creció en mí mientras atravesamos en silencio el patio con columnas. Recorrimos la galería superior; el negro me precedía golpeando con su bastón el pavimento decorado con mosaicos. Abajo, el agua salpicaba en las tazas de mármol; y en las cajas de plata labrada de los faroles de cristal suspendidos entre los pilares brillaba una luz tenue que iluminaba la amplia escalera blanca. Bajo la cimbra de la puerta abovedada, un hombre de rostro negro, que montaba la guardia con un arma de cañón abocardado, se levantó de un taburete al pasar nosotros. Creí ver el sombrero de pico de Castro y su larga capa revoloteando en medio de la penumbra que proyectaba la escasa luz que salía por la pequeña abertura de una especie de cuerpo de guardia próximo a la puerta cerrada. Seguimos recorriendo la galería con arcos; una doble cortina fue corrida ante mí de derecha a izquierda, mientras mi guía se hacía a un lado.

En un gran aposento blanco tres siluetas negras esperaban de pie bajo el resplandor de una céntrica lámpara de vidrio y plata. Enseguida, la vieja y algo mecánica voz de don Baltasar se elevó un poco, poniendo a mi disposición su propia persona y su casa.

La rigidez de gestos y el tono ceremonioso de voces dominaron y contuvieron las ilimitadas emociones de mi asombro. En respuesta a mi profunda reverencia las dos damas bajaron la cabeza, con un susurro de sedas almidonadas y rígidas. Tuve el suficiente control de mí mismo para realizar aquel gesto, pero mentalmente estaba sin aliento; y cuando sentí el ligero y tembloroso contacto de la mano de don Baltasar posándose sobre mi cabeza inclinada, fue como si de pronto me diese cuenta por un momento del movimiento de rotación terrestre. Don Baltasar retiró la mano y se alejó, y un corpulento y tieso sacerdote, de rostro redondo y sonrosado y vestido completamente de negro, dio un paso adelante para recitar en latín una bendición, en un tono solemne y un tanto sibilante. En cuanto hubo terminado se alejó, haciendo una profunda reverencia a las damas y a Baltasar, que inclinó su cabeza plateada. Su voz sin vida declaró:

—Su Excelencia el padre Antonio, en su devoción, cena junto a la cabecera de la cama de nuestro querido Carlos.

Suspiró. Estaba sentado, con la cabeza inclinada hacia delante sobre su escudilla de plata y las pesadas tallas de su sillón sobresalían por detrás de él. Reinaba un profundo silencio. La muerte rondaba aquella mesa... y también, al parecer, el aliento de épocas pasadas. La multitud de luces, el suelo de costosas maderas encerado, la blanca desnudez de las paredes revestidas de mármol, las vastas proporciones de la sala, las impresionantes formas del mobiliario, cincelado en ébano macizo, me impresionaron vivamente produciéndome una sensación de austera y secular magnificencia. Durante

siglos siempre había vivido un Riego en este palacio-fortaleza, gobernando esta parte del Nuevo Mundo con toda la majestad de su raza. Y pensé en las largas murallas con troneras y contrafuertes de esa residencia de nobles aventureros, expuesta inequívocamente a la noche exterior, junto a la orilla del mar, como una tumba de glorias militares. Así construían ellos sus casas en los siglos pasados, cuando los bucaneros, en hordas indomables y atroces, atormentaban a sus conquistas con una obsesión de muerte y debilidad.

Esa cena fue una prueba tremenda para mí. La corpulenta dueña a mi izquierda tenía ojos redondos y un perfil irritado, como de papagayo, coronado por una peineta y una mantilla de encaje negro. Yo apenas osaba levantar mis ojos a la sombría y radiante presencia que tenía enfrente, al otro lado de la mesa, que parecía exhibir un tesoro.

Sin embargo miré. Era la chica de la lagartija, la joven de la daga y, en medio de la solemnidad de aquel silencio, diríase que era una fabulosa aparición, sacada de un viejo cuento medio olvidado. Observé furtivamente la gracia juvenil de sus rasgos. El óvalo de sus mejillas me colmó de delicias. De vez en cuando sacudía su encrespada mata de pelo y yo me quedaba asombrado, como si nunca hubiese visto una cabellera de mujer. Cada vez que ella entreabría los labios, yo experimentaba claramente una especie de anticipo de felicidad. Cuando me dijo unas cuantas palabras, sentí por dentro un temblor.

¿Habría olvidado ella que era la chica de la daga? ¿Y el viejo Don? ¿Qué sabía este hombre viejo? ¿Qué pensaba? ¿Qué significaba ese gesto de bendición sobre mi cabeza? ¿Sabía él cómo había venido yo a su casa? Cada vez que ella volvía la cabeza, enturbiaba mis pensamientos. Los movimientos de sus manos me hacían olvidarme de mí mismo. La gravedad de sus ojos y la sonrisa de sus labios hacían pensar en ideas de adoración.

Nos sirvieron en silencio. Un batallón de negros jóvenes y robustos, con chaquetas azules adornadas con encajes plateados, caminaban descalzos de un lado a otro, a las órdenes de un viejo mayordomo. Sólo este último llevaba medias blancas de seda y zapatos con hebillas de plata; los amplios faldones de su casaca de terciopelo castaño, bordada en oro en el cuello y los puños, colgaban sobre sus delgadas piernas; y, con un largo bastón de ébano en la mano, dirigía el servicio desde detrás del sillón de don Baltasar. A veces se inclinaba hacia la oreja de su amo y don Baltasar le contestaba con un susurro; y al acercarse tanto esos dos rostros, uno parecido a una noble escultura de marfil, el otro negro y revestido del mudo patetismo de las caras africanas, parecían comunicarse exclusivamente por el compañerismo propio de la vejez, de los recuerdos lejanos, de las vivencias compartidas. Había algo misterioso y conmovedor en ese violento contraste, atenuado por la proximidad de la tumba... la fraternidad de amo y esclavo. En un momento dado, trajeron una enorme llave de hierro encima de una

bandeja de plata y el negro de pelo canoso, inclinándose sobre el sillón, la depositó junto a la escudilla de don Baltasar.

—Ordenes de don Carlos —murmuró.

El viejo Don pareció despertarse; un ligero color subió a sus mejillas.

—Hubo un tiempo, joven caballero, en que las puertas de Casa Riego permanecían abiertas noche y día para acoger los lamentos y miserias de la gente, como las puertas de una iglesia... y tan respetadas. Pero ahora parece que...

Masculló algunas palabras con un poco de malhumor, pero pareció recuperarse.

—La seguridad de su invitado es tan preciosa para un castellano como el aire que respira —concluyó, mirándome benignamente aunque con atención.

Se levantó y pasamos a través de la doble hilera de sirvientes, alineados desde la mesa hasta la puerta. Junto a la fuente, una pequeña mesa redonda entre dos sillas soportaba un candelabro de varios brazos. La dueña estaba sentada enfrente de don Baltasar. Una multitud de estrellas estaban suspendidas sobre la intensa paz del patio.

—Señorita —empecé yo, armándome de valor y apelando a mi español—. No sé...

Ella caminaba junto a mí, con la cabeza muy erguida y el paso tranquilo. De pronto cerró su abanico.

—Fue el mismo don Carlos el que me dio la daga —dijo ella rápidamente.

De repente se abrió el abanico; la brisa ligeramente perfumada que acariciaba su persona apenas llegó a contactar con mis mejillas.

Ella notó mi confusión y dijo:

—Continuemos hasta el final, señor.

El anciano y la dueña tenían ahora cartas en las manos. El tono íntimo de sus palabras me transportó al séptimo cielo.

—¡Ah! —dijo ella, cuando estuvimos fuera del alcance de sus oídos—. Tengo el temple de mi raza, pero no soy más que una chica frágil. Hemos tomado esta determinación a causa de su hidalguía, ya que usted es pariente nuestro y además inglés. ¡Ay de mí! Si yo hubiera sido hombre. Mi padre necesita un hijo en su larga, larga vejez. ¡Pobre padre mío! ¡Pobre don Carlos!

Un tembloroso sollozo se oyó en la penumbra al otro extremo de la galería. Nos volvimos y el balanceo ondulante de su paso me produjo un estado de exaltación.

—Palabra de inglés... —empecé yo.

El abanico me tocó el brazo. Los ojos de la dueña relucían por encima de las cartas.

—Esta mujer pertenece también a ese individuo —murmuró Serafina—. Y sin embargo, solía serme fiel... casi una madre. ¡Misericordia! Señor, no hay nadie en este desdichado lugar que no haya sido comprado, corrompido, amenazado o sometido a su voluntad... a esa locura de su odio contra Inglaterra. Ha convertido a nuestros pobres en gentuza. Incluso el obispo tiene miedo.

Tal fue el comienzo de nuestra primera conversación en ese patio que evocaba la paz enclaustrada de un convento. Vagamos de un lado a otro; ella bajó los párpados y la agitación de su mente, representada por la rapidez casi violenta con que se expresaba, contrastaba maravillosamente con el ritmo pausado de sus movimientos, marcados por el lento sacudir del abanico. El retiro de su padre del mundo después de la muerte de su madre había originado una gran soledad en el ocaso de su vida. Sí, ese pesar y las despreciables intrigas de aquel hombre —fugitivo, convertido en parásito de la familia de su madre— recomendaron al bondadoso don Baltasar favorecer a su madre. ¡Sí! Antes de que ella muriera, él ejerció su nociva influencia incluso sobre aquella piadosa alma con sus prácticas devotas y la continua ostentación de sus padecimientos por la fe. ¡Su fe! ¡Oh, qué hipócrita! Su única fe era el odio... el odio a Inglaterra. Sacrificaría todo por él. ¡Este hombre funesto despojaría y arruinaría a sus mayores benefactores!

—Señor —dijo ella pintorescamente—, mi primo echaría veneno, si pudiese, en cada manantial de agua clara de nuestro país... Sonría, donjuán.

Su vehemencia contenida me tenía fascinado y el pequeño estallido de risa argentina con que concluyó su feroz diatriba me produjo el efecto desconcertante de un estallido enloquecedor. Los otros dos levantaron los ojos de las cartas.

—Finjo reírme para engañar a esta mujer —explicó rápidamente ella—. Solía amarla.

Ella no tenía ahora a nadie a quien pudiera amar o en quien pudiese confiar. Era como si el mundo entero estuviese ciego ante la nefaria naturaleza de aquel hombre. Él se había apropiado de la mente del padre de ella. Eché un vistazo al viejo Don que, en aquel momento, estaba sacando con gesto descompuesto un poco de rapé de su cajita de oro, mientras la dueña, muy cetrina y erguida, aguardaba sus cartas con el ceño fruncido.

—Se diría que nada puede contener a ese hombre —prosiguió la voz de Serafina a mi lado—, ni el miedo ni la gratitud.

El parecía hechizar a la gente. Era el plenipotenciario de una poderosa orden religiosa... no importa cuál. Don Carlos sabía estas cosas mejor que ella. Él gozaba de la confianza del Capitán General.

—¡Chiss! Pero las intrigas... ¡las intrigas!

Ví que con su pequeña mano apretaba el abanico cerrado. La audacia de él no conocía límites. Había malgastado su riqueza.

—¡La audacia!

Él había intimidado a su padre; pretendía descender de los reyes irlandeses, él que...

—Señor, incluso mi primo inglés osa aspirar a mi mano.

La partida de cartas se acabó.

—Es preferible la muerte —dejó caer ella en un sosegado y resuelto susurro.

Me hizo una profunda reverencia. Los sirvientes se estaban alineando en una fila, sosteniendo ante sus rostros negros largas velas de cera en candeleros de plata, heredados del segundo Virrey de México. Me incliné profundamente, indignado con ella y con el corazón aterrado; y alejándose de mí, ella se hincó de rodillas para recibir la bendición de su padre. El mayordomo presidía el cortege. Las dos mujeres se retiraron con abundante frufrú de seda, escoltadas sus negras y rígidas siluetas por luces laterales. Antes de que hubiesen desaparecido por la amplia escalera, don Baltasar, que había permanecido completamente inmóvil mirando su caja de rapé, pareció despertar y trazó en el aire, apresuradamente, el signo de la cruz en dirección a su hija.

Volvieron a aparecer entre las columnas de la galería superior. Vi la cabeza de la joven, cubierta de encajes que llevaba con orgullo, y con una flor blanca en el cabello. Levanté los ojos. Todo mi ser pareció elevarse con esa mirada. ¿Sería verdad que había vuelto el rostro hacia mí durante unos instantes? ¡Mera ilusión! Y la doble puerta se cerró, arriba, con un ruido cuyo eco resonó en las galerías vacías. La joven se había esfumado.

Don Baltasar dio tres vueltas al patio, ninguna más. Evidentemente era una costumbre diaria. Cuando retiró su mano de mi brazo para tomar un poco de rapé, no nos movimos hasta que estuvo de nuevo listo para inhalarlo. Lo más extraño de todo, lo más conmovedor, lo más asombroso... fue la forma en que se apoyó en mí, como si lo hubiera hecho durante años. Ante mí debería haber estado alguien más. ¿Carlos? Sin duda, Carlos. Y mi presencia en este lugar ¿acaso no era obra evidente de la muerte, de la vida, del tiempo, el patético cumplimiento de un inevitable destino? El habló un poco inconexamente, como si una sombra influyese inciertamente sobre sus pensamientos, como si la luz de su mente fluctuase como una lámpara a punto de expirar. Recuerdo que en una ocasión me preguntó, con una especie de preocupación senil, si había oído hablar alguna vez de un rey irlandés llamado Brian Borhu; pero no pareció atribuir importancia alguna a mi respuesta y no volvió a hablar más hasta que me dio las buenas noches en la puerta de mi cámara.

Se dirigió a sus aposentos, rodeado de luces y precedido por el mayordomo, que caminaba tan encorvado por la edad como su amo, aunque el africano con paso más firme.

Observé cómo se iba: en su ceremoniosa marcha había algo fantasmal y grandioso, la majestad perdida de otros tiempos. Era como si se presentase ante mí después de haber dormido cien años en su refugio... este hombre que, en su alocada y apasionada juventud, había puesto en peligro la fortuna de los Riego, que había sido el ídolo del populacho de Madrid y repetida fuente de consternación para su familia. Había raptado, vi et armis, a una monja de un convento, incurriendo en la enemistad

de la Iglesia y el disgusto de su soberano. Había sacrificado toda su fortuna en Europa al servicio de su rey, había combatido contra los franceses, y habían puesto precio a su cabeza por expresa proclamación. Había conocido las pasiones, el poder, la guerra, el exilio y el amor. Su rey le había colmado de gracias al recuperar el trono, su sabiduría había sido premiada, y la muerte de su joven esposa... la madre de Serafina, le había abrumado de dolor.

¡Qué vida ésta! Y ¿qué decir de mi brazo... ese brazo sobre el que él se había apoyado en su decadencia? Lo miré con una especie de sorpresa, con duda. ¿Qué podía esperarse de él?, me preguntaba yo. ¿Tendría la fuerza suficiente? ¡Ah, dejemos que sólo ella se apoye en él!

Me parecía que, por servirla a ella, sería capaz de derribar pesadas columnas de piedra, como Sansón; que podría alcanzar y coger las estrellas del cielo una por una para depositarlas a sus pies. En eso oí un suspiro. Una sombra apareció en la galería.

La puerta de mi habitación estaba abierta. Con la espalda apoyada en la balaustrada, vi la oscura silueta del padre Antonio que, mascullando en su breviario, penetraba en la zona iluminada.

Se santiguó y se detuvo con un comentario amistoso.

—¿Está tomando el fresco, hijo mío? La noche es calurosa.

Su rostro era rubicundo y sus pequeños ojos me miraban con mansedumbre sacerdotal.

Yo respondí que, en efecto, hacía calor. Instintivamente me agradaba.

Elevó los ojos al cielo estrellado.

—Los astros brillan excesivamente —dijo; luego añadió—: a mayor gloria de Dios. Nunca se cansa uno de contemplar este sublime espectáculo.

—¿Cómo está don Carlos, su Reverencia? —pregunté yo.

—Mi amado penitente duerme —respondió él, mirándome con benevolencia—; reposa. ¿Sabe usted, joven caballero, que yo he sido prisionero de guerra en su país y que conozco Londres? Fui capellán a bordo del San José en la batalla de Trafalgar. A fe mía, se trata, en efecto, de un país bendito, fértil, lleno de cosas bellas y corazones bienintencionados. Desde entonces no he dejado de rezar todos los días una oración especial para que retorne al seno de nuestra santa madre, la Iglesia. Porque es un país que me gusta.

No dije nada, únicamente incliné la cabeza; y él me puso en la espalda una mano pequeña y regordeta.

—Ojalá su venida entre nosotros, hijo mío, aporte el sosiego a un alma cristiana preocupada en exceso por las cosas de este mundo.

Suspiró, me hizo un gesto con la cabeza acompañado de una sonrisa amistosa, triste, y se puso a mascullar sus oraciones mientras se alejaba de mí.

CAPÍTULO II

Don Baltasar aceptó mi presencia sin hacerme preguntas. Tal vez imaginó que me había invitado; desde luego ignoraba cómo había llegado. O'Brien, que había seguido hasta La Habana en el navío del que habían desembarcado los Riego en Río Medio, no daba señales de vida. Y sin embargo, cuando llegó el Breeze, debió de haber descubierto que yo no estaba ya a bordo. Me olvidé del peligro que pendía sobre mi cabeza. Durante una quincena viví como en un sueño.

—¿Cuál es la medida que quieres que tome, Carlos? —le pregunté un día.

Apoiado en las almohadas, me miró con los ojos agrandados por su demacración.

—Me gustaría mucho verte casado con mi prima. Una vez, una mujer de nuestra raza se casó con un inglés. Y fue muy feliz. Las cosas inglesas duran para siempre... la paz inglesa, el poderío inglés, la fidelidad inglesa. Es un país muy tranquilo, de orden, de afectos estables...

Su voz era muy débil pero llena de fe. Permanecí en silencio, abrumado por este secreto que guardaría en lo más profundo de mi corazón, expresado por sus labios exangües... como si hubiese tenido un sueño, o hubiese ocurrido un milagro.

—Me habría casado con tu hermana, querido Juan —añadió, con una indefinible sonrisa de una tristeza casi sobrenatural.

Tenía todo el encanto de las cosas inglesas... del poderío inglés emergiendo de las cenizas de las guerras y las revoluciones; de una Inglaterra estable e impertérrita, como un hombre forzado que tuviese los pies apoyados en edificios seculares sacudidos hasta los cimientos por un temblor de tierras. Para él había algo agradable, algo romántico, lo mismo que para mí sus rasgos, su mirada, parecían encarnar el romance, que vivía en el aire que respiraba. Al otro lado de la cama, el viejo Don, perdido en un sillón de respaldo alto, seguía sumido en esa meditación de los viejos que se parece al sueño, lo mismo que el sueño se parece a la muerte. Iluminado por el restringido haz de luz que penetraba por la ventana, el sacerdote leía su breviario con la ayuda de un par de gafas enormes. La cofia blanca de la monja rondaba por los rincones más alejados de la habitación.

Hablamos constantemente de O'Brien: era el único tema de nuestras conversaciones. Y cuando Carlos lanzaba invectivas contra el Intendente, el viejo Don asentía tristemente con la cabeza en su sillón. Estaba deshonrando el apellido de los Riego, exclamaría Carlos con voz desfalleciente, volviendo la cabeza hacia su tío. La provincia de su tío, el nombre de su propia ciudad, constituía un refugio para la escoria de las Antillas. Era un vergonzoso santuario. Todos los rufianes, los bribones, los asesinos y los ladrones de las Indias Occidentales habían llegado a considerar a esta antigua y honorable ciudad como un refugio seguro.

Yo mismo tenía todavía muy fresca en la memoria la expresión común en Jamaica, «Los piratas de Río Medio», y todos esos sueltos de los periódicos ingleses (que nos llegaban con un mes de retraso) titulados «Actividades de los supuestos corsarios mexicanos, —que instaban con urgencia a nuestro gobierno a protestar enérgicamente en Madrid—. Por increíble que pueda parecer —decían los periodistas—, la verdad es que la guarida de aquellos piratas se encuentra en realidad dentro de los dominios leales a la Corona Española». Si España, decía nuestra prensa, tomaba a mal nuestro reconocimiento de la independencia suramericana, que manifieste abiertamente su resentimiento en lugar de apoyar a esos criminales. Era indigno de una gran nación. «Nuestro comercio de las Indias Occidentales está recibiendo una puñalada por la espalda, —declaraba el Bristol Mirror—. ¿Dónde está nuestra flota? —se preguntaba—. Si las autoridades cubanas no pueden o no están dispuestas a actuar, nosotros debemos encargarnos del asunto».

Había bastante misterio acerca de ese singular brote de desórdenes que tan intencionadamente parecían dirigidos contra el comercio británico. Se citaba a Río Medio como una de las ciudades más inaccesibles de la tierra... cerrada, como la capital del Preste Juan para los viajeros, o La Meca para los infieles. Nunca encontré en Jamaica a nadie que hubiese llegado a ver aquel lugar. Prevalecía la impresión de que ningún extranjero podía salir de allí con vida. Circulaban por la isla increíbles historias sobre Río Medio, y la indignación que levantaba la existencia de semejante lugar aumentaba en mi patria y en las colonias.

El almirante Rowley, ese viejo luchador, se hizo un poco perezoso y nada diplomático (tengo para mí que las historias que corrían sobre su venalidad no eran más que abominables calumnias). Incapaz de obtener de las autoridades cubanas otra cosa que promesas y pomposas protestas, había decidido, bajo la presión directa de su país, tomar cartas en el asunto. Su ataque naval había sido a fin de cuentas un asunto a medias fallido. Pretendía ir hasta el fondo, había dicho, y averiguar lo que pasaba en aquel lugar; pero no podía creer que nadie se atreviese a ofrecer resistencia a los barcos de la escuadra inglesa, que fueron enviados más bien en misión de reconocimiento que con vistas a un desembarco armado.

Aquello acabó siendo un desastre y ese nuevo prodigio vino a aumentar el misterio de la fabulosa organización de Río Medio. Las autoridades cubanas protestaron contra esas tentativas de operaciones militares en un país amigo; al mismo tiempo, habían entregado a los siete piratas... los hombres que yo había visto ahorcar en Kingston. Y a Rowley le hicieron volver a su país deshonorado.

Tuve la extraordinaria suerte de penetrar en esta ciudad santa de la última piratería organizada que el mundo ha conocido. Pude observarla con mis propios ojos; estuve en el lugar delante del cual se encontraba precisamente la batería de cañones que había borrado del mapa a la flota de Rowley.

La estrecha bocana miraba, al otro lado del agua, hacia el gran pórtico de la catedral. Río Medio había conocido su época de esplendor. Las ruinas de sus pesados edificios colgaban de las laderas y mis ojos atisbaron una amplia perspectiva de una magnífica calle vacía. Detrás de muchas de las imponentes fachadas, adornadas con escudos de armas, no había ahora más que montones de escombros; los pasos de los escasos transeúntes despertaban ecos solitarios, y franjas de hierba en forma de paralelogramo bordeaban las baldosas de la calzada. Cerca de la costa, Casa Riego alzaba su mole de contrafuertes y troneras, que semejava una obra defensiva; al otro lado, la bahía poco profunda, vasta, apacible y reluciente, se extendía por detrás de la franja de costa, como una enorme laguna. Frondosas palmeras salpicaban la playa más allá del resplandor vidrioso en lontananza. Las sombrías y arboladas laderas de las colinas cerraban por todos lados el panorama tierra adentro.

Bajo las palmeras, masas verdes de vegetación ocultaban las casuchas del populacho. Al fondo de la bahía había, al parecer, tres aldeas; y ese buen católico y terrible individuo que era el señor juez O'Brien podía enviar al patíbulo a cualquiera de sus habitantes con una simple inclinación de cabeza.

La respetable población de Río Medio, que llevaba una existencia aislada entre las ruinas de su antiguo esplendor, solía llamar a ese populacho lugareños... aldeanos. En realidad eran saqueadores del mar, pero no por eso menos peligrosos.

Por la noche, de esos grupos de casuchas rodeadas de plantaciones de plátanos, descendía un ruido infame: el zumbido de ese enjambre de canallas. Las luces centelleaban. Se podía oír el débil rasguear de guitarras, tumultuosas canciones, todo el ruido de sus borracheras, de sus cantos, de sus juegos, de sus peleas, de sus asquerosos galanteos. A veces el alarido prolongado de una mujer hendía el aire, o bien se elevaba un tumulto de gritos que enseguida se apaciguaba; mientras tanto, al otro lado de la catedral, las casas del pasado, las casas deshabitadas, no mostraban ninguna luz ni hacían ruido alguno.

Durante el día no había ningún paseante en la playa; los mástiles de las dos goletas (compradas por O'Brien en Estados Unidos para hacer la guerra al Imperio británico) parecían a lo lejos delgadas estacas por encima de la vasta extensión de agua desierta; y toda esa concurrencia de rufianes, ladrones, asesinos y esclavos fugados dormía en sus asquerosos cuchitriles. Sus hábitos eran indecentes y nocturnos. Crueles sin ser descarados, y codiciosos pero desprovistos de valor, no eran de esos piratas a la antigua usanza, que, bajo la bandera negra con calavera y tibias cruzadas, no daban ni esperaban cuartel. Su procedimiento habitual consistía en rondar con barcas de remo alrededor de algún desdichado navío detenido por falta de viento frente a sus costas, como una bandada de buitres saltando sobre el esqueleto de un búfalo muerto en medio de una llanura. Cuando juzgaban que la cosa era completamente segura, atacaban con gran estrépito y ferocidad, hacían un saqueo rápido del cargamento,

forzaban los camarotes en busca de relojes, vestidos y cosas por el estilo, perpetraban de vez en cuando alguna atrocidad, como chamuscar las plantas de los pies a algún pobre diablo de capitán cuando estaban seguros (por colaboradores asociados como Ramón, el tendero de Jamaica) de que había a bordo dinero oculto en monedas, y volvían a la orilla a celebrar sus sórdidas fiestas y a subastar el botín en la playa. Les acompañaba la gente del interior de la provincia y de vez en cuando venían a hurtadillas incluso los comerciantes de La Habana para procurarse unas cuantas piezas de seda o un barril o dos de vino francés. Tomás Castro no podía hablar de ellos sin escupir en señal de desprecio. ¡Y con esa despreciable tripulación se imaginaba O'Brien poder hacerle la guerra al Imperio británico!

En la época de Nichols parecía que iban a convertirse realmente en emprendedores comerciantes. En efecto, habían dado caza y abordado barcos hasta a sesenta millas mar adentro. Al parecer él les había infundido audacia mediante patadas, golpes y amenazas de muerte inminente, a la manera de los marinos «narices amoratadas». Sus largos miembros, su aspecto cadavérico y amenazador, la extraña ferocidad de su voz nasal, un no sé qué en su conducta de mofa y desesperación, les habían persuadido de que esta especie de hereje, incomparable en su género, se había confabulado literalmente con el diablo. Había sido el más eficaz de los sucesivos cabecillas que O'Brien había importado para llevar a cabo sus operaciones guerreras. Al escribir estas palabras no puedo dejar de reírme y asombrarme: para él aquella no fue sino una guerra más. Lo que él había tenido la audacia de proponerme era una traición, no un saqueo. Para él aquello tenía un encanto que un separatista (como yo tenía la reputación de ser) se suponía que no podía dejar de considerar. Pensaba ampliar su actividad, ponerse realmente en contacto con la Junta de rebeldes mexicanos. Como había dicho, ahora necesitaba un gentilhombre. Esas eran al menos las suposiciones de Carlos.

Antes de Nichols había habido un francés bastante sanguinario, pero fue apuñalado en una tienda de aguardiente por blasfemar de la Virgen. Hasta donde yo pude entender, Nichols se había asustado realmente del éxito de O'Brien al rechazar a la flota de Rowley; había desaparecido misteriosamente y después, ninguna de las dos goletas se había hecho a la mar hasta el día en que fui secuestrado, cuando Castro, por orden de Carlos, había tomado el mando. Los filibusteros de Río Medio habían reanudado sus cautelosas e insignificantes expediciones en bote contra los desdichados barcos que los azares atmosféricos ponían en sus manos. Durante mis paseos con Castro (me acompañaba envuelto en su capote y con dos pistolas al cinto), me enteré también de que hubo violentas rivalidades y riñas entre ese despreciable populacho. Estaban divididos en dos bandos. Por ejemplo, los bribones que vivían en la aldea más oriental aceptaron tácitamente como jefe a un cierto Domingo, un mulato dueño de una abyecta tienda de bebidas, experto en el arte de arrojar el cuchillo a

gran distancia. Manuel-del-Popolo, el extraordinario improvisador de guitarra, aspiraba igualmente al poder y contaba con sus propios seguidores. No hay palabras para expresar el desprecio de Castro por estos tipos. ¡Ladrones!, sabandijas de tierra, escoria de mar, los llamaba él.

Su situación era excepcional, desde luego. Protegido de los Riego, íntimo de la Casa, estaba infinitamente distante de un Domingo o de un Manuel. Vivía sobriamente a la española en una de las chozas de la aldea más próxima con una mujer anciana que barría el suelo de tierra y cocinaba sus alimentos —su puchero y sus tortillas— en un fuego al aire libre y le liaba su provisión diaria de cigarrillos. Todas las mañanas subía hasta la Casa, como un cortesano para atender a su rey. Nunca le vi comer o beber nada. Siempre estaba apoyado de espaldas al muro, o sentado en el suelo de la galería, con sus cortas piernas estiradas cerca de la gran puerta de caoba de la habitación de Carlos y un montón de cigarrillos detrás de las orejas y en la cinta de su sombrero. Cuando se le acababan, hurgaba en busca de más en las profundidades de su ropa, en alguna parte cerca de su piel. De sus labios apretados salían bocanadas de humo; y su actitud desolada, la tristeza de su cara redonda y arrugada, eran tan grandes que parecía que, si dejara de fumar, se moriría de pena.

La impresión general que daba aquel lugar era de vitalidad exhausta, de organismo calcinado, de romance convertido en piedra. El viento en calma, el sol abrasador, la playa blanca que describía una curva alrededor de la lámina de agua desierta, el sombrío follaje de las colinas, tenían la inmovilidad de las cosas petrificadas, la intensidad de las cosas pintadas, la tristeza de las cosas abandonadas y profanadas. Y, como si únicamente confiase en la conservación del fuego sagrado de la vida, yo me movía entre esas cosas muertas, atendiendo a mi amor por Serafina. Las palabras de Carlos surtieron sobre mí el mismo efecto que el aceite para la llama: de pronto me envolvieron de la cabeza a los pies. Tuve la sensación física de respirarlas, de verlas, de ser al mismo tiempo empujado y contenido por ellas. Por un momento caminaba a grandes pasos por la arena a ciegas, y un instante después me detenía y permanecía inmóvil; y Castro venía hacia mí jadeante y me advertía por la espalda que en un día tan caluroso como ese era una vergüenza incluso molestar a un perro que durmiese a la sombra. Yo tenía la sensación de estar completamente ensimismado en una idea. Un pensamiento me asolaba. Era como si nunca antes hubiese imaginado, como si nunca antes hubiese oído hablar de una mujer, ni la hubiese visto.

Era cierto. Ella fue una revelación, tanto para mis ojos y mis oídos como para mi corazón y mi mente. En efecto, me parecía que nunca antes había visto a una mujer. ¿A quién había visto? ¿A Verónica? Éramos demasiado pobres, y mi madre demasiado orgullosa, para mantener un trato social con nuestros vecinos; las chicas de la aldea estaban desprovistas incluso del encanto más rústico; la gente era demasiado pobre para ser bien parecida. Yo nunca había tenido la tentación de mirar a una mujer a la

cara; y ya conocen de qué manera me fui de mi país. En Jamaica, compartiendo con exagerada lealtad la impopularidad de los Macdonald, había llevado una vida solitaria; pues no me gustaba la compañía de sus amigos, y los demás, al cabo de un tiempo, no querían tener nada que ver conmigo. Me había hecho construir una especie de ermita de una casa perdida en una lejana plantación y, a veces, me pasaba semanas enteras sin ver ni un solo rostro blanco. Ella fue para mí la primera mujer... un extraño ser nuevo, una maravilla tan grande como Eva para el perplejo Adán al despertar de su sueño. Puede ser que una estrecha intimidad entre dos jóvenes sea un obstáculo para el amor, pero en nuestro caso fue diferente. Al parecer mi pasión surgió de nuestra compenetración, porque ésta se produjo de cara al peligro. Éramos como dos seres a bordo de un barco que se hundió poco a poco; nuestro único vínculo era el sentimiento común del abismo que se abría bajo nuestros pies, no la verdadera comprensión mutua. Aparte de eso, para mí ella permanecía siempre inaccesible y romántica... única, con todas las promesas no expresadas de un amor como el mundo jamás ha conocido. Y de manera natural, ya que hasta entonces el mundo no me había reservado mujer alguna. Su aparición fue como en un sueño: la chica de la lagartija, la chica con la daga, una maravilla a la que yo tendía mis manos desde lejos; y sin embargo, me fue permitido cuchichearle al oído mi sueño, mi visión. Tuvimos que juntar nuestras cabezas, hablando del enemigo común y de la sombra que pesaba sobre la Casa, mientras, ante nuestros propios ojos, Carlos esperaba la muerte, que sus ansiedades volvía cruel, y el viejo Don se paseaba por entre las tinieblas de sus años acumulados.

En cuanto a mí, ¿qué era yo para ella?

Carlos, con voz débil y sujetando su mano firmemente aunque sin apretarla, le había contado repetidas veces que su primo inglés estaba dispuesto a ofrecer su vida para que ella conociese la felicidad en este mundo. Muchas veces ella volvía hacia mí su mirada... una mirada que no era de gratitud sino, por así decirlo, inquisitiva y pensativa... una mirada de penetrante candor, la mirada de una chica joven que, por su misma confianza, parecía penetrarle a uno de parte a parte. Y entonces mi sensación de indignidad me hacía desear ardientemente su amor, como el pecador en su debilidad anhela la gracia de la salvación.

—Nuestro primo inglés es digno de su gran nación. Es muy valiente y se muestra caballeroso con una pobre chica —decía ella suavemente.

Recuerdo que un día, saliendo de la habitación de Carlos, ella se había detenido ante el umbral, un instante apenas, el tiempo de murmurar con emoción: «Que el Cielo le recompense, don Juan». La música de estas palabras, tenue y encantadora, como el soplo de un viento fresco, me hizo titubear. Sentado al aire libre como de costumbre, Castro se había levantado y puesto a nuestro lado, con el sombrero en la mano y la cabeza ligeramente inclinada con una especie de deferencia saturnina. Ella le sonrió.

Supongo que se sentía bondadosa con aquel bandido pequeño y rechoncho. Después de todo, había algo conmovedor y patético en su lúgubre vigilia a la puerta de nuestro radiante Carlos. Sentí el impulso de abrazar a esa imagen grotesca y truculenta de la devoción. ¿Acaso ella no le había sonreído?

Pasé el resto de aquel memorable día en un delicioso estado de aturdimiento, como si me hubieran transportado al séptimo cielo y temiese ser expulsado de nuevo al poco tiempo, porque mi indignidad se lo merecía. ¿Y si fuera posible, después de todo... lo que Carlos deseaba, lo que había dicho? Los cielos se estremecieron; las constelaciones por encima del patio de Casa Riego temblaron al pensar en ello.

Carlos luchó valientemente. Hubo días en que su valor pareció echar a la siniestra presencia de aquella cámara, en la que el padre Antonio con su breviario y la cofia blanca de la monja parecían ser los únicos vestigios de la enfermedad y la muerte. A veces su voz era muy potente, y una especie de optimismo iluminaba sus debilitadas facciones. Don Baltasar hacía numerosas visitas a su sobrino en el transcurso de cada día. Se sentaba, aparentando atención, y asentía con la cabeza cada vez que le nombraban a O'Brien. Entonces Carlos, recostado en las almohadas, se ponía a hablar mal de O'Brien, como si estuviera inspirado, hasta que el anciano, golpeando el suelo con su bastón de pomo dorado, exclamaba con voz trémula que el único responsable era él, que él le había sacado del polvo y podía degradarlo de nuevo. Se iría inmediatamente a La Habana: en ese mismo momento César recibía órdenes para preparar el viaje. Luego Carlos tomaba una pizca de rapé con mano temblorosa y se reclinaba en el sillón, susurrándome: «Nunca volverá a abandonar la Casa» y una atmósfera solemne de inquietante desamparo se abatía sobre la magnificencia fúnebre de la habitación. Al poco rato oíamos al viejo Don murmurar para sí mismo, completamente chocho, el nombre de la madre de Serafina, su joven esposa de los viejos tiempos, tan santa que le fue arrebatada en castigo de sus pecados de juventud. Era imposible que don Patricio (el nombre de O'Brien era Patrick) la hubiese defraudado. El Intendente era un hombre de gran inteligencia, lleno de veneración por la memoria de la joven. Don Baltasar reconocía que se estaba haciendo viejo; además, había un pesar en su vida... Había sido afortunado en su desgracia de tener a su lado un hombre de semejante mérito. Podía haber ligeras irregularidades, errores de juventud (O'Brien tenía cuarenta y cinco años poco más o menos). La vida del íntegro juez había sido edificante para el mismo arzobispo... como para toda La Habana y toda la isla. El gran celo del Intendente por la Casa podía haberlo llevado a cometer más de una indiscreción. Hace ahora tantos años de eso, ¡tantos años! Por lo demás era noble. ¿Habíamos oído hablar de un rey irlandés? Un rey... rey... él no podía recordar su nombre en esos momentos. Convendría oír lo que un hombre con tales aptitudes tendría que decir en su defensa.

Carlos y yo nos miramos en silencio.

—Y sobre su vida pende una amenaza —dijo en voz baja el moribundo con una especie de desesperación.

La crisis de todos estos años de conspiraciones se produciría en el momento en que el viejo Don cerrase los ojos. Mientras tanto, ¿por qué este O'Brien no se presentó en Río Medio? ¿Qué lo retuvo en La Habana?

—Yo ya no cuento, mi querido Juan —me decía Carlos—. Y él se prepara para el día en que muera mi tío.

Las oscuras intenciones de este hombre eran inescrutables. Debía haber sabido, desde luego, que yo estaba en Río Medio. Si había que temer su presencia, su ausencia era cada vez más terrible.

—Pero ¿qué crees que hará? ¿Cómo piensas que actuará? —le pregunté yo, un poco desconcertado por mi responsabilidad.

Carlos no podía decirlo con precisión. Tuvo que pasar algún tiempo después de su regreso de Europa hasta que pudo hacerse una idea clara del alcance de la ambición de ese hombre. Al mismo tiempo se dio cuenta de todo su poder. Ese hombre pretendía nada menos que toda la fortuna de los Riego, desde luego a través de Serafina. Eso me daba rabia... una especie de rabia que hacía que la cabeza me diese vueltas como si el suelo se tambalease.

—Habría encontrado el medio de librarse de mí si no hubiese comprendido que yo no estaría ya por mucho tiempo en este mundo —decía Carlos.

Había adquirido una ascendencia ilimitada sobre la mente de su tío; le había dejado completamente solo con la solemne chochez que ponía fin a tanto poder, a tan grande reputación, a una vida tormentosa de romance y pasión... tan pintoresca y excesiva incluso en su amor de viejo, cuyas consecuencias, cual obra de una Némesis ofendida por tanta brillantez, arrojaban una sombra sobre el destino de su hija.

Bajo de estatura, rubio, regordete, ocultando la vivacidad irlandesa de su inteligencia bajo la gravedad taciturna de un jurista español, y respaldado por la influencia de dos nobles casas, O'Brien había logrado una notable reputación de sagacidad y honradez sin mácula. Juez del Tribunal de la Marina, uña y carne del clero, procurador en el capítulo de la catedral, había sabido hacerse tan indispensable para los más encumbrados personajes de este país, que todos, excepto los de mayor alcurnia, le tenían miedo. La influencia oculta que ejercía no guardaba ninguna proporción con su posición oficial. Sus planes eran ejecutados con una inquebrantable tenacidad y determinación. Carlos le creía capaz de todo salvo de una vulgar malversación. No había tenido más remedio que observar sus movimientos en silencio, impedido por la debilidad que le producía su mala salud. A título de ejemplo de los métodos de O'Brien, me contó la manera en que este último, fiel a su propósito de aislar a los Riego, había conseguido impedir cualquier propuesta con vistas a una alianza con la familia Salazar. El mismo joven don Vicente, decía Carlos, era

insoponible, llevaba una vida malvada, de hábitos disolutos. Sin embargo, para apartar de su camino la sombra misma de esta rivalidad, O'Brien se aprovechó de una sanguinaria reyerta entre aquel hombre y uno de sus libertinos compañeros, provocada por una famosa joven que tocaba la guitarra. Como el encuentro había tenido lugar entre los muros de un convento, O'Brien había conseguido mantener en prisión a don Vicente desde entonces... bajo la acusación, no de asesinato (que para un joven de ese rango hubiese sido una ofensa comparativamente venial), sino de sacrilegio. Aunque los Salazar eran una familia poderosa, él era lo suficientemente fuerte para exponerse a su enemistad. «¡Imagínate, Juan!», exclamaba Carlos, cerrando los ojos. Lo que más le había inquietado era saber que don Baltasar había sido inducido recientemente a escribir al arzobispo de La Habana. Carlos temía que esa carta, dictada prácticamente por O'Brien, no tuviese otro objeto que expresar el afecto del anciano por su intendente y la confianza sin límites que le profesaba.

—¿No comprendes, Juan, que una carta así reforzaría su pretensión, si acabara de pedir la mano de Serafina a sus tutores? Y ¿quién sabe si no le habían designado a él mismo como uno de esos tutores? Era imposible saber cuáles eran las disposiciones testamentarias de don Baltasar; el padre Antonio, que había aprendido mucho en el confesionario, no podía decirnos nada: cuando se mencionó el asunto, únicamente puso los ojos en blanco mirando al cielo de una manera alarmante. Era asombroso pensar en las impías tentaciones que despertaban tanto el desamparo de Serafina como su inmensa fortuna. Aunque él era incorruptible, sabía cómo corromper a los demás. Sólo Dios sabe en qué oscuras intrigas, en qué sombrías conspiraciones, podrían haberse combinado la codicia de las órdenes religiosas y la avaricia de los altos funcionarios para facilitar la ambición de O'Brien, sus pasiones. Sabía hacerse indispensable; sabía sobornar; sabía asustar; era capaz de aprovecharse de la gente de ese país, tanto de los de rango más elevado como de los más humildes, desde el actual Capitán General hasta el último de los lugareños. En La Habana podía contar con los poderes reinantes; en Río Medio, con los peores parias de la isla.

Esto último era para nosotros el aspecto más peligroso de su poder, aunque también su punto más débil. La mejor prueba de una cierta imaginación caprichosa, de una cierta puerilidad adusta, podía verse en su idea de declararle la guerra al Imperio británico; una especie de despreocupación por los riesgos; una extraña ilusión provocada por su odio hacia los aborrecibles sajones. No podía ponerse en duda que su relación con aquella caterva de canallas arriesgaba su situación. Era él quien les había dotado de su organización actual; actuaba como intermediario entre ellos y la ley. Pero fuera lo que fuese lo que de él se sospechara, era lo bastante precavido para no ir demasiado lejos. Nunca comparecía personalmente; se ocupaban de actuar por él sus agentes... individuos que llegaron de La Habana de manera bastante misteriosa. Los había de todas las categorías, a veces incluso frailes. Pero la chusma, que no veía

en él más que al intendente del gran hombre, sentía el mayor pavor por él. ¿Quién fue el que puso en libertad a algunos de los que se habían metido en líos en La Habana? El Intendente. ¿Quién fue el responsable de que siete de sus camaradas, arrestados por pelearse en plena calle, fueran entregados a los ingleses en calidad de piratas? De nuevo el Intendente, el hombre terrible, el juez, que aparentemente tenía el poder de perdonar y de condenar.

En ese aspecto en Río Medio él era de lo más peligroso para nosotros. Tenía a su disposición a esa chusma. Con sólo levantar su dedo meñique podía provocar un levantamiento de facinerosos. Sin embargo, no era muy probable que hiciera eso. Intrigaba en La Habana, pero ¿cómo podíamos desenmascararlo allí?

—Nos ha aislado del mundo —decía Carlos—. Tanto es así, mi querido Juan, que si intentaba escribir, ninguna de mis cartas llegaba a su destino; caían en sus manos. Y si lograba hacer oír mi voz, él apelaba a mi tío en su defensa.

Además, ¿a quién podría él escribir? ¿Quién le creería? O'Brien lo negaría todo y seguiría haciendo lo mismo. Hacía mucho tiempo que le habían aceptado, había estado al servicio de demasiada gente, y sabía muchos secretos. La situación era terrible. Y si yo mismo fuese a La Habana, nadie me creería. Más bien desaparecería y nunca más volverían a verme. Era imposible desenmascarar a ese hombre a no ser que se actuase prolongada y cuidadosamente. Y para eso, él, Carlos, no disponía de tiempo; y yo... yo no tenía ni categoría, ni relaciones, ni siquiera experiencia...

—Pero ¿qué línea de conducta voy a adoptar yo, Carlos? —insistí, mientras el padre Antonio, para el que Carlos no tenía ningún secreto naturalmente, permanecía junto a la cama, su rostro redondo, jovial, casi cómico por su expresión de preocupación compasiva.

Carlos se pasó la enflaquecida mano por la frente, pálida y perlada por el sudor de la verdadera angustia.

Carlos pensaba que, mientras don Baltasar viviese, O'Brien no haría nada que pudiera comprometer su influencia sobre él. En cuanto a mí, yo ni siquiera podía actuar; debía esperar y vigilar. O'Brien intentaría sin duda quitarme de en medio; pero él creía que yo no tendría nada que temer mientras permaneciese dentro de la Casa. Me recomendó que tratase de complacer a su prima e incluso encontró fuerzas para sonreír ante mis arrebatos. Don Baltasar me quería por su hermana, que había sido tan feliz en Inglaterra. Yo era su pariente y su invitado. Desde el principio hasta el final, la idea de Inglaterra, mi país, de mi hogar, no dejaba de desempeñar un papel importante en mi vida; ese recuerdo parecía basarse en todos nuestros pensamientos. Para mí no representaba más que mi infancia, la granja al pie de las dunas —Rooksby Manor—, dentro de ese pequeño rincón entre la cantera, junto a la carretera a Canterbury, y la playa de guijarros, cuyo estrépito al ser pisados por la pandilla de contrabandistas era el último ruido que yo había oído de mi país. Para Carlos era la

imagen concreta de la estabilidad, que reforzaba el sentimiento poético de su paz y de la belleza de Verónica. Pero para O'Brien era algo inmenso y odioso y tenía la apariencia de un enemigo colosal. El padre Antonio, con su cándida benevolencia, rezaba todas las noches por la conversión de esa tierra tan querida, como si fuera una pecadora muy amada. Se figuraba que dicha conversión no estaba muy lejos de cumplirse y una vez me dijo, con una certeza asombrosa en su simplicidad, que «ese día habrá una gran alegría en el Cielo». Es maravilloso pensar que esa tierra lejana, de la cual me había escapado como de una prisión en busca de aventuras, me pareciese ahora tan romántica y perfecta. ¡Todo es lo mismo para todos los hombres! Hablé con Serafina de ese país, que me parecía fabuloso, y de sus habitantes. Me preguntaba qué idea se habría formado ella de mi padre, de mi madre, de mi hermana —«Señora doña Verónica Rooksby», la llamaba ella—, del paisaje, de la vida, del cielo. Sus ojos se volvieron hacia mí gravemente. En una ocasión se inclinó a coger una caléndula naranja para ponerse en el pelo y acabamos hablando de nuestra granja como del único refugio seguro para ella.

CAPÍTULO III

Una tarde, después de un angustioso silencio, Carlos me había dicho:

—No se puede hacer nada más. Cuando llegue el momento de crisis, deberás librarla de esa desdicha y aflicción que pende sobre su cabeza. Deberás sacarla de Cuba; aquí no está segura.

Aquello me dejó sin respiración.

—Pero ¿a dónde deberíamos ir, Carlos? —pregunté yo, inclinándome sobre él.

—A... a Inglaterra —dijo en voz baja.

Esa tarde él estaba completamente agotado en su lecho de muerte tras todas aquellas perplejidades. Hizo un gran esfuerzo y murmuró unas cuantas palabras más... acerca del embajador de España en Londres, que era un pariente cercano de los Riego. Luego se dio por vencido y permaneció inmóvil para asombro de mis ojos. La monja se acercaba alarmada procedente de las sombras. El padre Antonio, mirando tristemente a su amado penitente, me indicó con señas que me retirase.

Castro no se había marchado todavía; me estaba saludando en voz baja pasado el umbral de la gran puerta.

—Señor —prosiguió—, normalmente suelo darle el parte a su Señoría don Carlos; sólo que hoy no he sido admitido en sus aposentos. Pero lo que tengo que decir puede oírlo usted también. Un fraile de un convento de La Habana ha llegado con los lugareños de la bahía. Ya sabía yo con anterioridad que iba a venir.

Me acordé que esa misma mañana, mientras me vestía, había echado una ojeada por la angosta ventana exterior de mi habitación y había visto pasar por la arena una figura marrón montada a caballo. Sus pies calzados con sandalias colgaban de los flancos de una potente mula.

Castro meneó la cabeza.

—¡Malditos sean esos ojos verdes! De vez en cuando bautiza a la progenie de esa gentuza y, sentado a la sombra delante de la puerta de la posada de Domingo, pasa las horas rezando el rosario tan piadosamente como un diablo que se hubiese convertido en monje para mayor perdición de nosotros los cristianos. Esas mujeres se congregaron allí para besar su grasienta manaza. ¿Qué más podían hacer? ¡Basta! Sólo quería decirle, señor, que esta tarde (acabo de darme un paseo por allí) se habla mucho en las aldeas de un hereje con intenciones malévolas que se ha presentado en esta ciudad nuestra: un inglés ávido de ahorcar gente... en resumen, usted.

La luna, muy avanzada en su primer cuarto, arrojaba una luz pálida, azulada, sobre una mitad del patio, mientras que la sombra sobre la otra mitad, negra como un trazo amplio de tinta china, parecía llegar al pie de las columnas.

—Y ¿qué piensas tú de eso, Castro? —pregunté yo.

—Creo que Domingo obedece órdenes. Manuel ha compuesto ya una canción. Y ¿sabe, señor, cuál es el estribillo? Matar es el estribillo. Quisiera que el diablo se llevase a todos esos improvisadores. Ellos se quedan boquiabiertos alrededor de él, mientras hace vibrar y chirriar el fuelle. Y él sabe perfectamente las palabras que debe cantarles. Tiene talento. Maladetta!

—Y bien, ¿qué me aconseja usted?

—Aconsejo al señor que permanezca por ahora en el interior de la Casa. No hay canción que pueda proporcionar a esta gentuza la audacia de venir hasta aquí en busca del señor. La puerta permanece atrancada, las armas de fuego están siempre cargadas, y César es un africano sagaz. Pero me parece que, antes de que ellos se atrevieran, esta luna se caería del cielo... Quédese en la Casa, se lo digo yo... Tomás Castro.

Se echó por encima del hombro izquierdo el pico de su capote y me precedió hasta la puerta de mi habitación; luego, después de desearme «que Dios le guarde, señor», prosiguió su camino a través de la columnata. Antes de que yo hubiese cerrado la puerta, se me ocurrió que se dirigía hacia la parte de la galería a la que daban los aposentos de Serafina. ¿Por qué? ¿Qué podía buscar allí?

No estoy avergonzado de haber sospechado de él de pronto —no sabe uno en quién confiar—, pero me avergüenza un poco confesar que, quitándome los zapatos, salí tras él inmediatamente, en silencio, para espiarle.

Esa parte de la casa estaba a oscuras, inundada de negras sombras; y, antes de llegar a un nicho que había en el muro, oí que una uña arañaba discretamente una puerta. Un haz de luz entró como una flecha y desapareció, como una señal que precediese a los murmullos de dos voces.

Reconocí inmediatamente la voz de la mujer. Perteneecía a una de las doncellas de Serafina, un preciosa cuarterona (una de sus favoritas) llamada La Chica. Había salido de la Casa y, en medio del solemne silencio de aquel patio, me llegaban sus susurros, que parecían gorjeos. Cada dos palabras daba a Castro el tratamiento de «su Señoría», pues aquel taciturno personaje, con el capote sin cepillar y el sombrero estropeado, era enormemente respetado por todos los de la Casa. ¿Acaso no le habían enviado a Europa en busca de don Carlos? Contaba con la confianza de los amos... era su humilde amigo. La doncella parloteaba de su señora. La Señorita había estado muy inquieta todo el día... desde que se enteró de la llegada del fraile. Castro dijo entre dientes:

—Dile a su Excelencia que se han cumplido sus órdenes. El caballero inglés ha sido avisado. Me he quedado toda la noche sin dormir para vigilar al invitado de la casa, como deseaba la Señorita... por el honor de los Riego. Puede estar tranquila.

Luego la chica le cuchicheó algo con gran animación. ¿No creía su Señoría que era el corazón de la Señorita el que no estaba tranquilo?

Entonces el patio se quedó mudo en su inmovilidad, iluminado a medias, con sus arcadas, el relajante chapoteo del agua, sus luces mortecinas, envuelto en ese aire de exóticas dulzuras, evocando la severidad castellana.

—¡Qué disparate! —dijo la voz sombría de Castro—. A vosotras las mujeres os tiene sin cuidado la enorme cantidad de fantasmas que aparecen en vuestras imaginaciones amorosas. Nada más susurrar una cosa...

Ella se quejó rápidamente. Él la interrumpió.

—Tus ojos, La Chica... tus ojos no ven más que la necedad de tu propio corazón. Piensa en tus propios amantes, Nina. ¡Por Dios! —cambió de tono, ahora parecía apreciarla—, tu estúpida cara tiene buen aspecto a la luz de la luna.

Creo que le golpeó en la barbilla. Escuché sus dulces arrumacos de agradecimiento en respuesta a aquel cumplido; el haz de luz fue a dar en el pulido fuste de una columna; y Castro siguió su camino, dando un rodeo por la escalera, evidentemente para no pasar de nuevo por delante de mi puerta, que estaba abierta.

Me olvidé de cerrarla. No me detuve hasta llegar al centro de mi habitación; entonces, me quedé quieto un buen rato, sumido en un éxtasis provocado, mientras que las numerosas velas de cera del gran candelabro ardían sin el menor parpadeo formando una piña de llamas, que parecían alumbrar la celebración en todo su esplendor de los fastos de mis pensamientos.

¡Por el honor de los Riego!

Volví en mí. Bueno, era agradable ser el objeto de sus inquietudes y cuidados, incluso en esos términos... en cualesquiera que fuesen los términos. Y sentía una especie de gratitud, profunda e indecible, como si jamás, nadie, en ningún día, en ninguna ocasión, hubiese pensado en mí con anterioridad.

No pude dormir. Fui a la ventana y apoyé la frente en el barroto de hierro. No había cristal y el pesado postigo estaba abierto de par en par; bajo el tenue resplandor de la luna creciente vi un pequeño rincón de la playa, muy blanca; el largo haz de luz se extendía vagamente por la bahía y dos formas negras, cubiertas, avanzaban y se paraban en bloque, como si fuesen pilares; sus sombras, enormemente alargadas, parecían huir de sus pies y con las puntas de sus sombreros tocaban el muro de Casa Riego. Apareció otra silueta, más pequeña y más gruesa, caminando con dignidad. Era Castro. Los otros dos retrocedieron y después se quitaron los sombreros.

—Buenas noches, caballeros —dijo la voz de Castro, con resuelta cortesía—. Han salido tarde.

—Lo mismo que su Señoría. Vaya, señor, con Dios. Estamos tomando el aire.

Se marcharon mientras Castro se quedó mirándolos. Pero desde mi altura, me di cuenta que de pronto se habían agachado detrás de unos matorrales achaparrados que crecían al borde de la arena. Luego perdí también de vista a Castro en dirección opuesta, refunfuñando airadamente.

Me olvidé de ellos. Todo estaba en calma y me pareció estar mirando por la ventana de un castillo encantado situado en el país de los sueños y el romance. Susurré el nombre de Serafina al claro de luna en un incesante arrebató.

—¡Serafina! ¡Serafina! ¡Serafina!

La belleza del sonido repetido me embriagó.

—¡Serafina! —grité en voz alta y me interrumpí, asombrado de mí mismo.

Y el romántico claro de luna pareció susurrar malévolamente desde abajo.

—¡Muerte al traidor! ¡Venganza por nuestros hermanos muertos en los patíbulos ingleses!

—Vete, Manuel.

—No. Yo soy un artista. Mi alma lo necesita.

—¡Estate quieto!

Su murmullo sibilante ascendió a lo largo del muro bajo la ventana. Los dos lugareños habían entrado furtivamente sin que yo lo advirtiera. Se oyó un amortiguado zumbido metálico, como de una guitarra escondida debajo del capote.

—¡Venganza del hereje inglés!

—¡Vete! Es posible que abran la puerta de repente y caigan sobre nosotros con estacas.

—Mi noble espíritu se exalta ante la idea de realizar grandes hazañas. Siento dentro de mí una valentía, una inspiración. Yo no soy un vulgar vendedor de aguardiente como Domingo. He nacido para ser capataz de los lugareños.

—Seremos atacados y vencidos, Manuel. ¡Vete!

No hubo ruido de pasos, sólo un revoloteo silencioso de dos sombras y una voz en la lejanía gritando:

—Maldición, maldición, ¡maldición al traidor!

No tuve necesidad de la advertencia de Castro para comprender lo que aquello quería decir. O'Brien se había puesto manos a la obra con todas sus fuerzas; sólo la impaciente vanidad de Manuel me había informado exactamente de cómo iba a terminar aquello. El fraile había estado incitando a esa gentuza en contra mía, despertando sus sospechas, sus odios, sus miedos.

Permanecí junto a la ventana, sumido en reflexiones más bien sombrías. Ahora estaba prisionero dentro de los muros de la Casa.

Pero ¿qué importaba eso, después de todo? No quería irme a menos que pudiera llevarme conmigo a Serafina. ¡Vaya sueño! ¡Un sueño imposible! Solo, sin amigos, sin ninguna parte a dónde ir, sin medios para hacerlo; incluso sin el derecho, ¡cielos!, de poder hablar de eso con ella. Carlos... Carlos había tenido un sueño... había soñado en sus últimas horas de vida. Inglaterra estaba tan lejos y el enemigo tan cerca; la misma Providencia parecía haberse olvidado de mí.

Un ruido de jadeos me hizo volver la cabeza. El padre Antonio se enjugaba la frente en el umbral de la puerta. Aunque era corpulento, no hacía apenas ruido al andar. A menudo se oía su respiración dificultosa a lo largo de la oscura galería un poco antes de que apareciese su silueta negra, deslizándose. Tenía la placidez exterior de la gente corpulenta, una naturalidad sin artificios que divertía y atraía, y una simplicidad no exenta de perspicacia. En efecto, debía haber mostrado mucho tacto y sagacidad para haber desbaratado todos los intentos de O'Brien para destituirle de su puesto de confesor de la familia. Lo que le había ayudado a mantenerse firme, como me dijo en una ocasión, fue que «Yo también soy, hijo mío, heredero de esa noble y verdaderamente piadosa dama que estaba casada con don Riego. Poco después de su boda me nombraron director espiritual suyo y puedo decir que ella mostró más discreción en la elección de su confesor que en la de su hombre de negocios. Pero ¿qué quiere usted que haga? El mejor entre todos nosotros, salvo intervención de la gracia divina, es susceptible de equivocarse. ¡Pobre mujer!, esperemos que su bendita situación la dispense de conocer las iniquidades que pasan aquí abajo en la Casa».

Solía hablarme de ese modo casi todas las tardes cuando volvía de la habitación del enfermo. El también tenía sus propias perplejidades, que le hacían enjugarse la frente repetidas veces; más tarde, solía extender su pañuelo rojo sobre las rodillas.

Simpatizaba con Carlos, su amado penitente, y con Serafina, su querida hija, a la que había bautizado e instruido en los misterios de «nuestra santa religión», y a menudo se permitía dejar caer el comentario de que «su ilustre hijo espiritual», don Baltasar, después de una vida agitada que los hombres conocían en demasía, había alcanzado un estado verdaderamente infantil de inocencia y temor de Dios... señal, sin duda, de que el Cielo le había perdonado esos excesos. Acababa siempre por suspirar de buena gana y sentarse mirando al suelo.

Aquella noche entró en silencio y, después de cerrar la puerta con cuidado, se sentó donde siempre: un amplio sillón de madera.

—¿Cómo dejó a don Carlos, su Reverencia? —pregunté yo.

—Muy abatido —contestó él—. La enfermedad le está causando terribles estragos y mi ministerio... yo debía estar acostumbrado a ver las miserias humanas, pero...

Levantó las manos para ocultarse; una genuina emoción le abrumaba; entonces, descubriendo el rostro, me miró fijamente.

—Está perdido, don Juan —exclamó.

—Me temo verdaderamente que estemos a punto de perderlo, su Reverencia —dije yo, sorprendido por este alarde.

Parecía inconcebible que hubiese tenido sus dudas hasta este preciso momento.

El fraile puso los ojos en blanco con dificultades. Me olvidaba sin duda del poder infinito de Dios. Sin embargo, haría falta un milagro... Pero ¿qué habíamos hecho para merecer milagros?

—¿Qué ha sido de la antigua piedad de nuestros antepasados que hizo a España tan grande? —apostrofó él al vacío, algo insensatamente, como aturdido—. No, don Juan; incluso yo, un fiel servidor de nuestra fe, soy consciente de no haber tenido suficiente delicadeza en mi humilde ministerio entre los pobres soldados y marineros... hombres inclinados por naturaleza al pecado, pero sin malicia. Y ahora... he aquí que dos importantes nobles, la fortuna de una gran familia...

Le miré asombrado: él se retorció en cierto modo las manos, como si estuviese profundamente angustiado.

—Todos nosotros pensamos en esa pobre niña... pero imagine, don Juan, toda esa riqueza consagrada a los inicuos propósitos de ese hombre. La felicidad de esa criatura sacrificada...

—No puedo imaginar eso... ni es mi deseo —interrumpí yo, tan violentamente que él me hizo callar alzando ambas manos.

—... a esas alocadas empresas contra su propio país —continuó él con vehemencia, haciendo caso omiso de mi exasperada y despectiva risa—. Y he sido yo el que la ha bautizado a ella, la Niña, el que la ha instruido, proporcionándole una más noble predisposición, una inclinación más espontánea a las virtudes que más convienen a su sexo... Pero, don Juan, ella tiene orgullo, lo que sin duda también es un don divino, aunque Satanás, el león rugiente, el ladrón de almas, hizo de ello una trampa. ¿Qué pasaría si su impetuosidad femenina... las mujeres son impetuosas, hijo mío —interpuso él con unción—... unida a su orgullo, la llevase a... me horroriza pensarlo... cometer un pecado mortal del que luego no pudiera arrepentirse?

—¡Basta! —le grité yo.

—Sí, arrepentirse —repitió él, poniéndose de pie con entusiasmo, mientras que yo, de pie delante de él, con los brazos colgando a ambos costados, apretaba los puños.

¿Por qué venía este estúpido sacerdote a hablarme así? Como si yo no tuviera ya bastante con mis propias e insoportables preocupaciones.

Se sentó y empezó a agitar su pañuelo. En su rostro ancho se reflejaba... sencillamente e incluso de manera conmovedora... el conflicto interno de su generosidad y de sus dudas.

—Observo su emoción, hijo mío —dijo.

Yo debía de estar más pálido que un muerto. Y al cabo de un rato, él meditó en voz alta:

—Después de todo, ustedes los ingleses son una nación reverente. Usted, descendiente de la nobleza, ha sido educado en una deplorable rebelión contra la autoridad de Dios sobre esta tierra. No se mofe usted... no lo haga. Yo, un humilde sacerdote... Después de todo, el mismo Santo Padre, en su inspirada sabiduría... He rezado a Dios para que me ilumine...

Extendió su pañuelo mojado sobre sus rodillas y bajó la cabeza. Yo había recuperado el dominio de mí mismo, pero no entendía lo más mínimo. Había pasado de la exasperación a una fatiga agobiante que parecía sumirme en la más profunda oscuridad.

—Después de todo —dijo él, levantando la vista ingenuamente—, el oficio de nosotros los sacerdotes es salvar almas. Es un momento bien solemne cuando se acerca la muerte. Los asuntos de este mundo deberían desecharse. Y sin embargo, seguramente Dios no tiene intención de abandonar a los vivos a merced de los malvados.

La tristeza se pintaba en su rostro, en sus ojos. Todo el mundo parecía estar durmiendo. Hizo un esfuerzo.

—Hijo mío —dijo con decisión—, le invito ahora mismo a seguirme hasta la cabecera de la cama de don Carlos. Yo, un humilde sacerdote, indigno instrumento de la gracia de Dios, le pido que le lleve la paz que mi ministerio no puede proporcionarle. Su hora está próxima.

Me levanté, sorprendido por su solemnidad, por la insinuación de significado oculto que había en esas palabras.

—¿Se está muriendo ya? —grité yo.

—Debe despejar sus pensamientos de las cosas terrenales; y si no hay otro medio...

—¿Qué medio? ¿Qué esperan que haga yo?

—Hijo mío, he observado su emoción. Nosotros, confidentes designados de las debilidades humanas, estamos prestos a discernir los rastros de sus sentimientos más íntimos. Déjeme que le diga que mi querida hija ante Dios, la señorita doña Serafina Riego, está con don Carlos, virtual jefe de la familia, desde que su Excelencia don Baltasar se encuentra en un estado de, digamos, inocencia infantil.

—¿Qué quiere usted decir, padre? —balbuceé yo.

—Ella le espera a la cabecera de la cama de don Carlos —declaró el sacerdote, levantando los ojos.

Y como su solemnidad parecía haberme privado de la facultad de moverme, añadió con su habitual simplicidad:

—Pues bien, hijo mío, puedo decirle que a ella no le es completamente indiferente su persona.

No me habría dejado caer más repentinamente sobre la silla si el buen padre me hubiese disparado una pistola en el pecho. Se marchó y, cuando pegué un salto para seguirle, vi en el gran espejo sin marco que había en la pared un hombre joven, vestido de terciopelo negro con gorguera blanca, que me miraba fijamente a los ojos, como la aparición de un fantasma español que tuviese mi rostro de inglés.

Cuando salí corriendo, la luna se había ocultado detrás del caballete del tejado; todo el cuadrilátero de la Casa estaba ahora oscuro bajo las estrellas; sólo un tenue resplandor amarillo, procedente del farol que pendía de la puerta abovedada, iluminaba la fuente del patio. La silueta del sacerdote había desaparecido de la vista y unos golpes lejanos, mezclados con ruidos de pasos, parecían formar parte del tumulto dentro de mi corazón. Abajo en la puerta, una voz requirió: «¿Quién va?». Seguí corriendo. Dos minúsculas llamas ardían delante de la puerta de la habitación de Carlos al final de la larga perspectiva del corredor, y dos de las doncellas de Serafina, que aguardaban delante de los grandes paneles de caoba, se apartaron al acercarme yo. Los torcidos cirios temblaban en sus manos; la cera goteaba y la más alta de las dos chicas, que llevaba su largo cuello al descubierto, me miró con ojos somnolientos, en una especie de mudo asombro. A la más regordeta —La Chica— le castañeteaban los dientes terriblemente cual castañuelas. Se apartó a un lado, riéndose un poco histéricamente y levantando los ojos hacia mí.

Me detuve como si fuese un intruso; de todas las personas que estaban en la habitación del enfermo, ni una sola volvió la cabeza. La quietud de las luces, de los objetos, del aire, parecía haber pasado al rostro de Serafina. Ella permanecía de pie, bien tiesa, bajo las pesadas colgaduras de la cama, ofreciendo un aspecto muy español y muy romántico con su corta falda negra y su mantilla de encaje negro envolviéndole cabeza, hombros y brazos, hasta la cintura. Sus pies desnudos, enfundados en unas zapatillas de tacón alto, daban la impresión de que iban a echarse a volar, como si hubiese entrado corriendo en la habitación angustiada o con miedo. Incorporado en la cama, con la espalda apoyada en unas almohadas de edredón blancas como la nieve, Carlos no hablaba ya con ella. Había terminado de hacerlo; y el rubor de sus mejillas, el vehemente brillo de sus ojos, le daban un aspecto animado, casi de júbilo, una especie de resplandor como de llama que se consume. Me estaban esperando. Pese a todo su entusiasmo y su aparente vitalidad, lo único que podía él hacer era levantar su mano blanca tres o cuatro centímetros de la colcha de seda que cubría gratamente sus miembros, como un inmenso paño mortuario color carmesí. Había algo de gozoso y de cruel en el resplandor tenue de esta tela de color, que contrastaba con la palidez mortal de las sábanas, la morenez de su rostro consumido, su cabeza oscura sin cuerpo visible, simbólicamente inmóvil. Las sombras confusas y el esplendor empañado de las colgaduras blasonadas, recogidas en todo lo alto bajo el techo, caían en rígidos y pesados pliegues hasta el pulido suelo, que reflejaba las luces como una lámina de agua, o más bien como el hielo.

Sentí que las sombras se deslizaban bajo mis pies. Sólo yo podía moverme en aquella gran cámara, donde las alegres manchas de color se mezclaban con las fúnebres sombras, donde las figuras expectantes y silenciosas del sacerdote y la monja, servidores de una eternidad desapasionada, parecían inmovilizadas y mudas

por su asombro hostil ante el triunfo efímero de la vida y el amor. Y sólo se oía el impaciente golpeteo de la mano del enfermo sobre la almidonada seda de la colcha.

Era una llamada dirigida a mí. Un candelabro de pared de dos brazos iluminaba intensamente la cabeza inanimada de Serafina; y cuando me acerqué a ella ni siquiera la sombra de sus pestañas temblaba en sus mejillas. Los labios de Carlos se movieron; su voz casi se había apagado; pero a pesar de su delgadez, de la profundidad de sus ojos, de sus mejillas demacradas, de sus sienes hundidas, conservaba todo su atractivo, el encanto de su temperamento galante y romántico que la enfermedad había afinado hasta un grado casi sobrenatural.

Su deseo iba a verse realizado, porque, a punto de recibir la herencia espiritual que esperaba, rehusó, o fue incapaz de apartar su mirada de las cosas de este mundo. La tarea del padre Antonio era salvar su alma; y con una especie de astucia simple y sacerdotal, en la que había mucho amor por su más noble penitente, iba a tratar de apaciguar su inquietud dándole una satisfacción romántica. Su voz, muy grave y profunda, se dirigió a mí:

—Acérquese, hijo mío... más cerca. Confiamos en los sentimientos naturales de piedad inculcados en todos los corazones humanos, en la nobleza de su extracción, en el honor de su hidalguía, y en ese valor inextinguible que, por la inagotable gracia de Dios, distingue a los hijos de su afortunada y triste nación.

Su voz de bajo, que el tono solemne con que se expresaba hacía más grave, tenía vibraciones roncadas. Había una cierta dignidad rústica en la tosquedad de su figura, en su rostro ancho, en el gesto de su mano levantada.

—Prometerá usted respetar los dictados de nuestra conciencia, guiado por la autoridad de nuestra fe; remitirse a nuestros escrúpulos y a las prácticas de nuestra Iglesia en las materias que, según nosotros, atañen al bienestar de nuestras almas... ¿Lo promete?

Carlos esperó un momento. El fuego de sus enigmáticos ojos me abrasaba el rostro. ¿Qué irían a pedirme? Eso no era nada. Desde luego yo respetaría los escrúpulos de la joven —sus escrúpulos— aunque se me partiese el corazón. Sentía intensamente su vida a mi lado; ella no podía estar más próxima a mí, no importa lo que hiciesen otros o lo que yo pudiese prometer. Ella había conseguido ya toda la devoción de mi amor y de mi juventud, una irracional y poderosa devoción, sin intención o esperanza de recompensa. Casi me avergonzaba pronunciar las dos palabras que ellos esperaban.

—Lo prometo.

Y de pronto la escena cobró sentido, comprendí claramente, con todas sus consecuencias remotas y su atroz inutilidad contra los peligros, algo que ya estaba en mi mente y que apenas había osado considerar hasta entonces: los esponsales. El sacerdote, y también Carlos, debían saber que esta ceremonia no tenía poder

vinculante. Para Carlos eso simbolizaba el cumplimiento de sus deseos. El padre Antonio pensaba ya en la dispensa papal: yo era un hereje. ¿Y si me la rechazaban? Mas ¿qué me importaba a mí ese riesgo, si nunca me había atrevido a esperar nada? Por otra parte, la habían traído hasta aquí, la habían persuadido, bajo la influencia de sus miedos y la impresión que le causaba la vista de Carlos. ¿Qué podía importarle yo a ella? Y repetí:

—Lo prometo. Prometo, incluso a costa del sufrimiento y el infortunio, nunca pedirle nada en contra de sus principios.

La voz de Carlos sonó débilmente.

—Yo respondo de él, buen padre.

Luego pareció delirar y susurró, tan bajo que apenas pudimos entenderle:

—Se parece a su hermana. Oh divina...

Y tras este susurro espectral, ese rumor acompañado de ligeros chasquidos del rosario en las manos de la monja, se apoderó de la habitación un silencio tan grande como la quietud de un mundo de credos desconocidos, de amores, de creencias, de silenciosas ilusiones, de pasiones no expresadas y motivos secretos que anidan en nuestros insondables corazones.

Serafina me había dirigido una rápida mirada —la primera mirada—, que yo había sentido más que visto. Carlos hizo un esfuerzo y, levantándose, puso la mano de Serafina en la mía.

Tratando de pronunciar una corta alocución, el padre Antonio se derrumbó, con la misma ingenuidad emocional que había mostrado al referirse a su dignidad. Al principio sólo pude captar algunas palabras: «Querida niña... Santo Padre... pobre sacerdote...». Él se había encargado de eso; y atestiguaría la pureza de nuestras intenciones, lo necesario del caso, el consentimiento del cabeza de familia, mi excelente disposición. Todos los ingleses tenían excelente disposición. Iría él en persona a los pies de la Santa Sede... se arrodillaría si fuese necesario. Entre tanto, un documento... prepararía inmediatamente un documento justificativo. Es cierto que él no le gustaba al arzobispo, a causa de las calumnias de ese tal O'Brien. Pero allende los mares existía la autoridad suprema de la Iglesia, infalible e inasequible a las calumnias.

Durante todo ese tiempo, la mano de Serafina descansó pasivamente en la palma de la mía, cálida, blanda, llena de vida. Toda la vida, todo el mundo, toda la felicidad, el único deseo... pero no me atreví a apretarla, temiendo la vanidad de mis esperanzas, temblando ante la intensa felicidad de aquel acto audaz. El padre Antonio gimoteaba... ésa es la palabra. Ahora no era más que un pobre viejo, de corazón sensible, sólo eso.

—Ahora ante Dios, don Juan... soy únicamente un pobre sacerdote, aunque investido de un cargo sagrado, de un poder inmenso. Tiemble, señor, se trata de una

joven... la he querido como si fuese mi propia hija; pues, en efecto, al bautizarla le di la vida espiritual. Usted debe protegerla; es por eso que, ante Dios, señor...

Pareció como si Carlos fuese a desmayarse: tenía los ojos cerrados y el rostro petrificado como una estatua. Pero poco a poco sus labios insinuaron una sonrisa tierna e irónica. Con gran esfuerzo levantó lentamente el brazo y los párpados, procurando superar su cansancio para poder escucharme. Hice ademán de inclinarme sobre él y el suelo, la gran cama, la habitación entera, parecieron levantarse y bambolearse. Había sentido una ligera y fugaz presión de la mano de Serafina, antes de escapar de la mía; con el martilleante agolpamiento de sangre en mis sienes, creí que iba a volverme loco.

Carlos me había echado su brazo por encima del cuello; en sus labios, que nada más rozarme la oreja se apartaron, había la tranquilizante austeridad de la muerte, al mismo tiempo que el distante sonido de las palabras, perdiéndose en la lejanía de otro mundo.

—Como un inglés, Juan.

—Palabra de honor, Carlos.

Soltándome el cuello, su brazo cayó sobre la colcha completamente tieso. El padre Antonio había dominado su emoción; con el rostro surcado por un reguero de lágrimas no contenidas, se había convertido de nuevo en un sacerdote, exaltado por encima de su enojo terrenal por el augusto celo de su sacerdocio.

—Don Carlos, hijo mío, ¿está ahora más tranquilo?

Carlos cerró los ojos lentamente.

—Entonces dirija todos sus pensamientos al Cielo —la voz de bajo del padre Antonio se elevó con extraordinaria autoridad—. Ha terminado ya con la tierra.

El brazo de la monja tocó los cordones de las cortinas y sus imponentes pliegues se agitaron y extendieron, ocultándonos al sacerdote y al penitente.

CAPÍTULO IV

Serafina y yo nos dirigimos hacia la puerta tristemente, como si estuviésemos bajo la opresión de un recuerdo, como la gente que regresa de visitar una tumba y se incorpora a las preocupaciones cotidianas. No me alegré mucho. No había pasado nada. Sólo el antojo de un hombre enfermo.

—Señorita —dije yo en voz baja, con la mano en el picaporte de bronce forjado—. Don Carlos podría haber muerto sin todo esto... confiando plenamente en mi afecto por usted.

—Lo sé —contestó ella, bajando la cabeza.

—Ése era su deseo —dije yo—. Y a él me remití.

—Ése era su deseo —repitió ella.

—Recuerde que él no le ha pedido ninguna promesa.

—Sí, sólo se la ha pedido a usted. Se acuerda usted muy bien, señor. ¿Y usted?... ¿no pide nada?

—No —dije yo—; ni a su corazón ni a su conciencia... ni a su gratitud. ¡Su gratitud! Como si no fuera yo el que debe estarle agradecido a usted por haber condescendido a dejar su mano en la mía... aunque sólo fuese por unos momentos... aunque sólo fuese para tranquilizar a un moribundo; por la felicidad que me ha proporcionado, por la ilusión de aquel instante maravilloso, que toda mi vida recordaré, al igual que los que se quedan ciegos de repente recuerdan la enorme belleza del sol. Viviré con ese recuerdo, lo albergaré en mi corazón como el bien máspreciado hasta el día en que muera; y prometo no volver a mencionárselo nunca más.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, siguió con los ojos bajos, inclinó su cabeza como si estuviese atenta en grado sumo.

—Yo no he pedido ninguna promesa —murmuró ella fríamente.

El corazón se me encogió.

—Gracias por esa prueba de confianza —dije yo—. Yo soy suyo sin necesidad de ninguna promesa. Enteramente suyo. Mas ¿qué puedo ofrecerle? ¿Qué ayuda? ¿Qué refugio? ¿Qué protección? ¿Qué puedo hacer yo? Sólo puedo morir por usted. ¡Ah!, qué cruel fue Carlos, sabiendo que yo no podía dar otra cosa que mi pobre vida.

—Yo la acepto —dijo ella, inesperadamente.

—Señorita, es generoso de su parte el aceptar un don tan indigno... una vida que yo no aprecio en absoluto salvo por el único recuerdo que a usted le debo.

Yo sabía que ella me estaba mirando mientras le abría de par en par la puerta y la saludaba con una ligera inclinación de cabeza. No me había atrevido a mirarla. Un irracional desencanto, como el despertar de un sueño feliz, me oprimía. Sentía un

deseo casi furioso de tomarla en mis brazos... de regresar a mi sueño. Si la hubiese mirado entonces, creo que no habría podido controlarme.

Ella salió; y cuando levanté la vista allí estaba O'Brien, con botas y espuelas, aunque por lo demás con su atuendo negro de jurista, su atildada figura inclinada profundamente ante ella en la oscura galería. Ella se paró en seco. Apiñadas tras ella, las dos doncellas abrieron sus ojos desmesuradamente. Las llamas de sus velas fluctuaban mucho.

Cerré la puerta sin hacer ruido. Carlos había terminado con la tierra. Esto se había convertido ahora en un asunto exclusivamente mío; y la necesidad de llegar inmediatamente a una decisión casi me privó de la facultad de pensar. La necesidad había surgido demasiado pronto; la llegada de ese hombre tuvo el mismo efecto que la súbita aparición de un fantasma. Sin embargo, era lo que yo me esperaba; desde el momento en que nos separamos de la cabecera de la cama de Carlos, no habíamos pensado en otra cosa; nos habíamos entregado en exclusividad a nuestras emociones, como si no hubiese en todo el mundo más habitantes de carne y hueso que nosotros dos. Sin duda, el peligro que corrimos había estado presente en nuestras mentes, ya que estaba en el aire que respirábamos. Fue la condición indispensable para nuestro encuentro, para las palabras que intercambiamos, para nuestros mutuos pensamientos; fue la atmósfera de nuestros sentimientos, algo tan impalpable que se filtraba por todos nuestros poros tan sutilmente como el aire penetra en nuestros pulmones. Y de pronto este peligro, este soplo de vida, toma forma material. La forma material prevista; y sin embargo produce el efecto de un espectro maligno, en la medida en que no se sabe ni dónde ni cómo será vulnerable, lo que haría exactamente ni cómo se defendería uno de ella.

Su inclinación de cabeza fue cortés; en su porte, tranquilo y presuntuoso, todo era gravedad; sus modales eran los de un hombre competente, el tipo de hombre que los poderosos de este mundo encuentran inapreciable y están dispuestos a confiar en él. Su rostro completamente rasurado tenía una expresión bondadosa, casi de buen humor, que yo había llegado a creer que debía depender de sus facciones, de la disposición de sus ojos... de alguna peculiaridad que no controlaba, o más bien que no podía conservar tan bien. En ciertas ocasiones, como ésta por ejemplo, esa expresión me hacía el efecto de un refinado cinismo; y por lo general asustaba, como la asunción de una máscara impropia a los gestos y los diálogos del personaje.

El había viajado desde La Habana por vía terrestre, según su costumbre, llegando de noche inesperadamente, como había hecho tantas veces antes. Sólo esta vez había encontrado cerrada con cerrojo la portezuela que se abría a uno de los lados del portón. Fueron sus golpes al llamar lo que yo había oído mientras corría detrás del sacerdote. El mayordomo, al que habían llamado para dejarle entrar, me dijo después que el señor Intendente no le había hecho ninguna pregunta al respecto y que se

había retirado a su habitación como de costumbre. Nadie sabía lo que pasaba en la cámara de Carlos, pero, desde luego, él había encontrado a las dos chicas delante de la puerta. No les dijo nada a ninguna de las dos, solamente se detuvo allí a esperar, apoyando un codo en la balaustrada con sus amistosos ojos grises fijos en la puerta. Al menos había esperado ver salir a Serafina de un momento a otro, pero creo que no contaba con verme a mí también. Cuando se enderezó después de saludar, quedamos los dos uno al lado del otro.

Me había acercado a ella rápidamente, preguntándome qué haría él. No parecía ir armado; yo tampoco llevaba conmigo ningún arma. ¿Iba a saltarme a la garganta? Yo era el más fuerte de los dos, y el más joven. Deseaba que lo hiciese. Pero encontró un medio de hacerme notar sus otras ventajas. Hizo como si no reconociera mi existencia. Diríase que no me veía en absoluto. No parecía darse cuenta de la llamativa inmovilidad de Serafina, ni de mi actitud firme; mas, volviendo su jovial rostro hacia las dos chicas, que parecían dispuestas a descender al piso de abajo ante sus propios ojos, les hizo una seña con el dedo índice para que no lo hicieran.

Eso fue todo. No las amenazó; sólo estuvo algo travieso; y ese gesto, maravilloso por su ahorro de esfuerzos, reveló toda la fuerza y la insolencia de su poder. Ese gesto del dedo tenía la eficacia infalible de un acto instintivo. Era puro instinto. El no podía saber hasta qué punto nos espantaba con ese simple movimiento del dedo. La chica más alta dejó caer su palmatoria estrepitosamente y se fue corriendo por la galería como una sombra. La Chica se agazapó en un rincón. La luz de su vela alcanzó vagamente la silueta de un muchacho negro, que aguardaba al fondo en actitud pasiva con las alforjas de O'Brien al hombro.

—Lo ve usted —me dijo Serafina en un rápido y desconsolado susurro—. Todos son como éste... todos, todos.

Sin cambiar de semblante, sin énfasis, él le dijo a ella en francés:

—Votre pere dortsans doute, señorita.

—Usted sabe muy bien, señor Intendente —dijo ella intrépidamente—, que nada puede hacerle abrir los ojos.

—Eso parece —masculló él entre dientes, encorvándose para recoger la palmatoria que había caído.

La palmatoria estaba a mis pies. Podía haberlo cogido entonces en una situación de desventaja; podía haberlo derribado de un solo golpe, arrojándome sobre su espalda. Lo mismo podría haber atacado un prisionero atlético a su carcelero al entrar en su celda, si no fuera por la prisión, los cerrojos, los barrotes, las pesadas puertas y los muros, toda la parafernalia del cautiverio, que encadena la voluntad, si no el valor.

Podía haber sido ésa la causa, o su absoluto desprecio por mí. La manera despreocupada, con la cabeza al alcance de mi puño, con que encendía la vela que se le había caído a La Chica de sus temblorosas manos, me humilló indeciblemente. Tuvo

algunas dificultades con eso, hasta que le dijo a la doncella de manera que pudiéramos oírla: «Cálmate, niña», y ésta se puso rígida, aparentando estar terriblemente asustada.

Entonces él se volvió hacia Serafina, con la palmatoria en la mano, diciendo cortésmente en español:

—¿Me permite ayudarla a alumbrar el camino hasta su puerta, ya que esa tonta de Juanita —creo que era Juanita— ha perdido el juicio? No está capacitada para quedarse a su servicio... no más que ésta.

Con un grito ahogado de desolación, La Chica se puso a sollozar sin fuerzas contra la pared. Di un paso al frente; y él, sosteniendo la vela bien alta, como si tuviese el propósito de examinar cuidadosamente mi rostro, no dejó de mirarme, mientras intercambiaba con Serafina algunas frases en francés, que no entendí lo bastante bien para poder seguir.

Me pareció que el interrogatorio era correcto. La expresión natural, de buen humor, que cubría su rostro no le abandonó ni por un instante, como si tuviera una reserva de paciencia inagotable para tratar las incomprensibles nimiedades de la conducta de las mujeres. A Serafina se le había caído el chal de la cabeza. La Chica se acercó a ella a hurtadillas, dejando escapar de vez en cuando un profundo sollozo, sin rastros de lágrimas; y con sus cabellos dispersos, los brazos desnudos, el desorden de sus atuendos, parecían dos mujeres sorprendidas huyendo de por vida secretamente. Únicamente la señora se mantenía firme; su voz era decidida; había una cierta resolución en la forma en que la pequeña mano blanca estrechaba contra su pecho la mantilla negra. Sólo una vez pareció vacilar en sus respuestas. Entonces, después de una pausa para dejarla reflexionar, él pareció repetir su pregunta. Ella le miró con recelo, a mi entender, antes de confirmar la respuesta anterior con una lenta inclinación de cabeza.

Si se hubiese permitido hacer un movimiento provocador, una especie de gesto ambiguo, me habría lanzado sobre él inmediatamente; pero la indolencia con que apartó la mirada, mientras su mano me tendía la palmatoria, me dejó asombrado. Simplemente se la quité de las manos. Él retrocedió, inclinándose ceremoniosamente ante Serafina. La Chica se lanzó en brazos de la joven. Oí su voz diciendo con tristeza: «No debes temer nada, niña»; y se alejaron lentamente. Me quedé frente a O'Brien, con la vaga idea de proteger su retirada.

Esta vez fui yo el que sostenía la palmatoria frente a su rostro tranquilo y sin color; él miraba al suelo reflexivamente, con la apariencia de estar meditando profundamente y en silencio. Pero de pronto percibí que su mano se aferraba convulsivamente a los faldones de su capote. Fue como si accidentalmente hubiese mirado al hombre por dentro... como si pudiese contemplar la solidez de sus ilusiones, de su deseo, de su pasión. Ahora se abalanzaría sobre mí, pensé con una certeza enormemente

convinciente. E inmediatamente todos mis músculos, agarrotados, respondieron al reclamo de ese pensamiento belicoso.

—¿Querría darme esa luz? —dijo él.

Y yo comprendí que exigía una renuncia.

—Antes preferiría verle morir ahí mismo donde está —fue mi respuesta.

Ese objeto en mi mano estaba ahora dotado de una intención moral, significativa como un símbolo: sólo me lo arrancarían con mi propia vida.

Él levantó la cabeza; una luz brilló en sus ojos.

—¡Oh, yo no quiero morir! —dijo, con esos extraños indicios de humor en el rostro y en la voz—. Pero eso es una bagatela, y usted es joven; sin embargo, puede que valga la pena intentarlo para contentarme... por esta vez.

Antes de que yo pudiese contestar, Serafina me llamó precipitadamente, a muy poca distancia de mí.

—Deme su brazo, don Juan.

Su voz, que sonaba un poco insegura, hizo que me olvidase de O'Brien y, dándole la espalda a este último, corrí hacia ella. Ella necesitaba mi apoyo; y delante de nosotros La Chica se tambaleaba y tropezaba con las luces, gimiendo:

—¡Madre de Dios! ¡Qué será de nosotras ahora! ¡Oh, qué será de nosotras ahora!

—Usted sabe que él me había pedido que le dejase actuar —dijo Serafina rápidamente—. Yo le contesté: «No, dele la luz a mi primo». Entonces él me dijo: «¿Realmente lo desea, señorita? Yo soy su más antiguo amigo». Yo le repetí: «Dele la luz a mi primo, señor. —Entonces él añadió con crueldad—: Por el amor de ese joven, reflexione, señorita». Y esperó antes de volver a preguntarme: «¿He de entregársela a él?». Creí que mi corazón iba a desfallecer; todo mi temor por usted lo siento... aquí —tocó su hermosa garganta con un rápido movimiento de mano que inmediatamente desapareció bajo el encaje—. Y ya que no puedo hablar, yo... don Juan, acaba usted de ofrecerme su vida... yo... ¡Misericordia! ¿Qué más podía pasar? Asentí con la cabeza.

Con la tensión, la precipitación y el embeleso ocasionados por mi inmensa gratitud, le apreté la mano con familiaridad, como si fuésemos dos amantes paseando por la calle en una noche en calma.

—Si no hubiéseis asentido, habría sido peor que la muerte... para mi corazón —dije yo—. Él también me había pedido que renunciase a mi esperanza, a mi luz.

Caminamos lentamente, escoltados en el silencio que de pronto había caído sobre nosotros por el chapoteo de la fuente al fondo del gran cuadrado de oscuridad a nuestra izquierda, y por los patéticos gemidos de La Chica.

—Eso es lo que él quería —dijo la encantadora voz a mi lado—. Y usted se negó. Reconozco su valor.

—No fue por motivos egoístas —dije yo, preocupado, como si el sonido que tanto había deleitado mi corazón hubiese despertado en mi mente una gran incertidumbre—. Mi valor no vale nada —añadí.

—Pero me ha infundido un nuevo coraje —dijo ella.

—No necesitaba usted más —dije yo sinceramente.

—¡Ah! Me encontraba tan sola. Es difícil... —vaciló.

—Vivir solo —terminé yo.

—Más que morir —susurró ella, con un nuevo apunte de timidez—. Es espantoso. Sea prudente, don Juan, por el amor de Dios, porque yo no podría...

Nos detuvimos. La Chica, silenciosa y tal vez extenuada, apoyó lastimeramente la espalda contra el muro, junto a la puerta de Serafina; y abajo, el sonido puro y cristalino de la fuente, al envolver la pausa de nuestra despedida, pareció dejarme sin resuello con su frialdad.

—¡Pobre don Carlos! —dijo ella—. Siento un gran afecto por él. Y temía que ellos no quisieran que me casara con él. Él amaba a vuestra hermana.

—Nunca se lo dijo —murmuré yo—. Me pregunto si ella llegaría a adivinarlo.

—Él era pobre, sin hogar, estaba ya enfermo, se encontraba en un país extranjero.

—Todos en casa le queríamos —dije yo.

—Él nunca se lo pidió —musitó ella—. Y tal vez... Pero él nunca se lo pidió.

—No tengo ya más fuerzas —suspiró La Chica de pronto, desplomándose al pie del muro y dejando la palmatoria en el suelo.

—Usted ha sido muy buena con él —dije yo—. Sólo que no había necesidad de que él le pidiese eso. Desde luego, lo entiendo perfectamente... Espero que usted entienda también que yo...

—Señor, usted es mi primo —estalló ella de repente—, ¿cree que yo habría consentido únicamente por el afecto que le tengo?

—Señorita —grité yo—, yo soy pobre, sin hogar, y me encuentro en un país extranjero. ¿Qué debo creer? ¿Cómo puedo atreverme a soñar? A menos que usted con su propia voz...

—En ese caso, le permito que me lo pida. Pídamelo, don Juan.

Caí de rodillas y de pronto, alargando el brazo, ella apretó su mano contra mis labios. Iluminada de arriba abajo, la gracia pintoresca de su figura ofrecía un aspecto sobrenatural; las inusitadas sombras ascendentes conferían a su belleza un nuevo y fascinante misterio. Pasó un minuto. Podía escuchar encima de mí su respiración acelerada y me puse de pie, reteniendo sus manos entre las mías.

—¡Hace tan pocos días que nos conocemos! —dijo ella en voz baja—. Juan, estoy avergonzada.

—No conté los días. La he conocido siempre. He soñado con usted desde que puedo recordar... durante días, meses, un año, toda mi vida.

El estrépito de una pesada puerta al cerrarse recorrió de lleno las galerías que rodeaban el patio, recordándonos el peligro que corríamos.

—¡Ah! Lo habíamos olvidado.

Oí su voz y noté en mis brazos sus formas. Sus labios pronunciaron en mi oído:

—Recuerde, Juan. Dos vidas, pero una sola muerte.

Y se fue tan rápidamente como si hubiese atravesado la madera maciza de los paneles.

La Chica se puso en cuclillas. Las luces sobre el suelo encendían su mirada vacía; con su espalda desnuda, del color de la caoba vieja, emergiendo de la tela blanca, con los mechones de pelo, negro como ala de cuervo, cayéndole por las mejillas, el abandono de toda su persona incorporaba todas las señales externas, todas las formas de la desolación.

—¿Qué teme usted de él? —pregunté yo.

Ella levantó los ojos y se acercó a mí de rodillas.

—Tengo un amante en el exterior.

Se agarró salvajemente del pelo, lo extendió por el rostro y trató de metérselo en la boca a puñados, como para que le impidiese gritar.

—Me hizo una advertencia con el dedo —gimió ella.

Su terror, tan incomprensible como la emoción de un animal, iba en aumento.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo? —dije tristemente.

—No lo sé.

Ella no lo sabía. Le pasaba lo mismo que a mí. Temía por su amor. ¡Como yo! ¿Había algo en el camino de nuestra perdición que él no pudiese conseguir?

—Trata de serle fiel a tu señora —dije yo— y todo podrá ir bien todavía.

Ella no me contestó, sino que se incorporó tambaleándose y se marchó a ciegas por la puerta, que abrió lo justo para poder pasar. Había nubes en el cielo. En su negrura, el patio parecía la abertura rectangular de un pozo sin fondo. Recogí las palmatorias y me alumbré camino de mi habitación; el aire amenazaba tormenta y yo caminaba con un confuso sentimiento de inseguridad y exultación.

Las luces de mi candelabro se extinguieron. Puse las dos palmatorias encima de una mesa; las sombras de la habitación se elevaban hasta el techo por encima de las dos llamas, llenaban las esquinas como colgaduras fruncidas y descendían hasta el pie de las cuatro paredes, formando una tienda militar en la que los objetos guerreros apenas brillaban: espadas victoriosas y arcabuces antiguos, dispuestos junto a arcos, lanzas, armas de madera y de piedra de alguna raza extinta, un collarín de combate de conchas o de guijarros, un escudo redondo de mimbre rodeado de flechas, con un mosquete de mecha a cada lado... de esos que para utilizarlos se necesitan dos hombres.

Yo había dejado abierta la puerta de mi habitación a propósito, para que él supiese que había regresado y estaba dispuesto a recibirlo. Descolgué una larga cuchilla recta, una especie de espadín con empuñadura de taza. Era un arma incómoda y con el filo embotado; sin embargo, tenía la punta de acero y yo estaba dispuesto a abrirme paso a estocadas y a enfrentarme al mundo entero. Invoqué a mis enemigos y no apareció ninguno; y a la luz de dos velas, y con una espada en la mano, me ensimismé presagiando el futuro.

Era categórico e incierto. Mi mente desvariaba respecto a él como un alma que, frente a las puertas del paraíso, gozase por anticipado de la felicidad y se afligiese por su exclusión. No había más que un hombre en el camino. Yo estaba seguro de que nos había estado vigilando a través de la negrura del patio. Debió de haber visto, a la pálida luz de las velas, la escena muda de nuestra separación delante de la puerta de Serafina. Esperaba que lo hubiese comprendido y que la visión de mi sombra llevando las dos luces le habría impresionado por su firmeza y aire triunfal. Agucé el oído. Había oído un ruido...

Alguien venía hacia mí por la silenciosa galería. Era él; lo sabía. Cada vez estaba más cerca. En la profunda quietud, como de tumba, de la gran mansión había oído resonar desde lejos sus pasos sobre el pavimento de mosaico. Acababa de doblar la esquina y bastaba su paso tranquilo para atemorizar el corazón de cualquier adversario. No vaciló ni un sola vez; ni le oí apresurarse o aminorar el paso hasta que se detuvo. Se encontraba ante el portal.

Supongo que en esa habitación grande, a la luz de las dos velas, yo debía ofrecer el aspecto bastante impresionante de un joven amenazador, todo vestido de negro, de rostro crispado y sosteniendo en la mano un largo espadín desnudo. En cualquier caso, él permaneció allí inmóvil, mirándome desde la puerta: en aquel fastuoso marco ofrecía el aspecto de un atildado hombre de leyes español, todo de negro también, de hermosa cabeza, y con su pierna bien torneada, enfundada en medias de seda negra, un poco adelantada. Se había quitado las botas de montar. Por lo demás, yo nunca lo había visto vestido de otra forma. No llevaba arma alguna en la mano ni había ninguna a su lado.

Bajé la punta de mi espadín y, viendo que él permanecía junto al umbral, como si no quisiera arriesgarse a entrar, le dije con desdén:

—No supondrá usted que yo asesinaría a un hombre indefenso.

—¿Estoy yo indefenso? —dijo, levantando ligeramente las cejas—. Eso es una novedad, efectivamente. Es usted el que lo supone. Yo he estado muy seguro de eso desde hace no pocos años.

—¿Cómo puede usted conocer los sentimientos de un caballero inglés o prever su actuación? No soy ni un asesino ni un intrigante.

Entró directamente y, dando la vuelta a la mesa, sacó del bolsillo de sus pantalones de montar una pistola pequeña.

—Ya lo ve... no me fío demasiado de su generosidad de inglés.

Dejó la pistola descuidadamente sobre la mesa. Yo me había dado la vuelta sobre mis talones. De la manera en que estábamos colocados, abriéndome paso entre las dos palmatorias habría podido atravesarlo de parte a parte antes de que gritara.

Dejé la espada sobre la mesa.

—¿Se fiaría usted de un maldito rebelde irlandés? —me preguntó.

—Se equivoca usted en sus suposiciones. No querría tener nada que ver con un rebelde, ni siquiera en pensamiento o como hipótesis. Creo que el intendente de don Baltasar Riego se lo pensaría dos veces antes de asesinar en su dormitorio a un invitado de la casa... un pariente, un amigo de la familia.

—Eso es bastante sensato —dijo él, con ese invariable aire de amabilidad que a veces parecía el más cruel simulacro de humor—. Y ¿piensa usted que un pariente de los Riego se libraría del cadalso si asesinase a don Patricio O'Brien, uno de los jueces reales del Tribunal de la Marina, miembro del Consejo, procurador del Capítulo...?

—Intendente de la Casa —añadí yo.

—Se lo agradezco —dijo él gravemente—. Así que usted verá...

—Y jefe supremo de ladrones y corsarios —insinué yo de nuevo.

El respondió a eso con un gesto desdeñoso de superioridad.

—Me pregunto si usted... si alguno de ustedes, ingleses... tendrían el valor de arriesgarlo todo: ambición, orgullo, posición, fortuna, tranquilidad de espíritu, esperanzas más queridas, amor propio, como él ha hecho. Por una idea.

Su tono, que revelaba una cierta exaltación y tristeza por debajo de la sordidez y vileza de las infames maniobras de este hombre, me llenó de asombro. En mi pensamiento, confundía en un todo inseparable el despreciable resultado de sus intentos, la puerilidad de su imaginación, lo peligroso de su temeridad y una especie de arrogancia en su lamentable ilusión.

—Nada es demasiado peligroso, demasiado sucio, demasiado pesado. De ustedes los ingleses se espera cualquier cosa, no importa con qué medios se consiga. ¡Golpear! Ésa es la cuestión. Moriría feliz si supiese que había contribuido a quitarles a ustedes alguna isla... nada más que una isla pequeña, entre todas las tierras que ustedes han estafado, robado, tomado por la fuerza, adquirido con mentiras... No se burle de mí con sus historias de ladrones. ¿Qué armas más dignas de usted podría yo utilizar? ¡Oh!, soy modesto. Muy modesto. Lo de Jamaica es un asunto sin importancia. ¿Por qué van a preocuparme más esos fanfarrones separatistas que esos idiotas de los legalistas? Para mí todos ustedes son ingleses. Si de mí dependiera, su Imperio moriría a alfilerazos por todo su cuerpo, enorme y demasiado crecido para su edad. Dejemos sólo un poco. Si el pillaje de sus barcos puede evitarlo, entonces estoy dispuesto, tal

como me ve usted aquí, a coger el primer barco, aunque haga aguas. Le aseguro que Jamaica está perdida. Y eso puede ser el comienzo del fin.

Levantó su brazo, no hacia mí, sino hacia Inglaterra, a juzgar por su ardiente mirada. No era a mí a quien hablaba. Allí estábamos cara a cara, irlandeses e ingleses, como siempre había ocurrido desde que nos encontramos en el estrecho margen de este mundo que nunca ha sido lo bastante grande para las tribus, las naciones, las razas humanas.

—No sé, míster O'Brien, lo que usted puede hacerme, pero le advierto que no escucharé una palabra más a ese respecto —dije yo, poniéndome colorado.

—¿Qué quiere usted saber? —murmuró él distraídamente, al tiempo que se alejaba de la mesa para mirar al exterior por la tronera, dejándome allí con la espada y la pistola.

Cualquier cosa que pudiera haberme dicho a propósito del patíbulo era una imprudencia por su parte. Era característico de este hombre, de esa impulsividad que coexistía en él junto con la sagacidad, la sangre fría en las intrigas, su temperamento despiadado y vengativo. Yo comprendía por experiencia propia la imprudencia de todo aquello. Pero él me daba la espalda y ¿cómo podía yo...? Que su imprudencia fuese tan completa era una garantía para mí. Estoy seguro de que no se acordaba de mi existencia. Yo habría saltado enseguida con una daga en la mano sobre un hombre oculto en la oscuridad.

Le inquietaba en lo más profundo de su ser... en lo más profundo de su odio y de su amor, el ver que un joven insignificante (yo no era más que eso) se interponía de pronto en su camino. Por fin volvió al lugar que ocupaba antes y me contempló con una especie de sorpresa solícita, como si tratara de explicarse mi existencia.

—No —dijo (en realidad hablaba consigo mismo)—. Cuando le miro, me quedo perplejo. ¿Cómo se las ha arreglado para lograr allí esa excelente reputación? Ramón es un estúpido. Ya se enterará a sus expensas. Pero la astucia de ese tal Carlos... ¿O se trata solamente de mi condenada buena disposición a creérmelo todo?

Había puesto el dedo en la llaga. Yo no dije nada.

—Pues bien —exclamó él—, en resumidas cuentas, usted no es más que un pobre diablo inglés.

—Me he convertido ya en un hombre desde que nos vimos por última vez —dije intencionadamente.

Pareció meditar mis palabras. No hubo ningún cambio en su rostro, salvo quizá una expresión de bondad todavía más divertida.

—Por lo que dice, ha vivido usted muy de prisa —observó él con candidez—. ¿Es eso posible? Bueno, la vida, como usted sabe, no puede durar eternamente y, en efecto, si se le mira mejor, parece usted muy próximo a morir.

No me inmuté, sino que, con la boca muy seca, dije en tono retador:

—Eso es hablar por hablar.

—Bien dicho. Pero eso es mucho decir. Ha ido usted demasiado lejos. Le ofrezco una oportunidad de volverse atrás.

—Ni un centímetro —dije yo con virulencia—. Ni en pensamiento, ni de hecho; ni siquiera en apariencia.

Parecía como si quisiese retractarse.

—Créame, en la vida hay más cosas de las que usted piensa. A su edad existe más de... —su cuerpo se contorsionó extrañamente, como si hubiese sufrido un súbito acceso de dolor interno, y la sonrisa chistosa que moraba en sus labios se trocó en una horrorosa mueca forzada—... más de un amor en la vida... existe más de una mujer.

Creo que trató de mirarme de soslayo, pues se le estranguló la voz en la garganta. Mi indignación no tenía límites. Grité con el ardor de una convicción inextinguible.

—Eso no es cierto. Usted sabe que eso no es cierto.

Durante unos instantes se quedó sin habla; luego, se estremeció y farfulló con esa rabia interior que parecía hervir en su pecho como lava fundida sin que jamás aflorase a su rostro:

—¡Qué! ¿Soy yo, pues, el que tiene que desdecirse? Para... para usted... un muchacho... venido de Satanás sabe dónde... un pobre inglés... Por el capricho de una chica... Yo... ¡un hombre!

Se calmó un poco.

—No; está usted loco. Usted sueña. No sabe nada. ¡No puede saberlo! Usted no sabe lo que es un hombre; usted, con su amor juvenil nacido ayer. ¿Cómo se atreve a mirarme, a mí que respiro el mismo aire que ella desde hace muchos años? Es usted un idiota... ¡un maldito idiota! Tantos años durmiendo, despertando, trabajando...

—Y conspirando —interrumpí yo—, intrigando y engañando... durante años.

Eso le calmó del todo.

—Yo soy un hombre, usted no es más que un muchacho; de lo contrario no habría tenido que decirle que su amor —la palabra se le atragantó— es para mí como... como...

Sus ojos descubrieron un aguamanil de cristal tallado y, con un convulsivo movimiento del brazo, lo lanzó por encima de la mesa. Cayó pesadamente, haciéndose añicos con el ruido sordo y apagado de un trozo de hielo.

—Como esto.

Durante algún tiempo permaneció con los ojos fijos en la mesa y, cuando los elevó hacia mí, lo hizo con una especie de incredulidad divertida. No había rencor en su voz. Hablaba como un hombre de negocios, un poco desdeñosamente. Sólo me quedaba darle las gracias a don Carlos por la posición en la que me encontraba. Lo que el «pobre diablo» esperaba de mí, él, O'Brien, no lo preguntaría. Era un ridículo asunto de chiquillos. Si esos dos —se refería a Carlos y Serafina— no hubiesen sido tan

astutos, ahora yo estaría completamente a salvo en la cárcel de Jamaica, acusado de traición.

A él la idea le pareció graciosa. Bueno, de cualquier modo, no albergaba peores intenciones respecto a mí que en relación a mis queridos compatriotas. Cuando él, O'Brien, hubo descubierto de qué modo tan absurdo se había dejado engañar por don Carlos —el pobre diablo— y había sido inducido a error por Ramón —todavía se lo haría pagar—, lo único que se le ocurrió hacer fue alojarme en la cárcel de La Habana. Me daba su palabra de honor...

—¡Yo en prisión! —grité con enojo—. ¿Usted...? ¿Se atrevería a hacerlo? ¿Bajo qué acusación? No podría...

—Usted no sabe de lo que es capaz Pat O'Brien en Cuba.

El modesto representante inglés se traicionó de pronto ante el jurista español. Luego me miró frunciendo el ceño.

—Como usted es inglés, lo habría detenido bajo la acusación de robo.

Se sonrojó y yo perdí el control.

—Míster O'Brien —le dije—, me atrevo a decir que usted habría sido capaz de maquinar cualquier cosa en contra mía. Es usted un perfecto canalla.

—¿Por qué? ¿Porque no miento acerca de mis razones, como hacen todos ustedes? Me gustaría que supiera que me niego a mentir, tanto a mí mismo como a usted.

Rocé el puño de la espada encima de la mesa. Su extremidad apuntaba hacia él.

—Había pensado —dije yo, acalorado— proponerle que luchásemos nosotros dos, cuerpo a cuerpo, ya que usted ha sido un rebelde y un traidor.

—¡Que el diablo se lo lleve! —murmuró él.

—Realmente es usted un redomado bribón. Pienso que acabará en un patíbulo.

Di rienda suelta a mi exasperación, porque me sentía irremediabilmente en su poder. No habría podido decir adonde quería ir a parar él. Tenía la sensación insoportable de encontrarme completamente a su merced, como si estuviese tendido en el suelo atado de pies y manos. Me hizo mucho bien contarle lo que pensaba. Y tal vez no fui completamente sincero con él. ¿Y si le provocaba hasta el punto de que disparase su pistola contra mí? Había estado tocando la culata con aire ausente mientras hablábamos.

Podía no haberme dado y entonces... O podía haberme matado a tiros. Pero seguramente en Cuba existiría algún tipo de justicia. Estaba bastante claro que él no deseaba matarme personalmente. Bueno, en cualquier caso me encontraba en un gran aprieto: forzarle, aun a costa de mi propia vida, a hacer algo que no quería, era la única medida de que disponía para desbaratar sus planes; lo único que podía hacer, pues, en apoyo de mi misión de librar a Serafina de las intrigas de aquel hombre. Todo aquello me abrumaba deplorablemente. En cuanto a matarle mientras estuviese allí — si es que podía hacerlo, sorprendiéndole con una rápida estocada—, mi educación,

mis ideas, mi propia naturaleza, me lo impedían. Jamás le había quitado la vida a nadie. Era muy joven y no estaba acostumbrado a las escenas de violencia; y empezar así ¡a sangre fría! No era solamente mi conciencia la que vacilaba, sino también mi valor. A decir verdad, estaba asustado; no por mí mismo... pues tenía suficiente valor para morir; sino que me asustaba el acto en sí. Era una incógnita para mí... para mis nervios... para mi conciencia. Y luego estaba el patíbulo español. También me repugnaba matarle y luego suicidarme... No, tenía que vivir. «Dos vidas, pero una sola muerte», me había dicho ella... Durante unos instantes la cabeza me dio vueltas como consecuencia del horror que sentía; desde luego, estaba perdiendo la serenidad. La voz de O'Brien interrumpió aquella pesadilla que parecía decirme: «Puede que ése sea tu destino».

Los nervios me hicieron soltar una carcajada. Por un momento no pude detenerme.

—No voy a matarle —grité.

—¿Irá usted a México? —respondió él, asombrosamente.

Sonaba a broma y él estaba muy serio.

—Debo enviar allí una de mis goletas para un asunto personal. Puedo valerme de usted. Le daré esa oportunidad.

Fue como si me hubiese arrojado encima un cubo de agua fría. Sentí un escalofrío por dentro y me quedé completamente helado. Ahora le tocaba a él dejarse llevar.

El asunto consistía en entregar ciertos papeles al comandante español de Timalipas. Como yo era pariente de los Riego, me encontrarían algún empleo en las tropas reales. Un extraño ardor se apoderó de su voz, una extraordinaria vehemencia. Se alejó de la mesa, regresó y me miró a la cara de una manera expectante, notoria. No le impulsaba ningún tipo de afecto por mí, dijo, y tenía una risa inquietante.

Recuperé por completo el juicio; y como él repetía «ningún tipo de afecto por usted... ninguno», intuí que lo que le había impulsado era su amor por Serafina. Lo comprendí. Lo leí en su rostro. Sus ojos seguían brillando jovialmente. No otorgaba ninguna importancia a ese asunto entre menores; ninguna en absoluto... ¡bah! Ella era joven, naturalmente, y afectuosa, y muy amable. No podía crérmelo. ¡Ja, ja! Un hombre de su edad, desde luego, lo comprendía... No tenía la menor importancia.

Se alejó de la mesa, tratando de chasquear los dedos, y de pronto titubeó; titubeó como si le hubiera superado el veneno de los celos... como si una idea súbita le hubiese atravesado el corazón. Llegó un momento en que la vista de aquel hombre me conmovió más de lo que nunca, ni antes (eso fue fácil) ni después, me había sucedido ante el espectáculo de los sufrimientos de la pasión. Él tenía muchas ganas de matarme... ese deseo flotaba en la habitación; pero amaba demasiado a la chica para atreverse a hacerlo. Se rió de mí desde el otro extremo de la mesa. Yo había interpretado mal la amabilidad muy natural y característica de una joven que casi no tenía ninguna experiencia de la vida. Él la había conocido desde su más tierna infancia.

—Puede usted creerme —balbuceó.

Me pareció ver lágrimas en sus ojos. Una sonrisa envarada distendía sus labios. Cogió la pistola y, como ignoraba evidentemente su manejo, miró con curiosidad el interior del cañón.

Iba siendo hora de pensar en abrirme camino. Era en eso en lo que debía estar pensando a mi edad... «A su edad... a su edad», repetía él sin ton ni son. Yo era inglés y él me odiaba... eso era fácil de ver aunque no me mirase airadamente ni me hiciese muecas. Sólo sonreía. Sonreía continuamente, y bastante despectivamente. Pero su afecto por una... una... persona que... Su afecto era demasiado grande para superar incluso eso, incluso eso. ¿Podía yo entenderlo? Debía yo su indulgencia al aprecio que me tenía la joven, que por lo demás yo había despreciado... despreciado estúpidamente.

—Bueno, a su edad es disculpable —masculló él—. Una carrera que...

—Ya veo —dije lentamente.

A pesar de mi juventud, me resultaba imposible equivocarme con respecto a sus móviles. Sólo un hombre en su madurez y poseído realmente por una gran pasión... por una pasión que había aumentado poco a poco hasta llenar completamente su alma... podía haber actuado así... con esa profunda simplicidad, con tal resignación, con tan terrible moderación. Pero yo quería averiguar más.

—Y ¿cuándo quiere usted que me vaya? —le pregunté, con un disimulo del que no me habría imaginado ser capaz un momento antes.

El fuego del amor, del peligro, me estaba haciendo madurar; y también la lívida luz de la vida que se filtraba a través de mi inocencia juvenil.

—¡Ah! —dijo él, golpeando precipitadamente la mesa con la pistola—. Inmediatamente. Esta noche. Ahora.

—¿Sin ver a nadie?

—Sin ver... Oh, es por su propio interés, desde luego.

Se calló momentáneamente.

—Creí que usted parecía bastante inteligente —dijo, aparentando de pronto estar muy cansado—. Me alegro que comprenda usted su situación. Siendo como es inglés, llegará usted muy lejos al servicio del Rey, a fe de Pat O'Brien. Yo haré mi propio negocio en nombre de... la familia Riego. Sólo pongo una pequeña condición.

Sacó del bolsillo un trozo de papel, una pluma y un tintero portátil. Parecía el retrato viviente del que aboga por la vida; un abogado de familia español injertado en un fiscal irlandés.

—No podrá usted ver a nadie. Pero deberá escribir. Doña Serafina, naturalmente, se interesará por su primo y... yo se lo explicaré a don Baltasar, desde luego... Voy a dictarle: «En consideración a mi futuro y a mi deseo de llevar una vida activa, acepto de buen grado y ansiosamente la proposición del señor O'Brien». Ella comprenderá.

—¡Oh!, sí, ella comprenderá —dije yo.

—Sí. Y usted le escribirá cuando llegue sano y salvo a Timaulipas. Debe prometerme que escribirá. Su palabra... —¡Cielos, señor O'Brien! —estallé yo con indecible desdén—. Imaginaba que su intención era que sus bribones me cortasen el cuello durante la travesía. No me habría merecido un destino mejor.

Se sobresaltó. Y yo me estremecí de rabia. En cada uno de nosotros se había producido un repentino cambio, como si un ruido violento nos hubiese despertado. Durante unos instantes no dijimos ni una sola palabra. Le bastó con mirarme. Se pasó la mano por la frente.

—¿Qué diablos le pasa, muchacho? —dijo—. Me parece que no hago más que meter la pata.

Se dirigió hacia la ventana-tronera y, sacando la cabeza, gritó:

—La goleta no zarpa esta noche.

Algunos de sus esbirros estaban apostados bajo la ventana. No pude entender la respuesta que obtuvo; pero, al cabo de un rato, dijo lo suficientemente claro como para que le oyesen abajo:

—Les entrego a este espía.

Luego regresó junto a mí, se metió la pistola en el bolsillo y me dijo:

—Idiota. Haré que todavía desee usted ardientemente la muerte.

—Se ha traicionado usted demasiado pronto —dije yo—. Algún día lo desenmascararé. Será mi venganza por haberse atrevido a proponerme...

—¿Qué? —me interrumpió él—. ¿Usted? No, usted no hará eso... y le diré por qué. Porque los muertos no andan contando chismes.

Franqueó la puerta. Lo veía de espaldas: un atildado y arrogante jurista español, todo vestido de negro. Con paso tranquilo se alejó por la galería. Dobló la esquina. Los ruidos de sus pisadas resonaron en el patio, cuyas tinieblas dejaban filtrar los primeros fulgores del alba.

CAPÍTULO V

Todavía me veo paseando por la habitación y pensando para mí: «Esto va mal, muy mal. ¿Qué voy a hacer ahora?». Insensata meditación que, en su incoherencia, llegó a ser tan tensa como para asustarme realmente. Entonces se me ocurrió que, por el momento, no podía hacer absolutamente nada y este sentimiento de impotencia, que podría pensarse que iba a volverme loco, me apaciguó. Finalmente me dormí, exactamente como se duerme un condenado a muerte, adormecido por la horrorosa certidumbre de lo irrevocable de su destino. Cuando me desperté ese sentimiento subsistía todavía, en cierta manera. Me lavé, me vestí, paseé, comí, y le dije «Buenos días, César» al viejo mayordomo que encontré en la galería; intercambié muecas en el portal con los sirvientes negros y observé cómo se internaban en el mar, con gran chapoteo de agua y ruido de voces, las mulas que otros chicos negros, casi desnudos, montaban a pelo. También había en la playa un grupo de hombres, sin lugar a dudas lugareños, vigilando las mulas e intercambiando con los negros divertidos gritos en voz alta. Río Medio, la ciudad muerta, abandonada y profanada, yacía sobre la arena desnuda como un esqueleto. La arena era amarilla, la bahía muy azul, las colinas boscosas muy verdes. Después de hacer volver tumultuosamente las mulas a sus establos, mojadas y dando saltos, sacudiendo sus largas orejas, la vida entera del país pareció refugiarse en aquel pintoresco colorido. Mientras los contemplaba desde el balcón que había encima del portón, el pequeño grupo de lugareños se volvió a mirar Casa Riego. Sin duda me reconocieron y uno de ellos esgrimió amenazadoramente un arma que sacó de debajo del capote. Retrocedí al interior.

Esa fue la única señal inquietante, absolutamente la única, que destacó aquel día. Fue un día de descanso. Serafina no abandonó sus aposentos; don Baltasar no se dejó ver; el padre Antonio, que se apresuraba a ir a la habitación del enfermo, me saludó con un simple movimiento de la mano. No me dejaron entrar a ver a Carlos; la monja vino a la puerta, me hizo una seña con la cabeza y la cerró amablemente en mis narices. Sentado en el suelo no muy lejos, Castro parecía ignorar mi presencia de una manera tan acusada que me incitó a no hacerle el menor caso. De vez en cuando la silueta de una doncella, con ropa blanca y enaguas de color, revoloteaba en la galería de arriba, y en una ocasión creí ver la figura negra y tiesa de la dueña desapareciendo por detrás de un pilar.

El señor O'Brien, según me había dicho en voz baja el viejo César sin mirarme, estaba sumamente ocupado en la Cancillería. Allí era donde le servían su refrigerio al mediodía. Yo me comí el mío completamente solo y luego la soleada y calurosa quietud de la siesta cayó sobre la severidad castellana de la Casa.

Me sumí en una especie de sopor confiando en la intervención de la casualidad. Algo ocurriría. Ignoraba cuán pronto y de qué manera tan atroz iba a estar justificada esta impresión. Ejercité todo mi ingenio en el más acreditado estilo amoroso... concibiendo los medios de sostener una conversación en secreto con Serafina. Las condenadas doncellas huyeron ridículamente nada más aparecer yo, como si tuviese la peste. Me estaba preguntando si no debería ir sencillamente a golpear a su puerta con audacia, cuando creí oír que alguien arañaba la mía. Era un ruido furtivo, perfectamente capaz de despertar mis dormidas emociones.

Fui hasta la puerta y escuché. Luego, entreabriéndola sólo un poco, no vi más que el vacío inexplicable de la galería. Un murmullo a mis pies me sobresaltó: era Castro, a gatas.

—Échese a un lado, señor.

Entró en mi habitación, todavía a cuatro patas, y esperó a que yo hubiese cerrado la puerta para ponerse de pie.

—Incluso él tiene que dormir a veces —dijo—. Por lo demás, la balaustrada me ha ocultado.

Ver cómo se arrastraba de esa manera al interior de mi cámara aquel taciturno bandido, que por lo general acechaba con tanta arrogancia que la Casa entera parecía pertenecerle por derecho de vasallaje, me asustó indeciblemente. Sacudió los faldones de su capote y dejó caer al suelo su sombrero.

—Sin embargo, es mejor así. Ni siquiera las mujeres de la Casa están a salvo —dijo—. Señor, no tengo intención de ser entregado a los ingleses para ser ahorcado. Pero no me han dejado ver a don Carlos y por consiguiente debo darle a usted mi informe. Son órdenes de don Carlos: «Cuando yo esté muerto, Castro, sírvele como si mi alma hubiese pasado a su cuerpo».

Asintió con la cabeza tristemente.

—¡Sí! Mas don Carlos es amigo mío y suyo... de usted.

Meneó la cabeza y me alejó de la puerta.

—Dos lugareños —dijo—, Manuel y otro, se fueron la noche pasada, imagino que enviados por el fraile, en busca del juez a la breña que hay a las afueras de Río Medio.

Como yo ya había adivinado eso, le conté el comportamiento de Manuel bajo mi ventana. ¿Cómo conocían ellos mi cámara?

—Malo, malo —murmuró Castro—. La Chica sin duda se lo contó a su amante.

Silbó y golpeó el suelo con un pie.

Ella era linda, aunque casquivana. Su amante era un muchacho un poco bobo, hijo de buenos cristianos, que andaba siempre rondando por las aldeas más humildes. No importaba.

Lo que él no podía comprender era por qué se mantuvieron preparados algunos barcos casi hasta la mañana para remolcar al exterior a la goleta. Manuel vino también

al amanecer y despidió a las tripulaciones, que se separaron originando un gran alboroto en la playa y gritando: «Muerte a los ingleses».

Le aclaré ese punto. El me dijo que esa mañana O'Brien había hecho llamar a la dueña a su habitación. Nada se había oído desde fuera, pero la mujer salió tambaleante, apoyándose en la pared con las manos. Él la había aterrorizado. Dios sabe lo que le habría dicho. La viuda —como la llamó Castro— tenía un hijo, escribano de uno de los tribunales de justicia. Sin duda era eso.

—Eso es, señor —murmuró Castro, frunciendo el ceño a todo, como si las paredes de la habitación fuesen enemigos—. Tiene a todo el mundo en sus manos de una manera u otra. Debo ser precavido, ¡aunque soy un humilde amigo de confianza de la Casa!

—¿Qué daño puede hacerle él? —pregunté yo.

—Siempre es cortés conmigo. Amigo Castro por aquí, amigo Castro por allá. ¡Bah! ¡Sólo el diablo es amigo suyo! Si quisiera, podría entregarme a la justicia y condenarme a muerte con falsos juramentos. Podría... ¿Quién sabe? ¿Qué necesidad tenía él de preocuparse de lo que hacía... un hombre que podía lograr cuando quisiera la absolución del arzobispo en persona?

Meditó.

—¡No! Sólo hay un remedio para él —me dijo al oído, poniéndose de puntillas—. ¡El cuchillo!

Hizo un movimiento en el aire con la hoja de su cuchillo y me acordé vivamente de la cucaracha que había empalado con tanta precisión a bordo del Thames. Su funesta mirada me recordó sus cabriolas asesinas en el entrepuente, cuando pensaba que el único remedio para mí era el cuchillo.

Fue hasta la tronera y con aire meditabundo afiló el acero en la piedra del antepecho. Yo no me moví.

—El cuchillo. Pero ¿qué es lo que quiere usted? Antes, cuando le hablaba de eso a don Carlos, él no hacía más que reírse y burlarse de mí. Así actuaba en los asuntos de importancia. Ahora no quieren dejarme entrar a verlo. Él se encuentra demasiado cerca de Dios... y la Señorita... caramba, con toda su gran nobleza de espíritu, ella está demasiado cerca de los santos. Mas, ¡qué diablos!, cuando, en mi devoción, decidí dirigirle la palabra a ella, vi algo de ese espíritu en sus ojos...

Había una ligera ironía en su voz.

—¡No! Que no me digan a mí... ¡Castro!, que una señora inglesa va a echarme de su presencia por semejante insinuación. «Que su Excelencia —le dije— se digne entonces aceptar que yo me abstenga de ofender a ese hombre. No es mi deseo meter el cuello en el collar de hierro».

Me miró fijamente a los ojos, como si esperase que le hiciera una seña, y luego se encogió de hombros.

—Bueno ¿Lo ve usted? Mírelo usted por sí mismo, señor. Usted es para mí como don Carlos... en todo salvo en el amor. No hay un solo cuerpo inglés lo bastante grande para albergar su alma. No quedará ningún amigo capaz de arriesgar su honor de gentilhombre por un hombre como Tomás Castro. Permítame que le dé un consejo: no abandone la Casa, aun cuando al otro lado de la verja un ángel de luz le llame por su nombre. La verja la atrancan noche y día. Le tiré una indirecta a César: ese viejo africano sabe mucho más de lo que el señor podría suponer. No puedo decir cuándo podré tener la oportunidad de volver a hablar con usted.

Atisbo por la abertura de la puerta, luego se escabulló, poniéndose de pronto a cuatro patas, para que la balaustrada de piedra le ocultase de cualquiera que pasara por el patio. El tampoco creía que estaba a salvo. A primeras horas de la tarde bajé al patio; el padre Antonio, que se paseaba de acá para allá sin apartar los ojos del breviario, me murmuró: «Siéntese en esa silla», y se alejó sin detenerse.

Cogí una silla cerca del reborde de mármol de la fuente, rodeada de arriates de flores inglesas, salpicadas por el chorro de agua. Los peces de colores, que yacían inmóviles apuntando con sus cabezas en direcciones diferentes, se deslizaron en grupo hacia el lugar donde se proyectaba mi sombra, esperando que les echase migas de pan.

El padre Antonio, con la cabeza baja y el breviario abierto delante de sus narices, al pasar junto a mí me rozó el pie con el borde de su sotana.

—¿Tiene usted algún plan?

Cuando regresó, caminando muy despacio, le dije:

—Ninguno.

La siguiente vez que volvió a mi lado declaré rápidamente:

—Me gustaría ver a Carlos.

Miró por encima del canto del libro con el ceño fruncido.

Comprendí que se negaba a dejarme entrar. Después de todo, ¿por qué iba yo a molestar a aquel hombre moribundo? Según las últimas noticias parecía que ese día se sentía mejor. Pero se preparaba para la Eternidad. El deber del padre Antonio era salvar almas. Me sentía terriblemente abrumado y solo. El sacerdote me preguntó, sin mover apenas los labios:

—¿Qué intenta usted?

Tuve tiempo de meditar mi respuesta.

—Decirle a Carlos que pienso huir por mar.

Hizo un ligero gesto de asentimiento, se volvió hacia la escalera y regresó a la habitación del enfermo.

«¡Qué tontería!», pensé. ¿Cómo podía pensar en hacer algo semejante? Escapar ¿adonde? Ni siquiera me atrevía a dejarme ver fuera de la Casa. Dentro de ella mi seguridad dependía del viejo César más que de ningún otro. Él tenía la llave de la

verja y ésta era prácticamente lo único que me separaba de una miserable muerte a manos del primer rufián que encontrase fuera. Y con esa idea creí ahogarme en aquel patio a cielo abierto.

Esa verja parecía privarme del aliento vital. Me encontraba allí atrapado. ¿Debería tratar —me preguntaba yo— de informar a don Baltasar? ¿Por qué no? Él me comprendería. Le diría que en su propia ciudad —así llamaba siempre a Río Medio— el asesinato acechaba a su invitado. Eso lo conmovería, si es que algo podía hacerlo.

Ahora estaba paseando con O'Brien después del almuerzo, como había paseado conmigo el día de mi llegada. Únicamente Serafina no se había dejado ver y los tres hombres habían comido solos en silencio.

Se detuvieron al acercarme yo, y don Baltasar me escuchó favorablemente.

—¡Ah, sí, sí! Los tiempos han cambiado.

Pero no había razón para alarmarse. Sin duda había algunas personas indeseables. ¿No habían llegado recientemente? Se volvió hacia O'Brien, que estaba dispuesto a reanudar su paseo, quien le contestó prosaicamente:

—Sí, muy indeseables; y llegaron muy recientemente.

Su Excelencia don Patricio tomaría medidas para quitarlos de en medio, me dijo el viejo para calmarme. Pero realmente no era peligroso para nadie salir. Se dirigió de nuevo a O'Brien, que reía amablemente, como diciendo: «¡Qué absurdo!». No debería olvidar, continuó el viejo, la veneración que todos sentían por el apellido Riego, que, gracias al Cielo, sobrevivía todavía en estos tiempos descreídos y revolucionarios en la propia ciudad de sus antepasados.

Enderezó su espalda un poco, mirándome con dignidad, y luego echó un vistazo al otro, que inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Por un momento me horrorizó lo absolutamente desesperado de mi situación. El viejo no había traspasado aquella puerta durante años, ni siquiera para ir a la iglesia. El padre Antonio decía misa para él todos los días en la pequeña capilla próxima al comedor. Cuando O'Brien —para llevar a cabo sus planes secretos y ocultar mejor sus relaciones con los piratas de Río Medio— le había persuadido para que fuera a Jamaica oficialmente, le habían conducido con gran pompa en un bote de remos hasta el barco que le esperaba mar adentro. Desde hacía muchos años había sido imposible abrirle los ojos sobre el verdadero estado de las cosas. Escuchaba hablar a la gente como quien escucha el balbuceo de un niño. Ya he contado cómo recibió las denuncias de Carlos. Si alguien le insistía, se erguía disgustado. Pero pese a su decadencia había conservado una gran dignidad, una grave firmeza que me intimidaba un poco.

Naturalmente, no insistí aquella tarde y, tras despedirme con un gesto de bendición, él reanudó su absorbente conversación con O'Brien. Tenía que ver con los oficios conmemorativos de la muerte de su esposa, esos oficios que, una vez cada doce meses, cubrían de colgaduras negras todas las iglesias de La Habana. Ese día

tenían que decirse cien misas por lo menos y había que distribuir limosnas. O'Brien se encargaba de todo y, mientras recorría el patio de arriba abajo, capté fragmentos de frases, que pasaron sigilosamente a mi lado, relacionadas con esta lúgubre ceremonia en la que toda la capital era invitada a rezar por el alma de la ilustre dama. El párroco de la iglesia de San Antonio decía esto y lo otro; el gran vicario de la diócesis había creado algunas dificultades; por gracia especial del arzobispo, se engalanaban en la catedral no menos de tres altares.

Vi sonreír a don Baltasar con inefable satisfacción; agradecía a O'Brien su celo y parecía apoyarse en su brazo con más familiaridad. Su voz temblaba de impaciencia.

—Y ahora, mi excelente don Patricio, en cuanto al número de cirios...

Permanecí un rato en el mismo sitio como paralizado, abrumado por mi insignificancia. O'Brien no volvió a mirarme ni una sola vez. Luego, con la cabeza baja, subí despacio la escalera blanca que conducía a mi habitación.

Mientras hacía la ronda por la galería, César arrastraba las piernas, elegantemente enfundadas en seda, entre dos jóvenes negros que balanceaban faroles colgados del asta de sus alabardas. Este pequeño grupo ofrecía aun aspecto medieval y extravagante. César llevaba en una mano un manojo de llaves y el bastón de mando en la otra. Se echó a un lado e inclinó su encrespada cabeza gris: con su traje de terciopelo marrón con galones dorados y el tricornio bajo el brazo parecía el más venerable y respetuoso de los mayordomos. Apoyándose en la pared, sus acompañantes descansaron las alabardas en el suelo al aproximarme yo.

César apretó el paso para interceptarme y, con gran discreción, me dijo en voz baja:

—Señor, sólo una palabra. Hace un momento me han llamado a los aposentos de nuestra Señorita. Ella me ha entregado esto para su Señoría, al mismo tiempo que sus saludos. Es un sello. El señor comprenderá.

Lo cogí: era un sello minúsculo que llevaba grabado el monograma de ella.

—Sí —dije.

—La señorita doña Serafina me ha encargado que le repita —hizo un gesto furtivo como para conjurar un mal de ojo— estas palabras: «Dos vidas... una sola muerte». El señor lo entenderá.

—Sí —dije yo, apartando la mirada con una punzada en el corazón.

Me tocó el codo.

—Confíe en César, señor, yo la mimaba cuando era tan sólo una niña. Permítame su Señoría recomendarle sinceramente que no se acerque a las ventanas, sobre todo si hay luz en la habitación de su Señoría. Hombres perversos vigilan la casa; yo mismo he visto el destello de un mosquete al final de la calle. Además, la luna crece rápidamente. La Señorita le suplica que confíe en César.

—¿Cuántos hombres son? —pregunté yo.

—No parecen muchos; yo no he visto más que uno. Pero, por señales manifiestas para un hombre de mi experiencia, sospecho que hay muchos más en los alrededores.

Luego, como yo miraba al suelo, añadió entre paréntesis:

—Son malos tiradores, absolutamente todos; les falta la firmeza viril necesaria para disparar una pieza con buena puntería. Sin embargo, señor, se me ha ordenado rogarle que sea prudente. Es extraño, hay un gran jolgorio esta noche en la Aldea Bajo: podría creerse que acaban de visitar un barco inglés en alta mar.

¡Un barco!, ¡un barco!, ¡el que sea! Pero ¿cómo salir de la Casa?

La amenaza de asesinato me impedía incluso mirar por la ventana. ¿Había realmente un barco en alta mar? César estaba seguro de que no... por lo menos desde mi llegada. Además, aquel mar desierto parecía inaccesible.

Me llevé el sello a los labios.

—Dígale a la Señorita cómo he acogido su regalo —dije yo; y el anciano negro inclinó todavía más la cabeza—. Dígale que todas las palabras que pronunció se han grabado en mi corazón, lo mismo que las letras de su nombre están grabadas en el sello.

Se marcharon afanosamente, los faroles colgando de las moharras de las alabardas y el bastón de César golpeando las piedras.

Cerré mi puerta y escondí el rostro en las almohadas de la lujosa cama. Mi angustia mental me superaba; sólo la acción podía librarme de ella. Me debatía contra mis pensamientos como un hombre en lucha con las sombras. Como no lograba ver ninguna salida a esa lucha, recé al Cielo para poder enfrentarme con algo tangible... algo que se pudiera superar o ante lo que sucumbir. Sin duda debí quedarme dormido, porque frente a mí había un león. Agitaba el rabo y, más allá del confuso nerviosismo de la bestia, vi a Serafina. Intenté llamarla a gritos: ningún sonido salió de mi garganta. Y el león producía un extraño ruido: abría las fauces como una puerta. Me incorporé.

Fue como cambiar de sueño. Una luz deslumbrante inundó mis ojos. En la amplia entrada a mi habitación, en medio de un numeroso séquito, vi una figura con una capa corta de color negro, el sombrero calado y un brazo extendido. Era don Baltasar. Nunca le había visto antes tan erguido. Detrás de él se oían llantos contenidos y un vasto y confuso rumor de lamentaciones, de pasos precipitados y de puertas cerradas de golpe. Su voz mordaz, envejecida, más firme y muy clara, me hablaba.

—Ha sido usted convocado... como pariente y como amigo... a la cabecera de don Carlos Riego para atenderlo a la hora de su muerte, para ayudar con sus oraciones a su alma, que se debate en el umbral de la Eternidad.

Una gran corriente de aire hizo oscilar las luces alrededor de aquella elegante figura negra. Todas las ventanas y puertas del palacio habían sido abiertas de golpe

para facilitar la partida de aquella alma en lucha. Don Baltasar regresó; enseguida, su séquito se fue por la galería, con gran ruido de pasos y zarandeo de luces.

Salí corriendo tras ellos. Un vacilante resplandor venía de la bóveda y, a través de la puerta abierta, vi el contorno voluminoso de la carroza del obispo, que esperaba fuera en el claro de luna. Una tira de tela caía de peldaño en peldaño por el centro de los amplios escalones blancos. La escalera estaba brillantemente iluminada, y completamente vacía. La gente de la casa atestaba las galerías superiores; los murmullos de sus voces sollozantes caían en el patio desierto. La tira de tela carmesí puesta por el obispo lo cruzaba desde la bóveda de la escalera hasta la entrada.

La puerta de la habitación de Carlos estaba abierta de par en par: a través de ella pude ver numerosos cirios sobre una mesa, cubierta de ropa blanca, el costado de la enorme cama y varias figuras con sobrepelliz moviéndose por la habitación. Se oía el tañido de campanillas y los suspiros y gemidos de varias personas arrodilladas en la galería, entre las cuales me abrí paso poco a poco.

De pronto apareció a mi lado Castro.

—Señor —comenzó a decir con lúgubre estoicismo—, ha muerto. He visto campos de batalla...

Su voz se quebró.

A través del amplio portal de la cámara mortuoria, vi a varias personas: don Baltasar y Serafina de pie ante la cama, dos sacerdotes con las cabezas inclinadas, un anciano diminuto con sus vestiduras sacerdotales de obispo, y el padre Antonio, fornido e inmóvil, con la mano en la barbilla, como si la hubiese dejado allí después de haber conducido a aquel alma a las puertas mismas de la Eternidad. Alrededor de mí, se santiguaban hombres y mujeres, y Castro, que por un momento se había tapado los ojos con la mano, me dio en el codo.

—Usted está vivo todavía —dijo, con sombrío énfasis, añadiendo luego a modo de advertencia—. Pero ahora corre un gran peligro.

Miré en torno como si esperase ver un cuchillo alzándose contra mí. Sólo vi a un grupo de gente arrodillada, los criados negros y las mujeres, que se levantaba. Abajo, el patio estaba vacío.

—La casa está indefensa —continuó Castro.

En ese momento oímos un tumulto de voces en el porche.

O'Brien apareció en la puerta de la habitación de Carlos, con una expresión de preocupación y consternación en el rostro. No pienso realmente que tuviera nada que ver con lo que entonces sucedió. Su intención era haberme matado fuera de allí; pero el populacho, excitado por los discursos incendiarios de Manuel, había salido aquella noche de las aldeas de abajo con la intención de pedir mi vida a grandes voces. La mayoría de sus mujeres iban con ellos. Algunos lugareños llevaban antorchas, otros picas; no obstante, la mayor parte de ellos no llevaba más que sus largos cuchillos.

Venían por la playa en desordenado y ruidoso tropel, con la intención no de atacar sino de hacer una simple demostración.

Ver la puerta abierta les llenó de estupor. La carroza del obispo bloqueaba la entrada y durante unos instantes vacilaron, atemorizados por el misterio que planeaba sobre la casa y por los ritos que allí se celebraban. Después, dos o tres de los más intrépidos se acercaron sigilosamente. La gente del obispo, por supuesto, no pensaba ofrecerles resistencia. La indefensión de la casa frenó a la multitud durante algún tiempo. Algunos hombres penetraron al interior. Varias mujeres empezaron a gritarles que sacaran al inglés. Entonces los hombres, animándose mutuamente en su audacia, se adentraron un poco más en la bóveda.

Un negro solitario, el único que hacía guardia ante la puerta, les gritó:

—¡Arrea! Retrocedan.

El grito no surtió efecto. Algunos más se apiñaron en el interior, aunque, por supuesto, la mayor parte de esa chusma se quedó fuera. El negro puso los ojos en blanco. No podía detenerlos; pues, aunque no quería abandonar su puesto, no se atrevía a disparar.

—Retrocedan, retrocedan —repetía.

—Sin el inglés, no —contestaban ellos.

El tumulto que habíamos oído se elevó cuando, de pronto, los lugareños cayeron sobre el centinela y le arrancaron su mosquete.

Una vez desarmado, el hombre huyó. Le vi corriendo por el patio siguiendo el sendero carmesí hasta el pie de la escalera. Sus gritos de «¡Que lleguen los lugareños!» rompieron el silencio del duelo. El padre Antonio hizo un movimiento brusco y Serafina me lanzó una mirada asustada.

El patio, con su claustro y su fuente de mármol con el surtidor de agua en el centro, permaneció vacío un momento, después que el negro lo hubiese cruzado corriendo; luego, un clamor creciente lo atravesó. En medio de él oí la voz de O'Brien que decía:

—¿Por qué no cierran la puerta?

Inmediatamente después, una mujer lanzó un grito de sorpresa en la galería y vi que los lugareños entraban a raudales en el patio.

Durante un rato el abigarrado grupo de bandidos se quedó de pie junto a la luz, como intimidados por la majestuosidad de aquel lugar, por el misterioso prestigio de la Casa, cuyo interior ninguno de ellos había visto antes probablemente.

Miraron a su alrededor en silencio, como sorprendidos de encontrarse allí.

Parecía que iban a retirarse cuando de pronto me vieron. Inmediatamente se elevó un murmullo: «¡El inglés!». Para entonces los sirvientes negros habían ocupado la escalera con las armas que habían podido encontrar arriba.

El padre Antonio echó a O'Brien de la habitación a empujones y agitó los brazos por encima de la balaustrada.

—Hombres impíos —gritó—, fuera de esta casa luctuosa.

Sus ojos llamearon mientras los rufianes le miraban estúpidamente desde abajo.

—Denos al inglés —gruñeron.

Serafina gritó desde dentro: «Juan». Yo estaba entonces cerca de la puerta, pero fuera de la habitación.

—¡El inglés! ¡El hereje! ¡El traidor!

Un murmullo apagado y sombrío subió hacia mí. Una voz ronca e inconsiderada gritó:

—¡Si nos lo da, nos iremos!

—¡Está poniendo usted en peligro las vidas de todos los residentes en esta casa! —me siseó O'Brien—. Señorita, se lo ruego.

Y cerró el paso a Serafina, que pretendía salir.

—¡Usted es el culpable! —gritó ella—. ¡Usted! ¡Su voz, su mano y su infamia!

La vehemencia de la joven lo desconcertó.

—¿Quién le trajo aquí? —balbuceó él—. ¿He de encontrarme siempre en mi camino con alguien de esa condenada prole? Pongo a él por testigo de que por usted...

Un formidable rugido llenó el patio.

—¡Arrójenos al inglés!

Abajo estaban recuperando la confianza y los feroces clamores de la muchedumbre que se agolpaba en el exterior llegaban debilitados a nuestros oídos.

O'Brien interceptaba el paso. Don Baltasar se apoyaba en el brazo de su hija: ella, muy derecha, con lágrimas en el rostro todavía e indignación en los ojos; él, inclinado, con sus hermosos rasgos inmutables ya por la placidez de la edad. Detrás de ese grupo había dos sacerdotes, uno completamente pálido por el miedo, otro, con el ceño fruncido y un aspecto exaltado y fanático. La luz de los cirios del improvisado altar caía sobre la cabecita calva del obispo, que emergía lánguida y resignada de su amplia capa pluvial, como si el prelado hubiese estado encerrado en un relicario de oro portátil. Se disponía a irse.

Don Baltasar, que parecía no haber oído nada, dejó de pronto a su hija, como si se diera cuenta de su deber, y dijo entre dientes a O'Brien:

—Déjeme que preceda al obispo.

Luego salió a la galería con la cabeza descubierta. El padre Antonio había vuelto y su mano gruesa cayó sobre la espalda de O'Brien.

—¿No tiene usted corazón, ni respeto, ni decoro? —dijo—. En nombre de todo lo que usted respeta, le pido que detenga esta sublevación sacrílega.

O'Brien se libró de la mano del sacerdote y clavó sus ojos en Serafina. Dio la casualidad que yo estaba mirándole a la cara: parecía estar a punto de perder el juicio.

Sus celos, el atroz tormento de su alma y de su cuerpo, lo habían dejado inmóvil y sin habla.

Viendo aparecer a don Baltasar por la balaustrada, los rufianes de abajo se quedaron callados un rato. Se oyó claramente su voz mecánica y avejentada, preguntando:

—¿Qué quiere toda esta gente?

Serafina dijo en voz alta desde el interior de la habitación:

—Reclaman la vida de nuestro invitado —y mirando a O’Brien con desprecio añadió—: hacen eso para complacerle a usted.

—Pongo a Dios por testigo que yo nada tengo que ver con este asunto.

Era bastante cierto, él no tenía nada que ver con la sublevación; y creo que se habría entrometido, pero, en su consternación por haberse perdido a los ojos de Serafina, en su rabia contra sí mismo, no sabía cómo actuar. Sin duda se había engañado a sí mismo en cuanto a su posición exacta ante Serafina. Era un hombre que vivía de ilusiones y estaba dispuesto a confiar plenamente en sus deseos. Su ansia de venganza contra mí, la pérdida de sus esperanzas (ya no podía seguir engañándose a sí mismo), el esfuerzo desesperado de su pensamiento por recuperarlas, su propensión a hacer lo imposible... todas estas emociones paralizaban su voluntad.

Don Baltasar me hizo una seña.

—No se acerque a él —dijo O’Brien entre dientes con voz poco clara—. Voy a... Debo...

Me aparté de él. Don Baltasar me tocó en el brazo.

—El populacho está mal aconsejado —susurró—. Recientemente me han causado bastantes problemas. Pero esta infame locura es increíble. Les exhortaré a que recobren el juicio. Mi voz...

El patio estaba bastante iluminado, de modo que podía ver los rostros bronceados y barbudos de los frenéticos lugareños mirando hacia arriba. Ambos estábamos expuestos también a la luz plena que nos llegaba del portal y de las antorchas que ardían en la galería.

Esa mañana, en mi impotencia, había llegado a confiar en el azar... en algún accidente fortuito... cuya naturaleza ignoraba... quizá mi propia muerte... que me proporcionaría una solución con que resolver mis responsabilidades y pondría fin a mis atormentados pensamientos. Y he aquí que el accidente se produjo con tan atroz rapidez que todavía hoy me estremezco.

Estábamos mirando al patio desde arriba. Don Baltasar acababa de decir: «En ninguna parte estará usted tan seguro como a mi lado», cuando reparé en un lugareño que se apartaba de la multitud que rodeaba la fuente. Su rostro me resultaba familiar. Era el pirata de la nariz rota que ya había probado mi puño. Llevaba a la espalda el mosquete del centinela y se escabullía hacia la puerta.

Don Baltasar sacó la mano por encima de la balaustrada y abajo se produjo una retirada general. Me preguntaba por qué no cargaban los esclavos que había en las escaleras y despejaban el patio; pero supongo que, con semejante chusma fuera, hubo una natural vacilación para encontrar una salida a aquella situación. Los lugareños murmuraron:

—¡Mirad al inglés!

Después gritaron todos juntos:

—¡Excelencia, entréguenos a ese inglés!

Don Baltasar pareció rejuvenecer de pronto unos diez años. Nunca lo había visto tan impresionantemente erguido.

—¡Insensatos! —empezó a decir, sin el menor rencor.

—¡Va a disparar! —gritó Castro desde algún lugar de la galería.

Vi un fogonazo rojo desde la sombra de la puerta. El pirata de la nariz rota me había disparado. La detonación, amortiguada por la bóveda, apenas llegó a mis oídos. El brazo de don Baltasar casi me hizo bascular para atrás. Entonces sentí que se apoyaba en mi espalda. No supe lo que había pasado hasta que le oí decir:

—Recen por mí, caballeros.

El padre Antonio lo acogió en sus brazos.

Un segundo después del disparo, reinaba en el patio el más absoluto silencio. Lo rompió un aullido de terror abajo y la voz de Serafina gritando desgarradoramente:

—¡Padre!

Caído de rodillas, el sacerdote sostuvo la cabeza plateada, cuyos delgados rasgos mostraban ya la calma de la muerte. Don Baltasar me había salvado la vida; y su hija se abalanzaba sobre su cadáver. O'Brien se apretó las sienes con las manos sin hacer un solo movimiento.

Vi al obispo, con su ceremoniosa capa pluvial, acercarse sigilosamente al grupo, moviéndose como una tortuga. Y por un momento no se oyó en toda la casa más ruido que su voz temblorosa pronunciando la absolución.

Más tarde, estalló abajo un ruido más diabólico. Los negros habían cargado y los lugareños, sobrecogidos de terror por la imprevista catástrofe, se abalanzaban atropelladamente hacia la puerta. El griterío de las doncellas era espantoso. Corrían de un extremo al otro de la galería, con las cabelleras ondeando al viento. O'Brien pasó a mi lado velozmente, murmurando como un loco.

Yo también bajé al patio, a tiempo para asestar con fuerza algunos golpes bajo el porche; pero alguien, no sé quién, me había puesto en las manos un mosquete, que utilicé como un garrote. El repentino estallido de unos gritos, los alaridos de terror bajo el porche, los rugidos de rabia y consternación, silenciaron a la chusma que se apiñaba en el exterior. Los lugareños, horrorizados por lo que había pasado, gritaron más lastimeramente. Chillaron cual sabandijas, que es lo que eran. Abatí el mosquete

convertido en garrote: cayeron dos lugareños. Estoy seguro de que por lo menos fueron dos. Una avalancha de pies corriendo se propagó entre los muros, una tromba que me arrastró. Durante un rato la negra oleada de fugitivos se arremolinó, a la luz de la luna, en torno a la carroza del obispo, como un torrente se estrella contra un peñasco. El enorme y pesado vehículo fue zarandeado, las mulas se desplomaron, las antorchas vacilaron.

El pasadizo abovedado acababa de ser despejado. Afuera, los esclavos formaban en el espacio libre que había frente a la Casa, mientras que César, con algunos otros, se afanaba por cerrar la pesada puerta. Sombreros, capotes desgarrados, cuchillos, cubrían el embaldosado, y la luz macilenta de los faroles sujetos en lo alto de los muros caía sobre los rostros de tres hombres tumbados de espaldas. Otro hombre, acurrucado entre un montón de cuerpos, se levantó de pronto y salió precipitadamente.

Me acordé de Serafina, aferrada, allí arriba, al cuerpo sin vida de su padre; el recuerdo me llenó de horror y dejé que el mosquete me cayera de las manos. Un silencio profundo, el silencio de la desesperación, reinaba en la Casa. Ahora ella me odiaría. Tenía la impresión de que debía salir de la Casa y entregarme, de no haber sido porque de pronto vi a O'Brien.

Estaba apoyado contra el muro, de espaldas, en la postura de un hombre abrumado súbitamente por una enfermedad mortal. Nadie nos miraba. Se me ocurrió que ahora no podían quedarle demasiadas ilusiones. Alzó los ojos cansinamente, me vio y, despabilándose de pronto, metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Pensé en su pistola. Ahora, ninguna esperanza amorosa, por quimérica que fuese, le impediría matarme en el acto. El disparo fatal que había puesto fin a la vida de don Baltasar sin duda debía haberle provocado un despertar peor que la muerte. Di una zancada, le cogí rápidamente ambos brazos y lo inmovilicé contra el muro con todas mis fuerzas. Luchamos en silencio.

Lo encontré mucho más vigoroso de lo que habría esperado; pero, al mismo tiempo, me di cuenta inmediatamente de que no era contrincante para mí. No dijimos ni una sola palabra, ni hicimos ruido alguno. Pero durante la pelea, nos alejamos del muro hacia el centro del portal. No me atreví a soltarle el brazo para cogerle por la garganta. El trató únicamente de librarse de un tirón. Si lo hubiese logrado, habría supuesto la muerte para mí. Nuestros pies no se alejaron nunca del centro del porche, aunque más cerca del portal que del patio. Los esclavos formados en el exterior custodiaban la carroza del obispo y yo ignoraba que en aquellos momentos hubiese alguien más con nosotros bajo la bóveda de la entrada. Nos miramos a la cara con hostilidad y a nuestro alrededor el mundo parecía muy tranquilo. Sentí dentro de mí un ardiente impulso... no de odio, sino de determinación de acabar con él; y por la expresión de su rostro podía adivinarse su sufrimiento, su rabia y su desesperación.

En medio de nuestra encarnizada lucha, oí un sonido sibilante. Dejé de mirarlo; él redobló sus esfuerzos y entonces vi, a sus espaldas, a Tomás Castro, que se deslizaba sigilosamente hacia nosotros desde el patio, su silueta negra destacando sobre la tira de tela carmesí. Entonces echó hacia atrás su capote. La luz del farol bajo la clave de la bóveda se reflejaba tenuemente sobre la cuchilla de su brazo mutilado. Con el otro, me hizo un gesto discreto y espeluznante.

¿Cómo podía sujetar yo a un hombre que iba a ser apuñalado por detrás en mis brazos? Castro llegó corriendo, desplegando su capote como un par de alas negras. Haciendo acopio de todas mis fuerzas,forcé a O'Brien a darse la vuelta y en un momento nos balanceamos los dos. Ahora estaba de espaldas a la puerta. El esfuerzo que hice pareció haberle desanimado. Noté que cedía.

Tan pronto como hubimos cambiado de posición, Castro se detuvo y se hizo a un lado, poniéndose a la sombra junto a la entrada al cuerpo de guardia. No creo que O'Brien pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando. Mi fuerza había vencido a la suya. Le hice retroceder. Sus ojos parpadearon desenfrenadamente. Enseñó los dientes. Se resistía como si yo le estuviese empujando al borde de un precipicio. Sus pies se aferraron al embaldosado. Lo zarandeé hasta que la cabeza le dio vueltas.

—¡Raza de víboras! —balbuceó O'Brien.

—¡Fuera de aquí! —le abucheé yo.

Yo no había encontrado nada heroico, nada romántico que decir... nada que pudiese explicar mi desesperada resolución de librar al mundo de su presencia. Lo único que podía hacer era echarlo de allí. Casa Riego era todo mi mundo... un mundo lleno de sufrimientos, tristeza y amor. Le vi caerse de cabeza bajo las ruedas de la enorme carroza episcopal. El cochero negro, sentado en todo lo alto, indiferente en medio de todo aquel tumulto, con sus medias blancas de seda y su sombrero de tres picos, miraba hacia abajo desde su elevado pescante. Y los dos batientes de la puerta se juntaron con un ruido metálico de herrajes y un fuerte estrépito que resonó en aquella bóveda como un trueno.

CAPÍTULO VI

No quiero revivir, ni siquiera en el recuerdo, aquellos tres días en el curso de los cuales el padre Antonio, el viejo mayordomo y yo nos encontramos en las galerías, en el patio, en las habitaciones vacías, vagando en medio de aquel silencio que paralizaba la Casa, con el corazón oprimido y el desconsuelo en los ojos, que parecían preguntarse: «¿Qué hay que hacer?».

Por supuesto, se tomaron precauciones para protegerse de los lugareños, que sitiaban de lejos la Casa. Habían establecido una especie de campamento al final de la calle y merodeaban entre las casas antiguas, atrincheradas, con sus sombreros puntiagudos, sus harapos y oropeles; mujeres con provisiones enlazaban constantemente las aldeas con la ciudad, presa del pánico; había grupos en la playa; y una de las goletas había sido remolcada hasta la bahía y estaba ahora amarrada por la proa y por la popa frente a la puerta principal. No nos hicieron absolutamente nada. Únicamente vigilaban, como de conformidad con algún plan trazado por una autoridad superior. Aunque me vigilaban a mí, cuando por desgracia prendieron fuego a los tejados de las dependencias que se encontraban a alguna distancia de la Casa, sus jefes nos enviaron una delegación de tres hombres para presentar sus disculpas. Esos hombres venían desarmados y, por así decirlo, bajo la protección de Castro. Gimotearon sus excusas ante el padre Antonio:

—¿Tendría su Reverencia la amabilidad de interceder cerca de la más noble de las señoritas?

—¡Silencio! ¡No oséis pronunciar su nombre! —tronó el buen sacerdote, retirando la mano que aquellos intentaban agarrar y besar.

Desde el fondo de la pieza en donde me encontraba, noté las turbias miradas que me lanzaban aunque estuviesen agachados. El hombre que había disparado, dijeron, ha expirado como consecuencia de sus heridas, en medio de atroces sufrimientos. Antes habían retirado de la puerta a los demás cadáveres. Un tipo larguirucho con ojos achinados y una cicatriz en la mejilla, llamado El Rechado, trató de informar a César, confidencialmente, de que su amigo Manuel se oponía a cualquier tipo de intrusión en las dependencias de la Casa, sólo que «ese tal Domingo...».

Tan pronto como descubrimos cuál era su propósito (su aparente propósito, en todo caso), fueron echados sin miramientos, pese a sus protestas acerca de su amor y su respeto por los negros de los Riego. Castro los siguió de nuevo, tras intercambiar una intencionada mirada con el padre Antonio. Identificarse con los dos bandos, por así decirlo, era un triunfo de la diplomacia de Castro, del taciturno misterio que le rodeaba. Él nos mantenía en contacto con el mundo exterior, llegando bajo toda clase de pretextos, sobre todo con mensajes del obispo, o escoltando a los sacerdotes que

venían en relevos a rezar por los cadáveres de los dos últimos Riego, que yacían con gran pompa, uno al lado del otro, en sus rígidas vestimentas de terciopelo negro con gorgueras de encaje blanco, en la gran cama que habían sacado en medio de la habitación.

Dos enormes antorchas de cera en soportes de hierro flameaban y se derretían a la puerta; un paño negro cubría los escudos blasonados; y la brisa marina, soplando a través de las ventanas abiertas, hacía inclinar las llamas de un centenar de cirios, que palidecían a la luz del sol y ardían intensamente por la noche. El murmullo incesante de las oraciones por estas dos almas llenaba toda la habitación; todavía resuena en mis oídos. Siempre había algún personaje del servicio rezando arrodillado ante la puerta; o era el viejo mayordomo el que entraba para quedarse un rato al pie de la cama; a veces era yo el que veía, a través de la puerta abierta, al padre Antonio, con la sotana subida hasta las rodillas y su frente descansando sobre el borde de la cama, las manos apretadas por encima de la tonsura.

Dejando aparte lo necesario para la defensa, la vida entera en aquella casa parecía paralizada. No se veía ni una sola mujer; todas las puertas estaban cerradas; y la abrumadora desolación de los grandes duelos quedaba simbolizada en la silla de don Baltasar, que permanecía volcada en el patio a la vista de todos, hasta que, no pudiendo soportar más el espectáculo, yo mismo le pedí a César que la retirase.

—Sí, señor —me dijo respetuosamente, y de pronto unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas marchitas.

Habían pisoteado las flores inglesas; un sombrero sucio flotaba en la fuente, ahora aquí, ahora allá, asustando a los peces de colores que huían de un extremo al otro.

¿Y Serafina? No parece adecuado hablar de ella en aquellos días. Apenas me atreví a dejar que mis pensamientos se ocuparan de ella, pero pensaba en ella todo el tiempo. Su pesar era el alma misma de la Casa.

Poco después de que yo hubiese expulsado a O'Brien nos dejó el obispo y entonces me enteré, gracias al padre Antonio, de que la habían llevado a sus aposentos, desmayada. La congoja y las preocupaciones casi habían vuelto loco al excelente hombre, que deambulaba de un lado a otro, con la enorme cabeza inclinada sobre el espacioso pecho y crujiéndose las articulaciones de los dedos. Me lo había encontrado en la galería cuando regresaba a la habitación de Carlos, lleno de ansiedad y miedo, y nos habíamos retirado a un vasto salón, raramente usado, que había arriba del portón. Nunca olvidaré la agitación con la que tan fornido personaje recorría la habitación a paso ligero, mientras yo, sintiéndome completamente abrumado pues la excitación ya había pasado, me apoyaba en una consola. La luna arrojó tres franjas azuladas de su luz helada sobre la vasta habitación, con sus muebles Imperio dispuestos formalmente a lo largo de las paredes blancas.

—¿Y ese hombre? —me preguntó finalmente.

—Podría haberlo matado con mis propias manos —le dije—. Yo era más fuerte que él. Él llevaba encima su pistola, de eso estoy seguro, sólo que yo no podía ser cómplice de un asesinato...

—Ay, hijo mío, no habría habido ningún pecado en utilizar la fuerza con que Dios le ha bendecido —me interrumpió él—. Nos está permitido matar reptiles venenosos y fieras salvajes. Para eso se nos ha concedido la fuerza, y la inteligencia...

Y seguía paseándose todo el tiempo, retorciéndose las manos.

—Sí, su Reverencia —dije yo, sintiéndome el más miserable y más desesperado de los amantes sobre la tierra—, pero no hubo tiempo. Si no le hubiese echado de la Casa, Castro le habría apuñalado por la espalda en mis propias barbas. Y eso habría sido...

Me faltaron las palabras.

Me había visto obligado no solamente a renunciar a matarlo, sino a salvar su vida. ¡Me había visto obligado! No había tenido otra opción. Dado que era mi enemigo mortal, me parecía que jamás hubiese podido pegar el ojo durante el resto de mi vida.

—Sí, eso es cierto, muy cierto. ¿Qué más? ¡Ay de mí! —repetía el padre Antonio inconexamente—. Esos sentimientos implantados en su corazón... he servido a mi Rey, como usted sabe, en mi sagrada profesión, pero en plena guerra, que es consecuencia de la maldad natural de nuestra perdida condición. Comprendo, comprendo. Es posible que Dios, en su misericordia, no deseara la muerte de ese malvado... todavía no, tal vez. Resignémonos. Puede que se arrepienta —resopló ruidosamente—. Pienso en esa pobre niña —dijo a través de su pañuelo.

Luego, apretándome el brazo con sus vigorosos dedos, murmuró:

—Temo que pierda la razón.

Puede imaginarse en qué estado pasé el resto de esa noche en blanco. A veces, la idea de que yo era la causa de su duelo casi me volvía loco. Y además, todavía no había pasado el peligro.

Pero ¿qué más podía haber hecho yo? Todo mi ser había rechazado la horrible ayuda que Castro nos aportaba en la punta de su cuchilla. Ningún amor podía exigirme semejante sacrificio.

El día siguiente el padre Antonio estaba más calmado. Respondió a mis temblorosas preguntas con alguna frase de consuelo acerca del bendito alivio que aportan las lágrimas. Cuando no estaba en la cámara mortuoria rezando fervorosamente, se le podía ver paseando por la galería, absorto en una meditación profunda. Por la tarde me tomó por el brazo y, sin decir palabra, me llevó hasta una angosta escalera de caracol. Empujó una puerta pequeña y salimos a una parte plana del tejado inundada por la luna.

Los promontorios de tierra oscurecidos por las sombras de los árboles y el terreno accidentado cerraban las aguas de la bahía, con una masa brillante de brumas blancas

en el centro; y más allá, el vasto y reluciente horizonte de alta mar aparecía infinitamente sombrío bajo el luminoso cielo.

Retrocedimos del parapeto y el padre Antonio extendió su grueso brazo señalando la espléndida estela que la luna dejaba sobre las aguas oscuras.

—Es la única forma —dijo.

Bajo su hábito negro, este sacerdote que era bastante hombre tenía un corazón ardiente, un sentido de la vida sencillo y valeroso, una determinación ciertamente grandiosa cuando se trataba de lo que él consideraba su deber principal.

—Es la forma —repetía.

Nunca me había impresionado tanto la melancolía, la vastedad, la vacuidad en alta mar, como en aquella noche de luna llena.

—Hijo mío —continuó con voz profunda el padre Antonio—, ya que Dios se ha servido de la nobleza de su corazón para salvar a ese pecador de una muerte sin confesión...

Se interrumpió para murmurar para sí mismo: «Inescrutable, completamente inescrutable».

—Alegrémonos —prosiguió, con una resignación no disimulada— de que usted haya sido el instrumento escogido para proporcionarle la ocasión de arrepentirse.

Su tono cambió súbitamente.

—No se arrepentirá jamás —dijo, vigorosamente—. Ha vendido al diablo su alma y su cuerpo, como esos magos de antaño, de los que tenemos testimonios.

Chasqueó la lengua compungido y lamentó su falta de caridad. Me correspondía a mí, sin embargo, un hombre que debía enfrentarse a un mundo de perversidad y extravío, actuar como si no creyese en su arrepentimiento.

—La insensibilidad del corazón humano es increíble; yo he visto los ejemplos más espantosos —y el sacerdote meditó un poco—. El no es un criminal ordinario, sin embargo —añadió en profundidad.

Eso era cierto. Era un hombre con ilusiones, obediente a las pasiones que le sustraían al miedo de las consecuencias. Pese a mi juventud, yo también comprendía eso. No había ninguna seguridad para nosotros en Cuba mientras él viviera. El padre Antonio asintió con la cabeza lúgubrementemente.

—Y ¿adonde podemos ir? —pregunté yo—. ¿Adonde nos dirigiremos? ¿En quién podemos confiar? ¿En quién podemos depositar la más ligera confianza? ¿Dónde podemos buscar alguna esperanza?

Una vez más el padre señaló hacia el mar. El desespero que sugería su calma sombría bajo la luz de la luna me impresionó tanto que ni siquiera me pregunté cómo se proponía sacarnos de allí. Sólo hice un gesto de desaliento. Fuera de la Casa mi vida no valía la pena ni diez minutos más. Y ¿cómo podía exponerla a ella a ese peligro? ¿Cómo podía proponerle que me siguiera a una muerte casi cierta? ¿Qué

salida podía haber para semejante aventura? ¿Cómo podíamos esperar que se nos ocurriría algún medio de escapar y de impedir que los lugareños nos persiguieran? Entonces tendría yo que perecer y ella...

De pronto el padre Antonio pareció perder el dominio de sí mismo.

—Sí —gritó—. El mar es un elemento pérfido, pero ¿qué es eso ante la ciega malevolencia de los hombres? —me agarró por la espalda—. El riesgo que ella corre —gritó—: el riesgo de ahogarse, de pasar hambre y sed... es lo único que puede proporcionar el mar. No puedo pensar en eso. La quiero demasiado. Ella es mi verdadera hija espiritual; y le aseguro, señor, que las intrigas impías de ese hombre no sólo ponen en peligro la felicidad y la suerte de ella... sino también su alma inocente.

Siguió un profundo silencio. Recordé que su tarea era salvar almas. Este anciano amaba a esa chica joven que había visto crecer, abandonada en su propia casa; la amaba con esa gran firmeza del instinto paternal que ningún voto de celibato puede destruir, y con un sentido heroico de su deber sacerdotal. Y yo no iba a contradecirle. El mar... así sea. Era más fácil imaginársela muerta que encerrada; era preferible que fuese víctima del mar que de los hombres perversos; que yo me perdiese con ella en lugar de perderla a ella.

Con esa ingenuidad de la poesía del cielo, el padre Antonio apostrofó a la luna, el «astro amable», como la llamaba, que debía estar harta de contemplar las miserias de la tierra. La inmensa sombra del sacerdote en el emplomado de la ventana parecía lanzar dos gruesos puños por encima de la balaustrada, como si quisiese golpear a los enemigos de abajo. Y descendimos, sin discutir ningún plan en particular. Se suponía que Serafina y yo trataríamos de escapar... si no por mar, al menos hacia el mar. En el mejor de los casos para pedir la ayuda comprensiva de algún navío de paso; y en el peor, para abandonar el mundo juntos.

Ella confiaba en mí. No voy a contar mi entrevista con ella; pero nunca olvidaré mi sensación de temor respetuoso, como cuando se entra en un templo, la melancolía y la intimidad apaciguadora de nuestro encuentro, la vaga penumbra de esa habitación tan alta, la confusa figura de La Chica al fondo, y la frágil silueta infantil toda de negro con el rostro pálido y delicado. El padre Antonio fue el único que estuvo presente aparte de ella, y la reprendió por dar rienda suelta a su congoja.

—Es como una rebelión... como una rebelión —denunciaba él, volviendo la cabeza para enjugarse de prisa una lágrima.

Yo me asombraba, y daba gracias al Cielo por ello, de poder ser de algún consuelo a esa frágil joven cuya suerte en la vida había sido tan dura, cuyos pesares, por grandes que fueran, no podían acallar su indomable espíritu que albergaba promesas de dulzura y amor.

Su valor era evidente para mí por el tono amable y triste de su voz. Hice que se sentara en un enorme sillón tapizado en el que parecía perderse como una niña

pequeña, y yo tomé un escabel a sus pies. Es un momento inolvidable de mi vida, en el que no se pronunció ni una sola palabra de amor, del que nada puede escribirse. La sombra del corpulento sacerdote se proyectaba inmóvil desde la ventana hasta el otro extremo de la habitación; la temblorosa llama de una lámpara plateada arrojaba un inestable círculo de luz blanca sobre el techo alto por encima de su cabeza. Un reloj sonaba gravemente en alguna parte en la lejana penumbra, como el corazón impávido de ese silencio en que nuestra comprensión mutua se afirmaba con una fuerza capaz de resistir a cualquier tempestad.

—Al menos, escapar por mar —dije yo en voz alta— sería como si dos amantes saltaran cogidos de la mano desde lo alto de un peñasco; ni más ni menos.

El padre Antonio habló a espaldas nuestras con su voz de bajo.

—Es mejor arriesgar el cuerpo pecador, destinado a regresar al polvo del que está hecho, que el alma redimida, cuyo espantoso destino es la Eternidad. Reflexiona.

Serafina bajó la cabeza; pero su mano, que yo apretaba con la mía, no tembló.

—Hija mía —continuó el anciano—, tienes que confiar tu destino a un joven noble de sentimientos elevados y de corazón verdaderamente caballeroso...

—Tengo confianza en él —dijo Serafina.

Y mientras la oía decir eso, me pareció realmente que de verdad mis sentimientos eran nobles y mi corazón caballeroso. Tal es el poder de una voz femenina. La puerta se cerró tras pasar nosotros y yo me sentí muy humilde.

Pero una vez en la galería el padre Antonio se apoyó pesadamente en mi hombro.

—Seré un pobre viejo abandonado —murmuró débilmente—. ¡Después de tantos años! Los dos últimos supervivientes de una noble familia... el final de una gran Casa... una niña que he visto crecer... Pero ahora temo menos por ella.

No relataré todos los planes que hicimos para enseguida rechazar. Todas las combinaciones parecían imposibles. Sabíamos por Castro que O'Brien había ido a La Habana, bien sea para llevar personalmente la noticia de la muerte de don Baltasar, bien sea al contrario, para impedir que la noticia se extendiese demasiado pronto. Cualesquiera que fuesen sus razones para abandonar Río Medio, había ordenado que la Casa fuese respetada, bajo pena de los más terribles castigos, y que estuviera vigilada de manera que nadie pudiese salir. El inglés debía morir a la vista de todos. No deberían tocar ni un solo cabello de la cabeza de nadie salvo de la mía.

La huida parecía imposible. Luego, al tercer día, las cosas cambiaron. Hallamos un medio. Castro, que aunque me miraba con taciturno desdén, me servía como si el alma de Carlos hubiese pasado a mi cuerpo, lo había arreglado todo con el padre Antonio.

Fue el día del entierro de Carlos y de don Baltasar. Aquel mismo día Castro se había enterado de que un barco había sido visto, lejos en alta mar, detenido por falta de viento. Era una gran oportunidad: el cortejo fúnebre proporcionaría la ocasión para

mi evasión. Había en Río Medio, como en todas las ciudades españolas, una confraternidad compartida por la porción más respetable de la población para enterrar a los muertos, «Los hermanos piadosos»: vestidos con túnicas negras y capirotos con sólo dos agujeros para los ojos, transportaban los muertos hasta su lugar de descanso, tan irreconocibles ellos como ignorada era su piadosa obra. Me llevarían a la habitación del padre Antonio una túnica de «hermano piadoso». Castro confiaba en su propia habilidad para conseguir un bote de remos. Probablemente sería muy pequeño y peligroso, pero ¿qué más podía esperar yo, si no había matado a mi enemigo, ni había permitido que otro lo hiciese por mí?, comentó él con sombrío sarcasmo.

Habían solicitado una tregua de Dios y el entierro iba a tener lugar por la tarde: los restos mortales de los últimos Riego serían depositados en la cripta de la catedral del lugar que pasaba por ser su propia provincia y, en efecto, lo había sido durante algún tiempo por concesión de Carlos V. De madrugada yo había tenido una corta entrevista con Serafina. Estaba decidida. Luego, mucho antes de que oscureciese, me introduje a hurtadillas en la habitación del padre Antonio, donde debía permanecer hasta el momento de salir y mezclarme con la multitud de los demás «hermanos piadosos». Una vez enterrados los cadáveres en la cripta de la catedral, yo debía esperar allí a Serafina y juntos nos escabulliríamos por una puerta lateral que daba a la costa. Para despistar a cualquier observador (tres lugareños iban a ser admitidos para presenciar cómo metían los cadáveres en sus ataúdes), César apostó a dos negros de los Riego, con mosquetes cargados, delante de la puerta de mi habitación vacía, como para protegerme.

Después, exactamente al atardecer, el padre Antonio, que había estado rezando en silencio en un rincón, se levantó, se sonó la nariz, suspiró y me estrechó de pronto entre sus poderosos brazos durante un instante.

—Soy un hombre muy viejo... un pobre sacerdote —me cuchicheó entrecortadamente al oído—, y el mar es muy pérfido. Sin embargo favorece a la gente de su país. Pero recuerde... la niña es sólo suya. Sálvela.

Salió y se detuvo.

—¡Inescrutable! ¡Inescrutable! —murmuró, alzando los ojos al cielo.

Luego levantó la mano con una lentitud solemne.

—La bendición de un anciano no puede perjudicar a nadie —dijo humildemente.

Incliné la cabeza. Mi corazón estaba demasiado acongojado para ponerme a hablar y la puerta se cerró. Ya no volví a verlo, excepto más tarde, durante un momento, ante la puerta: llevaba sobrepelliz y su potente voz de bajo sobresalía entre los cánticos de los sacerdotes que conducían los cadáveres.

Los lugareños respetarían la tregua dispuesta por el obispo.

Nadie, salvo los tres hombres designados, había entrado en la Casa. Nada más caer la noche, sus mujeres, de pelo negro, rostros vulgares y ojos melancólicos, bajo sus

mantillas negras, se arrodillaron en fila en las baldosas de la catedral, rezando por el reposo del alma del padre de Serafina, ese viejo que había vivido entre ellas, inaccesible, casi invisible, infinitamente distante. Ellas le habían venerado, aunque la mayor parte jamás le había echado la vista encima.

Ahora me parece extraña y significativa esa misteriosa necesidad humana, la necesidad de elevar la vista hacia algo superior e inefablemente lejano, la necesidad de idealizar cualquier cosa en esta vida. Ellas no tenían más que eso: una especie de amor tan idealizado y tan personalizado por la madre de Dios, a quien jamás habían visto, y en quien confiaban que les librara de un demonio cuya existencia no era menos cierta para ellas. Por otra parte, sentían por O'Brien un miedo todavía más real.

Y cuando uno se pone a pensar en ello, al ponerme la larga túnica de un «hermano piadoso», al marchar delante de los portadores del gran ataúd con un gran crucifijo en la mano, al aprovecharme de la tregua de Dios, yo también me aprovechaba de lo que indudablemente era su orgullo... una cosa que les perjudicaba tanto como me perjudicó a mí el ser incapaz de abatir a O'Brien. Sin embargo, en aquel entonces yo estaba bastante excitado para considerarlo así. Tenía muchas cosas en que pensar y la necesidad imperiosa de mantener la cabeza fría.

Después de todo, era a Castro a quien correspondía todo el mérito de la estratagema. Nada más oscurecer, me llevó las túnicas negras, un par de pesadas pistolas que debía ceñir bajo aquéllas, y el asta rematada con un crucifijo. En la penumbra de mi habitación ofrecía un aspecto sarcástico y protestón, y me explicó con palabras de una franqueza exagerada lo que debía hacer exactamente... que, en realidad, consistía ni más ni menos en que debía seguir sus pasos.

—Pero, señor —dijo él sardónicamente—, si desea de nuevo reposar la cabeza en el pecho de su madre, si todavía quiere ver a su hermana, que, por desgracia, al embrujar a mi Carlos, es la causa principal de todos nuestros problemas, si desea volver a ver esa triste tierra suya, que la cortesía me impide maldecir... le suplicaría que no permitiese que el insensato furor que caracteriza a su nación se desate en medio de estos bandidos y canallas.

Miró con atención los agujeros para los ojos de mi capirote y apoyó la mano en la empuñadura de su espada. A la pálida luz de la vela, su pequeña figura, rigurosamente vestida de terciopelo negro desde el mentón a la rodilla, se balanceaba suavemente de atrás a delante, mientras su grotesca sombra revoloteaba sobre las espectrales paredes de aquella habitación grande. Siguió observándome en silencio durante unos minutos, luego dio media vuelta bruscamente y, con un gesto sardónico de respeto, me abrió la puerta de par en par.

—Ruegue, señor —dijo—, para que la luna no salga demasiado pronto.

Descendimos rápidamente la columnata por última vez, en la más completa oscuridad, y entramos en las tinieblas del vasto soportal abovedado. El asta maciza de

mi pesado crucifijo resonaba en el embaldosado con ecos cavernosos. En las profundidades de esa especie de cueva, iluminados por un tenue farol, los negros esperaban para desatranchar las puertas. Castro empezó a mascullar su rosario.

—Es la última vez —dijo de pronto— que me detengo aquí. En lo sucesivo no habrá para mí ningún lugar seguro sobre la tierra.

Grandes destellos de luz comenzaron de pronto a hacer visibles los altos pilares de aquel inmenso y lúgubre lugar, y, después de un largo rato de absoluto silencio salvo el chisporroteo de enormes antorchas, una inaudita y pesadillesca masa de figuras, vestidas de negro de la cabeza a los pies y con grandes agujeros para los ojos con los que espían fantásticamente, entraron atropelladamente en la gran bóveda de la entrada. Encima de ellos iba el enorme ataúd negro. Era un espectáculo tan espantoso e inesperado que seguí mirando esas figuras sin poder moverme, hasta que recordé que yo también era una de ellas. Entonces, con una exclamación de impaciencia, Tomas Castro me cogió la mano y me hizo dar vueltas.

Las enormes puertas fueron abiertas de par en par y apareció ante mí la noche negra, salpicada de pequeñas llamas. De pronto Castro desenvainó su portentosa espada y, cubriéndose el muñón con su enorme sombrero, descendió por los grandes escalones, cual patética y siniestra ilustración de la aflicción. Le seguí, impulsado vivamente por el siniestro grupo que, cual monstruo fabuloso y descomunal, se balanceaba detrás de mí enigmáticamente.

Con palpitaciones en el corazón y la cabeza dándome vueltas salí por fin de aquella casa. Supongo que mi macabra túnica encubría mis emociones... aunque, viendo tan claramente por los orificios del capirote, me parecía increíble que no me vieran a mí. Pero aquellos «hermanos piadosos» formaban parte de una sociedad secreta, nadie los conocía salvo su jefe espiritual, que los había escogido de uno en uno, y ni siquiera se conocían entre ellos. De esa manera, realizaban su bella obra de caridad con el mayor sigilo. Y daba la casualidad que el director espiritual era el propio padre Antonio. Al pie de la escalinata del palacio, apartada de nuestro camino, se encontraba la gran carroza oficial de cristal, en cuyo interior viajaba la mujer que lo era todo para mí en este mundo, tan invisible, inalcanzable e imposible de consolar como su gran pesar, que yo no podía ver ni mitigar. Y entre nosotros, en el gran ataúd que sostenían en alto aquellos lúgubres y sombríos seres, iba todo lo que ella había amado, invisible e inalcanzable también, y fuera del alcance de cualquier consuelo humano. En medio de los cuchicheos de aquella muchedumbre infame, arrodillada y con la cabeza descubierta, tuve una intensa visión de su cara pálida, apagada, lastimosa. ¡Pobrecita! Iba a abandonar de una vez para siempre todos estos fastos, esta reclusión, esta paz, sin una palabra, con gran orgullo y discreción, por un mundo de peligros, sin otra cabeza que la mía para pensar por ella, sin otro brazo que el mío para rechazar los descomunales horrores, la enorme y pesada amenaza de un mundo nuevo.

A la luz parpadeante de innumerables velas, los inapreciables arneses de las mulas blancas, que se aprestaban a tirar de la gran carroza, brillaban como vetas de mineral en una valiosísima mina de plata. Una fila doble de cirios cubría el camino que conducía a la catedral y nuestros sirvientes negros, cuyos fusiles dejaban adivinar sus bocas ensanchadas en aquella luz centelleante, se agrupaban en torno a la carroza. A cada lado de las filas, se agolpaba la multitud de bribones con casacas rojas, acompañados de sus mujeres e hijos... toda la población de Aldea Bajo, gimiendo. La muchedumbre se puso en movimiento alrededor de nosotros, las mulas blancas corcovearon frenéticamente, la carroza se balanceó. Delante de mí marchaba, sardónico, peripuesto, grotesco, el fiel Tomás, la espada apuntando hacia arriba, moviéndose siempre con garbo. Delante de él avanzaban varios sacerdotes con túnicas blancas, un grupo con grandes velas, una enorme cruz adornada con piedras preciosas, y la imagen de un santo, que se balanceaba a hombros de los porteadores, desapareciendo en la oscuridad su parte superior. En cuanto a mí, dentro de mi capirote sentía un calor sofocante, pero tenía la impresión de que avanzaba, de que era arrastrado en contra de mi voluntad. El trayecto me pareció enormemente largo; pero, cuando llegamos por fin a lo alto de la escalinata de la catedral, una voz ronca gritó:

—¡Muerte al hereje!

Mi corazón dejó de latir. Agarré desesperadamente la culata de una pistola, que no pude desenganchar de los pliegues de mi vestido negro. Pero, en realidad, no se trataba más que de la repetición de su grito acostumbrado; me suponían encerrado todavía en el palacio.

El calor súbito, el silencio, la cálida fragancia del incienso y el resplandor de las luces, casi me hicieron desfallecer; me zumbaban los oídos y escuchaba extraños sonidos.

La catedral era una masa de cabezas. El resto de la gente de Río Medio que todavía no estaba presente, venía en tropel detrás de nosotros. La alta sociedad se agrupaba cerca de los resplandecientes dorados, los mármoles jaspeados, las flores de cera y los tapices de colores negro y púrpura que cubrían la bóveda del coro por encima de los dos ataúdes negros. Abajo, en la parte no iluminada de la iglesia, la gentuza de O'Brien vigilaba las puertas.

Seguí a la figura silenciosa de Tomás Castro hasta el sitial del obispo en lo alto del coro y quedamos ocultos para el resto gracias al bosque de velas que rodeaban el catafalco. En el centro de la inmensa nave, por encima de las cabezas de la gente arrodillada, avanzaba el gran ataúd con su acompasado movimiento de vaivén; con aquella luz los porteadores parecían haber perdido parte de su aspecto siniestro. Tomás Castro me cogió de pronto por la manga mientras bajaban el ataúd de las andas. Me llevó discretamente a la sombra que había detrás del sitial del obispo. En

aquel rápido paseo tuve tiempo de vislumbrar, desde aquel lugar tranquilo e infinitamente solitario de la iglesia, una pequeña figura negra, increíblemente delgada, cubierta de pies a cabeza con un velo negro, que avanzaba sola por el centro de la nave.

Permanecí oculto allí, junto al sitial del obispo, durante un buen rato y luego volví a ver de pronto la figura negra sola en una galería, mirándome... desde la loggia de los Riego. Inmediatamente sentí una inmensa calma: me miraba con ojos que no veían, pero yo sabía y tenía la impresión de que ahora me seguiría hasta el fin del mundo. Ya no tenía más dudas acerca del resultado de nuestra empresa: no podía fracasar habiendo por medio un personaje tan inquebrantable; era imposible que el ciego destino fuera insensible a su encanto, imposible que ningún hombre pudiese sorprenderla o hacerla fracasar.

Los monjes empezaron a cantar; un instrumento de metal gruñó de manera lamentable; el silencio reinaba en toda la iglesia. Frente al altar, el obispo y sus partidarios iban de un lado para otro sin razón aparente; las cadenas de los incensarios de oro no dejaban de chirriar. Serafina echó la cabeza para delante y dejé de verla. Todas las demás cabezas se inclinaron y de pronto surgió una mano por detrás del sitial y cogió la mía, mientras una voz decía: «Es la hora». Muy despacio, como si formara parte del ritual, me arrastraron tras el sitial hacia una puerta que se abría a un lado de la reja que separa el coro de la nave. Cuando salimos, el viejo obispo se daba la vuelta para dar su bendición. Entonces la puerta se cerró, ocultándome la magnificencia de su hábito, y un instante después bajábamos por una estrecha escalera de caracol que conducía a una cripta oscura, iluminada tan sólo por la pequeña llama azulada de una lámpara de aceite. Desde arriba llegaban ruidos estruendosos, enormes, vibrantes: estábamos justo debajo del coro. A través de las fisuras de una gran losa se recortaba un paralelogramo de luz.

En medio de aquella penumbra, vislumbré la cara de mi guía: un «hermano» delgado, con las mejillas asombrosamente hundidas. Con gran amabilidad empezó a ayudarme a salir de mi túnica negra y luego dijo:

—La Señorita estará aquí muy pronto con el señor Tomás.

Y luego añadió, con una débil y tierna sonrisa de una tristeza infinita:

—¿Querría el señor caballero, si eso no le repugna, rezar una oración por el descanso de...?

Señaló por encima de nuestras cabezas la gran losa sobre la que reposaban los ataúdes de don Baltasar y de Carlos. El sacerdote era uno de esos hombres muy santos, muy conmovedores... tal vez muy estúpidos... que uno suele encontrar en semejantes lugares. Su rostro pálido, melancólico, siempre está presente en mis recuerdos.

—... Y que el buen Dios —añadió— que extiende su bondad sobre todos nosotros quiera conservar en el corazón del señor caballero una diligente solicitud por el alma de nuestra querida Señorita... Soy ya muy viejo —susurró, después de una pausa.

Realmente estaba muy viejo, muy estropeado, no le quedaba ya ninguna esperanza en este mundo.

—He amado a la Señorita desde que era niña. El señor caballero se la lleva de nuestro lado. Me gustaría que le rogase a Dios... ser digno de ella.

Mientras yo hacía eso, aquel lugar comenzó a animarse con un rumor de ropas, de pasos amortiguados, y una voz ronca dejó escapar una exclamación sorda. Entonces la piedra que había en lo alto fue desplazada y un rayo de luz cayó desde el coro.

Vi a mi lado, brillantemente iluminado, el rostro de Serafina que levantaba los ojos.

—Venga rápido... venga rápido —dijo Tomás Castro—... se están acabando los rezos; habrá gente en la calle.

Y una voz potente entonó desde arriba:

—Tu...u... ba mi...i...i... irum...

Y la serpiente dejó oír sus gruñidos discordantes. El extremo de una caja grande, cubierta de terciopelo negro y sujeta con cuerdas, planeó por encima de nuestras cabezas. Allá lejos entre las sombras, el sacerdote había abierto una puerta junto a una lápida de mármol blanco que había en el grueso muro. Allá en lo alto, el ataúd avanzó un poco más: las cuerdas se reajustaron produciendo un ruido en la madera. Una voz cáustica y solemne entonó desde arriba:

—Erit... justus... Ab... auditione...

Desde el umbral de la puerta abierta, el sacerdote hizo tintinear sus llaves y dijo con impaciencia:

—Venga, venga.

Yo tenía un miedo horrible de que Serafina chillara o se desmayase, o se negara a moverse. Había muy poco tiempo. Los piratas podían salir en tropel de la catedral mientras nosotros íbamos por detrás; el obispo había prometido prolongar el servicio. Pero Serafina se deslizó hacia la puerta abierta y un soplo de aire fresco nos alcanzó. Miró hacia atrás una sola vez. El ataúd se balanceaba justo encima del agujero, tapando la luz, Tomás Castro cogió a la joven de la mano y dijo con infinita ternura:

—Venga... venga.

Él había estado sollozando convulsivamente. Subimos algunos escalones y, después de pasar nosotros, la puerta se cerró con un ruido parecido a un suspiro de alivio.

Caminamos rápido en la completa oscuridad y soledad de la playa desierta, entre la ciudad vieja y la aldea. Fuera de la catedral no había ni un alma. Una barca estaba anclada en la orilla. A la izquierda, en la lejanía, la luz de una goleta temblaba sobre las tranquilas aguas frente a Casa Riego.

De pronto Tomás Castro dijo:

—La Señorita nunca ha puesto el pie en campo abierto.

Inmediatamente la levanté y la deposité en la barca.

—Desatraca, Tomás —dije yo, con palpitaciones en el corazón.

CUARTA PARTE

LA CUCHILLA Y LA GUITARRA

CAPÍTULO I

Hubo un ligero, casi imperceptible crujido, un vago chirrido, un leve rumor de arena... y la barca flotó sin hacer ruido.

La tierra se alejaba de nosotros, como si huyera de la quilla, mientras nos internábamos en las aguas de la bahía, que estaban tan en calma como la noche misma, sin viento. Impulsé aquella barca mar adentro como desde una rampa de lanzamiento, como un pájaro que despliega sus alas en la cima de un acantilado y permanece suspendido en el aire. Experimenté una sensación de libertad, una impresión desmedida de júbilo... como si realmente fuese un pájaro intentando volar por vez primera. Todo —lo inesperado, lo funesto y lo más afortunado— parecía planeado como si yo no fuese más que un lego sobre el que la aventura hubiese querido descargar su desconcertante imprevisión; pero cuando la barca comenzó a avanzar, sentí de algún modo que en esta huida tenía que arreglármelas solo.

Estaba oscuro. Sumergiendo con precaución la pala del remo, me alejé todavía más de la costa en declive. Serafina estaba sentada, inmóvil y cubierta por su capa, y Tomás Castro iba en la proa sin hacer ruido. Ni siquiera le oía respirar. Todo quedaba en mis manos. Impulsada de nuevo, la barca hizo un ligero rizo y un instante después mi regocijo fue sustituido por todos los tormentos de la más angustiada ansiedad.

Di un nuevo impulso y dejé de tocar fondo. El éxito dependía de mi habilidad, soltura y valor. ¿Y en qué consistía ese éxito? El éxito inmediato consistía en salir de la bahía y dirigirse a alta mar en un bote de tres metros y medio, saqueado hace años de algún barco por los piratas de Río Medio, si se puede dar un nombre tan romántico a ese ruin populacho de sórdidos y andrajosos proscritos de las Antillas. Eran simples saqueadores de mar.

La estribación boscosa de una montaña se recortaba ya, intensamente negra, en el cielo rebotante de luz. La luna estaba a punto de salir. Una gran angustia atenazó mi corazón como si se tratara de un torno. No me parecía normal la calma que reinaba en la playa oscura. Suponía que gritarían al descubrir mi huida y esa idea me producía una emoción mayor de lo que, a mi entender, el hecho mismo podría haber logrado. El insólito silencio en medio del cual se reflejaban en la bahía, a través de los portales abiertos, las múltiples llamas que ardían en el altar de la catedral, pareció penetrar en mi corazón con violencia, como un súbito acceso de angustia. En el bote, mis dos acompañantes también guardaban silencio. No lo podía soportar.

—Serafina —murmuré.

Un sollozo ahogado me respondió.

—Es hora de coger los remos, señor —susurró Castro de repente, como si se hubiese quedado dormido nada más ponerse en la proa y en ese preciso momento se despertara—. Las brumas de la bahía nos ocultarán cuando salga la luna.

Había llegado el momento... si queríamos escapar. Pero ¿adonde escapar? ¿Internándonos en alta mar? ¿Con esa chica silenciosa y pesarosa a mi lado? ¿En aquel miserable cascarón de nuez y sin tener ningún otro refugio en perspectiva? No había lugar para la indecisión: no podía dejarla a merced de O'Brien. Era como si, por vez primera, me diese cuenta de lo vasto, peligroso e inseguro que era el mundo. Y no había más alternativa. No podíamos retroceder.

Si yo hubiese sabido lo que nos esperaba, tal vez me habría fallado el corazón, de pura lástima. De pronto mis ojos divisaron la luna encendiendo una especie de fuego de matorrales en la ladera negra de la montaña. Dentro de un momento inundaría de luz la bahía y la goleta anclada en la playa frente a Casa Riego no estaba más que a unos setenta metros de nosotros. Sumergí el remo sin chapotear. Castro remaba con su única mano.

Las brumas que se levantaban en las tierras bajas nunca cubrían del todo la bahía: podía verlas, a través de la bocana, flotando en el claro de luna como una muralla fantasmal de color blanco plateado. Penetramos en ellas e inmediatamente dejamos de estar a la vista de la playa.

Sin dejar de remar ágilmente, Castro volvió la cabeza y gruñó, señalando una mancha roja muy baja en medio de la bruma. Un fuego ardía en el promontorio donde Nichols —el acadiense— había instalado la batería de cañones que tantos estragos había hecho en la flota del almirante Rowley. No era más que un terraplén y habían trasladado algunos de los cañones. Sin embargo, el fuego nos avisaba de que había gente en el promontorio. Por un momento dejamos de remar y Castro me explicó que siempre se encendía un fuego cuando zarpaba algún barco pirata. Bastaban tres o cuatro hombres para mantenerlo. Esa misma noche Manuel-del-Popolo había salido con una flotilla de embarcaciones a remo para esperar la llegada del barco de las Indias. Desde el mediodía se había visto el barco acercándose a la costa. Ahora el viento lo había hecho detenerse. Seguramente ya lo habían saqueado.

Este hecho había favorecido hasta ahora nuestra evasión. Esa noche no había ningún paseante en la playa. A partir del cerco de Casa Riego, Castro había vivido entre los sitiadores de su prestigio de gran personaje, de caballero experto en la diplomacia y el arte de la guerra. Nadie sabía hasta qué punto confiaba el juez O'Brien en este hombre rechoncho, pequeño y taciturno; y no cabía la menor duda de que se trataba de un buen católico. Era un caballero muy serio, muy callado. En realidad, la muerte de Carlos le había partido el corazón y no le preocupaba nada lo que fuera a sucederle. Lo que le impulsó a actuar así fue el desprecio y el odio por los habitantes de Río Medio, más que cualquier otro sentimiento de afecto hacia mí.

Aquella noche los partidarios de Domingo estaban vigilando Casa Riego, mientras Manuel (que era más que marino) se había llevado la mayor parte de sus amigos personales y todas las embarcaciones más grandes que estaban a flote para hacer un poco de «trabajo al aire libre», así lo llamaban, en el barco de las Indias Occidentales, detenido por falta de viento.

Eso había facilitado el plan de Castro y también explicaba la insignificancia de nuestro bote, que era el único, de todo el lote desechado que habían dejado en la playa, que no se abría en cada juntura. De cualquier modo no era estrecho. Podía oír el agua que bañaba las planchas del fondo y recuerdo que a los grandes recelos que me inspiraba nuestra empresa se unía mi preocupación por mantener secos los pies de Serafina.

Habíamos estado remando a buen ritmo. La mancha roja del fuego que ardía en el promontorio aumentaba de tamaño a medida que disminuía el resplandor de las luces en el altar mayor de la catedral, hasta no ser más que un reguero naranja que traspasaba la bruma.

—Hay que achicar el bote —observé en un susurro.

Castro dejó su remo y se dirigió a la bancada. El hecho de que no lleváramos a bordo ni siquiera media cáscara de coco muestra el poco cuidado con que preparamos nuestra fuga. Una vasija de barro, tapada con un puñado de hierba, contenía toda nuestra provisión de agua fresca: cuatro litros. Castro la desplazó y, encorvándose, trató de achicar el agua con su gran sombrero flexible. Imagino que encontraría el sistema impracticable, porque de pronto se quitó uno de sus zapatos con punta cuadrada y hebilla de hierro. Lo usó como achicador, maldiciendo la necesidad, aunque en voz muy baja por respeto a Serafina.

De pie junto a ella, en la escota de popa, seguí manejando despacio la espadilla. En una ocasión anterior me había hecho ya a la mar, desesperado —puede que para librarme del patíbulo—, en un bote muy pequeño, sin más compañía que la canción de borracho del tío de Rangley que anunciaba la fascinación de lo desconocido para la inexperta juventud. Aquella noche había sido tan oscura como ésta, aunque el peligro fue mucho menor. Es cierto que el bote se hundió realmente debajo de nosotros, pero entonces lo único que podía pasarme era que el mar me engulliese, a mí que no sabía nada de la vida, que ignoraba el destino tanto como los animales domésticos de nuestra granja. Ahora, sin embargo, el mundo de los hombres estaba dispuesto a devorarnos y el golfo de México no tenía más importancia que un charco en un camino infestado de salteadores. ¿Cuáles eran los peligros del mar en comparación con las pasiones en medio de las cuales me había lanzado... con mis más valiosas riquezas en la mano y, como todos los que viven y aman, una espada suspendida sobre mi cabeza?

El peligro había sido menor aquella noche en que oí detrás de mí los pasos de los contrabandistas, aplastando suavemente los guijarros de la playa. Había sido menor y,

aunque hubiese sido un poco sórdido, me había conducido a esta segunda y más desesperada huida... en un cascarón de nuez, llevando conmigo esa figura silenciosa y arropada, que aceleraba los latidos de mi corazón cada vez que me miraba. La libraba de los maleficios de Casa Riego, como un caballero libra a una princesa de un castillo encantado. Pero ella era para mí más que ninguna princesa lo fue jamás para ningún caballero.

El mundo nunca había conocido nada igual. Había habido amantes que, en el colmo de su pasión, llegaron a correr hacia una muerte cierta; pero nunca ha sucedido, a mi parecer, en la historia de la juventud, que dos amantes, en un ambiente parecido de silencio cauteloso, se lanzaran a una aventura tan temeraria. Todo dependía de que pudiésemos escabullimos por la bocana de la bahía sin hacer ruido. Los hombres del promontorio no disponían de medios para perseguirnos, aunque, si oyeran o viesan algo, podrían avisar a gritos a los barcos que estaban fuera. Ése era el verdadero peligro... la primera de mis preocupaciones.

Más tarde... Prefería no pensar en lo que vendría más tarde. Sólo en el mar abierto y en la peligrosa costa. Quizá si pensara en ello, me daría por vencido.

No pensé en otra cosa que en ganar tiempo y concentré todas mis facultades para actuar con el mayor sigilo. Goberné el bote con deliberada y tensa prudencia, como si el remo fuese una brizna de paja, como si el agua de la bahía fuese el envoltorio frágil de una burbuja de cristal que un movimiento desprevenido pudiera hacer estallar. Apenas respiraba, pensando que una respiración más profunda disiparía la niebla que ahora era nuestra única protección.

No se disipó. Por el contrario, se aferró más estrechamente a nosotros, envolviéndonos con la misma frialdad de una nube que corona la cresta de una montaña. Las vagas sombras y contornos borrosos que habían estado flotando a nuestro alrededor, empezaron por fin a desvanecerse completamente hasta hacerse de una impenetrable y luminosa blancura. Y en medio de todo ese embrollo de pensamientos, llegué de pronto a una conclusión: en alta mar había bruma... algo completamente diferente a las nieblas nocturnas de la bahía.

Nos envolvió durante toda la travesía inexplicablemente, pues no nos llegaba ni un soplo de aire. El resplandor del fuego, ahora mucho más cerca de nosotros, hacía posible ver su interminable deriva, empujada por el viento. Sus bordes parecían fundirse en el vuelo de las partículas de agua que la componían. La bruma se nos aproximaba. ¿Iba a sernos favorable o más bien desastrosa? Al menos era una respuesta a nuestra inmediata necesidad de escondernos y eso era suficiente para mí cuando todo nuestro futuro dependía de cada minuto que pasaba.

Los piratas de Río, cada vez que se ocupaban de saquear algún barco que la falta de viento retenía en la costa, comenzaban por remolcar una de sus goletas hasta la bocana. La dejaban allí para recibir el botín y como punto de reunión para los botes.

Una de esas goletas, eso ya lo sabía yo, estaba amarrada frente a Casa Riego. La otra, que yo supiese, podía estar anclada en alguna parte delante del canalizo, a pocos metros de distancia. Agucé el oído para poder captar cualquier ruido que me revelara su presencia, si se encontraba allí: una tos, una voz, el crujido de un motón, o la caída de algo sobre cubierta. No oí nada. Empecé a temer darme de bruces contra su costado sin apenas tiempo para advertirlo. No podía ver más allá de tres metros y medio, que era la longitud de nuestra barca.

Para asegurarme de evitar el peligro, decidí pasar rozando el banco de arena que bordeaba la estrecha franja de bajíos que había hacia el sur. Apreté los dientes y viré resueltamente.

Castro permanecía detrás de la bancada, los codos sobre las rodillas. Su cabeza tocaba casi mi pierna. Podía distinguir su deplorable espalda doblada, el desigual vaivén de la pluma de su sombrero. La inmovilidad absoluta de Serafina me dio la medida de su valor, y era tan diáfano el silencio que empezaba a dejarse oír el revoloteo de las llamas, a cuyo vago resplandor nos estábamos aproximando. Después percibí incluso el crujido de la madera, como una descarga de fusilería en la lejanía. Ni siquiera entonces se dignó Castro volver la cabeza.

Siendo como era vagabundo nato, contrabandista, espía en campamentos militares, cantinero vinculado a la Grande Armée (escapado sólo Dios sabe cómo de las nieves de Rusia), mendigo, guerrillero, bandido, asesino escéptico, cubierto de harapos con taciturna dignidad, Castro había acabado por convertirse en el siniestro y grotesco escudero de nuestro quijotesco Carlos. Había algo románticamente sombrío en la devoción que le profesaba. Si desdeñaba darle la espalda al peligro era porque había dejado su corazón en el ataúd, mientras que un afecto menos profundo habría depositado únicamente una corona. Miré a Serafina. Ella también había dejado su corazón en la cripta de la catedral. El borde de su pesada capa, puesto por encima de la cabeza, me ocultaba su rostro y con ello su ignorancia, sus grandes dudas, sus temores.

Por encima de la crepitación de la madera seca, oí una ronca exclamación de sorpresa y luego una voz asustada que exclamó:

—¡Mire! ¡Santísima Madre! ¿Qué es aquello?

El puro instinto alteró inmediatamente el movimiento de mi mano, haciendo que volviese la proa del bote en dirección contraria a la orilla; pero un increíble espanto se apoderó de mi alma. Nos habían visto. Todo estaba perdido. ¿Era posible? ¿De veras se acabó todo?

En mi ansiedad por evitar la goleta que, por lo que hoy sé, podía no estar allí, me había acercado demasiado al banco de arena, tanto que oí en medio de la bruma rápidas e imprecisas pisadas que se pararon en seco. Una voz pareció preguntarme en un susurro:

—¿Dónde? ¿Dónde?

Otra voz gritó de manera irresistible:

—Lo veo.

Era un grito contenido, como si un súbito temor le hubiese hecho callar.

Moví un brazo de un lado a otro; el giro de mi muñeca seguía impartiendo al remo el necesario impulso. El resto de mi cuerpo quedó paralizado sin remedio esperando la llegada del fin, como ocurre en esos segundos de entumecimiento previos a una caída desde muy alto. Y el fin llegó también con rapidez. Sentí una corriente de aire en la nuca... un soplido de viento. E inmediatamente, como si un ariete se hubiese abierto paso hacia mí atravesando varias capas extendidas de gasa, percibí, a través de un profundo desgarrón que horadaba la bruma, una estruendosa visión de llamas que bajaban y volvían a subir, una danza de reflejos púrpura sobre una franja donde el mar no estaba tapado, y tres figuras negras como el carbón.

Una de ellas estaba de pie sobre sus piernas flacas y negras, y levantaba rígidamente sus largos brazos, también negros, por encima de una especie de sombrero de ese mismo color. Los otros dos, en cuclillas al borde mismo del agua, miraban con atención como previendo una emboscada.

Esta visión tan nítida se desarrollaba en una atmósfera cargada y abrasadora sobre la que afluía una ráfaga blanca y dúctil de bruma, como un repentino torbellino de nieve. Luego desapareció y con ella las revoloteantes llamas, las figuras negras, los reflejos púrpura que jugueteaban con mi remo. La deslumbrante luz que acababa de lastimar mis ojos había vuelto a desaparecer en medio de aquella mancha roja en el reparado tejido de la bruma. Pero la actitud de los hombres en cuclillas no dejaba dudas: nos habían visto. Esperando que súbitas voces se elevaran en la playa, contestadas desde el mar mediante gritos, le chillé nerviosamente a Castro que sujetara el remo.

No se movió; y después de mi grito, que debió resonar en sus asustados oídos con el acento misterioso de una voz sobrenatural, un silencio profundo nos rodeó... el silencio del miedo supersticioso. Y antes de que la barca hubiese avanzado el equivalente a su longitud, oí lo que parecía ser la voz del miedo mismo que me preguntaba: «¿Oyó usted eso?», y un tembloroso murmullo de invocación a todos los santos. Luego un gahate estrangulado trató de pronunciar con firmeza:

—Las almas de los ingleses muertos... que lloran de pena.

Los hombres del almirante Rowley, que tan penosamente habían sucumbido en el desgraciado ataque a la bahía, formaban como un séquito fantasmal que escoltaba nuestra huida. Se creía que los tripulantes muertos se aparecían en el lugar fatal a la manera de los espectros que el remordimiento, la pena o la venganza hacen merodear por los mismos lugares por donde abandonaron este mundo. Me había equivocado: al romperse en pedazos, la bruma nos había delatado. Pero mis desconocidos

compatriotas, a pesar de su derrota, se habían apoderado de la bocana en recuerdo de su valor. En aquel crítico momento fueron ellos, puedo decirlo, los que nos ayudaron.

Por nuestra parte, debimos haberles parecido una aparición de sombras furtivas, amenazadora, confusa, completamente inexplicable e inesperada. La voz lastimera en medio de la bruma dijo de nuevo:

—Dejadlos. No respondáis. Pasarán de largo; pues ninguno de ellos murió en la playa... todos murieron en el agua. Sí, en el agua.

Supongo que el hombre intentaba tranquilizar a sus compañeros y a sí mismo. Su idea era, sin duda, que en la playa estaban a salvo de los fantasmas de esos ingleses que nunca consiguieron desembarcar. De pronto el resplandor se hizo más grande y más intenso: comprendí que estaban echando más leña al fuego.

Seguí remando y poco a poco las intensas crepitaciones de las ramitas secas se alejaban cada vez más, las iba amortiguando la bruma. Por fin cesaron del todo. Entonces me entró una especie de debilidad y, halando el remo, me senté al lado de Serafina. Anhelaba oír el sonido de su voz, alguna palabra cariñosa, la caricia de un murmullo a mi alma perpleja. Estaba seguro de ella como se está de una conquista rara, de un tesoro cuya posesión simplifica la vida convirtiéndola en una especie de adorable tutela... y me sentía tan en sus manos que un abrumador sentimiento de culpa me hacía temer hablar con ella. El ligero oleaje de alta mar balanceaba el bote arriba y abajo.

De pronto Castro dejó escapar una especie de lúgubre risita y yo empecé a reprocharle en voz baja su apatía. Incluso con su único brazo, debería haber obedecido mi orden de que remase. Yo no podía comprender que no nos hubieran disparado. Castro me lo aclaró con unas cuantas palabras malhumoradas y desdeñosas. Según su comentario al incidente, la gente de Río Medio era idiota, de naturaleza bestial, temían lo que no conocían.

—Castro, mis compatriotas muertos no han malgastado su valor; nos han apoyado como verdaderos amigos —susurré yo, entusiasmado por nuestra huida.

—Esos insensatos ingleses —farfulló él—. Un enemigo muerto nos habría venido mejor. Si el caballero no tiene más que amigos muertos...

Su áspero y amargo refunfuño se interrumpió. Entonces la voz de Serafina dijo dulcemente:

—Tú eres el amigo, Tomás Castro. Recibirás una recompensa de amigo.

—¡Ay, Señorita! —suspiró él—. ¿Qué me queda por hacer en este mundo... a mí que he entregado mi última moneda de plata para sufragar sendas misas por las almas de ese hombre ilustre y de su primo don Carlos?

—Te haremos muy rico, Tomás Castro —dijo la joven con decisión, como si en la barca hubiese sacos de oro.

El respondió a la rimbombante frase de agradecimiento con un susurro amargo, ausente. Yo sabía perfectamente que no fue por dinero, ni por afecto... ni siquiera por lealtad a los Riego, por lo que él me había ayudado. Fue por obedecer la última recomendación de Carlos. Se arriesgaba para salvarme, pero me negaba su lealtad.

Era todavía el mismo hombrecillo rechoncho, proclive al asesinato, con su cuchilla de acero atornillada al muñón de madera de su antebrazo; el mismo que había visto andar de puntillas como un pichón ávido de sangre en el entrepuente del barco que nos había traído de nuestro país. Le oía farfullar con un desprecio casi increíble, sardónico, que en efecto el señor muy pronto no tendría más que amigos muertos si se abstenía de golpear a sus enemigos.

—Si el señor se hubiese aprovechado, como habría hecho cualquier cristiano sensato, de la excelente oportunidad que la Providencia le proporcionó de desembarazarse del juez O'Brien, permitiendo que lo apuñalaran, ahora no estaríamos condenados a vagar en esta miserable barquichuela. ¡Qué disparate! ¡Qué disparate! Un simple empujón al cuchillo y ahora estaríamos todos a salvo en nuestras camas...

Me hablaba con un enojoso tono de superioridad, y esa verdad, despojada de cualquier pretensión caballeresca, me seguía horrorizando. Estaba claro que, al prescindir de esa vida indefensa, yo había sido culpable de crueldad, para satisfacer mi conciencia. Serafina estaba a mi lado; era ella la que iba a sufrir por mi culpa. Yo había permitido que su enemigo saliera ileso porque lo había encontrado desarmado. ¿Había actuado como un inglés y como un caballero, o simplemente como un insensato que satisface su sensibilidad a expensas de los demás? Además había gente inocente, como los criados de los Riego, como el mismo Castro, como Serafina, a los que mi magnánima indulgencia había arrastrado a todos esos peligros, esas dificultades, y ese destino incierto.

Ella no dio muestras de haber oído las palabras de Castro. El silencio de las mujeres es impenetrable. Parecía como si mi control sobre el mundo (dado que ella era para mí el mundo entero) hubiese disminuido por esa sombra de decoro que distingue entre matar y asesinar. Pero de pronto noté que, sin que su figura cubierta se hubiese movido, su manecita se deslizaba en la mía. Su suave calor pareció dirigirse directamente a mi corazón, actuando como un sedante, un tónico... como si ella hubiese deslizado en la palma de mi mano un arma de una extraordinaria y sugerente potencia.

—¡Ah!, es usted generosa —le susurré yo muy cerca del faldón de su capote, cuya sombra ocultaba su rostro.

—Ahora debe usted pensar en sí mismo, Juan —dijo ella.

—¿En mí mismo? —repetí yo tristemente—. Sólo puedo pensar en usted, y sin embargo está usted tan lejos... tan fuera de mi alcance. Entre usted y yo se interponen sus muertos... y todo lo que ha perdido.

Me tocó el brazo.

—Soy yo la que debe pensar en mis muertos —susurró ella—. Pero usted debe pensar en sí mismo, porque yo ahora ya no tengo nada mío en este mundo.

Sus palabras me afectaron como el murmullo del remordimiento. Era cierto. Ella tenía sus riquezas, sus tierras, sus palacios; pero su único refugio era aquel pequeño bote. El padre de Serafina se había aislado tanto durante su largo retiro en los últimos años de su vida que su hija no contaba más que conmigo para que la protegiese de las intrigas de su propio intendente. Y al pensar en nuestra desesperada situación, en los sufrimientos que nos aguardaban en aquel pequeño bote, con la perspectiva de una muerte lenta al final, dudé por un momento. ¿No debería regresar a la bahía y entregarme? En tal caso, según lo expresó Castro, nos cortarían el cuello por amor al juez.

Pero a Serafina la chusma la llevaría a la Casa en palmitas... dada su veneración por la familia y su temor a O'Brien.

—Así pues, señor —masculló él—, si para usted el sol de mañana cuenta tan poco como para mí, demos la vuelta a la proa del bote.

—Más bien pongamos nuestras manos en los costados y hagámoslo zozobrar —dijo Serafina con una indignación propia de un alto mando.

Yo no dije nada. Si hubiera podido llevarme conmigo al otro mundo a O'Brien, habría muerto gustoso para librarla a ella de padecer siquiera una pulla. Pero, como no era posible, tenía que venirse conmigo; debía sufrir porque yo me aferraba a ella como los hombres se aferran a sus esperanzas de conseguir los más preciados bienes... con una exaltada y egoísta dedicación.

Castro se había adelantado como para mostrar su buena disposición a virar el bote. Mientras tanto oí un chasquido. Un débil destello dio de lleno en sus borrosas manos bajo el halo negro del ala de su sombrero. De nuevo chasquearon el pedernal y la cuchilla, y una chispa roja centelleó en la proa. Había encendido un cigarrillo.

CAPÍTULO II

El silencio, la inmovilidad, la más extrema cautela, eran condiciones imprescindibles para nuestra salvación. Pero yo no tenía corazón para reprocharle el peligro que causaba a Serafina y a mí mismo. La bruma era tan espesa ahora que apenas podía distinguir su silueta, aunque percibía claramente el aroma del tabaco.

El acre olor a picadura pareció unir los acontecimientos de los últimos tres años en una sola aventura ininterrumpida. Me acordé de la playa de guijarros, de la cubierta del viejo Thames. Trajo a mi memoria la primera visión que tuve de Serafina, y la magnificencia blasonada del lecho en que Carlos agonizó. Todo esto vino y se fue en una bocanada de humo; pues, de todo el poder de seducción con que Carlos ejercía su encanto, en ninguna parte quedaban huellas tan profundas como en el corazón de aquel pobre bandido encanecido que, cual filósofo o forajido, daba chupadas a su cigarrillo mientras la muerte, enmascarada y oculta por la bruma, se cernía sobre nosotros. Y entonces, ¡oh cielo sereno de mi ocaso!, su presencia se hizo verdaderamente audible en unos golpes precipitados y rítmicos, acompañados de un animado punteo.

Enseguida aumentaron los ruidos y Castro se decidió finalmente a tirar su cigarrillo. Serafina se agarró a mi brazo. El ruido de los remos, acelerando su marcha a los sonos precipitados de una guitarra, se abatió sobre nosotros con aguerrida ferocidad.

—Caramba —murmulló Castro—. ¡Es ese chiflado de Manuel en persona!

Entonces dije yo:

—Tenemos ocho balas entre los dos, Tomás.

Castro puso sobre mis rodillas su par de pistolas.

—Disponga de ellas como a su Señoría le plazca —murmuró.

—No debes darte por vencido todavía —susurré yo.

—¿Qué más da que yo me dé por vencido? —masculló él con lasitud—. Además, cuento con la cuchilla que llevo en el muñón. Si no estuviese dispuesto a abandonar este mundo completamente solo... Escuche cómo canta ese imbécil.

Una amortiguada voz de fasete flotaba por encima de aquella bruma asentada sobre el mar como un denso y lechoso sedimento de aire, sobre el que se reflejaba extrañamente la luz de la luna. Nos pareció estar respirando en el seno de un mar poco profundo, blanco como la nieve, reluciente como la plata, y de una opacidad por todas partes impenetrable salvo por encima de nuestras cabezas, donde el disco amarillo de la luna brillaba a través de una tenue nube de vapor. La feroz alegría de aquellos golpes sordos, el sonido metálico de la guitarra, el estridente canto, fueron en crescendo hasta culminar en un estallido de voces balbuceantes, una insensata

aceleración del rasgueo y un grito estruendoso, «¡Alto amigos!», seguido de un estrépito de remos.

Ahora parecía imposible escapar. Al menos lo pareció mientras hablaban. Una mancha oscura fue vislumbrándose poco a poco en la brillante extensión de la bruma. Cambió de posición desde que la divisé por vez primera y luego permaneció inmóvil por detrás del bote. Era la sombra de una barca grande llena de hombres; mas, cuando estos se callaron, ya no estaba completamente seguro de haberla visto. Si se hubieran dado cuenta de nuestra presencia a pocos metros de ellos, no dudo de que habría entre ellos algunos ojos que hubiesen podido detectarnos de la misma manera esquiva. Pero ¿cómo podían siquiera soñar en algo parecido? Hablaban a gritos y debían de ser alrededor de una docena, por lo menos. A veces dejaban escapar un grito juntos, y a continuación permanecían un rato callados como si escuchasen. Más tarde empecé a oír unos gritos de respuesta, que parecían converger sobre nosotros de todas direcciones.

Estábamos justo en medio. Era el bote de Manuel, como Castro había imaginado, y las demás embarcaciones se reunían con él a tientas, sin dejar de gritar:

—¡Ohé! ¡Ohé! ¿Dónde, dónde?

Y la gente del bote de Manuel les respondían con aullidos:

—¡Ohé! ¡Ohé... ee! En esta dirección; ¡aquí!

De pronto Manuel tocó la guitarra con poderío y cantó con inspirado y grandioso acento:

—Guiaros por la canción.

Sus dedos se desmandaron por entre las cuerdas y, por encima de aquel rasgueo, su voz, forzada hasta el tono más agudo, declamó como si se encontrase en medio de una tempestad:

Adoro a los santos en la gloria del cielo,
Y en el polvo de la tierra,
La huella de los pasos de mi amada.

Estaba improvisando. A veces se detenía para tomar aliento; luego, seguía con su serie de punteos amortiguados y yo, mirando con atención, me imaginaba que podía descubrir su silueta en medio de aquel vapor blanco, como la sombra que proyecta desde lejos una vela de sebo sobre una hoja blanca como la nieve... su desgarrada languidez, sus mechones grasientos, la elegancia con que movía la cabeza, la sensiblera forma en que revolvía sus enormes y brillantes ojos.

Yo no había olvidado el sorprendente espectáculo que me dio en el camarote de la goleta cuando, después de confiarme sus infortunios y sus ambiciones, me había obsequiado con una muestra de su arte. Al igual que entonces, una vez que hubo halagado su agresiva vanidad, se puso a cantar y el indeciso rasgueo de su guitarra

empezó a dar bandazos y a titubear por debajo de su voz, como un esclavo borracho siguiendo los pasos a su delirante dueño.

—¡Tris, tris, tras!

Un impetuoso torrente de confusas digitaciones; un repentino pum, como de un torpe tropezón.

—¡Ella es la altiva hija de la vieja Castilla! ¡Olé! ¡Olé! —cantaba él misteriosamente al principio de cada estrofa con desbordante y afectado éxtasis.

Y a continuación se ponía a chillar como si le hubieran arrojado de cabeza contra una roca. El poeta de Río Medio reunía su tripulación de saqueadores mediante una rapsodia sobre una pasión secreta y no correspondida.

—Tras, paf, tris, tris.

Era el capataz de los valientes lugareños. ¡El auténtico capataz! El único capataz.

—¡Olé! ¡Olé! Tras, tras.

Pero era esclavo de los encantos de su amada, de sus labios, de su pelo, de sus cejas, que, según proclamaba en un chillido que se elevaba vertiginosamente, eran como sendos arcos iris tendidos sobre estrellas.

Era una canción de amor, una siniestra parodia, lo que una odiosa mueca de mono es al verdadero dolor de un rostro humano. Tendría que haberme librado de esa intolerable humillación. Me habría resultado bastante fácil alejarme mientras él cantaba y no oírla, pero tenía un plan, el principio de un plan que sería casi como un principio de esperanza. Para llevarlo a cabo, debía aprovecharme de la niebla con el objeto de mantenerme a una distancia desde la que pudiera oírla.

¿Duraría la bruma lo bastante para serme útil? Esa era la única cuestión; y yo pensaba que así sería, pues cada vez se posaba más baja y más densa, y era demasiado pesada para que la pudieran mover los intermitentes embates de la brisa. Era una auténtica bruma nocturna de los trópicos, de esas que suelen formarse al ponerse el sol y tratan de deslizarse poco a poco por la cálida extensión del mar antes de que llegue el amanecer. Una vez en Río Medio, cuando me paseaba muy temprano por las dunas, me detuve a observar debajo de mí a unos hombres, que pescaban desde una barca: al alba sus cabezas emergían extrañamente de una bruma parecida a ésta, que los ocultaba hasta los hombros mucho mejor de lo que podría haberlo hecho el agua. Confiaba en que nuestras cabezas no emergieran tan pronto, aunque me pareció que, simplemente subiéndome a los hombros de Castro, podría alcanzar la luz de la luna, ver la región montañosa de la costa y la arboladura del barco inglés. No podía encontrarse muy lejos, ojalá pudiera saber en qué dirección. Pero un inestable bote no era la plataforma adecuada para unos ejercicios acrobáticos y Castro no era exactamente el hombre que se precisaba.

El más ligero ruido nos delataría y, además, el asunto no merecía la pena, pues incluso suponiendo que lograra vislumbrar los palos del barco, tendría que volver a

descender a la bruma para seguir remando y en ese caso no dispondríamos de ninguna referencia que nos sirviera de guía para no extraviarnos, a menos que me subiese de nuevo a los hombros de Castro cada diez o doce golpes de remo para rectificar la dirección... procedimiento evidentemente impracticable y absurdo.

Ella es la altiva hija de la vieja Castilla ¡Olé! ¡Olé!

Manuel cantaba confidencialmente con una suave y elegante cadencia... Evidentemente era impracticable. Pero yo tenía otra idea.

Tris, tris, paaaf... Buuum. Buuum.

Manuel cantaba:

Mi corazón suspira por la limosna de una sonrisa.

Por una mirada indulgente suspira mi altivo corazón...

¡Ah, si uno pudiera añadir un metro a su estatura! ¡Sólo un metro o metro y medio! Parecía como si entre la luna y yo no hubiese más que un delgado velo. Sólo una fina neblina. Pero a la altura de mis ojos todo estaba oculto. Por detrás del velo blanco llegaba el lamento de las cuerdas, estridente, lúgubre y vigoroso en su arrebatado ficticio, como si se burlara de la ardiente tristeza que mi indignidad me producía, del supremo tormento y el íntimo orgullo de mi amor casto. En las intensas pausas podía escuchar el impacto sordo de las regatas al chocar entre sí, el ligero chapoteo de los remos, la llamada lejana de algunos rezagados buscando a tientas su camino en aquel mar amortajado.

La crueldad apasionada que corría por su sangre mantenía a esos asesinos en completo silencio en el fondo de sus botes. Igualmente podía imaginarme, en mi país, un grupo de contrabandistas (no se detendrían por un asesinato más o menos) escuchando con rostros pensativos una cancioncilla sentimental sobre cierta «linda Nancy» y dando tristes alaridos y fumando en pipa entre las cuatro paredes de una cervecería al borde del camino. Me pareció comprender perfectamente lo que distingue a una raza de otra... diferencia que lleva consigo el espíritu de aventura cuando no engendra odio. Al escuchar la canción de Manuel se me revolvió el estómago. Odiaba sus lamentaciones. «¡Ay de mí! ¡Ay! ¡En vano, en vano!». Rasgueaba las cuerdas con vertiginosa celeridad, con furia, y el enloquecido clamor de su voz, luchando frenéticamente con los rabiosos acordes de la guitarra, culminaba con un grito penetrante y supremo.

—Acabado. Se ha acabado.

Un débil murmullo de aprobación llegó a mis oídos, luego las austeras aclamaciones de los expertos: «¡Viva, viva Manuel!, —finalmente un chillido de ferviente admiración—: Ah, nuestro Manuelito»...

Una voz ronca bromeaba con jovialidad:

—No te preocupes Manuel. ¿Qué ha sido de Paquita, la del diente partido? ¿Te ha dejado, eh? Por Dios, hombre, a oscuras todas las mujeres se parecen.

—Voy a atiborrar tu sucio gaznate de carbones encendidos —dijo con rencor la voz cansina de Manuel.

La ocurrencia provocó una estruendosa carcajada. Me imaginaba el aspecto de todos ellos, sus violentos ademanes, sus pendientes, sus cabezas duras, sus harapos, sus armas, sus infames entrecejos en sus rostros atezados y gesticulantes. Mi ansiedad los percibía tan claramente como cualquier objeto visto con los ojos del cuerpo. Mi aguzado oído captaba cualquier palabra con una claridad sobrenatural. Y tenía la impresión de que, con el anillo de Giges en mi dedo, asistía invisible al consejo de mis enemigos.

Reinaba una bulliciosa animación que nos resultaba extraordinariamente interesante. El barco, que había sido visto hacia el mediodía bordeando la costa, impulsado por una ligera brisa, no se había acercado lo suficiente a la bahía para ser atacado cómodamente antes del crepúsculo. Lo habían esperado durante toda la tarde, durmiendo y jugando en el banco de arena. Pero su aspecto algo pesado les había despertado pusilánimes sospechas y había contenido sus ardores. Les parecía peligroso. ¿Y si fuera un buque de guerra inglés camuflado? Algunos incluso pretendieron reconocer en él de forma concluyente a una de las más veloces fragatas de la escuadra de Rowley. Mientras ellos reñían había caído la noche y su flotilla bordeaba la costa, discutiendo los hombres, debatiéndose entre la rapacidad y el miedo, sobre la verdadera naturaleza del barco, aunque sin dejar de acosar unánimemente a Manuel (ya que decía que él sería su único capataz) para que fuese descaradamente a investigar.

Al parecer, eso es lo que había estado haciendo con la ayuda de unos cuantos elegidos y bajo la protección de la bruma. Habían logrado acercarse sigilosamente al barco, lo suficiente para escuchar las conversaciones de los ingleses a bordo, las órdenes dadas y los gritos de «hala» de los invisibles marineros aparejando las vergas según cambiaba el viento. Por supuesto, esto último fue decisivo: tales voces no se oyen en un buque de guerra. Debía tratarse de un mercante: sería una presa fácil. Exaltado por su valentía y atrevimiento, Manuel regresó a la costa para reunir a todas las embarcaciones que rodeaban la suya y conducir las hacia un seguro botín. Pronto averiguarían, declaró él, lo que tenía en mente su bravo Manuel, en lugar de ese vagabundo, ese extranjero, ese andaluz muerto de hambre, ese traidor, ese infiel, ese tal Castro. Oculto en la bruma, parecía perorar todo esto sólo para que nosotros lo oyéramos, como si pudiese vernos en nuestra barca... Paciencia, paciencia. Algún día le pararía los pies a este intruso y lo pondría boca abajo bajo un sol agradable.

Castro hizo un brusco movimiento; un ligero escalofrío de asco se le escapó a Serafina... Mientras tanto, Manuel declaraba con su audacia habitual que era como si el barco fuese ya suyo.

—¡Viva el capataz! —aclamaron todos.

Los nebulosos vapores que cubrían el mar amortiguaron este breve berrido; oímos una risa siniestra y gritos excitados. Manuel empezó a largar un discurso que tenía preparado, y su voz, que les arengaba con inflexiones vehementes bajo la brillante blancura de una nube, tenía un asombroso tono de incorporeidad, distintivo de la sorpresa abstracta, de la fenomenal emoción gritada al espacio vacío. Y para mí tenía además la fascinación de una profundidad recién descubierta.

Fue como el discurso de un cabecilla ambicioso en una farsa: con su elocuencia mantenía la atención de su auditorio, como había ocurrido con la canción de su grotesco y profanador amor. Se jactó de su sagacidad y valor, y los destinatarios de sus invectivas incluían a toda clase de nombres... entre ellos, el mío y el de Castro. Reveló los infames ideales de esa banda de canallas... ideales que, según dijo, serían saciados bajo su mando. Alardeó de sus conferencias en secreto con O'Brien. Esto último produjo murmullos de satisfacción.

No me asombró el escalofrío de horror, de repugnancia, de consternación y de indignación que experimentó Serafina. Privada del inexpugnable refugio de Casa Riego, ella también debía inspeccionar aquellos abismos, tenía que considerar la bestialidad, la codicia y las ilusiones de aquella sórdida chusma de sabandijas. Sentí por ella una pena y una vergüenza profundas. Era como un ataque sacrílego a la santidad de su luto por los muertos, a su visión clara y apasionada de la vida.

—¡Hombres de Río Medio! ¡Amigos! ¡Valientes!...

Manuel comenzaba su perorata. Ahora les conduciría hasta el barco inglés. Los aterrorizados herejes se rendirían enseguida. Siempre había oro en los barcos ingleses. Interrumpió su discurso y luego gritó:

—Que las barcas se mantengan en contacto unas con otras para no perdernos en esta bruma.

—El perro —gruñó Castro.

Escuchamos un resuelto bullicio de preparativos: embarcaban los remos.

—Preparado, Tomás —le dije en voz baja.

—¿Preparado para qué? —refunfuñó él—. ¿Cómo quiere escapar su Señoría de estos cerdos?

—Debemos seguirles —contesté yo.

—La locura de los compatriotas del señor se ha apoderado de él —cuchicheó él con sardónica cortesía—. ¿Por qué seguirles?

—Para dar con el barco inglés —respondí yo rápidamente.

Esa había sido mi idea desde el momento en que oímos la guitarra de Manuel. Dado que la bruma que nos ocultaba de su vista nos impedía también irremediablemente ver el barco inglés, esos miserables nos conducirían hasta él con sus propias garras, por así decirlo. No lo propuse como una idea genial. Era un recurso de lo más arriesgado y casi desesperado; pero la situación era tan crítica que no había otra alternativa salvo quedarse quietos y esperar cruzados de brazos a que nos descubrieran. Castro parecía inclinarse más por esta última solución.

Afortunadamente los bandidos perdieron algún tiempo en discusiones blasfemas en cuanto al orden de las embarcaciones en el despliegue del ataque. Le insistí a Castro, en apresurados cuchicheos, acerca de las ventajas de mi plan: Su asentimiento era importante, dado que podía utilizar con soltura un remo, mientras que, si me quedaba solo, yo no podría remar lo bastante rápido para poder seguir oyendo a la flotilla.

—¿De qué nos servirá, si el barco caerá en manos de Manuel? —argumentó él, malhumorado.

Por otra parte, no podíamos esperar a que el barco fuese saqueado y puesto en libertad, ya que ni la bruma ni la noche durarían eternamente.

—Mis compatriotas los rechazarán —afirmé yo, convencido—. En todo caso, debemos estar en nuestros puestos. Podríamos intervenir. Y recuerde, Tomás, que esta vez no es usted quien los guía.

—Cierto —dijo él, apaciguado—. Pero hay otra cosa que merece la atención de vuestra Señoría... Si seguimos ese plan, exponremos a la Señorita a una lluvia de balas. Y el plomo, ¡ay!, a diferencia del acero, es ciego; de lo contrario aquel ilustre hombre no estaría ahora muerto. Si esperamos aquí, al menos la Señorita no tendrá nada que temer de esos rufianes, como ya le he dicho.

—¿Le asustan las balas? —le pregunté a Serafina.

Antes de que ella respondiese, Castro me siseó:

—Oh, es usted un inglés incalificable. ¿Sacrificaría también a la hija, simplemente porque es valiente?

Su siniestra alusión hizo que me hirviese la sangre de rabia y se me helase de golpe. Envueltos en aquella brillante nube, comprobamos que los ruidos de disputas y peleas se desvanecían y oímos gritos de «¡Preparados! ¡Listos!»; luego, una inesperada y brutal carcajada. Serafina se inclinó para delante.

—Tomás, me gustaría hacer eso. Se lo ordeno —murmuró ella imperiosamente—. Ayudaremos a esos ingleses del barco. Debemos hacerlo; se lo ordeno. Pues ese pueblo es el mío a partir de ahora.

Oí que Castro se quejaba:

—Ah, sombra querida de mi Carlos. ¡Su pueblo! ¿Cuál es el mío ahora?

Pero desmontó el remo y se sentó a esperar.

En los instantes que precedieron a la partida de los piratas fui presa de la más intensa ansiedad. Sabía que estábamos del lado del mar más próximo al grupo de barcos. Pero ignoraba por completo nuestra posición con respecto a las embarcaciones y al navío inglés hacia el que ellas se dirigían. Podría ser que el bote se encontrara justamente en su camino. Antes de que pudiese dominar esa especie de turbación que me produjo tal pensamiento (que, por extraño que parezca, hasta entonces no se me había ocurrido), Manuel dio la señal con un estridente silbido.

Siempre estamos dispuestos a fiarnos más de nuestros ojos que de nuestros oídos, y es tal la predisposición convencional con la que recibimos las impresiones de nuestros sentidos que yo no tenía ni idea de lo cerca que estaban de nosotros los piratas. La destrucción de mi ilusorio sentido de la distancia fue de lo más sorprendente. Inmediatamente, al parecer, con la segunda inmersión de los remos, las embarcaciones estarían a nuestra altura. Venían directamente contra nosotros. Era como si nos rozara una avalancha de rocas. Creí sentir el aliento de su acometida.

El rápido estrépito de los remos, el murmullo excitado de las voces, la violenta agitación de las aguas, pasaron a nuestro lado con un ímpetu que me cortó la respiración. Habían partido en masa. Entre ellos debía haber por lo menos una dotación de negros, ya que alguien tocaba ingeniosamente un tamboril y los remeros cantaban en voz baja con palpitante prisa: «Jo, jo, talibambó... Jo, jo, talibambó». Inmediatamente se perfiló una de las barcas: una fila de cabezas se balanceaba de atrás a delante, destacando a popa una figura de cuerpo entero tan derecha como una vela. Una voz que se alejaba vociferó: «¡Silencio!». Los sonidos y las formas se desvanecieron juntos en la bruma con asombrosa celeridad.

Con la cabeza descubierta y la capa quitada, Serafina seguía con la mirada los fugaces murmullos y sombras que estábamos persiguiendo. A veces nos avisaba: «Un poco más a la izquierda», o «¡Más rápido!». Tuvimos que emplearnos a fondo, pues Manuel, en un exceso de confianza, llevaba un ritmo vertiginoso.

Supongo que al principio se orientaría por la luz del promontorio. Yo no sabría decir adonde se dirigía cuando la niebla sepultó aquel débil resplandor; pero no disminuyó la velocidad ni dio muestras de vacilación. Seguimos la pista por el ruido, y casi nunca perdimos de vista la sombra escurridiza de la barca más a popa. Frecuentemente, en una capa de bruma más densa, el ruido de los remos quedaba amortiguado hasta casi extinguirse; o nos parecía oírlos muy cerca y, asustados, aminorábamos la marcha. Amenazadoras apariciones de barcas surgían por todas partes de manera inexplicable: a derecha, a izquierda, incluso por detrás. Parecían reales, inconfundibles, y antes de que tuviésemos tiempo de esquivarlas, desaparecían por completo. Entonces teníamos que lanzarnos desesperadamente sobre los remos y atraparlos a tiempo para enderezar la dirección.

Luego los perdíamos. Remábamos frenéticamente. Serafina nos urgía:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

De vez en cuando yo le preguntaba:

—¿Puede verlos?

—Todavía no —me contestaba ella lacónicamente.

El sudor bañaba mi rostro. La respiración dificultosa de Castro a mis espaldas parecía el jadeo de un fuelle. De pronto, Serafina dijo en tono desesperado:

—¡Alto! Ahora no puedo ver ni oír nada.

Alzamos los remos inmediatamente y nos pusimos a escuchar con las cabezas bajas. El chapoteo del bote se extinguió poco a poco. Una gran quietud blanca extendía su inactividad sobre el mar.

Era inconcebible. En una o dos ocasiones más remamos con extrema energía durante algunos minutos siguiendo silbidos o gritos imaginarios. Una vez los oí pasar por nuestra proa. Pero fue inútil; nos detuvimos y la luna, desde el fondo nebuloso de su inmenso halo, posó sobre nuestras cabezas su mirada soñadora.

Castro gruñó:

—Su plan toca a su fin, señor don Juan.

Esta nueva dificultad ilustraba mejor que nada la situación tan peculiar y horrorosamente desesperada en que nos encontrábamos. Habíamos perdido el contacto... con una banda de asesinos persuadidos de disponer de nuestras vidas. Y eso era una verdadera desgracia para nosotros; una renuncia. Me negué a admitir su irrevocabilidad, como si eso hubiese perjudicado la lealtad de amigos probados. Le repetí a Castro que inmediatamente daríamos con ellos... probablemente incluso antes de lo que deseábamos. Y en cualquier caso, podíamos estar seguros de oír un fuerte ruido cuando comenzase el ataque al barco. Por lo menos, éste no debía encontrarse ahora demasiado lejos.

—A menos, efectivamente —admití yo con exasperación—, que debamos suponer que esos imbéciles lugareños hayan dejado escapar su presa y anden tan perdidos como nosotros.

Me irritaba el balanceo de su pluma, su fría indiferencia, como si estuviera en letargo.

—Posiblemente; es posible; puede ser.

—Su generosidad inglesa —replicó él— no podría desear mejor suerte para sus compatriotas que mis lugareños, como a su Señoría le gusta llamarlos, se hubiesen extraviado. Están ansiosos por saquear... tienen mucha prisa. Y es el ansia lo que hace que el lobo salte directamente al cuello de sus víctimas.

Durante todo ese tiempo, Serafina no articuló palabra. Pero cuando yo elevé la voz, me hizo un gesto con la mano para que me callase. Y supe, por su resuelta actitud y el movimiento de su cabeza en sombras, que me estaba mirando y escuchando lealmente.

Pasaron unos minutos —muy pocos, debo decir— que no aportaron ningún ruido. La impaciencia de la espera nos hacía sumergir nuestros remos al azar, sin ningún propósito, sin medios para juzgar si nos dirigíamos mar adentro, hacia la orilla, al norte o al sur, o simplemente en círculo. En un momento dado, nos lanzamos con entusiasmo a perseguir un chapoteo, debido sin duda al salto de algún pez. Cuando Serafina me tocó, mi cabeza estaba suspendida sobre el remo parado.

—¡Ya veo! —dijo ella, señalando a proa.

Castro y yo escrutamos la superficie del mar horizontalmente pero no vimos nada. Ni una sombra. Por otra parte, si estaban tan cerca, deberíamos haber oído algo.

—¡Creo que es la tierra! —murmuró ella—. Está usted mirando demasiado bajo, Juan.

En cuanto miré más arriba también lo vi: sobresalía amenazadoramente como el saliente de un acantilado. ¿Adonde demonios nos había llevado nuestra metedura de pata? Durante un momento quedé desconcertado. Los flameantes reflejos de una luz revoloteaban por encima de la confusa silueta. Entonces reconocí lo que estaba mirando. Habíamos encontrado el barco.

La bruma era tan superficial que allí arriba la parte superior de una popa pesada, así como los pasamanos y candeleros que la coronaban formando una especie de balaustrada, sobresalían en medio de aquel resplandor vaporoso como el balcón de un edificio invisible, pues los costados del casco se hundían en la densa capa blanca de abajo. Y echando hacia atrás la cabeza, localicé sus velas en calma, pináculos de sombra gris perla que se alzaban inmóviles y a mucha altura apuntando a la luna.

Un resplandor rojizo fluctuaba en la cubierta del barco. ¿Sería un fuego? El barco estaba más silencioso que una tumba. ¿Estaría abandonado? Me había prometido abordarlo, pero había algo extraño y misterioso en aquel fragmento de navío mudo que emergía de la bruma. Dimos únicamente una o dos paladas para aproximarnos a la popa y luego nos detuvimos. Yo recordaba la advertencia de Castro: la ceguera del plomo; pero lo que me detuvo fue su profundo silencio. Parecía presagiar alguna amenaza inconcebible. Llamé con indecisión, como si no esperase que me respondieran:

—¡Ah, del barco! Nadie me contestó con el inmediato «Hola», habitual de los vigías, aunque el barco no estaba abandonado. En efecto, mi grito había hecho saltar a un gran número de gente, a juzgar por los ruidos y las palabras que me llegaban de arriba.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Un grito?

—¿Hay un barco cerca?

—En inglés, señor.

—Que baje uno de vosotros a buscar al capitán —ordenó una voz autoritaria—. Acaba de descender hace un minuto. No asustéis a las damas. Llamadle discretamente.

Siguió una conversación confidencial en voz baja.

—¿Ves algo?

—No puedo, señor.

—¿Qué es lo que se mueve ahí?, me pregunto.

—A popa, me parece, señor.

—Maldita bruma, es tan espesa como un puré de guisantes.

Esperé y, perplejo tras un momento de silencio, oí un severo «Aléjense».

CAPÍTULO III

No sospechaban lo cerca que estábamos de ellos. Inmediatamente su disposición me pareció peligrosa. Parecían estar bastante alerta y, me imaginaba, se disponían a actuar enseguida. Grité, amortiguando mi voz con cautela.

—Soy inglés y huyo de los piratas de estas costas. Necesitamos su ayuda.

No hubo respuesta, pero para entonces el capitán había vuelto a cubierta. El bote debió haber ido a la deriva hasta mucho más cerca, pues vi aparecer vagamente detrás de la batayola, una, dos, tres figuras en fila, cuyas corpulentas siluetas destacaban amenazadoramente por encima de mi cabeza, de la misma manera que en medio de la bruma los hombres parecen de mayor estatura.

—Dice que es inglés. Es probable —declaró una nueva voz.

Arriba celebraron una apresurada consulta, de la que sólo capté algunas frases sueltas y la general preocupación que les embargaba.

—Sabemos perfectamente que aquí hay un inglés... Sí, un segundo oficial que desertó... Mató a un hombre en un barco de Bristol... ¿Cuál era su nombre?

—¿No quieren contestarme? —grité yo.

—Sí, le contestaremos tan pronto como le veamos... Mantenga los ojos alerta sobre la cubierta, de proa a popa... ¿Listos, muchachos?

—Todos listos, señor —respondieron unas voces desde más lejos.

—Escúchenme —supliqué yo.

Alguien gritó bruscamente.

—No es éste el lugar para esas bonitas historias de ingleses en apuros. Sabemos muy bien dónde nos encontramos.

—Se encuentran a la altura de Río Medio —comencé yo con inquietud— y yo...

—De cualquier modo, diga la verdad como un británico —comentó perezosamente una voz cansina.

—Enviaré otro hombre a la bomba —sugirió una voz reflexiva—. Para estar seguros de la fuerza, míster Sebright, ya sabe.

—Desde luego, señor... Contra maestre, otro marinero a los frenos.

—Me han tenido cautivo en tierra —dije—. Escapé esta tarde, hace tres horas.

—¿Y encontró este barco en la niebla? Dio con él por casualidad, ¿no es eso?

—No es momento para andarse con frivolidades, se lo juro —continué yo—. Han salido a alta mar en su busca, con todas sus fuerzas. Les he oído. Estaba con ellos cuando zarparon.

—Le creo.

—Debe de haberseles escapado el barco.

—De modo que, entretanto, usted viene a tener una charla amistosa. Es muy amable. Asqueroso tiempo, ¿no es cierto?

—Quiero subir a bordo —grité yo—. Debe de estar usted loco si no me cree.

—Nos creemos todo lo que nos ha dicho palabra por palabra —se guaseó la voz de Sebright tranquilamente.

De pronto intervino otro.

—Nichols, ahora me acuerdo, señor.

—Claro, claro. Ese es su nombre.

—Yo no me llamo Nichols —protesté.

—¡Vamos, vamos! No empiece mintiendo —protestó Sebright.

Alguien se rió discretamente.

—Se equivoca usted, palabra de honor —dije yo—. Nichols hace ya tiempo que abandonó Río Medio.

—Unas tres horas, ¿no? —dijo la voz cansina prolongando en esos minutos preciosos tan insufrible disparate.

Era evidente que Manuel se había extraviado, aunque me temía que no por mucho tiempo. Se separarían para buscarnos. Y ahora que yo había encontrado ese inesperado barco, parecía imposible que otro no pudiera encontrarlo.

—De un momento a otro pueden ser ustedes abordados por más de una docena de embarcaciones. Les prevengo seriamente. ¿Me dejan subir?

Un tenue silbido se oyó a bordo. Estaban impresionados.

—¿Por qué nos dirá eso? —inquirió alguien en voz baja.

—¿Por qué demonios lo dirá? No es nada nuevo, ¿verdad? Es un truco canallesco. Este hombre es capaz de cualquier cosa. ¡Vaya, vaya!, el Jane va a ser capturado en pleno día por dos barcas que fingen vender verduras.

—Tengan cuidado, o, por el Cielo, les cogerán por sorpresa. Son muchos —dije yo del modo más impresionante que pude.

—Tengan cuidado. Son muchos —gritó alguien, víctima de una especie de pánico.

—Oh, sé lo que pretende —me dijo la voz de Sebright—. Asustarnos, ¿no? No hagáis caso a lo que dice este granuja. Manteneos firmes. Mataremos a muchos de ellos.

La respuesta fue una especie de pugnaz protesta airada, un estruendo de machetes y risas, como en broma.

—Bien, muchachos; vosotros, artilleros, procurad echarlos con la cabeza bien alta. Jack, no pierdas de vista a ese pobre inglés en apuros. ¿Qué ha sido eso? ¿Un ruido en la bruma? Estar atentos. Vamos, pues, ¡cocinero!...

—El servicio está ya dispuesto, señor —le respondió una voz.

Era una verdadera locura. ¿Era posible que pensarán en comer? Pero incluso esas palabras inglesas hicieron que mi corazón palpitara por lo que tenían de familiar. Creía

reconocer todas las voces, como si ya hubiese hablado con cada uno de aquellos hombres. Me traían recuerdos del pasado, como las voces amigas. Mas en aquella angustiosa conversación, tan desconcertante e irracional, había una extraña impertinencia, una ligereza, una enemistad, como la de esos hombres inaccesibles que se aparecen en nuestras pesadillas.

Tanto nosotros, en el bote, como ellos, a bordo del barco, escuchábamos ansiosamente. Durante algún tiempo reinó un profundo silencio.

—A mí me trae sin cuidado —intenté decirle una vez más, hablando con claridad—. Pero en el bote hay también una dama a quien amenaza un gran peligro. ¿No harán nada por una mujer?

Por el murmullo que se oyó a bordo comprendí que mis palabras habían causado cierta sensación.

—¿O es que a toda la tripulación de este barco le asusta dejar que un pequeño bote se ponga a su costado? —añadí yo, al cabo de un rato, tras esperar una respuesta.

Alguien a bordo se aclaró ligeramente la garganta.

—¡Ejem!... Comprenda, no sabemos quiénes son ustedes.

—Ya le he dicho quién soy. La dama es española.

—Ni más ni menos. Pero en estos tiempos que corren hay ingleses e ingleses. Algunos de ellos frecuentan muy malas compañías en tierra, y otros a bordo. No puedo pensar en subirles a bordo a menos que sepa algo más de ustedes.

Me pareció detectar algo de mala intención en aquella voz suave. Tanto es así que oí por casualidad un rápido intercambio de refunfuños allá arriba.

—¿Le veis todavía?

—Nada en absoluto, señor.

—Esperen, les digo.

Nada podía hacer desistir de su idea fija a aquellos hombres, que parecían disfrutar tanto de la perspicacia de sus sospechas. Nos enfrentábamos a las más peligrosas disposiciones de ánimo. Eso hacía que fueran tan poco de fiar como muchos lunáticos. Eran capaces de todo, de atraernos con engaño a su costado para desfondar el bote y ahogarnos antes de descubrir su error, si es que llegaban a descubrirlo. Aunque así fuese, aquello era peligroso; y sin embargo yo era extremadamente reacio a abandonarles. Pero ¿qué íbamos a hacer? ¿Qué les diríamos? ¿Cómo debíamos actuar?

—Castro, esto es horrible —dije yo con la mirada vacía.

Que estuviese empezando a irritarse, a preocuparse y a arrastrar los pies no hacía más que agravar mi consternación. En cualquier momento podía ponerse a jurar en español y eso inevitablemente nos traería una lluvia de balas, disparadas a ciegas.

—No debemos esperar nada de la gente de ese barco. Ni siquiera podemos subir a bordo.

—Por lo menos sin la ayuda de Manuel, al parecer —dijo Castro con amargura—. Es extraño, ¿no es verdad, señor? Sus compatriotas... sus excelentes y virtuosos compatriotas. Generosos, valientes y perspicaces.

—Llevan razón —dijo de pronto Serafina—. Hacen bien sospechando de nosotros en un lugar como éste.

En su tono reprobatorio había un matiz de tranquilidad y de fe.

—Nos serán más útiles cuando estén muertos —refunfuñó Castro—. Los otros compatriotas muertos del señor nos sirvieron bien.

—Les daré grandes, muy grandes sumas de dinero —gritó de repente Serafina en dirección al barco—. Soy la señorita Serafina Riego.

—Hay una mujer... es la voz de una mujer, lo juraría —oí exclamar a bordo.

—Sí, sí —volví a gritar—. Hay una mujer.

—Tal vez. Pero ¿de dónde vienen? Usted es un inglés en apuros, ¿no es cierto? —replicó una voz.

—¿Nos dejarán subir a bordo de su barco? —dijo Serafina—. Subiré yo sola... Serafina Riego.

—¿Eh, quién? —preguntó la voz.

Sentí en la nuca un ligero soplo de brisa. Nos apremiaba la prisa.

—Nos escapamos para casarnos —exclamé yo.

En el barco empezaron a gritar órdenes.

—Oh, se ha equivocado de sitio. Lo que usted necesita para salir de ese apuro es una iglesia —replicó brutalmente la voz, por encima de los otros gritos que ordenaban bracear las vergas.

Volví a gritar pero mi voz debió perderse en medio de los crujidos de motones y vergas. Estaban atentos esperando la ocasión de escaparse... cualquier ráfaga de viento. El barco ya no se distinguía tan bien, como si se me hubiese nublado la vista. Una voz gritó a bordo: «Basta ya», pero el barco ya había desaparecido de mi vista. Entonces la ráfaga de viento desapareció también dejándonos más solos que nunca: únicamente con el pequeño disco de la luna suspendido verticalmente encima de la bruma.

—Escuchen —dijo Tomás Castro, después de unos instantes de silencio que nos parecieron una eternidad.

No hacía falta que hubiese hablado: Manuel se había perdido, de eso no cabía la menor duda, y estoy convencido de que el barco había arremetido directamente contra la flotilla. Había una inconfundible índole de sorpresa en el tumulto lejano, que surgió de pronto y cesó con la misma prontitud, después de una o dos ráfagas.

—Ahora, Castro —grité yo.

—¡Ajá! ¡Bueno!

Retrocedimos con un vigor que pareció elevar el bote por encima del agua. El alboroto aumentó de volumen e intensidad.

Fue desde el principio un cuerpo a cuerpo, entablado de repente, como si los asaltantes hubiesen logrado abordar en masa y, por así decirlo, de golpe. No hubo disparos. Demasiado lejos para oír el intercambio de golpes y no distinguiendo todavía nada del barco, nos vimos abocados al parecer a una perniciosa contienda de voces, de sombras con pescuezos curtidos, en la que estaban presentes todos los gritos de batalla: rabia, aliento, furia, odio y dolor. Estos últimos, los gritos de dolor, se oían con sorprendente nitidez. Hubo también chillidos y aullidos. Y de pronto, cuando nos acercábamos al barco, pero antes de que pudiéramos vislumbrar alguna señal de su presencia, tropezamos con un bote. Tuvimos que dar un viraje para evitarlo. Parecía haber abandonado la lucha en completo desorden; iba a la deriva, sin ningún remo fuera, lleno de hombres que se retorcían y caían unos sobre los otros, chillando como si los estuviesen desollando. Por encima de esa mezcolanza de figuras en el centro del bote, un hombre de elevada estatura, de pie en la escota de popa, se deshacía en atroces imprecaciones y agitaba los puños por encima de su cabeza.

El tosco bote pasó, levantando espuma, a una distancia similar al largo de un remo, no más, dirigiéndose sin rodeos hacia el clamor del combate. La última ráfaga de viento debía haber disipado la bruma sobre la estela del barco; pues, poniéndome de pie, mirando al frente para meter el remo, lo vi surgir con la popa hacia nosotros, desde los vertellos a la línea de flotación, alto e inmóvil en su borrosidad, pero resonando en él los ruidos más furibundos y tremendos. Un enjambre de barcas vacías se aferraba a su costado de babor, como si se tratase de una balsa.

Mezclados a los gritos de furor y de odio reflejados en las apacibles velas, oímos unos ruidos sordos y estrepitosos, como en un combate con garrotes y hachas de guerra.

Evidentemente, ante la sorprendente e inesperada prisa con que se reunieron, se habían visto obligados a abordar el barco todos por el mismo costado. Cuando yo me dirigía hacia el otro costado, una barca grande, llena de hombres, con varios remos, cruzó por delante de nuestra proa y desapareció bordeando la bovedilla del barco en un abrir y cerrar de ojos. Colocados en el costado de babor, los defensores iban a ser cogidos por detrás. Estábamos tan cerca de la bovedilla que oímos encima de nuestras cabezas los gritos de «Muerte, muerte». Una voz en la toldilla dijo furiosamente en inglés «Manteneos firmes, muchachos». Un instante después nosotros también viramos una cuarta, apenas a seis metros del enorme barco, aunque ciñéndonos un poco menos.

—Tenga listas las pistolas, Serafina —dije yo.

—Están listas, Juan —contestó ella con firmeza.

Jamás habría pensado que un ingenio flotante hecho por la mano del hombre pudiera abrirse camino tan fácilmente a través de las aguas. Incluso hoy mismo, no se me quita de la cabeza la absurda impresión de que, en aquel preciso momento, el bote corría delante de nosotros casi tan rápido como una bala de cañón.

Tan pronto como giramos estuvimos a su altura. Lo hicimos tan rápido que apenas tuve tiempo de tirar el remo y empuñar las culatas de las pistolas que Serafina me entregó desde detrás. Castro también había dejado caer sus remos y, revolviéndose tan veloz como un gato, se agachó en la proa. Vi cómo sacaba su brazo sano en dirección a la barca.

Habían arrojado al agua un rezón hábilmente y, colgados de las cadenas principales, se ocupaban con denuedo de abordar en silencio el costado indefenso del barco. Uno de ellos saltaba ya la batayola y, debajo de él, tres más trepaban resueltamente haciendo estribo con las manos. Los demás, de pie en grupo cerrado, de cara al barco, se habían olvidado de tal manera de su propósito que se tambalearon al chocar con el bote, como si la tierra diese vueltas bajo sus pies.

Castro sabía lo que hacía. Vi su única mano saltando por la borda y arrastrando nuestro cascarón de nuez con un rápido movimiento. Los españoles volvieron la cabeza, titubeantes, y por un momento nos miramos unos a otros en silencio.

Yo estaba demasiado excitado para gritar; la sorpresa parecía haberles hecho perder el juicio; todos repetían la misma mueca: apretaban con los dientes las hojas desenvainadas de sus cuchillos, y no dejaban de mirarnos estúpidamente a los ojos. Apreté el gatillo apuntando a la cabeza más próxima y el tremendo estrépito de la lucha que proseguía encima de nosotros quedó sofocado por la detonación de la pistola, parecida a un trueno. El hombre abrió la boca, dejando caer el cuchillo, y permaneció rígido el tiempo suficiente para que le pasara por la cabeza la idea de que «le había dado», antes de caerse del barco de una pieza sin tocar nada, como un muñeco de madera volteado por los talones. Su caída de cabeza hizo saltar el agua hasta arriba por encima de la popa. Disparé la segunda carga sobre el asombrado tipo que estaba sentado a horcajadas en la batayola. Le vi doblarse de pronto y caer de lado dentro del casco, pero el tipo que venía detrás de él hizo un esfuerzo convulsivo y, de un salto, desapareció de mi vista en la cubierta del barco. Solté el arma descargada y disparé la primera carga de la otra al que había llegado más alto de los dos hombres que trepaban por el costado del barco. Este único disparo bastó para hacerles desaparecer como por encanto: el tipo al que le había dado arrastró a su amigo con él. El estrépito de su caída fue seguido por un fuerte grito.

Casi todos estos tiros habían sido a quemarropa; de todos modos yo tenía bastante práctica con la pistola. Macdonald tenía una galería de tiro al blanco en Horton Pen. Apiñados en la barca, los lugareños eran incapaces de hacer otra cosa que no fuese gemir de terror. Hacían ruidos suaves, lastimeros, quejumbrosos. Dos o tres cayeron de

cabeza por la borda, cual ranas, y otro empezó a chillar exactamente igual que una rata.

Para entonces Castro, con la cuchilla fijada al muñón, había cortado la cuerda del rezón al nivel del anillo. Mientras el barco seguía avanzando todo el tiempo, la barca de los piratas se alejó del navío dando tumbos en dirección a nuestro bote y nosotros permanecemos de costado, aferrados al extremo de la cuerda cortada. Les lancé mi cuarto disparo y recibí a cambio un grito y un alarido: «¡Piedad! ¡Piedad! ¡Nos rendimos!». El barco viró una cuarta, completamente en silencio, para evitar el choque y se perdió en la bruma y el claro de luna, colgando grotescamente de la serviola la cabeza y el brazo de un hombre inmóvil.

Dejando a Serafina con Castro, y tras sujetarme al cinto el otro par de pistolas, trepé por la cuerda. La luna, las luces de varios faroles, el resplandor procedente de las puertas abiertas, se mezclaban violentamente a la húmeda bruma entre las altas bordas del barco. Pero la lucha había cambiado de signo en cuanto me detuve en la batayola para orientarme. El tipo que había saltado por la borda para eludir mi disparo echó a correr hacia el otro lado de la cubierta donde estaban sus amigos, gritando:

—Huid, huid. Llegan los herejes disparando desde el mar. Todo está perdido. ¡Huid! ¡Huid!

Había saltado directamente por la borda y su pánico era visiblemente contagioso. Los gritos de «¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!» habían cesado y los ingleses vitoreaban ferozmente. En un momento, los marineros, que a duras penas se habían mantenido a la defensiva bajo una lluvia de golpes, se precipitaron sobre mí, abriéndose paso a puñetazos y utilizando las manos para sujetarse. Salté por la escotilla mayor y me encontré en las postrimerías del ataque final.

Un lugareño de gran estatura se había apoderado de una de las barras del cabrestante del barco y, menos timorato que los demás, la esgrimía en alto, apuntando a la cabeza de un marinero que estrangulaba a un negro, sujetándolo con sus enormes brazos. Disparé y el lugareño se derrumbó, con toda la apariencia de haberse golpeado él mismo con la barra que acababa de levantar. La barra quedó al otro lado de su cuello mientras él yacía a mis pies cuan largo era.

Después de eso no pude hacer nada más, pues el marinero, tras precipitar por la borda a su blandengue adversario con tremendo vigor, se volvió con rabia a por más, me divisó —un extranjero evidentemente— y me saltó a la garganta. Era inglés, pero como me apretaba con tanta fuerza la tráquea que yo no podía proferir palabra alguna, dejé caer la culata de mi pistola sobre su abultado cráneo sin el menor escrúpulo, pues, en efecto, tenía que vérmelas con un hombre fuerte, capaz de estrangularme sólo con sus manos, y muy decidido a alcanzar su objetivo. Gruñó al recibir el golpe, retrocedió unos pasos tambaleándose, inmediatamente después

volvió a la carga, me agarró del cuerpo y trató de levantarme del suelo. Caímos juntos en un charco tibio.

Yo no imaginaba que la sangre derramada pudiese conservar su calor durante tanto tiempo. Y había una cantidad asombrosa de ella: la cubierta parecía estar llena de sangre coagulada en la que simplemente nos revolcábamos. Rodamos vertiginosamente a lo largo de los humeantes imbornales, entre los pies de un grupo de hombres que saltaban alrededor nuestro con gran excitación, haciendo un imponente ruido sordo con sus disparos, que intentaron con todo tipo de armas y casi me dieron en la cabeza. De un puntapié me quitaron la pistola de la mano.

Me encontraba en una situación extremadamente horrorosa. ¿Debía matar al hombre? ¿Debía morir yo, en su lugar, de esa forma tan miserable e insensata? Traté de gritar: «Apartad de mí a este maníaco».

Él me sujetaba las manos contra el cuerpo. Vi sus rostros furiosos inclinados sobre mí y muchas manos asesinas que se levantaban. Nadie podía decir, desde luego, que yo no fuese uno de los piratas que les habían abordado, jamás en toda mi vida me había visto en semejante peligro. Sentía todo el furor de la rabia y la mortificación. ¿Iba a morir así, espantosamente pisoteado, cuando estaba a las puertas de la salvación, de la libertad, del amor? Y en aquellos instantes de lucha feroz, vi, como sólo se ve en momentos de cordura y meditación, la sombra del destino pérfido que se cernía sobre mi alma... sobre toda mi vida. Y Serafina estaba allí en la barca, esperándome. ¡El mar! ¡La barca! Ahora estaban en otra parte, en otro país, y yo nunca más...

Una voz penetrante gritó:

—Volved allí. Manteneos firmes. Cogedlo vivo.

Me llevaron arriba a rastras.

No es necesario que cuente las diferentes fases por las que pasé desde que me capturaron hasta que, tras liberarme los brazos, me promovieron al papel de salvador. Pero finalmente recibí un montón de alabanzas, aunque estaba completamente sin aliento... dando las últimas boqueadas, como suele decirse. Un hombre robusto, de rostro barbilampiño, muy animado y optimista, empezó a hablarme sin parar. Era enormemente feliz y, de todos modos, yo podía dejarle hablar, pues no tenía nada que hacer más que tomarme un momento de descanso. Me dijo que yo había llegado en el momento preciso y que era el mejor de los tipos.

—Si tiene usted el capricho de que le llamen arzobispo de Canterbury, le trataremos de «Su Ilustrísima». Yo soy el oficial de cubierta, Sebright. El capitán se ha ido para dejarse ver por la señora: a ella no le gustaría encontrárselo demasiado destruido... Qué sorprendente es el amor de las mujeres. Esta noche ella se acostó bastante tarde con la idea fija de ver lo que pudiese ocurrir. A la hora del té le dije que haría mejor retirándose temprano y encerrándose en su camarote, porque, si por

desgracia subía a bordo algún dago, yo no podía responsabilizarme del lenguaje de mi tripulación. Se supone que debemos evitar las blasfemias en este viaje, pues ella es sobrina de míster Perkins, de Bristol, nuestro armador, que es metodista. Pero, maldita sea, hay razones para todo. Un barco no puede ser como una capilla... aunque a ella le gustaría. Oh, Dios mío, cómo le gustaría, incluso cuando estábamos rechazando a esos picaros. Yo estaba sentado en la brazola con la cabeza apoyada en los brazos.

—¿Se encuentra mal? ¿Sí? Le han tratado como si fuera un saco de virutas. Bueno, los chicos han estado haciendo diabluras, machacando a los dagos. Oye tú, Mike, vete a cubierta a ver si encuentras una pistola de doble carga. Muévete un poco. Tantea por ahí, bajo los palos.

Había en su personalidad un no sé qué de autoritarismo y sagacidad, una alegría pueril, y siempre estaba muy atareado.

—Debemos arreglar las cosas en el barco. ¿No pensará que volverán en busca de otra experiencia? Esta maldita cubierta parece a flote. Es un pequeño truco mío: agua hirviendo por si vienen los dagos. Le encargué al cocinero que hiciera un fuego y, metiendo en la caldera el manguito de succión de la bomba de encendido, llenamos varios hervidores y calderos. No es mala idea, ¿verdad? Pero ni diez veces esa cantidad habría sido suficiente, y el manguito reventó al tercer intento, así que sólo encontraron una barca a la que acertarle. Pero, Señor, ella abandonó la trifulca como si hubiese sido barrida por la metralla. Chillaron como una manada de cerdos, ¿verdad?

Lo que yo había tomado por sangre era simplemente el agua derramada al reventarse el manguito. Debo decir que eso me alivió. Antes de que recuperase el aliento, mi nuevo amigo me atiborró los oídos con una gran cantidad de historias divertidas. Se frotaba las manos y me daba palmadas en la espalda. Pero tenía un corazón bondadoso y se quedó preocupado por mi postración.

—Oiga, ¿cree que mis muchachos le han roto alguna costilla? Déjeme ver.

Y entonces logré contarle algo de Serafina, a lo que prestó atención.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo—. ¡Cielo santo! Ahí está su chica. Desde luego... ¡Eh!, contra maestre, apareje un palanquín de estay y una silla en el peñol para subir a bordo a una dama. Eche una mano. ¡Una dama! Sí, una dama. ¡Maldita sea!, muchacho, no pierdas la serenidad. Echa un vistazo en la batayola de estribor: verás a una dama junto a un dago en una barca pequeña. Deja que el dago suba también a bordo; este caballero dice que es buena persona. ¿Me has comprendido?

Continuó hablando conmigo durante un buen rato: me dijo que habían hecho un prisionero... «un tipo cómico, de elevada estatura, que llevaba los cabellos como una tía mía, un mechón de rizos cayéndole a cada lado de la cara»... y luego añadió que debía irse a informar al capitán Williams, que había entrado en el camarote de su esposa. El nombre me sorprendió.

—¿Es este barco el Lion? —le dije.

—Sí, sí, lo es. El mismo —respondieron a la vez varios marineros, echando miradas curiosas desde su puesto de trabajo.

—Dígale a su capitán que me llamo Kemp —le grité a Sebright con toda la fuerza de mis pulmones.

¡Qué suerte! Williams era el jovial capitán con el que yo iba a haber cenado el día de la ejecución en Kingston Point... el día en que me secuestraron. Parecía que hacía siglos de eso. Quise alcanzar el costado del barco para ocuparme de Serafina, pero sencillamente no pude recordar la manera de tenerme de pie. Me senté en la escotilla, mirando a los marineros.

Estaban limpiando los cabos, recogiendo los faroles, reuniendo cuchillos, espeques, palancas, fregando las cubiertas con trapos húmedos. Un tipo descalzo, con los brazos desnudos, llevando bajo el brazo un fardo de machetes con empuñadura de latón, estaba absorto en la contemplación de mi persona.

—¿Adonde van ustedes? —inquirí yo, sin dirigirme a nadie en particular.

Todos mostraron una amistosa diligencia al contestarme.

—A La Habana.

—A La Habana, señor.

—La Habana es nuestra próxima escala. Sí, La Habana.

El puente resonó con todas las modulaciones de aquel nombre.

Oí detrás de mí un clamoroso «ay». Una voz aturdida, amedrentada, repitió dos veces en español:

—¡Oh, Dios mío!; ¡oh, Dios mío!

Luego dijo, estremecida, en un tono de profundo recogimiento:

—Tengo el gaznate completamente reseco.

Otras voces joviales contestaron desabridamente:

—Cierra el pico y preséntate ante el capitán. Vamos, en marcha.

Un prisionero, que llevaban a popa, avanzaba de mala gana entre dos bulliciosos marineros de corta estatura. El pelo negro despeinado, como una peluca estropeada, triste, pálido, mirándome con sus enormes ojos de venado desmesuradamente abiertos: reconocí a Manuel-del-Popolo, el cual, simultáneamente, dio un salto para atrás, gritando:

—Es un milagro del demonio... del demonio.

Los marineros le tiraban salvajemente del brazo, preguntando: «¿Qué te pasa?» y, tras una breve lucha que lanzó al aire sus harapos y sus mechones de color negro azabache como una ráfaga de viento, se resignó a ser llevado arriba, repitiendo:

—¿Es usted, señor? ¿Es usted? ¿Es usted?

La manga de su camisa estaba desgarrada desde el cuello al codo; a cada paso que daba, una de sus rodillas y parte de su muslo delgado mostraban su desnudez a través de un largo desgarrón; una tira de tela arrancada de su cintura colgaba solemnemente,

mugrienta y manchada de sangre, por delante de sus piernas. Tenía una horrible desolladura en vivo entre las raíces de su cabello, justo encima de las sienes; le goteaba sangre por la nariz; en su rostro se pintaba un exceso de angustia y en sus ojos una especie de precavida desesperación. Bajó la voz mientras repetía por dos veces:

—¿Es usted? ¿Es usted?

Luego repitió por última vez, en un susurro:

—¿Es usted?

Los marineros formaron un amplio círculo mientras él, sin dejar de mirarme, se decía confidencialmente:

—¡Se ha escapado el inglés! Entonces, estás perdido, Domingo. Estás perdido, Dom... ¡Señor!

A todos nos sorprendió ese cambio de tono, su intento de extender los brazos hacia mí. Aparté la mirada.

—¡Sujétalo fuerte! ¡Sujétalo, compañero!

—¡Señor, dígnese contemplar mi perdición! ¡Me llevan al matadero, señor! ¡Al matadero, señor! ¡Piedad! ¡Benevolencia! ¡Misericordia! Hace muy poco... Consideradlo. Al matadero... Yo... Manuel. Señor, soy admirado universalmente... con el gaznate reseco, señor. Podría componer una canción que haría llorar a un cura... Con el gaznate completamente reseco, señor —añadió, lastimeramente.

No pude evitar el volver la cabeza. No me habían tratado ni la mitad de mal que a él. Bastaba con mirarle para creer que tenía seca la garganta. Bajo la mata enmarañada de sus cabellos, su rostro mostraba una mueca de agonía y sus ojos como platos me suplicaban con un brillo inmóvil y vidrioso.

—¿Se ha olvidado de mí, señor? ¡Olvidar a Manuel! ¡Imposible! Manuel, señor. Por el amor de Dios. Manuel. Manuel-del-Popolo. Canté para usted, dígnese recordar. Le ofrecí mi fidelidad, señor. Como usted es un caballero, le exhorto a que recuerde. Sálveme, señor. Hable con esos hombres... por su honor, señor.

Su voz era extremadamente áspera... no parecía suya. Evidentemente, creía que los marineros iban a cortarlo en pedazos de inmediato. Parecía leerlo en sus rostros, estremeciéndose y gritando cada vez que levantaba los ojos. Sin embargo, todos aquellos rostros boquiabiertos mostraban una sincera admiración, salvo los de sus dos guardianes, que expresaban una seria preocupación. Ansiaban ridículamente contener sus repentinas contorsiones, como si se tratase de una enorme indecencia. En la pelea hubo abucheos y juramentos entre dientes. Estaban escandalizados y les desagradaba su comportamiento.

—¿Estáis listos ahí abajo? —rugió el contraмаestre en el combés.

—¡D'acuerdo! ¡D'acuerdo! Esperad un poco.

La voz de Castro parecía venir desde debajo del barco. Dije fríamente algunas palabras acerca del castigo seguro que les aguardaba en La Habana a los piratas y me puse de pie con rigidez. Pero Manuel estaba demasiado aterrado para comprender lo que yo quería decir. Intentó agarrarme con sus manos aprisionadas y lo único que consiguió fue recibir un severo tirón que le hizo girar la cabeza a uno y otro lado misteriosamente.

—¡Piedad, señor! —vociferaba.

Y luego con escaso fervor:

—No se marche. ¡Escuche! Soy un hombre profundo. ¿Tal vez el señor no sabía eso? ¡Misericordia! Soy un hombre de intriga. Un político. Usted se ha escapado y eso me alegra...

Enseñaba sus colmillos y echaba espumarajos por la boca como un perro rabioso.

—Señor, soy feliz a causa del afecto que le tuve desde el principio... y porque Domingo, que le dejó escaparse de la Casa, está perdido. Sí, está perdido. ¡Estás perdido, Domingo! Pero el extremo afecto que siento por su noble persona inspira a mi espíritu una saludable combinación. ¡Espere, señor! ¡Un momento! ¡Un instante!... ¡Una combinación!...

Jadeó como si su corazón hubiese reventado. Los marineros, boquiabiertos, estrechaban poco a poco su círculo.

—¡Ya puede farfullar! —comentó alguien pacientemente.

Los ojos se le salían de las órbitas. Hablaba con temeraria rapidez.

—... No hay sitio seguro para escapar a la cólera del Juez. Ningún sitio salvo la tumba... la tumba... ¡la tumba!... Ja, ja. Baja a tu tumba, Domingo. Pero usted, señor... escuche mis súplicas... ¿adonde irá? ¿A La Habana? Allí está el Juez y que la maldición de los curas caiga sobre mi cabeza si usted no está perdido también. ¡Vida! ¡Libertad! Señor, deje que me vaya y correré... galoparé, señor... me arrojaré a los pies del Juez, y le diré... le diré que le he matado a usted. Tengo gran confianza en mí mismo en razón de mi inteligencia superior. Diré: «Domingo le dejó marchar... pero está muerto. No piense más en él... en ese inglés que se ha escapado... gracias a Domingo. No lo busque. Yo, su fiel Manuel, le he matado». Mi vida a cambio de la suya, señor. ¡Juraré que le he matado con esta mano diestra! ¡Ah!

Estaba pendiente de mis labios sin resuello, con el rostro tan descompuesto que, aunque tal vez fuese la muerte lo único que odiaba, parecía estar impaciente por lanzarse sobre mí y hacerme pedazos con sus grandes dientes. Los hombres que se agarran a un clavo ardiendo deben de tener el rostro igual de convulso por la ira y el desespero. Su silencio rompió el encanto... el encanto de su increíble locuacidad. Oí los rudos acentos del contramaestre:

—Sujétese bien, señora. ¡Bueno! ¡Suba despacio por el palanquín de estay!

Eché a correr con dificultad, renqueando.

—Alto ahí —dijo el contraмаestre con voz cavernosa.
Y recibí a Serafina en mis brazos.

CAPÍTULO IV

—Al fin en casa —dije—. Todo ha terminado.

Serafina estaba en el puente junto a mí. Libró su cabeza de la pesada capa negra y apareció su rostro blanco por encima de la tenue sombra negra que protegía su luto. Miró en silencio alrededor de ella, en la bruma, los grupos de hombres rudos y las manchas de luz que también parecían violentas. No dijo nada, pero dejó su mano en mi brazo.

Su congoja era enorme y este era el hogar que yo le ofrecía. Volvió a mirar al costado. Pensé que le habría gustado estar de nuevo en la barca.

—La gente de este barco —le dije— son viejos amigos míos. Puede confiar en ellos... y en mí.

Tomás Castro fue el siguiente en trepar, sin prisas. Tan pronto como sus pies tocaron cubierta, se echó sobre la espalda izquierda el faldón de su capote, bajó a medias el ala de su sombrero y adoptó el aspecto de un siniestro conspirador, eclipsada su pequeña estatura por los fornidos marineros, que tras haber entregado a Manuel a la multitud, se empujaban entre sí, con los brazos y el pecho desnudos, y estiraban sus cuellos alrededor nuestro.

—Debo confiar en usted —dijo Serafina—; es mi deber confiar en usted. Este es mi nuevo hogar.

Fue como una declaración de fe definitiva... como una norma de conducta. En aquellos momentos, dejando aparte mi amor, ella parecía una criatura muy por encima de mí; encerrada en su enorme pesar, pero decidida de todo corazón a iniciar resueltamente una nueva vida, rompiendo completamente con su pasado, precisamente por seguir las tradiciones de ese pasado.

Los marineros retrocedieron para hacernos sitio. Sólo el contacto de su mano sobre mi brazo me daba alguna esperanza de que ella confiase en mí, por mí mismo, no por obedecer las órdenes del difunto Carlos; su padre muerto y el enorme peso de sus anticuadas tradiciones no podían ser para ella más que un recuerdo. ¡Ah!, qué bien lo llevaba todo, con su cabeza erguida y orgullosa. Se abrió la puerta de la cabina y una tiesa silueta femenina de rasgos austeros y pelo liso se recortó con estricta simplicidad sobre el fondo iluminado. La luz que caía sobre Serafina parecía mostrar a la joven por vez primera. Una voz lastimera bramó:

—¡Señorita!... ¡Señorita! —después, en un tono insinuante, desgarrador—. ¡Señorita! ...

Serafina pasó sin hacer ruido delante de la mujer, desapareciendo en la luz brillante de la cabina. La puerta se cerró. Me quedé allí esperando. Cuando ella desapareció,

Manuel alzó la voz hasta convertirla en un tremendo, incesante grito de desesperación, como si esperase que ella le oyese.

—Señorita... protección del oprimido; oh, hija de la piedad... Señorita.

Ese lamentable escándalo hizo acudir alrededor de nosotros a la mitad de la tripulación: los marineros retrocedieron ante el oficial Sebright, a quien seguía de cerca un hombre corpulento con chaqueta y pantalones holgados. Se detuvieron.

—Un encuentro inesperado, capitán Williams —fue lo único que fui capaz de decirle.

Parecía incómodo y me estrechó la mano en medio de un silencio embarazoso.

—¿Cómo está usted? —me dijo apresuradamente.

Un instante después añadió, con aspecto desconcertado y casi formal:

—Espero, Kemp, que pueda darme una explicación satisfactoria...

Le respondí un poco improvisadamente:

—¡Vaya, los dos hombres que maté deben de ser credenciales suficientes para cualquier propósito inmediato!

—No es eso lo que quise decir —respondió él.

Hablaba un poco atropelladamente, como disculpándose. Era difícil reconocer en él al juerguista Williams, que había brindado a mi salud en Jamaica, después del episodio del almirante en la Posada del Transbordador. Ahora era como si tuviese un peso encima. Yo estaba cansado.

—Dos hombres muertos —dije— es más de lo que usted o cualquiera de su tripulación pueden mostrar. Y, por lo que puedo juzgar, usted no hizo más que retener al suyo hasta que yo llegué.

Farfulló afirmativamente:

—Sí, sí. Pero...

Me enfadé por lo que parecía una obstinación estúpida.

—Si no hubiese sido por nosotros, en este momento tendría usted una cuerda apretándole al cuello, o barras al rojo vivo en las plantas de los pies —dije yo indignado.

Se enjugó la frente con perplejidad.

—¡Uy, qué dice usted! —protestó él—. Lo que yo quiero decir es que mi esposa...

Volvió a detenerse y luego prosiguió.

—... A ella se le ha metido en la cabeza acompañarme en este viaje. Por vez primera... ¡Y ustedes dos llegan solos en una barca descubierta! Es algo a lo que ella no estaba acostumbrada.

Sencillamente no lograba comprender lo que quería decirme; ni siquiera podía oírle muy bien, pues Manuel-del-Popolo seguía gritando a Serafina en la cabina. Williams y yo nos miramos el uno al otro... él, turbado, y yo, completamente desconcertado.

—La señora Williams cree que no es normal —interrumpió Sebright— que usted y su joven dama estuviesen solos... en plena noche y en una barca descubierta, y todo lo demás. Eso no lo aprobarían en Bristol.

De pronto Manuel bramó:

—Señorita... sálveme de su barbarie. Soy una víctima. Mire sus cuchillos manchados de sangre y sus ojos complacidos.

Se apartó convulsivamente del tipo con el fardo de machetes bajo el brazo, que inocentemente pasaba cerca de él, se echó hacia delante, los dos marineros volvieron a cogerle por los brazos, hasta casi sentarlo en cubierta, pese a los tirones que daba, como un perro, por miedo a morir inmediatamente. Williams, sin embargo, parecía estar esperando realmente una respuesta, absurdo que yo no podía tomar en serio.

—¿Qué espera que hagamos? —le dije—. Regresar a nuestra barca o ¿qué?

Eso pareció afectarle bastante.

—Espero que caiga usted en manos de una buena mujer —masculló desconsoladamente.

¿Era éste el juerguista Williams, mi divertido compañero de otras veces? Necesitaba reírme, aunque fuese un poco históricamente debido a la inquietud que siguió a mi cansancio. ¿Era su esposa una arpía tan terrible? ¿O era una buena mujer?, como insistía Williams. Volví los ojos hacia Sebright, que miraba divertido.

—Está bien —respondió a mi mirada interrogativa—. Ella es un alma pura, pero no está acostumbrada a ver tipos como nosotros en la congregación a la que rinde culto en su país.

Entonces me susurró al oído:

—Es la sobrina del armador. Más vieja que el patrón. Se casó por amor. Sospecha de cualquier mujer... también de todos los hombres, por San Jorge, excepto de mí, quizá. Aprendió a vivir en alguna capilla de Bristol. ¿Qué se puede esperar? Váyase derecho a la cabina —añadió.

En aquel momento la puerta del camarote volvió a abrirse y reapareció a contraluz la silueta de la mujer que ya había visto antes.

—Me dejaban quedarme bajo el porche de la Casa, Excelencia, eso es muy cierto. Oh, no aparte de mí su rostro.

Manuel, que había estado callado durante un minuto, recomenzó inmediatamente a vociferar con la esperanza, supongo, de que sus voces llegasen a oídos de Serafina, ahora que estaba la puerta abierta.

—¿Qué vamos a hacer, Owen? —preguntó la mujer, con una serenidad que me pareció muy despiadada.

Tenía todo el aspecto de alojar a alguien «en su casa», alguien bastante dudoso, del que uno querría librarse en cuanto se lo permitiera la más elemental caridad.

—Señora —dije yo bastante fríamente—, apelo a su compasión de mujer...

—Así es como el Maligno tiende sus trampas —replicó ella, un poco temblorosa.

—Señorita, la he visto crecer —gritó de nuevo Manuel—. Su padre, que está con Dios, me dio limosna cuando yo era niño. ¿Dejará usted que maten a un hombre a quien su padre...?

—Trampas. Eso no son más que trampas. ¿Acaso merece la bendición de Dios por huir de sus tutores, de noche y sola, en compañía de un hombre joven? ¿Cómo podemos nosotros, de acuerdo con nuestro deber...?

Su voz era fría pero amable. Incluso bajo aquella luz defectuosa su apariencia sugería algo frío y monacal. Me enfurecía extremadamente, aunque también lúcidamente, el pensar en lo que ella podría haberle dicho o, con la sutilidad de las mujeres, hacerle sentir a Serafina, en aquella cabina.

—Viene directamente de la tumba, todavía fresca, de su padre —dije yo—. Yo soy su único tutor.

Manuel alzó el tono de su imploración.

—Señorita, yo rendí culto a su infancia, muchas veces arrojé al aire mi sombrero al paso de su carroza, cuando salía usted a pasear toda vestida de blanco, sonriente como un ángel del paraíso. Excelencia, ayúdeme. Excel...

Entonces una mano le tapó la boca y no oímos más que los ecos de una gran pelea a nuestras espaldas. El camino hasta la cómoda cabina permanecía cortado. El resentimiento me inflamó el corazón; pero, gracias al amor, mi alma estaba serena, pues, fueran cuales fueren los absurdos que todavía pudieran suceder, por el momento Serafina estaba a salvo. La mujer del umbral protegía el pequeño camarote del respetable navío del vagabundeo de aquel idilio ilegítimo.

—¿Qué vamos a hacer, Owen? —preguntó ella de nuevo, aunque esta vez con un poco de indecisión, creo—. Sabes algo de esto... en cuanto a mí...

—Querida, ¡qué idea! —empezó Williams, y le oí murmurar inútilmente—. Como un héroe... una tarde... almirante... el viejo Topnambo... nada de eso... por mi alma... el hijo del Señor...

Sebright elevó la voz desde un costado.

—Señora Williams, podemos arrojarlos por la borda, desde luego, pero eso tal vez no fuese muy apropiado. Más valdría meterlos en un saco, por separado, y tirarlos uno a cada lado del barco, es más decoroso...

—No me va usted a disuadir con su broma impía, míster Sebright.

—Hablo en serio, señora Williams. Puede que provoque un motín entre esta horrible tripulación de impíos, pero realmente no veo otro medio de librarnos de ellos. El contramaestre ha dejado a la deriva el viejo colador desvencijado que les servía de barca, y ahora se encuentra a un cuarto de milla a popa, medio inundada de agua. Y no podemos darles uno de los botes del barco para ir a tierra, pues les cortarían el cuello. Al señor J. Perkins no le gustaría. Juraría como un diablo si el bote se perdiera.

Vamos, no me diga que no, señora Williams: le he oído toda una sarta de juramentos, por valor de una libra, por un asunto que no merecía más de diez peniques. Usted sabe muy bien la clase de hombre que es su tío. Un completo tirano en esos asuntos.

—No sea chismoso, señor Sebright.

—No fui yo el que empezó, señora Williams. Fue usted la que originó todo este conflicto por nada; porque, en realidad, no vinieron solos. Con ellos iba otro hombre. Un hombre mayor, de lo más respetable. Allí está, con una pluma en el sombrero. ¡Eh, usted! Señor caballero, hidalgo, Pedro... Miguel... José... ¿cuál es su santo patrón? Venga por aquí...

Manuel encontró la forma de lanzar un grito medio sofocado de «Excelencia», y Castro, embozado hasta los ojos en su capote, se dirigió lentamente a popa, deteniéndose después de cada paso solemne. La amenazadora mujer del umbral era tan eficaz como un ángel con una espada flameante. Me paralizó completamente.

Sebright bajó un poco la voz.

—No veo que eso sea peor que largarse a las seis en punto de la madrugada, sola con un hombre en un coche de alquiler, para casarse a escondidas, usted sabe que es cierto, y ser llevada al altar por un perfecto desconocido.

—¡Señor Sebright! ¡Cállese! ¿Cómo se atreve?... ¡Owen!

Williams emitió un leve gruñido, pero Sebright, tras murmurar apresuradamente: «Está bien, señor», continuó con la mayor sangre fría.

—¡Caramba, todo Bristol lo sabe! Hay quien dice que usted tuvo que salir por la ventana de la lavandería para escapar por la calle de atrás. Sólo le digo que...

—Debería avergonzarse de creer semejantes cuentos —gritó la mujer, presa de una gran agitación—. ¡Salí por la puerta principal!

—Sí. Y la esposa del jardinero dice que debió usted birlar la llave del clavo junto a la cuna... cuando entró en el pabellón la tarde anterior, con el pretexto de ver a su pobre bebé enfermo. Usted debe saber hasta dónde el amor saca lo mejor de uno mismo.

Y su tío no es ningún pirata con las manos manchadas de sangre. Es sólo un viejo pagano, de buen corazón aunque muy mal hablado. Y usted también tiene buen corazón. Vamos, señora Williams, sé que está ansiosa por llevar a la cama y arropar a esta joven dama... pobrecita. ¡Piense en todo lo que le ha pasado! Debería preocuparse de que no le falte jerez ni galletas y cosas por el estilo... hacer que ese inútil dispensero se dé prisa. Apuesto a que el mendigo se oculta en el lazareto. Así pues... permítame.

Intervine de nuevo en la discusión, porque creía que debía aclararse el asunto.

—Esta joven dama —dije— es hija de un gentilhomme español. Su padre fue asesinado por los piratas. Yo también soy de noble familia y, como me nombraron tutor suyo, trato de salvarla de un destino espantoso.

Ella me miró con aprensión.

—Cometería usted un acto infame tratando de entrometerse en esto —le dije.

Supongo que fui convincente.

—Debo creer lo que usted me dice —dijo ella.

Y de pronto añadió con una especie de emoción febril, entusiasta:

—Vaya, vaya. No quiero ser cruel. No sé nada, y una mujer casada no puede ser demasiado cuidadosa. A pesar de todo lo que he dicho, usted podría haber sido un... un libertino, una de esas pobres almas en pena que Satanás...

Manuel logró al fin despegar los labios, como si hubiese estado luchando contra las olas.

—¡Excelencia, ayúdeme! —balbuceó, como un hombre que se estuviese ahogando.

—Yo me encargaré de la joven dama —dijo la señora Williams— hasta que todo se aclare.

Y cerró la puerta.

—Ha ido demasiado lejos, Sebright —protestó Williams—. Tendré que despedirle.

—Está bien, capitán. Puedo manejarla a mi antojo —dijo el hombre joven alegremente—. Alguien tiene que hacerlo si usted no quiere... o no puede. ¿Qué haremos con ese dago vocinglero? Es un pobre bruto para tenerlo en cubierta.

—Supongo que meterlo en la carbonera hasta que lleguemos a La Habana. No descansaré hasta verle subir al patíbulo. El Capitán General estará harto de este asunto, o no me llamo Williams. Armaré un alboroto en mi país con todo esto. Usted me ayudará, Kemp. No le tiene miedo a los peces gordos. Usted no. No le tiene miedo a nada...

—Este tipo es un diablo y un tirador certero —soltó Sebright—. Y también una verdadera suerte para nosotros, señor. Es sencillamente maravilloso haber encontrado a alguien así, míster Kemp. No nos queda ni un grano de pólvora que no se haya solidificado en los botes de metralla. Nada me quitará de la cabeza que alguien ha entrado en contacto con la revista mientras estábamos anclados en Kingston...

A Williams no se le ocurrió preguntar si yo estaba herido, o cansado, o hambriento. Y sin embargo, de un extremo a otro de las Indias Occidentales, las cenas a bordo del Lion eran famosas en los círculos marítimos. Pero los hombres festivos de su calaña a menudo son así: practican la hospitalidad por lo que tiene de glorioso y romántico. Sin duda, en las circunstancias presentes, él no podía esperar de mí que entonase al beber el clásico «Porque es un muchacho excelente». No era en absoluto un hombre malvado o insensible; sólo que no era ansioso y cualquier otra mera necesidad de esa índole no lograba estimular su imaginación. Yo sabía que no era peor que otros hombres y tengo motivos para recordarle con gratitud; pero por el momento me sorprendía e indignaba su extraordinaria manera de aceptar mi presencia como algo natural, como si hubiese venido de la orilla en barca, casualmente, para matar una o

dos horas a bordo. Dado que su esposa aparentaba estar satisfecha, no le pareció que desease más explicaciones. Tuve la impresión de no tener a sus ojos una existencia propia. Cuando dejé de ser una fuente de dificultades domésticas, me convertí para él en una especie de comodidad inapreciable, una persona de lo más oportuna («un caballero inglés que me apoya», repitió varias veces), que le ayudaría a poner «firmes a esas viejas del Almirantazgo». ¡Qué humillante vergüenza todo este asunto! Había durado demasiado, Dios es testigo, pero si iban a abordar un viejo mercante como el Lion ya iba siendo hora de que todo el país se enterase. El armador, J. Perkins, tío de su esposa, no era un hombre que se durmiese en el trabajo. El Parlamento se enteraría. Fue una gran suerte que yo estuviese allí para ser citado como testigo ocular... yo, hijo de noble. Él sabía que yo podía alzar la voz en una buena causa.

—A propósito, Kemp —dijo, con repentino fastidio, recobrándose, por así decirlo—, nunca llegó usted a aquella cena... ni avisó ni nada...

Williams me había estado hablando, pero fue con Sebright con quien me pareció intimar más. El joven oficial del Lion estaba a mi lado, muy callado, con una sonrisa competente.

—Más le hubiera valido pasarse por aquí —dijo, como si se traía de un simple comentario.

—Me secuestraron en la trastienda de Ramón, no sé si es excusa suficiente. Es una larga historia.

—Bueno, no puede usted contarla en el puente, eso está claro —Sebright tuvo que gritarme—. Por lo menos mientras dure ese ruido infernal... ¿qué diablos pasa? Más que otra cosa parece una pelea de perros.

Mientras corríamos hacia la escotilla mayor, reconocí lo acertado de la comparación. Era esa clase de clamor malintencionado, gruñón, vocinglero, que surge de repente y pronto se desvanece.

—¡Castro! ¡Tú, Castro!

—Maldición... ¿Qué ven mis ojos?...

—¡Tú! ¡Perro de ingleses!

—¡Tú! Puerco.

Cesaron las voces. Castro corría sigilosamente, envuelto en los amplios faldones de su capote. Se caló el sombrero con un golpecito y rápidamente se encogió dentro del capote. Un cono negro, coronado por una cabeza temblorosa que asomaba, recorrió toda la cubierta. Veloz como el pensamiento, brincaba y de nuevo se acurrucaba. Todo el mundo contemplaba con asombro este espectáculo, como si se tratase de un juguete, enorme y diabólico. Por lo que a mí se refiere, conociendo el pernicioso propósito de estos preliminares, quedé sobrecogido de terror. Si me hubiese decidido inmediatamente a correr hacia él, nada habría podido salvar a Manuel. Firmemente sujeto frente a Castro, el pobrecito estaba demasiado asustado para hacer ruido.

Retenido a cada lado por un marinero impasible, forcejeaba violentamente y los sobresaltos le hacían encogerse, como si estuviese atado entre dos mojones de piedra. Oíamos su jadeo mudo, rápido.

—¡Deténgase, Castro! —grité yo—. ¡Alto!... ¡Que alguno de vosotros lo detenga! ¡Pretende matar a ese tipo!

Nadie prestó atención a mi grito. Castro arrojó su capote sobre cubierta, saltó sobre él, lo apartó de una patada, todo al mismo tiempo, al parecer, se echó a la derecha, a la izquierda, se enderezó y dio un gran salto; panzudo, con calzones ceñidos y chaqueta corta, no dejaba de hacer un ruido sibilante que literalmente helaba la sangre.

—¡Tiene una cuchilla en el antebrazo! —grité yo—. ¡Está armado, se lo aseguro!

Nadie podía comprender mi angustia. Un marinero que llevaba un farol esbozó una sonrisa. Alguien se rió francamente. Castro se plantó delante de Manuel, movió la cabeza amenazadoramente y se agachó dispuesto a saltar sobre él. Tardé demasiado en cogerlo del cuello, pero los guardianes de Manuel, actuando con precisión, alargaron cada uno un brazo para frenar su ímpetu y aquél retrocedió rápidamente hacia mí, como si hubiera rebotado en un muro.

Casi me había derribado y, mientras trataba de mantenerme firme, resonaron en el aire apremiantes órdenes de disparar, de hacer fuego, de abatirlo...

—¡Mátelo, señor! —gritó Castro encarecidamente.

Entonces me di cuenta de que Manuel había aprovechado esta oportunidad para escapar. Oí el golpe sordo del salto que dio. De la escotilla (según me contaron más tarde los asombrados marineros) fue a caer con ambos pies directamente sobre la batayola. Sólo le vi cuando ya estaba allí, sentado sobre los talones, farfullando y moviendo la cabeza como un enorme babuino.

—¡Dispare, señor! ¡Dispare! ¡Mátelo, señor! ¡Mátelo! Si aprecia en algo su vida... ¡mátelo!

Inconscientemente, sin querer, como obligada por la sugestión de esos gritos sanguinarios, mi mano sacó del cinto la otra pistola. La levanté y me vi haciendo las extrañas cabriolas de un mono furioso. El se rasgó los costados con ambas manos con la intención, supongo, de desvestirse para lanzarse al agua. Le colgaban harapos en todas direcciones: una pasmosa erupción de harapos alrededor de esa figura acurrucada que se encogía frenéticamente frente a la boca del arma. Ya lo tenía. Estaba seguro de mi disparo. No era más que un mono. Un mono muerto. Pero ¿por qué? ¿A santo de qué? ¿Con qué fin? Me ponía enfermo y, sin embargo, me compadecía de él como me habría compadecido de un mono.

Bajé el brazo durante una fracción de segundo casi imperceptible antes de que él saltara y desapareciese. Al ruido de su profunda zambullida le siguió un clamor pesaroso por toda la cubierta, una avalancha general hacia el costado por donde había

saltado. No había nada que ver: el hombre había atravesado la capa de niebla que cubría el agua. Nadie le oyó resoplar ni balbucear. Fue como si hubiese caído por la borda un trozo de plomo.

Williams habría dado un billete de cinco libras porque esto no hubiese sucedido. Sebright expresó la esperanza de que ahogándose no se libraría del patíbulo. Los dos hombres que lo sujetaban se escabulleron avergonzados. Arriar un bote con el propósito de atraparlo habría sido inútil e imprudente.

—Sus amigos, con sus embarcaciones, no deben estar muy lejos todavía —gruñó el contraamaestre—; y si no lo recogen, es más que probable que recogerán a nuestros amigos.

Alguien expectoró detrás de mí de manera tan ruidosa que volví la cabeza. Castro había vuelto a coger su capote y se estaba cubriendo con deliberada dignidad. Cuando esta operación se consumó, se acercó a mí y, sin decirme nada, desde las profundas arrugas que le atravesaban la boca y la barbilla bajo la punta misma de su nariz ganchuda, me miró siniestramente.

—No pude hacerlo —dije yo—. No pude. Habría sido inútil. Se parece demasiado a un asesinato, Tomás.

—¡Ah, la inconstancia y la extravagancia de estos ingleses! —me arrojó en plena cara, generalizando, con contenida pasión—. No sé qué es peor, si su furia o su compasión. ¡Qué puerilidad! Una verdadera puerilidad... ¿Se imagina, señor, que Manuel o el juez O'Brien le perdonarán a su vez la vida algún día? Y si no conociese el valor de su nación...

—Desprecio igualmente al Juez y a Manuel —interrumpí yo, enojado.

También despreciaba a Castro en aquel momento y él me devolvía el pago con intereses. No había error posible en la mordacidad de su tono.

—Le conozco muy bien. Usted menosprecia a sus amigos tanto como a sus enemigos. Le he visto hacer tantas cosas. Que los benditos santos nos protejan de su calamitosa amistad...

—No hay amistad que pueda hacer de mí un asesino, míster Castro...

—... que sólo es un poco menos calamitosa que su enemistad —continuó con rabiosa frialdad—. Sólo un poco menos. Usted dejó escapar a Manuel... ¡Manuel!... A causa de su compasión... ¡Compasión! ¡Bah! Gracias a su orgullo, eso es todo... su loco orgullo. Se arrepentirá, señor. El Cielo es justo. Se arrepentirá, señor.

Me censuró proféticamente, sumiéndome en una especie de misterio tenebroso; pero, después de todo, en sus actos, si no en su corazón, ese hombre había sido siempre amigo mío y me contenté con preguntarle, con algo de pena, por su imbécil ansia de asesinato.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacerme Manuel? El es, al menos, completamente inofensivo.

—¿Se ha preguntado el señor don Juan alguna vez lo que Manuel podía hacerme... a mí, Tomás Castro? A mí, que soy un pobre vagabundo, y amigo de don Carlos, que su alma descansa en paz. ¿Acaso son ustedes los ingleses cual príncipes, que no piensan en nadie más que en ellos mismos?

Me indignó y me provocó, como si la opinión que tenía de los ingleses pudiese importar, como si su punto de vista significara algo contra la autoridad soberana de mi conciencia. Y es nuestra conciencia la que ilumina el lado romántico de nuestra vida. Su punto de vista era tan disparatado y primitivo como el hambre; pero, en su fidelidad al difunto arquitecto de mi destino, se reflejaba vagamente el resplandor aventurero de Carlos, y yo me había aprovechado de eso, no tanto por salvar mi vida como para proteger mi amor. Había llegado yo a ese punto en que el amor desplaza a la propia personalidad, se convierte en el único terreno bajo nuestros pies, el único cielo sobre nuestras cabezas, la única luz que ven nuestros ojos, la condición primera de nuestro pensamiento... ese punto en que estamos dispuestos a luchar por él como se lucha por el aire que respiramos. Bruscamente le di la espalda y oí el repetido chasquido del pedernal contra su cuchilla. Encendió un cigarrillo y atravesó la cubierta para apoyarse en la borda, cubierto por su capote, y fumar melancólicamente con el sombrero echado hacia delante.

CAPÍTULO V

La fuga de Manuel fue el último episodio de aquella noche memorable. Nada más sucedió, y nada más pudo hacerse; sin embargo, se quedaron por decir muchas palabras y faltaron muchas curiosidades que satisfacer. Toda la conversación la mantuve, por supuesto, bajo las lámparas del camarote pequeño. Williams, rubicundo y corpulento, no me quitaba los ojos de encima, al otro lado de la mesa. Sus ojos redondos estaban completamente inmovilizados por el asombro... la historia de lo que había pasado en Casa Riego no era lo que él habría esperado de la pequeña y mal afamada ciudad cubana.

Sebright, que se encargaba de la limpieza del barco y de atender a los heridos, entró varias veces procedente del puente, deteniéndose algunos minutos a escuchar, mientras retorció pensativamente entre los dedos su fino bigote. El amanecer estaba ya próximo cuando me condujo a su propia cabina. Yo estaba medio muerto de fatiga y preocupado interiormente por una especie de desasosiego.

—Métase en mi litera —dijo Sebright.

Protesté con dureza y obstinación, pero él me dio un empujón amistoso y me caí sobre la cama a plomo. En cuanto mi cabeza notó la almohada, el buen color de su rostro pareció difuminarse y vi alargarse un brazo, vagamente largo, para apagar la luz del farol atornillado al mamparo.

—Supongo que sabe que en Jamaica hay órdenes de arresto contra usted... por su escaramuza con el almirante —dijo.

Una somnolencia irresistible e inesperada había relajado todos mis miembros.

—¡Al diablo con Jamaica! —dije yo, escasamente animado—. Vamos a nuestro país.

—¡Al diablo con Jamaica! —reconoció él.

Luego, su voz meditó en la oscuridad, como si al venir tras de mí hubiese traspasado el recóndito umbral del sueño.

—Lo siento, pero nuestro destino es La Habana. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! Si se le hubiese ocurrido, míster Kemp, que...

Es muy posible que no terminara su frase; por lo menos, esta no siguió penetrando en mis somnolientos oídos. Me desperté poco a poco de una especie de sueño cataléptico, con la confusa noción de tener que recuperar el hilo de una indirecta que él me había soltado. Subí a cubierta.

El sol brillaba, soplaba una ligera brisa, el mar hacía poco que centelleaba, y las húmedas cubiertas relucían. Me quedé quieto, conmovido por la belleza del nuevo día; era un mundo nuevo... nuevo y conocido, aunque de perturbadora belleza. Me pareció descubrir toda clase de atractivos secretos, hasta ahora nunca vislumbrados, en las cosas que había visto un centenar de veces. El centinela de guardia se ocupaba

en cubierta de las escobas y los cubos; un marinero, que enrollaba una cuerda en un cabrestante, hizo un alto en su trabajo, para señalar un punto en el horizonte, por encima del cuarto a babor, con su imponente antebrazo que parecía un leño de caoba roja.

Eché una mirada en torno, frotándome los ojos. El Lion, ronizando a duras penas, se alejaba de la costa, en la que destacaban, no muy lejos todavía, contornos inundados de luz. A popa y a sotavento, recortada contra el fondo de un promontorio negro e índigo, una deslumbrante mancha blanca parecía un copo de nieve caído sobre el azul del mar.

—Es una goleta —dijo el marino.

Esas fueron las primeras palabras que oí aquella mañana, y su simpática ronquera alejó de mí cualquier duda que pudiese echar a perder inexplicablemente mi nueva felicidad recién adquirida. Se debía a que estábamos a salvo —ella y yo—, y a que mi amor sereno dejaba abrir mi corazón a la belleza del nuevo día y al júbilo de un mar espléndido. Respiré a fondo y mis ojos recorrieron todo el barco, abrazando como en un contacto afectuoso su forma alargada, los resplandecientes cobres, los altos mástiles, las graciosas curvas de sus velas, completamente en calma bajo la caricia del viento. Tuve la impresión de que se trataba de un santuario, pues ¿acaso no dormía en él Serafina, tan segura como un niño en su cuna? Y pronto la belleza, la serenidad, la pureza y el esplendor del mundo se reflejarían en sus ojos claros y serían transferidos a mí a través de su mirada.

Hay veces en que una austera y justa Providencia, en su recorrido por caminos inescrutables, aporta a nuestros corazones el testimonio de su propia sinrazón. ¿Quién de nosotros no ha sido puesto a prueba por el temor, el miedo, el orgullo, la degradación, la exultación? Y tales momentos quedan marcados por indelebles impresiones físicas, que surgen del nivel espiritual de la memoria como escollos en el mar, como torres en una llanura. Experimenté muchas de esas emociones inolvidables: el profundo horror de la muerte de don Baltasar; la primera vez que pusimos a flote la barca, similar a un despliegue de alas en el espacio; el primer revoloteo de las llamas en la niebla; y tantas otras después, más crueles, más terribles, más terroríficas que la propia muerte, en las que se había perdido el sentimiento mismo del dolor. Y también este... este momento de júbilo en la clara mañana, como si el universo hubiese derramado su gloria sobre mi ser, como el sol glorifica al mar. Me reí con total despreocupación, con una sensación profunda de éxito; me reí irresponsable e inconscientemente, como se ríe uno en los escalofriantes delirios de un sueño.

—¿Tan condenadamente tonto parezco? —preguntó Sebright, hablando como si estuviese bastante acatarrado—. Estoy estúpidamente cansado. He estado veinticuatro horas seguidas de pie... posiblemente las más hermosas, todo hay que decirlo. Usted

tampoco ha dormido mucho... ninguno de nosotros lo ha hecho. Espero fervientemente que su joven dama haya descansado.

Metió las manos en los bolsillos. Puede que estuviese muy cansado, pero yo jamás había visto a un chico recién salido de la cama con una cara más sonrosada. Las negras puntas de alfiler de sus pupilas parecían taladrar la distancia, explorando el horizonte más allá de mi espalda. El llamado Mike, el hombre con el que había tenido la agarrada la noche anterior, llegó detrás del infatigable oficial y me ofreció tímidamente mi pistola. Tenía la cabeza vendada desde la coronilla al mentón, como si tuviese un dolor de muelas, y su tosco rostro bronceado ofrecía un aspecto bastante sorprendente al lado de la blancura nivea del lino. Hacía sólo unas pocas horas que habíamos estado haciendo todo lo posible por matarnos. En un acceso de calurosa cordialidad, me guaseé despreocupadamente de su ferocidad y de su fuerza.

Allí estaba él, frente a mí, frotando pacientemente el empeine de uno de sus gruesos pies morenos con la planta callosa del otro.

—Usted me ha compensado por eso, señor —dijo, tímidamente—. Fue en cumplimiento del deber.

—Me alegra extraordinariamente que no me haya hecho entregar el alma —dije—. Una mañana como esta basta para hacer feliz a quien puede respirar.

Todavía hoy recuerdo la belleza de las pestañas de aquel rudo marino de pelambreira entrecana. Eran largas y espesas, sombreando suavemente sus ojos, como las pestañas de una chica joven.

—Le aseguro, señor, que le deseamos suerte... a usted y a la joven dama... todos nosotros —dijo, un poco avergonzado.

Y sus palabras, masculladas en voz baja, sonaron a mis oídos con la misma dulzura de una melodía celestial; era, en suma, expresada con sencillez y sinceridad, la respuesta a mis deseos y esperanzas... la prueba de que él y sus semejantes estaban de mi parte en esta aventura.

—Bueno, adelante, Mike —dijo Sebright, mientras yo cogía la pistola.

—Es una suerte poder hablar con gente de tu propio país —le dije yo, explayándome—. Él es un tipo estupendo —sujeté mi pistola en el cinto—. Confío en que nunca más mientras viva necesite yo usar ni el cañón ni la culata.

—Un deseo muy razonable —contestó Sebright, con una especie de reticencia en el tono—; sobre todo porque aquí a bordo no podríamos encontrarle ni una pizca de pólvora para cebar la pistola. ¿No ha reparado en la escolta que hemos tenido esta mañana?

—¿Para qué necesito yo pólvora? —pregunté—. ¿Se refiere usted a eso? —añadí, señalando la vela blanca de la goleta.

Mirándome penetrantemente, Sebright negó varias veces con la cabeza.

—La avistamos en cuanto despuntó el día. ¿Sabe usted adonde se dirige?

Le respondí que suponía que era un barco de cabotaje.

—Eso significa probablemente que el tipo ese de los rizos que me hizo pensar en mi tía soltera ha logrado evitar que su cabeza de caballo se hunda en el mar —se refería a Manuel-del-Popolo—. Es difícil de decir el daño que todavía puede hacer antes de que le metan la cabeza en una sogá de cáñamo. El viejo español que vino con usted imagina que ya ha terminado su trabajo... para nada, puede usted estar seguro.

—¿Quiere usted decir que se trata de una de las goletas de Río Medio? —pregunté yo rápidamente.

Eso era lo que él quería dar a entender, con todas sus desastrosas consecuencias para mí. Me dijo que debía creer en su palabra, que con los vientos que habíamos tenido ninguna embarcación que operase a lo largo de la costa podría encontrarse allí, a menos que procediese de Río Medio. La calma había durado casi hasta la salida del sol, y parecía como si hubiesen remolcado la goleta con barcas hasta que amaneció.

—Parece poco probable que esos brutos perezosos hayan hecho semejante esfuerzo; pero si ese maldito irlandés les asusta tanto como usted dice, eso justificaría sus energías.

Saqueaban y asesinaban simplemente por el amor de Dios, pero se necesitaría el miedo de un diablo para hacerles trabajar honradamente aunque fuese sólo un poco... y remar era un trabajo honrado, no importa por lo que se hiciera. Tales fueron las sensatas conclusiones a las que llegaron simultáneamente Sebright y Tomás Castro, después de una breve consulta. En cuanto al miedo al diablo, O'Brien era lo bastante diabólico como para sustituir a aquél eficazmente. Seguro que había alguien o algo que les hacía moverse de esa forma...

Una escena surgió ante mi mente: Manuel, la noche anterior, remando hacia alta mar en una barca... furioso, medio ahogado, elocuente, inspirado. El despreciable bruto estaba inspirado, como un político o un demagogo. Era capaz de influir en sus compañeros, he oído lo suficiente para saberlo. Y un jarro frío cayó sobre mi entusiasta esperanza al pensar que aquella resplandeciente vela, que avanzaba rápidamente, brillante y furtiva en nuestra estela, debía ser producto de la inspiración de Manuel, incitado a perseverar por miedo a O'Brien. El oficial prosiguió, observándola deliberadamente:

—Usted sabe que estoy atando cabos, como hacen las viejas solteronas que vienen a ver a mi tía cuando quieren quitarle su reputación a una de su mismo sexo. Los dagos están libres, ya lo creo. ¿Por qué? Esa es la cuestión.' Debe enterarse si esas goletas pueden navegar; pero no olvide que el viejo Lion es bastante rápido. ¿Cree usted probable que intenten atacar de nuevo al barco?

Lo negué inmediatamente. Expliqué a Sebright que la reserva de munición en Río Medio no alcanzaría para eso; que los lugareños eran cobardes, estaban divididos en

facciones, eran incapaces de unirse, aunque fuese por poco tiempo, y menos aún de seguir un plan que requiriese perseverancia y audacia.

—No tienen ninguna intención de atacar abiertamente —afirmé yo—. Habrían podido intentar algo parecido en tiempos de Nichols, pero no es propio de ellos.

Sebright dijo que prácticamente esa era también la opinión de Castro... si bien Castro había hecho hincapié en sus comentarios espetando todo el rato, «como un viejo morrongo».

—Parece un hombre muy rencoroso, que no le aprecia a usted mucho, míster Kemp. ¿Está usted seguro de tenerlo de su parte? ¿De qué se lamenta él todo el tiempo?

Castro debió de haber soltado su bilis como un volcán, desconcertando bastante a Sebright. Había hablado con frecuencia de su amistad con el noble español... Carlos; y ahora no disponía de ningún sitio donde ocultar su cabeza.

—Por lo que yo sé, le buscan en Inglaterra —dijo Sebright— por cierto asunto de un reloj robado, hace años, en Liverpool, creo. Y su primo, el Grande de España, estaba también mezclado en eso. Parece extraño; usted no nos habló de ello. ¡Córcholis!, parece que también le implicó a usted... Aunque usted nunca estuvo en Liverpool. Desde luego, no...

Pero eso no había sido precisamente lo que motivó a Castro. El había afirmado que tenía enemigos en España; se estremecía ante la idea de ir a Francia, y ahora mi extravagancia inglesa había hecho imposible que viviera en Río Medio, donde habría contado con las atenciones de una buena patrona.

—Supongo que se refiere a una casera —se rió Sebright—. Vieja, pero buena, según dice. Él esperaba morir allí en paz, como un buen cristiano. Y ¿qué es eso de que unos curas se han apoderado hasta de su última pieza de plata? Debo decir que eso parece lo más verídico de todo el galimatías. Supongo que por la salvación de su alma, ¿no?

—No, por la del alma de mi primo —dije yo melancólicamente.

—Pamplinas. Apenas pude entender una palabra de cada tres.

En ese mismo momento apareció Tomás en persona entre los hombres de la proa. Nada más doblar la esquina de la caseta, se detuvo delante de la puerta de la cocina, esperando como un cuervo a la entrada de una choza. Le vimos encender su cigarrillo en la puerta de la cocina con una pantomima de lo más solemne. El cocinero negro del Lion le tendió desde el umbral un carbón encendido con unas tenazas, y volvió su rostro de etíope con dientes blancos hacia un grupo de marineros ensimismados en la contemplación de todo el proceso. Y cuando Castro los sobrepasó, echando bocanadas de humo, se volvieron para seguir con la mirada su pequeña figura, vestida de negro, sobre la que resaltaban los rayos rojizos de la luz del sol, como si le

hubiesen echado encima cubos de agua oxidada desde el sombrero a la punta del pie. El extremo de su pluma rota le colgaba por delante llamativamente.

—¡Miren cómo se pavonea! ¡Qué cara de pocos amigos! ¡Eh, don Tenebroso! ¿Querría su Señoría apresurarse? —dijo Sebright divertido.

Sin acelerar el paso, Castro llegó hasta donde estábamos nosotros.

—¿Qué piensa de ella ahora? —preguntó Sebright, señalando la extraña vela—. Se distingue mejor ahora que ya no relumbra.

Rascándose el mentón, Castro se quedó quieto, de cara al mar.

—Maldición —dijo al cabo de un rato, pronunciando lentamente las palabras.

Luego, sin mover la cabeza, me lanzó una mirada de reojo.

—Está bastante claro lo que él piensa de nuestros amigos de allá. Maldición. Ni más ni menos. Muy apropiado. Pero parece como si tuviese que ajustarle las cuentas a todo el mundo —dijo Sebright con voz cansina, un poco somnolienta.

Luego, recuperando su vivacidad, bromeó:

—De modo que usted no quiere ir a Inglaterra, míster Castro. ¿No tiene amigos allí? ¿Sus percol, y ese tipo de cosas?

Mirando desdeñoso a lo lejos, Castro asintió con la cabeza impacientemente.

—Pero este caballero que usted tanto quiere se va a Inglaterra... con sus amigos.

Castro movió los brazos bajo su capote que le colgaba del cuello. Todo su cuerpo pareció descomponerse. De sus fruncidos labios oscuros surgió una irrisoria y diabólica protesta.

—Entonces, que tengan cuidado sus amigos. ¡Por Dios! Que tengan cuidado. Que recen y ayunen e imploren la intercesión de los santos. ¡Ajajá!...

Nada podía haber sido más impropio de su saturnina, egocéntrica y truculenta moderación. Me impresionó; y hasta los insolentes ojos del sensato Sebright se agrandaron visiblemente en presencia de tan sarcástico furor. Castro se quedó sin respiración; los mohosos faldones negros que lo envolvían se estremecieron y palpitaron. De improviso sacó por delante del capote una mano pequeña, sucia, amarilla, acompañada del extremo brillante de su cuchilla.

—¿Qué estoy oyendo? ¡A Inglaterra! ¡Se va a Inglaterra! ¡Ajá! Entonces, ¡que se apresure francamente! Que se vaya sin rodeos, se lo digo yo... ¡Tomás Castro!

Bajó el tono para impresionarme más, y la punta de su cuchilla, como si fuera un enfático dedo índice, me golpeó ligeramente la palma abierta de la mano. ¿Acaso no creíamos que un hombre estaba ya recorriendo la costa rumbo a La Habana en una veloz mula? La mula más veloz de los establos de don Baltasar... ese santo asesino. El Capitán General no tenía tales mulas. Su difunta Excelencia poseía una plantación de caña de azúcar a medio camino entre Río Medio y La Habana, y allí guardaba una posta de mulas para asegurar la rápida transmisión de las órdenes que su Excelencia de tan bendito recuerdo tenía ocasión de enviar a la capital. Las noticias de nuestra

fuga le llegarían al Juez al día siguiente a lo más tardar. Manuel se ocuparía de eso... a menos que se hubiese ahogado. Pero nadaba como un pez. ¡Maldición!

—¡Ya le advertí que lo matara! —se dirigió directamente a mí—. Se lo grité con toda el alma. ¿Por qué? Porque le vio a usted y a la Señorita también, ¡ay! Debería haberlo dejado sin habla... con su pistola, señor, ya que aquellos dos estúpidos marineros ingleses eran demasiado para un viejo como yo. Manuel debería haber sido enmudecido... enmudecido para siempre, ¡ya lo creo! ¿Qué importaba él?... ese hijo de los bajos fondos, retoño de una perversa gitana, a quien conocí, señor. Sí, la conocí durante mi época de infortunio en Madrid, señor... una flor roja detrás de la oreja, vestida con harapos que no le cubrían toda la piel, mirando a los que se peleaban por ella con navajas en una taberna llena de mendigos y ladrones. Sí, señor. Así es su madre. Improvisador... político... capataz. ¡Ajá!... ¡Cochino!

Hizo un gesto de enorme desprecio.

—¿Qué importaba él? La carroza había regresado de la catedral, y Casa Riego podría haber resistido durante días... ¿Quién hubiese podido enterarse de que usted no estaba dentro? Yo había tenido una conversación sincera con César, el mayordomo... un africano, es cierto, pero un hombre de mucho carácter y excelente sagacidad. ¡Ah, Manuel! ¡Manuel! Si yo... Pero el mismo diablo engendra los hijos de semejantes madres. Yo ya no tengo el mismo vigor que antes, y usted, señor, tiene toda la locura de su nación...

Se descubrió ante mí la encanecida cabeza con arrogancia.

—... ¡Y el valor! Indudablemente eso es cierto. Está bien. Puede necesitar todo eso dentro de poco, señor... ¡Y el valor!

La pluma rota barrió la cubierta. Por un momento el hombre entornó sus arrugados párpados marrones a causa del sol, luego se encasquetó el sombrero hasta las cejas y, envolviéndose muy estrechamente en su capote, apartó los ojos de mí para mirar la vela a sotavento.

—¡Es un pobre mendigo, viejo, arrugado, pequeño, hinchado! —observó Sebright en voz baja—. Bueno, ¿cuál es la opinión de su Señoría en cuanto a las intenciones de esa goleta?

Castro se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?...

Soltó los faldones recogidos de su capote y se alejó sin mirarnos.

—Miren cómo se pavonea con esas alas que le caen, como un pavo vestido de luto riguroso —dijo Sebright—. ¿Quién sabe? Ah, bueno, no hay prisa en saberlo antes de uno o dos días. No creo que la embarcación pueda alcanzar al Lion, aunque lo intenten. Tal vez puedan lograr no perdernos de vista.

Bostezó y yo me quedé inmóvil, pensando en Serafina. Deseaba verla... asegurarme, como si se hubiese debilitado inexplicablemente mi certidumbre de que

ella sería mía. Iba a mirar en la puerta de su cabina. Pero cuando llegué a la escala de toldilla me tuve que echar a un lado para dejar pasar a la señora Williams, que subía por la escalera de caracol.

Desde arriba vi el chal de lana gris que envolvía sus hombros estrechos. Una ancha raya partía en dos su cabeza de pelo castaño. Subía afanosamente, levantando un poco la parte delantera de su falda negra, sin lujos. Desde abajo, su mirada se cruzó con la mía con una intolerable y penetrante franqueza.

La noche anterior ella había oído completa mi historia. Había entrado al salón mientras yo se la contaba a Williams y, después de decir en tono tranquilizador: «La joven dama, y bien me alegro de ello, está durmiendo», se había sentado con los ojos fijos en mis labios. Yo había notado la ansiedad de su rostro y los ligeros movimientos que hacía con las manos en ciertos pasajes de mi relato, bajo el resplandor de las lámparas. Ahora nos encontrábamos por vez primera a la luz del día.

De prisa, como si me interceptase el camino a la cabina de Serafina, dijo:

—Debe usted saber que la señorita Riego se encuentra bien de salud. Vengo de echarle una nueva ojeada. La pobre y supersticiosa da mita estaba arrodillada, persignándose.

La señora Williams se estremeció ligeramente. Estaba claro que la visión de esa práctica papista le había producido una conmoción... casi una alarma, como si hubiese presenciado algún rito secreto y nefario. Le expliqué que Serafina era católica y por tanto adoraba a su Dios según sus luces se lo ordenaban, igual que nosotros hacemos con las nuestras. La señora Williams se contentó con suspirar y, haciendo un esfuerzo, me propuso que paseara con ella un rato. Empezamos a recorrer la toldilla, deslizándose ella a mi lado con pasos cortos, arrebujaada un poco más en el pequeño chal. Las cintas lisas de su cabello ponían una sombra en sus sienes hundidas. Ninguna monja con la espeluznante mansedumbre de su hábito me había dado nunca una impresión tan fuerte de pobreza y renunciación.

Pero en aquella mujer marchita había una verdadera cordialidad de sentimientos. Se ruborizaba delicadamente cada vez que la sorprendían (y uno no podía evitar sorprenderla continuamente) siguiendo a su marido con los ojos, con una expresión de inquietud maternal y la misma atención fascinada de una recién casada. Y después de que se le ocurriera la idea de que, en tanto que miembro masculino de la aristocracia británica, yo era un disoluto —eso era un artículo de fe para ella—, tal sentimiento entusiasta proporcionó a sus mejillas hundidas un ligero y simpático tinte rosáceo.

De pronto dijo con voz temblorosa:

—Oh, mi joven señor, reflexione sobre todas estas cosas antes de que sea demasiado tarde. Ustedes los jóvenes, en sus vidas lujosas, mundanas, desenfrenadas...

Nunca olvidaré esta primera conversación con ella en la toldilla... ni su voz apresurada, nerviosa (pues era una mujer tímida que hablaba por una especie de sentimiento del deber), ni las formas extravagantes que adoptaba su ignorancia. Con las emociones de la noche anterior latiendo todavía en mi cerebro y en mi corazón, con la visión del mar y de la costa, con la goleta de Río Medio pegada a nuestra aleta, la escuchaba y tenía serias dificultades para dar crédito a mis oídos. Tan convencida estaba ella de que yo era un «disoluto» a causa de mi clase... porque era nieto de un conde.

Es difícil de imaginar cómo llegó a esa convicción; debió haber sido por las denuncias desde el púlpito del pequeño Bethel en las afueras de Bristol. Su tío, J. Perkins, era un gran rufián, desde luego, y Williams era también disoluto, si se quiere designar con una dura palabra sus festivas imbecilidades. Pero no podía decirse de ninguna manera que esos dos perteneciesen a las clases altas. Y ambos eran los dos únicos hombres, aparte de su predicador favorito, de los que podía decirse que ella conocía, y no solamente de vista.

Ella había pasado sus mejores años trabajando sin descanso para un tío suyo soltero, un viejo armador de un cruel egoísmo; había sido la deplorable ama de su gran casa, amueblada a medias, levantada en medio de un jardín húmedo lleno de árboles. El desenfrenado Perkins había sido marino en su tiempo... oficial de un corsario en la gran guerra con Francia, después patrón de un barco negrero, convirtiéndose finalmente en propietario de una flotilla de barcos de servicio en las Antillas. Williams era su capitán favorito: por las tardes se lo llevaba a su casa para beber ron con agua y fumar con él largas pipas. La sobrina debía asistir también a esas diversiones deprimentes. El viejo Perkins no permitía que ella se acostase con objeto de que mezclara los ponches, hasta que él estuviese dispuesto a subir la escalera de piedra, que resonaba de arriba abajo con sus traspies. Sin embargo, parece que a ratos echaba sus buenas cabezadas durante la tarde y eso, supongo, le brindaba su ocasión a la pálida e inmaterial solterona de ojos pacientes, y al grueso y atónito Williams, rubicundo por la buena vida que se daba, y nada habituado a la compañía de esa clase de mujeres. Pero resulta inexplicable cómo fue que aquellos dos seres tan distintos llegaron a mirarse el uno al otro, qué vio ella en él, qué imagen se hizo él de ella, por qué, cómo, en razón de qué, surgió el entendimiento entre ellos. Para ella fue una aventura... e incluso es posible que a él le moviera un sentimiento desinteresado. Sebright justificaba el asunto diciendo que para la mujer no tenía nada de extraño. Habría hecho cualquier cosa para escapar de aquel viejo rufián tiránico, que utilizaba palabrotas a sangre fría para asustarla... y luego soltaba una carcajada y se mofaba de ella. En cuanto al capitán Williams (Sebright había estado a su lado desde que era niño), debería haber sabido que era totalmente incapaz de mantenerse en el buen camino después de tantos años de independencia y desahogo.

En aquella época él solía hablar continuamente de mujeres honestas, de establecerse en un hogar respetable, de llevar una vida mejor; pero, desde luego, no podía. Sencillamente no podía, a causa de sus viejos amigos de Kingston y La Habana, de los hábitos que había adquirido, y de su debilidad por las mujeres a las que, según decía Sebright, no puede llamarse honestas. Desde luego no parece que hubiera ningún sórdido cálculo en su matrimonio. Williams esperó por lo menos a perder el mando; pero resultó que al viejo bruto de Perkins le amilanaba completamente la pérdida de su sobrina. Acudió a sus propias habitaciones, fue a llorarles, quejándose rotundamente de sus cabellos blancos, hablándoles de manera conmovedora de su última voluntad y prometiéndoles enmendarse. Al final se acordó que Williams conservaría el mando; y la señora Williams regresó con su tío. Fue lo mejor que podía haber pasado. En realidad, si regresó a cuidar a ese viejo bribón solitario fue por pura compasión y buen corazón. Naturalmente, el viejo Perkins tuvo miedo de tratarla tan mal como en el pasado y las cosas fueron bastante bien, hasta que algún bondadoso amigo le envió una carta anónima acerca del comportamiento de Williams en Jamaica. Sebright sospechaba firmemente del patrón de otro buque mercante, con el que tuvo algunas diferencias en Kingston durante el penúltimo viaje, a propósito —dijo Sebright— de un pequeño asunto, de cuyos pormenores no vale la pena hablar. Al principio ella no dijo nada y por poco no tuvo una encefalitis. Luego confesó que había recibido una carta y, aunque no daba crédito a su contenido, necesitaba un cambio y le gustaría hacer un viaje con él. Nada podía objetarse.

Lo peor fue que la idea de que se hubiesen desvelado sus pecadillos abrumaba tanto al capitán que a él —Sebright— le había resultado bastante difícil impedir que se traicionase.

—Realmente, si yo no la hubiese querido tanto —concluyó Sebright—, lo habría tirado todo por la borda. No es nada fácil. Y, preste atención a lo que digo, todo Kingston se mofó abiertamente durante todo el tiempo que estuvimos allí... pero no tiene ninguna gracia. Ella es una buena mujer y está celosa. Quiere seguir siéndolo. Nunca había valido gran cosa la pobrecita. Ella no puede evitarlo... no más que el patrón. Afortunadamente, no sabe más de la vida que un recién nacido. Pero es un comienzo de lo más cruel.

Sebright había expuesto la situación doméstica a bordo del Lion con una comprensión y perspicacia que difícilmente podía esperarse a sus años. Sin duda su apego por la dispar pareja contó no poco. Al parecer sentía por ellos una especie de afecto exacerbado; pero yo no tenía la menor duda de que él era, a su manera, un joven excelente, pese al contraste de las circunstancias que habían presidido su educación: al principio en manos de una vieja solterona; después a bordo del barco con Williams, con el cual se había comprometido a la edad de quince años, cuando — como él menciona de pasada— «un abogado canallesco de Exeter se había llevado

casi todo el dinero de la pobre chica». En efecto, volviendo la vista hacia atrás, todos ellos me parecen fuera de lo común; incluso Williams, el de los ojos desorbitados, acobardado por respeto y en consideración a su esposa, y abrumado de miedo ante la convencional catástrofe de ser descubierto antes de que pudiese traerla de vuelta a Bristol sin novedad. En cuanto a la señora Williams, debo confesar que, allí en la toldilla, el ridículo aunque sincero tormento que indujo a la pobre mujer a emprender el viaje sencillamente me pareció una bendición. El hecho era que ella se había portado muy bien con Serafina y, comparado con eso, poco me importaba su cháchara... ¡Y vaya si hablaba!

Era como escuchar una impertinencia sincera, apasionada, tímida. Ella pareció asumir al principio que yo era capaz de cualquier villanía y que carecía de honor y de conciencia; pero uno se daba cuenta de que era la fuerza de una convicción idealista lo que le dictaba las palabras que utilizaba, sin conocer realmente su significado, como un niño precoz utiliza términos tomados en préstamo de sus pastores y maestros.

Al principio me quedé muy desconcertado, aunque jamás me enfadé. ¿Y qué si ella, en una especie de dulce absurdo, hablaba con gran nerviosismo de corazones depravados, del pecado de la frivolidad, de la ilusión que lleva por mal camino a los hombres... de toda aquella confusa aunque útil mescolanza, en la que las ocasionales alusiones a los errores de Roma, y a la falta de seriedad de las clases altas, introducían un último detalle extravagante?

¿Y qué? Llegará un día en que, al recordar a la frágil, feúcha y casi famélica mujer, daré gracias al Cielo por su generoso corazón, que desde entonces se ganó nuestras simpatías. Lejos de estar ofendido, me sentía atraído por ella. Ciertamente hay belleza en la conciencia rotunda de los simples; además, ella sólo desconfiaba de mí. Yo veía que ella se erigía no solamente en juez, sino en guardián, frente a los peligros de nuestra juventud y de nuestro idilio. Le preocupaba su origen.

Había comenzado de una manera tan insólita, tan inaudita, que el desenlace le asustaba. Yo era tan inexperto, decía ella, y lo mismo le ocurría a la joven dama... pobre huerfanita de madre... obstinada, sin duda... tan atractiva... casi como una niña pequeña. ¿Había comprendido yo todas mis responsabilidades? (Y aquí me vino una de las apresuradas alusiones colaterales a los errores de Roma, junto con la advertencia de que no se puede comparar la responsabilidad asumida por otra alma inmortal con la de la mía propia). ¿Había pensado en eso?

Me parece que aquel momento supuso el final de mi infancia, fue como si, en contacto con la seriedad de ella, hubiese madurado mucho más que con los peligros, el miedo, los trágicos acontecimientos. Ella quería saber insistentemente si yo estaba seguro de mí mismo, si había examinado mis sentimientos y había medido mis fuerzas y había pedido consejo. No había hecho nada de todo eso. Hasta que, enfrentado a su irrefutable simplicidad, me sumergí en mí mismo. Tan profundamente, me pareció, que

durante algunos instantes dejé de oír el sonido de su voz. Luego, volví a oírla de nuevo.

—Queda tiempo todavía —decía—. Piénselo, mi joven señor (siempre se dirigía a mí con el tratamiento de «mi joven señor»). Mi esposo y yo hemos estado discutiendo de esto con la mayor preocupación. Piénselo bien antes de comprometer de por vida a la joven dama. Son tan jóvenes los dos. Se diría que la Providencia nos envía...

¿Adonde quería ir a parar? ¿Dudaba de mi amor? Era bastante horrible; pero también demasiado sorprendente y demasiado extravagante para enfadarme. Nos miramos el uno al otro y descubrí que, en realidad, esta aventura la había excitado enormemente. Era el secreto de su audacia. Y yo también estaba poseído por la misma excitación. Permanecimos allí como dos personas que se encuentran en medio de un gran vendaval. Sin mover las manos, ella enclavijó y soltó los dedos, mirándome de arriba abajo con ojos implorantes; y sus labios, firmemente cerrados, se crisparon.

—Estoy buscando la manera de explicarle lo mucho que la quiero —estallé yo—. Y aunque la encontrase, usted no podría comprenderme. ¿Qué sabe usted? ¿Qué puede usted saber?...

Le dije eso, no por desprecio, sino por mi incapacidad absoluta para hacerme entender. Estaba desorientado por la augusta magnitud de mi amor, que veía frente a mí como una enorme presencia que emergiese de aquel mar azul. Ya no era un idilio entre chiquillos; ni una aventura; era una inmensa y seria felicidad, que se iba a pagar a costa de una infinidad de sacrificios.

—Soy mujer —dijo ella, con ostentosa dignidad—, y sé cómo sufren las mujeres por lo que dicen los hombres...

Se sonrojó. Hasta las mismas cintas de su pelo. Se puso color de rosa en la frente y alrededor de los ojos. Rosa y ascética, con una expresión algo ofendida y de indecible dulzura. Mi gran emoción se interponía entre nosotros como una bruma, a través de la cual percibiese extrañas apariencias. Era como si un espíritu inmaterial se hubiese ruborizado delante de mí. Y de pronto vi las lágrimas... lágrimas que brillaban extremadamente y caían de sus ojos apagados, sólidas y redondas como bolitas de cristal.

—Señora Williams —grité yo—, usted no puede saber cómo la amo. Nadie en el mundo puede saberlo. Cuando pienso en ella, y pienso en ella siempre, me parece que una vida no basta para demostrar mi devoción. La quiero como algo inmutable y único... completamente fuera de este mundo; porque veo el mundo a través de ella. La querría todavía aunque me hubiese hecho desgraciado e infeliz.

Ella exclamó en voz baja: «¡Ah!» y volvió la cabeza algunos instantes.

—Pero esas cosas no pueden expresarse —continué yo—. No hay palabras. Las palabras no sirven para eso. La amo tanto que, si tuviese que morir en este preciso

momento, creo sinceramente que mi alma, negándose a abandonar la tierra, se quedaría a merodear cerca de ella...

Ella me interrumpió con una especie de angustia indulgente.

—¡Chiss!, ¡chiss!

No debía hablar así. Realmente no debía... y declaró incoherentemente que estaba completamente dispuesta a creerme. Su esposo y ella no habían pegado ojo en toda la noche pensando en nosotros. La idea de que el gordo y soñoliento Williams no se hubiese acostado en toda la noche para examinar seriamente la durabilidad de mi amor, enfrió mi excitación. Ella pensaba que la Providencia los había puesto en nuestro camino para darnos una oportunidad de reconsiderar nuestra decisión. Teníamos todavía tantos obstáculos por delante.

Yo no veía ninguno; su total incompreensión empezó a cansarme, mientras ella seguía con los dedos enclavijados, se enjugaba las lágrimas a hurtadillas, por así decirlo, y hablaba imperturbablemente. No había podido entenderse claramente con Serafina. Por otra parte, las mujeres están tan desamparadas... tan verdaderamente desamparadas en tales asuntos. Es por eso por lo que ella se dirigía a mí. No dudaba de mi sinceridad en aquellos momentos... pero, humanamente hablando, teníamos por delante una larga vida... y ¿después qué? ¿Estaba yo seguro de mí mismo... después... cuando todo fuera bien?

La corté en seco.

—Acepto su augurio, señora Williams —grité, cogiéndole ambas manos—. ¡Eso es! ¡Cuando todo vaya bien! Y todo irá bien dentro de muy poco tiempo con su ayuda y la de su marido, que no me faltarán, lo sé. Tengo la impresión de que la peor de nuestras dificultades ha pasado ya...

Pero en aquel momento vi aparecer en cubierta a Serafina. Salió de la lumbreira, con la cabeza descubierta, y echó una mirada a su alrededor con esa belleza imperiosa e infantil que tanto encanto le daba. El viento agitó ligeramente su delicado cabello mientras yo la miraba; la miraba en silencio, como se contempla el alba o se escuchan los dulces acordes de una música lejana. De pronto, soltando la mano de la señora Williams, corrí hacia Serafina...

Cuando me volví, Williams se había reunido con su esposa, y ella había pasado su brazo por debajo del de él. Su mano blanca y delgada parecía la mano de un inválido al lado del musculoso antebrazo de aquel hombre rebotante de salud y en excelente condición física. Frente al vigor de él, ella era casi etérea... y sin embargo me pareció ver que ambos tenían algo en común... algo sutil, como la expresión de los ojos. Era justamente la expresión de sus ojos. Nos miraban con conmisericordia: ella con dulzura, él con seriedad y fijeza. Cuando los dos, Serafina y yo, nos acercamos a ellos, oí la voz pastosa y soñolienta de Williams que preguntaba:

—De modo que él dice que no quiere.

A eso su esposa, elevando el tono de voz y en apariencia indignada, contestó:

—Desde luego que no.

No, no me equivocaba. En sus diferentes personas, ojos, rostros, se advertía una expresión común de inquietud, duda y conmiseración. Esa expresión parecía salir a nuestro encuentro tristemente, como un portador de malas noticias. Y, al igual que si me encontrase a la vista de un mensajero abatido, experimenté el claro presentimiento de alguna noticia fatal.

La recibí hacia él final de la tarde de aquel mismo día, de los propios labios gruesos de Williams, que parecían tan pesarosos e inertes como su voz.

—A lo que parece —dijo él— no puede quedarse usted en el barco, Kemp. No le haría ningún bien... ni el más insignificante. Pregúnteselo a Sebright.

Hubo una especie de consejo de guerra, para el que fuimos convocados en el salón. La señora Williams tenía un poco de costura en el regazo y escuchaba, las manos inmóviles, los ojos llenos de desolación. La postura de Serafina, apoyando la mejilla en la mano, me recordó la época en que la había visto en la trastienda del almacén de Ramón, absorta en la contemplación de la lagartija verde y oro, con el pelo cayéndole sobre el rostro como un velo. A Castro no lo llamaron hasta más tarde. Pero Sebright estaba allí, con la espalda apoyada negligentemente en el mamparo, detrás de Williams, y mirándonos despectivamente, sentados a ambos lados de la larga mesa. Y estaba presente también en nuestras mentes la imagen de la goleta de Río Medio con el casco muy cerca de nuestra aleta. Pese a todas las maniobras, no habíamos podido librarnos de ella ese día.

—No quiero ocultarle, míster Kemp —comenzó Sebright—, que fui yo el que hizo notar al capitán que usted no haría más que poner en apuros al barco a cambio de nada. Es un viejo mercante que goza de la mayor consideración entre los cargueros; y si nos ponemos a mal con las autoridades, significará el final de su comercio. En cuanto a saltarse La Habana en este viaje, aunque usted, míster Kemp, le diese un montón de dinero, el capitán no podría volver a aparecer por allí después de haber roto su contrato de flete ayudando a secuestrar a una joven dama. Y no es que ella no fuese nadie. Es la más rica heredera de la isla. La gente más importante de España tendría algo que decir a este respecto. Supongo que podrían meter en prisión al capitán o algo por el estilo. En todo caso, adiós a los buenos negocios en La Habana. Caramba, al viejo Perkins va a darle un ataque. Pasó por alto un casamiento clandestino... Bien, señora Williams, ni una palabra más... Lo que quiero decir es que no es más que una historia de amor, y eso va a darle el tiro de gracia a unas viejas relaciones comerciales sólidamente establecidas... No se muerda el labio, míster Kemp. No quiero faltarle al respeto a sus sentimientos. Perkins se pondría a romperlo todo... dejando aparte su buen corazón. Estoy seguro de que el capitán y la señora Williams piensan también eso.

El festivo y sumiso capitán del Lion abrió desmesuradamente los ojos como si estuviese completamente harto. La señora Williams movió los dedos, apretó los labios, y a su vez nos miró a todos nosotros dando muestras de impotencia.

—¡Otro que cambiará su testamento! —susurró confidencialmente Sebright a mis espaldas.

Me di cuenta de que ese viejo Perkins, al que nunca había visto y nunca iba, a ver en persona, a quien nadie volvería a ver (murió de repente en la escalera que resonaba, con una palmatoria de platillo en la mano; en aquella época ya había muerto, así que la señora Williams en realidad estaba sentada en la cabina de su propio barco)... me di cuenta de que el viejo Perkins estuvo presente en esta discusión con toda la autoridad de su malvado y malhumorado espíritu. Aquel hombre y aquella mujer le tenían miedo. Le habían desafiado una vez, es cierto... pero incluso eso no lo habían hecho por miedo, por así decirlo.

Consternado, hablé rápidamente con Serafina. Con la frente apoyada en la mano y siguiendo con la mirada los trazos sin objeto de su dedo sobre la mesa, ella me dijo:

—Será lo que Dios quiera, Juan.

—¡Por el amor de Dios, no diga eso! —dijo Sebright, tosiendo detrás de mí.

Entendía el español bastante bien.

—Lo que he dicho es totalmente cierto. No obstante, el capitán estaba dispuesto a arriesgarse.

—Sí —exclamó Williams, sinceramente, casi sin mover los labios, y por lo demás tan inmóvil que el profundo sonido parecía proceder de alguna otra persona oculta bajo la mesa.

La señora Williams enclavijó los dedos sobre el regazo y sus ojos parecieron implorar ayuda a todos nosotros.

—Pero la cuestión es que eso no le habría servido prácticamente de nada a ninguno de los dos —prosiguió Sebright—. Llamo la atención sobre este punto. Si O'Brien sabe algo, se trata precisamente de que usted está a bordo de este barco. Cuenta con ello con una certeza absoluta. Ahora bien, es muy evidente que nosotros podríamos negarnos a abandonarle, míster Kemp, y que el almirante (si el buque insignia se encuentra frente a La Habana, como creo, en estos momentos) tendría que apoyarnos. Pero no sé cómo se las arreglaría usted después con ese viejo borrachín de Rowley. No es probable que haya olvidado que usted intentó pegarle una paliza, si hay que creer al capitán.

—Un auténtico héroe —declaró Williams de pronto, por debajo de la mesa, en un tono encubierto de voz—. No le tiene miedo a nadie, absolutamente a nadie. ¡Ajá, ajá! El viejo Topnambo ha debido...

Echó una ojeada a su esposa y se mordió la lengua —al recordar quizá su peligrosa situación conyugal—, terminando con estas inconexas palabras:

—En su tálburi... mandamiento judicial... separatista... rebelde.

Y todo eso sin mover un solo miembro ni ningún músculo del rostro, hasta que, con una risa contenida, gutural, me hizo una especie de imperturbable guiño de ojos.

Sebright sólo se había interrumpido el tiempo suficiente para permitirse ese arrebató. La fría lógica de sus conjeturas me horrorizaba. No comprendía por qué O'Brien o cualquier otra persona de La Habana iba a oponerse a mí personalmente. Pero si yo quería quedarme con la joven dama, era obvio que ella no debía llegar a La Habana a bordo de un barco en el que evidentemente lo primero que harían sería buscarla. Era incluso peor de lo que parecía, declaró él. Estaba firmemente convencido de que si el Lion no aparecía muy pronto por La Habana, enviarían un buque de guerra español en su búsqueda... o entonces no era míster O'Brien el hombre que suponíamos. Había en el puerto una corbeta fondeada, llamada Tornado, que parecía la embarcación apropiada. ¡No esperaba verlos combatir contra una corbeta! Sin duda se armaría un gran alboroto por detener a un barco británico en alta mar; pero eso sería un débil consuelo una vez que me hubiesen quitado a la joven dama. Ella era una persona de tanta importancia, que incluso nuestro propio almirante podía ser inducido —digamos, por las reprimendas del Capitán General— a sancionar esa acción. Era imposible decir lo que Rowley haría si solamente le ofrecían media docena de piratas auténticos para llevárselos a su país y ahorcarlos. ¡Vaya, ése era el motivo por el que el buque insignia seguía escondido frente a La Habana! Y respecto a eso, O'Brien sabía dónde echar mano a una gruesa de semejantes pájaros.

—No —concluyó Sebright, abrumándome por detrás, mientras yo seguía considerando, no las incertidumbres del futuro, sino la paralizante desesperación del simple mañana—. El Lion no es lugar para usted, vaya ella o no a La Habana. No obstante, ella debe ir ahora a La Habana. No hay más remedio. Es lo terrible de esta situación.

—Muy bien —dije yo con voz entrecortada.

Traté de actuar con resolución. De pronto me pareció como si todo el aire de la cabina se hubiese ido por la claraboya. No podía quedarme abajo ni un instante más; y, mascullando algo acerca de volver inmediatamente, me levanté de golpe y salí corriendo sin mirar a nadie por miedo a traicionarme. Me precipité en cubierta para respirar, pero el gran vacío azul del aire libre me hizo titubear como un soplo en el corazón. Recorrí lentamente el costado del barco y, plantando ambos codos en la batayola, miré al horizonte con aire retador, sin una sola idea clara en la cabeza. Tenía la vaga sensación de que el descenso del sol sobre las aguas, que proseguía ante mis ojos con cambios de luz y de nubes, era como un espléndido y vano ceremonial de inmersión, perteneciente a un culto abrumador y estéril, inasequible al consuelo y a la esperanza. Y también había observado pequeñas cosas sin importancia: el aspecto hirsuto de un marinero; el extremo de un cabo que colgaba por la borda; y Castro, tan

diferente de todos los demás a bordo que su aspecto exterior parecía crear a su alrededor una profunda soledad, repantigado delante de la puerta de la cabina como si participase completamente solo en una grave conspiración. Oí también voces que hablaban en voz alta detrás de mí. Las distinguía claramente, aunque con la más completa indiferencia. Mucho tiempo después, con la misma indiferencia, miré por encima del hombro. Castro había desaparecido del alcázar. Y volví el rostro de nuevo hacia el mar, como un hombre que se siente vencido en una pelea a muerte vuelve el suyo hacia la pared.

Había librado una dura batalla con un adversario más cruel que la muerte, dudando de mí mismo; una inacabable contienda en la que no hay paz ni en la victoria ni en la derrota. Alta mar era como un muro liso e imposible de escalar en donde se aprisionaba el eterno problema moral. ¿Correcto o falso? ¿Generosidad o locura? ¿Conciencia o simple miedo del débil ante el remordimiento? El magnífico ritual de la puesta de sol continuó palpitante, con lenta e infalible observancia, con ritmo inaudible... continuó hasta el final, dejando en el cielo sus fuegos funerarios y una gran sombra sobre el mar. Me contuve dos veces de manera honorable. Dos veces... hasta este final.

Por un momento pasé por todas las angustias del suicidio, que me dejaron vivo, ay, consumiéndome de vergüenza por aquel pensamiento traicionero, y aterrorizado por la sublevación de mi alma que se negaba a abandonar el mundo en el que vivía la joven. Sobre aquel abrumador crepúsculo la imagen de ella parecía dejar su huella como en la cera. ¿Qué pensaba de mí Serafina? No conocía de ella más que su semblante, y eso me bastaba. Extraño ese poder de un rostro de mujer sobre el corazón de un hombre... ese dominio, tan poderoso como un sortilegio y tan misterioso como un milagro. Tendría que haber ido a contárselo. No creía que ella hubiese podido entender toda la argumentación de Sebright. Por consiguiente me correspondía a mí explicarle hasta qué extremos me había llevado nuestro amor.

Estaba tan poco dispuesto a moverme, que dejé que la voz de Sebright siguiese gritando mi nombre media docena de veces desde la puerta de la cabina. Finalmente di media vuelta.

—¡Míster Kemp! ¡Oiga, Kemp! ¿No va a entrar todavía?

—Para despedirme —dije yo, acercándome a él.

Ya había caído la noche.

—¿Despedirse? No. Al carpintero aún le queda un día por lo menos.

¡El carpintero! ¿Qué tenía que ver un carpintero en todo esto? Sin embargo, nada importaba... como si me las hubiese arreglado para echar a perder todo el plan de la creación.

—¿No creerá usted que saldremos esta noche, verdad? —se preguntó Sebright—. ¿Qué sentido tendría?

—¿Sentido? —respondí desdeñosamente—. En nada hay sentido. Hay sólo necesidad. Necesidad.

Permaneció callado durante un rato, observándome.

—Necesidad, por supuesto —dijo lentamente—. Y no comprendo por qué se ha enfadado usted.

Pensaba yo que para él era bastante fácil tomárselo con calma... la necesidad era sólo mía. Continuó filosofando con una libertad de espíritu que me pareció chocante.

—Debe procurar darle un poco de sentido. Para eso estamos nosotros aquí, supongo. De todas formas, siempre se puede dar un poco de sentido al decidir de qué manera se hace algo, por muy difícil que sea. Y yo no le veo ningún sentido tampoco a eso de poner a una mujer en apuros más de lo estrictamente necesario. Lo hemos discutido a fondo y yo no puedo hacer nada más. Entre usted un momento. Me temo que la señora Williams está molestando más bien a la señorita.

Me interrumpí un momento para tratar de recobrar el dominio de mis facultades. Pero era como si me hubiese estallado una bomba dentro de la cabeza, esparciendo mi juicio a los cuatro vientos. Lo único que me quedaba era la convicción de que fracasaría, acompañada de una profunda congoja.

Me imagino, sin embargo, que yo ofrecía un aspecto bastante resuelto. La lámpara estaba encendida y durante mi ausencia habían ocurrido pequeños cambios. Williams se había vuelto de costado hacia la mesa. La señora Williams se había levantado de su sitio y estaba de pie junto a Serafina, acariciando la manecita de ésta entre sus delicadas palmas, como si fuese algo vivo que necesitase cariño.

Y en aquella posición levantó los ojos hacia mí con una extraña expresión de juventud agotada, que desmentía el rubor que cubría su frente y su rostro. Serafina seguía con la cabeza apoyada en la otra mano y, a través de la sombra borrosa de sus cabellos, noté un aumento de color en sus mejillas y un brillo más intenso en sus ojos.

—¡Cómo habría deseado que fuese una chica inglesa! —susurró la señora Williams, suspirando con pesar, y se inclinó a mirar el rostro algo apartado de Serafina.

—Querida, ¿has entendido del todo lo que te he dicho?

Esperó su respuesta.

—Sí, señora —dijo Serafina.

Ninguno de nosotros se movió. Luego, al cabo de un rato, Serafina se volvió hacia mí repentinamente animada.

—Esta mujer me pregunta si creo en vuestro amor —gritó—. Ella es vieja. Ay, Juan, ¿pueden los años cambiar el corazón?, ¿vuestro corazón? —bajó la voz—. ¿Cómo voy a saber eso? —prosiguió patéticamente—. Yo soy joven... y puede que no vivamos tanto tiempo. Yo creo en el mío...

Las comisuras de sus delicados labios se contrajeron; pero ella dominó su deseo de llorar y afirmó la voz, siempre sonora y llena de encanto femenino, que, cuando experimentaba una profunda emoción, tomaba un timbre de impresionante gravedad.

—Pero soy española y creo en el honor de mi amante; en vuestro... en tu honor de inglés, Juan.

Con la dignidad con que se hace una suprema confidencia, Serafina extendió la mano. Fue uno de los momentos culminantes de nuestro amor. Pues el amor es como un viaje por un país montañoso: arriba por las nubes, abajo por las sombras, su destino permanece desconocido. Fue un momento de embeleso, pleno de pasión, durante el cual nos sentimos a la vez importantes y únicos... hasta que ella retiró su mano de mis labios y yo me encontré de nuevo en la cabina como si me hubiesen arrojado desde muy alto.

Nadie nos miraba. La señora Williams estaba sentada con los párpados caídos y las manos descansando sobre el regazo; su marido contemplaba discretamente una moldura de oro en el bao de cubierta, y su mirada ascendente confería a su rostro enrojecido un aspecto de éxtasis singularmente imbécil. Y estaba también Castro, a quien yo no había visto hasta entonces, aunque debí rozarle al entrar. Estaba junto a la puerta, tan mudo como si fuese un conspirador voluntariamente desenmascarado, con su sombrero negro a los pies. Sólo él nos miraba. Sus ojos iban de Serafina a mí... de mí a Serafina. Miraba cosas inefables, poniendo en blanco, con piadoso pavor, sus ojos con patas de gallo y lanzándonos a uno y a otro furiosas miradas. Cuando Serafina se dirigió a él, se apresuró a inclinar la cabeza con su habitual deferencia por la descendiente de los Riego.

—Hay cosas —dijo ella— que atañen a este caballero y que tú nunca podrás comprender. Tu fidelidad está probada. Aquí se ha confirmado lo profunda que es... Eso te proporcionará una vejez satisfactoria... palabra de Serafina Riego.

Castro bajó los ojos al suelo con deprimente sumisión.

—Existe un proverbio sobre una mujer enamorada... —dijo entre dientes, lo bastante alto para que yo lo oyese.

Luego, agachándose a propósito para recoger su sombrero, lo blandió hasta más abajo de las rodillas. Su gruesa espalda negra desapareció de la cabina a la chita callando, y poco después oímos al otro lado de la puerta el chasquido de la cuchilla sobre el pedernal.

CAPÍTULO VI

¡Cuán a menudo la parte activa de nuestra vida es la menos real! Vista en conjunto, la vida me la imagino como una búsqueda con los brazos abiertos de un magnífico sueño alígero que se cierne sobre nuestras cabezas y proyecta su esplendor sobre nuestras esperanzas. Es en esta sencilla visión, que es única y duradera, y no en los hechos cambiantes, donde debemos buscar su significado y su verdad. Los tres días tranquilos que pasamos juntos a bordo del Lion me siguen pareciendo memorables y llenos de sentido, sin incidentes, y conteniendo la quintaesencia misma de la existencia. Compartimos el sol, siempre juntos, muy cerca el uno del otro, cogidos de la mano mirando al mar, cuyo azul sin mancha prolongaba bajo nuestros pies el azul que se extendía sobre nuestras cabezas, como si nos hubieran arrebatado al cielo. Las palabras insignificantes que intercambiamos parecían cargadas de una certeza ininterrumpida y de una admirable gravedad, como si en el amor clandestino entre un hombre y una mujer hubiese una cierta dosis de sabiduría infalible. Del inagotable tesoro de su sensibilidad, ella sacaba palabras, miradas, gestos que apaciguaban todas las inquietudes de mi corazón. En algún breve momento de inspiración, cuyo advenimiento mis ojos de hombre habían pasado por alto completamente, ella se había enterado de repente de todo lo que tenía que saber. Ahora lo sabía. Ya no tenía necesidad de analizar mis actos, mis palabras, mis pensamientos; sin embargo, me otorgó el halago sincero de una atención fascinante que su sonrisa hacía más embriagadora. En aquellos pocos días de descanso en que, cual nadador que se vuelve de espaldas, vivíamos confiados en la seguridad de las vigorizantes profundidades, en vez de enfrentarnos a la agitación de la superficie... en aquellos días tuvimos tiempo de observarnos el uno al otro en profundidad; y vi reaparecer su sonrisa, un poco cambiada, más significativa y un poco menos risueña, como si el sufrimiento le hubiese anquilosado los labios. Pero era joven, y la juventud, tiempo de indulgencia, de ternura, de entusiasmo y de compasión, ofrece una apariencia tan dura como el mármol a la idea de la irrevocabilidad de la muerte.

Respirando uno al lado del otro, tomando el mismo sol, y no hablando jamás de nosotros, sino dando sentido a nuestro amor como si se tratara de una prenda magnífica por encima de la considerable insignificancia de un mundo ya conquistado, no pudimos evitar darnos cuenta de las corrientes de entusiasmo y simpatía que convergían en nuestro imprescindible aislamiento de la vida del barco. Era el entusiasmo de la aventura mezclado a nuestra bebida, según la receta de Sebright. La gente se acercaba a nosotros y nos hablaba. Les prestábamos atención como si nos invocaran desde una altura; percibíamos el tono de su solicitud; y se retiraban sin precisar nada, dejándonos en libertad para volver a las cumbres del paraíso de los

amantes... una región de tiernos suspiros y profundos silencios. De pronto resonaba a nuestras espaldas una corta risa gutural y Williams empezaba:

—Oiga, Kemp; ¿se acuerda usted de fulano?

Se trataba invariablemente de algún plantador o comerciante de Jamaica. Nunca pude.

Williams gruñía.

—¿No? Me pregunto qué haría usted con su tiempo durante esos dos o más años que pasó allí. El lugar no es tan grande.

Su propósito era animarme con algún cotilleo, si podía encontrar algún conocido común del que hablar. Creo que me consideraba un tipo raro. Una vez me contó que todos los que conoció en Jamaica tenían esa misma opinión de mí. Luego se reía y susurraba: «Órdenes de detención... asalto... Topnambo... ¡ajajá!», para a continuación dejarnos solos y seguir con su contoneo de un lado a otro de la toldilla. Llevaba holgados pantalones de seda, en cuyo interior sus piernas arqueadas se movían como un artefacto hecho con dos postes.

Era un poco absurdo. Todos lo eran para nuestra afable sensatez. Pero era bueno respirar aquella atmósfera, llena de interés y buena voluntad. El propio despensero — el mismo que se había escondido en el lazareto durante la pelea—, una criatura perseguida que exhibía la más insignificante anatomía que jamás habitó espíritu tembloroso alguno, se dedicaba a la fabricación de extraños pasteles, que a la hora del té depositaba todavía humeantes frente al asiento de Serafina. Después de tales proezas, parecía asombrado de su audacia al encargarse de tantas cosas. Al carpintero le llevó más de un día arreglar un viejo bote del barco. Nacido en las islas Shetland, era una especie de gigante hiperbóreo, peludo y de rostro repulsivo, con un apreciable aire contemplativo y muchos clavos en la boca. Al fin llegó un momento en que él también se acercó por detrás a nuestro refugio con un martillo grande en la mano; pero en lugar de rompernos la crisma con un solo barrido de su poderoso brazo, simplemente comentó con tosco acento.

—Eso es; estoy pensando que ella hará bien lo que usted le pida.

Nos volvimos, cogidos del brazo, para mirar el bote. Allí estaba, carenado sobre cubierta, con remiendos en los costados, rodeado de astillas, virutas y serrín; unos marineros pensativos lo contemplaban, de pie, con ojos serios. Doblado en dos, Sebright merodeaba a su alrededor lentamente, inspeccionándolo minuciosamente. De pronto se enderezó, pronunció un conciso: «Ella lo hará», y, sin mirarnos, se marchó afanosamente con paso rápido.

Un leve suspiro flotó sobre nuestras cabezas. Williams y su esposa aparecieron en la toldilla, encima de nosotros, cual alegórica pareja de la saciedad y la inanición, concebida en vena fantástica, sobre un balcón. Un cigarro ardía en sus rechonchos dedos rojos. Ella había deslizado una mano bajo el brazo de su marido, como hacía

siempre cada vez que se acercaban el uno al otro. Nunca parecía más inútil y remilgada que cuando afirmaba así sus derechos de casada. Pero sus ojos eran maternos.

—¡Ah, mis queridos amigos! (normalmente llamaba «señorita» a Serafina, y a mí, «mi joven señor»). Parece tan cruel echarla de aquí en un bote pequeño, aunque sea por su propio bien.

—No temas, Mary. Está reparado. Tiene cabida para seis personas cómodamente —la tranquilizó Williams con un formidable mugido, como un toro.

—Pero ¿por qué no les das uno de los otros, Owen? ¿Aquel grande de allí?

—Bobadas, Mary. No volveré a ver el bote. No lo echaré de menos. Sebright es el único que lleva razón. ¿No has oído lo que dijo? Es muy sensible. Pregunta a Sebright. Él te lo explicará de nuevo.

Era Sebright, con su rudeza y su discreción, con sus accesos de brusquedad atenuados por un desprecio casi afectuoso, quien se ocupaba de todos sus asuntos, como yo he visto a una vieja nodriza, digna de confianza y experimentada, solventar las infinitas confusiones de una habitación llena de niños. Su clarividencia y comprensión parecían independientes de la edad y de la experiencia, como las facultades de un genio. Tenía un excelente ojo para los detalles, y a partir de una simple indicación hacía planes con asombrosa precisión. El plan que nos había asignado —en vano y sin resistencia— estaba basado en la necesidad que teníamos de abandonar el barco.

Me lo había explicado aquella tarde, en la cabina, en cuanto salió Castro. Ya había comunicado a Williams y a su esposa su punto de vista acerca de nuestra situación. Empezó por afirmar que en toda situación desesperada hay siempre una posibilidad de escapatoria. Como otros grandes hombres, era consciente de su talento y tenía tendencia a teorizar exhaustivamente durante algún tiempo. Tenías que aceptar la situación, seguirle la corriente en cierta medida; y puesto que te habías metido en problemas con los ojos cerrados, no tenías más que seguir con los ojos abiertos. El tiempo es lo único que uno puede vencer. Si no tenías tiempo, admitía él, estabas acorralado contra la pared. En ese caso, él consideraba que todavía quedaba tiempo, pues O'Brien, prevenido ya, se cruzaría de brazos durante unos pocos días, convencido como estaba de que nos cogería en cuanto el Lion arribase a puerto. Únicamente si el Lion no conseguía presentarse en La Habana dentro de un plazo razonable, él se asustaría y tomaría medidas para darle caza en el mar. Pero yo podía estar seguro de que el Lion iría a La Habana tan pronto como se lo permitieran los vientos.

¿Cuál era entonces la situación?, continuó él, mirándome fijamente por encima de la cabeza rapada de Williams. Yo había huido de Cuba para salvar mi preciosa vida (llevándome conmigo lo mejor que allí había, por supuesto, interpuso él, sonriendo vagamente a Serafina). No tenía dinero ni amigos (a excepción de mis amigos en esta

cabina, tuvo la bondad de decirme); habían llegado a Jamaica unas órdenes de detención contra mí; no disponía de ningún medio para volver a Inglaterra; en el barco no estaba seguro. De nada servía eludir este pequeño detalle. Teníamos que abandonar el Lion. Era una situación bastante desesperada. Pero únicamente porque no la considerábamos como es debido. Suponíamos que debíamos abandonarlo para siempre, mientras que el único secreto de la estratagema consistía precisamente en que sólo teníamos que abandonarlo durante algún tiempo. Después de que los mirmidones de O'Brien lo hubiesen registrado y hubiesen sido expulsados con las manos vacías entre abucheos, el barco volvería a ser para nosotros, si no absolutamente seguro, al menos aceptable... el único refugio posible para nosotros... el único medio decoroso de llegar a Inglaterra juntos, donde, tenía entendido él, nuestros problemas cesarían. Williams asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—A los amigos de la señorita Riego les alegrará saber que ha hecho la travesía bajo la protección de una respetable mujer casada —explicó Sebright con esa imperturbable manera suya que reflejaba vagamente todos sus estados de ánimo más íntimos... ya fuesen de temor, de jocosidad o de ansiedad... ya menudo su desdén subyacente. Su seriedad se volvió completamente siniestra.

—La señora Williams —prosiguió él— estaba muy deseosa, desde luego, de desempeñar su papel de forma encomiable. Dio la casualidad que el Lion se dirigía a Londres en este viaje; y, a pesar de su natural deseo de regresar lo antes posible a su casa con su viejo tío de Bristol, tenía la intención de acompañar a la joven dama en un coche de alquiler hasta la misma puerta de su casa.

Previamente yo les había dicho que el recientemente nombrado embajador de España en Londres era pariente de los Riego y conocía personalmente a Serafina, la cual, casi dos años antes, había hecho una corta visita a España y había vivido algunos meses en Madrid con su familia, creo. No tendrá ningún problema, ninguna dificultad para ser reconocida, tampoco en materia de derechos de sucesión, etcétera. El embajador se ocuparía del asunto. Por lo demás, yo confiaba en su carácter decidido y en la solidez de su afecto. No temía que ella permitiese a nadie hablar de romper su compromiso, que fue la última voluntad de su pariente más próximo, y estaba sellado, por así decirlo, con la sangre de su padre. La cuestión de su ausencia temporal del Lion parecía ofrecer, sin embargo, una dificultad insuperable. Evidentemente no podíamos ser abandonados a la deriva en un simple bote a las afueras del puerto de La Habana, esperando que el barco saliese a recogernos. Sebright reconocía que, al principio, ni él mismo imaginaba cómo podría conseguirse eso. En absoluto se lo imaginaba. Pensaba y volvía a pensar en ello. Lo suficiente para hartarse uno de pensar. De pronto, las pocas palabras que Castro había dejado caer con respecto a la plantación de caña de azúcar y la posta de mulas le vinieron a la cabeza... providencialmente, como diría la señora Williams. Se imaginaba que fue esa manera

primitiva y grandiosa con que el caballero mantenía una posta de mulas —grandes cantidades de mulas—, por si acaso quería enviar una carta o dos, lo que provocó la circunstancia de que lo recordase. Inmediatamente hizo pasar a «nuestro pequeño hidalgo» y le sometió a un interrogatorio.

—Estaba de bastante mal humor y constantemente trataba de enzarzarse con usted, hasta que doña Serafina, aquí presente, le dio una buena bronca —dijo Sebright.

Por lo demás, la combinación era de lo más satisfactoria. Aquel lugar era accesible por mar a través de una estrecha ensenada que comunicaba con una pequeña dársena, perfectamente protegida, a espaldas de las dunas de arena. El riachuelo que regaba la plantación desembocaba en esa dársena. Allí se podía desembarcar en un bote, creía él, como en un malecón... y sería endiabladamente difícil que la señorita Riego y yo no pudiésemos permanecer ocultos algunos días en su propia propiedad, más aun teniendo en cuenta que, como salió en el curso de la conversación mientras yo había «salido precipitadamente a contemplar la puesta de sol», el administrador, o como quiera que lo llamen —el encargado— era el marido de la vieja nodriza de doña Serafina. Naturalmente, nos convendría armar el menor alboroto posible... tratar de llegar a la casa a través de veredas por la mañana temprano, cuando todos los esclavos están trabajando en los campos. Castro, que aseguraba conocer muy bien la región, nos sería útil efectivamente. Entre tanto, el Lion proseguiría rumbo a La Habana, como si tal cosa. Sin duda, todo tipo de malditos alguaciles y sabuesos de aduanas estarían preparados para subir a bordo a grito pelado. Los recibirían con los brazos abiertos. ¿Había algún extranjero a bordo? Por supuesto que no. ¿Por qué iba a haberlos? ¿... Río Medio? ¿Qué pasa con Río Medio? Estábamos a muchas millas de Río Medio; tratarían de sorprendernos a la altura de la costa. ¿Registrar el barco? Con gusto... cada rincón y cada grieta. Él no creía que tuviesen la caradura de hablar de piratas; pero si se arriesgaban... ¿y qué? ¿Piratas? Es algo muy grave y deshonroso para las autoridades españolas. Personalmente no habíamos visto ningún pirata. Pensábamos que todos habían sido capturados y ahorcados recientemente. Los rumores de que el Lion había sido atacado eran evidentemente falsos. Quizá se tratase de algún otro barco... Eso es lo que harían. Aunque no les convenciesen, por lo menos los desconcertarían. Naturalmente, el capitán Williams, en consideración a mí, había abandonado su intención de hacer un asunto de Estado del ultraje perpetrado en su barco. No entablaría ninguna demanda en La Habana... absolutamente ninguna. Las viejas esposas del Almirantazgo esta vez no tendrían que hacer ni caso. Tampoco se enviaría ningún informe al almirante. Solamente se pediría al almirante que interviniese, si, una vez que les hubiesen dado todas las facilidades para echar un vistazo, se entrometiesen y molestasen al barco con un pretexto cualquiera. Y las autoridades españolas tampoco tendrían en qué apoyarse, por la simple razón de que

no podían confesar sus fuentes de información. Mientras tanto, todos los tripulantes a bordo del Lion tendrían que guardar el secreto; eso no podría evitarse. Él, Sebright, respondía de su discreción, al menos mientras estuviesen sobrios; y me prometió que no daría a sus hombres ningún permiso ni dinero para gastar en La Habana, por miedo a que se fueran de parranda y divulgasen algo en los bares de la costa. Todos sabíamos de lo que era capaz un marinero después de un vaso o dos. De manera que se acordó hacer eso. Ahora, en cuanto a nuestro regreso al Lion, forzosamente lo dejarían en mis manos. A partir del momento en que lo abandonásemos para desembarcar en la costa, el Lion permanecería dieciséis días en La Habana; y si al cabo de ese tiempo todavía no estuviéramos de vuelta, y todo el cargamento estuviese ya a bordo, el capitán Williams procuraría quedarse en el puerto unos días más, bajo un pretexto u otro. Pero dieciséis días bastarían, incluso sería preferible no apresurarse demasiado. Lo más seguro en cierta manera sería llegar el día decimoquinto, aunque quizá fuese mejor no hilar tan fino. Con todas aquellas mulas a nuestra disposición, Sebright no comprendía por qué no nos abríamos paso por tierra: atravesaríamos la ciudad de noche, o por la mañana muy temprano, e iríamos directamente a bordo del Lion... tal vez usando algún tipo de disfraz. No sabría decirlo. No estaba en el ajo. Rostros pintados de negro o algo por el estilo. En cualquier caso, a bordo seríamos esperados noche y día.

Más tarde, sin embargo, nos enteramos por Castro que la propiedad poseía una embarcación a vela de unas veinte toneladas, que hacía frecuentes viajes a La Habana. Estas droghers azucareras, que pertenecían a las plantaciones (cada propietario tenía una o más), entraban y salían del puerto sin que apenas se les prestase atención. A veces la batería al borde del mar, en el lado norte, o algún aduanero paraba a alguna, pero no era frecuente... e incluso entonces, únicamente preguntaba por su nombre, de dónde venía y el número de toneles de azúcar que llevaba a bordo.

—¡Cielos! ¡Es lo que nos faltaba! —se regocijaba Sebright.

Y se acordó que eso sería lo mejor que podíamos hacer. Debíamos fijar la hora de nuestra llegada para el alba o el crepúsculo. La embarcación que nos llevaría hasta allí debería abordar al Lion, simulando una torpe maniobra, y permanecer a su costado el tiempo suficiente para colarse furtivamente por alguna portilla que estuviese abierta.

Se las debían de ingeniar de manera que, para los espectadores, si es que los había, el encuentro diese la impresión de tratarse de un simple accidente. Los gritos y el intercambio de insultos por ambas partes darían autenticidad al suceso. Entonces la drogher, zafándose del barco, se encaminaría inocentemente hacia la escalinata de la aduana, donde todos los buques de cabotaje debían informar de su llegada.

—No tema. Diremos en voz alta algunas palabrotas y armaremos un escándalo —me aseguró Sebright—. En mi opinión, los muchachos disfrutarán con esta parte del programa.

Quedaba por examinar cuáles serían las intenciones de la goleta que había zarpado de Río Medio para arrimarse a nosotros. Era dudoso que pudiéramos librarnos de ella. Sebright admiraba plenamente sus condiciones marineras, a la vez que sentía un infinito desprecio por la «banda de palurdos que iba a bordo».

—Si yo la gobernase —dijo—, me pondría tan cerca como pudiese y me quedaría allí. Casi podría decirse que ella misma lo haría si esos imbéciles la dejaran seguir su camino. Nunca he visto todavía a un español, bueno o malo, que fuese un verdadero marino. Tal como están las cosas, podemos mantenernos a una distancia que les haga difícil ver lo que estamos haciendo. Y si no, pues bien, deben despedirse de nosotros de noche.

Él se preguntaba si, dejando aparte la tristeza de una partida en esas condiciones, aquello merecería la pena. ¿Quién podría asegurar que no nos estuviesen observando desde la costa?

—Ya sabe usted que nunca pretendí que mi plan fuese completamente seguro. Pero ¿tiene usted algún otro?

No le contesté porque no tenía otro y no podía pensar en ninguno. Por increíble que pueda parecer, no solamente mi corazón, sino también mi mente, pese a la despierta comprensión de mi amor, se negaban a enfrentarse con dificultades. Mis pensamientos iban muy por delante de barcos y de hombres que nos perseguían, en un sueño de felicidad no empañada que no tenía fin. Y no creo que Sebright esperase de mí ninguna sugerencia. Eso tuvo lugar durante una de nuestras bulliciosas charlas, solos él y yo en su cabina. Él acababa de lavarse las manos, preparándose para tomar el té.

—¿Sabe usted? —dijo, volviéndose del todo hacia mí, mientras se secaba los dedos cuidadosamente con una toalla áspera—, ¿sabe usted?, no me extrañaría que esa goleta nos estuviese observando sencillamente porque sospecha algún movimiento por nuestra parte. Es extraordinario lo listos que a veces pueden mostrarse los mayores imbéciles. Únicamente con su tripulación de españoles palurdos se figuran que van a hacer toda una ceremonia de nuestro desembarco: el barco se pone al paio durante horas frente a la costa, mandan un bote a tierra para luego regresar, y se arma un gran lío. Se dicen a sí mismos: «Estamos seguros de ver su pequeña demostración». ¿Eh? ¿Qué? Mientras nos mantengamos a la altura de la costa hasta que llegue el momento, y caigamos sobre ustedes en la oscuridad sin detenernos en nuestro rumbo más que para echar un sueñecito. ¿Eh?... Ojo, míster Kemp, mantenga el bote fuera de la vista mientras remonte el riachuelo, por si acaso se les ocurre echar un vistazo a aquella ensenada mientras nos siguen. Como ya le he dicho, no hay que fiarse demasiado de los desatinos de un tonto.

Ahora se acercaba el momento: la hora de despertarse y abandonar el templo del sol y el amor... de los suspiros y los silencios. Había llegado ya. La noche anterior,

Williams y Sebright habían estado en el puente gobernando el barco, procurando sacar el mayor partido posible de cada ráfaga favorable de aquella brisa contraria. Por la mañana me dijeron que un viento del norte se estaba acercando. Un viento del norte es una tempestad. No vi rastro alguno de él. El reino del sol, como el desaparecido de las estrellas, me parecía profundamente dormido, y el soplo del viento en el barco era tan suave como el aliento de un niño. El Lion, desde la línea de flotación hasta los extremos superiores de los mástiles más altos, parecía también andar envuelto en un sopor de encantamiento. Y sin embargo se movía al ritmo de la respiración del mundo, pero tan imperceptiblemente que era la costa la que parecía acercarse a él, como una línea de vapores bajos sobre el horizonte. Entre Williams y Sebright, Castro la señaló con su único brazo, mientras un borbotón de sílabas guturales salía atropelladamente de sus labios. Los otros dos parecían incrédulos. Castro golpeó furiosamente con ambos pies. Finalmente descendieron los dos para examinar la carta náutica, supongo. Volvieron a subir muy rápidamente, uno tras otro, y permanecieron alineados mirando al horizonte como antes. Habría sido difícil imaginar tres seres humanos más distintos.

Deslumbrantes manchas blancas del tamaño de una mano aparecieron entre el cielo y el agua. Cada vez eran más anchas y paseaban su perfil de montículo entre una continua ondulación de dunas de arena. Aquí y allá, esa muralla presentaba un boquete, como una brecha abierta a cañonazos. Detrás de mí, la señora Williams se sonaba la nariz discretamente; tenía los ojos enrojecidos, pero no nos miraba. Nadie nos miraba y la costa también ejercía su hechizo sobre ella. Un promontorio bajo, sombrío, surgió a la vista entre las dunas, destacando entre los montones de deslumbrante arena, como un amenazador hombrecito.

Una voz en cubierta declaró:

—Bueno. Ahí tiene su señal. El tipo sabía muy bien de qué estaba hablando.

Era la voz de Sebright, y Castro, alejándose triunfalmente, fingió dar la espalda a la tierra. Había reconocido el relieve de la costa alrededor de la ensenada mucho antes de que cualquier otro pudiese distinguir los detalles. Habían dudado de su palabra. Estaba ofendido y por eso hizo caso omiso de nosotros, envolviéndose estrechamente en su capote. Uno de los bucles de Serafina me rozó la mejilla: diríase que el postrero esfuerzo de la brisa había quedado atrapado en las marañas sedosas de su cabello.

—No hay viento suficiente para hinchar las velas de una barca de juguete —refunfuñó Sebright—; y no pueden arrastrar esta pesada lancha a tierra con sólo un manco en el otro remo.

Sentía no poder mandarnos con cuatro buenos remeros. El viento del norte podía llegar antes de que les diese tiempo a regresar al barco y, sin hablar de los comentarios que la presencia de cuatro marinos ingleses en la costa sin duda provocaría, había otra dificultad: cómo iban a volver a bordo desde La Habana.

Podríamos, sin duda, pasarlos de contrabando; pero con seis personas sería demasiado expuesto. Por otra parte, sería muy difícil de explicar a las autoridades la ausencia de cuatro hombres de la tripulación.

—No podemos decir que hubiesen muerto, que los arrojamos por la borda. Sería demasiado sorprendente. No; tienen que irse solos, deben marcharse al primer soplo de viento; y lo que me temo es que ese viento no sea el primero que viene del norte.

Echó hacia atrás la cabeza y exclamó:

—¿Se divisa alguna señal de la goleta allá arriba, en la arboladura?

—Ni rastro de ella, señor —respondió un hombre encaramado a horcajadas, con los pies colgando, en el mismo extremo del peñol de la gavia.

Se interrumpió, exploró el espacio desde debajo de la palma de la mano y añadió, gritando deliberadamente:

—Hay... una... neblina... mar adentro, señor.

Con sus cubiertas salpicadas de hombres en grupos de dos o tres, el barco lanzaba a sus oídos un murmullo de satisfacción.

Si nosotros no podíamos verla, ella tampoco podría vernos. Era una circunstancia que nos favorecía. Con gran satisfacción de todos los que iban a bordo, al amanecer se descubrió que la goleta había perdido contacto con nosotros durante las horas de oscuridad... sea a causa de una torpe maniobra, o por algún inconveniente accidental del viento variable. Nada más aparecer en cubierta me habían dado esa información varios hombres con una sonrisa radiante, como si a todos ellos les hubiese acontecido una gran suerte. Repartían su infatigable atención entre la tierra y el horizonte del mar, señalándose unos a otros, con sus brazos tatuados, los detalles de la costa, haciendo con la cabeza un gesto deliberado en dirección a alta mar. A mediodía, la mayoría de ellos sacaron su comida a cubierta y se les podía ver hacia proa, cada uno con un plato de hojalata en la mano izquierda, gesticulando amigablemente aferrados a sus cuchillos. Un pañuelito blanco colgaba de los dedos de la señora Williams y de vez en cuando ella se frotaba ligeramente los ojos, uno detrás del otro. Su marido y Sebright, con el semblante serio, pateaban afanosamente alrededor de la bitácora de popa, cambiando de sitio, cediéndose el paso, agachándose por turno para echar una ojeada en la rosa náutica al acantilado bajo, como dos artilleros apuntando una pieza pesada para un disparo decisivo. Saliendo de la lumbrera, el dispensero hizo sonar violentamente una campanilla y se mostró asombrado por el fracaso de ese llamamiento. Después de esperar un poco, produjo un tintineo más débil y, resignado, volvió a bajar, desapareciendo de la vista.

Un sol blanco, como si resplandeciese de pálido furor, daba vueltas pasado su cénit en medio de una calma profunda y universal. No había ni un solo rizo en el mar: éste presentaba una superficie brillante y reluciente, como la faceta pulida de una gema. En la cabina, nos sentamos a comer, sin pretender siquiera que tuviéramos hambre,

intercambiando vagas frases, bajando la cabeza sobre nuestros platos vacíos. Pero los pasos uniformes del conrtramaestre, que estaba de guardia, empezaron a hacerse vacilantes y se detuvieron cerca de la claraboya.

—Parece —dijo con voz algo insegura— como si viniese una corriente más regular de aire.

Nada más decir eso, nos levantamos de la mesa impetuosamente, como si alguien hubiese dado la alarma de un fuego, y la señora Williams, lanzando un grito, corrió en pos de Serafina. Tras dejar a las dos mujeres unidas en un abrazo silencioso, el capitán, Sebright y yo salimos corriendo a cubierta.

Todos los hombres del barco hicieron lo mismo. Incluso el cocinero negro había salido de su cocina y estaba ya sentado cómodamente en la batayola, mostrando sus dientes blancos al sol.

—Apenas sopla brisa suficiente para una pequeñísima inclinación de la aguja magnética —dijo Sebright, decepcionado.

Sin embargo, pensó que haríamos mejor no esperando más. Dentro de poco habría mucha más. Algunos marineros remolcaron el bote de costado; los demás se alinearon en la batayola, como para contemplar un espectáculo naval; y Williams miraba sin comprender. Estábamos esperando a Serafina, la cual apareció, acompañada por la señora Williams, que parecía más amable, exangüe y ascética que nunca. Pero el rubor cubría las mejillas de mi chica y sus ojos chispeaban descaradamente. Se había recogido el pelo de manera que se ajustara a su cabeza como un gorro. Le sentaba de maravillas, y sus movimientos decididos, la serena palidez de su frente, me deslumbraron como si no la hubiese visto antes. Parecía menos infantil, más adulta, madura para esta aventura, con un nuevo despliegue de fuerza y valor. Serafina inclinó la cabeza lentamente hacia los boquiabiertos marinos que se habían quitado sus gorros.

En cuanto ella apareció, Castro, que estaba apoyado en la borda, se levantó y, después de murmurar un «Adiós, señores», descendió por la escala de costado y se ocultó en la proa del bote. Se despidieron deprisa y corriendo. Williams no daba ninguna muestra de emoción, si exceptuamos, quizá, la mayor intensidad de su mirada, que pasaba por encima de nuestras espaldas en cada apretón de manos. Sebright ayudó a Serafina a bajar al bote y volvió a subir ágilmente. La señora Williams, agarrando con su esbelta mano las dos mías, pronunció unas cuantas palabras incoherentes... acerca de promesas de hombres y sobre la felicidad de las mujeres, eso creo. Pero, a decir verdad, no pude contener mi agitación, que era bastante considerable para permitirme prestarle una atención sostenida. Yo sabía únicamente que le había otorgado mi confianza, esa confianza completa y absoluta que ni la sensatez ni la autoridad pueden dominar por sí solas. Y de pronto se me ocurrió que la heredera de una fortuna y un apellido espléndidos, que estaba allá abajo en el bote,

no tenía en el mundo mejor amiga que esta mujer, que había llegado hasta nosotros procedente de la inmensidad del mar, abriendo su inocente corazón a nuestra miseria, como un piadoso e ingenuo ermitaño en el desierto abre de par en par las puertas de su celda a los caminantes desconocidos.

—Señora Williams —balbuceé yo—, si nosotros... si yo... es imposible decir lo que puede sucedernos a cada uno de nosotros. Si a ella se le ocurriera volver con usted... si alguna vez necesitase ayuda...

—Sí, sí. Siempre, siempre... como si fuera mi propia hija.

Y la buena mujer se derrumbó, como si yo, en efecto, le estuviese quitando a su propia hija.

—Eso son bobadas, Mary —expuso Williams, refunfuñando extraordinariamente—. No van a dar la vuelta al mundo. Creo que desembarcarán a tiempo para comer.

Su mirada fija, inexpresiva, la atravesó, como si fuese diáfana, pero ella le cogió un brazo, como es lógico; entonces él me hizo un guiño de ojo sorprendentemente rápido que significaba, supongo, que debía irme...

—¿Todo va bien? —preguntó Sebright desde arriba, tan pronto como hube tomado asiento en la escota de popa al lado de Serafina.

Sebright estaba de pie en la toldilla, esperando una señal para soltar en cubierta el extremo de nuestra amarra; pero antes de que yo pudiera contestarle afirmativamente, Castro, oculto en la proa bajo su sombrero, cortó la cuerda con su cuchilla como si se tratase de un pescuezo.

Inmediatamente se abrió una estrecha franja de agua entre el bote y el barco, y nuestra partida, preparada con tanta antelación y acelerada de esta manera medio segundo tal vez, pareció sorprender a todos y dejarlos sin habla, como si nos hubiésemos provisto de alas para emprender el vuelo. Agarré apresuradamente la caña del timón para dar una guiñada y oí arriba una especie de jadeo estrepitoso. Una fila de cabezas, los mentones apoyados a lo largo de la batayola, nos contemplaba con las miradas unánimemente fijas en nosotros. La señora Williams ocultó su rostro detrás de la espalda de su marido. Detrás de la pareja, Sebright se quitó el gorro solemnemente.

Una brisa, demasiado débil para producir un efecto perceptible en el barco, hinchó nuestra pequeña vela y dejamos atrás su alta silueta, como uno se aleja de un alto chapitel blanco en un llano. Enfilé la proa del bote hacia el promontorio enano, que señalaba la entrada a la ensenada en la interminable fila de dunas de arena. Un rápido chapoteo acompañó nuestro avance, pero antes de que nos sintiésemos lo suficientemente instalados como para intercambiar algunas palabras, el animado ruido decayó de pronto, se paró completamente y después, renovando su murmullo bajo nuestros pies, pareció perderse bajo el espejo de las aguas.

CAPÍTULO VII

Había vuelto la calma. Pasando del cálido brillo de la gema al unísono de grises y negros del espacio, el mar semejaba una escoria monstruosa bajo un cielo ceniciento.

El sol había desaparecido, cubierto por esas nubes que se habían formado de repente y por todas partes, como por una corrupción rápida del aire en las alturas. Durante la mayor parte de la tarde el barco y el bote se mantuvieron alineados, a menos de media milla uno del otro. La poca luz que quedaba, aislada del origen de la vida, parecía consumida por un extraño debilitamiento. La larga extensión de arena y las velas del inmóvil navío destacaban en la universal penumbra con lívida palidez. Y sin embargo, era tal el estado de la atmósfera que podíamos ver con bastante nitidez incluso los pliegues en la escarpada superficie de las dunas, y las siluetas de las personas que recorrían la toldilla del Lion. Siempre había alguien allí con el aspecto de estar vigilándonos. Entonces, no sin emoción, los vimos a bordo, izando la vela mayor y arriando la lancha.

Los cuatro remos batieron el sombrío mar, levantándose y cayendo aparentemente en el mismo sitio. La lancha llevaba un tiempo interminable viniendo hacia nosotros, pero según se acercaba me sorprendió su enorme velocidad. Sebright, que llevaba el timón, la puso de costado rápidamente y dos de sus hombres, saltando a nuestra embarcación sin decir palabra, arriaron inmediatamente nuestra vela al tercio.

—Venimos para arriarles la vela. No deben arreglárselas muy bien con sólo un manco de tripulante —dijo tranquilamente el joven oficial en medio de un enorme silencio.

En su opinión no podíamos contar con ningún tipo de viento hasta la llegada de la primera borrasca. La ráfaga, como la llamó, nos llevaría a la costa a toda mecha, y estaba seguro de que ayudaría igualmente al barco a arribar a La Habana en menos de veinticuatro horas. No creía que al principio fuese muy intensa y, una vez en tierra, no teníamos que preocuparnos si soplaba con mucha fuerza.

Me tendió por encima de la regala un frasco de bolsillo cubierto de cuero, con una tapa plateada de rosca en forma de cubilete. Era del capitán y estaba lleno de ron de primera calidad. Seguramente debíamos estar bastante mojados. También me puso en la mano un chal de lana gris. La señora Williams pensó que a mi joven dama le agradaría tenerlo por las noches.

—La pobre mujer se ha encerrado en su camarote y está rezando por ustedes —concluyó—. Moveos, muchachos.

Sus hombres no le contestaron, pero Castro, mirando a la costa desde la proa, contestó a las palabras que Sebright le dirigió con un gruñido malhumorado de impaciencia. Estaba completamente seguro de que podrían entrar; él había entrado y

salido varias veces. Sí. De noche también. Entonces Sebright se volvió a mí. Después de todo, no era tan difícil. La ensenada quedaba directamente al sur de nosotros y el viento llegaría ciertamente del norte. Siempre ocurría lo mismo con esas ráfagas. Yo no tenía más que quedarme quieto.

—Las nubes acabarán por alumbrarle —añadió significativamente, mirando hacia arriba.

Una vez que hubieron terminado de arrizar la vela, los dos marineros la izaron, arriaron y volvieron a izar la verga para verificar que el aparejo corría bien y, sin mirarnos, volvieron a poner el pie en la lancha, ocupando sus puestos. Durante un rato más seguimos juntos con los costados en contacto. Sebright extendió la mano de un bote al otro.

—Ahora quedan ustedes al cuidado de Dios, Kemp —dijo, levantando los ojos hacia mí, en un inesperado tono de profunda emoción—. No mueva la escota bajo ningún concepto: si la siente demasiado tirante, suéltela y arriésguese. ¿Le he dicho que hemos avistado la goleta desde la arboladura? ¿No? Pudimos vislumbrarla de pronto desde la verga mayor, a lo lejos por popa, más abajo de la línea de costa. Eso no importa ahora... Señorita, le beso las manos —le gustaba mostrar sus conocimientos de español—. Pase lo que pase, no se pongan nerviosos. Es preferible morir... recuérdenlo. Y cuenten con dieciséis días a partir de mañana. Bueno. Nada más. Retroceded, muchachos.

En ningún momento miró para atrás. Vimos izar y amarrar el bote. Poco después, mientras observábamos al Lion amainar velas, cayó la primera oleada de lluvia entre nosotros y el barco, como si hubieran corrido un velo. Aunque vagamente, durante algún tiempo seguimos viendo el barco, oscuro y lúgubre, con sus palos desnudos. El aguacero se redobló; perdimos de vista al barco; y nuestros corazones empezaron a latir más deprisa.

El chaparrón cayó sobre nosotros perpendicularmente, con fuerza constante; y los truenos retumbaban a lo lejos, como si procedieran de debajo del mar. A veces cesaba el estruendo amortiguado, dejándonos oír con claridad el ligero silbido y el repiqueteo de las gotas al caer sobre una vasta extensión. De pronto, mezclado con una fuerte detonación por encima de nuestras cabezas, un estallido de luz perfiló bajo el paño hinchado de nuestra vela la copa puntiaguda del sombrero de Castro, descansando sobre un montón de ropa negra en la proa. La oscuridad lo englutía todo. Hice que Serafina se volviese hacia mí y que se sentara a mis pies sobre las escotas de popa. Un montón de espuma borbolló alrededor del bote y tuvimos la sensación de ser proyectados desde una catapulta.

Todo estaba negro... completamente negro. De vez en cuando, pasaban sobre nuestras cabezas impetuosas ráfagas de lluvia. Supongo que conservé la calma lo suficiente, pero con cada relámpago, el viento, el mar, las nubes, la lluvia y el bote

parecían abalanzarse juntos contra la costa con gran estruendo. La línea de arena, bordeada de un cinturón de espuma, zigzagueaba deslumbrantemente a lo largo de una tierra tan negra como las nubes; en cada visión únicamente el promontorio permanecía sombrío e impenetrable. Finalmente surgió justo delante del bote. Relámpagos azulados dejaban su rastro de luz en una franja de aguas que corría a sus pies. ¿Era ésa la entrada? Con la vaga idea de amainar la vela, solté la escota que sujetaba con la mano. Noté un tirón, un crujido de madera partida, y el siguiente relampagueo me mostró a Castro emergiendo de los restos del mástil y la vela. Se levantó, arrojando por la borda los escombros, luego parpadeó fuera de mi vista, agitando el brazo hacia la izquierda, mientras yo presionaba, en consecuencia, la caña del timón. Enseguida volví a verlo, erguido en la proa, señalando con el brazo a la derecha, y obedecí su indicación. Con sus vertidos de agua y fuego, las nubes nos alumbraban realmente el camino. Una ola que se levantó a popa nos alcanzó de lleno; zarandeados terriblemente, vimos pasar una masa estacionaria de espuma... un banco de arena... rompientes... Fue horrible... De pronto, el balanceo de la barca cambió y el parpadeo de los relámpagos cayó sobre una pequeña dársena rodeada de tierra. El viento abría en ella profundos surcos, aullando y vociferando detrás de las dunas. Una rociada de agua cubría toda su superficie: toda la bahía parecía elevarse en masa hacia arriba; entonces volví a ver a Castro, esta vez con el rostro vuelto hacia mí. Con su capote negro inflado a partir del cuello, y la boca completamente abierta, gritaba instrucciones; pero un instante después la oscuridad selló mis ojos con su impenetrable impronta. Ahora era imposible gobernar; el bote se balanceaba y hacía eses al escorar; una violenta sacudida me levantó de mi asiento. Noté que la barca iba a volcar y, cogiendo a Serafina en mis brazos, salté de ella antes de que zozobrase. Salté limpiamente en aguas poco profundas.

Nunca en toda mi vida me había creído capaz de semejante proeza y sin embargo la hice con plenas garantías, sin ningún esfuerzo, que yo recuerde. Mejor que eso: después del salto logré hacer pie en un pegajoso fondo arenoso que me hizo tambalear, formando el agua remolinos alrededor de mis rodillas. El agua siguió azotándome las piernas por detrás, mientras vadeaba la estrecha franja de arena con paso firme que desafiaba a todos los elementos. Al fin noté el suelo más sólido, pero no sin que antes hubiese vislumbrado un objeto negro y voluminoso que daba volteretas en el flujo y reflujo de la marea de la playa.

—No te muevas de ahí —grité a Serafina, aunque las salpicaduras de las olas nos envolvían completamente—. Yo regreso a buscar a Castro.

Di media vuelta, bajando la cabeza. Sin duda la caída le habría arrojado a la playa; pero un hombre de su edad, con una sola mano, corría serios riesgos de quedar inconsciente y así encontrar la muerte en sólo cuatro pies de agua. El resplandor de un nuevo relámpago reveló un cuerpo enmarañado en un capote, que rodaba impotente

de aquí para allá, entre la tierra y el mar, por así decirlo. Me lancé en medio de la oscuridad; una ola me pasó por encima de la cabeza mientras me inclinaba, hasta casi la cintura, a tientas. Su movimiento rotatorio hacía extremadamente difícil lograr algún tipo de asidero. Un poco más y me habría golpeado en las piernas, derribándome; pero diríase que mi porfiada resolución fue en sí misma un recurso de salvación. Se dejó sacar a la playa, pasivamente, como un saco. Era un fardo pesado para arrastrar por la arena; noté, detrás de mí, que chocaba contra el reborde de tierra más dura, mientras un diluvio sin interrupción caía desde arriba. Yacía boca abajo, como un cadáver, entre Serafina y yo. Sin embargo, no podíamos quedarnos allí. Mas ¿adonde ir? ¿Qué hacer? ¿En qué dirección buscar refugio? ¿Habría allí cerca algún abrigo? ¿Cómo podríamos llegar hasta él? ¿Cómo íbamos a movernos? Sin duda él había expirado, y la tierra, barrida, inundada, brillando intensamente su atroz devastación, no parecía habitable. Un trueno pareció infundirle nueva vida; a su alrededor, el mundo flameaba, como si fuese a echar chispas, y le vimos incorporarse un poco aturdido, como alguien que surgiera de entre los muertos. A pesar de todo conservaba su sombrero.

Lo llevaba firmemente sujeto a su barbilla con un pañuelo, y sus alas formaban encima de sus orejas una especie de alerones, presentando el resto, tanto por detrás como por delante, el aspecto de una toca en forma de cubo de carbón. Seguimos su peculiar silueta. Avanzó vacilantemente con ese indestructible tocado, mientras Serafina y yo le seguimos, con los brazos enlazados y luchando con todas nuestras fuerzas contra el viento. Conocía un refugio; y tal vez este hecho, y también su evidente familiaridad con la topografía del país, le prestaban una apariencia de indómita seguridad en medio de la tempestad.

El escarpado espolón de una elevación de terreno bordeaba una pequeña llanura de tosca hierba. A la izquierda, brotaba de repente un riachuelo, con todos sus meandros de un azulado brillo sulfuroso; y entre el retumbar de los truenos se oía el interminable crujido silbante de los juncos y cañaverales que crecían en aquel terreno pantanoso. Bordeamos la elevación de terreno, que la lluvia batía, y los relámpagos nos mostraron su rutilante superficie arrugada. Tropezamos bajo el aguacero. Bajo los pies, sentíamos el barro, la arena, las desigualdades del terreno rocoso y los cantos rodados del lecho de un torrente, que saltaban impetuosamente a nuestros tobillos. Ante nosotros se abría la entrada a un profundo barranco.

Sus flancos más bajos palpitan con la incesante agitación de árboles enanos y matorrales; y por encima del sombrío tumulto de laderas, una peña desnuda se elevaba en lo alto, inmóvil y majestuosa, y su cumbre plana devolvía un espantoso reflejo amarillo. Los truenos retumbaban laboriosamente entre las estrechas paredes de ese abismo que por un momento aparecía todo resplandeciente y al siguiente completamente negro. Un torrente que brotaba en su cumbre corría hacia el fondo

con una furia inaudible y parecía brillar plácidamente entre las formas redondeadas de los arbustos negros como la tinta y los blanquecinos cantos rodados de nuestro sendero. Enormes remolinos de viento, procedentes de las alturas, nos hicieron detenernos en seco y, vacilantes y sin aliento, nos arrimamos el uno al otro para no caer.

Castro sostenía a Serafina por el otro lado; pero con frecuencia tuvo que dejarnos para adelantarse en busca de algún camino. Había en efecto un sendero medio borrado cuyos recodos seguían la ladera menos escarpada; y nos esforzamos en seguir a nuestro guía con la irreflexiva entereza de la desesperación. Se nos aparecía tan repentinamente y desaparecía con tanta rapidez, que en las más variadas posturas de la escalada daba siempre la impresión de estar inmóvil. El ascenso desde el fondo era muy empinado, y los últimos metros realmente duros. Los subimos prácticamente a gatas. Las piedras desplazadas rebotaban bajo nuestros pies, sin ningún ruido perceptible, como pedos de lobo.

Al llegar a la cumbre traté de proteger a Serafina con mi cuerpo. El viento aullaba y bramaba por encima de nosotros.

—¡Arriba! ¡Vamos! Todavía nos queda lo peor —me gritó Castro al oído.

¿Qué querría decir con eso? Los sucesivos relámpagos no mostraban más que una vasta altiplanicie ondulada. Cortinas de llamas se elevaban, ondulantes como las hierbas altas, entre los esporádicos árboles negros como el carbón, proyectando violentos destellos sobre el lindero inferior de un bosque muy oscuro y lejano.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Valor, Señorita!

¡Valor! El populacho decía de ella que nunca había tenido necesidad de poner el pie en tierra. Si el valor consiste, para una criatura tan delicada, en avanzar penosamente y soportarlo sin desfallecer ni quejarse, hasta los mismos límites de la resistencia física, entonces ella era la mujer más valerosa del mundo, lo mismo que era la más encantadora, la más fiel, la más generosa, la más digna de amor. Procuré no pensar en sus miembros torturados, por la pena y la compasión que me producían. Volvimos sobre nuestros pasos, pero esta vez siguiendo el borde del precipicio por donde habíamos salido. Yo había insistido imperiosamente en llevarla en brazos. Serafina me pasó sus brazos alrededor del cuello y el corazón me dio un vuelco al comprobar que pesaba menos que una pluma. Agarrándome del brazo, Castro guiaba mis pasos y me ayudaba a sostenerme pese al viento.

Hubo una tregua bien diferenciada. Incluso los truenos se habían alejado y su fragor había quedado reducido a un murmullo profundo. Castro cayó de rodillas delante de mí.

—Aquí es —le oí gritar.

Dejé a Serafina en el suelo. Una lengua de fuego partió por la mitad el espeso dosel de nubes. Me retiré unos pasos del borde.

—¿Qué? ¿Aquí? —dije a gritos.

—¡Sí!, señor. Debajo hay una caverna...

Yo había visto un saliente en la superficie de la roca.

Era una cornisa que descendía a lo largo de la pared del precipicio, como esas escaleras adosadas al muro exterior de una casa que se ven a veces. Parecía más o menos una escalera, con altos peldaños en pendiente, mojados por la lluvia.

—Por Dios, señor, no nos quedemos aquí pensando o pereceremos en medio de esta tempestad.

Gritó, gesticuló, chilló con toda la fuerza de sus pulmones. Conocía esos tornados. Por la mañana se encontrarían muertas en los campos numerosas bestias salvajes. Eso era sólo el principio. Los relámpagos mostraron su figura arrodillada, su rostro anhelante y vuelto hacia arriba, señalando urgentemente con un dedo hacia el abismo. ¡Este viento no era nada! Nada comparado con lo que vendría después. Mientras gritaba estas palabras, me pareció que la corteza terrestre estaba vibrando, literalmente vibrando bajo las plantas de mis pies, con el retumbar del trueno.

Se desabrochó el capote y le vimos forcejear por encima de su cabeza con la tela que flotaba y restallaba, como si hubiese capturado un belicoso pájaro negro. Por fin cada uno cogimos un faldón y empezamos a retorcer toda la prenda, como para escurrir el agua. Fabricamos así una especie de cuerda corta, del grosor de un cable, y empezó el descenso.

—No miren para abajo. No miren —gritó Castro.

Los primeros pasos hacia abajo fueron horribles, pero en cuanto nuestras cabezas descendieron por debajo del nivel de la llanura las cosas mejoraron, pues pudimos dar la vuelta a la roca, caminando de costado, con precaución, paso a paso, como si examináramos sus rugosas anfractuosidades en busca de huellas de alguna misteriosa inscripción. Castro iba primero, llevando en la mano un extremo del retorcido capote; yo sostenía el otro; y entre nosotros dos, Serafina, con la cuerda a sus espaldas, imitaba nuestros movimientos, con el pelo suelto flotando al viento y el rostro pálido y rígido, impávida ante el estrépito como una muerta. Vi la tirante inmovilidad de su cara, sus ojos dilatados que miraban fijamente a menos de adío centímetros del estrato. La tensión que nuestra prudencia nos imponía era tremenda. El saber que debajo había un precipicio debió de afectarme. Explíquenlo como quieran, pero varias veces durante el descenso sentí que perdía la cabeza y tuve deseos de echarme para atrás. Las ramas de los arbustos que crecían un poco más abajo del borde exterior del sendero azotaban mis pantorrillas.

Castro se detuvo. La cornisa terminaba como una escalera rota suspendida en el vacío. Un agujero negro, alto y estrecho, se abría en la roca, a un metro de altura por lo menos. Castro subió gateando; cuando dio media vuelta, los relámpagos iluminaron deslumbrantemente su cabeza y su torso. Al verme agarrado a Serafina, me gritó:

—¡Señor, recuerde! Si se cae para atrás, es la muerte.

Levanté a Serafina y la deposité en el umbral del agujero como si fuese una niña; y enseguida sentí que la fuerza abandonaba todos mis miembros, como el agua sale corriendo de una vasija volcada. En aquel momento no habría podido levantar ni una muñeca de niña. Inmediatamente ella me dijo, con una risa loca:

—Juan... no me atreveré a salir nunca.

La apreté en silencio contra mi pecho.

Castro fue delante. Se trataba de un estrecho pasadizo: durante todo el trayecto tocamos con los codos las paredes laterales. Encendió su pedernal varias veces y de su mano cayeron chispas; notamos una sensación de frescor, de espaciosidad, como si hubiéramos entrado en otro mundo. La voz de Castro nos ordenó girar a la izquierda, luego gritó en la oscuridad: «Estense quietos». Un destello azulado se precipitó sobre nosotros, después se retiró dejando intacta la tenebrosa penumbra, mientras los truenos retumbaban lejos en el interior, sin obstáculos, sin prisa, como el sonido de un órgano atravesando la abrumadora inmensidad de un templo vacío. Pero ¿dónde estaba Castro? Oímos chasquidos, crujidos, murmullos; brotaban chispas aquí y allá. No nos atrevíamos a movernos. En aquella caverna podía haber aristas cortadas a pico... fosas profundas. Y de pronto lo descubrimos a cuatro patas, hinchando los carrillos sobre una pequeña llama que salía de un montón de palos y hojas secas.

Era un recinto oscuro, inmenso, insonorizado. Las débiles corrientes de aire que pasaban por delante de nuestros rostros nos daban la impresión de encontrarnos al aire libre en una noche más negra que todas las noches conocidas anteriormente. La voz de uno se perdía allí dentro sin ninguna resonancia, como en una llanura. El humo de nuestro fuego ascendía oblicuamente, echando chispas rojas, y se esparcía a lo lejos, dando la impresión de encontrarnos bajo las nubes de un cielo sin estrellas; finalmente, debía escaparse por alguna imperceptible grieta en el techo de la roca. Solamente en un sitio la luz del fuego iluminaba una pequeña porción de la pared rugosa, donde surgían las sombras de nuestros cuerpos, repitiendo nuestros movimientos, para desaparecer súbitamente de nuestro lado. Por todas las demás partes, impidiendo el reflejo de las llamas, las negras tinieblas de la bóveda se extendían posiblemente kilómetros y kilómetros hacia adentro.

Castro lo creía probable. Me hizo observar la inclinación del terreno. La pendiente penetraba profundamente; muchos kilómetros, sin duda. Ninguno podía decirlo, pues nadie había visto su final. Esta caverna era conocida desde hacía mucho. Esa maleza, esas hojas marchitas que iban a servir de lecho a su Excelencia, se habían ido almacenando durante años... tal vez llevadas por hombres que habían muerto hacía mucho tiempo. Miren esa putrefacción ya reseca. Esos grandes montones de ramas ya estaban almacenados la primera vez que vi este lugar. ¡Caramba! ¡Qué esfuerzo más agotador! ¡Qué fatiga! Sin embargo, demos gracias a los santos.

Sin embargo, Castro meneaba la cabeza ante tanta novedad. Su capote se secaba al fuego, extendido a todo lo ancho, mientras él se ocupaba del sombrero, dándole la vuelta con ambas manos delante de la llama, con ternura; y su pequeña y bien formada figura, iluminada de la cabeza a los pies, despedía humo por todas partes. Sus espaldas redondeadas y rollizas y sus greñas grises echaban humo hacia arriba discretamente. De pronto se juntó la fina red de arrugas de su rostro, encogiéndose como una tela de araña desgarrada; y se oyó un ruido espasmódico, completamente nuevo para mí. ¡Castro estaba riéndose!

El calor del fuego había penetrado en nuestros cuerpos embargados por el frío con una sensación de alivio y sosiego. El frasco de Williams estaba ya vacío; y nos encontrábamos delante de un nuevo Castro, apacible, discursivo, casi cordial. Me parecía obvio que de no haber sido por él, nosotros dos habríamos vagado, perdidos en la tormenta, y habríamos muerto de frío o de extenuación... de algún accidente, tal vez. Por otra parte, yo le había salvado la vida indudablemente, y él me lo había agradecido con lenguaje altisonante; muy serio, pero exagerando los detalles del peligro afrontado, como podría haber hecho una mujer para expresar mejor su gratitud. Se había asustado bastante. Los españoles en tanto que raza, pese a todas sus conquistas, nunca han confiado demasiado en el mar. Individualmente he observado bastante en ellos, sobre todo en las clases bajas, una especie de temor, una aversión al agua salada, mezcla de miedo y de desprecio.

Levantando el brazo derecho, Castro protestó de que yo le hubiese dado una prueba de mi muy generosa lealtad, volviéndome a arrojar al agua por un viejo. ¡Uf! Se estremeció. Se había dado por vencido... ¡por Dios! Dio a entender que a su edad no podía apetecerle mucho vivir; pero para un cristiano viejo ahogarse en el mar era una detestable manera de morir. Una muerte brutal... sin absolución, sin poder siquiera pensar en sus propios pecados. Además, tenía la boca llena de esa horrible arena amarga. ¡Tate! Me dio un millón de gracias. Pero estos ingleses eran sorprendentes, a su manera... ¡Ah! ¡Caramba! Eran...

Una voluminosa protuberancia del suelo rocoso había sido tallada toscamente en forma de asiento, sólo Dios sabe por qué manos y en qué época ya olvidada. La postura inclinada de Serafina, su vestido desgarrado, sus mechones mojados encima de los hombros, su aspecto de desamparo, me hicieron pensar en una hermosa y desdichada gitanilla secándose el pelo ante una hoguera. Adelantó un piecico: destacaba la reluciente palidez de su empeine frente al deslumbrante resplandor rojizo del fuego; con los dedos apretados se acarició una rodilla levantada; y, cuando al fin dejó de tiritar, inclinó la cabeza y, colocándose de perfil con el ceño fruncido y aire pensativo, se dispuso a oírnos delante de las llamas.

Con su apariencia de mendiga, bella como una princesa fugitiva de un libro de caballerías, se ocultaba en el centro mismo de sus dominios. Esta caverna le

pertenecía, como señaló Castro, lo mismo que la bahía, la tierra por encima de sus cabezas, la ondulada altiplanicie, los rebaños de ganado bovino, los campos de caña de azúcar... hasta aquel bosque allá a lo lejos; el bosque también. Y en esta propiedad había solamente unos doscientos africanos, podía garantizarlo. Se jactó de la riqueza de los Riego. Su Excelencia probablemente no conocía semejantes detalles. Doscientos... seguro. La propiedad de don Vicente Salazar estaba al otro lado del río. En la actualidad don Vicente estaba padeciendo la afrenta de la prisión por una insignificante pelea con otro caballero —el cual murió recientemente—; y todo eso, según él tenía entendido, por las intrigas del prior de cierto convento, que era tío, dicen, del caballero muerto. ¡Bah! Algo se podría sacar. Esos frailes gordos eran como los lobos flacos de Rusia... hambrientos de todo lo que veían. Nunca era bastante. ¡Cuerpo de Dios! ¡Nunca era bastante! Como su buen amigo, que les ayudaba en sus iniquidades, el juez O'Brien, que se había enriquecido con el paso de los años por la sublime generosidad de ese hombre santo, padre de su Excelencia. Don Baltasar, de venerable memoria por su magnífica nobleza, tenía todo el derecho a ser obstinado... ¡Basta! No hablaría más; únicamente que hay un dicho en Castilla según el cual los tontos y los obstinados hacen ricos a los abogados...

—Vuestra Señoría —gritó, deteniéndose y dándose una palmada en el pecho en señal de arrepentimiento—, dígnese perdonarme. La confianza de los dos últimos hombres de vuestra casa me ha dado bastante audacia... ellos me permitían hablar libremente a causa de mi fidelidad... ¡Ay de mí, ay!

Serafina hizo un gesto impreciso, al otro lado de la hoguera, y se llevó la mano a la barbilla sin mirarle.

—Paciencia —masculló él para sí mismo de forma audible—. Es rico este pícaro de O'Brien. Pero también existe un proverbio: la riqueza no servirá de nada el día de la venganza.

Dándose cuenta de que habíamos empezado a cuchichear, Castro se retiró de delante del fuego y se quedó callado.

—Prométeme una cosa, Juan —murmuró Serafina.

Yo estaba arrodillado al lado de su asiento.

—Por todo lo que es sagrado —grité—, le obligaré a salir y a luchar lealmente... y le mataré, como sólo un caballero inglés puede hacerlo.

—¡Eso no! ¡Eso no! —me interrumpió ella.

No quiso decirme que hiciera eso. Era eso precisamente lo que ella temía. Que me entregase a ese hombre. ¿Sabía yo lo que supondría eso? Que ella también caería en manos de ese hombre. No sobreviviría. Si yo deseaba que ella siguiese viviendo, no debía exponerme a las garras de O'Brien.

—En mis pensamientos, Juan, he vinculado mi vida a la tuya tan estrechamente, que el golpe que siegue la tuya, segaré también la mía. Ni siquiera la muerte podrá separarnos.

—No —dije.

Y tomó mi cabeza en sus manos y me miró a los ojos.

—No más luto —susurró rápidamente—. Basta ya. Soy demasiado joven para tener todavía en vida la tumba de un amante... y demasiado orgullosa para someterme...

—Jamás —protesté yo ardientemente—. Eso no puede ser.

—Por consiguiente, cuídate, Juan, de no sacrificar tu vida, que es mía, ni a tu amor... ni... ni... a la venganza —bajó la cabeza y sus cabellos le ocultaron el rostro—. Pues sería en vano.

—El capote está ya completamente seco, señorita —dijo Castro, apoyando el codo al borde de la oscuridad.

Los dos nos dirigimos hacia la entrada, dejando a Serafina de rodillas, orando en silencio, con las manos en la frente y apoyada en la rugosa pared rocosa. Afuera, la tierra, envuelta en fuegos y alborotos, parecía entregada a un furor diabólico.

Sí. Ella llevaba razón. O'Brien era un formidable y mortal enemigo. Me gustaría que estuviésemos a bordo del Lion, acompañados por la señora Williams, y en medio del Atlántico. Nada podría salvarnos de su odio salvo la inmensidad del océano. Entre tanto teníamos un refugio, al menos por esa noche, en aquella caverna que parecía lo bastante grande como para contener, en su negra penumbra como de cripta, todo el polvo, todas las pasiones y odios de una nación...

Más tarde, Castro y yo nos pusimos a hablar en voz baja junto al fuego que se apagaba. El tenía mucho que decir acerca de la historia de esa cueva. Había una tradición según la cual los antiguos bucaneros celebraban allí sus orgías. La piedra en donde había estado sentada la Señorita se creía que había sido el trono de su jefe. Era una banda feroz, gente que no temía a Dios ni al diablo... sobre todo ingleses. Los piratas de Río Medio habían usado esa caverna alguna que otra vez hasta hacía un año poco más o menos. Pero siempre tuvieron deplorables altercados con la gente de la propiedad... los vaqueros. Como tenía muchas leguas de pastos, en sus años mozos don Baltasar había traído un rebaño de ganado bovino; luego, como los africanos no valían para ese trabajo, mandó traer de México algunos peones con sus familias. Gente ignorante que apenas sabían santiguarse. Las peleas surgieron cuando los lugareños quisieron matar ganado para comérselo. Los peones cargaron sobre ellos y hubo muchos heridos en ambos bandos. Luego, la última vez que la goleta de Río Medio estuvo aquí fondeada (después de saquear un barco fuera del puerto), hubo algunas partidas (jugaban alrededor de esta misma piedra) y Manuel (sí, señor, ese mismo Manuel, el cantante... ¡Bestia!) mató a un peón en una disputa sobre apuestas, hiriéndole en la garganta inesperadamente con un cuchillo. Nadie se vengó, pues los

lugareños zarparon inmediatamente; pero la viuda habló mucho del asunto y algunos rumores llegaron a oídos de don Baltasar... pues él, Castro, había tenido el honor de ser enviado a la propiedad con la misión de visitarla. Esa fue la primera ocasión en que Manuel manifestó su odio por él... Castro. Y, como de costumbre, el Intendente, después de todo, resolvió el asunto como quiso y a Manuel no le pasó nada. Don Baltasar estaba viejo y además era un noble demasiado importante para preocuparse de las actividades de semejante bicho... Y Castro se puso a bostezar.

Al amanecer —explicó él— partiría enseguida para la hacienda y regresaría con mulas para Serafina y para mí. Los edificios de la propiedad estaban a unos cinco kilómetros de distancia. Toda esa parte del país al borde del mar estaba bastante desierta, los campos de caña de azúcar cultivados por los esclavos negros estaban tierra adentro, más allá de la zona habitada. Aquí, cerca de la costa, no había más que los rebaños de ganado que pastaban en las sabanas y los peones que se ocupaban de ellos, pero incluso éstos, a veces tardaban varias semanas en ver el mar. No tenía ningún miedo de que alguien le viese durante el trayecto; nosotros también podríamos partir sin miedo, en pleno día, tan pronto como él trajese las mulas. Por lo demás, lo arreglaría todo oportunamente y en secreto con el marido de la nodriza de Serafina... Enrique, le llamaban, un gallego callado, de barba gris, digno de confianza.

Uno de sus primeros cuidados había sido extraer de sus empapados vestidos un puñado de tabaco y ahora daba vueltas solícitamente al pequeño montón para que se secase. En alguna parte de su regazo encontró un fragmento de hoja de maíz. El rostro se le iluminó.

—Bueno —murmuró, muy complacido.

—Señor... buenas noches —dijo, más humanizado de lo que yo habría creído posible; ¿o fue sólo que comenzaba a conocerle mejor?—. Y gracias. Hay veces en la vida en que un viejo fatigado... como yo, Castro... viejo y triste, señor. Sí, señor... nada mío en todo el mundo... y sin embargo... Pero ¡qué muerte! ¡Ay!, el mar encrespado... ¡Caramba! Completamente impropia para un hombre que ha escapado de tantas batallas y del invierno de Rusia... La nieve, señor...

Se adormeció, locuaz, con el extremo ennegrecido de su cigarrillo colgándole del labio inferior, luego se echó de lado y poco a poco se durmió, reposando la cabeza en el muñón que llevaba en el brazo. La fina cuchilla viperina, que apuntaba hacia arriba por debajo de su sien, despedía destellos rojos ante el fuego que se consumía.

Alcé un puñado de ramitas llameantes para mirar a Serafina. La terrible noche causaba estragos en el país; el arco interior de la entrada a la cueva retumbó repetidas veces con un centelleo azulado; y ella yacía dormida profundamente en el corazón de sus dominios, como una princesa encantada envuelta en un manto de mendiga.

CAPÍTULO VIII

Lo primero que noté al abrir los ojos fue que Castro ya se había ido: me molestó. Podía haberme llamado. Sin embargo, lo habíamos dispuesto todo la tarde anterior. La claridad del nuevo día, penetrando a través del pasadizo, difundía sobre el suelo un semicírculo crepuscular, que se extendía hasta el emplazamiento del fuego, negro y frío ahora, con un montón de cenizas grises en el centro. Más lejos, en la oscuridad, fuera del alcance de la luz, Serafina no se movía en su lecho de hojas. Pero ¿qué estaba haciendo allí ese sombrero? El sombrero de Castro, que afirmaba su existencia mucho más de lo que nunca hizo en la cabeza de su dueño: negro y chamuscado, como un cono de hierro abollado, descansaba sobre su amplia ala cerca de las cenizas. Entonces era que no se había ido. No se habría puesto en marcha para recorrer tres leguas con la cabeza descubierta. Aparecería enseguida; y esperé, contrariado por esa pérdida de tiempo. Pero no apareció.

—Castro —grité a media voz.

Las hojas susurraron; Serafina se incorporó.

Nos alegramos de estar el uno cerca del otro en aquel refugio inexpugnable, de oír nuestras voces exentas de ansiedad, y yendo al extremo más alejado del corto pasadizo, aspiramos con deleite el aire puro. Las copas de los arbustos de abajo relucían por las gotas de lluvia, el cielo estaba despejado, y el sol, que no podíamos ver, daba de lleno en la superficie de la roca al otro lado del barranco. Un pájaro grande emprendió el vuelo, todo era luz y silencio, y por un rato nos olvidamos de Castro. Saqué las piernas fuera del umbral y, sentado en la piedra, examiné la cornisa. La luminosidad del día quitaba al barranco la mitad de sus horrores. El sendero era bastante ancho, aunque había una espantosa caída a pico de veintisiete metros por lo menos. Dos hombres podrían haber caminado por ese saliente uno al lado del otro, y con una barandilla eso no supondría nada. La parte más peligrosa estaba, no obstante, en la entrada, donde la cornisa terminaba en un resalto redondeado que no era tan ancho como el resto. Bromeé con Serafina respecto a si se atrevía a salir. Ella me respondió que estaba dispuesta. Cerraría los ojos y se agarraría de mi mano. Los ingleses, había oído decir, eran buenos escaladores. Son tenaces. Luego guardamos silencio. Castro no daba señales de vida. ¿Dónde podía haberse ido? ¿Qué podía estar haciendo? Era inimaginable.

Finalmente la inquietud me puso nervioso y rogué a Serafina que se metiera otra vez dentro. Ella me obedeció sin decir palabra y yo me quedé justo a la entrada, vigilando. No tenía forma de saber el tiempo que había pasado, pero me pareció que sería una o dos horas. ¿No sería mejor, pensé, partir a pie inmediatamente para la hacienda? No conocía el camino pero, volviendo a descender el barranco hacia el mar

y siguiendo la ribera del riachuelo, estaba seguro de llegar hasta ella. La única objeción a eso era que perderíamos a Castro. Maldito Castro. Y sin embargo había algo misterioso y amenazador en su ausencia. ¿No era posible... no era posible que por cualquier razón se hubiese aventurado en la oscuridad y hubiese caído de la cornisa? Yo no había visto ningún indicio de ese presunto traspies... no podía haberlo en una roca; las ramitas que crecían debajo del borde habrían vuelto a su posición original, naturalmente. Mas ¿por qué se caería? Su paso era firme... a menos que un súbito ataque de vértigo... Traté de enfocar la situación desde todos los puntos de vista. Él no era sonámbulo, que yo supiese. Y no había nada para comer —yo ya sentía hambre— ni para beber. La falta de agua nos obligaría muy pronto a salir hasta el arroyo que borboteaba en lo alto del barranco a eso de kilómetro y medio, en campo abierto. Entonces ¿por qué no ir inmediatamente, beber, y regresar a nuestra madriguera lo antes posible?

Pero no me agradaba imaginarla subiendo y bajando la cornisa. Recordé que teníamos un frasco y me apresuré a entrar para buscarlo. Primero miré cerca del sombrero; luego, Serafina y yo, doblados por la mitad, con la vista al suelo, examinamos cada palmo de terreno a media luz; incluso nos adentramos un buen trecho en las tinieblas, tanteando con las manos. ¡Fue inútil! La llamé, había que desistir; y al juntarnos nos preguntamos qué habría sido del frasco. Lo habría cogido Castro... estaba claro.

Pero si, como podía suponerse, se lo había llevado para procurarnos un poco de agua, debería haber regresado hacía tiempo. Empecé a sentirme un poco alarmado y traté de considerar qué era lo mejor que podíamos hacer. Era necesario enterarse antes qué había sido de él. Cuando miraba, perplejo, por la abertura, vi al otro lado del barranco la parte inferior de un cuerpo humano, de los pies a la cintura.

Me agaché inmediatamente y conseguí ver la cabeza. No era Castro. Llevaba un sombrero negro y un fusil al hombro. Iba de espaldas al barranco y empezaba a alejarse en línea recta, desapareciendo de mi vista hasta no quedar visibles más que su sombrero y su espalda. Entonces levantó un brazo... una señal convenida evidentemente, y esperó. Pronto se le juntaron otra cabeza y otra espalda, y juntos se escabulleron de mi campo visual. Pero había reconocido, con una consternación infinita, su aspecto como de bandidos. ¡Eran dos lugareños!

Le cogí la mano a Serafina. Mi primer pensamiento fue que tendríamos que salir a hurtadillas de la caverna con la llegada de las primeras sombras de la noche. Castro debía ocultarse en alguna parte más arriba. La cosa estaba clara. Debíamos intentar dirigirnos a la hacienda al amparo de la noche, sin que esos dos hombres nos vieran. Sin duda serían emisarios enviados desde Río Medio para vigilar esa parte de la costa y evitar nuestro posible desembarco. Sin duda darían conmigo, y me reproché amargamente las tribulaciones que no cesaba de acarrear a Serafina. Pensando en las

fatigas que había tenido que aguantar (no pensé en los peligros, eran otra cosa, ni en la aventura de morir juntos, como los amantes en la tradición de todos los pueblos), temblaba de rabia y exasperación. La firme presión de sus manos me calmó. Estaba contenta. Pero ¿qué pasaría si se les metía en la cabeza entrar en la caverna?

Por encima de la roca amarilla frente a nosotros, el cielo azul estaba tremendamente vacío. Era una simple franja, como una luminosa venda extendida sobre nuestros ojos. Quizá en aquellos momentos los dos hombres estaban rodeando la cabecera del barranco. Yo no tenía ningún arma excepto la culata de mi pistola. El agua salada había echado a perder las cargas, naturalmente, y aunque estuve tentado de arrancármela del cinturón, no lo hice pensando que podría procurarme pólvora en alguna parte. Además, aquellos hombres iban armados. Abandonamos enseguida los alrededores de la entrada, sumergiéndonos en la profunda oscuridad de la cueva. Bajo nuestros pies el suelo rocoso, que descendía en suave pendiente, de pronto buzó tan bruscamente que nos sorprendió, mientras a nuestras espaldas el orificio de entrada disminuía hasta no parecer mayor que la entrada de una ratonera. Dimos unos cuantos pasos más, a tientas. El hilo de luz desapareció completamente cuando nos sentamos, y allí permanecimos, cogidos de la mano y en silencio, como dos niños asustados puestos en el centro mismo de la tierra. No había ningún ruido, ni llegaba ningún resquicio de luz. Serafina soportaba la abrumadora tensión de esa silenciosa y negra penumbra con una inmovilidad casi heroica; pero a mí me parecía que se adhería a mis miembros, dificultándome la respiración como una parálisis causada por el pavor; y, por quitarme de encima esa sensación, salté repetidas veces para mirar aquel hilillo de luz, aquel punto luminoso, no más grande que una perla en medio de aquellas insondables tinieblas. Y de pronto, en el preciso momento en que miraba, lo vi cerrarse y abrirse lentamente, como un párpado que deliberadamente se cerrase y abriese mostrando el globo ocular.

Alguien había entrado.

Vigilamos codo con codo. Solamente era uno. ¿Saldría otra vez? Nada eclipsó de nuevo el punto luminoso, que parecía una estrella blanca en un firmamento negro como el carbón. Quiquiera que hubiese entrado no tenía prisa por irse. Por otra parte, no habríamos sabido decir lo que hubiese significado un nuevo oscurecimiento de la luz: una partida o una nueva llegada. Sabíamos que había por allí dos hombres; e incluso era posible que hubiesen entrado juntos en un solo parpadeo de la luz, pisándose los talones el uno al otro. Ambos sentimos el repentino deseo de asegurarnos. Pero sobre todo necesitábamos averiguar si por casualidad no era Castro, que ya había regresado. No podíamos permitirnos perder su ayuda. ¿Y si él hubiese llegado a la conclusión de que nosotros ya habíamos salido? ¿Se arriesgaría a volver a salir para encontrarnos pudiendo ser descubierto? ¿Lo perderíamos así cuando tan necesario nos parecía? Una duda se apoderó de nosotros. Si ese hombre era Castro,

¿por qué no penetraba más y gritaba nuestros nombres? Tenía que haber sido lo bastante inteligente para adivinar... Y fue esa duda la que, haciendo intolerable la espera, nos puso en movimiento.

Dimos un amplio rodeo en aquel tenebroso subterráneo que, a diferencia de las noches más oscuras en la faz de la tierra, no insinuaba ninguna forma, ningún horizonte, y no parecía tener más límite que las tinieblas del espacio infinito. En aquel suelo de roca firme nos movimos silenciosamente, como una pareja de fantasmas tímidos. La mancha de luz aumentó de tamaño, tomó forma... se estiró desde una cuenta nacarada a una veta plateada; y acercándonos por un lado escrutamos desde lejos la limitada zona medio iluminada alrededor de la abertura. En ella había un hombre. Contemplamos un momento su espalda arqueada, su cabeza inclinada. Era gris. El hombre era Castro. Estaba sentado, meneando la cabeza tristemente sobre las cenizas. Lloraba por nuestra muerte. La lealtad de su silencioso pesar nos conmovió.

Se sobresaltó cuando le puse una mano en la espalda, levantó la mirada, y entonces, en lugar de dar alguna muestra de alegría, dejó caer de nuevo la cabeza.

—¿Logró evitarlos, Castro? —le dije.

—A la vista está, señor. Aquí estoy. Yo, Castro.

Lo dijo en tono melancólico y, después de permanecer inmóvil algunos instantes ante nuestros asombrados ojos, se golpeó en la frente con violencia. Supuse que había cogido una de sus rabetas y que, como de costumbre, estaba irritado conmigo... la causa de todos los infortunios. Pensé que estaba trastornado y enfadado sin ningún motivo por esa nueva dificultad. Eso significaba una demora... en cierta medida esa clase de peligro del que creíamos habernos librado por un tiempo... el viaje de noche con Serafina. Pero tuve una idea para evitárselo. No necesitábamos ir todos. Castro partiría solo para la hacienda después de anochecer y se traería, además de las mulas, media docena de peones para escoltarnos. No valía la pena realmente preocuparse tanto. Lo peligroso habría sido que lo hubiesen atrapado. Pero no fue así. En cuanto a su humor, lo conocía bien; su amabilidad había durado demasiado. Pero para entonces estábamos tan seguros de su implacable devoción, que Serafina le habló afablemente, diciéndole lo inquietos que habíamos estado... lo contentos que estábamos de verlo sano y salvo con nosotros...

Al parecer, no tenía intención de reconciliarse fácilmente, y únicamente soltó un deprimente y espeluznante gemido. Sin mirarla, intentó hacerse un cigarrillo a toda prisa. Por lo general era muy hábil, lo liaba con una mano sobre la rodilla; pero esta vez todos sus miembros parecían temblar, perdió varias pulgaradas de tabaco y dejó caer el trozo de hoja de maíz. Inclinandose por encima de la espalda de él, Serafina los cogió y enrolló todo con prontitud.

—Tome, amigo —dijo.

Castro la miró como si le hubiesen dejado sin habla, poniendo los ojos en blanco frenéticamente. Luego se levantó de un salto.

—Usted... ¡Señorita! ¡Para un viejo tan miserable! Me parte usted el corazón.

Y desapareció en las tinieblas a grandes zancadas, dejándonos estupefactos.

Nos sentamos uno al lado del otro en el lecho de hojas. Estando Castro con nosotros me pareció que éramos perfectamente capaces de ocuparnos de los lugareños, si tenían la desafortunada idea de inmiscuirse. En efecto, un vigilante apostado a un lado del final del pasadizo podía impedir la entrada a diez, veinte, casi cualquier número de hombres, mientras conservase su fuerza y tuviera en la mano algo pesado con que golpear. Me llegaron unos ruidos apenas perceptibles, como si, a una gran distancia, Castro se hubiese gritado a sí mismo. Lo llamé. No me contestó, sino que inesperadamente dejó ver su corta estatura en la parte más brillante de la zona iluminada.

—¡Señor! —gritó con una entonación extraña.

Me levanté y fui hacia él. Parecía estar escuchando atentamente, con el oído vuelto hacia la abertura. Entonces, de pronto...

—Míreme, señor. Soy Castro... el mismo Castro, pobre, viejo y sin amigos.

Se puso a morderse el pulgar y levantó la vista hacia mí con el ceño fruncido. No sabía qué decir. ¿Qué significaba ese disparate?

Profirió una especie de incomprensible balbuceo y, haciendo caso omiso de mí, se abalanzó hacia Serafina, que se incorporó asustada de su lecho de hojas. Cayendo de rodillas ante ella, le cogió la mano y la apretó contra su descuidado bigote.

—Excelencia, ¡perdóneme! No... nada de perdón. ¡Ajá!, pobre hombre... que eres un pobre hombre...

Se inclinó ante la oscura silueta de la joven, que sustentaba el pálido óvalo de su rostro, hasta golpear la roca con la frente. Hundiendo las manos en las cenizas, vertió un puñado por encima de su cabello gris dando gritos inarticulados; y la agitación de aquel cuerpecito obeso, arrodillado, era de una lamentable y grotesca incoherencia, tan inexplicable en sí misma como las penas de un loco.

Llena de asombro ante ese abyecto derrumbamiento, la joven murmuró:

—¿Qué ha hecho usted?

Castro intentó arrojarse a los pies de Serafina, pero yo lo agarré por el cuello y, después de sacudirlo despiadadamente, le obligué a sentarse. Tragó saliva, parpadeó y luego, en un susurro lleno de rabia, dijo:

—Horror, vergüenza, miseria y maldición; les he traicionado.

—No le creo, Tomás —dijo ella enseguida, tranquilamente.

Mientras tanto, yo me hacía miles de preguntas: ¿cómo?, ¿por qué?, ¿con qué motivo?, ¿de qué manera nos había traicionado?, ¿cómo era eso posible?, y en tal

caso, ¿por qué volvía con nosotros? Pero, tal como estaban las cosas, él jamás osaría acercarse a un lugareño. Si lo hubiese hecho, ellos no le habrían dejado ir.

—¿Les contó que estábamos aquí? —le pregunté, con una incredulidad tan absoluta que no me sorprendí del todo cuando le oí protestar por todos los santos que no había hecho eso... que nunca lo haría. Nunca. Nunca... Pero ¿por qué haría una cosa así? ¿Era presa de alguna extraña alucinación? Balanceándose, se golpeó el pecho con el puño apretado, después trató de cogerse el pelo repentinamente y permaneció completamente inmóvil. Pasaron los minutos; aquel desesperante silencio me infundió finalmente un sentimiento de temor... el temor ante algo inconcebible. La cabeza me zumbaba tanto por el esfuerzo de pensar, que me figuré estar oyendo unos débiles murmullos en la cueva: tenían toda la apariencia de murmullos. Y de repente una voz real, su voz, gritó con terrible locuacidad.

En realidad había salido para hacer provisión de agua. Habiéndose despertado muy temprano, nos vio durmiendo y sintió una gran lástima por la Señorita. En cuanto al caballero, que le había salvado de morir ahogado, ¡ay!, la Señorita iba a necesitar hasta el último gramo de su fuerza. De modo que nos dejó dormir hasta su regreso del arroyo; y como la frescura del aire era toda una bendición, cogió el frasco y se puso en camino con la cabeza descubierta. El sol acababa de salir. ¡Plugo a Dios que nunca lo hubiese visto salir! Después de sumergir el rostro en el agua fresca, permaneció arrodillado, ocupándose de enjuagar y llenar el frasco. El torrente, brotando con fuerza, hacía mucho ruido y, después de enroscar la tapa, cuando iba a levantarse, mirando en torno despreocupadamente, vio a dos hombres apoyados en sus escopetas que le miraban en completo silencio. Estaban justo encima de él; los conocía bien; a uno le llamaban El Rubio; el otro, de más baja estatura, era José... el Bizco José. No dijeron nada; nada en absoluto. Haciendo un poderoso y súbito esfuerzo, Castro conservó el dominio de sí mismo, fingió indiferencia y, en vez de levantarse, simplemente cambió de postura, se sentó, se quitó los zapatos y calcetines, y se puso a lavarse los pies. Pero fue como si un fuego abrasador se hubiese inflamado en su pecho y un tornado estuviese soplando en su cerebro.

No podía decir de dónde habían venido esos dos hombres, con qué objeto, o cuánto sabían. Puede que no fuesen más que unos emisarios de Río Medio enviados a La Habana. Generalmente iban por parejas. Si Manuel había salido con vida del mar, se sabría todo en Río Medio. Desde donde estaba sentado, Castro podía contemplar el mar abierto por encima de las dunas, pero el borde de la altiplanicie, hendido por varios barrancos (el que nosotros habíamos ascendido era el más profundo de todos), le impedía ver la pequeña dársena y la ensenada. Estaba seguro de que aquellos hombres no habían subido por ese camino. Se habrían acercado a él por la llanura. Pero había más de un camino por donde se podía llegar a la altiplanicie desde abajo. Los pensamientos se agolparon en su cabeza. Recordaba que nuestra barca debía ir a

la deriva o estaría encallada en la pequeña bahía, por lo que decidió decir, en caso de necesidad, que nosotros dos habíamos muerto, que nos habíamos ahogado.

Fue El Rubio el que le hizo la pregunta, en un tono insolente, sentado en el suelo fuera de su alcance, con su fusil sobre las rodillas. Con su largo cuchillo en la mano, el Bizco José seguía vigilándole. Aquellos dos hombres asintieron con la cabeza, intercambiando muestras de entendimiento. Castro comprendió que estaban bastante dispuestos a dar crédito a su historia. Casi se habían ahogado persiguiendo a ese condenado hereje inglés. Cuando comprendió, por los comentarios de aquellos dos hombres, que la goleta estaba en la bahía, Castro empezó a ponerse los zapatos, aunque abandonó la esperanza de salvar la vida lanzándose de pronto al fondo del barranco.

La goleta había estado recorriendo la bahía toda la noche durante el temporal, con tantos apuros que la dejaron encallar. Sin embargo no se dañó y algunos de ellos se preparaban para sacarla a flote. Nuestra barca, me imagino, tras avanzar por la playa dando tumbos, había derivado por efecto de la corriente creada por el riachuelo, o por el agua que la tempestad había hecho entrar por la fuerza en la dársena, buscando escaparse, y había sido arrastrada hacia la ensenada. Fue vista al amanecer zarandeada entre las rompientes, con el casco volcado, y en unas aguas tan poco profundas que tres o cuatro hombres, metiéndose hasta las rodillas, lograron darle la vuelta. Habían encontrado el chal de lana de la señora Williams y mi gorro, flotando en el fondo. Al mismo tiempo, divisaron el mástil roto y la vela, sacudidos por las olas, mar adentro, no muy lejos. Al parecer no se les había ocurrido que la barca podía haber entrado en la bahía. Habían concluido que debía haber zozobrado antes de entrar. Era bastante probable que nos hubiésemos ahogado al volcar. Castro se apresuró a confirmar la idea contándoles cómo había estado agarrado al fondo de la barca durante un buen rato. Eso le había permitido salvarse, declaró.

—Manuel se alegrará —observó entonces El Rubio, con una sonrisa maligna.

Y durante bastante tiempo nadie dijo una sola palabra más.

Con las piernas cruzadas, El Rubio le observaba con mirada de basilisco, pero Castro prestó juramento de no haber dado ninguna muestra de pasar miedo. Miraba el agua que brotaba de la peña, borboteando, burbujeando, escapándose en una sucesión de minúsculos saltos y cascadas. ¿Por qué iba a tener miedo? ¿Acaso no era ya un viejo agotado, sin ninguna esperanza de encontrar paz en la tierra? ¿Qué era para él la muerte? Nada. Absolutamente nada. A todos nos llega. Es un descanso después de tantos conflictos vanos... y él confiaba en que, gracias a su devoción por la madre de Dios, sus pecados serían perdonados después de una breve estancia en el purgatorio. Mas como había decidido no caer en manos de Manuel, resolvió apuñalarse en el corazón allí donde estaba... en el agua. Eso no sería un suicidio. Estaba condenado y sin duda Dios no querría que, antes de morir, su cuerpo fuese

atormentado por un demonio como Manuel. Se inclinaría todo lo que pudiese antes de clavarse en el pecho su fiel cuchilla, para caer de cabeza en el agua. La encontraba deliciosamente fría y el sol empezaba a pesarle en su cabeza descubierta. De pronto El Rubio se puso de pie de un salto, diciendo:

—Vamos, José.

Está claro que aquellos rufianes tenían un miedo pavoroso a su cuchilla. Dada su cobardía, juzgaban que no era completamente seguro (siendo sólo dos contra uno) tratar de desarmar a aquel viejo. Retrocediendo uno o dos pasos y apuntando sus armas, de pronto le ordenaron que se levantara y fuese delante. Les lanzó una palabra obscena. Pensó para sí mismo: «¡Bueno! Me volarán la cabeza de los hombros». No le animaba ninguna emoción, como si la sangre le hubiese dejado de correr por las venas. Los tres permanecieron un momento en un estado de suspensión momentánea de sus funciones vitales, pero finalmente El Rubio masculló entre dientes con fastidio y gruñó:

—Cuidado, José. Apunta bien. Le romperemos las piernas y le quitaremos el aguijón a este viejo escorpión.

Castro sintió que se le helaba la sangre en las venas pero, en lugar de asestarse una cuchillada en el pecho, les preguntó dónde pensaban llevarle, suponiendo que consintiera en seguirles.

—Ante Manuel... nuestro capitán. Le gustaría abrazarte antes de que mueras —dijo El Rubio, dando un paso adelante, con el fusil al hombro—. ¡En pie! ¡Andando!

Y Castro se encontró de pie, mirando de frente los agujeros negros de los cañones.

—¡Camina! —exclamaron los dos a la vez, avanzando hacia él.

Había llegado la hora de morir.

—¡Ajá! ¡Canalla! —dijo.

—Camina, viejo traidor —vociferaron amenazantes—, camina.

—Señorita... me puse a caminar.

El conmovedor esfuerzo de su voz, el temblor de su cabeza canosa, los sollozos que estrangulaban sus palabras, oprimieron nuestros pechos de consternación y pavor. Quería hacernos creer que en esa coyuntura no había pensado más que en nosotros... perplejos, solos, ignorantes del peligro, ocultos precipitadamente bajo tierra. Su intención fue incitar a los dos lugareños a disparar para que las detonaciones nos pusieran en aviso. Además, todavía podía presentarse una ocasión para escapar de la manera más inesperada, en el último momento tal vez. ¿Acaso no tenía en sus manos su propia vida? Eso no le preocupaba. Estaba en su poder ponerle fin en cualquier momento. Y seguro que había espesos matorrales en el camino; hierba alta donde uno podía meterse de pronto... ¡quién sabe! Y barrancos cubiertos de hierba donde uno podía esconderse... arrastrarse bajo la maleza... escapar... y volver con ayuda... Pero cuando miró hacia la llanura, su inmensidad aplastó sus pobres fuerzas. Aquel vasto

desierto le aprisionaba tanto como un muro. Sabía que era un hombre viejo, casi sin aliento, de pies torpes; no obstante, siguió caminando precipitadamente, con la vista al suelo. Los pasos de sus captores sonaban tras él; trató de bordear el barranco. Cuando estuviera casi a la altura del orificio de la caverna, pensaba, se desviaría hacia el interior y se iría corriendo lo más rápido que pudiese. Entonces tendrían que dispararle; nosotros oíríamos forzosamente los disparos, el aviso sería claro... y de pronto, levantando los ojos, vio que salía a su encuentro una pequeña partida de lugareños, que acababan de ascender a la cima de la altiplanicie. Era el momento de hacerles disparar; se volvió rápidamente y echó a correr por aquella vasta llanura hacia un grupo lejano de árboles.

Nadie le disparó. Oyó únicamente una mezcla de abucheos y gritos de los dos hombres que le seguían, guardando los flancos: «Más rápido, Castro. ¡Más rápido!». Los de delante se habían desplegado ya por la llanura, gritándose unos a otros, y convergían hacia él. Era el momento de detenerse y caer muerto a sus pies de un tiro. Corrió a paso ligero delante de Manuel, que seguía agitando los brazos y gritando órdenes, y volvió hacia el barranco. Unos gritos furiosos sonaron en la llanura. Le llegaban de todos los lados. Iba a saltar. Era una carrera hacia el precipicio; y la ganó él.

Imagino que no le resultaba tan fácil morir, tener que separarse de la tibieza del sol, del sabor de la comida, romper esa servidumbre material de la vida, tan despreciable como un vicio, que nos ata como una cadena en los tobillos de los desesperados esclavos. Descargó sobre su propio pecho una tanda de golpes; sentado delante de nosotros se golpeó con un puño en un lado de la cabeza hasta que le cogí el brazo. Siempre nos será posible vender cara nuestra vida, dije. Tendría que defender la entrada conmigo. Podíamos resistir hasta que sus cadáveres la bloqueasen.

Se levantó de un salto, dando un grito irrisorio; una nube de cenizas voló al pasar él dando traspies, y luego desapareció en la oscuridad haciendo locas gesticulaciones.

—Sus cadáveres... sus cadáveres... sus... ¡Ajá!, ¡ajá!, ¡ajá!

El gruñido se desvaneció y entonces comprendí el significado de esa alucinación de murmullos fantasmales que una o dos veces había creído escuchar en la angosta zona de luz grisácea que enmarcaba la entrada a la cueva. El sol terrestre y las voces humanas expiraron en el umbral de la oscuridad y el silencio eterno en que estábamos aprisionados, como en una tumba en la que la inexorable muerte se interpusiese entre nosotros y los espacios libres del mundo.

CAPÍTULO IX

Pues era eso lo que quería decir. ¡Aprisionados! El grito irrisorio de Castro quería decir eso. Yo ya lo sabía antes de que él lo lanzase. Castro emergió de nuevo de las negras profundidades con el rostro abotargado, lívido, y espuma en la boca.

—Sus cadáveres, dice usted —balbuceó—... ¡Ajá! Nuestros cadáveres.

Y retrocedió de nuevo hasta un lugar desde donde no me llegaban más que murmullos incoherentes.

Serafina me agarró del brazo.

—Juan... siempre juntos... nada de separarnos.

Lo sabía incluso cuando hablé de vender caras nuestras vidas. Únicamente podíamos entregarnos. Entregarnos miserablemente a esos malvados, o a las tinieblas sin fin en las que Castro mascullaba su desesperación. No tuve necesidad de oír ese ominoso y siniestro ruido... ni tampoco el grito de Serafina. Ella también lo comprendió. Ellos no descenderían jamás, a no ser cuando estuviésemos muertos, para ver nuestros cadáveres. No tuve necesidad de ir a la entrada de la cueva para comprender todo el horror de nuestro destino. Los lugareños ya habían encendido un fuego. También muy cerca del borde.

Ardía a unos nueve metros por encima de mi cabeza y la escarpada pared de enfrente me enviaba en pleno rostro el crujido de ramas secas, el estrépito de su acalorada conversación, las discusiones, los juramentos, la risa; y de vez en cuando incluso un grito de alegría. Manuel estaba dando órdenes. Alguien emitió la opinión de que allá abajo estaría también el condenado inglés, el espía que vino de Jamaica para ver a quién podía hacer ahorcar sin la absolución de un sacerdote. ¡Así que era eso! O'Brien sabía cómo provocar su odio. No tendrían compasión de mí.

—Era un demonio ese inglés: ¡mirad cuántos de nosotros ha matado! —gritaban los lugareños.

Y a Manuel le habría encantado hacerme picadillo. Sólo que, ¡ay!, ahora yo estaba al abrigo de su venganza, se temía él. Sin embargo, alguien quedaba allí.

Debía estar tendido en el suelo con la cabeza por encima del borde, pues su grito de «¡Castro!» fue toda una explosión que retumbó profundamente entre las rocas.

—¡Castro! ¡Castro! ¡Castro! —gritó unas veinte veces, hasta armar todo un alboroto en el barranco.

Esperó y, cuando el clamor se apaciguó entre la maleza de abajo, reclamó suavemente:

—¿Me oyes, Castro? Eres mi víctima, Castro.

Castro se había deslizado a gatas dentro del pasadizo, detrás de mí. Con la cabeza me empujó en la espalda.

—Te desafío, Manuel —gritó.

Un vocerío se elevó:

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

—Bravo, Castro —gritó Manuel desde arriba—. Me gustas porque eres mi víctima. Te cantaré una canción. Sube. ¡Eh, Castro!

¡Castro! Sube... ¿No? Entonces, el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

A veces caía a raudales desde lo alto un poco de tierra, separada de la capa de suelo que cubría la roca. Los hombres designados para hacer la guardia de la cornisa recorrían el borde de un lado a otro y en el aire de la grieta flotaba un confuso murmullo de voces contenidas, como un temblor modulado. Gimiendo suavemente, Castro tropezó al entrar en la cueva.

Serafina había permanecido sentada en el asiento de piedra. El crepúsculo bañaba sus rodillas, su rostro, el montón de cenizas que había a sus pies. Pero Castro, que había permanecido inmóvil como un tronco con una mano en la frente, se volvió a mí con impaciencia.

—Los peones, ¡por Dios!

¿No había pensado yo en los peones de la estancia?

Bueno, eran un motivo de esperanza. No sabía exactamente cómo andarían las cosas entre ellos y los lugareños. No se apreciaban mucho. Era probable que lucharan; pero, aunque no se produjese una verdadera colisión, seguro que no inspeccionarían al grupo de arriba con una disposición muy amistosa; a esos hombres que no tenían ningún motivo para odiarnos, ni a Castro ni a mí, podría presentárseles una oportunidad de descubrir nuestra posición... y no tendrían miedo de desbaratar los planes de aquella miserable banda de vampiros, instalados sobre nuestra tumba. Yo no estaba seguro de cómo podríamos dar a conocer nuestra presencia. Tal vez gritando sencillamente con todas nuestras fuerzas desde la boca de la cueva. Podíamos ofrecer recompensas... decirles quiénes éramos, pidiéndoles que ayudasen a su propia Señorita. Pero probablemente nunca habían oído hablar de ella. No importa. La noticia pronto llegaría a la hacienda, y Enrique tenía doscientos esclavos que le apoyaban. Uno de nosotros debía permanecer siempre en la boca de la cueva para enterarse de lo que pasara arriba. Habría pisadas de cascos de caballos... peleas, sin duda... mucha conversación en todo caso... nuevas voces... algo que nos informase. Sólo que ¿cuánto tardarían en venir? No era probable que montaran caballos, si no disponían de ganado. ¿Había visto Castro algún indicio de rebaños en las altiplanicies de los alrededores?

Castro puso cara larga. No había visto ningún indicio. Había numerosas sabanas en la zona de bosques y los rebaños podían estar a muchos kilómetros de distancia, tras salir en desbandada tierra adentro al estallar la tormenta. Se sentó de repente como abrumado, apartó los ojos y empezó a escarbar en la roca con la punta de su cuchilla.

Permanecemos todos en silencio. ¿Cuánto tiempo podríamos esperar? ¿Cuánto tiempo podía vivir la gente?... Miré a Serafina. ¿Cuánto tiempo podría vivir ella?... La sola idea me cauterizaba el corazón como un hierro candente. Me retorcí las manos a hurtadillas.

—¡Ajá! ¡Mi cuchilla! —musitó Castro—. Mi aguijón... ¡Viejo escorpión! No me han quitado mi aguijón... Solamente... ¡bah!

El, como hombre que era, no tenía la entereza de esa criatura malévola. Estaba vencido. Gemía profundamente. La vida era demasiado. Se aferraba a uno. Un escorpión —un insecto— en medio de un círculo de llamas sacaría su aguijón y se inocularía el veneno en la cabeza. Y él, Castro, un hombre... un hombre, por Dios... tenía menos firmeza que una criatura que reptaba. ¿Por qué? ¿Por qué no se atravesó ese viejo corazón deshonrado?

—Señorita —gritó exasperantemente—, le juro que les grité que me disparasen... en el pecho... y después...

Serafina se inclinó sobre él, compasivamente.

—Basta, Castro. Se vive porque se tiene esperanza. No te aflijas. Tu muerte no serviría de nada.

El rostro de la joven lucía una espléndida palidez, la radiante blancura y majestad del mármol; jamás me había parecido tan bella; su cabello moreno, cuyas ondulaciones parecían profundamente impregnadas de la fúnebre melancolía de su origen, la cubría magníficamente hasta los codos. Sus ojos eran increíblemente profundos. Toda su persona adoptaba una belleza indefinible, una nueva belleza que, como el atractivo inherente al gozo, al amor o al éxito, parecía salir de las profundidades de su ser, como si ella hubiese reaccionado al horror de nuestra situación con un insospechado y sombrío atributo de su alma. Las horrorosas pruebas que había soportado la habían hecho desarrollarse gradualmente, como el sol abrasador abre el capullo de una flor; ahora la veía en la plenitud de su naturaleza. De vez en cuando Castro la miraba con sus viejos ojos parpadeantes llenos de timidez y congoja.

Él ya no era lo bastante joven y podía renunciar a la vida... había soportado cadenas durante demasiados años, había llevado una vida agradable y muelle durante demasiado tiempo, era un esclavo demasiado viejo. Y sin embargo... ¡si tuviera el coraje de actuar! ¿Quién sabe? Rechacé ese pensamiento. Pero volvió a la carga y me sorprendí mirándole con ojos irritados. Sin embargo, ese primer día pasó de una manera admisible. Ignoramos nuestros sufrimientos. En efecto, yo no sentí ninguno por mi parte. Habíamos mantenido nuestros pensamientos ligados a los lentos minutos en blanco. Y si de vez en cuando intercambiamos unas cuantas palabras fue para hablar de paciencia, de nuestra resolución de soportar y esperar.

Por la noche, del peligroso barranco lleno de sombras subía el quejumbroso frescor del arroyo. Se oía claramente la crepitación del gran fuego que mantenían encendido

en lo alto, que arrojaba una mudable mancha llameante sobre la superficie de la roca frente a la cueva, allá arriba bajo la bóveda oscura y estrellada del cielo... y un par de pies pareció patear el suelo, la sombra de un imaginario par de tobillos y pies, que aunque no sostenían ningún cuerpo gigantesco, eran enormes y pisaban despacio, como dos ataúdes que saltasen a ritmo lento. Todavía los veo en mis sueños algunas veces. Luego desaparecieron.

Manuel se puso a cantar; hasta una hora avanzada de la noche el staccato de la guitarra acompañó los murmullos lastimeros, los estallidos de cólera, los gritos de dolor, los trémulos lamentos de pesar. Mis nervios vibraron, me rompí las uñas en la roca y me pareció oír una vez más la parodia de todos los arrebatos, de todas las angustias, incluso de la muerte... una interpretación trágica e innoble de la vida. Manuel era un verdadero artista, convincente y menospreciado, admirado con irrisión, obedecido con escarnio. Aquello era un cántico fúnebre; estaba sentado en el borde con los pies colgando sobre el precipicio, que le devolvía sus acentos inspirados con un ruido confuso de sollozos y desolación... Su ídolo había sido sacado de la humildad de su silencio, como una estrella fugaz al ver a un gusano que reptaba... Se precipitó sobre las cuerdas; y su voz emergió como el grito de un náufrago en medio del tumulto del temporal. Increpó a su instrumento... ¡Ay! ¡Ay! No más canciones. Lo rompería. Ya había cumplido con su cometido.

Lo estrellaría contra las rocas... La palma de su mano golpeó furiosamente la madera hueca... ¡Para que el instrumento se quedara mudo y hecho añicos como su propio corazón!

Una frenética explosión de gritos, mofas y aplausos ocultó el final.

Siguió un completo silencio, como si en sus aclamaciones hubiesen agotado de golpe su ruidosa bestialidad. Alguien estuvo tosiendo lastimosamente durante un buen rato... y cuando hubo terminado de farfullar y maldecir, el mundo exterior pareció sumirse en un silencio todavía más profundo. El reflejo del fuego proyectaba una vacilante mancha roja bajo la cima oscura de la roca. El irritado murmullo del arroyo que descendía replicó tímidamente al principio, se extendió, llenó el barranco, llevó a mis oídos su enojado balbuceo. Los amortiguados pasos por encima de nosotros desplazaban a veces un guijarro: empezaba con un débil golpeteo y ya no se oía más.

Durante el día también hubo allí arriba silencios profundos, completos, que ningún merodeo de pasos alteró. El sol brillaba entre las rocas y hasta podía oírse el zumbido de los insectos. Parecía imposible no creer que estuviesen todos muertos por un milagro, o que se hubiesen ido presa del pánico. Pero siempre había dos o más de guardia, exactamente encima de nosotros, asomando la cabeza por el borde; y de pronto se ponían a hablar entre ellos con voces soñolientas. Era como si unos bárbaros sonámbulos mascullaran en pleno día las extrañas atrocidades que pasaban de noche por su mente.

Discutían sobre el frasco de Williams, que habían encontrado. Se preguntaban si sería de plata el cubilete. Al parecer, Manuel se lo había apropiado para su uso personal. Bueno... era el capataz. Si por casualidad apareciese el inglés, tenían que abatirlo inmediatamente; pero debían permitir que Castro se entregase. Y se rieron sarcásticamente. A veces surgían peleas, muy ruidosas, un gran barullo de discusiones a propósito de sus celos, sus miedos, sus incalificables esperanzas de asesinatos y rapiña. No se sentían muy seguros donde estaban. Algunos sostenían que Castro no podía haberse salvado solo. El inglés estaba allí, e incluso la Señorita... Manuel rechazaba la hipótesis con desdén. Argüía como motivos la violencia de la tormenta, la furia de las olas, el mástil quebrado, la posición de la barca. ¿Cómo podían esperar que una mujer soportara todo aquello?... No, las cosas eran tal como él las había cantado. Y defendió su punto de vista airadamente, como si no pudiera soportar que le privasen de esa fuente de inspiración poética. Emitió profundos suspiros y soberbias declamaciones.

Castro y yo los escuchamos en la boca de la cueva. Teníamos las lenguas secas e hinchadas, una garra de hierro nos oprimía la tráquea, nuestras gargantas ardían, y las punzadas del hambre nos atormentaban como tenazas de hierro. Pero pudimos oír que los bandidos estaban impacientes por irse: tenían muy pocas cargas para sus fusiles, y era evidente que temían una colisión con los peones de la hacienda. Mirándonos el uno al otro con ojos vacilantes, inyectados en sangre, Castro y yo creímos ver un grupo de hombres en poncho saliendo del bosque en reata, recostados sobre sus caballos, que espoleaban locamente, haciendo retumbar toda la cueva con el galope de sus cascos. Serafina se internó más en la oscuridad. Y, encogido por el miedo, me uní a ella para roerme el corazón mientras contemplaba su tensa y muda meditación.

A veces Manuel empezaba de nuevo con sus gritos: «¡Castro! ¡Castro! ¡Castro!», hasta hacer tambalear las rocas y turbar la placidez del sol con una inmensa oleada de ruidos. Invitaba a su víctima a beber una vez más antes de morir. Prolongados gritos de irrisión hendían el aire, como arrancados de su pecho mediante tormentos mayores de los que a su fantasía le encantaba inventar. Había algo terrible y misterioso en aquella abundancia de palabras continuamente chilladas, sin parar, como a la desesperada. No es de extrañar que Castro huyese del pasadizo. Y en el interior de la cueva, Serafina y yo nos sobresaltamos hasta un estado de semidelirio al ver de pronto a ese viejo, trastornado, sórdido, con la barba blanca, vagando a media luz, lamentándose en voz alta.

En más de una ocasión no titubeé en internarme en las profundidades de la cueva, en un acceso de rabia, arrojándome al suelo, mordiéndome los brazos, golpeándome la cabeza contra la roca. Me entregaría. Ella debía librarse de esa muerte de tortura. Me había dicho que se tiraría al barranco si yo la abandonara. Pero ¿sería capaz de hacerlo? Era imposible saberlo. Al parecer, la joven pasó días enteros en la más

completa inmovilidad, tendida de lado, con una mano bajo su pálida mejilla, y respondiendo únicamente «Juan» cuando yo pronunciaba su nombre. Nuestros mordaces susurros tenían algo de espantoso. Parecían sin vida, como las voces de los muertos, si es que pueden hablarse unos a otros a través de la tierra que separa sus tumbas. El sufrimiento moral unido a la tortura física del hambre y la sed aniquilaron hasta cierto punto mi voluntad, pero también provocaron en mi corazón un vago y persistente sentimiento de hostilidad hacia ella. Me pedía demasiado. Aquello era demasiado para mí. Y volví a sentarme durante horas, con el corazón compungido al mirar su lecho a lo lejos.

Acostumbrados a la oscuridad, mis ojos descubrieron los contornos confusos de una figura recostada. Su frente era blanca; su pelo se fundía con las tinieblas que se acumulaban poco a poco sobre sus ojos, sus mejillas, su garganta. Estaba completamente inmóvil. Era cruel, era odioso, era intolerable estar tan inmóvil. Aquello tenía que acabar. La llevaría fuera a la fuerza. Ella no dijo ni una sola palabra, pero en el abrazo que me dio, arrojándome inmediatamente los brazos al cuello, en la sensación de sus labios resecaos apretados contra los míos, en su rostro demacrado, en los grandes ojos brillantes de aquel ser tan ligero como una pluma, había una apasionada tristeza de seducción, una tenaz voluntad de ceñirse al destino asignado, que intimidó súbitamente mi arrebatado de rabia. La puse en el suelo de nuevo y me cubrí el rostro con las manos. Ella llamó a Castro. El se tambaleó como si estuviese borracho y esperó en la cabecera de su lecho, con la barbilla apoyada en el pecho.

—Vuestra Señoría —musitó.

—Escucha bien, Castro.

Su voz era muy débil y pronunciaba cada palabra por separado, como si estuviese contraída y muerta de sed.

—¿Podría mi oro salvar nuestras vidas... prometerles mucho oro? Tú los conoces.

Castro profirió un grito ahogado y empezó a temblar, buscando a tientas la mano de ella.

—Sí, Señorita. Sí, Excelencia. Podría ser. Tenga compasión. Sálveme. Soy demasiado viejo para soportar esto. Sí, oro; mucho oro. Manuel... —Escucha, Castro... ¿Y también donjuán?

Volvió a bajar la cabeza.

—Dime la verdad, Castro.

Él luchó consigo mismo; luego, haciendo un ruido con la garganta, gritó «¡No!», con un terrible esfuerzo.

—No. Nada puede salvar a vuestro amante inglés.

—¿Por qué? —susurró ella débilmente.

Se enfureció con ella por su debilidad. ¿Por qué? Porque la orden estaba dada y ellos no se atreverían a desobedecerla. Porque ella no tenía en su mano más que oro,

mientras que el juez O'Brien tenía en la suya la vida de todos ellos. El condenado juez era para ellos como la misma muerte que camina entre los hombres, tomando a uno, dejando a otro. Él era su vida, y su ley, y su seguridad, y su muerte... y el caballero no le había matado...

La voz pareció debilitarse gradualmente en su garganta reseca. Se alejó gateando y pudimos oírle riéndose horriblemente entre dientes en alguna parte, como un loco. Serafina me tendió la mano.

—Entonces, Juan... ¿por qué no morir juntos... así?

Si ella tenía valor para esta muerte, yo debía tener incluso más. Era una cuestión de honor. Yo no tenía ni el deseo ni el derecho de buscar una muerte más fácil. Pero ella tenía la capacidad de las mujeres para aguantar lo que sea, su serenidad ante aquel martirio confirmaba el siniestro poder del amor que, como la fe, puede mover montañas y ordenar crueles sacrificios. Ella podría haber salido completamente a salvo... y era ese pensamiento el que me volvía loco. Y no tenía nada de sueño; sólo de vez en cuando podía abandonarme a delirantes ensueños de lagos tranquilos, de vastas extensiones de agua donde me sumergía hasta los labios. Nunca más allá. Eran aguas tranquilas y frías como el hielo, en las que tiritaba, esforzándome por tomar un trago para apagar el fuego interior de la sed que me quemaba, mientras que un fantasma completamente pálido, con los cabellos en desorden, me gritaba desde el borde «Valor», con la voz de Serafina.

En cuanto a Castro, se estaba volviendo loco. Realmente se estaba volviendo loco, como le ocurre a la gante por falta de alimento y bebida. Y sin embargo parecía conservar sus fuerzas. Nunca estaba quieto. La suya era una fuerza facticia, el desasosiego de una incipiente demencia. Una vez, mientras trataba de hablar con él sobre nuestra única esperanza —los peones—, me miró con tan sombrío desconsuelo que me marché intimidado, vagamente asombrado de vislumbrar en él algo oculto y excesivo, causado por unos tormentos que seguramente no eran mayores que los míos.

Tenía fuerza y, a veces, bastante voz para soltar, desde la boca de la cueva, insultos, maldiciones e imprecaciones. Arriba estallaban grandes carcajadas y parecía que retenían la respiración para oír mejor. O bien Manuel, asomándose por el borde, alababa en tono burlón, melifluo, la energía con que él formulaba sus denuncias. Traté de apartarme bruscamente de allí, pero él se volvía hacia mí con tanto ardor que, por prudencia —yo todavía no había perdido del todo la esperanza—, lo dejé solo.

Aquella noche le oí hacer un extraordinario ruido al masticar; al mismo tiempo sollozaba y blasfemaba a hurtadillas. ¡Entonces había encontrado algo de comer! No podía dar crédito a mis oídos, pero empecé a reptar en la dirección del ruido, y de pronto hubo una breve y salvaje riña en la oscuridad, durante la cual casi me ensarté en su cuchilla. Finalmente, temblándome todos los miembros y con la sangre

martilleándome en los oídos, me puse de pie, sosteniendo en las manos un pequeño trozo de carne. Inmediatamente, sin vacilar ni pensármelo dos veces, hiqué el diente en aquel trozo de carne pero enseguida lo arrojé lejos de mí soltando una frenética maldición. Era el primer sonido emitido desde que nos habíamos enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo. Tendido boca abajo cerca de mí, Castro, con un estertor en la garganta, intentaba reír.

Reconocí el toque supremo del arte de Manuel; andaban escasos de tiempo y él había dado con ese astuto e ingenioso invento para acelerar la rendición de su querida víctima. El fuego que me abrasó los cuarteados labios casi me hizo gritar de dolor. Aquel trozo de carne medio podrida estaba salado, terriblemente salado... salado como la sal misma. Cada vez que le oían desvariar y refunfuñar en la boca de la cueva, le arrojaban esos trozos preparados. Era como meterse en la boca un carbón ardiendo.

—¡Ajá! —gruñó débilmente—. ¿Lo ha tirado? Yo también: el primer trozo. No importa. No puedo tragar nada más por ahora.

Su voz era como el crujido del pergamino a mis pies.

—No lo busque, don Juan. Los pecadores al infierno... ¡Ajá! Demonio. No pude resistir.

Me dejé caer cerca de él. Parecía retorcerse en el suelo murmurando «Sed... sed... sed». Su cuchilla golpeaba la roca, después todo quedó en calma. ¿Estaría muerto? De pronto comenzó a hablar con sorprendente animación.

—¡Señor! Para eso tendrán que matar ganado.

Esa idea lo desvelaba. Probablemente habrían estado disparando. Pero había una manera de desjarretar en silencio a una vaca; y las llanuras eran vastas, la hierba alta, y las reses muertas podían esconderse de las miradas ajenas; además, los rebaños sólo los juntaban dos veces al año. Su voz desesperada se apagó tras un lúgubre derrumbamiento y se quedó de nuevo tan callado como un muerto.

—¡No! No puedo soportarlo más —dijo vigorosamente.

Se negaba a soportar todo aquello. Sufría demasiado. No había ninguna esperanza. Los agobiaría con sus maldiciones y luego saltaría desde la cornisa.

—Adiós, señor.

Alargué el brazo y le cogí de la pierna. Me pareció que no debía separarme de él. Habría sido una deslealtad, el reconocimiento de que todo había terminado, el principio del fin. Esa especie de lucha imbécil nos había agotado. Entretanto, seguí implorándole que se portara como un hombre; y al final logré que trepase hasta descansar el pecho en la roca.

—¡Un hombre! —suspiró.

Lo solté. Durante un rato se quedó en la oscuridad sin decir palabra: parecía estar recobrando la poca fuerza que le quedaba.

—¡Oh, qué raros son estos ingleses! ¿Por qué no podía yo saltar? ¿A quién quiere o detesta más, a mí o a la Señorita? Sea usted también un hombre, y ruegue a Dios que le dé buen juicio para comprender a los hombres por una vez en la vida. ¡Ajá! Mujer enamorada... ¡es un tonto! Pero yo, Castro...

Sus susurros se hicieron espantosamente ininteligibles, luego cesaron, transformándose en lamentos. Mi voluntad de retenerlo me abandonó. Él nos había conducido a aquello. Y si realmente deseaba abandonar la lucha...

—Señor —masculló con la voz quebrada—. Mil gracias. ¡Br-r-r!

Oh, qué desagradable el agua... agua... agua... agua salada... ¡salada! Usted me salvó. ¿Por qué? Que Dios sea el que juzgue. Habría preferido como amigo a un demonio maligno. Le perdono. ¡Adiós! Y... su Excelencia... pobre Castro... ¡Ajá! Eres un viejo escorpión rodeado por el fuego... por el fuego y la sed. No, un escorpión, no. ¡Ay!, sólo un hombre... no como usted... por consiguiente... una misa... o dos... tal vez...

El frescor de la noche penetraba por el orificio de entrada hasta que llegó el débil resplandor del nuevo día. Oí su lastimoso lamento alejándose sigilosamente de mí. «Sed... sed... sed». No me moví; y me asaltó una especie de incredulidad, de lasitud, la sensación de que nos aguardaba un destino común, unido a un deseo inconfesable —el deseo de ver lo que saldría de todo aquello—, un deseo que me revolvía la sangre como un rayo de esperanza y me impedía moverme o articular palabra. Si sus sufrimientos eran tan grandes, ¿quién era yo para...? Los míos, también. Casi le envidié. Se había liberado.

Como si la penumbra de mi ser íntimo se hubiese partido por la mitad, eché una ojeada al fondo mismo de mi pensamiento. Y su acción me pareció un sacrificio, que podía liberarnos a los dos de esta cueva antes de que fuese demasiado tarde. El, sólo él, era la presa que ellos habían atrapado. Probablemente estarían satisfechos. ¡No! No podía haber ninguna duda. En cuanto él muriese, ellos se marcharían. ¡Ah! Por eso quería saltar. No se lo debía permitir. Ahora que yo comprendía perfectamente el sentido de todo aquello, mi deber era impedir que él siguiera adelante. No había elección. Tenía que detenerlo a toda costa.

El despertar de mi conciencia me hizo ponerme de pie; pero antes de que hubiese atravesado, dando traspiés, la mitad del pasadizo, le oí gritar al aire libre:

—¡Miradme!

Un hombre gritó desde fuera con entusiasmo:

—¡Ha salido!

Un tumulto de júbilo penetró en la bóveda, el estrépito de unas veinte voces gritando en diferentes registros: «Ha salido... ¡el traidor! ¡Ha salido!». Era demasiado tarde, pero di tres pasos más hasta quedar cegado. Las ramas llameantes que habían puesto sobre el precipicio me mostraron una multitud de chispas, que caían sin cesar

desapareciendo en la pálida luz que ahuyentaba la noche en la boca de la cueva. Y con aquella luz se podía ver a Castro, arrodillado al otro lado del umbral.

Con los dedos aferrados al borde de la losa, colgaba hacia fuera, con la cabeza echada hacia atrás, y la espina dorsal arqueada y tensa como un arco; y las chispas rojas que caían desde arriba, revoloteando como copos de nieve, desaparecían en el aire antes de que pudieran posarse en su rostro.

—¡Manuel! ¡Manuel!

Ellos respondieron con un gruñido profundo, confuso, abriéndose paso a empujones y apiñándose en el borde para mirar hacia abajo con sus propios ojos. Mientras tanto, miré fijamente el convulsivo jadeo de su pecho, su barbilla levantada hacia arriba, su garganta hinchada. Desafiaba a Manuel. Saltaría. ¡Mirad! Iba a saltar... hacia su propia muerte... cuando quisiera. Los retaba a descender a la cornisa; y agitaba de un lado a otro la cuchilla de su muñón, tiesa, con la punta hacia arriba, como un arma muy peligrosa. Apeló a la peste, a la horca en Inglaterra, a los poderes infernales, mientras los murmullos que provocaban sus comentarios pasaban todo el tiempo por encima de su cabeza, como si él les hubiese arrancado por la fuerza su siniestra admiración.

—¡Canallas!, perros, ladrones, carne de cementerio, sabandijas del infierno... os escupo... ¡así!

No tenía fuerza ni saliva y siguió provocando en silencio a los de arriba, que se reían de él algo lúgubrememente, como si se burlasen de su destino.

—¡Va a saltar! ¡No, no se atreverá!

—¡Sí! ¡Salta, Castro! ¡Escupe, Castro!

—¡Va a volver corriendo a la cueva! Maladetta!

La voz de Manuel hacía cariñosos arrumacos desde el borde.

—Ven a beber con nosotros, Castro.

Esperé su salto dudando, con incredulidad, con el nerviosismo desvalido de los débiles. Poco a poco pareció relajarse completamente.

—Podrás beber todo lo que quieras; beber y beber y beber, Castro. Agua. Agua clara, agua fría. ¡Prueba, Castro!

Con acentos que casi eran cariñosos en su urgencia, le invitaba a ir a beber antes de morir. Su voz parecía echar un maleficio, como un conjuro, a esa figura rechoncha y pequeña, cuyo rostro vuelto hacia arriba, todo oídos, mostraba cierta ansia.

—Podrás beber. Beber —varias veces repitió Manuel la palabra y luego, de pronto, gritó—: prueba, Castro, prueba.

Una claridad descendente, como de una varilla de cristal lanzada desde arriba, vino a estrellarse sobre su rostro haciéndose pedazos. La luz desapareció delante de la cueva, ahuyentada al parecer por la inhumana disonancia de aquel grito; y yo me lancé hacia delante para lamer la mancha de humedad del umbral. No pensé en Castro, me

había olvidado de él. Ese engaño a mi sed me enfureció, y exploré con la lengua la superficie rugosa de la piedra hasta que sentí el sabor de mi propia sangre. Sólo entonces, levantando la cabeza para tomar aliento, y apretando los puños en la exasperación de mi deseo frustrado, me di cuenta de cuán profundo era el silencio sobre el barranco, en medio del cual las palabras «Quitadle el aguijón» parecían haberse pronunciado solas, con la impersonal austeridad de la roca y el tono de una tremenda sentencia.

CAPÍTULO X

La sed le había vencido. ¡Qué debilidad! Entonces, no se había arrojado desde lo alto. ¡Qué disparate! Una gota de agua en su rostro había sido suficiente. Era despreciable; y viéndolo en la boca de la cueva, derrumbado en una especie de torturante apatía, desprecié y envidié su buena fortuna. Eso no iba a librarle de morir, pero al menos había bebido. Lo comprendí cuando oí su voz, una voz completamente alterada, una voz firme, ávida, que decía «Más», entrecortadamente. Y entonces volvió a beber. Estaba bebiendo. Bebía allí arriba a la luz de las llamas, en medio del círculo mortal de sus enemigos, mientras Manuel se regodeaba mirándole con sus ojos claros. ¡Qué delicia beber! ¡Qué alegría! ¡Pobre desgraciado! Me aferré a la roca convulsivamente; creo que habría salido precipitadamente para que me diesen mi parte, si no hubiese oído la cruel y acariciadora voz de Manuel.

—¿Y entonces? ¿No quieres saltar, mi buen amigo Castro?

—He bebido —dijo él melancólicamente.

Imagino que fue entonces cuando debieron darle algo de comer. En mi memoria la visión de esa escena presenta muchos espacios en blanco, una visión elaborada con unas cuantas palabras que me llegaron de repente, entre grandes intervalos de silencio, como si me hubiese recuperado de un desmayo. A veces el violento murmullo de sus muchas voces crecía impacientemente, y se oía un desbarajuste de pies cerca del borde; o, en medio de un siniestro y expectante silencio, Manuel el artista hablaba de su «querida víctima Castro» con una voz suave e insinuante, que parecía temblar ligeramente de impaciencia. ¿Había comido y bebido bastante? Habían cumplido sus promesas, dijo él. Las cumplirían todas. Le habían dado agua fría... y pronto él mismo, Manuel-del-Popolo, acompañaría con su guitarra y su voz los últimos momentos de su víctima. Su broma fue interrumpida por carcajadas. ¡Ah, este Manuel, este Manuel!, juró alguien con admiración. Pero ¿estaba Castro realmente a gusto? ¿Le sirvió de algo comer y beber? ¿Le devolvía eso la vida? Caramba, amigos, ¡qué descuido! El caballero que nos ha honrado con su presencia debe fumar.

—Sí —gritaron ellos con gran júbilo—. Fuma, Castro. Dejadle fumar.

Supongo que fumó; y Manuel le expuso lo agradable que era la vida cuando uno podía comer, beber y fumar. Sus palabras me torturaron. Castro permaneció callado... por desdén, por desesperación tal vez. Después le arrastraron fuera de la cornisa y supongo que formaron un círculo alrededor de él y sacaron sus cuchillos. Con su voz de falsete, Manuel ordenó a gritos que cortasen las ataduras de sus pies. Saqué fuera mi cabeza hasta donde me atreví; sus voces me llegaban amortiguadas; sólo podía ver la profunda sombra del barranco, un trozo de cielo despejado, abundante en estrellas, y el reflejo de las llamas en el lado opuesto. Sobre aquel reflejo destacaba en frente de

la cueva la sombra, intensamente negra e inmóvil, de un par de pies enormes y los bajos de un capote, completamente desplegado como una falda. De vez en cuando, abriéndose paso a codazos entre la oleada de gente que rodeaba a Castro, la guitarra emitía un sonido profundo y apagado. Le ordenaron tumultuosamente que se levantara, e imagino que le agujinearían con las puntas de sus cuchillos hasta hacerle ponerse de pie. «Salta», chillaron todos a la vez... y Manuel comenzó a pulsar las cuerdas, elevando la voz entre los salvajes arrebatos de hilaridad mezclados con gritos pidiendo la muerte de Castro. Manuel exhortó a sus seguidores a acercarse al traidor palmo a palmo, mostrándole sus cuchillos.

—Corre de un lado a otro, chorreándole de sus miembros un poco de sangre... pero en vano, ha llegado el momento fijado para saltar...

Todo fue improvisado: imprimían a sus pies un ritmo lento; gritaban en coro esa única palabra «¡Salta!» con un feroz rugido; y a intervalos, atenuados por la distancia aunque persistentes, me llegaban el canto y el acompañamiento de guitarra, en una cadencia voluptuosa e implacable que me oprimía el corazón y parecía tragarse el resto de mi fuerza. Pero ¿qué podría haber hecho yo, aunque tuviese la fuerza de un gigante y una resolución de lo más intrépida? Me habrían matado a tiros antes de que hubiese subido a gatas la mitad del camino hasta la cornisa. Un grito penetrante tapó el sonido de la guitarra, la canción y el frenético júbilo.

Entonces todo pareció detenerse... incluso mi penosa respiración. Castro volvió a gritar como un loco.

—Señorita... su oro. ¡Señorita! ¡Óigame! ¡Socorro!

Luego todo quedó en calma.

—Oíd cómo la muerte llama a la muerte —dijo Manuel sarcásticamente.

Se oyó una especie de murmullo atemorizado, procedente de los españoles. ¿Estaba viva la Señorita? ¿En la cueva o dónde?

—Una inclinación de su cabeza te habría salvado, Castro —dijo Manuel lentamente. Me levanté. Oía a Castro balbucear frenéticamente.

—Ella os llenará las manos de oro. ¿Me oís, hombres? Yo, Castro, os lo aseguro... cada hombre... ambas manos.

Había hablado. Ahora, la última esperanza había desaparecido.

Y lo único que me quedaba por hacer era saltar o entregarme y terminar así aquel horrible asunto.

—Era ella una criatura que se merecía la luna y las estrellas —meditó Manuel en voz alta, en un tono vibrante.

De pronto, golpeó las cuerdas con enérgica violencia. 'Ella podría incluso detener su venganza. Pero ¿era aquello posible? No, no. No podía ser... y sin embargo...

—Todavía estás vivo, Castro —gritó Manuel—. Has comido y bebido; la vida es agradable... ¿no es cierto, viejo?... y el salto es de bastante altura.

Luego vociferó «¡Silencio!», para aplacar los murmullos de excitación de su banda. Si la joven vivía, Castro también viviría... él, Manuel, lo aseguraba. Pero le amenazó con terribles torturas, un par de días de muerte lenta, si se atrevía a engañarle. Que se apresurase, pues, a decir la verdad.

—Habla, viejo. ¿Dónde está la chica?

Y desde la abertura, a unos cuarenta y seis metros, estuve tentado de gritar, como si amase a Castro lo suficiente para ahorrarle la vergüenza y el remordimiento por su evidente traición. Que el momento había llegado era algo que yo no podía dudar. Y era yo mismo, quizá, el que no podía afrontar la certidumbre de su flaqueza. Si mi garganta no hubiese estado tan afectada, tan seca por la sed y tan ahogada por la emoción, creo que habría gritado y los habría alejado de aquel desgraciado a todo correr. Ya que estábamos perdidos, él al menos se libraría de aquella infamia. Su espasmódica risa de agonía, con veinte cuchillos apuntando a su pecho y veinticinco metros de precipicio a sus espaldas, me partía el alma. ¿Por qué dudaba?

Iba a enterarme entonces de que el esencial valor de la vida para cada uno de nosotros se basa en el autoengaño. Moralmente estaba entre la espada y la pared, no podía esperar engañarse a sí mismo. Y después que Manuel le hubo gritado de nuevo «¿Dónde están?» con una voz terrible, oí su respuesta:

—En el fondo del mar.

Después de todo, tenía valor... aunque sólo fuera el valor para no creerse las promesas de Manuel. Y debía estar harto de vivir... lo bastante para no pagar el precio exigido. Sin embargo había ido hasta el mismo borde, llamando a Serafina como si ella pudiese oírle. Locuras del miedo, sin duda... seguidas de un despertar de la lucidez, una reacción heroica. Y sin embargo a veces tenía yo la impresión de que toda aquella escena, con sus gritos desaforados pidiendo socorro, había sido consecuencia de una suprema operación de astucia. Pues, en efecto, él no podía haber inventado nada mejor para convencer de nuestra muerte al más escéptico de aquellos rufianes. Lo único que oí después de sus palabras fue un gran grito, seguido de un súbito silencio ininterrumpido, que pareció durar bastante. ¡Castro había saltado! De todo aquel tiempo de silencio guardo un espacio en blanco, como cuando uno se desmaya, y sin embargo debió de haber sido bastante real, porque, acurrucado justo en la entrada de la cueva, con la cabeza apoyada en la piedra, observé las llamas en movimiento de tres ramas encendidas, que llevaban unos hombres, bajando en fila india por el sendero en zigzag al otro lado del barranco. Siguieron descendiendo hasta el fondo hasta desaparecer de mi vista. Luego, al cabo de un rato, desde abajo, a la izquierda de la cueva, subió una voz, como un lúgubre alarido de las profundidades.

—¡Manuel! ¡Manuel! ¡Le hemos encontrado!... Está muerto.

Y desde arriba, el grito de Manuel retumbó, aumentado entre las rocas.

—¡Bueno! Ponerlo boca arriba... ¡para los pájaros!

Continuaron llamándose unos a otros durante un buen rato. Los hombres de abajo declararon su intención de ir a la costa; y Manuel les gritó que no se olvidaran de traerse una buena soga a primeras horas de la mañana. Aparentemente habían puesto a flote la goleta un poco antes; muchos lugareños fueron a dormir a bordo. Se proponían; zarpar el próximo día muy temprano.

Eso me hizo revivir. Pasé la noche entre el lecho de Serafina y la entrada a la cueva, controlando rigurosamente mi razón, pues me pareció haberla perdido en aquella oscuridad, con aquella esperanza, con aquel tormento. Toqué su mejilla, estaba ardiendo, mientras que su frente parecía a mis dedos tan fría como el hielo. No me quedaba ya voz, pero traté de arrancar a mi garganta algún susurro discordante. Me sonaron horriblemente; ella procuró apaciguarme murmurando mi nombre débilmente. Me imagino que pensó que yo deliraba. Rogué al cielo que me durasen las fuerzas hasta sacarla a ella de la cueva por el lado del arroyo... entonces podía venir la muerte.

—Estás viva, estás viva —le susurré al oído.

Y el suspiro que oí fue tan tenue, tan débil, que mi alma se preocupó, presa del miedo y la compasión.

—Sí, Juan...

Y me fui a ver el amanecer desde la entrada a la cueva, y a maldecir a las estrellas que no querían desvanecerse.

La voz de Manuel me mantuvo despierto toda la noche. Una languidez se había apoderado de los que estaban arriba, como si su cólera se hubiese agotado, como si su desenfrenado exceso hubiese entristecido sus corazones. Sin embargo, continuaban con sus interminables peleas. Varios de ellos, creo, abandonaron el grupo para regresar a la goleta, pero evitando el camino que pasaba por el barranco, como si el cadáver de Castro allá abajo lo hubiese vuelto intransitable. Y la charla continuó hasta bien avanzada la noche. Había una especie de creencia supersticiosa ligada a la cueva... una leyenda acerca de que los hombres que habían entrado en ella jamás habían vuelto a salir. Lo único que conocían de aquel lugar era la zona de penumbra; antiguamente, cuando la gente solía refugiarse en la cueva, al parecer nadie se aventuraba nunca a salir del círculo de fuego. Manuel desdeñaba sus miedos. Pero como era tan diplomático, tan dado a las estratagemas, dijo que habría necesidad de bajar a ver... Todos protestaron. ¿Quién iba a bajar? Ellos no... Era sorprendente su cobardía.

Les pidió que se callaran. El era su capataz, ¿no es cierto? Un hombre de recursos. ¿Acaso no había convencido a Castro para que saliese? Él jamás había creído que allí hubiese ninguna otra persona aparte de Castro. Suspiró. De lo contrario, Castro habría procurado salvar su vida confesando. No había nada que confesar. Aunque él tenía los medios de asegurarse. Una voz sugirió que el inglés podía haberse internado en las

profundidades de la cueva. Los ingleses no les tienen miedo a los demonios, ya que ellos mismos son verdaderos diablos; y éste en particular era diabólicamente temerario. Pero Manuel observó despectivamente que un hombre atrapado de esa forma se quedaría cerca de la entrada. La esperanza le mantendría allí hasta morir... a menos que saliese precipitadamente como Castro. Manuel rió, pero en tono fúnebre; y al escuchar la cobardía con que expresaban sus dudas y miedos, me pareció que si pudiese salir de un salto y presentarme frente a ellos, se dispersarían al verme, como paja al viento. Me parecía intolerable esperar; era más de lo que la resistencia humana podía soportar. ¿Nunca iba a llegar el día? Una modorra se fue apoderando poco a poco de sus voces.

Manuel seguía vigilando. Mantenía el fuego y su sombra incompleta, proyectada a través del abismo, iba y venía, oscureciendo el resplandor que iluminaba la roca. Sus pasos parecían medir la interminable duración de la noche. A veces se paraba en seco y hablaba consigo mismo mediante exaltados murmullos en voz baja. Una enorme estrella brillante se posó en la cima de la peña de enfrente, arrojándome su luz directamente a los ojos. Luego se ocultó como si hubiese penetrado en la piedra. Por fin. Otra vino a recorrer la cueva. Creí notar que el extremo del débil rayo reptaba por mi rostro.

Un resplandor gris llegaba gradualmente del lado donde estaba el lecho de Serafina. Se había hecho de día, el último día de sufrimientos, si no de vida. Su limbo espectral invadió poco a poco la oscuridad de la cueva hasta sus límites asignados, deslizándose lentamente, tan incoloro como el agua desparramada por el suelo. Apreté mis labios en silencio sobre la mejilla de la joven. Tenía los ojos abiertos. Me pareció que su sonrisa era más débil todavía que sus suspiros. Era muy valiente, pero su sonrisa no iba más allá de sus labios. Ningún otro rasgo de su rostro se movía. Podría haberme abierto las venas por ella sin vacilar, si tal sacrificio no me hubiese estado prohibido.

Me pregunté si acabarían por irse. Gracias al heroísmo de Castro o a su debilidad, tal vez gracias a ambos, los hombres debían estar satisfechos. Debían estarlo. No podía dudar de eso; pero tampoco podía creérmelo. Todo parecía improbable; todo parecía posible. Si ellos bajaran, me quedarían fuerzas suficientes, eso creía, para llevarla al interior de la cueva. Si había algo de verdad en lo que yo les había oído por casualidad, que las profundidades de la cueva ocultaban un abismo, nos meteríamos en él.

La débil pero unánime presión de la mano de Serafina me horrorizó. Ellos no bajarían. Aquel lugar les daba miedo, le murmuré al oído; y pensé para mí mismo que semejante cobardía era increíble. Nuestro destino estaba decidido. Y sin embargo, por lo que yo había oído...

A través de la abertura vimos cómo aumentaba la luz del día; en cualquier momento podía oscurecerla alguna silueta. Las fastidiosas incertidumbres de aquellos momentos fueron lo bastante crueles para hacernos olvidar casi por completo la sed y el hambre, para provocarnos un desasosiego que nos procuró un renovado vigor. Eran como una pesadilla; pero esa pesadilla parecía liberar a mi mente de sus febriles alucinaciones. Estaba más sosegado ahora de lo que lo había estado durante las últimas cuarenta y ocho horas de nuestro encarcelamiento. Pero no podía quedarme allí a esperar. Era absolutamente necesario que vigilase desde la entrada el momento en que los hombres se marcharan.

La mañana era fría y tranquila, y en medio de aquella quietud su conversación llenó de palabras el aire en calma del barranco. Un grupo —no sabría decir cuántos— estaba ya de vuelta de la goleta en un estado de bastante excitación. Temían que, de una manera u otra, los peones de la hacienda se hubieran enterado de su presencia. Hubo muchos insultos para un hombre llamado Carneiro que, el día anterior, había disparado imprudentemente a una vaca bien cebada en una de las sabanas tierra adentro. Lo maldijeron. La noche anterior, antes de que saliese la luna, los que estuvieron a bordo de la goleta habían oído relinchar a un caballo. Alguien había bajado a la orilla a oscuras y, después de esperar un rato, había regresado al galope por el mismo camino que vino. Las huellas de los cascos en la arena de la playa así lo confirmaban.

Se temía bastante a estos jinetes, que querían vengarse por el hombre que Manuel había matado; y adiviné que hablaban con la cabeza vuelta por encima del hombro.

—¿Qué os parece si averiguamos si el inglés está muerto o vivo? —preguntó alguien.

Yo estaba seguro ahora de que no bajarían en masa. Eso los expondría al peligro de ser atrapados por los peones en la cueva. No había tiempo para buscar minuciosamente, argüían.

Por vez primera oí aquella mañana la voz de Manuel.

—Echaos a un lado.

Descendió hasta el mismo borde.

—Si el inglés está allá abajo, y todavía está vivo, en este momento nos estará escuchando.

Estaba tan seguro como si pudiera verme.

—Pero no hay nadie —añadió.

—Vayamos a ver, Manuel —gritaron.

Él les dijo algo en tono despreciativo. Las voces por encima de mi cabeza se convirtieron en bulliciosos murmullos.

—Dadme la soga —dijo Manuel en voz alta.

Tuve la sensación de que se cernía sobre mí algún peligro inconcebible; y en mi estado de debilidad empecé a temblar y retrocedí hasta el orificio. No me quedaba ya ninguna fuerza en los miembros. Ni tenía armas. ¿Cómo iba a luchar? Usaría los dientes. Golpeando ligeramente contra la roca, por encima de la abertura, el frasco de Williams descendía lentamente, atado con un cordel verde al extremo de una gruesa sogá, y colgaba inmóvil frente a la entrada.

Lo acababan de llenar de agua fresca; goteaba por fuera y el reflejo de los rayos de sol en su tapa de plata me deslumbró los ojos.

Ése era el peligro... ese cebo. Y me parece que si yo no hubiese tenido la más ligera sospecha de lo que se me venía encima, me habría abalanzado sobre él inmediatamente. Pero tardé mucho en darme cuenta... en aceptar la idea de que aquello era agua, y la tenía al alcance de la mano. Haciendo un gran esfuerzo, resistí la locura que me incitaba a lanzarme sobre el frasco. Me contuve todo lo que pude. Un espasmo convulsivo me contrajo la garganta. Di media vuelta y hui del pasadizo.

Corrí hacia Serafina.

—Dame la mano —dije jadeante, en plena oscuridad—. Necesito tu ayuda.

Sentí su mano posarse ligeramente sobre mi cabeza inclinada. Ni siquiera me preguntó qué quería decirle; como si su alma generosa fuese omnisciente. En su silencio había una completa generosidad, la indiscutible devoción de una mujer.

—Paciencia, paciencia —seguí murmurando yo.

Estaba perdiendo confianza en mí mismo. Ojalá hubiese sido libre de estrellar mi cabeza contra la roca. Todavía me quedaba valor para eso. Pero en nuestra situación la muerte no era una salida.

—Estamos perdidos —susurré, enloquecido.

—Paciencia —musitó ella, escabullendo lánguidamente la mano de mi cabeza.

Empecé a alejarme de ella, arrastrándome. Aquí debo decir la verdad. Empecé a alejarme, arrastrándome en dirección al frasco. No quería confesármelo, pero ahora lo sé. Ese frasco tenía un poder diabólico. He aprendido a conocer la naturaleza de los sentimientos de un hombre a quien Satanás induce a vender su alma: el horror de anhelar, irresistible y fatalmente, la suprema felicidad. Y para mí era más esperanzador un trago de agua que todo el saber universal, el poder absoluto, la riqueza sin límites, la juventud imperecedera. ¿Qué valían todas esas seducciones frente a la posibilidad de beber? Ningún alma ha estado nunca tan sedienta de cosas ilegales como mi reseca garganta lo estaba ahora de agua. Jamás demonio alguno tentó a un hombre con semejante cebo de perdición.

La lucidez de mis sensaciones me hacía sufrir. Veía con indignación mi pobre ser miserable atraído con señuelo, como un pez. Y a pesar de todo, era tal mi desolación, que me mantuve prudente. No salí precipitadamente, a ciegas. No. Me aproximé al final del pasadizo lentamente, pegado a la pared, como si estuviese acechando a una

bestia salvaje. Me arrastré por la pared de la cueva y saqué la cabeza lo suficiente para mirar de cerca la infernal tentación.

Allí estaba el pequeño objeto oscuro suspendido a plena luz, sobre el fondo amarillo de la roca al otro lado del barranco. Los rayos de sol sacaban mil destellos a su tapa de plata. Supuse que lo quitarían de un momento a otro. Cuando metí de nuevo la cabeza lo perdí de vista, pero todo mi ser se sentía atraído hacia él con un ansia más bien lamentable. Por primera vez en mucho tiempo me acordé de Castro. ¿Acaso era yo mejor que Castro? A él lo habían atraído con el señuelo de la carne salada. Me estremecí.

El pasadizo se quedó a oscuras. Bajé el pie que había levantado pero sin avanzar. Esa inesperada sombra me salvó, creo. Manuel había descendido a la cornisa.

Iba solo. De pie frente a la entrada, su figura ensombrecía el pasadizo, a través del cual llegaron a mis oídos las palabras que gritaba a la gente de arriba. Ahora iban a ver si él no era un digno capataz. Si el inglés estaba allí dentro, ya podía considerarse muerto. Y sin embargo, de todos los hombres que estaban arriba, de todos esos valientes de Río Medio, ni uno solo querría ir solo a examinar el cadáver. Él había ideado una prueba infalible y, sin embargo, ellos persistían en no creerle. Bueno, su valentía lo demostraría; su valor que no temía a la luz ni a la oscuridad.

No pude oír las contestaciones que recibió desde arriba; pero los confusos ruidos que me llegaron incluían la habitual mezcla de mofas y aplausos, en la que se confundía el rencor de sus escarnios con la admiración que él sabía arrancarles con esa exhibición de sus talentos.

Debían matar el ganado, estos caballeros. Les riñó irónicamente. Desde luego. Tenían necesidad de alimentarse con carne, como los leones; pero sus almas eran como las de una gallina criada en un estercolero. ¡Y quién lo iba a decir! Allí estaba él, Manuel, que no le tenía miedo a las sombras.

Iba a entrar, eso era indudable. Allí afuera, a plena luz, es posible que no hubiese detectado la rápida aparición de mi cabeza, que no hizo más que salir y volver a entrar; pero me había dado tiempo a ver cómo apartaba con el brazo el frasco oscilante y levantaba la pierna para subirse a la cornisa. Al verle me alejé de la entrada a todo correr sin hacer el menor ruido.

Tuve tiempo de exhortar a Serafina a que no se moviese, si no quería poner en peligro nuestras vidas... lo poco que nos quedaba de ellas; la silueta negra de Manuel estaba de pie frente a la entrada, bordeada por un halo de luz que seguía el contorno de su sombrero, sus hombros, su cuerpo entero hasta los pies; su sombra alargada caía sobre el trozo de suelo iluminado a medias.

¿Qué le habría hecho bajar? ¿La vanidad? ¿Las obligaciones imperiosas de su liderazgo? ¿El miedo a O'Brien? El juez esperaba oír algo definitivo y su banda fingía no tener confianza en la estratagema de la botella. Creo que, por su conocimiento de

la naturaleza humana, él nunca dudó de su eficacia. No podía imaginar por qué poco se había equivocado. ¡Por qué poco! Y sin embargo, la incertidumbre pareció paralizarle en el umbral. Volvió la cabeza de un lado a otro. Yo no podía distinguir su rostro, de la manera en que estaba colocado, pero no se me escapaba ni el más ligero de sus movimientos. Se hizo a un lado, dejando entrar toda la luz.

¿Tendría el valor de explorar al menos los alrededores de la entrada? ¿Quién hubiera podido decir los complejos motivos que le impulsaban? ¿Quién hubiese podido decir qué propósito tenía o cuáles eran sus temores? Una vez había matado a un hombre en aquel mismo lugar. Pero entonces no estaba solo. Si únicamente estaba presumiendo ante su indisciplinada banda, no tenía necesidad de dar un solo paso más. No avanzó. Apoyó la espalda contra la roca, dejando libre la abertura. La mitad de él estaba completamente iluminada: su largo perfil, parte de sus mechones de pelo negro como ala de cuervo, una mano lánguida, sus piernas cruzadas, la hebilla de un zapato.

—No hay nadie —declaró lentamente, con voz apagada.

Mientras yo le miraba, el profundo político, el artista, el siempre cuestionado capataz, el hombre de talento y recursos, pensó que estaba solo y dejó caer la cabeza sobre el pecho, como entristecido por la vanidad de la ambición humana. Luego, levantándola de un tirón, se puso a escuchar con un oído vuelto hacia el pasadizo; después miró dentro de la cueva. Dos largas zancadas, por encima del montón de cenizas frías, le condujeron al asiento de piedra.

Sus bruscos movimientos y actitudes me indicaban claramente que repartía su inquieta vigilancia entre el interior y el exterior de la cueva. Se sentó, aunque parecía dispuesto a incorporarse de un salto; y le vi levantar los ojos hacia la bóveda oscura, como si estuviese al acecho de algún ruido procedente de arriba. Estoy inclinado a creer que esperaba oír de un momento a otro el galope de los cascos de los caballos de los peones. Estoy convencido que esperaba eso. Las palabras «Estoy más seguro aquí que ellos arriba» me llegaron muy claramente en medio de su nervioso balbuceo. Le gustaba oír el sonido de su propia voz, como una persona tímida silba y habla sola cuando se encuentra de noche en una carretera solitaria. Hacía sólo un año que había matado a un hombre en esa misma cueva, en unas circunstancias que fueron repugnantes, creo, incluso para el honor de aquellos bandidos. Se debatía entre el recuerdo de su asesinato y la realidad de la venganza. Me pregunté cuál sería el resultado de una pelea con él. Iba armado y no estaba debilitado por el hambre; pero se encontraba entre nosotros y el agua. Mi sed me daría fuerzas; el deseo de acabar con los sufrimientos de Serafina me haría invencible. Por otra parte, era peligroso inmiscuirse. ¿Acaso podía saber yo si ellos no intentarían averiguar lo que le había sucedido? Era más seguro dejar que se fuera. Era extremadamente improbable que zarpasen sin él.

Tengo conciencia de no haber movido un solo miembro; y estoy dispuesto a jurar que tampoco lo había movido Serafina; pero evidentemente algo, alguna especie de ruido, le sobresaltó. Abandonó la inmovilidad de su asiento y de un salto se apoyó contra la pared rocosa, acorralado en las tinieblas, con el cuchillo en la mano. Me asombra que no le sorprendiese mi exclamación. Yo estaba tan asustado como él. Sus dientes y el blanco de sus ojos brillaban a lo lejos directamente hacia mí. El miedo le hizo sisear, y por un momento tuve la firme convicción de que me había visto. Todo ocurrió tan rápido que, cuando todavía no había tenido tiempo de hacer un movimiento hacia delante para contener su ataque, le vi hacer un enorme signo de la cruz en el aire con la punta de su daga.

Luego la enfundó lentamente y avanzó sigilosamente unos cuantos pasos en dirección a la entrada, rozando la pared con la espalda. Obstruía la luz y en un instante desapareció de mi vista a reculones.

Antes de que llegase al otro extremo ya estaba yo en el interior, siguiéndole a gatas. Me había puesto en marcha inmediatamente, como si su desaparición hubiese eliminado un maleficio, como si me hubiera incitado a seguirle mediante un lazo invisible. Levantándome sobre los antebrazos le vi de hinojos, ante la entrada, de espaldas al precipicio y con el rostro vuelto hacia arriba.

—Ahí dentro no hay nadie —gritó.

Me dejé caer y avancé boca abajo, levantándome de vez en cuando sobre los codos para mirar. Manuel estaba mirando hacia arriba, conversando con sus hombres, y sostenía con ambas manos el frasco de Williams. Ni una sola vez se le ocurrió mirar al pasadizo; parecía ocupado en deshacer el cordel anudado al extremo de la gruesa soga que colgaba por lo menos un palmo delante de él. El frasco atrajo mis ojos, mis pensamientos, mi energía. Se lo arrancaré de las manos directamente. En aquel momento no tenía miedo ni inteligencia; sólo el deseo de apoderarme de aquel objeto. Pero una cautela instintiva me impedía precipitarme sin más. Procedí con el sigilo de un animal, que nada tiene que ver con la fría razón.

Tuvo alguna dificultad con el nudo: era evidente que no quería cortar el cordón verde de seda. ¡Qué bien recuerdo la torpeza de sus dedos! Se sentó junto a la entrada, con las piernas hacia fuera, naturalmente, el rostro y las manos vueltas a la luz, muy absorto en su empeño. Desde arriba le gritaron.

—Voy inmediatamente —les gritó Manuel sin levantar la cabeza.

Me acerqué sigilosamente, lo suficiente para coger el frasco. Ni por un momento se me ocurrió que si me lanzaba sobre él podría empujarlo al vacío. Mi única idea era cogerlo. Manuel no existía para mí. La botella con envoltura de cuero era lo único que me importaba. Estaba verdaderamente loco. Oí una débil detonación y Manuel se levantó rápidamente. El frasco quedaba lejos de mi alcance.

Hubo nuevas detonaciones de disparos en la llanura. Los peones estaban atacando un puesto avanzado de los lugareños.

—Los están persiguiendo —gritó alguien con voz profunda.

—¡Vamos, Manuel! —gritaron varios a la vez—. ¡Vamos, por Dios!...

Tumbado a todo lo largo en el pasadizo y sosteniéndome en mis temblorosos brazos, le miré. Estaba muy rígido, sosteniendo el frasco con ambas manos. Arriba hubo una descarga de mosquetes y, con el ruido de las detonaciones, recuerdo una voz gritando apremiantemente en el borde del precipicio «¡Manuel! ¡Manuel!». Una sombra de indecisión cruzó su rostro. Dudaba entre subir corriendo a la cornisa o precipitarse al interior de la cueva. Gritó algo. No le contestaron, pero súbitamente cesaron los gritos y los disparos, como si los lugareños hubiesen abandonado la lucha, poniendo pies en polvorosa. Noté una especie de incesante zumbido que parecía venir de detrás de mí, de fuera de la cueva; entonces, mientras Manuel se apresuraba a levantar un pie para traspasar el umbral de la cueva, me levanté de golpe presa del delirio y con las manos extendidas di un tirón al frasco que aquél sostenía entre los dedos.

Creo que me reí de él de una manera imbécil. Alguien rió. Todavía recuerdo la arrogante sonrisa de su rostro, trocada en una horrorosa mueca de burla, que desapareció poco a poco mientras que sus asombrados ojos parecieron aumentar enormemente de tamaño al ver surgir ante él, en la oscuridad del pasadizo, esa demacrada y desaliñada aparición. Retiró el pie como si se lo hubiesen quemado, e impulsado por el pánico, me tiró el frasco en plena cara y se fue tambaleante.

Atrapé el frasco al vuelo con un grito triunfal, cuyo aterrador sonido me devolvió el juicio.

—En el nombre de Dios, retírate —gritó, como si yo fuese una aparición sobrenatural.

Lo que vino a continuación sucedió con una rapidez inconcebible, en menos tiempo del que se necesita para respirar. No me reconoció. Vi cómo el increíble temor de su mirada se convertía de pronto en horror y desesperación. Se dio cuenta de que estaba perdiendo el equilibrio.

Había retrocedido demasiado. Trató de reponerse, pero era demasiado tarde. No tardó ni un segundo en caer hacia atrás, dando puñetazos al aire y con el cuerpo hecho un ovillo, tras un esfuerzo espantoso. De repente se puso completamente flácido y, dándole el sol en el rostro vuelto hacia arriba, cayó desapareciendo de mi vista.

En el último momento logró agarrar el bucle de la cuerda que colgaba, cuyo extremo debía yacer en el suelo completamente suelto, pues vi que, en un abrir y cerrar de ojos, todo el rollo pasó zumbando tras él. Apreté con fuerza el frasco contra mi pecho, enfurecido al pensar que todavía podía arrancármelo de las manos; pero

antes de que la cuerda se tensara, su cuerpo había cogido tal velocidad al caer, que no sentí ni la más ligera sacudida cuando el cordón verde se partió... no más que si se hubiese tratado del hilo de una tela de araña.

Confieso que me cayeron lágrimas por el rostro, lágrimas de gratitud. Todo mi cuerpo temblaba. Pero estaba lo suficientemente cuerdo para dejar de pensar en mí mismo.

—¡Bebe!, ¡bebe! —balbuceé a Serafina, levantando su cabeza sobre mi espalda, mientras los caballos de los peones, en su porfiada persecución al galope, pasaron por encima de la cueva con estruendoso fragor. Luego todo volvió a quedar en silencio.

Nuestra salida de la cueva supuso un esfuerzo sin tregua, que pareció durar un año; recuerdo que fue una empresa ardua, realizada sin los habituales incentivos de cualquier actividad humana. La necesidad fue lo único que nos movió: la necesidad férrea sin el encanto de la libertad, de la preferencia, del orgullo.

Nuestros vacilantes pies aplastaron por fin las ascuas negras del fuego esparcidas por los cascos de los caballos; y, dada nuestra debilidad, la llanura nos pareció inmensa, barrida de sombras por el sol, desierta y desolada como el mar. Contemplamos el desorden del campamento de los lugareños: harapos sobre la hierba pisoteada, un par de mantas abandonadas, un mosquete arrojado al suelo por el pánico, una sucia faja roja sobre un montón de garrotes, un cubo de madera procedente de la goleta, dos cantimploras aplastadas. Una de ellas se mantenía milagrosamente en equilibrio sobre su base redonda, llena hasta el borde, mientras que todos los demás objetos parecían volcados, rotos, dispersados al azar por una furiosa ráfaga de viento. Un andamiaje de poleas, que debía servir para secar trozos de carne, estaba tirado por el suelo. No encontré allí nada salvo pedazos de cuero peludo; pero unos colgajos de carne chamuscada adheridos a unos huesos blancos estaban esparcidos entre las cenizas del campamento... lo cual agradecí a Dios.

Cada uno de nosotros, por amor, apartamos nuestros ojos del rostro del otro y no nos hablamos por mutua compasión. Nuestra fuga no nos proporcionó alegría, ni alivio, ni sensación de libertad. Los lugareños y los peones, perseguidos y perseguidores, habían desaparecido de la altiplanicie sin dejar un solo cadáver a la vista. Nada se movía en la tierra, ningún pájaro volaba en el límpido aire, ni siquiera había una nube en el cielo. El sol declinó y la ondulante extensión de la llanura nos asustó, como si hubiese en el espacio algo vivo y hostil.

Nos alejamos de aquel lugar como si nuestros pies fuesen de plomo y nos aferramos al borde del cruel barranco, de la misma manera que uno se arrima a un amigo. Debimos parecer grotescos, patéticos y solitarios, como dos personas que acabaran de salir de la tumba, horrorizados ante la novedad de un mundo medio olvidado. Nos detuvimos al llegar a lo alto del barranco.

Una sensación de luz, de inmensidad, de aislamiento, envolvió nuestras almas al salir de la oscuridad, tan abrumadoramente como una ola del mar. Diríase que éramos una única pareja enviada del más allá para comenzar otro ciclo de sufrimientos sobre una tierra despoblada, que nos negaba incluso la caprichosa caricia de una brisa. El único sonido que saludó nuestra llegada fue el embravecido murmullo del arroyo, que se precipitaba a nuestros pies por la pedregosa pendiente.

Nos arrodillamos al borde para beber a largos tragos y lavarnos el rostro. Entonces, mirando alrededor sin esperanza, descubrí a lo lejos una franja de mar, encerrada entre los ondulados contornos de las dunas y la raya del horizonte. Señalé con el brazo las velas blancas de una goleta deslizándose por debajo de la tierra, y Serafina, apoyando la cabeza en mi hombro, se estremeció.

—Vayámonos de aquí.

La necesidad nos mostró el camino para bajar la pendiente. No podíamos pensar en ningún otro camino, y ante la extensión de la llanura, cercada de bosques, se apoderó de nosotros el temor a lo desconocido. Pero, si bajábamos a la ensenada y seguíamos la ribera del riachuelo, estábamos seguros de llegar a la hacienda, si la esperanza podía sostener lo suficiente nuestros decaídos corazones.

Desde los primeros pasos, el ruido, cada vez mayor, de las piedras al caer rodando nos acompañó en nuestro descenso, dejándonos perplejos. Como no encontramos el comienzo, apenas señalado, de la senda sobre uno de los flancos del barranco, tuvimos que seguir el curso del río. Matas de hirsutos arbustos brotaban copiosamente entre los grandes fragmentos de rocas desprendidas. A nuestra derecha las sombras comenzaban a invadir la sima. A nuestra izquierda se elevaba la gran barrera estratificada, que recibía en lo alto el resplandor del escaso sol, confiriéndole un tinte bronceado subido, justo debajo de la franja azul oscuro del cielo, que parecía reflejar la penumbra del barranco, y la árida y sepulcral tristeza de las sombras profundas y las rocas grises, a través de las cuales el torrente poco profundo se precipitaba furiosamente con destellos cristalinos entre las sombrías manchas de vegetación.

Avanzamos penosamente entre los montones de ramas espinosas; imponentes peñas cerraban la vista a cada lado; y Serafina me seguía con las manos en mi espalda. No encontré mejor medio de ayudarla a descender hasta que el declive se hizo menos empinado; entonces, me adelanté para abrirla paso. A menudo tuvimos que caminar por el lecho de la corriente. El agua estaba helada. De vez en cuando alguna bestia rara, tal vez un pájaro, invisible en alguna parte, emitía un débil y lamentable chillido. Era una escena delirante y el orificio de la cueva, a unos veintisiete metros por encima de nuestras cabezas, parecía un inaccesible agujero negro.

Entonces, cuando rodeaba un enorme fragmento de roca, mis ojos dieron con el cadáver de Manuel.

Serafina estaba detrás de mí. Le hice una seña con la mano para que se detuviese. No se me había ocurrido antes que, siguiendo el fondo del barranco, debíamos encontrar los dos cadáveres. El de Castro estaba más abajo, naturalmente. Habría querido evitar que ella los viese, pero no podíamos volver sobre nuestros pasos. No teníamos ni fuerzas ni tiempo. Manuel yacía de espaldas, con las manos debajo del cuerpo y los pies muy cerca del arroyo.

La parte inferior de la cuerda se amontonaba en el suelo cerca de él, pero un buen trozo de ella colgaba perpendicularmente por encima de su cabeza. El extremo libre que él había agarrado en su caída se había enrollado alrededor del tronco de un arbusto enano que crecía en una grieta en lo alto de la roca, y el tirón debió detener su descenso, impidiéndole darse un golpe en la cabeza. No había ni rastro de sangre por ninguna parte, ni sobre él ni en las piedras. Tenía los ojos cerrados. Diríase que se había tumbado a dormir allí, en nuestro camino; sólo por la posición ligeramente anormal con que se retorcían sus brazos y piernas deduje de un solo vistazo que se había roto todos los miembros.

Al otro lado de la peña, Serafina me llamó, pero yo no pude contestarle, tan grande era la impresión que recibí al ver el lento abrir y cerrarse de los párpados de Manuel.

¡Todavía vivía, entonces! ¡Y me miraba! Fue un espantoso descubrimiento; y el contraste entre su despavorida mirada, ansiosa y febril, y el abandono de su cuerpo desplomado estaba lleno de intolerables sugerencias acerca de los incoherentes caprichos del destino, de la victoria del sufrimiento sobre la muerte misma. Aparté la mirada sólo para percibir que había algo de despiadado, de despreciable y de cruel en la abrupta inmovilidad de aquellas paredes cortadas a pico, en el fúnebre verde oscuro del follaje, en las sombras proyectadas, en la lejanía del cielo.

La inconsciencia de la materia daba a entender un raro y misterioso antagonismo. Todas las cosas inanimadas parecían haber conspirado para arrojar a este hombre en nuestro camino, lo suficientemente vivo todavía para sentir dolor. Los débiles y lamentables gritos que habíamos oído debieron provenir de él. Me estaba mirando. Era imposible decir si veía algo. Interceptaba nuestro camino con sus vestigios de vida; pero cuando de pronto habló, mi corazón dejó de latir por un momento en mi cuerpo paralizado.

—¡Usted también! —murmuró atrozmente—. ¡Miren! Otro fantasma me ha arrojado vivo a este infierno. Nadie más podía haber superado la grandeza de mi espíritu.

Un desgarrón había abierto el cuello de su camisa roja. Su pecho desnudo empezaba a palpar. El dolor le hizo gritar. Presto a huir de él, grité a Serafina que se mantuviese a distancia.

Pero era demasiado tarde. Imaginando que yo había descubierto algún nuevo peligro en nuestro camino, ella se había adelantado para permanecer a mi lado.

—Está agonizando —le dije aturdido—. No podemos hacer nada por él.

Pero ¿podríamos pasar de largo antes de que muriese?

—Es terrible —dijo Serafina.

Mi única esperanza consistía en que los peones, después de haber expulsado a los lugareños, seguramente desmontarían cerca del riachuelo para descansar ellos y sus caballos. Por eso cuando abandonamos la cueva le había metido prisa a Serafina, casi despiadadamente, en el escarpado aunque corto descenso del barranco. Me había negado a compartir con ella la desesperante convicción de que nunca podríamos llegar a la hacienda sin ayuda, aunque hubiésemos conocido el camino. Había fingido confiar en nuestras fuerzas, pero mi única esperanza residía en la ayuda que esperaba obtener de esos hombres. Comprendía tan bien la fragilidad de esa esperanza que no me había atrevido a mencionársela a ella, ni a proponerle que me esperase en la altiplanicie mientras yo bajaba solo a buscarlos. No podía soportar el miedo de regresar sin haber dado con ellos y encontrarla muerta. Eso suponiendo que me quedasen fuerzas suficientes para regresar después de semejante decepción. Era demasiado espantoso imaginarla esperándome en vano, vagando de un lado a otro en mi búsqueda, para acabar quizá cayendo bajo un arbusto y muriendo sola. Que debíamos mantenernos unidos a toda costa era para nosotros como una cuestión; de honor, como un artículo de fe... que se había confirmado con todo lo que ya habíamos pasado. Era como una ley de vida o muerte, como un credo, como una protección que una vez rota nos llenaría de desesperación. Estoy seguro de que ella no habría consentido siquiera una separación provisional. Tenía una especie de presentimiento supersticioso de que la separación, aunque nos fuese impuesta evidentemente para salvar nuestras vidas, nos expondría a calamidades peores que la propia muerte.

Yo la amaba tanto que compartía ese presentimiento, pero además estaba mi egoísmo medio inconsciente. Necesitaba su indómita fragilidad para apuntalar mis fuerzas. Necesitaba ese algo que no es enteramente de este mundo, que la naturaleza más exaltada de las mujeres infunde a sus pasiones, a sus tristezas, a sus alegrías; como si sus almas aventureras tuviesen el poder de vagar más allá de la órbita terrestre para recobrar su amor, su odio... y su indulgencia.

—Está pidiendo morir —dijo Serafina, retrocediendo horrorizada y compasiva ante los murmullos del pobre hombre que yacía a nuestros pies. Cada minuto del día era de la mayor importancia si queríamos preservar nuestra libertad, nuestra felicidad, nuestras vidas mismas; y nos quedamos paralizados. Pues parecía que él había logrado, al fin, culminar su empresa. Nos había capturado con la más cruel de las stratagemas.

Una somnolencia invadía a veces esos grandes ojos abiertos, como un velo que de vez en cuando traspasase el fuego de una mirada. Nos había reconocido

perfectamente; pero para él, al parecer, éramos sobre todo los inquietantes fantasmas de su infierno.

—Vienen ustedes del cielo —deliró débilmente, mirando a Serafina con ojos desorbitados.

Sus lesiones internas debían de ser espantosas. Es posible que no se atreviera a mover la cabeza... el único movimiento que podía hacer.

—He llegado hasta los mismos ángeles con la inspiración de mi canción —murmuró—, y me gustaría que me considerasen un demonio bajado a la tierra. Manuel el Demonio. Y ahí me ven, arrojado vivo al vacío... Ni más ni menos. Hay algo sublime en mí. Dejen caer unas gotas en mis labios.

Sus gemidos venían del fondo mismo de su ser. Le castañeteaban los dientes.

—Los bienaventurados no pueden imaginar el frío y la sed de este lugar. Una simple gota, como la limosna que en la tierra tienen ustedes por costumbre arrojar, a los pobres desde su sofá, por el amor de Dios.

Serafina se dejó caer sobre las piedras, más cerca de él de lo que yo habría hecho de buen grado, valiente como sólo una mujer puede serlo ante las atroces honduras de la miseria humana. Apoyé la espalda en la roca, cruzando los brazos sobre el pecho como si abandonase una pelea desigual. Ella llevaba el pelo suelto y el vestido manchado de ceniza y desgarrado por las zarzas; la oscuridad de la caverna parecía persistir en sus extenuadas mejillas, en sus sienes hundidas.

—Tiene sed —me susurró ella.

—Sí —dije yo.

Se arrancó un trozo de vestido, lo sumergió en la corriente de agua que tenía al lado y lo acercó, completamente empapado, a sus labios, que se cerraron sobre él con avidez. Las paredes rocosas nos miraban implacables, mientras que la impetuosa corriente parecía alejarse a toda prisa como si se tratase de un lugar maldito.

—Agua del cielo —suspiró Manuel.

—Estás en la tierra, Manuel —dijo ella—. Todavía tienes tiempo de arrepentirte. Esto es la tierra.

—Imposible —murmuró él con dificultad.

Aquel hombre, cuya ambición era ser considerado un demonio bajado a la tierra, nos había impuesto su humana camaradería. Lo que nos retenía era la humanidad de su cuerpo descoyuntado, su mirada humana, su voz humana. Me pregunto si, de haber estado yo solo, habría seguido para delante como dictaba la razón, o habría tenido el valor de compadecerme de él y rematarlo como él me pedía. Cada vez que se daba cuenta de nuestra presencia, se dirigía a mí como «Tú, fantasma inglés», y me ordenaba con voz perentoria que cogiese una piedra y le aplastase la cabeza, antes de regresar a mis propios tormentos. Finalmente me retiré donde no pudiera verme; pero Serafina no cejaba en su empeño de mojarle los labios con el trozo de vestido que

sumergía en el arroyo, una y otra vez, compadeciéndose de él con sublime perseverancia.

Eso me hizo callar. ¿Podía quedarme allí y recitar los siniestros detalles de los crímenes de ese hombre, con la esperanza de que ella se apartaría de él para proseguir el camino de nuestra salvación? Ahora no nos enfrentábamos con su maldad sino con su sufrimiento. Nuestra sensación de afinidad derivaba de eso, como un nuevo horror después de haber escapado del mar, de la tempestad; después de haber resistido inauditas fatigas, hambre, sed, desesperación. Lo que nos derrotó fue lo que había en nosotros, no en él. Yo no podía decir nada. En el barranco la luz menguaba poco a poco. El cielo, como un tenue velo azul tendido entre la tierra y los espacios del universo, filtraba la melancolía de las tinieblas de más allá.

Pensé en el sol invisible, a punto de ponerse en el mar, en los peones huyendo a caballo, en el desamparo y la desesperación de nuestra situación.

—Por el amor de Dios —masculló.

—Sí, por el amor de Dios —oí cómo repetía Serafina con voz inexpresiva.

Y luego no hubo más que el codicioso ruido de los labios del moribundo chupando el trapo y el impaciente murmullo del arroyo.

—Ven, muerte —suspiró él.

Sí, ven pronto, pensé yo, a liberarlo y a devolvernos la libertad. Mi súplica se limitaba a que nos fuese concedida la fuerza suficiente para seguir adelante bajo la maligna amenaza de aquellos riscos, para poder cerrar definitivamente los ojos en pleno aire libre.

Y la verdad es que, si hubiésemos seguido adelante, no habríamos encontrado a nadie en la orilla. Los lugareños que fueron enviados allá habían podido embarcarse, protegidos por una descarga de fusilería de sus compañeros a bordo de la goleta. Al final de nuestra penosa marcha, lo único que encontramos para nuestra desesperación fueron tres piratas muertos, tendidos sobre la arena. El grueso de los peones había remontado ya el valle del río con sus escasos heridos. No nos quedaba nada que hacer más que seguir su rastro sin desmayo, hasta caer en el suelo para no levantarnos jamás. Ellos no soltaron las riendas de sus caballos ni una sola vez entre el mar y la hacienda, unos veintiséis kilómetros.

Cuando empezamos a descender al barranco, dos de los peones, separados del grueso del grupo con el propósito de observar la goleta desde la altiplanicie, habían coronado ya el borde de la llanura. Fue entonces cuando penetramos en el infierno de Manuel, demasiado profundo para que pudieran vernos. Esos hombres se quedaron algún tiempo tumbados en la hierba, vigilando por encima de las dunas el rumbo de la goleta en alta mar. Sus caballos pacían cerca de ellos. El viento era suave; esperaban ver el barco a suficiente distancia de la costa para que resultara improbable cualquier intento de regresar.

Fue Manuel quien salvó nuestras vidas, al fracasar en sus intentos hasta el final. Si su vanidad, su estrategia, o la simple necesidad de su alma de artista, no le hubiesen inducido a entrar en la cueva; si su cobardía no le hubiese impedido unirse a los lugareños arriba en el momento del ataque; si el miedo supersticioso no le hubiese hecho retroceder tan bruscamente cuando yo aparecí en la boca de la cueva... no nos habríamos librado de nuestro encierro más que para ver el sol una vez más. Pagó el precio de nuestro rescate hasta el último ochavo con su lenta agonía. Si se hubiese matado allí mismo, se habría llevado consigo al reino infernal donde se imaginaba haber sido «arrojado vivo» nuestra única posibilidad de salvación. Al encontrarlo muerto, tuvimos que seguir adelante. A menos de diez minutos, apenas a diez pasos de aquel lugar, quedamos ocultos por los matorrales más espesos de la parte más baja del barranco. Dudo que hubiésemos sido capaces de abrirnos paso; pero aún así nos habríamos alejado de la única ayuda a nuestro alcance. Habríamos estado perdidos.

Los dos vaqueros, tras haber visto la goleta navegando a palo seco con el sol bajo y abrasador de poniente, montaron en sus caballos y tomaron el camino de vuelta a través de la llanura, dirigiéndose a la cima del barranco. Y cuando recorrían a medio galope la vertiente opuesta a la cueva, uno de ellos divisó el trozo de cuerda que colgaba del precipicio. Inmediatamente se detuvieron.

Lo que primero me advirtió de su proximidad fue el resoplido de un caballo, obligado a dirigirse al borde de la sima. Vi las patas delanteras del animal plantadas tensamente en el mismo borde, y el cuerpo del jinete inclinado sobre el pescuezo de su montura para mirar hacia abajo. Y cuando quise gritar, descubrí que no podía emitir el menor sonido.

De pie sobre los estribos, las riendas en una mano, y con la otra levantando el ala de su sombrero, el hombre nos observaba desde lo alto por encima de las orejas erguidas de su caballo. Señalé por encima de mi cabeza hacia la entrada a la cueva, después hacia abajo a Serafina, levantando las manos para mostrar que iba desarmado. Abrí mucho la boca. La sorpresa, el nerviosismo, la debilidad, me habían privado de cualquier vestigio de voz. Le hice señas para que bajase con desesperada energía. Caballo y jinete permanecieron completamente inmóviles, como una estatua ecuestre erigida al borde de un precipicio. Serafina todavía no había levantado la cabeza.

Tras examinarme a fondo, no era posible que el hombre me tomase por un lugareño. Imagino que si me miró durante tanto tiempo fue porque le sorprendió descubrir allí abajo a una mujer arrodillada, agachada sobre un cuerpo postrado, y a un hombre con la cabeza descubierta, en pantalones negros y camisa blanca hecha jirones, dando vueltas entre los arbustos y gesticulando terriblemente, como un mudo excitado. Lo que le pareció más misterioso de todo fue que colgara una cuerda de un árbol situado en un lugar tan inaccesible que sólo un pájaro podría haberla atado allí.

Me señaló la cuerda con el dedo interrogativamente y yo respondí a su curiosidad indicándole la vertiente pedregosa del barranco. Parecía que su asombro no le permitía hablar. Al cabo de un rato se recostó en la silla, hizo un gesto con la mano para darme ánimos y dio media vuelta a su caballo para alejarse del borde del barranco.

Fue como si nos hubiésemos lanzado mutuamente un hechizo para extinguir nuestras respectivas voces. Tan pronto como él desapareció, yo recobré la mía. Supongo que no sonó muy alta, pero mi chillido sin objeto hizo que Serafina levantara la vista a uno y otro lado sucesivamente; mas, al no ver a nadie por ninguna parte, siguió arrodillada, mirándome con extremado recelo.

—¡No! No estoy loco, querida —dije—. Había un hombre. Nos ha visto.

—¡Oh, Juan! —balbuceó ella—, reza conmigo para que Dios se apiade de este pobre desgraciado y le deje morir.

No dije nada. Mi débil y trémulo grito, dirigido al peón, había despertado a Manuel de su delirante sueño infernal. La voz que salió de su quebrantado cuerpo era terriblemente monótona, cavernosa y profunda.

—¡Está vivo! —dijo lentamente, mirándome a la cara, como si percibiese en mí por vez primera la apariencia de un hombre de carne y hueso—. ¡Ajá! Ustedes los ingleses recorren la tierra indemnes.

Me invadió un sentimiento piadoso... una piedad distinta de las angustiosas sensaciones que me provocaba su desgraciado fin. Había sido malvado en su vida oscura, como esas plantas perniciosas y mortales que crecen en la sombra, sacando veneno del malsano suelo húmedo en que florecen. Él era tan inconsciente de su maldad como ellas... pero, como cualquier otro hombre, tenía derecho a mi compasión.

—Estoy roto —tartamudeó.

Serafina siguió mojándole los labios.

—Arrepiéntete, Manuel —le suplicó ella fervientemente—. Te hemos perdonado el mal que nos has hecho. Arrepiéntete de tus crímenes... pobre hombre.

—¿Qué? Esa voz, Señorita... ¡Usted! ¡Es usted la que trae a mis labios esta bendición! En su infancia yo he gritado muchas veces «Viva» delante de su carroza. Y ahora se digna... con su propia voz... con su mano. ¡Ajá! Podría improvisar... El lucero se inclina ante el gusano aplastado...

Un lejano y creciente estrépito de cantos rodados se mezcló con los gemidos entrecortados de su voz. Mirando por encima del hombro, vi a un peón que comenzaba a descender la pendiente y, más arriba todavía, inmóvil entre las cabezas de sendos caballos, la cabeza de otro hombre... sobre un cielo más amplio teñido de púrpura, que reflejaba el invisible sol poniéndose en alta mar.

Manuel lanzó un grito penetrante y nos estremecimos. Serafina se apretó contra mí, ocultando su cabeza en mi pecho. El peón se tambaleó torpemente al bajar la pendiente, descendiendo de lado a pequeños pasos, estorbado por las enormes rodajas de sus espuelas. Llevaba sobre las espaldas un sarape a rayas y en su mano derecha empuñaba un machete de hoja ancha. Sus pasos vacilantes y cautelosos bajando el barranco hacían un ruido impresionante, como si nos fuera a sepultar una avalancha de piedras.

—Vuestra Señoría —exclamó Manuel—. Me callaré. ¡Apiádese de mí! No... no aparte su mano de mi sufrimiento extremo.

Noté que ella tuvo que armarse de valor para volver a mirarlo. Se soltó resueltamente de mis brazos que la rodeaban.

—No, no; pobre desgraciado —dijo Serafina, con voz torpe—. Piensa en tu fin.

—No soy más que un gusano aplastado, señorita —masculló él.

Habiendo llegado al fondo del barranco, perdimos de vista al peón entre los arbustos y los enormes fragmentos de rocas. Todos los ruidos se acallaron; y el cielo nublado pareció proyectar en los ojos del moribundo la sombra de una noche eterna.

Entonces reapareció el peón, abriéndose paso en medio de un gran crujido de matorrales. A cada paso que daba sus espuelas tintineaban y sus pisadas hacían crujir más de la cuenta los guijarros. Se detuvo, como traspuesto, murmurando para sí mismo su asombro, pero sin hacer preguntas. Era un hombre joven de fino bigote negro con las puntas retorcidas galantemente. Miró hacia arriba a la escarpada pared del precipicio; luego miró hacia abajo al grupo que formábamos a sus pies. De pronto, como si volviera de un abismo de sufrimiento, Manuel proclamó claramente:

—Siento dentro de mí una grandeza, una inspiración...

Esas fueron sus últimas palabras. Sus grandes pestañas oscuras descendieron lentamente sobre el tenue brillo de sus pupilas, como se baja un telón. Los pliegues profundos del barranco acumulaban la oscuridad reinante en grandes balsas de negrura absoluta al pie de los riscos.

Elevándose por encima de nuestra pequeñez, que observaba, fascinada, el combate entre luces y sombras en el alma a punto de naufragar de aquel pobre hombre, las rocas mostraban una monumental indiferencia. Y entre aquellas enormes superficies pétreas, que en la penumbra se volvían pálidas, ante el asombrado peón, que parecía montar guardia, machete en mano, la grandeza y la inspiración de Manuel pasaron a mejor vida, sin más ruido que la exhalación de un suspiro. No supe que había dejado de respirar hasta que Serafina se levantó, lanzó un débil grito y arrojó nerviosamente el trozo de tela que los labios abiertos de Manuel habían rechazado.

Abrí los brazos para recibirla.

—¡Ah! ¡Por fin! —gritó ella.

En aquel grito había algo de resentimiento y de fiereza, como si la piedad de su corazón de mujer hubiese sido sometida a una prueba demasiado cruel.

Yo también había sido humano con ese hombre. Había tenido su vida en el extremo de mi pistola y le había perdonado por un impulso que no había hecho más que privarle de la gracia de una muerte rápida. Esa había sido mi compasión.

Pero fue el grito de Serafina —ese «Por fin», que mostraba toda la tensión y el dolor de aquella dura prueba— lo que me hizo dudar de mi propia conducta, que nos había supuesto como justo castigo tantas angustias mentales y físicas, como la más criminal debilidad. Yo era joven y mi fe en la justicia de la vida había sufrido una conmoción. Si era imposible predecir las consecuencias de nuestros actos, si no podíamos fiarnos de los motivos que los impulsaban, ¿qué nos quedaba para guiarnos?

Y la inescrutable inmovilidad de las sobresalientes formas, impregnadas de las sombras de la sima, parecía cargada de una sabiduría espantosa. Me parecía que nunca tendría el valor de levantar la mano, de abrir los labios, de dar un paso, de obedecer un pensamiento. Un largo rayo del sol de poniente, cargado de nubes, se precipitó sobre el cénit, atravesando oblicuamente la franja púrpura del cielo por encima del barranco en una cinta de color rojo pálido.

El joven vaquero se había quitado el sombrero ante el poderío de la muerte, persignándose mecánicamente. Contempló de arriba abajo la alta pared, como si eso pudiera darle la solución de aquel enigma. Por dos veces sus espuelas entrecocaron suavemente y, agarrando la cuerda con una mano, se inclinó sobre el cadáver en la penumbra.

—Buscábamos a este lugareño —dijo, volviéndose a poner el sombrero de manera despreocupada—. Le chiflaba cantar y una vez le vi matar a uno de los nuestros con suma rapidez. Solían llamarle en broma «El Demonio». Ah. Pero usted... usted...

El asombro se apoderó de él. Sus ojos estupefactos brillaron tenuemente, mirándonos fijamente en la oscuridad cada vez más profunda.

—Hable, hombre —gritó—. ¿Quién es usted y quién es la chica? ¿De dónde vienen? ¿Adonde va con esta mujer?...

CAPÍTULO XI

Ni un alma se movía en la única calle larga de aquella aldea de negros. El creciente amarillo de la luna flotaba a baja altura en la luz nacarada del alba, y las paredes de bambú de las chozas con tejados de hojas de palma relucían aquí y allá a través de las grandes hojas de los plátanos. Toda aquella noche estuvimos avanzando sin parar, atravesando lentamente las despejadas sabanas en las que nada se movía a nuestro lado más que la escolta de nuestras propias sombras, o sumergiéndonos en densos macizos boscosos de una oscuridad tan impenetrable que perdimos de vista incluso las siluetas de nuestros salvadores, aunque oíamos sus voces bajas y notábamos sus manos sosteniendo nuestras sillas de montar. Luego, nuestros caballos pisaron al paso el polvo del camino, mientras que, al atravesar una avenida de naranjos, cuyas hojas parecían tan negras como el carbón, las tapias de la hacienda irradiaron una blancura marchita, como una visión de brumas. Unos áloes brasileños florecían junto al porche; nos dejamos estar en las sillas y los pesados golpes en el portal de madera parecieron repetirse sin motivo y detenerse sin causa, como un ruido escuchado en sueños.

Entramos en la hacienda de Serafina. Las altas tapias encerraban un patio cuadrado y ancho, como el de una prisión, rodeado de edificios de techos planos. De pronto sonaron varias voces. La luz del día aumentaba por momentos; jóvenes negras con vestidos holgados corrían de un lado a otro cacareando como gallinas perseguidas, y una mujer gruesa salió contoneándose de la sombra de una veranda.

Era la vieja nodriza de Serafina. Estaba regañando a alguien locuazmente y de pronto se puso a chillar como si la hubiesen apuñalado. Luego todo quedó en calma durante un buen rato. Sentado en lo alto del lomo de mi paciente montura, estrujando las crines entre los dedos, vi el pálido rostro de Serafina entre una multitud de cabezas encrespadas y ropas de vivos colores. Un murmullo incesante de sollozos y simpáticas apelaciones se elevó hasta donde yo estaba. Llevaba ella el cabello suelto y sus ojos parecían enormes; esa gente se la estaba llevando... y un hombre de rostro preocupado y malhumorado, con barba lacia y gris pulcramente recortada en los bordes, estaba de pie junto a la cabeza de mi caballo, parpadeando de asombro.

La mujer gruesa reapareció, andando penosamente por la veranda.

—¡Enrique! ¡Es su amante! ¡Oh!, tesoro mío, cielo mío, mi preciosa niña. ¿Has oído, Enrique? ¡Su amante! ¡Oh!, criatura dilecta de mi corazón.

Parecía reír y llorar al mismo tiempo. El cielo brilló de repente por encima del patio como si el sol hubiese surgido de un salto de las aguas lejanas del Atlántico. La mujer agitó hacia mí sus cortos brazos por encima de la barandilla, luego hundió sus dedos morenos en la mata de pelo entrecano recogida en lo alto de su cabeza. Se volvió bruscamente, esquivó un pañuelo amarillo, resonó una bofetada, un grito de dolor, y

una muchacha negra salió disparada del patio, acariciándose las mejillas con las palmas de la mano. Unas puertas se cerraron de golpe; otras chicas negras salieron corriendo de la veranda, consternadas, y se pusieron a cubierto en varias direcciones.

Me balanceé de un lado a otro en la silla, pero fiel a nuestro plan de huida, procuré dejar claro mi deseo de que aquellos peones inmediatamente prestasen juramento de que serían discretos. Entre tanto, alguien intentaba soltar mis pies de los estribos.

—Desde luego, será como su Señoría desee.

El hombre del rostro preocupado, que se hallaba junto a la cabeza de mi caballo, estaba completamente a oscuras.

—¡Cuidado! —gritó—. Agárrenlo, hombres. Conduzcan al caballero.

¿Qué caballero? Un rubor sonrosado tiñó una ilimitada extensión de mi rostro; luego se produjo una brusca contracción, quedando a oscuras. Grandes tinajas de barro estaban alineadas en el suelo, y dos vaqueros, con la cabeza descubierta, me señalaron con sus manos un crucifijo negro que había en la pared; estaban prestando juramento mientras yo descansaba de espaldas. Una barba blanca se cernió sobre mi rostro y una voz dijo: «Está hecho, —llamando luego ansiosamente por dos veces—: ¡Señor! ¡Señor!». Y cuando logré evadirme del sueño de una cueva, me encontré con la cabeza reposando en el pecho de una mujer gruesa, y bebiendo caldo de pollo de un cuenco que ella me llevaba a los labios. Sus gruesas mejillas temblaban, y tenía ojos negros y brillantes y unos bigotitos en las comisuras de los labios. Pero ¿dónde estaba su barba blanca? Y ¿por qué hablaba ella de un ángel como si fuese Manuel?

—¡Serafina! —grité yo.

Pero el capote de Castro se abatió sobre mi cabeza como un velo de luto. Era la muerte. Luché. Luego morí. Fue delicioso morir. Seguí la silueta flotante de mi amor más allá de todos los mundos conocidos. Juntos nos elevamos por encima del dolor, las discordias, la crueldad, la compasión. Habíamos dejado la muerte detrás de nosotros y todas las cosas de la vida excepto nuestro amor, que irradiaba su halo alrededor de dos llamas que éramos nosotros mismos. Y la inmortalidad nos rodeó de una enorme y tranquilizadora oscuridad.

Nada se movía. Ya no íbamos a la deriva. Flotábamos en ella en completo silencio... y la envoltura vacía de mi cuerpo vigilaba nuestras dos llamas que, una al lado de la otra, mezclaban su luz en medio de una soledad infinita. Dos velas ardían débilmente sobre una mesita negra cerca de mi cabeza. Con su barba blanca y sus ojos apasionados, Enrique se inclinó sobre mi lecho, mientras una mecedora se balanceaba vacía detrás de mí. Abrí desmesuradamente los ojos.

—Señor, la noche está muy avanzada —dijo tranquilamente—, y Dolores, mi esposa, vela el sueño de doña Serafina al otro lado de esta pared.

Yo había estado durmiendo como un leño durante casi veinte horas y el despertar parecía un nuevo nacimiento, pues me sentía débil y desamparado como un niño.

Es extraordinario lo rápido que recobramos la mayor parte de nuestras fuerzas; pero supongo que uno se recupera más pronto de los efectos de la privación que de la debilidad debida a la enfermedad. Corriendo parejas con el restablecimiento de nuestro vigor físico, nuestras ansiedades mentales volvieron, aumentadas diez veces por todo el peso de nuestra siniestra experiencia. Y sin embargo, ¿qué más podría sucedernos en el futuro? ¿Qué nuevos horrores podría depararnos? Habíamos regresado de los confines mismos de la muerte. Pero Serafina, reclinada en su sillón, muy calmada, con los ojos fijos en la alta tapia blanca que daba a la veranda al otro lado del patio, murmuró la palabra «¡Separación!».

La posibilidad de que fuésemos forzados a separar nuestras vidas era terrible para su afecto e intolerable para su orgullo. Ella había elegido, y el sentimiento al que se había entregado tan abiertamente debía tener una fuerza suprema. Por él había hecho caso omiso de las tradiciones de silencio y reserva. Me había mirado con cariño a través de las mismas lágrimas de su pesar; me había seguido... dejando insepultos a sus muertos y sus oraciones sin decir. ¿Qué más podría haber hecho ella para proclamar su amor a los cuatro vientos? ¿Podía permitir, después de eso, que su fidelidad fuese desbaratada de otro modo más que por la muerte? ¡Jamás! Y si tuviese que descubrir que yo podía, pese a todo, encontrar en mi corazón el valor para soportar una existencia de la que ella no formase parte, entonces, en efecto, eso sería más que suficiente para hacerla morir de vergüenza.

—¡Ah, querida! —dije yo—, nunca te morirás de vergüenza.

Éramos diferentes, pero habíamos hecho una lectura de nuestros recíprocos temperamentos con gran ardor. Yo comprendía que para ella la constancia era una cuestión de honor, y ella jamás dudó de los escrúpulos de mi auténtica devoción, que tantos peligros le habían supuesto. Huíamos, no para salvar nuestras vidas, sino para preservar la inviolabilidad de nuestra sinceridad mutua. Y si nuestros sentimientos parecen exagerados, violentos y excesivos, conviene recordar sus orígenes. No habíamos cultivado nuestro amor como una delicada flor que crece en un clima templado: nunca había conocido una atmósfera de ternura; nuestras almas no se habían dado a conocer la una a la otra mediante dulces susurros, sino más bien con un toque de trompeta, que nos anunciaba una vida en la que el enemigo no era la muerte sino la separación.

El enemigo esperaba a la puerta de nuestro refugio como la muerte espera a la puerta de la vida. Aquellas tapias altas no podían protegernos, ni de los lastimosos balbuceos de las oraciones de la vieja, ni de la fidelidad agobiante de Enrique. La pareja vagaba alrededor nuestro, temblando de emoción. Sus miradas furtivas escudriñaban los rincones de la veranda y sólo raras veces se aventuraban a salir abiertamente. El silencioso gallego se acariciaba la recortada barba; la mujer obesa seguía persignándose, suspirando de resignación, y luego se contonearía, frotándose

los ojos, para acariciar la cabeza de Serafina y murmurarle palabras cariñosas. Se desvivían por nosotros y nos contemplaban absortos, dispuestos a responder a cualquier señal nuestra. De vez en cuando ella le daba un codazo a su marido en las costillas y murmuraba: «Su amante».

Cuando Serafina la dejó sentarse a sus pies, la mujer se alegró y le cogió la mano. Le dio suaves palmaditas, sentándose en cuclillas sobre un taburete bajo.

—¿Por qué te vas tan lejos de tu vieja nodriza, corazón mío? ¡Ah!, el amor es el amor, y sólo disponemos de una vida, pero Inglaterra está muy lejos... demasiado lejos.

Inclinó ligeramente su enorme cabeza gris; y en nuestra nostalgia Inglaterra parecía también muy lejana, una isla afortunada allende los mares, una morada de paz, un santuario de amor.

No teníamos más plan que el que nos impuso Sebright. El secreto de nuestra estancia en la hacienda había fracasado hasta cierto punto, aunque no había ninguna razón para suponer que los dos peones hubiesen roto su juramento. Nuestra llegada al amanecer había pasado inadvertida, por lo que sabíamos, y a los esclavos domésticos, sobre todo a las muchachas, se les había impedido comunicarse de una forma u otra con los trabajadores de los campos. Todas esas leguas cuadradas que formaban la propiedad estaban completamente separadas del mundo, y ese aislamiento no lo había roto ninguno de los agentes de O'Brien enviados a espiar. Parecía ser la única de las grandes posesiones de Serafina que seguía siendo absolutamente suya. No nos llegó a nuestro escondite ni un rumor de ninguna clase de noticias hasta el cuarto día, cuando uno de los vaqueros informó a Enrique que, cabalgando por la frontera de las tierras del interior, se había encontrado con una compañía de infantería acampada en los márgenes de un bosquecillo. Las tropas se dirigían a Río Medio. Él traía una nota del oficial que mandaba el destacamento. La nota no contenía más que una solicitud de veinte cabezas de ganado. Esa misma noche abandonamos la hacienda.

Era una noche estrellada. Detrás nuestro, el suave gimoteo de la vieja de la puerta desapareció.

—¡Tan lejos! ¡Tan lejos!

Dejamos a nuestra izquierda la larga calle de la aldea de esclavos y bajamos la suave pendiente de la avenida que conducía hasta el riachuelo. Serafina llevaba el cabello oculto bajo la copa de un amplio sombrero, e iba envuelta en un sarape, ofreciendo un aspecto tan parecido a un vaquero cubierto por su capote, que se echaba de menos el tintineo de sus espuelas. Enrique me había equipado de pies a cabeza con sus propios vestidos. Él llevaba un farol y nosotros seguíamos el círculo de luz que se balanceaba y temblaba sobre la escasa hierba. Nadie más nos acompañaba; la tripulación de la drogher ya estaba a bordo esperando nuestra llegada.

El mástil de la embarcación aparecía por encima de los techos de algunas cabañas bajas agrupadas alrededor de un corto malecón de madera. Enrique levantó la lámpara para iluminarnos mientras subíamos a bordo.

No se pronunció ni una sola palabra; los cinco negros de la tripulación (Enrique respondía de su fidelidad) iban y venían sin hacer el menor ruido, casi invisibles. Los motones chirriaban débilmente en la arboladura.

—Enrique —dijo Serafina—, no te olvides de poner una cruz de piedra sobre la tumba del pobre Castro.

—No, Señorita. Ojalá conozca usted muchos años de felicidad. Todos nosotros habríamos dado la vida por usted. Recuérdelo siempre, y no se olvide de los vivos. Su infancia ha sido el consuelo de esta pobre mujer tras la pérdida de nuestro pequeño, vuestro hermano de leche, que murió. Le hemos dado a usted todo el afecto que sentíamos por él, del cual nos vimos privados en nuestra vejez.

Se apartó un poco de la batayola.

—Vaya con Dios —dijo.

La ligera brisa hinchó la vela y los perfiles del embarcadero y del techo se perdieron en el sombrío segundo plano de las tierras, aunque el farol que Enrique llevaba en la mano brillaba tenuemente al final del malecón, hasta que un meandro del río lo ocultó de nuestra vista.

Nos deslizamos suavemente entre las riberas. De vez en cuando se oía un susurro de mimbreras y cañaverales en medio de la oscuridad. Todo era extraño; los contornos de las tierras se desvanecían a medida que avanzábamos. La tierra estaba poblada de sombras cambiantes y sólo las estrellas permanecían en grupos inmutables brillando sobre el cielo negro. Atravesamos la dársena rodeada de tierra y pasamos bajo el promontorio hacia el que nos dirigimos durante la tormenta en alta mar. Visto únicamente bajo los intermitentes destellos de los relámpagos, todo aquel lugar era irreconocible para nosotros y parecía sumido en un sueño profundo. Pero recuperamos la fresca caricia de la brisa marina, y la desenvoltura con que la tierra y el cielo se aferraban al horizonte del mar, esos viejos amigos, compañeros de aquel tiempo en que comulgábamos en palabras y silencios a bordo del Lion, ese fragmento de Inglaterra encontrado en medio de la bruma, abordado en plena batalla, que nos ofreció su absurda y afectuosa protección. Por el otro costado, la muralla de dunas blancas introducía el contorno de una costa fantasmal entre el insondable mar y las profundidades del cielo; y cuando a veces faltaba la débil brisa, la tripulación negra perturbaba el silencio con el intenso chapoteo de sus remos en lenta y solemne cadencia. El timón crujía suavemente; el negro que iba al mando era viejo y de complexión delgada: se parecía a César, el mayordomo, aunque le faltase el esplendor del terciopelo marrón y los galones de oro. Era muy buen marino, creo, taciturno e inteligente. Había visto al Lion con frecuencia en sus viajes a La Habana y lo

reconocería, me aseguró, en medio de toda una flota. Cuando le expliqué lo que esperábamos de él, de acuerdo con el plan de Sebright, una extraña mueca de sonrisa alteró las facciones huesudas y tristes de su rostro de africano.

—Abordamos por accidente, señor. ¡Sí! Ahora, por Santiago de Compostela, patrón de nuestra hacienda, verán al viejo Pedro, a quien siempre se le ha visto navegando en la embarcación desde que fue construida, tan desmoralizado por el accidente como un bribonzuelo que hubiese robado un bote.

Después de esta prolija declaración nunca más volvió a hablarnos. Daba sus breves órdenes en voz baja y los demás, cuatro robustos negros en la flor de la vida, las ejecutaban en silencio.

Otra noche una multitud de invariables estrellas nos miraron, hasta que el alba las extinguió justo cuando empezábamos a entrar en el puerto. La luz del día hizo aparecer los áridos colores de la costa, un castillo sobre un montículo arenoso y unas cuantas barquitas con las velas hechas jirones dirigiéndose hacia tierra. Un bergantín que parecía llevar consigo la brisa izó su pabellón de Barras y Estrellas, que flameó bajo el sol naciente antes de doblar el cabo. Un ruido de campanas, procedente del mar, salió a nuestro encuentro mientras nos deslizábamos lentamente por delante de la batería de cañones al borde de la rada.

—Hoy es día festivo en la ciudad —dijo el viejo negro que empuñaba el timón—. Y hay un buque de guerra inglés.

Los rayos del sol daban de lleno en el costado del barco; el mar era como un espejo a lo largo de la costa. El barco se adentró en la sombra misma de la colina, antes de virar con gran lentitud en un amplio giro de sus aparejos, describiendo un semicírculo completo. Vino al viento sobre la otra borda con el velamen escasamente desplegado; las portillas inferiores de su cubierta estaban cerradas; las lonas de sus coyos formaban una especie de cresta de nieve sin fundir a lo largo de la batayola.

Era evidente que se mantenía apartado de la costa y en el exterior del puerto, como un hombre armado va de un lado a otro de la puerta. Con el zumbido de seiscientas almas alertas en sus flancos, el tam-tam de un tambor, y las estridentes modulaciones del contra maestre chillando alguna orden en las cubiertas, el barco se cruzó en nuestro rumbo majestuosamente. Pero el único ser vivo que vimos fue un soldado de infantería de marina vestido de rojo, que estaba de guardia junto a las boyas salvavidas y nos miraba desde el coronamiento. Pasamos tan cerca de él que pude distinguir el blanco de sus ojos, y los tapabocas de los cañones de popa saliendo de las portillas pertenecientes al puesto de mando del almirante.

Lo reconocí. Era el buque insignia de Rowley. Había arrojado la sombra de sus velas sobre el final de mi primer viaje por mar. Era el buque de guerra que salía a patrullar el día en que Carlos, Tomás y yo llegamos a Jamaica en el viejo Thames. Y ahora me lo encontraba de nuevo, dos años después, frente a La Habana —isla afortunada a la que

volvíamos los ojos, parte esencial de mi herencia, formidable por el valor de mis compatriotas, llena de murmullos de mi lengua natal— y tan ajeno a mis propósitos como si hubiese perdido para siempre mi derecho a protegerlo. Mi vagabundeo me había convertido en una especie de proscrito. No se puede alterar el orden público y ser bien recibido a bordo de un barco del Rey. A bordo de aquel barco de setenta y cuatro cañones no había sitio para nuestro romance.

Estuve a punto de saludarlo, por así decirlo. ¿Qué sería de nosotros si el Lion hubiese abandonado ya La Habana?, pensé. Pero no. Saludarle significaría la separación... la única cosa prohibida a aquellos a los que, por su juventud y su amor, les está permitido desafiar juntos al mundo.

No lo saludé; y el soldado pronto no fue más que una mancha roja sobre el noble casco que se alejaba de nosotros mar adentro. El estridente ruido metálico de las campanas parecía luchar con la fuerte ráfaga de la brisa que nos llevaba a puerto.

Todos los barcos del puerto estaban engalanados con banderas en honor de la festividad del día; por la misma razón no quedaba ni rastro de la habitual multitud de pequeñas embarcaciones que dan animación a las aguas de un puerto; el centro de la rada estaba extrañamente vacío. Una solitaria canoa de aprovisionamiento, con un racimo de plátanos amarillos en la proa, y una anciana negra metiendo lánguidamente un canaleta por la popa, era lo único con lo que se tropezó mi mirada. Sin embargo, una galera de aduanas de seis remos abandonó enseguida la fila de barcos dirigiéndose hacia el bergantín estadounidense. Además de los habituales empleados del puerto, advertí en ella a varios soldados y a un personaje asombrosamente parecido al alguacil de las ilustraciones de las novelas de aventuras españolas. Uno de los uniformados, al reconocer la drogher de una de las propiedades, nos agitó la mano y nos gritó algunas órdenes, de las que sólo pude captar estas palabras:

—Carlingas... inspección... mañana.

Nuestro timonel se quitó el sombrero humildemente para devolver el saludo.

—Muy bien, señor.

Por fin pude respirar, ya que no nos prestaron más atención. El bergantín estadounidense era un hervidero de soldados y empleados de aduanas, además del alguacil, como si fuesen a registrarlo de proa a popa lo más rápido posible para no llegar tarde a la procesión.

La ausencia de movimiento en el puerto, el aspecto festivo y ocioso de los barcos, el ondear de innumerables banderas sobre aquel bosque de mástiles, y el gran alboroto de campanas de iglesia, constituyó para nuestros ojos y oídos un recibimiento digno de admiración. Y el aspecto desierto del puerto delante de la ciudad era también muy impresionante. La fiesta había barrido de gente los muelles tan por completo que sólo un par de centinelas minúsculos nos observaban desde lejos, al pie de un edificio amarillo de gran altura.

Serafina estaba en cuclillas sobre un rollo de cuerda bajo la borda; el viejo Pedro, en la caña, atisbaba en derredor, haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos; y yo, procurando mostrarme lo menos posible, le ayudaba a buscar al Lion. Allí está. ¡Sí! ¡No! Allí estaba. Sentí de pronto que me quitaba de encima un peso abrumador. Lo descubrimos a la vez el viejo Pedro y yo.

No quedaba más que llevar a cabo inmediatamente la última parte del plan de Sebright. La escota del trinquete de la drogher pareció partirse, nuestra vela mayor se bamboleó y, antes de que yo pudiese retomar aliento, fuimos a dar de popa con las cadenas del palo de mesana del Lion, organizando un estrépito que produjo en el rostro del viejo negro una expresión de verdadera inquietud. Este había manejado todo el asunto con una habilidad de lo más convincente, sin dirigir una sola mirada al barco. Nosotros habíamos cumplido con nuestro cometido, pero inexplicablemente la gente del Lion parecía haber fracasado en el suyo. De todos los rostros que atestaban la batayola en el momento del choque, ni uno solo daba señales de inteligencia. Todas las portillas de carga estaban cerradas. Su sorpresa y sus juramentos me parecieron alarmantemente sinceros; con una celeridad de lo más tonto, trataron de repeler a la drogher con palos y bicheros. Nadie pareció reconocerme; cubierta de la cabeza a los pies y bajo un sombrero, Serafina tenía toda la apariencia de un verdadero peón sentado en el puente. No me atreví a gritarles en inglés, por miedo a que me oyesen a bordo de los demás barcos que nos rodeaban. Por fin, el mismo Sebright apareció en la toldilla.

Nos echó una ojeada.

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir. ¿Estaba también ciego?

De pronto le vi levantar los brazos por encima de su cabeza y desaparecer. Una portilla se abrió de golpe en el último momento. Levanté a Serafina: dos manos la agarraron y, con la prisa por trepar para seguirla, me desollé las espinillas cruelmente. La portilla se volvió a cerrar; la drogher continuó dando tumbos, en medio de la más absoluta indiferencia. Serafina dejó caer a sus pies el capote y se quitó rápidamente el sombrero.

—Buenos días, amigos —dijo solemnemente.

—Malditos idiotas... ¡Estaos quietos! —siseó Sebright.

La advertencia hizo sofocar todas las aclamaciones en aquellas gargantas bronceadas. Sólo un débil «Hurra» sonó con voz trémula por toda la cubierta. El tímido dispensero no había podido contener su entusiasmo. Se abofeteó la cara desesperado y se marchó precipitadamente a encerrarse en su despensa.

—¡Vuelvan, cielos!... Entren... ¡Buen Dios!... Vaya mar de lágrimas —balbuceó Sebright, metiéndonos a empujones en el camarote de proa—... ¡Entren! ¡Entren inmediatamente!

La señora Williams se levantó de la mesa con los ojos muy abiertos y las manos apretadas, tropezando dos veces cuando corría hacia nosotros.

—¿Qué le ha hecho usted a esta niña, míster Kemp? —me gritó como una loca—. ¡Oh, querida, querida mía! Pareces tu propia sombra.

Ardiendo de impaciencia, Sebright se apartó de mí. La puerta de la cabina se cerró sobre las dos mujeres abrazadas y, una vez que pasamos al camarote de Sebright, al principio no pudimos hacer más que darnos palmadas en la espalda el uno al otro y proferir las más incoherentes exclamaciones, como una pareja de idiotas bromistas. Pero cuando, desahogando mi corazón, traté de guisarme de él por no mantener su palabra de cuidar de nosotros, se retorció tratando de contener su hilaridad, se dio una palmada en los muslos y su rostro enrojeció.

Lo divertido del caso era que desde hacía seis días nos daban por muertos... ahogados; a doña Serafina, al menos, le habían proporcionado esa especie de muerte en su propio nombre; por el contrario, yo también me había ahogado, pero disfrazado de joven noble inglés con aficiones piráticas.

—Nada de lo que pensaron que había ocurrido era demasiado malo para ellos —comentó, riéndose alegremente a carcajadas al verme sano y salvo—. ¡Muertos! ¡Ahogados! ¡Ajajá! Bueno, ¿no es eso?

La señora Williams —dijo él— había estado llorando a lágrima viva por nuestro desgraciado fin; e incluso el patrón había puesto mala cara a su comida durante un día o dos.

—¡Ajajá! ¡Ahogados! ¡Excelente!

Me zarandeó por la espalda, mirándome fijamente a los ojos... y la extraña hilaridad nerviosa con que me recibió, tan diferente de su actitud desdeñosa, me probó que él también se había creído el rumor. En efecto, la hipótesis no podía ser más verosímil, considerando mi inexperiencia en gobernar una barca y la furia del viento del norte, que había enviado al Lion a La Habana en menos de veinte horas, después de que lo abandonáramos en la costa.

De pronto se produjo en él un cambio. Me empujó hacia el sofá.

—¡Hable! ¡Dígame! ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde han estado todo este tiempo? Hombre, parece haber envejecido usted diez años.

—¿Diez años? ¿Eso es todo? —dije.

Y cuando hubo escuchado el relato completo de nuestras aventuras, pareció calmarse bastante.

—¡Estupendo! ¡Qué maravilla! —murmuró, sumido en una profunda meditación, hasta que le recordé que ahora le tocaba hablar a él.

¿Estábamos a salvo a bordo del Lion?

—Son ustedes la comidilla de la ciudad —dijo, recobrando su flexibilidad de carácter a medida que seguía hablando.

La muerte de don Baltasar había sido la primera gran sensación de La Habana, pero al parecer O'Brien se había negado a compartir esa noticia, hasta enterarse por un mensajero que Serafina y yo habíamos escapado de Casa Riego.

Entonces la difundió, dejando que creyeran que ambas noticias las había recibido al mismo tiempo. Según propalaron sus subordinados y declararon bajo juramento varios granujas sobornados, la historia rezaba que un forajido inglés, llegado a Río Medio en una goleta en compañía de algunos mexicanos, había incitado al populacho de aquel lugar a atacar Casa Riego. Don Baltasar había muerto de un disparo mientras defendía su casa a la cabeza de sus negros; y a su hija se la había llevado el pirata inglés.

Esas noticias causaron una sensación y un asombro inauditos. Varias familias de entre las más nobles se pusieron de luto. Un oficio religioso por el descanso del alma de don Baltasar se celebró en la catedral. El capitán Williams asistió a él lleno de curiosidad y regresó admirado de la magnificencia de la ceremonia: la nave adornada con colgaduras negras, un enorme catafalco con ángeles plateados, de tamaño mayor que el natural, arrodillados en las cuatro esquinas con las manos juntas, una sorprendente profusión de luces. La distinguida congregación quedó asombrada por la desbordada demostración de dolor mostrada por el juez del Tribunal de la Marina. Ocupando su lugar entre los más altos magistrados, don Patricio O'Brien estalló en un paroxismo incontrolable de sollozos y tuvo que ser asistido al abandonar la iglesia.

La cosa era bastante increíble, pero yo tenía buenas razones para creérmela. Con los estruendosos acordes del Dies Ira retumbando en su cabeza inclinada hacia abajo, entre todos aquellos símbolos y atavíos de duelo, debió haber visto, en la negra angustia de su desconcertante pasión, la verdadera imagen de la muerte y debió saborear toda la profunda decepción de la vida. ¿Quién podría decir cuánta rabia secreta, envidia, pesar y desesperación había en aquel arrebatado de dolor, cuya sinceridad había desconcertado al distinguido grupo de dolientes, hasta casi hacerles interrumpir sus súplicas oficiales por el descanso de ese anciano, que había estado desconectado del mundo durante tantos años? Creo que ese mismo día, justo cuando se dirigía al oficio, O'Brien había recibido la noticia de nuestra supuesta muerte, ahogados. La música, las voces, las luces del panteón, la pompa del duelo, el temor y las lamentaciones de los suplicantes pidiendo clemencia para el muerto, habían sido demasiado para él. Había presumido demasiadas veces de su fortaleza. Ahora lloraba por su amor perdido, su venganza desbaratada, los sueños desvanecidos, la inaccesible consumación de su deseo.

—Y usted sabe, con todas estas historias, comenzó a sentirse incómodo —empezó de nuevo Sebright, después de reflexionar durante algún tiempo.

En efecto, los últimos acontecimientos en Río Medio ponían en peligro su posición. Ya no podía presentar sus informes sobre el estado de la provincia, con imprevistas reflexiones sobre la mala fe del gobierno inglés (que alienta a los rebeldes en contra

de su Majestad Católica) y la arrogancia del almirante inglés, para concluir con la lealtad y honradez de la población de Río Medio, «ella misma sujeta a numerosas vejaciones por parte de los piratas mexicanos». El más famoso de esos escritos, publicado en su fecha en la gaceta oficial, recomendaba que la leal villa fuese provista para su defensa de una batería de cañones de a treinta y seis. Los habían recibido justo a tiempo para volverse contra la flota de Rowley, ya se sabe con qué funestas consecuencias. El informe de O'Brien sobre ese incidente había dejado en claro que la virtuosa población de la bahía, exasperada por las intrusiones de los mexicanos en su pacífico Estado, y aborreciendo en el fondo de su corazón la rebelión que trataba de levantar su envenenada cabeza, etc., se había servido heroicamente de la batería para defender la ciudad de los que ellos tomaron por los mismos barcos piratas que perseguía el almirante británico. Imploraba para ellos la luz incierta de las primeras horas de la mañana, el ardor de los ciudadanos, valerosos pero naturalmente inexpertos en asuntos bélicos, y la imposibilidad de suponer que el almirante de una potencia amiga enviaría una fuerza armada para desembarcar en estas costas. Yo había leído esos informes con mis propios ojos; había a bordo viejos expedientes de la Gazette, y Sebright, que lo había leído todo sobre O'Brien, me señaló un pasaje con el dedo, murmurando:

—Aquí... mire aquí. Gracioso, ¿no?

Pero aquello había terminado. La pompa de jabón había estallado. Se contaba en la ciudad que la audiencia privada que el juez acababa de tener con el Capitán General había sido de lo más tormentosa. Decían que el Mariscal «no-sé-cómo-le-llaman-ustedes» terminó por arrojarle a la cara su último informe, preguntándole cómo se atrevía a utilizar sus tretas de leguleyo con un viejo soldado. Menudo gallo de pelea estaba hecho el viejo. Aunque estúpido. Todos esos viejos soldados eran estúpidos, afirmaba Sebright. Los almirantes también. Sin embargo, por esas fechas llegaron a Río Medio las tropas de tierra; también, sin duda, la fragata Tornado, que había zarpado hacía cuatro días con la orden de incendiar todas las aldeas hasta los cimientos; y los buenos de los lugareños debieron resfriarse, tratando de ocultarse de los carabineros en los impenetrables y húmedos bosques.

Nuestro almirante estaba esperando la salida de esa expedición. Al regresar a su país bajo sospecha, Rowley quiso llevarse consigo, a modo de diplomática pluma en su gorro, la garantía de que al menos sería destruida la guarida de los piratas.

—Puede que creyese —comentó Sebright— que fue su fanfarronada de viejo marino lo que decidió todo, pero, por lo visto, nadie salvo usted, Kemp, tuvo nada que ver con el asunto. Gracioso, ¿no? El viejo Rowley mantuvo su barco a distancia porque era preferible pasar frío en alta mar que cocerse en aquel puerto, pero todas las mañanas enviaba un bote para informarse. Lo que más ansiaba era ponerle las manos encima al célebre Nichols; traerlo a casa para ahorcarlo. Me parece evidente que le

embaucaron en tierra. ¡Nichols! ¿Dónde está Nichols? Hay quien dice que Nichols había tenido alojamiento y comida gratis en la cárcel de La Habana durante los últimos seis meses. Otros juran que fue Nichols el que mató al viejo caballero y huyó con Serafina, y que se ahogó. ¡Nichols! ¿Quién es Nichols? Mirándolo de esta manera, Nichols es usted. Cualquiera puede ser Nichols. ¿Quién le ha visto alguna vez fuera de Río Medio? Hubo un tiempo en que yo creía en él, pero palabra de honor que empiezo a dudar si tal hombre ha existido alguna vez.

—Pero ese hombre existió, en cualquier caso —dije yo—. Yo le conocí y hablé con él. Iba de segundo en el mismo barco que yo... el viejo Thames. Ramón se hizo cargo de él en Kingston y ésa es la última cosa suya que puedo declarar bajo juramento categóricamente. Pero estoy absolutamente seguro de que estuvo en Río Medio durante dos años y que desapareció de allí casi inmediatamente después del desafortunado asunto de las barcas.

—Entonces, supongo que O'Brien sabe dónde echarle mano. Pero independientemente de dónde esté, en prisión o no, el almirante nunca lo cogerá. Aunque lo tuvieran, no podrían pensar en soltarlo: sabe demasiadas cosas. Y recuerde que si O'Brien está incómodo, de ningún modo está fuera de combate todavía. Un hombre como ése no se deja abatir como un bolo. Puede estar usted bien seguro de que tiene veinte esqueletos guardados en lugares adecuados, que sacará uno por uno antes que dejarse aplastar. No va a darse por vencido. Hace algunos días, un sacerdote, su sacerdote, ya lo sabe usted, regresó aquí a pie desde Río Medio y, retorciéndose las manos, declaró que él sabía toda la verdad y tenía la intención de armar un alboroto. Sin embargo, O'Brien zanjó el asunto enseguida: hizo que el arzobispo le ordenase retirarse, como ellos dicen, a un convento franciscano a unos ciento sesenta kilómetros de allí. Son cosas que se cuchichean en los bajos fondos de aquel lugar.

Imaginé al pobre padre Antonio llorando por nosotros con resignación en su retiro forzoso, con el corazón destrozado, y murmurando: «Inescrutable, inescrutable». Me habría gustado ver al viejo.

—Le aseguro que en la ciudad se murmura bastante sobre las atrocidades de este asunto —prosiguió Sebright—. Es habitual que la gente elegante vaya a ver lo que yo llamaría los vestigios del crimen. Se exhiben en el vestíbulo del Palacio de Justicia. Pues bien, yo también fui a verlos. Hay que traspasar una puerta basculante y entrar en una gran sala no más alegre que una carbonera monstruosa, y allí, expuestos en una mesita negra, pueden verse el chal de lana de la señora Williams, el peine de carey de su Señorita, que de algún modo se había enredado en aquél, y mi viejo gorro que le presté a usted... ¿se acuerda? Le aseguro que me horrorizó ver esas condenadas cosas por ahí diseminadas bajo aquella sombría luz religiosa. Que el demonio me lleve si no salí de allí completamente indispuesto. Y todo el tiempo se detenían ante el pórtico

elegantísimos carruajes, y mujeres vestidas de punta en blanco entraban en parejas y tríos, suspirando por el chal de la señorita y elevando los ojos: «¡Ah! ¡Pobrecita! ¡Pobrecita! Qué extraño que ese echarpe perteneciese a la señora Williams. Es muy basto. Perecer así en la flor de la juventud. ¡Increíble! ¡Oh, qué inglés más cruel y salvaje!».

Pero si eso fue así, los lugareños de Manuel estaban ahora en La Habana. Sebright hizo notar que, tal como estaban las cosas, aquel era el lugar más seguro para ellos, bajo el ala de su patrón. Sebright había reconocido la goleta inmediatamente. Esta llegó muy de mañana y fue remolcada discretamente y apartada entre un montón de pequeñas embarcaciones amarradas en la parte baja del puerto.

El aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntar a uno de los centinelas del muelle cuál era ese bonito barco que estaba allí, sólo para oír la respuesta del hombre. Le aseguró que era un mercante de Puerto Rico sin importancia, bien conocido en el puerto.

—No se preocupe por esos canallas; no pueden hacerle nada más.

Sebright alejó de mi vista a los lugareños. Desgraciadamente para nosotros, el capitán había desembarcado. El barco estaba preparado para zarpar: completamente limpio, con los papeles a bordo, podía zarpar en una hora si querían; pero, en todo caso, a la mañana siguiente, al alba, antes de que O'Brien descubriese la llegada de la drogher de los Riego. El juez solía estar siempre bien informado de cualquier movimiento en el puerto; pero aquel día era festivo y probablemente no se enteraría hasta el día siguiente.

Hasta las fiestas eran útiles a veces. En su ansia por descubrir a Serafina, O'Brien había hecho tales travesuras con los navíos extranjeros (después de que en el Lion se hubiese llevado un chasco) que el cuerpo consular al completo había dirigido una protesta conjunta al Gobernador, y al juez le ordenaron que se moderase un poco. Ningún barco debía ser visitado más de una vez. Sin embargo, yo había podido ver con mis propios ojos a los soldados que iban en una barca a embarcarse en el bergantín estadounidense: una tripulación de comedores de ajo que emponzoñaban los camarotes con su aliento y metían las narices en todo. Desde nuestro supuesto ahogamiento había habido, desde luego, una tregua; pero a la menor cosa O'Brien podía empezar de nuevo. Decían que el dolor casi le había hecho perder el juicio, dado su gran apego por la familia. Se paseaba como aturdido, padecía de insomnio, y desde hacía una semana no estaba capacitado para presidir su tribunal.

—Pero no esperará usted que Williams regrese a bordo inmediatamente, ¿verdad?

Sebright sacudió la cabeza.

—No. Ni siquiera esta noche. Le dijo a su mujer que iba a pasar el día fuera de la ciudad con su consignatario, pero me hizo un guiño. Esta tarde enviará una nota diciendo que el consignatario le retiene por esta noche porque las cartas no están

listas, y yo tendré que ir a ver a su esposa y mentirle lo mejor que pueda afirmando que es la cosa más natural del mundo. ¡Mecachis!

Yo estaba consternado. Aquello era demasiado. Y como las disolutas costumbres de aquel hombre me ponían furioso, Sebright me suplicó que moderase la voz de manera que no me oyeran en el camarote. ¿Acaso esperaba yo que ese hombre cambiase de piel? Toda su vida la había pasado de juerga en juerga, sin sospechar que estuviese haciendo nada particularmente escandaloso.

—Ese gordo romántico se casó con la vieja por simple caballerosidad y nunca se dio cuenta de lo que eso significaba hasta que ella partió con él —prosiguió Sebright hablándome al oído—. La quiere y la honra más de lo que usted pueda creer. Eso es cierto, míster Kemp, pese a su encogimiento de hombros. Romper los viejos vínculos no es tan fácil como usted imagina. Pues bien, la otra tarde dos de sus disolutas costumbres (como usted las llama), con mantillas en la cabeza, vinieron en un bote en compañía de una especie de pillo que aporreaba una mandolina, y dieron una serenata al barco en su honor. Todos estábamos en el camarote después de comer y la pobre señora Williams, con los ojos todavía enrojecidos de haber llorado por ustedes dos, nos dijo: «Qué dulce y melancólico suena eso». Debería haber visto al patrón haciéndome guiños con los ojos. El sudor frío le caía por el rostro. Me apresuré a subir a cubierta y necesité todos mis conocimientos de español para impedir que subieran a bordo. Tuve que jurarles por todos los santos y por mi honor de caballero que había una mujer casada. Finalmente se fueron riendo. No querían causar más problemas. Hasta ese momento sencillamente no habían querido creerse la historia. Aunque fuese un truco suyo. Pude escuchar sus carcajadas por todo el puerto. Esas son las dificultades que tenemos. Debemos proteger a esa pobre mujer de esta clase de sorpresas, aunque yo tenga que abjurar de mi alma. La he estado vigilando desde que llegamos aquí... además de preocuparme por usted, mientras había alguna esperanza.

Me encontraba bastante abatido. Tal vez Williams tuviese razón al hacer algunas concesiones a sus compañeros de vida alegre en el pasado con el fin de evitar posibles agravios a los sentimientos de su consorte. No quería criticar sus motivos... pero ¿qué hacer para que regresara a bordo inmediatamente?

Sebright se mordía los labios. La necesidad le apremiaba, admitió.

Tenía una idea acerca de dónde encontrarle. Pero no podía ir en persona... eso era evidente. Yo tampoco deseaba que él abandonara el barco, aunque fuese sólo por un momento, ahora que Serafina estaba a bordo. Una inesperada visita de algún celoso policía subalterno, una momentánea falta de presencia de ánimo por parte del tímido dispensero, era suficiente para causar nuestra ruina. Por otra parte, como me había dicho, él debía seguir vigilando a la parienta. Pero ¿a quién podía enviar? No había un solo barquero a quien recurrir. El puerto era un desierto de agua y de barcos empavesados; pero las tripulaciones de la mayoría de ellos estaban todavía en tierra...

«en una habitual juerga de oraciones», como él lo expresaba con gran enfado. En cuanto a nuestra tripulación, ninguno sabía nada de español salvo unos pocos términos insultantes tal vez. Tenían el corazón en su sitio, pero en cuanto a su juicio, él no se fiaba de ninguno de ellos... no, ni a un centímetro del barco. ¿Cómo podía enviar a tierra a uno de ellos si por todas partes había bodegas abiertas y ninguno conocía el idioma lo suficiente para preguntar por el camino? Seguro que se emborracharía, se perdería, se metería en líos de alguna manera, y al final sería atrapado por la policía. El más ligero obstáculo de ese género llamaría la atención sobre el barco... y con O'Brien para extraer conclusiones... se frotó la cabeza.

—Supongo que tendré que ir —gruñó—. Pero me conocen; es posible que me sigan. Pueden preguntarse por qué me apresuro a ir en busca de mi patrón. Y sin embargo presiento que ha llegado el momento. El momento preciso. De aquí a las cuatro de la madrugada de mañana tenemos la certeza casi absoluta de escaparnos con ustedes dos. Es nuestra oportunidad y la suya.

Estaba perplejo. Entonces, yo le grité, como inspirado:

—¡Iré yo!

—¡Qué diablos! —dijo él, asombrado—. ¿De verdad piensa ir?

Me abalancé sobre él con mis argumentos. Nadie me conocía. Mi ropa era la adecuada y estaba bastante limpia para un día festivo. Podía pasar inadvertido entre la muchedumbre. Lo esencial era poner a Serafina fuera del alcance de O'Brien. En el peor de los casos, siempre podría encontrar los medios de marcharme de Cuba. Tenía que cuidar de la señora Williams, y por si desgraciadamente no encontraba a Williams y no lograba regresar a tiempo al barco, le ordené solemnemente que no me esperasen, sino que se fueran lo antes posible.

A esas razones añadí otras. Fui elocuente. De pronto me sentí como embriagado por la proximidad de la libertad y la seguridad. La sola idea de estar en alta mar con ella dentro de unas pocas horas, libre de cualquier inquietud de espíritu o de corazón, hacía que la cabeza me diese vueltas. Me parecía que me volvería loco si no me permitían ir. Todo mi ser se estremecía de impaciencia. La emoción me hizo tartamudear.

—Bueno... ¡después de todo! —masculló Sebright.

—Debo ir a advertirla —dije.

—No. No haga eso —replicó el prudente joven—. ¿Está decidido?

—Sí, lo estoy —le contesté—. Pero ella es razonable.

—No obstante —arguyó él—, la pobre chica seguramente dirá que nada por el estilo es necesario. El capitán dijo que regresaba para el té. ¿Qué podríamos responder a eso? No podemos explicar la verdadera situación del caso, y si usted persiste en ir, parecerá un terco disparate por su parte.

Abrió de par en par el escritorio ante mí.

—Escríbale. Ponga por escrito sus argumentos... lo que acaba de decirme. Es un hecho que la puerta no estará abierta más que unas pocas horas. En cuanto al resto — prosiguió él, con un suspiro de enojo—, le mentiré a la señora Williams, disimularé ante ella.

Es así que, con sólo dos endebles mamparos separándonos, le escribí a Serafina mi primera carta, mientras Sebright seguía en cubierta haciendo los preparativos para enviarme a tierra. Estuvo algún tiempo fuera; lo bastante para permitirme verter en el papel mis exultantes pensamientos, mis confiadas esperanzas, mi deseo de tenerla al fin conmigo sana y salva en el mar azul. Se debe aprovechar el momento propicio, no sea que se escabulla y nunca más vuelva a presentarse, escribí yo. Le rogué que creyese que yo hacía todo lo que podía y que, movido únicamente por mi gran amor, no podía soportar la idea de que ella estuviese tan cerca de O'Brien, el gran enemigo de nuestra unión. No hay separación en el mar.

Sebright entró bruscamente.

—Venga.

El bergantín estadounidense acababa de atracar cerca de la popa del Lion y a Sebright se le ocurrió pedir a su piloto que le dejase su bote (que estaba en el agua) para desembarcar a un visitante que había a bordo. El suyo había sido izado, le explicó, y no había ningún barquero a la espera de clientes.

Su petición fue atendida. Me llevaron a tierra dos marineros estadounidenses, que no intercambiaron entre ellos ni una sola palabra y me tomaron evidentemente por un español.

Fue una idea excelente. Al tomar prestado un bote yanqui, disimulaba mi relación con el Lion. Los silenciosos marineros me desembarcaron, como le pedí a Sebright, cerca de la batería que había en la arena, lejos de la ciudad.

Les di las gracias en español y, atravesando una parcela de tierra sin delimitar, di un gran rodeo para entrar en la ciudad desde tierra adentro para mejor ocultar mis huellas. Atravesé una especie de sórdido suburbio de chozas, cobertizos y chabolas de negros. Me crucé con muy poca gente, sobre todo viejas, cuidando a una multitud de niños de todos los colores y tamaños que jugaban en el polvo. Cantidad de perros callejeros tomaban el sol entre montones de desperdicios y no se tomaron la molestia de gruñirme al pasar. Luego llegué a una carretera y me volví para mirar la ciudad bajo un sol cegador, dentro de un círculo de vibraciones metálicas.

Casas en mejor estado, con fachadas enlucidas de amarillo o azul, e incluso de rojo rosáceo, alternaban con construcciones de madera en ruinas. Frente a mí apareció una puerta achaparrada y almenada con un escudo de piedra labrada en lo alto de la penumbra abierta. Un joven e imberbe mulato, vestido con una especie de sucio uniforme y llevando en los pies unas zapatillas nuevas de paja con escarapelas de seda azul, estaba repantigado con las piernas cruzadas a la entrada de una especie de

cuerpo de guardia. Sostenía entre los dientes un enorme cigarro apuntado hacia arriba y me comía con los ojos como una mujer, por el rabillo de sus ojos lánguidos. No me dirigió la palabra.

Afortunadamente mi rostro estaba bastante bronceado. Desde luego, la ropa de Enrique no atraería sobre mí la atención. El tono claro de mis cabellos quedaba oculto por el pañuelo que llevaba anudado bajo el sombrero; mis pasos resonaron pesadamente bajo la bóveda mientras penetraba en el centro de la ciudad.

Y enseguida me pareció que había retrocedido unos trescientos años. Nunca había visto nada tan antiguo; era la herencia abandonada de una raza aventurera que parecía haber echado a perder todo su poder, todo su vigor, y todo su entusiasmo, en un supremo y único esfuerzo de valor y codicia. Yo había leído la historia de la conquista española; y al mirar esos grandes muros de piedra sentí que mi corazón se conmovía con el mismo asombro y la misma melancolía. Con qué furor de heroísmo y de fe se había lanzado este pueblo sobre el opulento misterio del Nuevo Mundo. Jamás nación alguna había albergado tan cerca de su corazón semejante sueño de grandeza, de gloria y de aventura. Hubo un momento en su destino en que pudieron llegar a creer que el mismo Cielo sonreía sus matanzas.

Avancé lentamente, atemorizado por la soledad. Habían sido conquistadores pero dejaron de serlo, y estas piedras labradas quedaban para atestiguar melancólicamente el final de sus triunfos. Construcciones macizas, muros enormes, portales de arcos ojivales, jaulas con barrotes de hierro en forma de balcones en cada ventana cuadrada. Y ni un alma a la vista, ni una cabeza asomando por esas viviendas, esas guaridas de hombres, esos antiguos domicilios de odio, de despreciables rivalidades, de ambiciones... esos viejos nidos de amor, esos testigos de una gran aventura actualmente acabada y desaparecida en el horizonte. Parecían devolverme lastimeramente mis miradas de asombro; parecían mirarme y decir: «¿Qué hace usted aquí? Hemos visto a otros hombres, hemos escuchado otros pasos». La paz del claustro se cernía sobre esos viejos bloques de mampostería, manchados de regueros verdes de musgo, infiltrados de sombras.

A veces el campanario de una iglesia descargaba un formidable estrépito de bronces en las calles estrechas, y mientras tanto yo podía escuchar los tenues ecos de cánticos lejanos, los distantes lamentos metálicos de trombones. Una mujer vestida de negro dobló una esquina a toda velocidad, apresurándose hacia donde debía pasar la procesión. Tomé la misma dirección. De una bodega, profunda como una sórdida cueva en el sótano de un antiguo edificio palaciego, salió de pronto un musculoso rufián en harapos, limpiándose la espesa barba con el dorso de su manaza peluda. Se tambaleó un poco y empezó a caminar de prisa delante de mí. Advertí el brillo de un pendiente de oro en el lóbulo de su enorme oreja.

Su capote estaba raído en los bajos formando flecos, y cuando lo agitaba, mostraba debajo una buena cantidad de piel desnuda. Tenía las pantorrillas cubiertas de vendas transversales; su sombrero puntiagudo parecía haber sido pisoteado en la inmundicia antes de ponérselo en la cabeza. De pronto me paré en seco. ¡Era un lugareño!

Nos encontrábamos entonces en la parte desierta de una calle estrecha, cuyo extremo más bajo estaba atestado de gente viendo desfilar lentamente la procesión a lo largo de la amplia vía pública. Ya no podía volverme atrás. Además, el rufián no me prestaba atención. Era mejor seguir adelante. Apiñados entre las casas, de espaldas a nosotros, la gente nos bloqueaba el camino. Tenía que esperar.

El rufián tomó posición cerca de mí en la última fila de la multitud. Debía de estar dispuesto a arrepentirse de sus copas, porque empezó a mascullar y a golpearse el pecho. Otras personas de la muchedumbre se golpearon también el pecho. Frente a mí tenía la fachada de un edificio que, según el pequeño plano de mi ruta que había trazado Sebright, era el Palacio de Justicia. Tenía un peristilo de feas columnas en lo alto de una escalinata. Un cordón de infantería mantenía despejada la calle. Los cánticos se sucedían sin interrupción; y vi pasar grandes santos de madera, pintados de rojo y azul con dorados, llevados a hombros, balanceándose y cabeceando por encima de las cabezas de la muchedumbre como mástiles de barcos en una ruta marítima. Llevaban crucifijos que brillaban al sol; una enorme madona que debía pesar media tonelada pasó tambaleante ante mis ojos, toda vestida de brocado de oro y con una corona de rosas de papel en la cabeza. Una banda militar enviaba un huracanado estallido de cobres a medida que se acercaba. Luego de pronto todo quedó en silencio, salvo los tintineos argentinos de las campanillas. La gente que tenía delante de mí cayó de rodillas, quedando yo solo de pie.

En realidad quedé atrapado por la magnificencia de esa ceremonia completamente nueva para mí, pues no había contado con una marcha parecida. Arrodillado a menos de un pie de mí, el rufián no dejaba de darse golpes y de berrear en un arrebatado de piedad. En cuanto a mí, reconozco que permanecí allí de pie mirando pasar con impaciencia un palio que parecía todo de oro, bajo el cual caminaban lentamente tres sacerdotes con espléndidas capas pluviales, y me olvidé por completo de quitarme el sombrero. En medio de sus ejercicios penitenciales, el rufián barbudo levantó la vista y, antes de que pudiese darme cuenta de que estaba ofendiendo sus sentimientos y los de los demás, pegó un salto gritando «Tú, infiel sacrílego», y de un manotazo me arrancó el sombrero de la cabeza.

En ese preciso momento la banda estalló de nuevo, las campanas repicaron y nadie oyó su grito. De un puñetazo le hice tambalearse hacia atrás. La procesión había pasado; la gente se estaba levantando y abandonaba en tropel la estrecha calle. Soltando un juramento, el rufián hurgó en su capote; aunque yo le vigilaba de cerca,

enseguida echó a correr y se perdió entre la muchedumbre en movimiento. Recogí mi sombrero del suelo.

Durante un rato permanecí muy inquieto y luego me refugié debajo de un portal. Nada sucedió y ya estaba ansioso por irme. Ahora era posible cruzar la calle ancha. Aquel lugareño no me conocía. Sin embargo, era un lugareño. De eso no había dudas. Me disponía a marcharme, pero antes le eché una rápida ojeada al plano de mi ruta que guardaba en el hueco de la mano.

—Señor —dijo una voz.

Levanté la cabeza.

Un hombre mayor vestido de negro, con bigote y perilla blancos, apareció ante mí. El rufián acechaba a su lado y cuatro soldados acompañados de un oficial venían detrás de él. De un vistazo me di cuenta de todo el desastre.

—El señor es sin duda un extranjero... tal vez un inglés —dijo el funcionario vestido de negro. Llevaba gorguera de encaje, una cadena al cuello, pantalones de terciopelo y medias negras en su bien torneada pierna. Hablaba en voz baja.

Yo estaba tan desconcertado que le saludé con la cabeza.

—El señor es joven y desconsiderado. Los sentimientos religiosos se deben respetar —el funcionario vestido de negro se dirigía a mí en un tono triste y mesurado—. Este buen católico —continuó, mirando al rufián barbudo de una manera sospechosa— me ha hecho una declaración formal de su impía demostración.

Qué catástrofe, pensé, horrorizado; aunque traté de explicárselo todo. Manifesté arrepentimiento. El otro me miró con benevolencia.

—Sin embargo, señor, le suplico que me siga. Es por su propia seguridad. Es preciso que me dé algún informe sobre usted.

Eso era precisamente lo que estaba firmemente resuelto a no hacer. Pero el lugareño hizo una pantomima como si examinase a fondo mi persona. Se levantó, retrocedió, luego se hizo a un lado.

—Este hombre respetable —comenzó el funcionario de negro— se queja también de su violencia...

—Este hombre respetable —grité yo estúpidamente— es un pirata. Es un lugareño de Río Medio. Es un criminal.

El funcionario pareció asombrarse e inmediatamente comprendí la imbecilidad de mi error... ¡demasiado tarde!

—¡Qué raro! —murmuró el funcionario, y al mismo tiempo el malvado rufián empezó a gritar:

—¡Es él! ¡El traidor! ¡El hereje! ¡Lo he reconocido!

—Calma, calma —dijo el hombre de negro.

—Exijo ser llevado ante el juez don Patricio para hacer una declaración —gritó el lugareño. Una multitud empezaba a congregarse alrededor.

El funcionario y el oficial intercambiaron miradas de consulta. A una palabra de este último, los soldados me rodearon.

Me sentí completamente vencido como si la tierra se hundiese bajo mis pies y el cielo se hubiese partido en dos. Atravesé la calle entre los soldados en medio de grupos de personas que me abucheaban y subí los escalones del pórtico como en una espantosa pesadilla.

Me hicieron esperar en la fría penumbra del vestíbulo. Tenía un soldado a cada lado y allí, justo delante de mis ojos, estaban depositados sobre una mesita el chal de la señora Williams y la gorra de Sebright. Era el vestíbulo del Palacio de Justicia del cual me había hablado Sebright. Aquello me parecía más que nunca una absurda pesadilla. Pero me dio tiempo para serenarme. No podía reclamar la protección del cónsul, sencillamente porque tendría que darle un informe veraz sobre mi persona y eso supondría entregar a Serafina. El cónsul no podía protegerla. Pero el Lion zarpaba al día siguiente. A falta de Williams, Sebright lo entendería. Confiaba en la sagacidad de Sebright. Sí, el barco zarpaba mañana por la tarde. Faltaba un día y medio. Si lograba ocultar a O'Brien la presencia de Serafina sólo hasta entonces... ella estaría a salvo y yo también me salvaría, pues mis labios estarían sellados. Podía reclamar la protección de mi cónsul y proclamar la villanía del juez.

—Entre ahí ahora, señor, para enfrentarse con su acusador —dijo el funcionario de negro, surgiendo detrás de mí y señalándome una puerta pequeña a la izquierda. Mi corazón latía a ritmo constante. Sentía una especie de resignación intrépida.

QUINTA PARTE

EL DESTINO DEL HOMBRE

CAPÍTULO I

—¿Por qué he sido traído aquí, sus Señorías? —pregunté con bastante firmeza.

Había dos personajes vestidos de negro, uno al lado de una gran mesa negra, el otro detrás. Me colocaron frente a ellos, entre dos soldados, en el centro de una sala grande y lúgubre con paredes desnudas y sucias y las armas de España encima del asiento del juez.

—Está usted ante el juez de primera instancia —dijo el hombre de negro que estaba junto a la mesa. Llevaba un tricornio grande y sombrío—. Estese callado y respete el procedimiento.

Era sin duda un excelente consejo. Le susurró al juez de primera instancia algunas palabras al oído.

Me pareció bastante evidente que el juez era un funcionario subalterno, que simplemente decidía si había algún cargo en contra del acusado; tenía, incluso ante su pasante, un aire de timidez, de duda.

—Pero insisto en saber... —dije yo.

—A su debido tiempo —dijo el pasante. Y después, en el mismo tono imparcial de rutina oficial, le habló al lugareño, quien, desde el umbral de la puerta, miró con ojos asustados a los jueces y al pasante y luego a los soldados y a mí—. Adelántese.

Con voz apresurada y descuidada, el juez hizo preguntas al lugareño, que el pasante garabateaba en una hoja de papel con una gran pluma de ave.

—¿De dónde viene usted?

—De la ciudad de Rio Medio, Excelencia.

—¿Cuál es su profesión?

—Excelencia... tengo unas pocas cabras...

—¿Por qué se encuentra aquí?

—Mi hija, Excelencia, está casada con Pepe el de la posada de la calle...

—Sí, sí —dijo el juez en un tono de impaciencia nada optimista.

Las manos sucias del lugareño arrugaban nerviosamente el ala de su flácido sombrero.

—¿Presenta usted una demanda contra el señor aquí presente?

El pasante apuntó hacia mí el extremo de su pluma.

—¿Yo? ¡Dios me libre, Excelencia! —dijo el lugareño con voz quejumbrosa—. El alguacil del Tribunal de lo Penal me ordenó que estuviese atento...

—¿Presenta entonces una denuncia? —dijo el juez.

—Puede que sea una denuncia, Excelencia —respondió el lugareño—, pues concierne al señor aquí presente.

El alguacil del Tribunal de lo Penal le había dicho, lo mismo que a muchos otros hombres de Río Medio, que me vigilase, «teniendo en cuenta indudablemente lo que había sucedido en Río Medio, como todo el mundo sabía».

Me miró en pleno rostro con estúpida insolencia y dijo:

—Al principio dudé bastante, pues todo el mundo decía que ese hombre había muerto... aunque otros dijeron cosas peores. Tal vez, ¿quién sabe?

Me había visto, dijo, muchas veces en Río Medio, fuera de la Casa; también en el balcón de la Casa. Y estaba seguro de que yo era un hereje y una persona malvada.

De pronto me pareció que aquel hombre, cuyo rostro indudablemente me era bastante familiar, debía ser el lugarteniente de Manuel-del-Popolo, su alegre compañero. Sin duda él me había visto en el balcón de la Casa.

Las maneras conciliadoras del juez le ofrecían bastante garantía, por lo que de pronto dijo como tanteando:

—Una persona malvada; un hereje. ¿Quién sabe? Tal vez fuese él quien incitó a algunas personas de allí a asesinar a su Señoría, el ilustre don Baltasar.

—Me parece que ese cargo contra mí —dije yo casi con desdén— es de lo más absurdo. Todos saben quién soy.

El anciano juez hizo un gesto cortés y cansado con la mano.

—Señor —dijo—, no hay ningún cargo contra usted... salvo que nadie sabe quién es. Se encuentra usted en un lugar donde han sucedido cosas muy lamentables e inexplicables: está usted en La Habana y no tiene pasaporte. Le ruego que mantenga la calma. Estas cosas están a la orden del día.

Yo no tenía ninguna duda de que, por lo que él sabía, estaba diciendo la verdad. Era, evidentemente, un hombre de una enojosa y cándida simplicidad. Tal vez fuese realmente cierto... únicamente tendría que explicarme, y entonces posiblemente acabaría todo.

O'Brien entró en la sala con la informalidad típica de un funcionario que entra en el despacho de un colega.

Tuve la impresión de que no le gustó nada verme allí... que había venido porque quería asegurarse de mi existencia, de mi identidad, de que estaba solo. La lenta mirada que me dirigió no mitigó la soltura con que entró. Pasó detrás de la mesa y el juez se levantó con enorme deferencia; con su eterna sonrisa y sin decir palabra, hizo señas al juez para que prosiguiese con el interrogatorio; luego permaneció de pie, mirando las notas del pasante, meditabundo, con la sonrisa todavía en los labios, sacudidos por un temblor nervioso, y unas profundas ojeras. Parecía todavía sonreír después de la tremenda impresión que acababa de recibir.

El juez siguió interrogando al lugareño.

—¿Sabe usted de dónde venía el señor?

—Excelencia, Excelencia —farfulló el hombre, con los ojos fijos en el rostro de O'Brien.

—¿O cuánto tiempo ha estado en la ciudad de Río Medio? —continuó el juez.

De pronto O'Brien se inclinó hacia su oreja.

—Todas esas cosas son ya sabidas, señor, colega —dijo, y se puso a cuchichear.

El anciano juez dio muestras bastante cándidas de asombro y alegría.

—¿Es posible? —exclamó—. ¿Este hombre? Es muy joven para haber cometido tales crímenes.

El pasante abandonó la sala apresuradamente y regresó cargado de papeles. Inclinado sobre la espalda del juez, O'Brien subrayó cada palabra con un dedo. ¿Qué nuevas infamias estaba tramando? ¿Estaría pensando en la insinuación del lugareño de que yo había incitado a los hombres para que asesinasen a don Baltasar? ¿O se trataba simplemente de que yo había infringido alguna ley al llevarme a Serafina?

—¡Qué suerte, don Patricio! Ahora podremos satisfacer al almirante inglés. ¡Qué buena fortuna!

De pronto se irguió en la silla; delante de él, O'Brien me escudriñaba el rostro... para ver cómo iba a soportar yo lo que vendría luego.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el juez perentoriamente.

—Juan... John Kemp —dije—. Soy de una noble familia inglesa; y bastante conocido. Pregúntele al señor O'Brien.

En el rostro alterado de O'Brien la sonrisa se endureció.

—Tengo entendido que en Río Medio al señor le llamaban... le llamaban...

Se detuvo y recurrió al lugareño.

—¿Cómo le llamaban...? ¿... el capataz, el cabecilla de los piratas?

El lugareño balbuceó:

—Nikola... Nikola el Escocés, señor don Patricio.

—¿Ha oído eso? —preguntó O'Brien al juez—. Este aldeano lo ha identificado.

—Indudablemente... indudablemente —dijo el juez—. No necesitamos más pruebas... Usted, señor, ha visto a este villano en Río Medio y este aldeano lo ha identificado por su nombre.

—Eso es absurdo —dije yo—. Centenares de testigos pueden decir que yo soy John Kemp...

—Puede que sea cierto —dijo el juez secamente.

—Escriba ahí —indicó al pasante—: John Kemp, de noble familia inglesa, conocido en la escena de sus crímenes como Nikola el Escocés, llamado también El Demonio.

Me encogí de hombros. De momento no me daba cuenta de en qué acabaría todo aquello.

—Lea el acta de acusación —dijo el juez al pasante—. Lea aquí...

Señalaba un párrafo de uno de los papeles que había traído el pasante. Era el acta de acusación preparada mucho antes contra el llamado Nichols.

Esta nueva infamia se hizo de pronto grotesca y ominosamente evidente. El pasante leyó un espantoso catálogo de sórdidos crímenes, entremezclados unos con otros como un; pasta amasada... las declaraciones de varios testigos que habían firmado el informe. Nikola había saqueado catorce barcos y por lo visto había asesinado con su propia mano a veintidós personas —dos de ellas mujeres—; además, estaba el asunto de la flotilla de Rowley. «La pinaza británica —leyó el pasante— se aproximó a unos nueve metros. El susodicho Nikola exclamó entonces: “Malditos sean esos perros sanguinarios” y disparó la metralla contra la barca. Siete hombres murieron por esa descarga. Eso lo vi yo con mis propios ojos... Firmado: Isidoro Alemanno». Y otro juraba: «El susodicho Nikola estaba abajo, pero subió corriendo y de un tajo de su cuchillo cortó el cuello del hombre que estaba arrodillado en cubierta...».

No había ninguna duda de que Nikola había cometido esos crímenes; de que los testigos habían declarado bajo juramento y habían firmado la declaración... El anciano juez no le había visto nunca, evidentemente, y ahora O'Brien y el lugareño habían jurado que yo era Nikola el Escocés, alias El Demonio.

Mi primer impulso fue gritar de rabia; pero me contuve porque sabía que sería reducido al silencio.

—Yo no soy Nikola el Escocés —dije yo—. Eso puedo probarlo fácilmente.

El juez de primera instancia se encogió de hombros y levantó los ojos para mirar a O'Brien a la cara confiadamente.

—Ese hombre —señalé al lugareño— es un pirata. Y lo que es más, está a sueldo del señor juez O'Brien. Era el lugarteniente de un hombre llamado Manuel-del-Popolo, que estaba al mando de los lugareños después de que Nikola abandonase Río Medio.

—Sabe usted mucho acerca de los piratas —dijo el juez, con el aire sarcástico de un perfecto estúpido—. Sin duda tiene usted muy buenas relaciones con ellos. Voy a firmar su auto de prisión para la cárcel del Tribunal de la Marina.

—Pero le aseguro —dije yo— que no soy Nikola...

—Pasa usted —dijo el juez impasiblemente— de mis manos a las del Tribunal de la Marina. Estoy convencido de que un individuo como usted bien se merece un juicio. Ahí termina mi responsabilidad.

—Pero le aseguro —grité entonces— que este O'Brien es mi enemigo personal.

El anciano sonrió mordazmente.

—El señor no tiene nada que temer de nuestros tribunales de justicia. Será entregado a sus compatriotas. Sin duda, de ellos obtendrá justicia.

Hizo señas al lugareño para que se fuese y se levantó, recogiendo sus papeles; luego se inclinó sobre O'Brien.

—Dejo el criminal a disposición de su Señoría —dijo, y salió con su pasante.

O'Brien despidió a los dos soldados y se quedó solo. Nunca habría visto tan cercana su muerte, ya que por pura curiosidad, por mero deseo de saber lo que él podría decir, le habría machacado los sesos con el taburete del pasante. Iba a hacerlo; di un paso hacia el taburete. Entonces vi que estaba llorando.

—Maldición... que la maldición de Cromwell caiga sobre usted —dijo de pronto entre sollozos—. De nuevo reaviva usted mi suplicio —todo su cuerpo se retorció—. ¡Dolor! —dijo—. Lo conozco perfectamente. Pero ¿qué es esto? ¿Qué es esto?

Vi como en un destello que todos sus motivos para sufrir desfilaban frente a mí cual sombría procesión.

—Un hombre puede soportar la muerte, el fin —murmuró—. Pero esto... No saber... tal vez esté viva... tal vez escondida... puede estar muerta... Dígame cómo logró escapar —me ordenó, cambiando bruscamente de tono, como un fogonazo.

Yo tenía una vaga sospecha acerca de la verdad.

—No se merece usted que un hombre decente le dirija la palabra —le dije.

—Usted la dejó ahogarse.

Eso me dio inmediatamente la medida de su ignorancia; no sabía nada... absolutamente nada. Su suplicio era la incertidumbre. Bien, que permaneciese en ella.

—¿Dónde está ella? —dijo él—. ¿Dónde está?

—En donde estuviere, no tiene nada que temer de usted —respondí yo.

De pronto hizo un gesto convulsivo, como si buscara un arma.

—Si usted me dice que está viva... —comenzó a decir.

—Oh, yo no estoy muerto —contesté yo.

—Jamás ningún cachorro ahogado lo estuvo más —dijo él, animándose de pronto—. Lo colgarán aquí... por asesinato, o en Inglaterra por piratería.

—Entonces no tengo motivos para querer seguir viviendo —me burlé de él.

—Usted dejó que ella se ahogase —me dijo—. Se la llevó de su casa, a pesar de ser sólo una joven, en una barquita. Y todavía osa sostener la cabeza en alto.

—Traté de librarla de usted —respondí yo.

—¡Por Dios! —dijo—. Estos ingleses... los he visto ensartar a un niño en el pecho de la madre. Los he visto prender fuego al techo de paja de la viuda sin hijos. Pero esto... Pero esto... Puedo salvarle, se lo aseguro.

—Usted no puede hacerme pasar por tormentos peores de los que ya he soportado —le contesté.

Podía desearme los mayores sufrimientos, pero eso era todo: mi vida era demasiado preciosa para él hasta que hablase. Y no iba a hablar.

—Registraré todos los barcos que hay en el puerto —me dijo apasionadamente.

—Hágalo —le dije yo—. Utilice los lugareños para ese cometido.

En suma, yo no estaba demasiado asustado. A menos que consiguiese pruebas evidentes, él no podía tocar de nuevo el Lion, enfrentándose a las protestas del cónsul y en presencia del almirante. Sus ojos se fijaron en mí con atención.

—Usted llegó en el bergantín estadounidense —dijo—. Se sabe que desembarcó en su chalupa.

No le contesté; era bastante evidente que no le habían comunicado la llegada de la drogher, o que la habían registrado inútilmente.

—En la chalupa del bergantín —repitió él—. Le aseguro que sé que ella no ha muerto; incluso usted, aunque sea inglés, tendría una expresión diferente si ella hubiese muerto.

—Al menos yo no le he pedido que me deje vivo —dije yo— para divertirme con ella.

—Ella está viva —dijo él—. ¡Viva! En cuanto a dónde está, eso importa poco. Registraré cada pulgada de la isla, cada camino, cada hacienda. Usted no se da cuenta de mi poder.

—Entonces registre el fondo del mar —grité yo.

—Examinemos las cosas en su verdadero aspecto.

Había logrado dominar su aflicción, su incertidumbre. Otra vez era el de siempre, y había recuperado su sonrisa, como si ahora forzase sus rasgos hasta recobrar sus trazos originales.

—Envíe al cielo a uno de sus frailes... usted nunca irá allá para encontrarse con ella.

—Si me dice que está viva, le salvaré.

Hice un gesto mudo, obstinado.

—Si ella está viva, y usted no me lo dice, acabaré por encontrarla. Y le haré conocer las angustias de la incertidumbre... un gran trecho desde aquí.

Me quedé callado.

—Si ella ha muerto y usted me lo dice, le evitaré algunos problemas. Si está muerta y usted no me lo dice, se arrepentirá y los demás también.

—Es usted —le dije— un irlandés demasiado misterioso para que le comprenda. Pero tiene que escoger por mí entre cuatro males... elija usted mismo.

Continuó con buen humor, tembloroso y tenso.

—Demuéstreme que está muerta y le dejaré morir de repente, con clemencia.

—No me creería —le dije; pero él no me prestó atención.

—Simplemente se lo digo —me sonrió—. Si encontramos... si encontramos su cadáver... y forzosamente lo conseguiré, pues tengo hombres vigilando toda la costa... le entregaré a su almirante para ser juzgado como pirata. Padecerá usted un juicio largo y lento, conozco muy bien la justicia inglesa. Y tendrá una deshonrosa muerte como el felón que es.

Yo pensaba que, en cualquier caso, si podía ganar un día o dos, el Lion se habría ido; ellos no podían tocarlo mientras el buque insignia permaneciese cerca del puerto. Por supuesto, yo no quería ser entregado al almirante; podía explicar el error en mi identificación. Pero estaba además la acusación de traición en Jamaica.

—Sólo pido —le dije— ser entregado; pero no se atreva a hacerlo usted, por su propia reputación. Le puedo desenmascarar.

—¡Que quede bien claro! —dijo él—. Si el almirante le agarra, le ahorcará. Regresa a su país deshonorado. Su torpe gobierno procederá a ahorcarle.

—Ellos saben muy bien —respondí yo— que en La Habana pasan cosas extrañas. Le prometo a usted que las aclararé. Sé demasiado...

—Dígame únicamente —dijo él en un súbito e intenso tono apasionado— dónde está enterrada y le dejaré marcharse en libertad. Usted no puede, no se atreve, con lo cobarde que es, a irse del lugar donde ella murió... sin... sin estar seguro.

—Entonces, registre todas las tumbas recientes de esta isla —le dije—. No le diré a usted nada... ¡Nada en absoluto!

Él volvió a la carga una y otra vez, pero yo no volví a hablarle después de aquello. Dejó bien sentado cuáles eran las salidas que me quedaban... su propia postura involuntaria y todos los pesares que me aguardaban. En cuanto a él, no se atrevía a matarme ni a entregarme al almirante. Ante la duda que le atormentaba, dado que para él era yo la única persona en el mundo que conocía la suerte de Serafina, no se atrevía a soltarme. Y mientras me tuviese en su poder, debería retener aquí al almirante, a la espera de mi entrega o de la de cualquier otro pobre diablo a quien pudiera hacer pasar por Nikola el Escocés. Mientras el almirante estuviese aquí, el Lion no debía temer ser molestado; además, zarparía muy pronto.

Al mismo tiempo, aparte la pura alegría pasajera de atormentar a un hombre en quien yo no podía evitar ver a un verdadero demonio, tenía motivos más que suficientes para tener miedo. Había sufrido demasiado; necesitaba descanso, el amor de una mujer, una demora. Y he aquí una nueva madeja interminable... interminable. Si todo esto no acababa con una puñalada en la espalda, él podría retenerme en La Habana durante años; o podría enviarme a Inglaterra, donde me llevaría meses, un tiempo infinito, demostrar simplemente que yo no era Nikola el Escocés. Lo demostraría; pero mientras tanto, ¿qué sería de Serafina? ¿Me seguiría a Inglaterra? ¿Sabría ella siquiera que yo me había ido allí? ¿O pensaría que yo había muerto y también ella moriría? O'Brien no sabía nada; sus espías sólo podían proporcionarle centenares de incertidumbres. Ahora estaba rígidamente inmóvil, como si temiese moverse por miedo a derrumbarse. De pronto dijo:

—Usted vino en algún barco; no puede engañarme, los registraré todos de nuevo.

—Registre, maldita sea —dije yo desesperadamente—, todos los barcos que quiera.

—Es usted un canalla inglés, insensible y despiadado —gritó de pronto. La pérdida del dominio de sí mismo le había llevado a la locura—. Usted la ha asesinado. No le importa nada; viene usted de no se sabe dónde. Es usted un pobre tonto, demasiado estúpido para ser un aventurero. Un miserable memo que ha actuado como un ciego dejando tras de sí una ruina peor que el infierno. ¿Qué ha hecho usted de provecho? ¿Qué podía hacer? ¿Qué se imaginaba? ¿Qué esperaba?... ¿Dolor? ¿Ruina? ¿Muerte? Estoy familiarizado con todo eso. Lo llevamos en la sangre, forma parte de nuestro carácter, está en nuestras entrañas, en la leche de nuestras madres. Su maldito pueblo siempre ha ocasionado eso a nuestro querido y afligido país... Devastación, ruina, expolio. ¿Para qué?... Dígame para qué. Dígamelo. ¿Qué ganaron ustedes con eso? ¡La maldición eterna!... Ay, ustedes no tienen alma.

Gritó muy alto, como para mitigar su cólera, originando su voz un eco insospechado, inquietante.

—¡Guardias! ¡Soldados! ¡Será usted fusilado inmediatamente!

Iba a cortar el nudo de esa forma. Dos soldados empujaron la puerta silenciosamente con sus mosquetes por delante. O'Brien no les hizo caso y ellos guardaron una actitud de estupidez militar, sin perderle de vista.

—¡No, no! —murmuró—. ¡Todavía no!

Entonces me miró inquisitivamente, como si todavía esperase encontrar alguna certeza en mi rostro, un signo revelador, alguna indicación sobre aquello que podría persuadirme a hablar. Después apretó los puños violentamente, como si dudase de sí mismo.

—Llévenselo —dijo—. ¡Lejos! Fuera de mi alcance. Fuera de mi alcance.

Yo temblaba todavía bastante y, cuando entraron los soldados, pensé que había llegado mi última hora. Pero, en cualquier caso, él no había conseguido sonsacarme nada. Nada en absoluto. Y no me imaginaba yo a dónde podría dirigirse en busca de esa información.

CAPÍTULO II

La entrada a la prisión ordinaria de La Habana era una especie de túnel elevado que terminaba en unas grandes puertas de madera con los herrajes oxidados. Un guardia civil mostraba la orden de reclusión en contra mía dictada por el juez a un hombre de cabellos blancos, rostro colorado y ojos azules, que parecía mirar a través de sus espesas cejas plateadas... el alcaide de la prisión. Este se inclinó, haciendo sonar dos enormes y grotescas llaves. En la madera amarilla de las grandes puertas tachonadas de clavos había una poterna practicable que estaba entornada. Diríase que estaba allí para permitir echar una ojeada al otro lado. El venerable llavero, un gnomo con sombrero terminado en punta, extendió una mano de color rojo sangre en dirección a la poterna.

—Señor caballero —gruñó—, le ruego que considere esta casa como la suya propia. Mis sirvientes son suyos.

En el interior había un patio con gravilla, rodeado de siniestros edificios de color albayalde con ventanas negras. Por debajo de la línea de ventanas de cada edificio corría una vasta galería abovedada, enrejada con barrotes de hierro, exactamente como una jaula de fieras. Como era de día, las fieras habían salido de la jaula y vagaban por el patio. Daban la impresión de estar completamente tranquilas, como si fuesen damas y caballeros paseándose en domingo por una avenida. Una veintena de ellos tal vez, con camisas blancas como la nieve y calzones de terciopelo negro, se pavoneaban como una bandada de palomas, algunos llevando una mujer del brazo, otros con dos. Varios bultos andrajosos estaban apilados contra la pared, como si fuesen basuras. De hecho eran la hez de la cárcel de La Habana. Los hombres de blanco y negro eran los grandes ladrones... y había también niños... aquel lugar era el orfanato de la ciudad. Durante una décima de segundo mi llegada les dio lo mismo. Luego, al otro extremo, uno de los hombres de blanco y negro se apartó del grupo y vino rápidamente hacia mí atravesando el soleado patio. Los demás le siguieron lentamente, andando como pavos reales, con sus mujeres colgadas del brazo y murmurando. Los bultos andrajosos se lanzaron hacia mí; otros salieron furtivamente de las jaulas. El hombre que se aproximaba tenía la cabeza de un Julio César de cincuenta años; exactamente como si hubiese robado un busto y le hubiese dotado de piel amarilla, barba incipiente y cabello plateado. Me saludó con enorme solemnidad y una mirada imperial en sus ojos amarillos a lo largo de su nariz ganchuda. Su ropa era de una tela impecable, bordada y repujada; de la banda carmesí que ceñía su cintura sobresalía el pomo de piel de zapa y plata de una larga daga.

—Señor —dijo—, tengo el honor de saludarle. Soy Crisóstomo García. Hágame el favor de entregarme sus pantalones.

No le contesté. No sabía por qué quería mis pantalones, que de ninguna manera eran tan valiosos como los suyos. Los demás me rodearon como un sólido muro. Me recliné contra la puerta; no estaba asustado pero sí extremadamente excitado. El hombre que se parecía a César me miró con fiereza y meneó sus caderas, reculando un poco y haciendo señas imperiosas a la muchedumbre para que retrocediera.

—Señor inglesito —dijo—, el presente que tengo el honor de solicitarle es el precio por mi protección. Sin ella, estos hermanos míos le arrancarían miembro tras miembro hasta que no quedase nada de usted.

Sus hermanos lanzaron un sigiloso y siniestro gruñido que dio la vuelta entre sus cabezas como el murmullo de un eco grosero enviado de cima en cima. Me preguntaba si no sería, por casualidad, el hombre que, según O'Brien, me pondría un cuchillo en la espalda. Yo no tenía cuchillo; aunque de un puñetazo podía hacerle tragarse los dientes.

Con su inmenso sombrero, el rostro de color rojo sangre y largos y descuidados cabellos plateados, el alcaide salió por la puerta pequeña. Tenía las facciones descompuestas por la indignación. Había estado cuchicheando con el guardia civil.

—¿Están ustedes locos, caballeros? —dijo—. ¿Desean visitar el infierno antes de tiempo? ¿Saben quién es este señor? ¿Nunca oyeron hablar de Carlos el Demonio? ¡Este es el inglesito de Río Medio!

Era evidente que mis hazañas, contadas por los espías de O'Brien, por los lugareños y por toda clase de crédulos chismosos, me habían proporcionado una reputación de mil demonios en el patio de la cárcel. Algunos hombres se separaron de la muchedumbre y fueron corriendo a anunciar mi llegada. La imponente figura del alcaide pasó al interior del patio y se volvió para cerrar la puertecita con una llave enorme. Se produjeron todo tipo de movimientos en la muchedumbre. Las mujeres se santiguaron y cada una me mostró sigilosamente un par de dedos doblados, flacos, morenos, con uñas negras. El hombre que se parecía a César dijo:

—Le pido perdón, señor caballero. No lo sabía. ¿Cómo le diría? En este país usted es libre en todos los patios.

El espigado alcaide acabó de hacer chirriar la enorme llave en la cerradura y me tocó en el brazo.

—Si el señor quiere seguirme —dijo—, le haré los honores de esta humilde mansión y le indicaré una serie de salas donde se libraré de las visitas de esta gente.

Subimos unas escaleras y atravesamos largos corredores oscuros donde de vez en cuando aparecía una silueta oscura, como un venado entrevisto vagamente entre los claros de un bosque. El alcaide abrió una puerta de par en par.

La habitación era como una resplandeciente caja oblonga, llena de luz, pero sin ventanas ni chimenea. Dos hombres practicaban esgrima iluminados por unas veinte velas puestas sobre pellas de arcilla alrededor de las paredes blancas manchadas de

humedad. De una mesa cincelada, negra, situada en el rincón más alejado, venía un resplandor plateado, como si se tratase del altar de una iglesia suntuosa. Los dos hombres en mangas de camisa y calzones cortos giraron el uno en torno del otro, haciendo chocar sus floretes, el brazo izquierdo cubierto por una banda, sosteniendo una daga con un botón en la punta. El alcaide proclamó:

—Don Vicente Salazar, tengo el honor de presentarle a un señor inglés.

El hombre que yo tenía enfrente arrojó su florete a un rincón con impaciencia. Era un cubano regordete, de tez oscura y una agresividad inquietante. El otro se dio la vuelta rápidamente. A la luz de las velas, sus mejillas brillaban como si fueran de cuero amarillo pulido; tenía los ojos rasgados y el rostro lúgubre. Me examinó con atención y luego me dijo con voz cansina:

—¿Qué? ¿Usted?... ¡Que me ahorquen si no pensé que sería usted!

Parecía estar contemplando una monstruosidad y abrió el cuello de su sucia camisa estampada, jadeando. Recorrió el corredor cabizbajo y se puso a cuchichear vehementemente con el alcaide. El diminuto cubano me lanzó una mirada furiosa; le dije que tenía el honor de saludarle.

Dijo entre dientes algo despectivo. Bueno, si no quería hablar conmigo, yo tampoco quería hablar con él. Acababa de descubrir que aquel hombre alto y cetrino era sin duda alguna el segundo oficial del Thames, Nichols, el verdadero Nikola el Escocés. El cubano gruñó de pronto.

—Sin duda es usted, señor, uno de los espías de ese amigo de los curas, el tal O'Brien. Dígame que tenga cuidado... que yo, don Vicente Salazar de Valdepeñas y Forli y... le ruego que tenga cuidado.

Recordé el nombre: había sido pretendiente de Serafina... el hombre que O'Brien había quitado de en medio. A continuación frunció el ceño grotescamente, un gesto cargado de siniestros presagios.

—Mañana abandono este lugar. Su compatriota tiene mucho miedo, señor. ¡Que lo tenga! Pero no le salvarán ni mil espías.

El espigado alcaide regresó precipitadamente y se inclinó para hablar con nosotros. Se disculpó abyectamente ante el cubano por haberle interrumpido yo. Pero ésa era la mejor sala a disposición de los prisioneros del juez O'Brien. Y yo era un eminente caballero. Dios era testigo de que yo no había hecho en Río Medio nada de lo que me acusaban: incendio, asesinato, rapto... Se suponía que el señor juez estaba muy indignado conmigo. El melancólico cubano se abalanzó repentinamente contra mí como si quisiera cogerme en brazos.

—¡El inglesito de Río Medio! —dijo—. ¡Ajajá! He oído hablar mucho de usted, señor. De su valentía. ¡No son más que historias! ¡Ese asqueroso comedor de carroña de curas quiere su vida! ¡Ah, que tenga cuidado! Yo, don Vicente Salazar, voy a salvarle a usted.

Me ofreció la habitación... un sitio extraordinariamente vacío, aparte de sus pertenencias: candelabros de plata, un infiernillo plateado tan grande como una palangana. Podían haber sido cincelados por Cellini... en aquellos tiempos solían encontrarse cosas como éstas en Cuba, y Salazar era la persona adecuada para poseerlas. Más tarde, cuando la primera insurrección, sus arneses para ocho mulas fueron vendidos en París en cuatro mil libras... por el oro y las perlas que los adornaban. La atmósfera, explicó él, era fétida, pero iba a venir su criado para quemar madera de sándalo y remover el aire con abanicos.

—¡Mañana! —dijo, poniendo los ojos en blanco. De pronto se detuvo—. Señor —dijo—, ¿es cierto que mi venerado amigo, que era para mí más que un padre, ha sido asesinado... a instigación de ese demonio? ¿Es verdad que ha desaparecido la Señorita? Se cuentan esas historias.

Le dije que todo era muy cierto.

—Serán vengados —declaró él—, ¡mañana! Buscaré a la Señorita. ¡La encontraré! Mi venerable amigo me la destinaba a mí.

Cogió de la mesa una casaca de terciopelo negro y se la puso.

—Más tarde, señor, me lo contará todo. No tenga miedo. Le salvaré. Salvaré a todos los hombres a los que ha oprimido ese verdadero azote del país. De momento permítame tener la oportunidad de meditar.

Se cruzó de brazos y dejó caer su cabeza redonda.

—¡Ah, sí! —meditó.

De pronto hizo señas con la mano en dirección a la puerta.

—Señor —dijo rápidamente—, necesito aire puro, me ahogo. Venga conmigo al corredor...

Se dirigió hacia la ventana que daba al patio; se quedó de pie a la sombra, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, presa del desaliento. De pronto se oscureció todo, como si hubiesen puesto un velo encima de la lámpara. El sol se había puesto al otro lado del muro. Se oyó un redoble de tambor. Abajo en la oscuridad la multitud se repartió en tres filas que avanzaron lentamente hacia las galerías enjauladas. A nuestros pies, las camisas blancas desaparecieron, la harapienta multitud se dirigió hacia la izquierda, los niños pequeños se colaron por la puerta cuadrada de la jaula. Volvió a oírse un redoble de tambor y la multitud se apresuró. Luego hubo un ruido metálico de rejas que se cierran y detrás de los barrotes empezaron a verse luces procedentes de nichos profundos. En poco tiempo se pudo ver bajo la bóveda una repulsiva mezcolanza de cabezas y miembros que desaparecían en el interior, y desde el fondo una pequeña luz blanqueaba la grava del patio.

—Señor —dijo de pronto el cubano—, quiero pronunciar su panegírico. Era un hombre de una gran bondad, de una nobleza inevitable, de una cortesía invariable. ¿Dónde encontraríamos a alguien parecido en estos tiempos degenerados?

Se detuvo para susurrar una exclamación de profunda exasperación.

—Cuando pienso en esos irlandeses —dijo—... En ese tal O'Brien...

Un sirviente arreglaba la habitación iluminada que acabábamos de abandonar. Salazar se interrumpió para dar algunas órdenes a propósito de un banquete y luego regresó junto a mí.

—Como le decía, estoy aquí por introducir mi cuchillo en la espina dorsal de una especie de embustero de Madrid, un individuo que se mostró insolente con mi amiga Clara. Créame: es por eso por lo que O'Brien, influido por los curas a los que lamía las plantas de los pies con su lengua, me ha tenido encerrado durante tantos meses. ¡Porque me tenía miedo! ¡Ajá! Estuve a punto de descubrirle ante el noble Don que ahora está muerto. Estuve a punto de casarme con la Señorita que ha desaparecido. Pero mañana... desvelaré sus intrigas al Capitán General. ¡Usted, señor, será mi testigo! Le extiendo a usted mi protección —cruzó los brazos y habló con mucha lentitud—... Señor, ese irlandés me incomoda y cuando alguien me incomoda, yo, don Vicente Salazar de Valdepeñas y Forli... —meneó la cabeza expresivamente—. Señor, le ofrecimos a ese irlandés la protección de nuestra toga porque su gobierno convertía en mártires a los que eran buenos cristianos: así nos corresponde actuar a pesar de sus gobernantes, que son herejes y no merecen que se les tolere en la tierra del Dios de los cristianos. Pero, señor, si incomodaban a su gobierno tanto como a nosotros, no me extraña que quisieran desembarazarse de ellos. Señor, la vida de ese hombre no vale ocho mulas, que es el precio que he pagado por mi puesta en libertad. Ahora podría circular libremente, pero no está bien que me escabulla al amparo de la oscuridad. Saldré a plena luz del día con mis carruajes. Y podré mostrar una ofrenda a mis amigos que, como yo, han sido incomodados por ese...

El hombre era un monomaniaco, pero se me ocurrió que, si yo hubiese sido O'Brien, me habría sentido incómodo.

En la oscuridad del corredor apareció una silueta. El cubano que estaba mi lado se adelantó para recibirlo.

—Vamos —dijo enérgicamente—; al banquete...

Señaló con la mano la puerta iluminada y se echó a un lado. Entramos.

El otro hombre era sin duda alguna el piloto acadiense del Thames, el hombre que me había disuadido de seguir a Carlos el día que entramos en el puerto de Kingston. Mientras masticaba un mondadientes moviendo su mandíbula como un rumiante, me pareció verlo sentado en su litera, desnudo hasta la cintura, y no de pie, llevando pantalones rojos y una camisa azul... ambas prendas de tallas enormes. En un momento recompuse toda su historia. Él era el verdadero Nikola el Escocés; se llamaba Nichols y procedía de Nueva Escocia. Había sido el jefe de los lugareños de O'Brien. Ahora me observaba con sus ojos brillantes, su mandíbula amarilla

perfectamente rasurada como otras veces y moviendo los brazos como el semáforo de una vía férrea.

—Así que llegó usted aquí, después de todo —me dijo burlonamente.

Pero el cubano nos apremiaba a ir al banquete; había gazpacho servido en vajilla de plata y un sirviente con librea sostenía algo en una servilleta. Empecé a preocuparme. Nos observamos en silencio el uno al otro. Me preguntaba qué sabría él, lo que sería prudente contarle, en qué medida podría ayudarme. Indudablemente, uno u otro podría serme útil. El cubano era un imbécil, pero podía ejercer alguna influencia... y si realmente salía de prisión mañana y se iba a ver al Capitán General, desde luego podía vengarse de O'Brien ayudándome... Pero en cuanto a Nichols...

Salazar empezó a contar una larga y exagerada historia acerca de su cocinero, que había importado de París.

—Fíjese —dijo—, he llevado en mi barco a ese idiota durante dos mil millas... y ni siquiera ha sido capaz de empezar con un cangrejo de río. ¡Es un idiota!

El tipo de Nueva Escocia le echó una indiferente mirada de soslayo y dijo en un inglés que Salazar no entendió:

—Así que llegó usted aquí, después de todo. Y ahora él le ha atrapado.

No le contesté.

—Lo sé todo sobre usted —añadió.

—No puedo decir lo mismo de usted —dije yo.

Se levantó y súbitamente abrió la puerta de golpe, miró a ambos lados del corredor y luego volvió a sentarse.

—No me asusta hablar —dijo desafiante—. Nada me asusta. Estoy a salvo.

—Este señor es amigo mío —me dijo el cubano en español—. Cualquiera que odie a ese demonio es amigo mío.

—Estoy a salvo —repitió Nichols—. Sé demasiadas cosas sobre nuestro amigo el raparee —bajó la voz—. Dicen que lo van a entregar acusado de piratería, ¿no? —me miró de reojo con extraordinaria ansiedad—. Ahora es el momento. ¿Por cuánto tiempo? ¿No se da cuenta? ¡Remamos en la misma galera! ¡Puedo echarle una mano!

Salazar tiró al suelo accidentalmente una copa plateada que estaba sobre la mesa y el ruido que provocó casi hizo saltar de su silla a Nichols. Este miró en torno bastante alarmado, luego agarró una jarra de aguardiente y bebió.

—No me asusta ninguna maldita cosa —dijo—. Tengo cogido a ese hombre. No se atreve a entregarme. ¡No lo entiendo muy bien! Va a entregarle a usted, diciendo que es el responsable de todo.

—No sé lo que él va a hacer —respondí yo.

—¿Querría contarnos, señor —dijo de pronto Salazar—, si le es posible sin demasiada congoja, la heroica muerte de aquel venerable hombre?

Miré a Nichols involuntariamente.

—Mi congoja sería muy grande —le dije en español—. Yo era pariente de don Baltasar. El señor O'Brien tenía mucho miedo a mi supuesta influencia en la Casa. Al tratar de sacarme de allí, don Baltasar fue asesinado por los lugareños de O'Brien, por haberme defendido.

—¡Ajajá! —dijo Salazar—. Somos almas gemelas. Odiados y amados por los mismos seres. Ese demonio, señor. Y luego...

—Escapé por mar... en una simple barca de remo, aprovechando la confusión. Cuando llegué a La Habana, el juez me hizo arrestar.

Salazar levantó ambos brazos; sus gestos, que habrían sido apropiados en un hombre grande y circunspecto, en él parecían cómicos. Reducían al absurdo los modales españoles.

—Ese hombre va a morir —dijo—. Ese hombre va a morir. Mañana iré a ver al Capitán General. Le contaré su historia, señor. Se enterará de las maquinaciones con que la gente honrada es conducida a este lugar. Somos una pandilla de hermanos...

—Es lo que yo digo —Nichols me miró de reojo—. Remamos en la misma galera.

Supongo que no se dio cuenta de que su declaración no me hacía cambiar de parecer.

—Seamos francos —dijo, todavía en inglés—. Formemos un consejo de guerra. Este O'Brien me odia porque no quise disparar a mis compatriotas —me miró furtivamente—. No quise —afirmó—. Él quería que disparase a nuestros propios barcos; pero yo no quise. ¡No se crea las historias que se cuentan de mí! Se cuentan todavía peores de usted. ¿Quién dice que yo quería disparar contra mis compatriotas? ¿Dónde está el hombre que dice eso? —había estado bebiendo más coñac y me lanzaba miradas feroces—. Nada de tretas, compañero —dijo—. Nada de difundir y propagar historias. O'Brien es amigo mío; él nunca me entregará. No se atreve. Sé demasiadas cosas. ¡El pirata es usted! No hay duda de que fue usted quien disparó contra los barcos. ¡Voto a Dios!, si me entregan declararé en contra de usted. Lo desenmascararé.

Mientras tanto, el pequeño cubano no cesaba de hablar con taciturno entusiasmo. Pasó el vino rápidamente.

—¡A mis propios compatriotas! —gritó Nichols—. ¡Jamás!

Maté a un alférez yanqui... se llamaba Allen... con mis propias manos. Pero no es lo mismo. No soy hombre con quien se pueda jugar. No, señor. No lo intente... Pues bien, tengo papeles que enviarían a la horca a O'Brien. Los mandé a mi país, a Halifax. Es un truco digno de él. ¡Voto a Dios, que lo intente! Solamente que lo intente. No se atreve a entregarme...

El criado con librea entró a apagar las velas. Nichols se levantó de un salto de su silla, asustado, y tiró de su cuchillo con frenética prisa. Luego prosiguió, mirándome desde la pared con el cuchillo en la mano.

—No espere de mí trucos. He cortado más pescuezos que chicas ha besado usted en toda su corta vida.

Salazar sacó a su vez un enorme cuchillo afilado con empuñadura de piel de zapa. Lo besó con embeleso.

—¡Ajá...! ¡Ajá! —dijo—. Lleva auestas este beso —sus ojos relucieron por esa locura—. Lo juro: en cuanto vea a ese perro, a ese amigo de los curas —arrojó el cuchillo sobre la mesa—... Mire —dijo—, ¿ha visto acero más auténtico o más sediento de sangre?

—No vaya a equivocarse —continuó Nichols, dirigiéndose a mí—. No se haga ideas falsas. O'Brien es amigo mío. Estoy aquí muy cómodo y a salvo de ese pobre tonto del almirante. Por eso sigue esperando fuera del Morro. Cuando él se vaya, yo saldré libre. No trate de asustarme. No soy un hombre a quien se pueda asustar fácilmente.

—Ah —estalló Salazar—, ahora corre el vino y es rojo. Somos una pandilla de hermanos y cada uno quiere al otro. Bebamos, hermanos.

El aire viciado por el confinamiento, el resplandor de la luz, la atmósfera de la cárcel, me agobiaban y de pronto me sentí molesto por haber comido y bebido con aquellos dos hombres. Pero al pensar en Serafina, que tal vez dormía, o lloraba, no pude evitar que me invadiese un sentimiento puro y lejano, una especie de dicha.

—Hemos tenido —dijo el pequeño cubano— una conversación muy agradable. Es evidente que ese O'Brien debe morir.

Me puse de pie.

—Caballeros —dije en español—, estoy muy fatigado; me iré a dormir en el corredor.

El cubano se dirigió hacia mí con unas ganas enormes de brindarme su hospitalidad. Dormiría en su propio lecho, su lecho de tisú de oro. Era inadmisibles, injurioso, que yo pensara dormir en el corredor. Me empujó suavemente hacia el lecho, haciendo con sus manos regordetas el gesto de alisarlo para recibirme. Me acosté y volví el rostro hacia la pared.

No era posible dormir, aunque el pequeño cubano, con una solicitud conmovedora, recorrió toda la habitación apagando las velas. Podía serme útil, realmente él podría explicar las cosas al Capitán General, o incluso, como último recurso, podría llevar una carta mía al cónsul británico. Pero tendría que quedarme a solas con él. Nichols era un canalla abominable, sanguinario con los indefensos, mentiroso, y cobarde ante cualquier sombra de amenaza. Sin duda O'Brien no quería entregarlo. Tal vez tuviese papeles. Y sin duda, una vez que hubiese encontrado algún indicio del paradero de Serafina, O'Brien me entregaría bajo el nombre de Nichols. Lo único que yo podía hacer era ganar tiempo. Y sin embargo, aunque lo ganase, a fin de cuentas acabaría por ser entregado al almirante.

¿Y el paradero de Serafina? Lamentablemente, tenía que reconocer que yo tampoco lo conocía. El Lion podía haberse hecho a la mar. Era posible. Quizá estuviese ya en alta mar. En ese caso, mi única oportunidad de volver a verlo consistía en ser entregado al almirante y someterme a juicio en Inglaterra, ya fuese por piratería o por traición. Sólo podría encontrar a Serafina en Inglaterra, después de muchos años de prisión. No era posible. No podía admitir esa posibilidad. ¡Cómo amaba... loca e irracionalmente... a esa mujer de otra raza, de otro mundo, tan ligada a mí por sufrimientos en común, por alegrías compartidas! ¡Irrracionalmente! Si consideramos hoy el asunto, la razón parece bastante clara. Hasta entonces yo no había vivido. No había hecho más que esperar... esperarla a ella con todo lo que representaba. Lo llevaba en la sangre, en la estirpe, formaba parte de mi tradición, de mi adiestramiento. Todos nosotros habíamos contribuido durante generaciones con eficacia, con empeño, con moderación. Y era justamente este contraste español, esta visión sesgada, esta ligera inclinación del espejo convexo, donde el mismo mundo toma aspectos tan diferentes según la posición del que mira, lo que para nosotros representaba la aventura.

Pude notar un poco de todo eso incluso entonces, cuando no tenía más que una ínfima posibilidad de regresar a Inglaterra y de recuperar mi antigua posición al borde del espejo. La tortuosidad, la obstinada pasión, incluso los sempiternos abusos de este país, empezaban a tomar un sesgo como de algo de pintoresca impotencia. Ahora que yo estaba de regreso, era evidente su encanto. Las incomodidades de la vida, los malestares físicos, los olores de las calles, el calor, pasaban a segundo plano. Sentía que no quería marcharme irrevocablemente de una tierra sancionada por la presencia de Serafina, por su joven vida. Me volví hacia el otro lado con inquietud. En la pesada mesa negra, a la luz de un sola vela, el cubano y el acadiense discutían, juntando sus cabezas.

—Le digo que no —decía Nichols en una fluida, detestable y literal traducción al español—. Coja el cuchillo así... con el pulgar hacia arriba. Húndalo en la molla entre el cuello y el omoplato. La punta llegará directamente a los pulmones. Lo he hecho unas diez veces. Nunca en la espalda. Existe la posibilidad de que la víctima se mueva y el cuchillo dé en un hueso. Allí no hay huesos Así es como matan a los cerdos en Nueva Jersey.

El cubano arqueó las cejas como si estuviese meditando delante de un tablero de ajedrez.

—Ma...

Su cuchillo estaba encima de la mesa. Lo desenvainó, luego se levantó y se acercó por detrás al acadiense, que estaba sentado.

—¿Dónde decía usted? —preguntó, apretando su meñique en la base de las vértebras cervicales de Nichols—. Y bien...

Midió por dos veces la longitud del cuchillo sobre la espalda de Nichols con minucioso cuidado, respirando por las ventanas de la nariz. Luego dijo en un tono convincente, cavilador:

—Es cierto. Pasaría hasta los pulmones.

—Y además están las arterias y el resto de cosas —dijo Nichols.

—Sí, sí —respondió el cubano, envainando el cuchillo y metiéndolo en el cinturón.

—Un cuchillo de esta longitud es perfecto.

Nichols agitó su oscura mano hacia el fular de Salazar, que se alejó un poco.

—Ya veo las ventajas que ofrece —dijo éste—. Nada de gritos a causa de la sangre en los pulmones. Se lo agradezco, señor escocés.

Nichols se levantó, sacudiendo todo el cuerpo, y miró en mi dirección. Cerré los ojos. No tenía ganas de hablar con él. Le oí decir:

—Bueno, hasta más ver. Tengo que irme de aquí. Buenas noches.

Su enorme sombra se tambaleó al atravesar la puerta. Salazar tomó la vela y le siguió por el corredor.

Sí, era eso; ella era la parte más importante, el soporte, la viga maestra de la casa de mi vida. De pronto la veía en la oscuridad, con sus gruesos labios rojos, su nariz de ventanas temblorosas, la curva de sus pechos, sus ágiles movimientos de caderas, su forma de caminar, la blanca flor cerosa en la negrura de su cabello y el aleteo como de petirrojo de sus párpados sobre sus ojos grises cuando sonreía. Me debatía convulsivamente bajo mi intenso deseo. Habría dado mi alma, mi porción de eternidad, mi honor, simplemente por ver ese aleteo de sus párpados sobre sus relucientes ojos grises. Nunca hasta entonces me había sentido bajo la imponderable presión de un muro de prisión. Nos separaban kilómetros y más kilómetros; ni siquiera podía imaginar los objetos inanimados que la rodearían. Ella debía de estar hablando con algún otro, agitando sus párpados de esa manera ya descrita. Reconocí con una angustia física que era algo más que simples celos el poco control que tenía sobre ella. No estaba en su raza, ni en su sangre, amarme, ni yo era su tipo. Ella había vivido toda su vida rodeada de aventuras, y el mismo ardor y pasión de ese sur al que ella pertenecía debían presentarme a sus ojos como una figura borrosa y prosaica. Recuerdo el parpadeo de la vela de Salazar regresando por el corredor y sus reflejos sobre las dos paredes que semejaban una guadaña en marcha. Me dormí.

Tuve la sensación de que un súbito espanto invadía mi sueño; una voz parecía estar exclamando muy alto:

—¡Dígame dónde está ella!

Vi el pabellón incandescente de un farol. Era O'Brien el que lo sostenía. Estaba pendiente de mí, muy sombrío.

—Dígame dónde está ella —dijo, en el momento en que yo abría los ojos.

—Ella está —dije yo—... está... No lo sé.

Incluso ahora me horroriza pensar cómo me libré por los pelos. Le contesté que no sabía nada, simplemente porque me había dormido con esa idea. ¡Ah!, qué demonio más astuto era. Me despertó de repente; ¡me sacó lo que yo pensaba sin darme tiempo a reflexionar! Seguí mirándole, sin dejar de temblar. Ni siquiera podía verle el rostro completo.

—¿Dónde está ella? —volvió a decirme—. ¿Dónde? ¿Muerta? ¿Muerta? ¡Dios se apiade de su alma si la niña ha muerto!

Yo seguía temblando. ¡Si le hubiese hablado! Apenas puedo creer que no lo hiciera. Él seguía pendiente de mí con una actitud que fingía ser espantosamente solícita.

—¿Dónde está ella? —volvió a preguntarme.

—Registre la isla —dije yo. Él me miró airadamente, levantando el farol—. Toda la tierra, si quiere.

Rechinó los dientes, inclinándose sobre mí; luego se puso de pie, levantando la cabeza por encima del farol de manera que quedara en sombra.

—¿Qué me importan a mí todos los almirantes del mundo? —hablaba para sí mismo—. Ningún barco zarpará de La Habana hasta que...

Gruñó. Le oí darse una palmada en la frente y decir distraídamente:

—Pero tal vez ella no esté en ningún barco.

Hubo un silencio durante el cual le oí respirar pesadamente, luego me sorprendió diciéndome:

—Tenga compasión.

Me reí, tendido de espaldas.

—¡De usted!

Se inclinó.

—¡Idiota! De usted mismo.

Una enorme sombra corrió a lo largo del muro, sin hacer ningún ruido. El rostro de Salazar apareció detrás de mí y una mano levantada que empuñaba un cuchillo. O'Brien vio el horror en mis ojos. «Mire», le dije con voz entrecortada, y antes de que pudiera moverse, el cuchillo le entró suavemente entre el cuello y la espalda. Salazar se deslizó hacia la puerta y se volvió para hacerme un gesto con la mano. O'Brien tenía los labios fuertemente apretados, el mango del cuchillo sobresalía junto a su oreja, el farol seguía colgándole del extremo de su rígido brazo. Mientras lo bajaba, la sangre le caía a chorros por la espalda como si hubiese estallado el tubo de alimentación de un depósito, sólo que manaba negra y caliente. Me cayó en la cara, en las manos, por todas partes. Durante un momento interminable sus agonizantes ojos buscaron mis facciones, como para discernir si yo había actuado en connivencia con alguien, o si le había perdonado.

Me había levantado de golpe, poniendo mi rostro justo al lado del suyo. Sentí un terror inmenso. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué había hecho él? Durante tanto tiempo había ejercido un poder tan ineluctable sobre mi vida entera, que ni siquiera pude comprender que aquello no era una nueva y sutil infamia por su parte. Meneó la cabeza lentamente, su oreja estorbaba al cuchillo.

Luego se dio media vuelta repentinamente y el farol se bamboleó, dejándome a oscuras. Faltaban unos diez pasos para llegar a la puerta. Recorridos los tres primeros, cubriría los siete restantes como si se tratase del final de una carrera. El balanceo del farol arrojó pequeñas manchas de luz sobre la penumbra del remoto techo a través de los agujeros de su tapa metálica, como la luz del sol se filtra a través de las hojas de los árboles. Al dar el quinto paso, se apretó la boca con la mano espasmódicamente; al dar el sexto se balanceó a un lado, haciendo un brusco movimiento como para no caerse. ¡Se estaba muriendo! ¡Se estaba muriendo! Apenas me daba cuenta de lo que eso significaba. ¡Me iba a librar de aquel peso enorme! No tenía que temer ya nada de él. No podía comprenderlo, sólo podía verlo. Era la muerte. Era...

Se hincó de rodillas, dejando el farol en el suelo. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a toser incesantemente, como un hombre que agoniza por efecto de la tisis. La brillante tapa del farol silbó y chisporroteó con pequeñas detonaciones secas, como golpes de martillo... Así había tosido Carlos. Ahora estaba muerto. ¿Y O'Brien? Se había ido. Tenía que escaparme. Todo había terminado. ¿De veras había terminado? El se inclinó hacia delante rígidamente, apoyando las manos en las piedras, luego se puso de lado, dándole la luz en el rostro. Yo me senté, inmóvil, observándole. El farol iluminó las patas esculpidas de la mesa negra y un círculo polvoriento de baldosas. Los chorros de sangre que le caían por la espalda se acortaron en respuesta a los latidos de su corazón; aflojó los puños, subió las piernas hasta el cuerpo y luego se vino abajo. Sus ojos se encontraron súbitamente con los míos y, mientras sus facciones se aflojaban lentamente, una enigmática sonrisa pareció aflorar de nuevo en su boca.

Había muerto, ¡yo era libre! Nunca sabría dónde estaba ella, ¡jamás! Había muerto con la pregunta en los labios; con la angustia de la incertidumbre en los ojos. Desde la puerta llegó una enorme, grotesca y horrible risa ahogada.

—¡Ajajá! Le he salvado, señor; le he protegido. Somos hermanos.

En el umbral de la puerta, recortado contra la tenue luz azulada del alba, Salazar gesticulaba. Sentí una súbita repulsa; una sensación intensa de asco. Al ver a O'Brien yaciendo allí, casi deseé que estuviese vivo de nuevo... prefería tenerlo ante mí de nuevo en lugar de haberme librado de él mediante aquel atroz asesinato. Me quedé mirándoles a los dos.

¡Estaba salvado! ¿Gracias a ese lunático? De pronto comprendí que el cauteloso, el omnipresente O'Brien, sólo podía haber traído angustia mental a este lugar al hacerme

una pregunta para la cual ya tenía una respuesta. Una respuesta más bien para él que para mí.

¿Dónde estaba Serafina? ¿Dónde? ¿Cómo podría dar con ella? O'Brien había muerto. Y yo... ¿Podría irme de este lugar para ir en su busca? O'Brien había muerto. Pero yo...

De pronto me di cuenta de que ahora yo era el pirata Nikola el Escocés... que ahora que él ya no estaba aquí, nada podría librarme de ser entregado al almirante. Nada.

Se acercaban unos pasos. Al otro lado de la puerta, Salazar empezó a gritar jactanciosamente.

—¡Ajajá! ¡Vengan todos! ¡Vean lo que he hecho! ¡Venga, señor alcaide! Vengan, bravos soldados...

Así murió aquel hombre, cuya loca pasión durante tanto tiempo se había cernido sobre mi vida como una sombra. Considerando ahora el asunto, puede que me alegre de que no cayese víctima de mi mano ni de mi disputa. Ciertamente yo le había ofendido primero, me había metido en su terreno, había frustrado sus planes, había sido para él una carga onerosa, precisamente cuando su suerte comenzaba a abandonarle. Indudablemente le había abandonado. Había corrido demasiado.

Y aunque su muerte lo apartó de mi camino, el legado de sus intrigas me causó bastantes sufrimientos. Si hubiese vivido, no es posible saber lo que podría haber hecho. Se había comprometido a entregar a alguien a los británicos... bien fuese yo mismo o Nichols. Quizá en el último momento me habría dejado en La Habana. Es imposible saberlo.

Sin duda alguna no había querido entregar a Nichols; bien porque sabía demasiado, o porque tenía escrúpulos. Desde luego, le había sido fiel. Y, con su fina ironía, ciertamente le encantaba pensar que yo encontraría en Inglaterra la muerte de un felón. Por esas razones me había identificado como Nikola el Escocés, con la intención de entregar en el último momento al que más le conviniese.

Ahora todo había terminado para él y para mí. La entrega iba a tener lugar al amanecer y, al no encontrar a O'Brien, el anciano juez de primera instancia fue enviado para identificar al prisionero. Me escogió a mí, al que desde luego conocía. No había ninguna posibilidad de que culpasen a Nichols, ya que estaba prisionero bajo la acusación de robo inventada por O'Brien.

Que Salazar hubiese o no acudido al Capitán General era ahora completamente inútil. Fue retenido para responder a la acusación de asesinato. Y el anciano juez permaneció sordo a todas mis protestas.

—El señor deberá elevar sus reclamaciones a sus propias autoridades —dijo—. Tengo autorización legal para lo que he hecho.

Fue imposible desenmascarar a O'Brien. Al amanecer, los soldados de la escolta se rieron de mí a las puertas de la prisión como si fuese un pobre imbécil.

Me hicieron descender, a través de las brumas grises, hasta la orilla del mar. Dos soldados me sujetaban los brazos; la sangre de O'Brien que salpicaba mi cara y mi vestido se estaba secando. Me había convertido, aun a mis propios ojos, en un miserable objeto. En el fangoso embarcadero, un hombre grueso de baja estatura hacía preguntas entre las negras. Al verme abrió los ojos asombrado. Era Williams... por tanto, el Lion todavía no había zarpado. Si me hablara o presentase alguna prueba de su relación con Serafina, los españoles comprenderían. Desde luego se la quitarían; puede que la encerrasen en un convento. Y ahora que yo me veía obligado irrevocablemente a regresar a Inglaterra, ella debía venir también. El hombre se abrió paso a codazos hacia mis guardias.

—¡Silencio! —grité yo, sin mirarle—. Váyase, zarpe... Cuénteselo a Sebright...

Mis guardias parecieron creer que me había vuelto loco; me pusieron las manos encima. No me resistí y descendimos hacia el embarcadero, dejando de lado a Williams. Éste quedó preocupado, siguiéndome con la mirada; luego le vi hacer preguntas a un guardia civil. Un barco de guerra, la enseña flotando al viento sobre un mar cristalino, los sombreros lustrosos de los marineros balanceándose con precisión, volaba hacia nosotros. ¡Ahí estaba Inglaterra! ¡Ahí estaba mi patria! Todavía tenía que probar mi inocencia, hacer todo lo posible para escapar del cadalso. Ojalá Williams comprendiese, ojalá no cometiese ninguna insensatez. No podía volver a verlo; a nuestro alrededor los mosquetes de los soldados mantenían a distancia a la muchedumbre parlanchína. Mi única posibilidad dependía de la inteligencia de Sebright. Sólo él podía impedir que Williams cometiese una tontería. El comandante de la guardia dijo al alférez de navío del buque insignia, que acababa de desembarcar, acompañado por el oficial de personal:

—Tengo el honor de entregar a su Señoría el prisionero prometido a su Excelencia el almirante inglés. Aquí están los papeles que revelarán sus crímenes a la justicia. Sírvase darme un recibo.

Un escribano andrajoso de la prisión se adelantó cabizbajo con un tintero, esgrimiendo una pluma de oca mojada en tinta. Un guardia civil ofreció su espalda. El alférez de navío firmó un papel apresuradamente, luego me miró con dureza y dio la orden:

—Oficial de personal, espone una de las manos del prisionero a su propia muñeca. Ese individuo es capaz de cualquier cosa.

CAPÍTULO III

La primera palabra amable que me dirigieron después de aquellos acontecimientos me vino varios meses más tarde de mi llavero en Newgate. Me dio la bienvenida cuando volví de mi interrogatorio ante el magistrado de Thames Court. El magistrado, un hombre de mal genio, con los ojos inyectados en sangre, olor a rapé, y todo el aspecto de formar parte del mobiliario usado y sucio del tribunal, me había regañado cuando intenté hablar.

—Guarde sus mentiras para la sesión del Almirantazgo. Ojalá tuviese tiempo de encerrarlo. Malditos españoles, ya podían haber traducido sus propios papeles — acababa de firmar algo con una pluma chirriante, lo arrojó a su pasante y gruñó—... Caso siguiente.

Yo había regresado a Newgate.

El llavero, un patizambo con aspecto de tabernero, con una nariz bulbosa llena de venas de color púrpura y ojos llorosos, salió de la caseta de guardia, mientras la enorme puerta de la cárcel se cerró tras de mí, produciendo un sonido hueco.

—Si se apresura —dijo—, verá un poco de agitación... Le sentará bien. Condenado sermón. Están predicando ahora en la capilla; están los oficiales de justicia y todo el mundo. Mañana van a ahorcar... a tres individuos. Rápido, muévase.

Me arrastró por el desierto adoquinado cubierto de musgo del gran patio solitario hasta un lugar cuadrado, de techo elevado y paredes encaladas. Desde las inmediaciones se podía captar ya un murmullo de voces. Allí podían haber unas trescientas personas, encajonados en bancos de iglesia, con un llavero en cada extremo. Unos enormes escudos de armas del Rey, salpicados de dorados rojos y azules, se extendían por encima de un púlpito de dos gradas que parecía el tronco de un árbol grande. El llavero me quitó el sombrero y de un codazo me metió en un estrado junto a la puerta.

—Arrodílese —me susurró con voz ronca.

Me arrodillé. Un hombre con una peluca nueva murmuraba unas palabras, agitando las manos de vez en cuando desde la parte superior del elevado púlpito. Debajo de él, un hombre más pequeño con una peluca vieja dormitaba, con la cabeza inclinada hacia delante. El lugar estaba sucio y mal iluminado por unas mugrientas ventanas altas, de gruesos barrotes. Un par de velas parpadeaban a mano derecha del predicador.

—Los que surcan los mares en sus barcos, mis pobres hermanos —murmuró—, y yacen en la sombra...

Dirigió su mano hacia un alto estrado de pino pintado de negro, aislado en el centro de la planta baja. Un hombre de pelo rojo estaba allí sentado con los brazos

cruzados; otro apoyaba la frente en la barandilla y se tapaba la cabeza con los brazos, abyectamente. Grandes grilletes oxidados sujetaban sus muñecas.

—Pero observen, mis pobres amigos —prosiguió el capellán—, lo que dice el salmista: «Al final, El los conducirá al puerto deseado».

El llavero me susurró al oído de pronto:

—Es a los condenados a quien él predica, a los del banco negro. Observa a Roguey Cullen guiñando el ojo a las prisioneras de la tribuna de allá arriba... El del pelo rojo... Mañana los colgarán a todos.

—Después de haber titubeado y vacilado de un lado a otro, y de haberse asombrado... observen. Después de haber sido tentados; incluso después de haber sucumbido...

Los oficiales de justicia tenían los ojos decorosamente cerrados. El pasante se llegó hasta el predicador y despabiló una de las velas. El predicador hizo una pausa para volverse a arreglar la reluciente peluca. Donde él la tocaba, se levantaban pequeñas nubes de polvo. Dio con su cojín de terciopelo púrpura y continuó:

—Al final, les digo, El los conducirá al puerto deseado.

Un grito discordante se elevó del banco negro, y un insensato rechinar de cadenas sacudió la madera hueca. El hombre de los grilletes, cuya cabeza había estado oculta, se retorció a causa de un ataque epiléptico. El gobernador empezó a hacer señales a los carceleros y la deprimente asamblea en pleno se puso de pie y estiró el cuello para poder ver. Los carceleros empezaron a sacarlos rápidamente del edificio. El hombre del pelo rojo estaba de cuclillas al fondo del estrado negro.

El llavero me cogió por el extremo de la manga y me sacó a la fuerza por la puerta.

—Váyase —dijo—. Salga de aquí... Mecachis con mi buen carácter.

Recorrimos con paso ligero los oscuros, elevados y resonantes pasadizos de piedra. Todo el tiempo nos acompañó el ruido de los prisioneros que marchaban en filas hacia sus lejanos patios y celdas. Por el fondo de un pozo, donde la mortecina luz de diciembre caía sobre las rezumantes piedras, penetramos en una especie de conejera de negros corredores y escaleras descendentes, un espanto de soledad fría y nocturna. Una tras otra, las puertas de hierro resonaron detrás de nosotros en aquella oscuridad sepulcral. Después de una travesía interminable, el llavero, sujetándome todavía de la manga, me metió de un tirón en mi celda familiar. No me había imaginado que me alegraría regresar a aquel agujero oscuro, helado y húmedo, con sus odiosos muros de piedra, su techo de piedra, su suelo de piedra, su lecho de piedra y su mesa de piedra; con su esterilla de sogas, su asquerosa manta de cuadra, su horrible sensación de sepultura perpetua, sin ningún ruido, lejos de cualquier mirada, bajo una montaña de piedras negras extraídas de una mina. Era tan minúsculo aquel lugar que, al entrar detrás de mí, el llavero pareció apretujarse contra mi pecho; y tan oscuro que yo no podía distinguir el color de los cabellos sucios y enmarañados que caían de la calva en

lo alto de su cráneo. Por otra parte, me era tan familiar que reconocía al tacto cada mancha de herrumbre sobre el candelero de hierro.

El llavero se enjugó el rostro con un trapo marrón que le servía de pañuelo y dijo:

—Que me aspen si vuelvo a entrar en este lugar.

Al cabo de un rato añadió:

—A menos que me vea obligado a hacerlo.

No dije nada; mis nervios seguían crispados por aquel grito y el ruido metálico de las puertas de hierro que se habían cerrado a mis espaldas. Sentí un irresistible impulso de coger el candelero de hierro y romperlo en el cráneo del llavero... como había hecho al que había matado al padre de Serafina... de matar a ese hombre y luego arrastrarme a lo largo de los negros pasadizos y abatir uno tras otro a los que vigilaban las puertas de hierro, hasta conseguir salir al aire libre.

—Pensaría usted —empezó de nuevo— que nos acostumbraríamos, ¿no es cierto?... pero eso requiere mucho esfuerzo. Nunca se sabe lo que harán los prisioneros en una escena como ésta. Les vuelve locos. Mire esta cicatriz. Me la hizo Machell el herrero, antes de ser condenado, después de un sermón como ése... un hombre tranquilo y caballeroso, muy parecido a mí. ¡Señor!, sí, se requiere mucho esfuerzo —hizo una pausa, enjugándose todavía el rostro, y después continuó—... Y juro que cuando veo a esos hombres sentados allí en aquel banco negro, y oigo afuera el tableteo de los martillos en el cadalso, sabiendo que no tienen más posibilidades de salir de aquí que usted mismo —apuntó su corto pulgar hacia el orificio, apenas como un pañuelo, donde vacilaba la luz azulada que se difuminaba a través de los dos montantes de hierro cruzados a lo largo de los tres metros del pozo—... ¡Señor!, nunca se acostumbra uno a eso. Quisiera uno que se escapasen; se respira en el ambiente, en toda la prisión, incluso los deudores. Me digo una y otra vez: «Eres un tonto por quemarte la sangre». Pero le pasa lo mismo a los otros... mis compañeros. No puedo quitármelo de la cabeza. Ese pobre chico. He visto ahorcar niños; pero ese pobre chico... es tan seguro que le van a ahorcar... como que le van a colgar a usted...

—¿Cree que me van a colgar? —pregunté.

Yo no quería tenerlo en vilo por más tiempo; sólo quería oírle hablar. No había oído ni una palabra durante meses y meses de soledad, de oscuridad... a bordo del barco del almirante, varado en Plymouth, dando tumbos a lo largo de la costa, y ahora aquí en Newgate. Y todo el tiempo había estado a oscuras. ¡Por Júpiter! Aquella época en Cuba, con sus idas y venidas, sus mezquindades, sus intrigas, sus entusiasmos... incluso sus villanías, la recordaba con vivos colores en el frío húmedo de estas tinieblas. Aquello sí que había sido una vida de aventuras.

Empequeñecida, lejana, e irrevocablemente terminada, parecía una época dorada. Donde yacía ahora, la aventura brillaba por su ausencia; y tenía grilletas en las muñecas; y era víctima del odio, la oscuridad y la desesperación.

Durante mi regreso a Inglaterra a bordo del buque insignia me habían encadenado en el sollado de los cables... un lugar desde donde podía sentir cada costura del barco. Una vez se originó un jaleo, un tumulto espantoso. Fuera había un gran temporal. Un marinero bajó con un farol y me tiró mi galleta.

—Maldito pirata —dijo—, a lo mejor nos salvas de morir ahogados.

—¿Es muy fuerte el temporal? —había gritado yo.

El dijo algo entre dientes... y el hecho de que me hablase mostraba lo violento que debía ser el temporal para que él se dejara arrancar algunas palabras...

—Muy fuerte... Ha pasado un barco grande que hace el servicio de las Indias y no lo vimos más que un minuto; después...

Se alejó refunfuñando.

Y de pronto se me ocurrió una idea. ¿Y si el barco de las Indias fuese el Lion... con Serafina a bordo?

El hombre no quiso hablarme cuando regresó. Nadie quería; yo era un pirata que había disparado contra mis propios compatriotas. Y esa idea me persiguió hasta Newgate... si ella estaba muerta; si me la había llevado de aquel lugar seguro, pacífico, para perecer allí... y perecer yo mismo.

—¡Colgado! —dijo el llavero—. Será colgado con toda seguridad —se golpeó en la flácida mano con la enorme llave—. Todo parece indicarlo. Por tratarse de un caso del Almirantazgo, deberían haberle enviado a Marshalsea. Y he aquí que le mandan a una celda aislada y me pasan la consigna de no dejarle hablar una maldita palabra a ningún alma bendita. ¿Por qué no le dejan ver a un abogado? ¿Por qué? Porque tienen la intención de colgarle.

—Eso no me preocupa —dije—. ¿Ha oído hablar de un barco llamado Lion? ¿Puede averiguar qué ha sido de él?

Sacudió la cabeza astutamente y no respondió. Si el Lion hubiese llegado, debería haberlo oído. No podían dejarme allí.

—Por el amor de Dios —dije—, averígüelo. Procúrese un boletín de embarques.

Fingió no oírme.

—Tengo dinero en abundancia —dije.

Me guiñó el ojo laboriosamente y volvió a empezar.

—Oh, le colgarán de todos modos. Un hombre con nada en contra tiene una posibilidad; con la pasta que tiene, aunque sea culpable. Pero a usted le colgarán. Charlie, que acaba de traerle de nuevo, habló con el escribano del maldito pasante del fiscal del Tribunal Supremo, mientras el pobre simplón de Bow Street trataba de leer su español. Le dijo que era un asunto del gobierno. Quieren ahorcarlo, y para eso tienen que ir a decirle a los marineros españoles: «Era un pez gordo, un verdadero pez gordo». (¿Acaso no eso es cierto? Tiene usted un tío conde y otro deán, si es verdad lo que dicen). «Era un verdadero pez gordo y lo hemos ahorcado. Vosotros habrías

hecho lo mismo». Necesitan un ejemplo llamativo para mantener en calma el comercio con las Indias Occidentales...

Se enjugó la frente y puso mi jarra de tierra roja para el agua sobre la sucia mesa de pino que había bajo la ventana, como un anfitrión ante su huésped.

—Tienen la intención de colgarle —dijo—. Han silenciado a los reporteros de Thames Court. Ningún periódico publicará mañana un informe exacto. Y usted no ha visto a nadie, ni nadie le ha visto, y yo no puedo ayudarle.

Se interrumpió y me miró con una expresión de candor.

—Comprenda —dijo—, yo no soy egoísta. Para un caballero corriente, de la calle o lo que usted quiera, no lo soy, a menos que sea necesario. Para mí una carta vale igual que otra. Pero para usted... ni hablar. No es que le tenga manía. Haré todo lo que pueda para que esté usted cómodo, tanto ahora como en el futuro. Pero cuando me pasaron la consigna, tuve en cuenta mi pellejo. Cualquiera otro haría lo mismo. Usted no ve a nadie, ni nadie le ve, y sus parientes de alcurnia no dirán ni palabra. Hasta el juicio del Almirantazgo. Charlie dice que eso es anticonstitucional, que debería ver usted a su abogado, si es que lo tiene, o si su padre tiene alguno. «Pero, Señor, le dije yo, si lo quieren, Charlie, lo tendrán. Aquí no es posible un babeas corpus que pueda brindarle alguna oportunidad. Esto es el Almirantazgo. Y desde hace treinta años no han juzgado a ningún hombre por piratería. Hay que ver el alarde de que hicieron gala. ¿Qué saben esos malditos radicales de cómo ocuparse del procedimiento? ¿Quién va a poner eso en tela de juicio? Márchate», le dije a Charlie. Y eso es lo correcto.

Fue hacia la puerta y luego regresó.

—Usted debería estar en el patio comunal de Marshalsea; incluso yo sé eso. Pero han hecho la vista gorda. «Está demasiado lleno», dicen. Condenadamente lleno. Conocí una época, después de la quiebra de Vansdell, en que encontraron sitio para más de trescientos deudores faltos de previsión, además de los que establecía la ley. ¡Demasiado lleno! ¡Su patio comunal! No quieren dejarle hablar con nadie y no lo hará usted hasta dentro de una semana, cuando la sesión del Almirantazgo esté en pleno apogeo —salió y cerró la puerta, resoplando—. ¡Marshalsea está demasiado llena!... ¡Váyase!

—Averigüe dónde está el Lion —le grité cuando la puerta se cerraba.

Ese discurso me aclaró las cosas. Comprendí que querían ahorcarme y desde aquel preciso instante me negué desesperadamente a dejarme colgar. Antes no me había preocupado demasiado, estaba —digámoslo así— abatido. Realmente no me lo había creído, no me había dado cuenta. No es fácil imaginarse que le van a ahorcar a uno, ni siquiera, creo, con la cuerda al cuello. Yo no había sentido hasta entonces muchas ganas de vivir, pero ahora quería luchar... antes de sucumbir de una vez para siempre, condenado o absuelto. No me quedaba ya nada por lo que vivir, pues Serafina podía no estar viva. El Lion debía de haberse hundido.

Pero por eso pensaba luchar; maldita sea, iba a crearles problemas. «Ellos» no eran tanto el gobierno que quería ahorcarme cuanto los poderes invisibles que toleran tal estado de cosas, que permiten tantas mezquindades, accidentes, fatalidades, para ahorcarme. Empezó a preocuparme el llavero. No me prestó ayuda, únicamente me proporcionó una información fraccionaria que me hizo ver más claramente que nunca que «ellos» estaban dispuestos a sacrificarme a sus exigencias.

Todo el comercio de Londres con las Indias Occidentales estaba alborotado por la cuestión pirata y la esclavitud. Jamaica reclamaba todavía la separación antes de que surgieran las quejas premonitorias de la abolición. Veía Horton Pen de nuevo ante mí con asombrosa nitidez. Me parecía estar oyendo al viejo Macdonald, de ojos zarcos y pelo rubio rojizo, delante de su periódico, agitando la masa enorme de su ropa blanca que tan mal le ajustaba, y bramando con su voz bovina:

—¡Abolición! Nos conceden la abolición... o nos la hacen tragar. Ellos, que ni siquiera tienen el valor de librarnos de los malditos piratas, ni de atrapar a uno de ellos y ahorcarlo... Jack, amigo mío, nosotros los aboliremos a ellos antes de que toquen a nuestros negros... Que limpien nuestros mares, que ahorquen a algún pirata, y ya hablaremos...

Yo era el pirata que iban a ahorcar, para consolidar el vínculo con la pobre isla. Había que mezclar un poco de sangre con el cemento. ¡Malditos sean! Me resistiría. Me habían arrancado a Serafina, para satisfacer sus condenados propósitos. Me sentía cada vez más rudo y fuerte, como un árbol se hace más nudoso con las tormentas invernales. No dejé de repetirle al llavero:

—Le prometo mil libras, o una renta vitalicia, si le lleva una carta mía a mi madre o al señor Rooksby de Horton.

Me dijo que no se atrevía; que sabían demasiado sobre él para ahorcarle a la primera infracción. Sus dedos flácidos temblaron y sus ojos se agrandaron con sucesivos Sobresaltos de codicia. Cogió miedo a acercarse a mí, al peligro de la tentación. Al día siguiente no me dirigió la palabra, ni el día después, ni el que le siguió. Mi miedo a ser ahorcado aumentó considerablemente. El día anterior al juicio, hacia mediodía, abrió la puerta de golpe.

—Aquí tiene papel y pluma —dijo—. Puede preparar su defensa. Puede escribir cartas. ¡Caray! ¿Por qué no se lo permitieron antes? Me habría ganado sus mil libras. Le llevaré una carta a su familia tan rápido como el mismo demonio pueda hacerlo. Conozco a un hombre, un salteador de caminos. Por veinte libras prometidas, hará el viaje en menos tiempo que Turpin fue a York.

Agitaba con gran nerviosismo una hoja de periódico.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté.

La cabeza me daba vueltas.

—Los periódicos radicales se ocupan del asunto —dijo—. Confíe en ellos, que tienen buen olfato. Y los periódicos del gobierno les responden. Dicen que va usted a pagar por sus crímenes. Escuche esto... hummm... «El maldito felón actualmente en Newgate incurre en el justo castigo...». Luego le dan un rapapolvo a las Indias Occidentales. «Cuando los plantadores amenazan con recurrir a algún otro poder para protegerse, creen desde luego que la pérdida de las colonias se haría sentir mucho. Pero...».

—El Lion ha vuelto —dije.

Tenía la certeza de que había vuelto... que debía estar de vuelta. Que Williams —o Sebright— había intervenido en favor mío. O bien Serafina había ido a ver al embajador español.

Había regresado; tenía que verlo. Me levanté de golpe.

—El Lion ha vuelto —repetí.

El llavero gruñó.

—Llegó con retraso, hace tres días.

No podía creer que fuese cierto.

—Lo leí en el periódico —masculló él—. No me atreví a contárselo. Córcholis —continuó con violencia—. Eso enfermaría a un gato.

Mi repentina exaltación, mi súbita desesperación, dejaron paso a la indiferencia.

—Voy, voy —gritó, en respuesta a un grito que surgió del fondo del corredor.

Le oí mascullar «Desde luego, desde luego. No me reportará ni un penique». Luego me cogió del brazo.

—Venga aquí... alguien quiere verlo en el patio.

Me arrastró por el fétido laberinto de pasillos, cerrando de golpe tras él la puerta interior.

El patio —campo de entrenamiento de los condenados— estaba vacío; la última tanda se había ido; mi tanda sería la próxima, me dijo de pronto el llavero. Era un lugar bastante exiguo, con altos muros negros que se elevaban al cielo, desolado y rezumante. En una de sus esquinas había una especie de abertura, cerrada con altas y enormes ventanas, por donde subía una especie de débil chillido de conejo en medio del enorme fragor y estruendo de la circulación al otro lado del muro. El llavero me empujó hasta allí.

—Siga —me dijo—. Yo no escucharé; tendría que hacerlo. Pero, maldita sea, no soy un mal tipo —añadió melancólicamente—. Tal vez me recompense usted.

Fui a asomarme por entre los barrotes y distinguí un vago objeto apretado contra otros barrotes en otra abertura semejante al otro lado de un pasillo oscuro.

—Y bien, Jackie, muchacho; ¿qué hay de nuevo, Jackie?

Guiñando los ojos como si la pálida luz fuera demasiado fuerte para ellos, había allí un hombre delgado y encorvado, con elegante ropa de cortesano. Su rostro era

extremadamente flaco, su nariz y sus pómulos tenían el brillo y la transparencia de las cerezas garrafales. Su amplia y reluciente frente peinaba hacia atrás un escaso mechón de cabellos rojos. Era mi padre.

—¡Y bien, Jackie, muchacho! ¡Cómo has envejecido! —luego agitó un brazo hacia mí—. ¿Estás en apuros? —dijo.

Se restregó sus delgadas manos e inspeccionó aquel lugar con la repugnancia de una persona refinada.

—¡Padre! —dije yo.

Y de pronto empezó a hablar muy rápido y nervioso de lo que había estado haciendo por mí. Mi madre, dijo, estaba paralizada por el reuma, y el jueves precedente Rooksby y Verónica habían zarpado rumbo a Jamaica. Le había leído a mi madre, junto a su cama, el periódico que informaba de mi caso; ella le había dado dinero y con él partió para Londres a toda prisa. Todavía estaba aturdido por la prisa y el agobio. Seguía viviendo en la granja bajo las dunas, desde donde podía ver los almiarés, con sus libros de poesía y algunos grabados en la pared... ¡Dios mío, cómo me acordaba de todo!

Por sus palabras inconexas pude comprobar que todo seguía exactamente igual. Era el mismo anciano desabrido y estrábico que me había llevado por los caminos llenos de barro en la misma vieja calesa, pasados los olmos, para coger la diligencia. Y nunca había estado en Londres desde los tiempos en que había callejeado con los amigos del Príncipe Regente.

Mientras me hablaba, no dejaron de aflorar a sus labios los versos que tan bien se sabía; y, tras el habitual placer que le proporcionaban las citas adecuadas, se indignó mucho por la impropiedad de aquel lugar, ese patio donde la tenue luz se filtraba entre aquellos enormes muros y caían copos de nieve intermitentemente. Y en su urgencia había intentado a toda costa ser práctico. Nada más llegar a Londres, antes incluso de tratar de verme, había corrido de ministro en ministro, procurando influirles en mi favor... y llegaba a Newgate sin haber obtenido nada.

En aquel momento me pareció que le conocía más íntimamente, mucho mejor que a cualquier otra persona en el mundo.

—La noche pasada —empezó— se me ocurrió una idea en el coche. Pensé: hay un personaje muy importante que me está muy agradecido por los viejos tiempos (mucho más de lo que tú estás enterado, Johnnie). Intercederé con él. Por eso mi primer paso fue visitar a mi antiguo sastre en Conduit Street. Porque... lo que es apropiado para una granja, es indigno para un palacio.

Se detuvo, reflexionó y luego dijo:

—Lo que es apropiado para la granja es indigno para el palacio.

Buscó en el bolsillo de parche de su levita. Durante años y años había hecho ese gesto de escribir en su agenda los versos que se le ocurrían.

—¿Ha visto al Rey? —le dije.

Su rostro se ensombreció.

—No le he visto. Pero he encontrado a uno de los secretarios del duque, un simpático joven... no como éramos nosotros. Y el duque ha sido lo bastante amable como para interesarse personalmente. Tal vez mi nombre perdura en el país. Me llamaban «Carrocín». Kemp, como es posible que te haya contado, porque conducía un carrocín bermellón con ruedas verde y oro...

Su rostro, que me miraba a través de los barrotes, se sonrojó momentáneamente a causa del orgullo. Luego recordó de pronto y, como para aplacar sus propios reproches, continuó:

—Vi al secretario de Estado y éste me aseguró, muy cortésmente, que ni la mayor personalidad del país —bajó la voz—... Jackie, muchacho —dijo, mirándome desagradablemente con sus ojos sin apenas párpados—, no hay ni la más mínima esperanza de indulto.

Apoyé la cabeza contra las barras de hierro. Después de todo, ¿para qué luchar, si el Lion no había regresado?

Luego, súbitamente, mientras el ruido de sus palabras resonaba por los oscuros corredores desiertos, él pareció darse cuenta de todo el horror de la situación. Su rostro palideció por completo; mantuvo la cabeza erguida como si escuchara un ruido lejano. Y después empezó a llorar... terriblemente y durante un buen rato.

Tuve que consolarlo. Había inclinado la cabeza, convencido de su irremediable impotencia; a lo largo de toda su vida, su debilidad por los placeres perfectamente inocentes, perfectamente banales, lo había convertido en un inútil, y ahora que su único hijo estaba en un apuro, no podía hacer nada en absoluto.

—¡No, no señor! Ha hecho usted todo lo que ha podido; no es posible derribar estos muros. Nadie más podría socorrerme.

Débiles sollozos de desesperación le estremecían sin cesar. Sus delgados y delicados dedos blancos se agarraron convulsivamente a la reja negra como si fuese un ser sin fuerza alguna. Nunca había visto ni sentido nada tan angustiioso. El simple deseo, el intenso deseo de consolarle, me hizo recuperar el control de mí mismo. Y recordé que, ahora que podía comunicarme con el exterior, todo era más fácil; él me salvaría la vida.

—Sólo tiene usted que ir a Clapham, señor —dije yo.

Y tan pronto como estuve en condiciones de mandarle, de dirigirlo, de decirle lo que tenía que hacer, se convirtió en otro hombre. Levantó los ojos y escuchó. Le dije que fuese a ver al mayor Cowper. No sería difícil encontrarlo en Clapham. Cowper, recordé, podía atestiguar que yo había sido secuestrado por Tomás Castro. Me había visto pelear en cubierta. Y lo que es más, desde luego conocía las direcciones de los plantadores de Kingston, si es que alguno estaba en Londres. Ellos podrían atestiguar

que yo había estado en Jamaica todo el tiempo que Nikola el Escocés estuvo en Río Medio. Sabía que algunos de ellos estaban en Londres. Mi padre se impacientaba por irse. Tenía trazada su línea de acción y la voluntad para llevarla a cabo. No era ya el mismo hombre. Pero le recomendé especialmente que ante todo me enviase un abogado.

—¡Sí, sí! —dijo él, impaciente por irse—. Voy a ver al mayor Cowper. Déjame escribir su dirección.

—Y un abogado —dije yo—. Envíemelo cuando se vaya de aquí.

—Sí, sí —dijo él—, podrá serle útil al abogado. Por regla general, no son personas muy perspicaces.

Y se marchó apresuradamente.

* * *

Fue entonces cuando empezó la verdadera tortura, la angustia de la incertidumbre. Al tratar de redactar algunas notas para mi discurso del día siguiente al jurado, mis nervios se calmaron. Eso había sido idea del llavero.

—Dese golpes de pecho —dijo—, apele al honor de un ciudadano británico y exagere un poco.

No sirvió de mucho; no podía mantener una sucesión de ideas que fuese lógica y mi mente divagaba acerca de lo que mi padre me había dicho. Me lo imaginaba con su nueva levita azul, corriendo nervioso por las atestadas calles, con los faldones al vuelo por detrás de sus piernas delgadas. Las horas se sucedían y era sólo cuestión de minutos. Tuve que sostenerme en el borde de la mesa para evitar ponerme furioso dando vueltas a la celda. Traté de enfrascarme de nuevo en el esquema de mi defensa. Me preguntaba a quién habría encontrado mi padre. Había un hombre llamado Cary que acababa de regresar de Kingston. Era calvo y tenía los ojos azules; debía acordarse de mí. ¡Si quisiera corroborar mis argumentos! Y el abogado, cuando viniera, podría adoptar otra estrategia de defensa. El crepúsculo comenzó a caer poco a poco a través de los barrotes de los tragaluces.

La noche entera pasó sin noticias de mi padre. Todo el tiempo estuve yendo y viniendo por la celda, preparando discursos para el jurado. Por fin apuntó el día y me calmé, presa de una especie de energía frenética.

El carcelero entró muy temprano y empezó a alborotar mi celda.

—Su caso será discutido alrededor de la una —dijo—. El gran jurado se reunirá a las doce y media. Pierda cuidado, no devolverán el acta de acusación. El gran jurado lo forman cinco comerciantes de las Indias Occidentales, y tienen intención de condenarle. Tiene usted en su contra al fiscal general, al procurador general, a sir Robert Mead y a cinco miembros más jóvenes... Siga mi consejo. Abandónese a la merced del tribunal y haga un discurso conmovedor, sin dejar de mencionar a la joven.

No es que vayan a compadecerse. Los jueces del Almirantazgo son todos partidarios de la horca. Como decimos: «Cuando izan el ancla en Oíd Bailey, no queda ya ninguna esperanza. Empezamos a vaciar la celda del condenado. Cuando es un caso del Almirantazgo, se eleva el ancla por encima de sus cabezas».

Le escuché con forzada atención. Decidí no perderme ni una sola de las palabras pronunciadas aquel día. Era mi única oportunidad.

—¿No conoce usted a nadie en Jamaica? —le pregunté.

Meneó su cabeza en forma de bala y golpeó ligeramente su nariz púrpura.

—No puedo hacer eso —dijo—. Con una guinea por cabeza se puede conseguir una coartada corriente, pero en este caso nadie querrá. Tienen un cuello que proteger, como usted y como yo.

Mientras hablaba, de pronto caí en la cuenta del mundo exterior en su conjunto, hasta donde me afectaba... eso fue lo que yo quería decirle a la gran ciudad que se extendía a mi alrededor, el mundo en cuyo centro estaba mi celda. Para la gran masa, yo no era más que un caso sensacionalista; para ellos yo podía resultar beneficioso en este asunto. Había otros, quizá, que pensaban que yo podía ser útil de una forma u otra. Estaban los ministros de la Corona, a quienes no les importaba si Jamaica se separaba o no. Pero querían ahorcarme porque así podrían decir desdeñosamente a los plantadores: «Sepárense si quieren, nosotros cumplimos con nuestro deber, hemos ahorcado a un hombre».

Todas aquellas personas tenían los ojos fijos en mí y eran prácticamente los únicos que conocían mi existencia. ¡Era el final de mi aventura! ¡Aventura! Los vendedores de periódicos se enterarían más tarde mediante la «Confesión de un moribundo».

CAPÍTULO IV

No volví a ver a mi padre hasta encontrarme en la antesala para prisioneros de Oíd Bailey. Estaba llena de hombres repantigados, cuyos carnosos miembros destacaban entre los apretados y llamativos cuadros de sus levitas y pantalones. Eran los carceleros que esperaban para traer a los prisioneros. Al otro lado de una puerta negra, el gran jurado estaba deliberando; detrás de otra, el tribunal esperaba para juzgarme. Me encontraba en calma aunque cansado. Había pasado toda la noche yendo y viniendo por la celda tratando de forzar a mi cerebro a pensar en aspectos concretos de mi defensa. Fue muy difícil. Sabía que debía mantenerme tranquilo, en calma, lúcido, convincente; y a veces la cabeza me daba vueltas, incluso en la oscuridad de la celda. Sabía que me había dado vueltas porque recordé que una vez me caí contra uno de los muros de piedra, y otra contra la puerta. Aquí, a plena luz, con sólo una puerta separándome de la última escena, recuperé el dominio de mí mismo. Iba a luchar paso a paso desde principio a fin. Iba a intentar poner a prueba todos sus puntos flacos. Iba a realizar una buena pelea. Mis dientes rechinaron como castañuelas hasta hacerme daño en la mandíbula. Pero fue sólo a causa del frío.

Un barullo de protestas salió de la tercera puerta. Mi llavero gritó de pronto:

—Que entre el caballero, Charlie. Es amigo nuestro.

Y mi padre entró en la sala como una bestia acorralada. Empezó a contar una historia interminable acerca de un cochero de simón que había permanecido de pie delante de la puerta de su coche para impedir que tomaran su número; de una panda de desvergonzados bribones que le habían arrollado y robado la bolsa.

—Por supuesto, peleé para evitar el robo —dijo—. Una buena pelea, después de todo. Lo llevo en la sangre. Pero llegó el vigilante nocturno y, en suma, en ocasiones como ésa no hay tiempo para discursos, pasé la noche en el cuerpo de guardia. Allí pasé bastantes noches con lord... Pero estoy perdiendo el tiempo.

—Usted no está preparado para pasear solo por las calles de Londres, señor —dijo el llavero.

Mi padre le miró por el rabillo del ojo.

—Buen hombre —dijo—, he recorrido esas calles con los más eminentes personajes del país antes de que su madre le diese a luz en Bridewell, o cualquiera que sea la cárcel.

—Oh, no tenía intención de ofenderle —murmuró el llavero.

—¿Encontró usted a Cowper, señor? —dije yo—. ¿Va a declarar?

—Jackie —dijo él, nervioso, como si tuviera miedo de ofenderme—, él me ha dicho que le habías robado los anillos a su esposa.

Eso era, en efecto, lo que el mayor Cowper había dicho... que yo me había lanzado de improviso sobre su barco cerca del promontorio de Port Royal y que después me fui con los piratas que le habían robado los anillos a su esposa. En su indignación, mi padre ni siquiera se dignó preguntarle la dirección en Londres de los plantadores de Jamaica; y al volver para buscar un abogado, había entrado en contacto con aquellos camorristas callejeros y el vigilante nocturno. Acababa de dejar a los magistrados.

Un hombre tuerto asomó la cabeza de repente por detrás de la puerta donde se reunía el gran jurado. Sacudió la cabeza en mi dirección.

—Acta de acusación contra éste de aquí —dijo, y luego volvió a esconder la cabeza.

—Jackie, muchacho —dijo mi padre, poniéndome su delgada mano en la muñeca y mirándome a los ojos en tono de súplica—, soy yo... soy yo... No puedo decirte cómo...

—No importa, padre —dije yo.

Tuve el presentimiento de que mi pasado iba a reaparecer para abrumarme. Cowper había dejado que su esposa le coaccionase a levantar un falso testimonio que iba a costarme la vida. Recordé vívidamente sus gimoteantes protestas de amistad cuando persuadí a Tomás Castro a que le devolviese su cofre portadocumentos negro con asa de latón, en la cubierta llena de basura.

«Oh, que Dios le bendiga, que Dios le bendiga. Me ha salvado de morir de hambre —había habido lágrimas en sus viejos ojos azules—... Si lo necesita, iré a cualquier parte... haré cualquier cosa por ayudarle. Por mi honor de caballero y de soldado».

Desde luego, yo le había recomendado a su esposa que entregase sus anillos cuando los piratas la amenazaron en el camarote. La otra puerta se abrió y dijo otro hombre:

—Y bien, adentro con esa carroña. ¿Quieres hacer esperar a los jueces?

Franqueando la puerta pasé directamente al banquillo de los acusados; delante de él había una fila de barrotes. Yo no tenía miedo; tres hombres con enormes pelucas y vestimentas de armiño estaban enfrente de mí; otros cuatro con pelucas más pequeñas tenían sus cabezas muy juntas, como papagayos, sobre una rama. Un hombre gordo, con la cabeza descubierta y una cadena de oro alrededor del cuello, se deslizó desde atrás hasta ocupar un asiento junto al juez de mayor rango. No dejaba de limpiarse la boca y de masticar con su mandíbula. A cada lado de los jueces, más allá de los asesores de pelucas más pequeñas, había sillas ocupadas por damas y caballeros. Todos tenían puestos los ojos en mí. Lo veía todo con perfecta claridad. Iba a tener los ojos bien abiertos, a observarlo todo, al no dejar escapar la menor ocasión. Me preguntaba por qué una chica joven de ojos azules y carrillos rosados se reía con disimulo y se encogía de hombros. No comprendía qué era lo que le divertía. Lo que me asombraba era la insignificancia, la mugre, la falta de solemnidad de la propia sala.

Supuse que sería por error el que estuviesen juzgando allí un caso de la importancia del mío. Pronto advertí un gran ancla dorada encima de las cabezas de los jueces. Me preguntaba por qué estaría allí hasta que recordé que se trataba de un tribunal del Almirantazgo. De repente pensé: «¡Ah, ojalá se me hubiera ocurrido decirle a mi padre que fuese a ver si el Lion había llegado esta noche!».

Un hombre gritó una serie de nombres: «Peter Plimley, gentilhombre, ninguna recusación... Lazarus Cohén, comerciante, ninguna recusación...».

A mi lado, el llavero apoyó la espalda contra los barrotes. Hablaba con el hombre que nos había llamado.

—Lazarus Cohén, comerciante de las Indias Occidentales... Señor, debo recusarlo.

—¡Chiss! —dijo el otro hombre.

—Su anciano papá me dio cinco monedas de oro para apoyarle en el caso, si fuese necesario —dijo de nuevo el llavero.

No entendí lo que quiso decir hasta que vi a un viejo con toga muy harapienta entregando un libro a una fila de personas en una tribuna tan próxima a mí que casi podía tocarla. Entonces comprendí que el llavero me había guiñado el ojo con el objeto de que recusase al jurado. Me dirigí en voz alta al juez de mayor rango.

—Recuso a este jurado. No es imparcial. La mitad de ellos son comerciantes de las Indias Occidentales.

Un murmullo recorrió todo el tribunal. Entonces me di cuenta de que lo que había tomado hasta entonces por un vago montón de telas eran seres humanos que me miraban fijamente. El juez al que me había dirigido abrió un par de ojos sin brillo, juntó y separó sus viejas manos, reseca, arrugadas. El juez que estaba a su derecha gritó enojado:

—Eso son bobadas, es demasiado tarde. Han prestado ya juramento. Debería haber hablado usted cuando se leyeron los nombres.

Su peluca coronaba una cara muy ancha con feroces ojos amarillos.

—Es vergonzoso —dije yo—. Ustedes quieren asesinarme. ¿Cómo podía yo saber lo que hacen ustedes en sus tribunales? Repito que el jurado no es imparcial.

El juez de más edad cerró los ojos, los abrió de nuevo, y después dijo con voz entrecortada:

—Silencio. Estamos aquí para juzgarle. Esto es un tribunal de justicia.

El llavero me tiró de la manga por debajo de la tarima.

—Trátelo con cortesía —susurró—. Es lord Stowell, del Tribunal del Almirantazgo. Ese otro es Barón Garrow, del Tribunal de Derecho Común, una bestia; con él puede darse por ahorcado, chico. Con él puede usted insolentarse; no importa.

Lord Stowell agitó una mano al funcionario de la toga harapienta; el libro pasó de mano en mano por delante de los rostros del jurado, sin que el funcionario dejase de

farfullar. De pronto el juez de más edad dijo con voz sorprendentemente profunda, majestuosa:

—Acusado, debe usted comprender que estamos aquí para proporcionarle un juicio imparcial según las leyes de este país. Si desea asesoramiento en cuanto al procedimiento de este tribunal, puede usted tenerlo.

—Sigo recusando a este jurado —dije yo—. Soy inocente y...

—Sí, sí, más tarde —me respondió él quejumbrosamente, luego graznó—. Ahora, la acusación...

Alguien a quien tres abogados no me dejaban ver empezó a leer en voz alta, bastante difícil de seguir.

—Por lo que el susodicho John Kemp, alias Nicholson, alias Nikola el Escocés, alias el Demonio, alias el Diablotto, el doce de mayo último se apoderó en alta mar, traidoramente y mediante prácticas propias de la piratería, del barco llamado Victoria... hummm... propiedad de Hyman Cohén y otros... y saqueó y tomó de dicho barco seiscientos treinta barriles de café por un valor de... hummm... ciento un barriles de café por un valor de... noventa y cuatro medios cuñetes... y otras mercancías diversas...

Di un enorme suspiro de alivio... Entonces, era eso. Había oído hablar del Victoria; nos llegaron noticias de su pérdida cuando yo estaba en Horton Pen. El viejo Macdonald lo había jurado: fue el día en que un negro llamado Apolo se había echado al monte. Yo debía poder probar eso. Después, uno de los jueces me preguntó si me declaraba culpable o inocente. Empecé una larga discusión sobre el hecho de que yo era John Kemp y no Nikola el Escocés. Estaba dispuesto a luchar hasta el final.

—Podrá usted hablar más adelante —me dijeron—. Por ahora diga si es culpable o inocente.

Me negué a declarar en un sentido u otro; yo no era ese hombre. El tercer juez se despertó y dijo precipitadamente:

—Eso es un alegato de inocencia, regístrenlo como tal.

Luego volvió a dormirse. La chica joven que estaba a su lado en el estrado rió alegremente y el señor Barón Garrow asintió con la cabeza y luego me soltó con rabia:

—Esa especie de tontería no mejora en nada su caso.

Me fulminó con la mirada, como un búho recién despertado.

—Peleo por mi cuello —dije yo—... y usted también tendrá que pelear, si quiere tenerlo.

El juez más viejo dijo airadamente:

—Silencio, o tendrá que irse.

—Lucho por mi vida —dije yo.

Una especie de cuchicheo recorrió todo el tribunal.

—Sí, sí —dijo lord Stowell—. Y ahora, señor abogado del Rey, supongo que el señor Alfonso Jervis va a exponer en su nombre los cargos de la acusación.

Una peluca polvorienta surgió justo por encima de mi mano izquierda, casi al nivel del banquillo de los acusados.

El juez más viejo cerró los ojos, como si fuese a emprender un largo viaje en una silla de posta. El señor Barón Garrow hundió su pluma en un invisible tintero y garabateó en su escritorio. Bajo su peluca, una voz hipocondríaca empezó a susurrar monótonamente una larga historia, un interminable fárrago de sombríos disparates; una larga narración sobre la piratería en general: la piratería en tiempos de los griegos, la piratería en tiempos de Guillermo el Conquistador... pirata nequissima Eustachio; dando gracias a Dios de que no se hubiese presentado en este tribunal ningún caso de esa naturaleza durante un largo período de tiempo.

Debajo de mí había una serie de pelucas, y a cada lado se apiñaba una masa compacta de humanidad, tan apretados que todas las pupilas parecían salir de las cabezas en dirección a mí. De la peluca que tenía inmediatamente debajo me llegaba la traducción de las frases floridas de los documentos españoles.

—Su Muy Católica Majestad, dado su gran amor por su antigua amiga y aliada, su Majestad Británica, entregó el cuerpo del famoso El Demonio, llamado también...

Empecé a preguntarme quién habría elaborado aquel inapreciable documento; si fue el juez de primera instancia, agachado sobre el papel su rostro amarillento y sus ojos endrinos, allá en La Habana... o si fue O'Brien, que lo escribió antes de morir.

Mientras tanto, el abogado seguía con su monótono zumbido. Yo no le escuchaba porque ya había oído antes todo eso... en la sala del juez de primera instancia de La Habana. De pronto, a espaldas de la gente bien nacida que se alineaba en el banco, apareció el rostro pálido y delgado de mi padre. Me pregunté cuál de sus grandes amigos le habría procurado el asiento. Me hizo una seña con la cabeza y sonrió débilmente. Le devolví la seña y sonreí también. Ahora les demostraría que no estaba acobardado. La voz del abogado dijo:

—Nobles y caballeros del jurado, aquí termina el testimonio español, que fue realizado por encargo en la isla de Cuba. Presentaremos al oficial del H.M.S. Elephant, a quien las autoridades de La Habana entregaron el prisionero, el cual probará que el dicho prisionero es el pirata Nikola, y no otro. Ahora llegamos al caso en concreto, nobles y caballeros, un caso tan vil...

Pasó algún tiempo hasta que comprendí con qué absoluta evidencia me condenaba la declaración española. Era como si, desde el mismo momento en que caí en manos del oficial inglés en los muelles de La Habana, la identidad de Nikola no hubiese dejado de una manera u otra de amenazar mi cuello. El abogado llegó a los hechos.

Un barco de Kingston había sido abordado... y volvió a aparecer de nuevo la vieja historia. Me pareció ver la goleta de Río Medio precipitándose hacia Cowper, el viejo Lumsden y yo, que desde la popa nos volvimos para verla acercarse; filas de piratas morenos se repartieron por el barco con las manos vacías y salieron cargados con el botín. Sólo en el caso del Victoria se añadieron las ferocidades del «acusado, nobles y caballeros del jurado, un demonio con forma humana, como probaremos con la ayuda de los más respetables testigos...».

El hombre de la peluca se sentó y, antes de que yo hubiese comprendido lo que pasaba, un hombre gordo y sonrosado —el fiscal general—, cuya jovial papada le daba un parecido grotesco con un lechón, llamó a gritos a Edward Sadler y el nombre sonó como si un súbito fuego se extendiese por todo el tribunal. El fiscal general recogió su toga por detrás de las caderas en una especie de bulto y un hombre joven, rubio, con la barba roja y un lustroso traje, saltó a una pequeña tribuna enfrente del jurado. Saludó nerviosamente en varias direcciones y sonrió amablemente; luego me miró y frunció el entrecejo. El fiscal general se aclaró la garganta gratamente...

—Míster Edward Sadler, usted era primer oficial del buen navío Victoria el día 25 de mayo...

El hombre rubio de la barba roja contó su historia, la vieja historia del barco con su cargamento de café y madera tintórea; su buena travesía pasada la isla Grand Cayman; la detención por falta de viento frente a las costas de Cuba a tanto de latitud, y el abordaje de una goleta negra, que se hacía llamar corsaria mexicana. Podía acordarme de todo.

—El acusado atracó en una chalupa con diecisiete españoles —dijo, con voz clara, inexpresiva, mirándome en pleno rostro.

Me dirigí en voz alta al juez más viejo:

—Mi lord... protesto. Es un perjurio. Ese hombre no era yo. Fue un tal Nicholson, un nativo de Nueva Escocia.

—Silencio —rugió el señor Barón Garrow, con el rostro cubierto de rubor.

—Debe usted respetar el procedimiento... —dijo el anciano lord Stowell con voz trémula.

—¿Debo escuchar sin decir palabra un falso testimonio que me va a condenar a muerte? —pregunté yo.

Stowell se embutió con frialdad en su toga.

—No lo permita Dios —dijo—. Pero en el momento oportuno podrá usted interrogar a su vez a los testigos, si lo estima conveniente, para comprobar lo declarado con anterioridad.

El fiscal general sonrió a la tribuna del jurado y se dirigió a Sadler, mostrando una paciencia a toda prueba.

—¿Jura usted que el prisionero es el hombre en cuestión?

El hombre rubio volvió hacia mí sus penetrantes ojos azules.

—Por el amor de Dios —grité yo—, no cometa perjurio. Usted es un hombre razonable.

—No, no juraré en falso —dijo él lentamente—. Creo que sí que es el hombre en cuestión. Entonces tenía la tez morena, naturalmente. Cuando le vi en Thames Court pensé que era él; y conociendo la prueba española, no creo que quepa la menor duda.

—La prueba española forma parte de la conspiración —dije yo.

El fiscal general se rió por lo bajo.

—Continúe, míster Sadler —dijo—. Desvele el resto de la conspiración.

De pronto uno de los jurados se puso a reír, reasumiendo enseguida un silencio avergonzado. Sadler siguió contando la vieja historia... Yo veía la escena según la describía: el enjuto Nicholson, de radiante rostro, mascaba tabaco y se subía los pantalones en lugar de mi Tomás, haciendo gala de sus juramentos sanguinarios y sus gestos bruscos. Allí estaba presente la ferocidad de Nicholson, terca y sin objeto.

—Llevaba dos pistolas, que disparó dos veces cada una, mientras izábamos por orden suya las velas de ala para no perder el contacto con la goleta. Disparó sobre la tripulación en dos ocasiones. Uno de los hombres alcanzados murió poco después...

Más tarde, otro barco, estadounidense, había aparecido en lontananza y los piratas salieron en su persecución. Cuando terminó su declaración, lord Stowell desplazó una de sus manos. Fue como si un lagarto gris recorriese su escritorio, un poco en mi dirección.

—Ahora es el turno del prisionero —dijo.

Respiré profundamente. Durante unos instantes pensé que, después de todo, había algo de juego limpio en todo aquel asunto... que tenía ante mí a un hombre bueno y justo, de ojos azules. Me miró fijamente y yo le devolví la mirada; diríase que lo que estaba en juego en la lucha era un cinturón. La chica joven del banco había entreabierto los labios y se había echado para delante, la cabeza un poco ladeada.

—Juraría usted que yo era ese hombre... Nikola el Escocés.

Sadler me miró a los ojos pensativamente; era un duelo entre nosotros dos.

—No lo juraré —dijo él—. Usted tenía la tez morena y no llevaba barba.

Durante mi estancia en prisión me había crecido un ligero vello por las mejillas. Me pasé la mano por encima y pensé que él había dado en el clavo.

—Usted no debe referirse a mí —dije yo—. Juro que yo no era ese hombre. ¿Hablabas como yo?

—No podría asegurarlo —respondió Sadler, moviendo un pie y luego el otro.

—¿Tenía él los ojos como yo, o la nariz, o la boca?

—No podría decirlo —respondió de nuevo—. Tenía la tez morena.

—¿No hablaba él como un «nariz amoratada»... a la manera de los habitantes de Nueva Escocia?

—Pues sí —asintió Sadler lentamente—. Pero cualquiera podría hacerlo para despistar. Es tan fácil...

A mi lado, el llavero me susurró de repente:

—Deténgalo; ciérrele la boca.

—¿Acaso no era más viejo que yo? —dije yo—. ¿No parecía tener entre cuarenta y cincuenta años?

—¿Cuántos aparenta usted? —preguntó el primer oficial.

—Tengo veinticuatro años —respondí yo—. Puedo demostrarlo.

—Pues parece tener cuarenta e incluso más —respondió él, negligentemente—. Como él.

Sus modales fríos, indiferentes, me abrumaron como la rociada de una ola enorme; eso probaba terminantemente que yo había perdido mi apariencia de joven. Era algo a añadir al inmenso yermo de agua que me separaba de Serafina; un inmenso yermo de tiempo. No hice muchas preguntas al siguiente testigo; Sadler me había asustado. Septimus Hearn, el patrón del Victoria, era un hombre con los ojos tan azules y tan fríos como bolas de cristal, barba de chivo de color gris metálico, mejillas coloradas como una manzana y pendientes de oro en las orejas. Tenía una voz extraordinariamente lúgubre y unos modales de una melancolía retrospectiva. Este patrón de mercante era un tipo parecido al capitán Lumsden; y de nuevo fue la misma historia, con algunos detalles diferentes, los mismos ojos azules y penetrantes mirando a lo lejos por encima de mi cabeza, las mismas manos nudosas retorciendo nerviosamente el ala de su sombrero.

—Más tarde el prisionero ordenó al despensero que nos diese un trago de coñac. Me ofrecieron una copa, pero rehusé beber, y él me dijo: «¿Quién es el que rehúsa beber una copa de coñac?». Me preguntó de qué país era y si era estadounidense...

Había otros dos testigos procedentes del infortunado Victoria: un tal Thomas Davis, el contramaestre, que había recibido en la cadera una de las balas que disparó Nikola; y una especie de despensero —olvidé su nombre— que tenía en la frente la cicatriz de una herida de machete.

Fue bastante horrible; pero lo que más me angustiaba era que no podía imaginarme qué impresión estaba dando de mí mismo. En una ocasión se despertó el juez que por lo general estaba dormido y empezó a garabatear furiosamente con su pluma; en otra, tres de los asesores —los que llevaban pelucas más pequeñas— empezaron a conversar animadamente; un hombre de rostro delgado, moreno, reía sin hacer ruido, enseñando los dientes como una cascada blanca. Un miembro del tribunal que estaba a mi izquierda tenía bajo el mentón una enorme papera de color rojo sangre que parecía que iba a estallar con sólo rozarla; en cierta ocasión se puso a guiñar los ojos furiosamente, sin parar durante un largo rato. Me parecía que en aquella declaración había algo que debía afectar a toda esa gente. El llavero, que

estaba a mi lado, le dijo a su compañero: «Fíjate en el viejo magistrado Best que toma notas en su agenda»; y de repente tuve la convicción de que todo el asunto, el largo y fastidioso proceso, las declaraciones, el alarde de equidad, tomaban un aire de parodia, como una simple formalidad; que los jueces y los asesores y el hombre con la papera no mostraban interés alguno por mi caso. La conclusión se conocía de antemano.

Un hombre diminuto, de cabellos rubios, untados de pomada y más bien largos para la época, que estaba siempre revolviendo las sortijas de sello rojas y verdes que llevaba en los dedos, entró remilgadamente en el estrado de los testigos. Durante bastante tiempo sostuvo lo que parecía ser una amable conversación con sir Robert Gifford, un hombre alto, de mirada siniestra, que tenía pobladas cejas negras, como penachos de crines de caballo hincados en las grietas de un acantilado. La conversación fue como sigue:

—¿Es usted el honorable Thomas Oldham?

—Sí, sí.

—¿Conoce usted bien Kingston, en Jamaica?

—Estuve allí cuatro años: dos como secretario en el gabinete de su Excelencia el duque de Manchester, y otros dos como secretario civil del almirante de la guarnición.

—¿Vio usted al prisionero?

—Sí, tres veces.

Respiré a fondo; por un momento pensé que al fin se habían puesto en mis manos. El hecho probaba por sí mismo que yo había estado en Jamaica, y no en Río Medio, durante aquellos dos años. Mi corazón empezó a latir con fuerza como un gran tambor solemne, como la campana de San Pablo cuando el Rey muere... solemne, insistente, dominándolo todo. El hombrecillo daba cuenta de la «abominable» confusión que reinaba en el comercio de la isla a causa de las fechorías de un pirata llamado Nikola el Demonio.

—Les aseguro, milores —chilló, volviéndose de pronto a los jueces—, que la isla llegó hasta tal punto de... ¡ay!... de deslealtad. Los... ay... plantadores pedían a voces... ay... la separación. Y, por supuesto, confío en que ahorcarán al prisionero, pues si no lo hacen...

Lord Stowell se estremeció y de repente dijo con prisas:

—Míster Oldham, diríjase a sir Robert.

Casi me alegré; era evidente que había enseñado la oreja de manera irrecusable. El hombrecillo inclinó la cabeza con brío ante el viejo juez, pidió una silla y se sentó, arreglándose los faldones de la levita.

—Como iba diciendo —balbuceó—, los engorros y las preocupaciones que este hombre causó a su Excelencia, a mí mismo y al almirante Rowley fueron inconcebibles. No tienen ustedes idea... ay... no pueden concebirlo. Y no es de extrañar, pues, tal

como resultaron las cosas, la isla se llenó sencillamente de espías y agentes. No pueden hacerse ustedes una idea; gente que parecía de lo más respetable, gente con la que nosotros mismos teníamos relaciones...

Siguió desgañitándose durante bastante tiempo, mientras el abogado tomaba enormes pulgaradas de rapé amarillo, sonriendo afablemente como un domador de caballos que observa a un poni ejecutando perfectamente los trucos más difíciles. De vez en cuando chasqueaba su látigo.

—Míster Oldham, usted vio tres veces al prisionero. Si no es pedirle demasiado a su memoria, le ruego que me lo diga.

Y la pequeña criatura se encabritó en una nueva dirección.

—¡Pone usted a prueba mi memoria! Dios mío, eso me gusta. ¿Se acuerda de un hombre que estuvo a punto de quitarle la vida?

Le había estado examinando impacientemente, pero ahora se había desvanecido mi interés. Una vez más se iba a repetir la vieja confusión de mi identificación con Nikola. Y sin embargo me parecía conocer la voz de falsete del pobre diablo; una voz así no se olvida fácilmente.

—¡Lo recuerdo! —chilló él—. ¡Dios santo!, caballeros del jurado, estuvo a punto de... No tienen ustedes idea del demonio feroz que es.

Me preguntaba por qué diablos Nichols habría querido matar a semejante ser. Porque era obvio que debía haber sido Nichols.

—Estuvo a punto de asesinarme a mí, al almirante Rowley y a un tal míster Topnambo, uno de los habitantes de la isla... ay... más ilustrados y leales, en las escaleras de una posada pública.

Obtuve pues la explicación. Era el hombrecillo con el que David Macdonald había caído rodando por las escaleras, aquella noche en la Posada del Transbordador, camino de la ciudad española.

—Nos estaba esperando con una pandilla de asesinos. Fui apuñalado en el labio superior. Perdí tanta sangre... tuve que ser dado de baja... no puedo pensar en aquel horrible episodio sin estremecerme.

Me había visto entonces, y también cuando Ramón («un español que después resultó ser un espía del Demonio... del prisionero. Fue ahorcado después») me había echado del lugar de la ejecución después de colgar a siete piratas; y había entrado en el almacén de Ramón en el momento en que Carlos («un infernal pirata, si es que hubo alguno», protestó el hombrecillo) me había llevado a la fuerza a la trastienda, donde esperaban don Baltasar, O'Brien y Serafina. Los hombres encargados de vigilar la casa de Ramón no me habían visto salir de nuevo y más tarde se descubrió un túnel secreto que conducía al muelle.

—Así fue, aparentemente, cómo el prisionero solía llegar a la isla y la abandonaba sin que le vieran —concluyó con autoridad, y el abogado cejijunto y corpulento se sentó.

Yo no era tan estúpido como para no ver que los acontecimientos más inocentes de mi pasado iban a surgir para abrumarme; pero estaba seguro de que podía llegar a hacerle reconocer la verdad de mi historia, que todavía no había contado. El sabía que yo había estado en Jamaica y, aunque lo interpretase como le diese la gana, tendría que admitirlo.

—¡Gracias a Dios —grité—, al fin ha llegado mi turno!

Los rostros del fiscal general, del abogado del Rey, sir Robert Gifford, del señor Lawes, del señor Jervis, de los siete acusadores reunidos para perderme, sonrieron simultáneamente y su risa burlona se extendió por todo el estrado del jurado. Pero no me importó; yo también me reí abiertamente. Se iban a enterar.

Fue como si me hubiese arrojado a la garganta de aquel hombrecillo. Me pareció que debía ser capaz de amilanar a una criatura cuya maldad era tan obvia y tan vana como los anillos verdes y rojos que exhibía en su pelo cada cinco minutos. El quería mostrar al jurado que llevaba anillos; que era un remilgado petimetre; que yo no llevaba anillos y que era un pirata sanguinario.

—Ya sabe usted —le dije— que durante los dos años completos que Nichols pasó en Río, yo hacía mi aprendizaje en Horton Pen con los Macdonald, agentes de mi cuñado sir Ralph Rooksby. Debe usted saber estas cosas, pues fue uno de los espías del duque de Manchester.

Acostumbrábamos a llamar así al consejero privado del duque.

—Tenga la seguridad de que no sé nada de todo eso —dijo él, juntando las manos sobre el borde del estrado de los testigos, como si acabase de descubrir aquel nuevo medio de exhibir sus anillos. Era de una detestable frialdad.

—Tiene que haber oído hablar de mí. Los Topnambo me conocían.

—Los Topnambo solían hablar de un sinvergüenza, de nombre parecido a Kemp, que se mantenía apartado de todo el mundo en el Valle.

—Usted sabía que yo estuve en la isla —precisé yo.

—Sabía que usted solía venir a la isla —corrigió él—. Acabo de explicar cómo. Pero no debió quedarse mucho tiempo, pues en ese caso hubiésemos podido echarle mano. Esa era nuestra intención. Hubo una orden de detención contra usted después de que intentase asesinarlos. Pero Ramón le sacó de allí clandestinamente.

Volví a intentarlo.

—¿Ha oído usted hablar de mi cuñado, sir Ralph Rooksby?

Quería demostrarle que, aunque no llevaba anillos, tenía relaciones.

—No he oído hablar de ese individuo en toda mi vida —dijo él.

—Era el propietario con más tierras de toda la isla —dije yo.

—Dessay —dijo él—. Conocí a cuarenta de los que tenían más tierras. La mayor parte fulleros y borrachos.

Bostezó.

—Era obligación suya conocer la isla —dije yo con rabia—. ¿Conoció Horton Pen... y a los Macdonald?

El rostro de la jovial anciana señora Mac me vino a la mente... su impecable y sobria respetabilidad escocesa.

—Oh, sí, conocí a los Macdonald —dijo él—, a todos ellos. El tío era un maldito plantador escocés, hipócrita y rebelde. Horton Pen era el centro del Movimiento Separatista. Habríamos podido colgarle si hubiésemos querido. El sobrino escribió un odioso impreso chantajista. Calumniaba a todos los habitantes decentes y leales. También fue agente de sus piratas. Le arrestamos... cogimos sus papeles; lo sabemos todo acerca de sus relaciones con él.

—Eso es absurdo. Díganos —ésa era la expresión que empleaba siempre el fiscal general— lo que sabía usted de mí.

—¿Lo que yo sabía de usted? —resopló él—. Si eso quiere, se lo diré: Llegado a la isla de una manera misteriosa, se hizo usted pasar por hijo de un conde y trató de introducirse en la mejor sociedad de... ay... de gente como mis amigos los Topnambo. Pero ellos no le admitieron y después de aquello usted se mantuvo completamente al margen; nadie le vio más que una o dos veces, y eso fue cuando cabalgaba usted de noche con aquel jorobado, chantajista y canalla. En realidad, usted no estuvo en la isla, salvo cuando vino a espiar por cuenta de los piratas. Solía usted mantener largas charlas con ese canalla de Ramón, que le tenía al tanto del tráfico marítimo. En cuanto al chantajista de la joroba, David Macdonald, usted se sirvió de él... ay... subvencionó su inmundo impreso con el fin de fomentar el motín y el asesinato entre los negros y predicar la separación. Usted quería atarnos las manos e impedirnos... ay... proseguir con las medidas preventivas contra usted. Cuando comprendió que eso no servía de nada, trató usted de asesinar al almirante y a mí, y a ese hombre sobresaliente, Topnambo, cuando regresábamos de un baile. Después de aquello, le vieron animando a siete de los... ay... piratas que íbamos a ahorcar, y se retiró precipitadamente con su agente Ramón antes de que pudiéramos echarle las manos encima, y desapareció de la isla.

No perdí el control; le atacé de nuevo, a ciegas, como si estuviese boxeando con los ojos inyectados en sangre, pero con los dientes apretados.

—Solía usted comprarle cosas al viejo Ramón —le dije yo—; las compraba para que el almirante cargase con ellas sus fragatas; cosas que luego él vendía en Key West.

—Esa es una de las mentiras que el canalla de David Macdonald hizo circular contra nosotros.

—Usted le compraba cosas... incluso aunque tuviese vigilado su almacén.

—¡Vaya por Dios! —dijo.

—Solía usted comprarle cosas... —precisé yo.

De pronto miró al abogado del Rey, el cual bajó los ojos.

—Jamás en toda mi vida he comprado nada —dijo él.

Yo sabía que el hombre le había comprado cosas a Ramón; el mismo Ramón me había hablado de la compra que había hecho por cuenta del almirante de más de cien sacos de café estropeado por treinta libras. Me puse locamente furioso. Estrellé la mano contra los barrotes de la barandilla que estaba frente a mí y aunque vi moverse hacia mí otras manos, impulsivamente, no me di cuenta que me había atravesado el brazo y la sangre corría.

—Perjuro —grité—. Fue el mismo Ramón quien me lo dijo.

—Ah, tenía usted mucha intimidad con Ramón... —dijo él.

Le dejé retirarse. Estaba perdido. Alguien de abajo dijo con voz desabrida: «Con eso concluye nuestro caso, milores», y un susurro recorrió todo el tribunal. El viejo lord Stowell se estremeció ligeramente delante de mí, miró a la ventana y luego dijo:

—Acusado, el procedimiento le permite, si desea añadir algo, dirigirse al jurado. Más tarde, si tiene usted un abogado, él puede llamar e interrogar a sus testigos, si es que tiene usted alguno.

Aumentó la oscuridad en la sala. Yo empecé a contar mi historia; era tan simple, tan evidente, tan esclarecedora... y sin embargo yo sabía que era inútil.

Recordé que, mientras estuve en la celda, había resuelto estar muy sobrio; muy lúcido desde el comienzo.

—Tal día, desembarqué en Kingston, convirtiéndome en aprendiz en la propiedad de mi cuñado, sir Ralph Rooksby, de Horton Priory, en Kent.

Me lo tomé con calma y estuve lúcido al hablar. Miré fijamente a la cara a la chica joven del banco. Lo recuerdo tan bien. Sus ojos contemplaban fijamente mi mano, como fascinados. Al tratar de cambiarla de sitio, descubrí que la retenía el barroto en el que la había clavado. La aparté despreocupadamente y sólo sentí un ligero dolor, como un alfilerazo; pero la sangre goteaba en el suelo, zas, zas. Más tarde, un hombre encendió unas velas en la mesa de los jueces y la sala tomó un aspecto diferente. Había espesas sombras por todas partes, y el rostro iluminado de lord Stowell parecía más severo, menos amable, más anticuado, más herméticamente cerrado a cualquier vislumbre de compasión. Abajo, los abogados de la acusación estaban reclinados con los brazos cruzados, como leñadores descansando durante una pausa en la tala de un árbol grande. Los abogados que estaban allí como meros oyentes me miraban de vez en cuando. Le oí decir a uno de ellos: «A este hombre deberían vendarle la mano». Conté la historia de mi vida, era lo único que podía hacer.

—En cuanto a Ramón, ¿cómo iba yo a saber que estaba al servicio de los piratas, suponiendo que lo estuviese? Juro que no lo sabía. Todo el mundo en la isla había

tenido trato con él, incluso el almirante. Esto no es ninguna calumnia. Les doy mi palabra de honor de que el almirante también tuvo tratos con él. Algunos de ustedes han tenido tratos con falsarios, pero eso no les convierte en falsarios.

Me animé... encontré las palabras adecuadas. Contaba la historia para aquella chica joven. De pronto vi el rostro blanco de mi padre mirándome furtivamente entre la cabeza de un anciano con una nariz enorme y una corpulenta dama que llevaba una capa marrón con esclavina, como la de los vigilantes nocturnos. Me sonrió de pronto y me hizo señas con la cabeza una y otra vez, abriendo y cerrando los ojos, agitando una mano a hurtadillas. Eso me distrajo, me desconcertó, me hizo perder la calma. Fue como si algo se hubiese roto. De lo que siguió recuerdo muy poco; creo haber citado al prisionero de Chillón, porque él me lo metió en la cabeza.

Me pareció estar otra vez de nuevo en Cuba. Debajo de mí, los abogados seguían hablando. El abogado del Rey sacó un pañuelo de color pardo rojizo y lo agitó con miras a sonarse la nariz. De él subió una oleada de perfume de haba de las Indias Occidentales, dulce y fresco. Lo había olido por última vez en Río; la sensación fue tan fuerte que no habría podido decir en dónde me encontraba. Las velas derramaban sobre la mesa de los jueces su resplandor amarillento, tan parecido al que brillaba en la celda donde Nichols y el cubano habían practicado la esgrima. Creí estar otra vez de regreso en Cuba. La gente del tribunal desapareció en las espesas sombras. Por momentos, la voz me faltaba. Luego, empezaba a hablar de nuevo.

Si había alguna posibilidad de que salvase la vida, tenía que contar todo lo que me había pasado —y contarlo de una manera gráfica—, debía contar la historia de mi vida; y me vino a la mente mi vida entera. Lo esencial en mi vida era Serafina; en su voz hablaba toda Cuba, toda España, toda la aventura. Me puse a hablar del anciano don Baltasar Riego. Empecé a hablar de Manuel-del-Popolo, de su camisa roja, sus ojos negros, su mandolina; volví a ver la luz vacilante de sus hogueras al otro lado del barranco, frente a la cueva.

Y metí todo eso en mi historia, la historia que le estaba contando a aquella chica joven. Sabía muy bien que me estaba captando al público; sabía cómo hacerlo, lo llevaba en la sangre. Mi anciano padre, macilento, de párpados reducidos, que me guiñaba un ojo y me hacía señas con la cabeza, había sido uno de los mejores narradores que hubo jamás. Yo sabía cómo arreglármelas. En medio de las sombras negras que proyectaban las paredes de la sala del tribunal, podía sentir todos los ojos fijos en mí; podía ver los labios entreabiertos de la chica joven, mientras se inclinaba más hacia mí. Lo sabía porque, cuando uno de los abogados de abajo elevó la voz, alguien en la sombra siseó «Chiss...». Y de pronto me pasó por la cabeza que, aunque salvara mi vida contando todas esas cosas, sería completamente inútil. Ya nunca podría volverme atrás; jamás volvería a ser un muchacho; nunca más oíría la auténtica voz de la Isla-Siempre-Fiel. ¿Qué podía importar eso, aunque me escapase; aunque pudiese

volver atrás? El mar seguiría estando allí, el cielo, las silenciosas y vagas colinas, el oleaje indiferente; pero yo ya no estaría allí, de una vez para siempre sería otra persona. Jamás vería amanecer en las aguas tranquilas del puerto de La Habana, nunca más estaría con Serafina muy cerca de mí en la pequeña drogher. Sólo me quedaba ver cómo se desarrollaba esta lucha, y luego acabar con ella. Recuerdo la profunda amargura de este sentimiento y la singularidad de todo aquello; recuerdo un «yo» que sentía eso, y otro que desvariaba delante de un grupo de idiotas boquiabiertos, de tres jueces viejos y de una chica joven. Y, cosa extraña, los pensamientos de uno de esos «yo» flotaban a través de las palabras del otro, que parecía agitar las manos en su lucha definitiva, casi enfrente de mí.

—Mírenme... miren lo que ellos han hecho de mí, tanto uno como el otro. Yo era un muchacho inocente. ¿Qué soy ahora? Me han quitado la vida, que acaben con ella como quieran, ¿qué más me da, a mí qué me importa?

Un crujido recorrió toda la sala. A bordo del buque insignia de Rowley, los pesados grillos me habían hecho cortes en las muñecas. En Newgate no me habían puesto grillos, pero las heridas apenas habían cicatrizado. Por casualidad bajé la mirada a mis manos desolladas, manchadas de sangre a causa de los barrotes del banquillo de los acusados.

—¿Es ésta la recompensa que reservan ustedes a los que se mantienen en el buen camino? ¿Es así como van a animar a otros como yo? ¿Qué me importa a mí la muerte que me destinen? ¿Qué es la vida para mí? Que preparen el cadalso. He sufrido demasiado para verme libre de mi desgracia. ¡Dios mío!, he sufrido demasiado por unos y otros. Miren mis manos, les digo. Miren mis muñecas y díganme si tengo algo que temer todavía.

Sostuve en alto mis horrorosas manazas y la luz de la vela las iluminó.

De las espesas sombras surgieron unos gritos de mujeres y unas maldiciones. Vi que mi chica joven se llevaba las manos a la cara y las pasaba lentamente, muy lentamente, desde su silla al suelo, fuera de mi vista. La gente titubeaba no sabiendo qué camino tomar. Todavía me quedaban cosas por decir, pero las olvidé, preocupado como estaba por la chica joven. El llavero me tiró de la manga, diciendo:

—Escuche, eso no es cierto, ¿verdad que no?

Dado que él parecía desear que aquello no fuese cierto, por un momento mi éxito me hizo rebotar de orgullo. Les había hecho ver las cosas.

Un momento después, comprendí la inutilidad de todo aquello. Pese al estado de semilucra en que me encontraba, yo no era ningún tonto. El verdadero sentido de aquel lugar me vino a la memoria, estaba en el «Tribunal de Justicia». El abogado del Rey cuchicheó algo al fiscal general, hizo un gesto con la mano, primero en mi dirección, luego hacia el jurado; después ambos rieron, asintiendo con la cabeza. Estaban al tanto de todo lo mío y allí arriba había siete comerciantes de las Indias

Occidentales que en un instante se acordarían de sus bolsillos. Pero no me importaba. Les había hecho ver las cosas.

CAPÍTULO V

Había quemado mi último cartucho y por tanto iba a morir; podía verlo por la manera en que el abogado del Rey echó para atrás la cabeza, hizo revolotear las listas de su alzacuellos, miró al estrado del jurado y se puso a jugar con los sellos que colgaban de su leontina. El tribunal había recuperado la calma. Un hombre con una especie de librea le pasó un papel doblado al alcalde, éste se lo pasó a lord Stowell, el cual lo abrió de un tirón a la antigua usanza, cosa que me impresionó enormemente. Fue como si, al final de mi vida, estuviese viendo ante mí a un hombre abriendo una carta de la época de la reina Ana. En su rostro viejo, arrugado, las sombras cambiaban a medida que leía, alzaba las cejas y fruncía los labios. Le entregó el papel desplegado al señor Barón Garrow, luego, con un dedo arrugado, hizo señas al fiscal general para que se acercara. El tercer juez seguía durmiendo.

—¿Quién demonios es éste? —dijo, a mi lado, el llavero a su compañero.

Me sentía bastante mal y cada latido de mi corazón repercutía dolorosamente en mi mano destrozada. El otro carraspeaba justo delante de mí.

—Que me condenen si lo sé —dijo él—. Este maldito asunto debería haber terminado hace ya una hora. Le dije a Jinks que me trajera mi tostada con queso derretido y mi cuarto de pinta a la casa del guarda a las cinco y media, y son ya las seis.

Comenzaron una interminable discusión a media voz.

—Es esa apuesta de lord March... correr un kilómetro y medio, caminar otro, comer dos kilos y cuarto de cordero, beber dos litros y medio de clarete. No, no es eso... el coche de Medmenham todavía no ha llegado... los caminos están muy encenagados... Eso es. ¿Qué otra cosa podría interrumpir al tribunal a estas horas de la noche? No es eso; en tal caso, el juez Best se habría despertado para cubrir sus apuestas.

Con una especie de vértigo observé que el fiscal general se abrió paso cuidadosamente entre los bancos, de regreso al grupo de abogados de la acusación, y sus pelucas se juntaron en un racimo como espigas de maíz reunidas en gavillas. Las cabezas del resto de abogados parecían espigas sin recolectar. Un hombre con rostro de comadreja gritó a otro hombre con cara de diablo, que abandonaba la sala, algo acerca de un embajador. El otro se detuvo, se volvió y depositó su bolsa de nuevo. Oí decir a sir Robert Gifford con voz profunda: «¿Qué?... ¡Jamás!... demasiado infamante...», y luego el interés y la luz parecieron apagarse simultáneamente. Apenas podía comprender lo que pasaba. Unas voces ásperas, secas, se gritaban unas a otras, como si sus dueños no hubiesen respirado más que polvo durante años y años.

—No deben escucharle, milores —ladró una voz fuerte—. En Rex contra Marsupenstein...

—Ah —gritaron numerosas voces a la vez—, pero aquello era diferente, señor abogado. No podían obligarle a comparecer, ya que estaba en una situación de extra lege commune. Pero si se ofrece espontáneamente a declarar...

Las velas parecieron agitarse deliberadamente como las copas de los olmos durante un vendaval.

—Escribano —gritó alguien—, vaya a buscar el tomo XIII... Creo que lo encontrará allí... ¿Se acuerda del caso de Hildeshein contra Roe...? ¿No se trataba de Hildegaulen y otro, milores?... Yo juzgué el caso personalmente. El plenipotenciario prusiano...

Hubiese querido gritarles que era inútil que siguieran poniendo a prueba sus gargantas secas; que, habiendo quemado mi último cartucho, me daba por vencido. Pero no me quedaban ya palabras, estaba agotado. «La noche pasada no dormí nada», me sorprendí murmurándome a mí mismo.

El juez que dormía se despertó de repente y gruñó:

—¿Por qué no seguimos, en el nombre del Cielo? Tenemos toda la noche por delante. Que llamen al segundo nombre de la lista. Podemos oír al embajador español, una vez que se hayan puesto ustedes de acuerdo. Por mi parte, creo que deberíamos oírle...

—Acusado —dijo de pronto lord Stowell—, varios caballeros se ofrecen a declarar voluntariamente en su favor. Si usted lo desea, podemos llamarlos.

No contesté; no comprendía nada; hubiera querido responderle que me era indiferente, ya que el Lion llegaba con retraso y Serafina se había ahogado. Frente a mí, el tribunal pareció ponerse en movimiento poco a poco, de arriba abajo, como la cubierta de un barco. Creí estar de nuevo atado, y sobre el sofá, en el espléndido camarote del Madre de Dios. Alguien parecía estar gritando: «El acusado... el acusado...». Era como si hubiesen encendido unas velas delante de la Madona con el niño sonrosado, sólo que ésta llevaba encima de la cabeza un ancla dorada en lugar de su puntiaguda aureola dorada. Alguien decía: «Cuidado... ¡Sujétenlo!... Traigan una silla...», y unos brazos me rodearon. Después me senté. Me pareció que un juez muy viejo me decía algo bastante amable. Sabía que se trataba del juez muy viejo porque le llamaban la estrella de la justicia cubana. Pronto alguien se inclinó sobre mí con un farol y mis ojos se posaron en el suelo, parpadeando ante el terciopelo rojo con dorados de la cabina grande. Dentro de un instante vendrían Carlos y Castro... ¿o sería O'Brien el que vendría? No, O'Brien había muerto; apuñalado, una cuchillada en el cuello; todavía podía sentir la pegajosa sangre entre mis dedos pulgar e índice. Deberían haberme permitido que me lavara las manos antes del juicio; o bien antes de comparecer ante el almirante. No se debería hablar con nadie con las manos así.

—Daré cincuenta libras —gritó alguien con voz aguda— a cualquiera de ustedes, caballeros togados, por ocuparse del resto del caso. Soy el padre del prisionero.

La voz de mi padre rompió el hechizo. Me encontraba en el tribunal; las velas todavía ardían; todos los rostros, iluminados o en sombra, se juntaban en pequeños grupos; había manos agitándose. El abogado que bajo la peluca tenía un rostro de diablo sostenía en las manos el papel que habían entregado a lord Stowell; mi padre le hablaba desde el banco. Con su elevada silueta perfilándose en la luz y su toga vieja y harapienta, el abogado bajó la vista al papel, lo agitó en la mano, hizo una seña a mi padre con la cabeza y comenzó a hablar grotescamente con voz cansina, nasal.

—Milores, yo me ocuparé del caso, si sus Señorías tienen un poco de paciencia conmigo. Evidentemente, él no puede llamar a sus propios testigos. Si le han tratado como dice, eso ha sido uno de los más abominables...

—Chiss, chiss, señor Walker —dijo el viejo lord Stowell—: usted sabe que no puede hacer un alegato en favor del prisionero. Llame a su testigo. Es lo único que hace falta.

Me pregunté qué querría decir con aquello. El abogado solicitó la presencia de un hombre llamado Williams. Me pareció conocer el apellido. Me pareció también que conocía al hombre.

—Owen Williams, patrón del barco Lion... Café y madera tintórea... Acabamos de llegar con un aparejo provisional. El barco había sido desarbolado y después ha estado detenido por falta de viento. Nos enteramos del juicio por el piloto en Gravesend. Hemos tomado sillas de posta...

Sólo oí fragmentos de sus respuestas.

—El veinticinco de agosto pasado rodeaba la costa cubana... El oficial de cubierta, Sebright, hizo hervir agua para recibirles... Después sobrevino una bruma espesa. Nos abordaron con numerosas barcas...

Estaba dando otra vez el viejo testimonio, atándome al cuello una nueva piedra. Pero de pronto dijo:

—Este caballero atracó en un bote que hacía agua. Un tiro certero. Nos salvó la vida a todos.

Su cabeza en forma de bala, la mirada fija de sus ojos azules y redondos, parecieron sacarme de un delirio.

—Williams, por el amor de Dios —grité—, ¿dónde está Serafina? ¿Vino ella con usted?

Un zumbido enorme retumbó en mi cabeza, mientras los ujieres gritaban «¡Silencio! ¡Silencio!». Volví a gritar.

Williams sonreía como un idiota; luego meneó la cabeza y se llevó un dedo a la boca para avisarme que me callase. Sólo me di cuenta del movimiento de su cabeza. Serafina no había venido. La gente de La Habana debía haberla capturado. Estaba perdido. El zumbido me hizo pensar que era de noche y me encontraba en una playa de Kent, posiblemente con los contrabandistas. El silencio que se abatió sobre la sala

del tribunal fue como el de una tumba. Entonces alguien empezó a hablar en un español comedido, prodigioso, que se diría venido del pasado.

—Yo, embajador de su Majestad Católica, aquí presente, por mi honor y bajo juramento, exijo la puesta en libertad de este caballero, cuyo valor iguala a su inocencia. Documentos que acaban de llegar a mis manos prueban claramente el error del que es víctima. El funcionario denominado alcaide de la cárcel de La Habana se confundió de hombre. Nikola el Escocés escapó, después de haber asesinado al juez encargado de identificarlo. Exijo la puesta en libertad del prisionero...

Mucho tiempo después, una voz áspera dijo:

—Su Excelencia, retiramos, por supuesto, la acusación.

Otra ordenó:

—Caballeros del jurado, pronunciarán un veredicto de «inocencia»...

Abajo, la gente aplaudió tumultuosamente porque mi vida estaba salvada. Pero era yo el que tenía que hacer frente a mi vida salvada. Me senté allí, con la cabeza inclinada sobre las manos. El viejo juez me habló en un tono altamente compasivo.

—Parece que ha sufrido usted mucho, pero nuestro destino de hombres es sufrir. Alégrese ahora que se ha aclarado su identidad, que ha recibido aquí, en este lugar público, el veredicto de sus compatriotas que le devuelve las libertades de su país y el afecto de sus parientes. Me alegro por usted, yo que soy un hombre muy viejo, al final de mi vida...

¡Qué imponentes fueron sus equilibradas palabras, su voz profunda! ¡Nuestro destino de hombres es sufrir!... El formidable despliegue de la justicia, las grandes autoridades de una nación, se habían puesto de pie para enseñarme eso, y me lo enseñaron... sufrir es nuestro destino de hombres.

* * *

Lleva bastante tiempo darse cuenta de que alguien ha muerto lejos. Yo me había dado cuenta de eso. Pero ¿cuánto tiempo se necesita para reconocer que la amada de tu corazón ha vuelto a la vida después de darla por muerta? Durante muchos años no pude soportar el perder de vista a Serafina.

De nuestro primer encuentro en Londres sólo recuerdo un enmudecimiento que fue como la vacilación atemorizada de nuestras más que experimentadas almas ante la magnitud del cambio, desde el borde de la desesperación a la consumación de una alegría suprema. Con el regreso de la joven, el mundo entero, la vida en su conjunto, cambiaron para mí; me vi envuelto, rodeado por una felicidad tan ligera que no la sentía, tan repentina que no podía creerlo, tan completa que nuestro encuentro no fue más que un abrazo, tan dulce que al final adquirió una sensación de sosiego parecida a la muerte benéfica y bienvenida.

Pues el destino el hombre es sufrir, pero no fracasar inevitablemente o desesperarse inútilmente, incesantemente... el sufrimiento es lo que distingue a los hombres, pero lleva en su dolor una esperanza de felicidad, como una joya engastada en hierro...

Éstas fueron las primeras palabras de la joven:

—Rompiste nuestro pacto. Me abandonaste mientras dormía.

Sólo la hondura de su reproche revelaba la profundidad de su amor, y el sufrimiento que ella también había sobrellevado hasta perdonar... y alcanzar una unión que no iba a tener fin.

Y si miramos atrás, veremos que la vida es una aventura... esa cosa sutil que no es más que un espejismo. Tanto los buenos años que vivimos juntos, como los viejos tiempos en que hicimos eso o aquello, en que moramos aquí o allá. Mirando atrás, parece una cosa bastante asombrosa que ella y yo, habiendo empezado a vivir tan lejos el uno del otro, después de soportar tales sufrimientos juntos y por separado, hayamos acabado tan tranquilamente en un mundo tan estable... que ella y yo hayamos pasado por tantos momentos de buena y mala fortuna, tantas horas tristes y alegres, olvidados y arrastrados por ese montoncito de polvo que es la vida. ¡Eso también es aventura!

